



“SUJETO” Y “AGENCIA”
EN LA TEORÍA POLÍTICA
DE JUDITH BUTLER

Juan de Dios García Martínez

“SUJETO” Y “AGENCIA”
EN LA TEORÍA POLÍTICA
DE JUDITH BUTLER

Juan de Dios García Martínez

Ilustraciones de Judith Dato

Introducción. ¿Un texto más sobre feminismo? Genealogía de una tesis.

Capítulo 1. El sujeto en la filosofía contemporánea y su recepción en el feminismo.

- 1.1. La filosofía contemporánea como marco para la nueva política feminista.
- 1.2. Hacia un sujeto “post” para el feminismo.
- 1.3. Hacia el cbersujeto feminista.

Capítulo 2. Introducción a la persona y a los textos de Judith Butler.

- 2.1. Un primer acercamiento.
- 2.2. Teoría y praxis. “There is a person here”.
- 2.3. Judith Butler, una “mala escritora” contra el sentido común.
- 2.4. Hacia un humanismo “post”.
- 2.5. El feminismo como “crítica” de los fundamentos.

Capítulo 3. La “mujer”, el sexo y el género.

- 3.1. “Mujer”: un concepto problemático.
- 3.2. Sexo y género: breve acercamiento genealógico y filológico.
- 3.3. Sexo y género en Simone de Beauvoir.
- 3.4. El sexo en el monismo originario de S. Freud.
- 3.5. Gayle Rubin y la crítica a la matriz heterosexual. Hacia el postestructuralismo del parentesco a través de la figura de Antígona.
- 3.6. La construcción del sexo en la teoría de Monique Wittig.
- 3.7. Herculine Barbin y David Reimer: Biopolítica foucaultiana y construcción de la subjetividad.
- 3.8. Sexo y género en la teoría de Judith Butler.

Capítulo 4. Formación del sujeto y agencia en la teoría de Judith Butler.

- 4.1. Performatividad y parodia en *El género en disputa*.
- 4.2. Críticas a la primera formulación butleriana de la agencia desde el ámbito anglosajón y desde el ámbito hispanohablante.
- 4.3. El proceso de materialización. El (no) cuerpo de la mujer y los cuerpos que importan.
- 4.4. Psique y poder. Hacia una nueva teoría de la conciencia y el sujeto.
 - a) Restricciones psíquicas.

- b) Teoría de la sujeción hegeliana: la conciencia desventurada.
- c) Teoría nietzscheana de la sujeción: la mala conciencia.
- d) La psique dentro de la teoría psicoanalítica.
- e) Teoría interpelativa de Althusser: interpelación y sujeción.
- f) Teoría productiva de M. Foucault: poder y psique.
- f) Teoría butleriana de la psique: sujeto melancólico, sujeto sujetado.

4.5. Sujeto “excitado”. El papel del lenguaje en la sujeción y la agencia.

- a) Los actos de habla de J. L. Austin, herencia y crítica.
- b) Los actos de habla como actos corporales: Toni Morrison y Shoshana Felman.
- c) Funámbulos sobre las fisuras del lenguaje. Teoría butleriana de la agencia

lingüística.

4.6. Sujetos vulnerables, sujetos responsables.

- a) De la política a la ética.
- b) Sujetos relacionales, sujetos opacos.
- c) Sujetos responsables. Hacia una forma más “humana” de interpelar.

Capítulo 5. Sujeto y agencia. Reconstrucción personal de la teoría butleriana.

5.1. Sujetos “queer” por la democracia.

5.2. Agencia y (auto)transformación desde un punto de vista sensualista.

5.3. Dispositivos de seguridad.

Conclusiones.

- a) Los cuatro giros hacia a la subjetividad “queer”. El humanismo butleriano.
- b) La agencia. ¿Hacia dónde dirigir la política?

Bibliografía y otras fuentes.

INTRODUCCIÓN

¿Un texto más sobre feminismo?

Genealogía de una tesis

Puede que la génesis de este estudio se halle en el año 2000. Por aquel entonces contaba con veinticinco años, acababa de finalizar los cursos de doctorado y he de reconocer que no tenía muy claro sobre qué iba a escribir mi tesis. De hecho, sería más correcto decir que ni tan siquiera sabía demasiado bien si iba a escribir una tesis.

El citado año presenté una comunicación para el IV Congreso Internacional de la Sociedad Hispánica de Antropología Filosófica, celebrado en Valencia, que originariamente debía titularse “¿Qué es el diálogo?” y que pretendía ser una somera exposición de las teorías de Jürgen Habermas y John Rawls. Inicié su redacción con entusiasmo, pues creí ver en estas propuestas (especialmente en la de Rawls) un decidido intento por contribuir desde la filosofía política a la construcción de un mundo más justo. De ese modo, me dejé seducir por estas teorías; verdaderos andamiajes teóricos dentro de los cuales nada parecía importar la raza, la religión, el sexo de los sujetos interlocutores; una gran tela de araña elaborada con las reglas del discurso habermasiano, la situación original, el velo de ignorancia, el consenso entrecruzado. No obstante, conforme avanzaba en mis lecturas y en mi comunicación, una serie de fantasmas comenzaron a aparecer en mi mente.

Mis discrepancias con Habermas¹ surgieron de manera muy temprana. Durante la redacción de la comunicación comencé a intuir un cierto sesgo masculinista y fálico

¹ Véase Habermas, J., *Conciencia moral y acción comunicativa*, Barcelona, Península, 1985, *Teoría de la acción comunicativa*, 2 vols, Taurus, Madrid, 1981 y *Escritos sobre moralidad y eticidad*, Barcelona, Paidós, 1991.

en su propuesta, y dicha sensación pasó a hacerse omnipresente, inundando cada matiz de la teoría de la acción comunicativa que el alemán nos proponía. Encontré fundadas mis sospechas y verbalizadas mis intuiciones en la obra *El concepto de igualdad*², en la que Amelia Valcárcel realiza una interesante reflexión acerca del concepto de “isonomía” griego y su pervivencia en la democracia actual. En virtud de sus investigaciones y razonamientos, Valcárcel manifiesta que los que detentan el poder, los isónomos, se reconocen iguales entre sí aunque niegan esta equipotencia al resto de la ciudadanía. Digamos que aquellas personas establecen un código intragrupo y otro extragrupo desde los que la misma acción puede ser alabada o criticada, aplaudida o condenada. Se deja sentir en esta visión lo afirmado por Polemarco en el libro primero de *La República* de Platón: “lo justo consiste en hacer el bien a los amigos y el mal a los enemigos”³ Y las estadísticas revelan un hecho que no es baladí: las personas que mandan son, en su mayoría, varones. Los varones ejercen el poder desde la primera línea política y también desde la sombra, infiltrando las instituciones, ya sean educativas, jurídicas, penitenciarias, etc., de esa doble barra de medir. Así pues, comencé a pensar que el feminismo requería, más que reglas teóricas para alcanzar la igualdad, igualdad real para establecer el diálogo justo. Se trataría de remover los cimientos de la democracia y fundamentarla sobre una nueva visión del sujeto más igualitaria, menos masculina, menos jerarquizada, en definitiva, más humana y democrática. Sólo obtendremos un sistema más justo si permitimos que el poder se ejerza desde una perspectiva más plural de la subjetividad. De este modo, mi comunicación pasó a titularse “¿Qué es el diálogo? Reflexiones *críticas* desde una Teoría Política Feminista”⁴. De esta forma, y prácticamente sin saberlo, estaba ya tomando partido en la aún desconocida para mí polémica entre la teoría de la acción comunicativa y la teoría de género.

En relación a Rawls⁵, mi fascinación primera pronto se tornó en desconfianza absoluta. El norteamericano dibujaba una situación ideal en la que los interlocutores del discurso político quedaban sumidos en un velo de ignorancia que afectaba directamente

² Valcárcel, A., (Comp.), *El concepto de igualdad*, Madrid, Pablo Iglesias, 1994.

³ Platón, *Diálogos IV, La República*, Madrid, Gredos, 1986, 331c.

⁴ Véase Llinares, J. B. y Sánchez Durá, N. (eds.), *Actas del IV Congreso Internacional de la Sociedad Hispánica de Antropología Filosófica* (SHAF), Valencia, Gráficas Marí Montañana, S.L., abril 2001, pp. 661-668.

⁵ Rawls desarrolla su teoría fundamentalmente en Rawls, J., *Teoría de la justicia*, México, F.C.E., 1993 y en Rawls, J., *La justicia como equidad*, Madrid, Tecnos, 2002.

al conocimiento de las particularidades subjetivas que pudieran influir en su toma de decisiones. De este modo, Rawls cree que:

“De alguna manera tenemos que anular los efectos de las contingencias específicas que ponen a los hombres en situaciones desiguales y en tentación de explotar las circunstancias naturales y sociales en su propio provecho. Ahora bien, para lograr esto supongo que las partes están situadas bajo un velo de ignorancia.”⁶

Según Rawls, el olvido o desconocimiento temporal de nuestra raza, nuestra nacionalidad, nuestro nivel económico, nuestro sexo, etc., sería la oportunidad para tomar decisiones justas, es decir, alejadas de cualquier interés personal, tendentes al bien general a través de la fórmula de mayor beneficio común con el menor perjuicio⁷. Pero pronto esta empresa se me deshizo entre las manos. En primer lugar, destaquemos que Rawls utiliza en el texto anterior la palabra “supongo”, planteándonos una situación imaginaria, un “como sí”, que de inicio se me antojaba bastante difícil de llevar a la práctica, pues, ¿cómo se olvida lo que uno o una es?, ¿existe algún tipo de milagroso fármaco contra el egoísmo? Y aun cuando lo hubiera, ¿cómo tomar decisiones sin apelar al cuerpo?, ¿es posible empatizar humanamente sin él?, ¿se puede optar decididamente por algo sin esa fuente de la que parecen emerger al menos gran parte de nuestros deseos, intereses y motivaciones? En segundo lugar, ¿es eso realmente deseable? Sujetos inapetentes. Esos sujetos rawlsianos, paradigmas de la justicia, comenzaban a desvelármese como entidades fantasmagóricas bastante alejadas de la visceralidad requerida, según mi opinión, para la política. ¿Cómo ser realmente justos sin el cuerpo, sin nuestro principal referente de placer y dolor, sin nuestra herramienta vital de intercomunicación? Rawls parecía llevarme a una curiosa paradoja: para alcanzar un mundo más humano parecía imprescindible despojarse de todo rastro de humanidad, o al menos, de todo rastro de corporalidad. Filosofía política para ángeles, filosofía política para ectoplasmas, mas los sujetos que sufren no son entelequias fantasmagóricas sino individuos que reivindican el reconocimiento desde lo que son. Necesitaba encontrar otro planteamiento de base.

Pero lo que realmente provocó mi divorcio intelectual con John Rawls fue un inquietante sueño. En él me encontraba en una gran sala llena de sillas aparentemente

⁶ Rawls, J., *Teoría de la justicia*, p. 163.

⁷ Véase *Ibid.*, pp. 163-165.

vacías. El silencio quedaba roto únicamente por un reiterativo ruido martilleante. Las sillas temblaban y sus patas golpeaban incesantemente el suelo: se suponía que en cada silla había una especie de sujeto inmaterial bajo el velo de ignorancia y que yo era uno de ellos. Era una reunión para decidir algo que únicamente alcanzo a recordar de manera difusa, pero en la tensión del ambiente se podía intuir que era una decisión trascendente. Tal vez decidíamos quién debía acudir a una guerra o cómo se repartiría el poder, quién tendría el derecho a establecer las leyes o quién y cómo decidiría entre la vida y la muerte, lo premiable y lo punible, la verdad y la mentira. La cuestión es que, repito, las sillas temblaban.

Una voz se oyó de fondo advirtiéndonos que tras la toma de decisiones y sólo entonces, volveríamos a recobrar nuestros cuerpos y a recordar si éramos ricos o pobres, blancos o negros, heterosexuales u homosexuales, mujeres o varones. Mi silla comenzó a temblar también y entonces lo vi claro: nuestra motivación a la hora de decidir iba a ser única y exclusivamente el miedo, miedo a ser finalmente pobre, a ser negro, homosexual, mujer. Desperté con una sensación horrible, me sentí cobarde, mezquino. En ningún momento pensé en la justicia común, sino en el menor daño para mi persona. Justicia por miedo, empatía por interés.

La teoría rawlsiana se me reveló como un sutil entramado para fortalecer una determinada idea de sujeto por vía indirecta. Más allá de fomentar la proliferación de sujetos respetuosos y empáticos con las diferencias, la situación original nos mostraba como asustados funambulistas haciendo malabarismos sobre la esperanza de finalmente ser hombre, blanco, occidental. Más allá de esta idea de sujeto; el abismo, lo vulnerable, lo vergonzante. “Hagámoslo así”, no sea que tras retirar el velo de ignorancia nos descubramos como lo Otro, “hagámoslo así”, porque resulta penoso (en el sentido de “ser susceptible de generar lástima o pena”) no ser “normal”. Y fue entonces cuando definitivamente decidí que, tras presentar mi comunicación, los caminos de John Rawls y el mío se separaban para siempre.

Tenía que encontrar una nueva senda. Desanduve el camino en busca de otra forma de hacer filosofía política. Locke, Rousseau, Hobbes, etc. Me sentí frustrado. Teorías que antaño me sedujeron se presentaban ante mis ojos como la prolongación de un discurso que, bajo el sospechoso sesgo de la “neutralidad”, dibujaban un mundo gris de marcado carácter masculino. Todos estos autores parecían buscar inspiración en un imaginario estado de naturaleza donde se desvelaba el sujeto originario, un sujeto que pretendidamente estaba más allá de la raza, del sexo o de cualquier otra diferencia, un

sujeto exclusivamente racional que inspiraba los ideales ilustrados de libertad, igualdad y fraternidad, un sujeto en busca de la pureza del paraíso originario, de la arcadia perdida, la Ítaca ideal, la vuelta al útero a través de la construcción de un sistema político-social donde desarrollar su supuesta esencia universal.

Y en el 2002 cayó en mis manos *Gender Trouble (El género en disputa)*⁸. Sus primeras treinta páginas provocaron en mí un auténtico terremoto intelectual. Quería escribir sobre feminismo, sondear las fisuras del sujeto de corte esencialista, desmontar el engaño, reivindicar el cuerpo como arma política, jugar, interpretar, reírme. Quise ponerme en marcha de inmediato, de forma ingenua e irresponsable, pero los consejos de Gemma Vicente, directora de esta tesis, me hicieron tomar conciencia de la magnitud de la empresa que trataba de iniciar. Su asesoramiento a la hora de orientar mis lecturas me permitió comenzar a vislumbrar la inmensidad del bosque que se abría ante mis ojos. Durante este periodo de tiempo, y para merma progresiva de mi entusiasmo, especialistas y profanos en filosofía política reaccionaban secamente a mi inicial entusiasmo, formulándome la gran pregunta retórica: “¿Un libro más sobre feminismo?”

En lo personal, acababa de mudarme a la ciudad de Melilla para trabajar como profesor de secundaria y, echando la vista atrás, ahora considero que este hecho fue absolutamente providencial para el desarrollo de mi estudio.

En primer lugar, mis primeras experiencias en este territorio de doce kilómetros cuadrados donde habitan cinco culturas me dejaron bien claro el hecho de que la identidad nunca puede reducirse a la razón sino que está atravesada irremediabilmente por el sexo, la raza y la clase.

En segundo lugar, mis años en la ciudad me permitieron comprobar un hecho al menos peculiar con respecto al sujeto político reivindicado desde el feminismo de corte esencialista: a pesar de que las mujeres estaban discriminadas en mayor o menor medida en las cinco culturas, más que generarse un vínculo entre ellas, pude comprobar cómo algunas de las feministas más activas de la ciudad a menudo tenían a su servicio a alguna mujer de origen magrebí que, por un salario ínfimo y sin contratar, limpiaba la casa, planchaba, cocinaba, realizaba la compra y cuidaba de los hijos, generalmente sin un horario fijo y tras haber compartido un taxi y tomado dos autobuses para llegar desde Nador a Melilla. ¿En qué consistía ese supuesto sujeto femenino que habría de unificar

⁸ Butler, J., *Gender Trouble. Feminism and the Subversion of Identity*, New York. Routledge. 1999. 2ª edición, editado por primera vez en 1990.

las reivindicaciones políticas de las mujeres frente a los abusos del patriarcado? La cruda realidad parecía negar no sólo la existencia de un sujeto universal, tal y como mencionamos anteriormente, sino incluso la existencia de un sujeto esencial para el feminismo, es decir, un sujeto que pudiera aglutinar las reivindicaciones de todas las mujeres. El proyecto feminista basado en una supuesta comunidad de sentimientos y motivaciones políticas entre mujeres se desvelaba encubridor de grandes y dolorosas desigualdades. Butler me mostró la importancia de desmontar este y otros mitos, y de crear nuevas vías para la acción política desde presupuestos postmetafísicos.

Finalmente, en tercer lugar, la ciudad de Melilla se me desveló como un maravilloso laboratorio donde comprobar el poder de la performatividad en la formación de la identidad. En pocos lugares del mundo se puede encontrar tal grado de interculturalidad: los cristianos celebran bodas con tintes árabes, las chicas árabes visten vaqueros, todos participan y se integran en las festividades tanto cristianas, como musulmanas, judías o hindúes; todas ellas reconocidas desde las instituciones políticas. De este modo, performábamos continuamente no sólo para reivindicar nuestra identidad sino para divertirnos, para encontrarnos, para fusionarla con lo Otro. Y era ahí precisamente donde el manto de la confusión (del latín “co” y “fundere”, significando el primero “unión” y el segundo “acción de volverse líquido”) lo cubría todo. La distinción entre parodia y realidad se diluía, y catalogar a las personas dentro de una cultura única y exclusivamente por su manera de vestir, de peinarse o de gesticular abocaba incesantemente al fracaso. La raza, esencia y verdad para el sentido común, también se crea, se construye, se performa. Butler me ayudó a pensar y me enseñó a ver. Y así, esta tesis comenzó a tomar cuerpo: el sujeto debía ser el eje, Butler la pensadora en quien centrar mis reflexiones.

El capítulo primero, titulado “El sujeto en la filosofía contemporánea y su recepción en el feminismo”, pretende ser una puesta en contexto de la filosofía butleriana. Para ello, comenzamos el capítulo tratando de realizar la exposición somera de algunos de los infinitos rasgos que vertebran la filosofía actual. Si bien las distintas propuestas presentan una gran heterogeneidad tanto en su metodología como en su objeto de estudio, parece bastante evidente que una de las encrucijadas en la que el pensamiento contemporáneo se encuentra, sea cual sea su signo específico, es la crítica al sujeto esencialista. Arriban a este puerto intelectuales de la talla de Nietzsche, Heidegger, Haraway, Derrida, Deleuze, Plant, Foucault, Braidotti o Kristeva. Se encuentran en este punto el psicoanálisis, la deconstrucción, la postmodernidad, la

hermenéutica y el postestructuralismo. ¿De qué manera influyen estos nuevos aires en el pensamiento feminista?, ¿por qué incorpora el feminismo de forma tan tardía la crítica al sujeto? *El género en disputa* es en este sentido un texto revelador, por cuanto en él Butler expone las razones del apego del feminismo al sujeto como instancia de carácter esencial y los miedos engendrados ante su pérdida. Es por eso que la citada obra, escrita en 1990 supone un antes y un después dentro de la filosofía política feminista. Un simple vistazo a las grandes filias y fobias generadas por éste muestran a las claras su estatus de obra clave para el pensamiento político del siglo XXI. En este mismo capítulo convenimos en llamar a este nuevo sujeto contemporáneo “post” y “ciber”, (si bien Judith Butler jamás lo hace) por razones tanto teóricas como propedéuticas, pedagógicas y, por qué no, estéticas.

El segundo capítulo, que hemos encabezado “Introducción a la persona y a los textos de Judith Butler”, es fundamentalmente un acercamiento a la personalidad de la norteamericana. Exponemos como horizonte hermenéutico la vida y personalidad de Judith Butler partiendo de las experiencias personales que la propia pensadora destaca en numerosos escritos, de entre los que resultan especialmente reveladores la introducción que Butler escribe para la edición conmemorativa de los diez años desde la publicación de *El género en disputa* y la entrevista “There is a Person Here”⁹. Su formación académica, sus primeras inquietudes filosóficas, la educación recibida dentro de un entorno familiar ortodoxo, su activismo de juventud, laten en cada una de las páginas de su obra. La idea de enfocar esta introducción como una genealogía de carácter personal es una herencia directa de esta forma tan butleriana de entender la articulación entre lo vital y lo académico. Es, además, en este mismo capítulo en el que establecemos como característica básica de la filosofía butleriana la apuesta decidida por entender el feminismo como una crítica constante de los fundamentos teóricos sobre los que se ejerce la acción política. Esta incansable actitud vigilante ante el inmovilismo esencialista y el engañoso sentido común hace de Butler una autora admirada y odiada a partes iguales. Es precisamente este inconformismo visceral el que ha permitido que la obra de Butler haya trascendido con creces el ámbito académico para instalarse en el corazón de multitud de disciplinas que abarcan desde la política, al derecho o al arte.

⁹ “There is a Person Here: An Interview with Judith Butler”, en *Internacional Journal of Sexuality and Gender Studies*, vol. 6, nº 1/2. 2001, pp. 7-23. Entrevistada por Kirkby, V.

También en el capítulo dos, tratamos de describir la propuesta butleriana como un “humanismo post”. Esta etiqueta, con la pobreza propia de todas las catalogaciones, trata simplemente de aclarar hasta qué punto es Butler una pensadora crítica con la modernidad. Según tratamos de defender en esta tesis, si bien Butler ha desarrollado en sus textos una seria y profunda crítica al esencialismo, su propuesta se encuadra en la más pura tradición humanista, si por ello entendemos la preocupación incansable por mantener como objetivo básico de la política la creación y defensa de un mundo cada vez más justo, más democrático, más humano. Es por ello que Butler no puede ser entendida como una pensadora postmoderna en el ya casi sentido “clásico” del término. Sin embargo, en la consecución de este alto objetivo de marcado carácter político, Butler reniega de las cortas miras del esencialismo en pos de una solución de marcado carácter imaginativo. De este modo, podríamos afirmar que su filosofía es fundamentalmente prospectiva y que se acerca más a la ciencia ficción que al “conócete a ti mismo” socrático.

El capítulo tercero, “La *mujer*, el sexo y el género”, nos invita a asomarnos a las entrañas del sujeto de la mano de pensadores y pensadoras que influyeron decisivamente en la visión butleriana de la identidad. Una personal y profunda revisión de los conceptos “sexo”, “género” y “deseo” conduce a Butler hacia formas contingentes de entender la subjetividad y, por tanto, este capítulo puede ser entendido como una disección de la subjetividad femenina en aras de sacar a la luz sus peligros y miserias. Simone de Beauvoir, Gayle Rubin, Monique Wittig o Foucault serán algunas de las referencias intelectuales que la norteamericana sabrá en ocasiones seguir, y en ocasiones soltar la mano, para crear una teoría propia con respecto al sujeto (“the doer”, “el que hace”, “el agente”). Nos movemos en un terreno realmente farragoso donde estimamos que reside gran parte de los malentendidos generados por la filosofía de Judith Butler. Nuestra pensadora discute, tensa, revisa todas estas teorías en un continuo movimiento de ida y vuelta que le permite descubrir constantemente nuevos elementos válidos para su propuesta. Pensadora permeable donde las haya, acude a sus fuentes periódicamente haciendo de su andamiaje teórico un “corpus” en constante regeneración, resultando difícil, por tanto, comprender su pensamiento sin un amplio conocimiento de toda su obra.

El capítulo cuarto trata de ser una exposición de las consecuencias políticas de esta manera “post” de entender la subjetividad. Es decir, estas páginas tituladas “Formación del sujeto y la agencia en la teoría de Judith Butler”, se centran en la praxis

del sujeto (“lo hecho”, “la agencia”) y en la capacidad de éste de producir la transformación social. El abandono de la autonomía absoluta como modelo para la subjetividad provoca la necesidad de repensar la agencia desde presupuestos no esenciales. Es así como nos sumergimos en la cuestión de la performatividad, inicialmente tal y como Butler la desarrolla en *El género en disputa*. A pesar de que las múltiples críticas vertidas sobre la teoría butleriana impregnan de manera ubicua las páginas de este estudio, hemos creído conveniente dedicar un epígrafe exclusivamente a las objeciones que las principales representantes del feminismo contemporáneo anglosajón han dedicado a la cuestión de la performatividad en relación, fundamentalmente, a la primera formulación dada por la norteamericana en *El género en disputa*. Hemos optado por unificar estas críticas para llamar la atención del lector o lectora sobre la centralidad de esta cuestión y sobre las innegables repercusiones que la teoría de la performatividad tendrá para la política feminista del siglo XXI. Igualmente exponemos la recepción de esta teoría de la performatividad en el contexto hispánico; desde las primeras interpretaciones de María Luisa Femeninas o Celia Amorós, hasta los profundos estudios de Elvira Burgos o Patricia Soley-Beltran, apreciamos el interés creciente que esta propuesta ha suscitado en Sudamérica y España. Además de los ya mencionados, nombres como los de Pablo Pérez Navarro, Rosa María Rodríguez Magda, M^a José Guerra Palmero, Ángeles Jiménez Perona o Sonia Reverter Bañón, son fundamentales para comprender la introducción de la teoría butleriana en el debate académico de nuestra cultura.

Como prueba de la permeabilidad intelectual butleriana, mostramos en los epígrafes siguientes del capítulo cuarto cómo las múltiples voces disonantes con su teoría le llevan a modificar su propia visión de la agencia a través de una seria revisión de la performatividad. Esto provoca que Butler profundice en la relación existente entre el poder y la psique, alumbrando así una nueva formulación, tal vez menos ingenua, de la agencia tras incorporar al estudio de la performatividad tanto la dimensión corporal como la lingüística. Sólo entonces podremos tomar conciencia de la fuerza política que alberga la teoría butleriana. A partir de este momento, su propuesta desborda el ámbito del feminismo para instalarse en el corazón del debate político general a través de su apuesta por lo que ella misma llama, tomando prestada la expresión de Chantal Mouffe, la “democracia radical”. Acontecimientos de tanta actualidad como la falta de libertades individuales en China, las revueltas desatadas en Egipto, Túnez, Libia, Yemen o Marruecos contra los gobiernos autocráticos, o los movimientos populares que han

atravesado el mundo con una sola voz exigiendo la profunda reforma del sistema democrático, ubican las obras de Butler en el centro del debate político contemporáneo. Más de diez años hemos dedicado a estudiar su teoría y, a cada relectura, la propuesta butleriana parecía crecer con el devenir de los acontecimientos históricos. La filosofía de Butler es pues, ante todo, filosofía en carne viva y a esta herida, constantemente abierta, nos gustaría asomarnos.

Posteriormente, en el capítulo cinco, tratamos de establecer una serie de reflexiones tras la exposición de la propuesta de Judith Butler, sus críticas y reformulaciones en relación al sujeto y la agencia. Titulado “Sujeto y agencia. Reconstrucción personal a partir de la teoría butleriana”, supone, sin lugar a dudas, el momento más arriesgado de este estudio. Bajo los títulos de “Sujetos *queer* por la democracia” y “Agencia y (auto)transformación desde un punto de vista sensualista” presentamos las razones por las cuales consideramos que la teoría butleriana no sólo es una propuesta política sólida sino que, además, representa un nuevo empuje al humanismo político, si entendemos éste como aquel pensamiento que gira en torno a qué sea lo humano y cómo se mejoran sus condiciones materiales y simbólicas de vida. Igualmente, proponemos una personal reconstrucción de la teoría de la performatividad desde presupuestos sensualistas, estableciendo como acciones políticas prioritarias aquellas tendentes a luchar por el reconocimiento, dignidad y mejora de la vida de todos aquellos y aquellas que sufren como consecuencia de no responder a los estereotipos sexuales e identitarios impuestos desde la matriz heterosexual. Una empresa que acercaría la teoría butleriana a los más altos ideales democráticos a través de su máximo representante, el sujeto “queer”. Creemos que este capítulo puede ser, asimismo, una inspiradora herramienta para revisar la política actual en busca de un nuevo modelo democrático para el complejo mundo del siglo XXI.

Dentro de este mismo capítulo, nos hemos tomado una pequeña licencia personal escribiendo el apartado titulado “Dispositivos de seguridad”. Descubrir en la matriz heterosexual una especie de profecía autocumplida (Véase Soley-Beltran, Patricia, *Transexualidad y la matriz heterosexual. Un estudio crítico de Judith Butler*¹⁰) nos ha dado mucho que pensar. ¿Cómo se transmite y se mantiene esta matriz? ¿Cómo se asimila? Se transmite mediante el lenguaje, cuya misión es conformar nuestra psique

¹⁰ Soley-Beltran, P., *Transexualidad y la matriz heterosexual. Un estudio crítico de Judith Butler*, Barcelona, Bellaterra, 2009.

a la psicología folk. Pero, ¿puede alterarse esta matriz? No sólo puede sino que cada vez que ejercemos la agencia lo estamos haciendo consciente o inconscientemente. Curiosamente el hecho de plantear estas cuestiones ya es performar la matriz y alterar la psicología folk: “Dispositivos de seguridad” es un pequeño ensayo que puede ayudarnos a reflexionar sobre cómo se perpetúa la matriz, hasta qué punto somos cómplices de ese proceso y cómo podemos iterarla hacia nuevas posibilidades.

Establecemos en este mismo epígrafe una terminología propia con la que poder aprehender la construcción genérica de la subjetividad. Alumbramos conceptos como “dispositivo genérico”, “dispositivo de seguridad”, “filosofía para el fracaso” o “sujeto suicida”, todos ellos cargados de matices y todos ellos deudores de la filosofía de Butler. Defendemos en estas páginas que los mecanismos sociales que establecen la normatividad genérica, es decir, lo que es normal o anormal dentro de la matriz de género imperante, se aplican cada vez antes y cada vez con más fuerza y virulencia en la formación de las nuevas subjetividades. Podríamos decir que los esfuerzos políticos de parte del feminismo por destruir el ideario esencialista sobre el que se asientan la feminidad y la masculinidad, se ven en gran parte contrarrestados por el fortalecimiento de lo que hemos llamado “dispositivo F” y “dispositivo M”. Estos dispositivos encuentran apoyo (siempre lo hicieron) en la tecnología y la ciencia, que catalogan cada vez antes a los futuros seres humanos como “mujeres” o “varones”. Tratamos de situarnos en el instante donde comenzamos a construir e imponer la sexualidad a los bebés, emprendiendo así un viaje a través de la evolución del diagnóstico prenatal, de los análisis ecográficos y de otras técnicas que se aplican de una manera cada vez más temprana, más intangible, más misteriosa, más incomprensible para las personas profanas en la materia. Sobre estas “pseudo-evidencias” se prefigura todo un mundo para este ser aún por hacer.

Es este un epígrafe especialmente escrito pensando en los actuales y futuros padres y madres, así como por pura deformación profesional, en todos aquellos maestros y maestras, profesores y profesoras, que entendemos la educación como una gran oportunidad para mejorar el mundo en general, la vida de nuestros alumnos y alumnas en particular, y sin embargo continuamos encuadrando nuestra práctica en un sinfín de prejuicios y tabúes con respecto a las capacidades de chicas y chicos. Al fin y al cabo, ¿no es la educación el mecanismo por el que se transmite y solidifica la cultura? Pero, ¿no es igualmente la herramienta con la que la propia cultura muta? ¿No debería la verdadera democracia tratar de performar la práctica educativa, tanto en las casas

como en las guarderías, colegios e institutos, hacia modelos humanistas más tolerantes con la diferencia, menos racistas, menos sexistas, menos clasistas, en definitiva, menos normalizadores?

Nuestro objetivo es, por tanto, hacer algo más comprensible el proceso de subjetivación a aquellos y aquellas cuya identidad está reconocida por el sistema y que ejercen de guardianes de la norma. Queremos sumarlos y sumarlas a nuestra lucha buscando la proliferación de las identidades líquidas, incluyendo las identidades “hetero queer”. Acercar a los guardianes de la norma al abismo, invitarlos a iterar la experiencia humana, a experimentar las grietas para poder empatizar, grietas donde extinguirse para volver a ser. Queremos desinflar la metafísica de la subjetividad bajo la inmensa inspiración que supone la figura de la “lamia”, personaje femenino de la mitología grecolatina caracterizada como asustaniños y seductora terrible. En palabras de la propia Judith Butler:

“En ocasiones la gente me utiliza como una especie de ejemplo de monstruosidad. Tiene que ver con una visión homofóbica o explícitamente antisemita o misógina. Tal vez a la gente le importe que sea tan claramente una lesbiana y no una lesbiana feminista. Mi tesis sobre la construcción social parece asustar mucho a la gente: la idea de que el sexo es culturalmente construido. Parecen temer que esté evacuando cualquier noción de lo real, que haga a la gente pensar que sus cuerpos no son reales o que las diferencias sexuales no son reales. Ellos creen que soy demasiado carismática y que estoy seduciendo a los jóvenes.”¹¹

Supone igualmente este epígrafe nuestro pequeño homenaje a la famosa consigna feminista de Barbara Kruger que reza “tu cuerpo es un campo de batalla”. Nuestra intención es no sólo indicar la necesidad de cuestionar la identidad sino sugerir los mecanismos para hacerlo y, para ello, tratamos de deconstuir el proceso de formación de los individuos, al objeto de indicar caminos tendentes a pervertirlo. Somos

¹¹ “Sometimes people use me as a kind of example for monstruosity. It has to do with a homophobic or explicitly anti-semitic or explicitly misogynist view. Maybe people care that I am so clearly a lesbian and not a feminism lesbian. My thesis on social construction seems to be very frightening to people: the idea that sex is culturally constructed. They seem to fear that I am evacuating any notion of the real, that I make people think that their bodies are not real or that sexual differences are not real. They believe that I am too charismatic and that I am seducing the young”. La traducción es nuestra. Extracto de la entrevista “The desire for philosophy” de Regina Michalik para *Lolapress* en el número 2 de su revista de distribución digital página 5. Véase “Feminist Debate”, Year 8, Vol. 16, October 1997, Mexico. Año 2000.

conscientes de que la psicología ya ha tratado estas cuestiones aun cuando consideramos que la teoría butleriana ha sido hasta hora poco utilizada para estos fines.

El último capítulo de este estudio está dedicado, como no podía ser de otra manera, a exponer las conclusiones a las que esta investigación arriba: destilamos las ideas más sugerentes contenidas en ella y tratamos de enriquecerlas con nuestra aportación personal, al objeto de alumbrar una teoría iterada que contenga las ideas más interesantes de la filosofía de Judith Butler, aplicadas éstas a los contextos que nos resultan más cercanos, especialmente el educativo.

Para finalizar nos gustaría realizar algunas aclaraciones con respecto a las fuentes bibliográficas. Este estudio es fruto de la omisión explícita de una de las recomendaciones más juiciosas y repetidas que he tenido que escuchar en los últimos años por boca de las personas que me rodeaban: “no hagas una tesis sobre una pensadora viva”. La razón es evidente, una autora viva continúa escribiendo y, por lo tanto, su teoría está en continua revisión y transformación. Esta apreciación parece especialmente pertinente para la filosofía de Judith Butler; a todo lo publicado antes del 2000, año en el que se despierta mi interés por su teoría, hemos de añadir cuatro nuevas obras y otras tantas colaboraciones en estudios de carácter coral. Rastrear, además, los innumerables artículos que la norteamericana ha escrito en un sinfín de revistas especializadas, actas de congresos, periódicos generalistas y páginas web, ha resultado ser una empresa ingente y siempre abocada a la insatisfacción. Igualmente las entrevistas se cuentan por decenas. Si a todo lo afirmado añadimos que la bibliografía secundaria crece en tiempo real, realizar un trabajo serio sobre el tema requería por nuestra parte una urgente acotación de la problemática a estudiar. En virtud de ello y reconociendo un cierto y necesario decisionismo, convenimos en centrar el estudio en la novedosa visión del sujeto que Butler pretende donar al feminismo y las consecuencias que ello tendrá para el ejercicio de la agencia. Nuestro interés es, de inicio a fin, práctico. Las numerosas disquisiciones teóricas van siempre encaminadas a investigar el uso pedagógico y político que la teoría butleriana pueda tener en aras de una transformación y mejora de la democracia actual. La valía de su propuesta y de nuestro estudio deben ser evaluados, a partir de aquí, por quienes se acerquen a ambos.

Para dar forma a este cometido hemos anclado fundamentalmente la investigación en la obra *El género en disputa* y en las numerosas críticas desatadas. No obstante, su replanteamiento de la subjetividad y las modificaciones a su inicial idea de performatividad nos han forzado a realizar un maravilloso periplo a través de un buen

número de sus obras. *Cuerpos que importan*¹² resulta insalvable para poder entender la permeabilidad butleriana a las críticas. En esta obra, Butler se esmera en diferenciar la performatividad de la mera “performance” a través del estudio de la compleja relación existente entre el poder y el cuerpo. Trata de este modo de ahuyentar tanto el fantasma del voluntarismo como el del determinismo, ambos invocados por críticas de la talla de Benhabib o Fraser. *Subjects of Desire*¹³ y *Mecanismos psíquicos del poder*¹⁴ intentan explicar la forma y las razones por las que el sujeto se vincula psíquicamente al poder. Ambas obras son imprescindibles para comprender los límites y, en consecuencia, el abanico de posibilidades en el que se mueve la agencia del sujeto. *Lenguaje, poder e identidad*¹⁵ es un libro destinado a explicar de qué manera el lenguaje nos constituye como sujetos y hasta qué punto puede éste ser utilizado para producir la transformación social. Así pues, la performatividad queda finalmente perfilada tanto en su dimensión corporal, como psíquica y lingüística.

En un segundo nivel, hemos también querido dedicar nuestra atención tanto a *Deshacer el género*¹⁶ como a *Dar cuenta de uno mismo*¹⁷. La primera de estas obras supone una reflexión muy interesante en torno a los mecanismos de montaje y desmontaje del género. En consecuencia, *Deshacer el género* reúne una serie de escritos que tratan de sondear los fundamentos inestables de la subjetividad desde presupuestos menos inocentes que los expresados en *El género en disputa*. Por otro lado, atendemos también en este estudio a *Dar cuenta de uno mismo*, obra singular en la que Butler da un giro inesperado a su teoría. Esta obra parece, en principio, desentonar dentro del universo político butleriano. De hecho, una lectura apresurada de la misma podría hacerla pasar por una obra menor. No obstante, este tardío interés por la ética tiene por objeto, pensamos, fundamentar la política sobre un andamiaje ético nuevo a la luz de las conclusiones derivadas de estos veinte años de investigación. Un andamiaje ético-

¹² Butler, J., *Bodies that Matter: On the Discursive Limits of “sex”*, New York, Routledge, 1993. Butler, J., *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*, Barcelona, Paidós, 2002. Traducción de Alcira Bixio.

¹³ Butler, J., *Subjects of Desire. Hegelian Reflections in twenty-century France*, New York, Columbia University Press, 1999, editado por primera vez en 1987.

¹⁴ Butler, J., *The Psychic Life of Power. Theories of Subjection*, Stanford, Stanford University Press, 1997. Butler, J., *Mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción*, Madrid, Cátedra, 2001. Traducción de Jacqueline Cruz.

¹⁵ Butler, J., *Excitable Speech. A Politics of the Performative*, New York, Routledge, 1997. Butler, J., *Lenguaje, poder e identidad*, Madrid, Síntesis, 2004. Traducción de Javier Sáez y Beatriz Preciado.

¹⁶ Butler, J., *Undoing Gender*, New York & London, Routledge, 2004. Butler, J., *Deshacer el género*, Barcelona, Paidós, 2006. Traducción de Patricia Soley-Beltran.

¹⁷ Butler, J., *Giving an Account of Oneself*, New York, Fordham University Press, 2005. Butler, J., *Dar cuenta de uno mismo*, Buenos Aires, Amorrortu, 2009.

político menos violento, más humano, permeable a la debilidad, a las carencias propias y ajenas. Esta pequeña gran obra viene nada menos que a cuestionar la violencia como única respuesta humana ante el miedo y supone, entre otras cosas, un alejamiento intelectual con respecto a uno de sus referentes primigenios: Nietzsche. Otras obras como *El grito de Antígona*¹⁸, *Vida precaria*¹⁹ o *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*²⁰ también son tenidas en cuenta, si bien su presencia en este estudio es más difusa por cuestiones de acotación del tema. En el primer caso hemos decidido no profundizar en la obra pues la cuestión de la matriz heterosexual que subyace al modelo familiar y social daría por sí sola para una tesis doctoral. Con respecto a las otras dos obras citadas, ambas plantean problemáticas muy específicas (conflicto palestino-israelí, Guantánamo, guerra de Irak, torturas y abusos en Abu Ghraib, etc.) que consideramos que nos podía alejar de la problemática de base.

En relación a los artículos utilizados, consideramos especialmente interesantes los escritos por Butler entre 1986 y 1990. Estas páginas de juventud escritas entre la publicación de su tesis doctoral, *Subjects of Desire*, y su primera gran obra, *El género en disputa*, marcan, en nuestra opinión, el camino por el que su teoría tomará cuerpo en la década de los 90. Igualmente reveladora nos ha parecido de entre las muchas, muchísimas, entrevistas realizadas a nuestra pensadora la que tiene por título “There is a person here”. En ella, una Butler cercana ejemplifica con sus respuestas la raíz vital que palpita en cada una de las páginas de su obra.

Subjects of Desire, la primera obra escrita por Butler, y numerosos artículos y entrevistas son citados en inglés por no disponerse hasta la fecha de edición en español; y lo mismo puede afirmarse para una gran parte de la bibliografía secundaria. Por cuestiones de coherencia lingüística y para facilitar la lectura hemos traducido los fragmentos usados, aportando el texto original a pie de página. En el resto de casos, y a excepción hecha a lo que expresaré en el siguiente párrafo, hemos decidido citar los textos tal y como son traducidos en sus correspondientes ediciones en español. En la mayoría de las ocasiones las traducciones son serias y rigurosas y no veíamos motivo real para citar constantemente en inglés más allá de cierta autosatisfacción “snob”. Todo

¹⁸ Butler, J., *Antigona's Claim, Kinship Between Life and Death*, New York, Columbia University Press, 2000. Butler, J., *El grito de Antígona*, Barcelona, Editorial El Roure, 2001. Traducción de Esther Oliver.

¹⁹ Butler, J., *Precarious Life: The Powers of Mourning and Violence*, London & New York, Verso, 2004. Butler, J., *Vida precaria: el poder del duelo y la violencia*, Barcelona, Paidós, 2006. Traducción de Fermín Rodríguez.

²⁰ Butler, J., *Frames of War: When is Life Grievable?*, New York, Verso, 2009. Butler, J., *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*, Barcelona, Paidós, 2010. Traducción de Bernardo Moreno.

ello, por supuesto, no nos ha eximido de leer las obras y estudiarlas en su lengua original, en un intento de atrapar todas las sutilezas que el lenguaje butleriano posee. Es por ello que, en ocasiones puntuales, hemos decidido aportar nuestra propia traducción de los textos.

A pesar de lo anteriormente afirmado, dada la centralidad de la obra *Gender Trouble (El género en disputa)* para nuestro estudio, hemos optado por elaborar una traducción y citar los textos en su lengua original a pie de página. Eso no quita que hayamos tenido siempre presente la edición de Paidós, traducida por Patricia Soley-Beltran, razón por la cual se cita en la bibliografía. Una obra de tal calibre dentro del contexto de esta investigación requería por nuestra parte la asunción de los riesgos a todos los niveles, incluidos los lingüísticos. De este modo somos plenamente responsables de todo aquello que con respecto a *Gender Trouble* pueda juzgarse como bien o mal traducido en este estudio.

En relación a la amplia bibliografía secundaria que a través de artículos y obras especializadas hemos utilizado para nuestro estudio, nos remitimos al apartado bibliográfico, si bien quisiéramos destacar especialmente el estudio que Burgos publicó en 2008 con el nombre *Qué cuenta como una vida. La pregunta por la libertad en Judith Butler*. Consideramos el libro de Burgos como la exposición más clara y completa que de la teoría de Judith Butler poseemos en lengua española, una obra indispensable en la que esta investigación se ha apoyado tal y como queda referenciado en múltiples ocasiones. Especialmente interesantes hemos encontrado asimismo los estudios de Moya Lloyd, *Judith Butler. From Norms to Politics*²¹ y de Sarah Salih, *Judith Butler*²². Dichas obras nos han ayudado sobremanera a comprender la repercusión de la teoría butleriana y a orientarnos especialmente dentro del contexto anglosajón.

A partir de ahí, el resto de textos susceptibles de ser considerados bibliografía secundaria son cientos, miles, tremendamente dispersos entre las páginas de multitud de actas, revistas y periódicos. Hemos consultado muchos, muchísimos de estos textos, encontrando relevantes para nuestro estudio aquellos que encontrarán en la bibliografía. Fue una pretensión compleja aquella de tratar de hilar las críticas al desarrollo de esta investigación, pues parecía sumirnos, una y otra vez, en una frustración perpetua; siempre había algún nuevo artículo alabando o atacando frontalmente las opiniones

²¹ Lloyd, M., *Judith Butler. From Norms to Politics*, Cambridge, Polity Press, 2007.

²² Salih, S., *Judith Butler*, Nueva York, Routledge, 2002.

butlerianas, un nuevo texto que estudiar, diseccionar, incorporar a nuestro estudio. Podemos afirmar, tras una última lectura personal, que el resultado nos deja, al menos, medio satisfechos.

Por criterios de buen gusto y espíritu didáctico (inevitable deformación profesional) hemos tratado de cuidar al máximo el lenguaje de este trabajo, especialmente en lo que respecta a la utilización de un lenguaje no sexista. Sin ánimo de entrar en polémicas que no competen a estas páginas, consideramos el lenguaje como un ser vivo en continua transformación y, con esta idea, apostamos decididamente por iterarlo hacia formas no sexistas. Tratamos de estirar el corsé para que diferentes personas puedan sentirse cómodas en él, y por ello, nos parece importante luchar también contra el sexismo explícito e implícito en uno de nuestros principales vehículos para la comunicación de nuestras experiencias: el lenguaje escrito.

No es mi intención aburrirles con un capítulo de agradecimientos de carácter recitativo, por ello doy las gracias aquí brevemente a mi amigo Francisco Lozano por mostrarme el camino y a Elvira Burgos, María José Guerra Palmero, Sonia Reverter Bañón, Neus Campillo, Ángeles Jiménez Perona, Gemma Muñoz-Alonso López y Pablo Pérez Navarro por haberme asesorado atentamente en algunas lecturas. Me siento enormemente afortunado por tener como amiga a Judith Dato, artista a la que esta tesis debe sus maravillosas ilustraciones. Finalmente se lo debo todo a Gemma Vicente, directora de este estudio, y a Katia Andreo, mi luz, que con altas dosis de paciencia y alguna que otra pizca de inexplicable fe en el proyecto, han caminado junto a mí estos más de diez años mientras yo trataba de darle forma a mis inquietudes e ideas.



CAPÍTULO 1

El sujeto en la filosofía contemporánea y su recepción en el feminismo

“Dentro de la práctica política feminista, parece necesario un replanteamiento radical de las construcciones ontológicas de la identidad al objeto de formular una política representacional que reanime el feminismo sobre otras bases.”²³

Butler, J., *Gender Trouble*, p. 8.

²³ “Within feminist political practice, a radical rethinking of the ontological construction of identity appears to be necessary in order to formulate a representational politics that might revive feminism on other grounds.”

1.1. La filosofía contemporánea como marco para la nueva política feminista

Existe hoy en día un feminismo hijo de su tiempo, un feminismo al que desde ciertas instancias de poder se suele mirar de soslayo y catalogar de menor, tal vez por provocador, tal vez por peligroso. Un feminismo que está replanteando sus bases y que pone en cuestión la visión ontológica, esencialista, metafísica y naturalizada de la subjetividad. A este feminismo es al que pertenece la propuesta de la autora que centra nuestro estudio. Para asir convenientemente su propuesta, daremos un pequeño rodeo que nos permitirá transitar las principales tesis del pensamiento contemporáneo con respecto al sujeto.

Consideremos, en primer lugar, que no es gratuito advertir de antemano que intentar aprehender bajo una definición, enumeración o descripción, la totalidad del polifacético pensamiento contemporáneo se revela como una tarea no sólo ingente, sino además, siempre abocada a sumirnos en la más profunda insatisfacción. Mas cual Sísifos modernos asumimos nuestro destino, narradores de algo que se nos escapa, se nos pierde entre los dedos “como lágrimas en la lluvia”²⁴, en una lucha titánica por encontrar, recuperar, el punto hermenéutico desde donde dar luz (“lichtung”) a “eso” que se ha dado en llamar “pensamiento contemporáneo”.

El pensamiento contemporáneo se caracteriza por su (des)estructura caleidoscópica, tanto en lo que concierne a sus rasgos como a sus fuentes. Recogiendo el hilo de Ariadna, podemos encontrar precedentes del pensamiento actual en un gran abanico de pensadores (Heráclito, Protágoras, Pirrón, Ockam, Schleiermacher, etc.), literatos y artistas de muy distinto sello (Sade, Bataille, Artaud, Baudelaire, Rimbaud, etc.). Sin embargo, tres nombres aparecen, en nuestra opinión, como referentes imprescindibles para comprender el sentir que inspira la filosofía de finales del siglo XX e inicios del XXI: Nietzsche, Heidegger y Wittgenstein.

Rastrear la huella de Nietzsche en el pensamiento actual es labor imprescindible para alcanzar tan sólo algo de comprensión en los textos contemporáneos. Su

²⁴ Tomo prestada esta expresión del ya clásico final de la película de Ridley Scott, *Blade Runner. The director's cut*, EE.UU, Warner Bros, 1982.

antiplatonismo, su crítica a la cultura occidental, a la idea de verdad, al lenguaje y su engañosa función representativa, al naturalismo, su impagable defensa del perspectivismo, su nihilismo activo, creativo, imaginativo, han supuesto un punto arquimédico, un antes y un después en la historia de la filosofía. Nietzsche es una de esas Ítacas a la que Butler regresará una y otra vez en su búsqueda de un sujeto “post” que a la par sea viable para la acción política. *La genealogía de la moral*²⁵, como veremos posteriormente, se erige en este estudio como una presencia constante que permanece a la base de un gran número de consideraciones butlerianas.

Heidegger, por su parte, influido por el pensamiento nietzscheano, impregna de igual modo el pensamiento actual entre otras cosas con el “olvido del ser” y con su crítica a la noción de fundamento (“Grund”). Esta determinación, descubrimiento, revelación, vía fenomenología y existencialismo, lleva a Heidegger a transitar los senderos de lo marginal y la diferencia, dejando abiertos los caminos que habrán de seguir muchos filósofos y filósofas de la segunda mitad de siglo. Aun cuando no supone un referente directo de las lecturas butlerianas, su peso específico sobre la actual manera de entender al sujeto no puede desestimarse.

Por último, no es desdeñable la importancia de Wittgenstein en el pensamiento de hoy en día. Su noción de “juegos del lenguaje” dinamita la filosofía del siglo XX por constituir la llave que abre la caja de Pandora donde sujeto y poder negocian su posición, su sentido y su ser. Wittgenstein se erige así como un precedente claro de la biopolítica foucaultiana, con la importancia que tendrá ésta sobre el pensamiento político de la norteamericana.

Finales del XX, inicios del XXI: el pensamiento único ha explotado. Asistimos atónitos/as al “big bang” de la Filosofía donde las distintas corrientes de pensamiento se suceden vertiginosamente a hombros de esta tríada “maldita”, generando una espiral de ideas que tratan de aprehender la realidad en toda su complejidad. Ya nunca más simplificar, falsear, atraer lo real hacia un orden ilusorio sino enfrentarse al abismo del comprender. Con este ánimo van cobrando forma la hermenéutica (Gadamer, Ricoeur, etc.), el psicoanálisis (Freud, Lacan, Jung, Klein, etc.), el estructuralismo y el post-estructuralismo (Foucault, Levi-Strauss, etc.), el pragmatismo (Rorty), la deconstrucción (Derrida) y, en un lugar destacado, la postmodernidad (Lyotard, Vattimo, Deleuze-Guattari, Kristeva, Baudrillard,

²⁵ Nietzsche, F., *La Genealogía de la moral*, Madrid, Alianza editorial, 1996.

Lipovetsky, etc.) Muchos de estos nombres, como veremos en el transcurso de esta investigación, pueden leerse, o al menos intuirse en el discurrir de las páginas que escribiera la norteamericana ya desde sus inicios a mediados de la década de los ochenta.

Sin embargo, esta gran diversidad de fuentes no debe provocar la pérdida del horizonte ya que, una detenida radiografía pone al descubierto el entretejido de ideas compartidas por estas “escuelas” y su influencia en la propuesta de Judith Butler. Antes de profundizar en la filosofía de la norteamericana, creemos de vital importancia exponer en qué medida el nuevo contexto filosófico ha afectado al movimiento feminista desde sus mismos fundamentos, al objeto de poder analizar en páginas posteriores la forma en la que el feminismo se ha reconstruido como lo que siempre fue: un proyecto práctico, político, en palabras de Wollstonecraft, vindicativo.

Centrándonos en los objetivos de esta investigación, si hemos de destacar un pilar filosófico especialmente atacado y rebatido desde el pensamiento contemporáneo ese es, sin duda alguna, el sujeto. El sujeto como unidad universal y metafísica, como esencia inmutable idéntica a sí misma, anterior a toda contaminación cultural, se muestra ahora como una entidad de carácter fragmentado, teatral y ficticio... ¿cómo afecta este hecho a la estructura de movimiento feminista?

En principio, hemos de decir que esta crítica al sujeto, en opinión de Butler, es recibida por el feminismo con cierto recelo. Bástenos recordar, tan sólo por un momento, que el feminismo se forma en gran medida frente a la exclusión de la mujer del proyecto emancipador del siglo XVIII y, por tanto, gran parte de las reivindicaciones alcanzadas durante el XIX y el XX han consistido en ir logrando cotas de inclusión dentro de ese concepto protagonista de la historia que es el "sujeto". Sin embargo, ahora precisamente, cuando parecían ir alcanzándose muchos de los objetivos del activismo feminista, surgen las discrepancias internas y el proyecto universal en el que antaño la política feminista quedaba encuadrado se nos presenta agotado y su protagonista, el sujeto, deconstruido.

Pero lo que nos compete aquí, según Butler, es realizar una reflexión de una profundidad mayor: ¿realmente debe el feminismo vivir este hecho como una pérdida o como una liberación? En *El género en disputa*, obra con la que obtendrá gran popularidad y reconocimiento, Judith Butler hace referencia al peligro que supone fundamentar la política feminista sobre el esencialismo. A este respecto, nos resulta muy interesante el artículo de María Prado Ballarín, “¿Qué es el feminismo

postestructuralista y por qué se están diciendo cosas tan horribles sobre él?”²⁶. Prado cree que el debate feminista se ha basado durante décadas en la radicalización de dos posturas que han derivado en sendos esencialismos de carácter falso, uno humanista, en el caso del llamado feminismo de la igualdad, y otro de marcado cariz biologicista, en el caso del feminismo de la diferencia²⁷. Butler considera, según Prado, que ambas posturas están equivocadas, pues omiten el carácter construido tanto de la mujer individual como de la mujer como colectivo.

Siguiendo las ideas butlerianas, encontramos que el abandono del esencialismo debe suponer un cambio de perspectiva dentro de las ideas feministas:

"El postulado de un *antes* dentro de la teoría feminista se hace políticamente problemático cuando esto constriñe el futuro a materializar y da una noción idealizada del pasado o cuando esto apoya, aún sin querer, la cosificación de una esfera precultural de lo auténticamente femenino. Este recurso a una original o genuina feminidad es un ideal nostálgico y parroquial que rechaza la demanda contemporánea de formular una explicación del género como una construcción cultural compleja. Este ideal no sólo tiende a servir objetivos culturalmente conservadores, sino que constituye una práctica de exclusión dentro el feminismo, precipitando precisamente la clase de fragmentación que el ideal pretende vencer."²⁸

El problema, como hemos podido leer, reside especialmente, según Butler, en la defensa que aún hoy en día hace un amplio sector del feminismo del sujeto femenino como substancia metafísica anterior al proceso de construcción social. Este sujeto, que para cierto feminismo se erige como paradigma único de la feminidad, se constituye así en origen y meta de la lucha política. Tal y como nos expone:

²⁶ Prado Ballarín, M^a., “¿Qué es el feminismo postestructuralista y por qué se están diciendo cosas tan horribles sobre él?”, en *Riff Raff. Revista de pensamiento y cultura*, n^o 27, Zaragoza, Mira Editores, 2005. Puede consultarse en http://riff-raff.unizar.es/files/politicas_feministas.pdf, pp. 78-95. Consultado en Enero de 2012.

²⁷ Véase *Ibid.*, p. 79.

²⁸ "The postulation of the *before* within feminist theory becomes politically problematic when it constrains the future to materialize and idealized notion of the past or when it supports, even inadvertently, the reification of a precultural sphere of the authentic feminine. This recourse to an original or genuine feminity is a nostalgic and parochial ideal that refuses the contemporary demand to formulate an account of gender as a complex cultural construction. This ideal tends not only to serve culturally conservative aims, but to constitute an exclusionary practice within feminism, precipitating precisely the kind of fragmentation that the ideal purports to overcome". Butler, J., *Gender Trouble*, pp. 46-47.

“En su mayor parte, la teoría feminista ha asumido que hay algún tipo de identidad existente, entendida a través de la categoría de mujer, que no sólo pone en marcha los intereses feministas y sus objetivos dentro del discurso, sino que constituye el sujeto para el que se persigue la representación política.”²⁹

Queremos hacer un pequeño inciso llamando la atención sobre el hecho de que Butler, en nuestra opinión, en ocasiones parece trabajar con una visión bastante pobre de lo que ella misma etiqueta o cataloga como feminismo. En esta precoz obra, la norteamericana parece ciega ante la infinidad de matices que ha presentado el feminismo en los últimos tres siglos y muestra de ello es el uso de expresiones tan ambiguas como “en su mayor parte, la teoría feminista...”, ¿a quién se refiere Butler exactamente con esta expresión?, ¿no está tal vez ocultando un heterogéneo mosaico tras una etiqueta algo vaga? Además, según entendemos, al generalizar, Butler omite, por ejemplo, la vinulación que el feminismo mantuvo y mantiene con el espíritu crítico de la Ilustración. Baste como ejemplos la muerte de Olimpe de Gouges al reivindicar la inclusión de la mujer en el concepto de ciudadanía o las múltiples disidencias femeninas que se dieron en el partido comunista durante el siglo XIX y principios del XX. Estos son sólo dos constataciones de la continua lucha del feminismo con y contra el inmovilismo esencialista. Del mismo modo muestran la vocación temprana de la política feminista por cuestionar las categorías básicas y por entenderlas como elementos no esenciales sino políticos. Es probablemente esta visión vaga y sesgada del “feminismo clásico” la que lleva a Butler a tener una percepción bastante monolítica de las corrientes actuales que se basan en él. Sin dar nombres, en su crítica al feminismo contemporáneo “de corte metafísico”, creemos que nuestra pensadora unifica intuitivamente una gran variedad de propuestas (feministas antipornografía, feministas de la diferencia, esencialismo estratégico, etc.) bajo una supuesta visión compartida y monolítica de la subjetividad. Nada más lejos de la realidad.

No obstante y en honor a la verdad, debemos destacar que la propia Butler toma conciencia del déficit teórico de su primera obra y posteriormente comienza a matizar las distintas teorías actuales, considerando algunas de ellas valiosas para el cuestionamiento de la subjetividad y de las categorías teóricas del feminismo en general. En este sentido, cabe destacar la relación de amor-odio que Butler parece

²⁹ *Ibid.* Pág. 3.

mantener con el esencialismo estratégico o el vínculo intelectual, desde el afecto y la cercanía, que la norteamericana mantiene con Rosi Braidotti. En palabras de nuestra pensadora:

“En el libro (refiriéndose a *El género en disputa*), traté de concebir la reivindicación de *universalidad* exclusivamente en su sentido negativo y exclusivista. No obstante, llegué a darme cuenta de que el término poseía un importante uso estratégico precisamente como categoría no substancial y abierta conforme trabajaba primero con un extraordinario grupo de activistas como miembro de su junta, y después como presidenta de la Internacional Gay and Lesbian Human Right Comisión (1994-97), una organización que representa a las minorías sexuales en una amplia gama de cuestiones relativas a los derechos humanos.(...) Entonces, llegué a una segunda visión de la universalidad, en la cual queda definida como labor orientada al futuro de la traslación cultural.”³⁰

No obstante, hecho el matiz y más allá de si Butler expone o no claramente contra qué lucha, lo importante es que parece que se adscribe sin reservas, desde ésta su considerada primera gran obra, a una nueva línea de pensamiento “post” que considera que el sujeto, la identidad, la universalidad, la mujer, deben ser categorías puestas en cuestión constantemente. Frente al apego a estas categorías que Butler atribuye a “gran parte del feminismo”, nuestra autora parece cuestionar: ¿no es la realidad mucho más rica de lo que estos términos tratan de establecer?, ¿no es el género humano mucho más diverso?, ¿no son sus proyectos mucho más complejos, menos homogéneos?

El paradigma de la liberación feminista desde el substancialismo esconde en su oscuro anverso todo un reguero de crueles exclusiones y abyecciones que posibilitan, sostienen y alimentan la creación del sujeto político ideal femenino. Según Butler, las mujeres, apartadas antaño de este sujeto universal, reproducen hoy dentro del propio pensamiento feminista las exclusiones padecidas durante siglos, perfilando una propuesta política que es duramente criticada por la estadounidense por clasista, racista y etnocéntrica. Butler afirma:

“Es más, ya no está claro que la teoría feminista deba intentar asentar la cuestión de una identidad primaria como sustento de la tarea

³⁰ *Ibid.*, pp. XVII-XVIII.

política. En vez de esto, debemos preguntar qué posibilidades políticas se derivan de una crítica radical de las categorías de identidad.”³¹

³¹ *Ibid.*, p. XXIX.

1.2. Hacia un sujeto "post" para el feminismo

En este epígrafe trataremos de exponer a modo introductorio el recorrido hacia la madurez intelectual que realiza Butler a través de los textos de pensadores y pensadoras como Nietzsche, Derrida, Vattimo, Althusser o Braidotti. Curiosamente Butler arriba a estas lecturas tras la revisión que ella misma hace de su primera y probablemente menos conocida obra, *Subjects of Desire. Hegelian reflections in twentieth-century France*. En esta disertación de 1984, una joven Butler estudia la recepción de Hegel en la filosofía francesa a partir del concepto de deseo que el autor alemán desarrolla en la *Fenomenología del espíritu*³². Centrada originariamente en autores como Kojève, Hyppolite o Sartre, Butler modifica *Subjects of Desire* tras descubrir entre 1984 y 1986 la biopolítica de Michel Foucault³³ y este hecho reorienta desde entonces toda la filosofía butleriana hacia la crítica al sujeto como base para alcanzar un nuevo fundamento para la política feminista. Así, Butler decide añadir en 1987 a la citada obra un nuevo capítulo, poco referenciado pero muy revelador, donde esboza lo que será su particular concepción de la relación existente entre deseo y reconocimiento a través de la crítica realizada por autores como los ya citados Foucault, Derrida, Lacan o Deleuze a la noción hegeliana de sujeto.

Butler distingue así dos momentos dentro de lo que podríamos llamar el hegelianismo francés, el primero se caracteriza por entender la subjetividad en términos de finitud, límites corpóreos y temporalidad, mientras que el segundo se define por intentar comprender el sujeto como "splitting" en palabras de Lacan, desplazamiento tal y como lo entenderá Derrida y muerte eventual según conceptos cercanos a Foucault y Deleuze. Esta doble lectura de la subjetividad convierte a Hegel en un autor máximamente respetado por Hyppolite y Kòjeve (representantes de esta primera lectura hegeliana en la que ya se vislumbra el gérmen de las críticas posteriores), a la par que lo ubica como el mayor antagonista de los discípulos de estos (Lacan, Derrida, Deleuze,

³² Hegel, G. W. F., *Fenomenología del espíritu*, Madrid, F.C.E., 1985.

³³ Véase Butler, J., "Preface to the paperback edition" en *Subjects of Desire. Hegelian reflections in twenty-century France*, p. IX.

Foucault), que habrán filtrado la lectura hegeliana con los textos de Nietzsche, Marx, Freud, Husserl y Heidegger³⁴.

Según nos muestra Butler en el capítulo añadido en 1987, y que lleva por título “The life and death struggles of desire: Hegel and Contemporary french theory”, para apreciar la gran importancia de la propuesta de Jacques Derrida y poder seguir el diálogo del francés con Hegel debemos acudir a las obras *La escritura y la diferencia* y *Glas*, así como al artículo “The pit and the pyramid: An introduction to Hegel’s semiology”³⁵. En estos textos, Derrida recoge la crítica de Hyppolite, quien ya muestra los límites de la concepción hegeliana del sujeto como instancia autónoma, pero Derrida va más allá amparándose en el análisis del lenguaje. Derrida parte de lo que el mismo Hegel llamó “entender la diferencia” contenida en el proyecto histórico, pero el alemán cree que al final, esta negatividad, esta diferencia, queda siempre dentro de los confines de un lenguaje filosófico en el que estos conceptos están incluidos dentro de una metafísica de la identidad y de la presencia. A este respecto, Derrida considera que el proyecto hegeliano padece de una gran ceguera con respecto a lo que el francés cataloga como “la comedia de la *Aufhebung*”:

“La noción de *Aufhebung* (el concepto especulativo por excelencia, nos dice Hegel, aquel cuyo privilegio intraducible detenta la lengua alemana) es risible en cuanto que significa el *atarearse* en el discurso que se extenúa en reapropiarse toda negatividad, en elaborar la puesta en juego como inversión, en *amortizar* el gasto absoluto, en dar sentido a la muerte, en hacerse al mismo tiempo ciego al abismo sin fondo del sin-sentido en el que se saca y se agota el fondo del sentido. Ser impasible, como lo fue Hegel, a la comedia de la *Aufhebung*, es cegarse a la experiencia de lo sagrado, al sacrificio perdido de la presencia y del sentido.”³⁶

Esta ceguera, según Derrida, es especialmente clara en la teoría del signo hegeliana, para la cual la relación simbólica entre el signo y el significado es total dentro del sistema dialéctico, mientras que, para Derrida, la referencia al significado

³⁴ Véase *Ibid.*, p. 175.

³⁵ Sorprende el hecho de que Butler seleccione estos textos de Derrida y no otros. Las referencias del francés a Hegel son habituales en muchos de sus textos. Especialmente interesante nos resulta el capítulo titulado “De la economía restringida a la economía general (un hegelianismo sin reservas)”, incluido en *La escritura y la diferencia*, Barcelona, Anthropos, 1989, pp. 344-382.

³⁶ *Ibid.*, pp. 352-353.

está siempre desplazada, es más, la misma cuestión de la referencia es paradójica. Mientras “una filosofía, la más clásica”³⁷, insiste en la búsqueda del significado en el origen, en el suelo fundador, Derrida nos recuerda que:

“Para señalar efectivamente los desplazamientos de los lugares de inscripción conceptual es preciso articular las cadenas sistemáticas del movimiento según sus generalidades y sus periodos propios, según sus diferencias, sus desigualdades de desarrollo, las figuras complejas de sus inclusiones, implicaciones, exclusiones, etc.”³⁸

El signo se erige ante nosotros metafóricamente como “pirámide”, en su sentido más solemne, y como “pozo” (sin fondo, podríamos añadir), en referencia a su inagotable profundidad. El signo es pues un misterio insondable, un elemento inquietante que el ser humano debería saber acompañar en su crecimiento y continua transformación:

“Lo que es una cosa completamente distinta del reconducir al origen o al suelo fundador de un concepto, como si existiera algo semejante, como si tal límite inaugural e imaginario no despertase el mito tranquilizador de un significado trascendental, arqueología en vísperas de todo rastro y de toda diferencia.”³⁹

Como podemos apreciar, para Derrida la “diferencia”, la “negación” emergen como algo total y absolutamente inherente a la historia y al sujeto, condenados ambos (si es que esto puede considerarse una condena) a la imposible autoreferencialidad. El francés llama a esta cuestión “el mito de la referencia misma”. Si la referencialidad es, como hemos dicho, imposible, el sujeto no tiene más sentido conceptual que el venir a generar una ficción lingüística para ocultar toda esta gran farsa. Tal y como lo interpreta Butler:

“Para Derrida, el fracaso del signo muestra al sujeto absoluto lleno de ambición metafísica e impotente por completo para lograr esa ambición a través del lenguaje ya que el *sujeto* es la ficción de una

³⁷ Derrida, J., “El pozo y la pirámide. Introducción a la semiología de Hegel”, en *Márgenes de la filosofía*, Madrid, Cátedra, 1989, p. 106.

³⁸ *Idem.*

³⁹ *Ibid.*, pp. 106-107.

práctica lingüística que busca negar la absoluta diferencia entre signo y significado.⁴⁰

Por otro lado, en *Subjects of Desire*, Butler presta también especial atención a una de las referencias ineludibles del feminismo contemporáneo en relación a la problemática de la subjetividad: Michel Foucault y su propuesta de una subjetividad postestructuralista. Foucault, como nos explica Butler, desarrolla su propia crítica a los fundamentos hegelianos que constituyen la estructura de la metafísica moderna en el ensayo "Nietzsche, genealogía e historia" incluido en *Microfísica del poder*⁴¹. Partiendo, al igual que Derrida, de la tímida crítica de Hyppolite, Foucault entiende la historia como lucha ("struggle of forces") y no como reconciliación. Las figuras hegelianas por antonomasia, el amo y el esclavo, no son sujetos fundacionales de una Historia Universal "humana". El amo, el esclavo, la historia misma, emergen para Foucault en la lucha. Por lo tanto, no existe como para Hegel una realidad social compartida donde interactúan una serie de sujetos. En otras palabras, amo y esclavo, el juego de dominación, no es un momento de la Historia, sino su propio "modus vivendi", el "no-lugar" para el interminable juego de dominaciones⁴². Y este "no-lugar" de emergencia debe entenderse como una versión no dialéctica de la historia⁴³ que puede abrir las puertas a una nueva manera de entender la subjetividad⁴⁴ desde su negatividad y sus contradicciones imposibles de conciliar. En palabras del propio Foucault:

"Actualmente, cuando se hace historia -historia de las ideas, del conocimiento o simplemente historia-, nos atenemos a ese sujeto de conocimiento y de la representación como punto de origen a partir del

⁴⁰ Butler, J., *Subjects of Desire. Hegelian reflections in twenty-century France*, p. 179. "For Derrida, the failure of the sign reveals the absolute subject as full of metaphysical ambition and utterly helpless to achieve that ambition through language and that the *subject* is itself the fiction of a linguistic practice between that seeks to deny the absolute difference between sign and signified." Siendo Butler una gran amante de los juegos de palabras, debemos matizar que la primera vez que utiliza en esta cita la palabra "subject", esta puede ser traducida en virtud del contexto tanto por "sujeto" como por "cuestión", "materia" o "tema".

⁴¹ Foucault, M., *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta, 1979.

⁴² "In effect, domination becomes for Foucault the scene that engenders history itself, the moment in which values are created and new configurations of force relations produced." Véase Butler, J., *Subjects of Desire. Hegelian reflections in twenty-century France*, p. 182.

⁴³ "This *non-place* of emergence, this conflictual moment which produces historical innovation, must be understood as a nondialectical version of *difference*, not unlike the *difference* which, for Derrida, permanently ruptures the relation between sign and signified." Véase *Ibid.*, p. 183.

⁴⁴ "Evidentemente la filosofía de Foucault replantea una reelaboración de la teoría del sujeto, éste dejaría de ser considerado como núcleo central de todo conocimiento, como aquello que revela la libertad y posibilita la eclosión de la verdad." Véase Rodríguez Magda, R. M^a., *Foucault y la genealogía de los sexos*, Barcelona, Anthropos, 1999, p. 117.

cual es posible el conocimiento y la verdad aparece. Sería interesante que intentáramos ver cómo se produce, a través de la historia, la constitución de un sujeto que no está dado definitivamente, que no es aquello a partir de lo cual la verdad se da en la historia, sino la de un sujeto que se constituyó en el interior mismo de ésta y que, a cada instante, es fundado y vuelvo a fundar por ella. Hemos de dirigirnos pues en la dirección de esta crítica radical del sujeto humano tal y como se presenta en la historia."⁴⁵

Se trata, tanto para Foucault como para Derrida, de invertir la identidad hegeliana por la diferencia, pasando ahora a entenderse el "Aufhebung" como estrategia de conciliación, pero no como la efectiva incorporación de la diferencia en la identidad, con las consecuencias que esta nueva concepción tiene para la manera de entender el sujeto.

Aun cuando Butler no atisba su importancia en el preclaro *Subjects of Desire* de 1987, la norteamericana pronto arribará a los textos morales nietzscheanos. Desde ese momento, instalará las ideas del alemán en el mismo centro de su reflexión en torno a las teorías prejurídicas y al sujeto que describen. Nietzsche trata esta cuestión en numerosos momentos de su obra de forma dispersa, pero es en su *Genealogía de la moral*, según palabras de Sánchez Pascual "la obra más sombría y más cruel de su autor"⁴⁶, donde dedica mayores esfuerzos a explicar la problemática de la subjetividad desde una perspectiva alejada del esencialismo. En esta obra, en nuestra opinión no exenta de contradicciones y de alguna que otra afirmación poco fundamentada, Nietzsche desarrolla una interesante genealogía de la conciencia a partir de la culpa, dando cuenta así de la formación de uno de los grandes inventos de la ilustración: el sujeto autónomo.

Nietzsche desarrolla esta crítica fundamentalmente en el tratado segundo de la citada obra, titulado "Culpa, mala conciencia y similares"⁴⁷. En este tratado, el pensador de Röcken investiga el origen de la memoria como una necesidad vital que permite que tenga sentido un mundo donde los seres humanos hacen promesas. Así, el sujeto soberano es "el fruto más maduro"⁴⁸ del árbol de la historia pero totalmente contingente y arbitrario:

⁴⁵ Foucault, M., *La verdad y las formas jurídicas*, Barcelona, Gedisa, 2005, p. 14-15.

⁴⁶ Extraído de la introducción escrita por el citado autor a *La Genealogía de la moral*, p. 7.

⁴⁷ *Ibid.*, pp. 73-126.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 77.

“El orgulloso conocimiento del privilegio extraordinario de la responsabilidad, la conciencia de esta extraña libertad, de este poder sobre sí y sobre el destino, se ha grabado en él hasta su más honda profundidad y se ha convertido en instinto, en instinto dominante: - ¿cómo llamará a este instinto dominante, suponiendo que necesite una palabra para él? Pero no hay ninguna duda: este hombre soberano lo llama su *conciencia*...”⁴⁹

Según Nietzsche, la formación de la conciencia es el resultado final del sufrimiento y de la culpa que, no pudiendo ser vertidas hacia fuera, generan la ficción de un ámbito interior hacia el que se revierte todo ese sufrimiento. En sus propias palabras:

“<<Yo sufro: alguien tiene que ser culpable de esto>> - así piensa toda oveja enfermiza. Pero su pastor, el sacerdote ascético, le dice: <<¡Está bien, oveja mía! Alguien tiene que ser culpable de esto: pero tú misma eres ese alguien, tú misma eres la única culpable de esto, - ¡tú misma eres la única culpable de ti!...>> Esto es bastante audaz, bastante falso: pero con ello se ha conseguido al menos una cosa, con ello la dirección del resentimiento, como hemos dicho, queda *cambiada*...”⁵⁰

A pesar de que el razonamiento presenta una línea un tanto arbitraria y confusa⁵¹, su gran valor radica en presentar a la conciencia, al sujeto, como un elemento derivado y no necesario.⁵²

Este análisis nietzscheano de fuerza innegable por su potente anacronismo, por su visionario valor prospectivo, está a la base de la crítica actual a la noción de sujeto ejercida desde múltiples campos de investigación. Su huella se siente en autores tan dispersos como Foucault, Vattimo, Derrida, Deleuze, siendo recogida y acompañada por

⁴⁹ *Ibíd.*, p. 78-79.

⁵⁰ *Ibíd.* p. 165.

⁵¹ Podríamos plantearnos cuestiones como, ¿por qué empezar por la memoria y no la imaginación o cualquier otra facultad?, ¿no parece que el análisis lo que hace es sustituir y por tanto privilegiar otras instancias sobre la conciencia?, ¿no parece destituir un “dios” para poner otros, la responsabilidad, la culpa? Además, ¿la responsabilidad ante quién?, ¿y la culpa?, ¿no parece la “sociedad” algo demasiado etéreo e impreciso?

⁵² “¿Su conciencia?... De antemano se adivina que el concepto conciencia, que aquí encontramos en su configuración más elevada, casi paradójica, tiene ya a sus espaldas una larga historia, una prolongada metamorfosis.” Véase *Ibíd.* Pág 79.

pensadoras de la talla de J. Butler, R. Braidotti o Sadie Plant como manifiestan claramente en sus propios textos. Si bien muchas de estas pensadoras (al igual que los autores anteriormente citados) niegan cualquier tipo de etiquetado para su pensamiento, ninguna parece tener grandes reparos en reconocer la deuda nietzscheana en multitud de cuestiones, como, por ejemplo, la que nos ocupa.

Gianni Vattimo, uno de los más importantes referentes de la filosofía contemporánea, dedica una breve pero intensa obra, *Más allá del sujeto*, a exponer su concepción postmetafísica del sujeto desde presupuestos heideggerianos, hermenéuticos y, por supuesto, nietzscheanos. Así, nos cuenta:

"La misma noción de sujeto es uno de los objetos más constantes de la obra de desenmascaramiento que Nietzsche dirige contra los contenidos de la metafísica y de la moral platónico-cristiana. <<¿No está acaso permitido al fin - escribe en *Más allá del bien y del mal* - ser un poco irónicos con el sujeto, como con el objeto y el predicado?>>"⁵³

Esta ironía nace, sin duda alguna, de la consideración del sujeto como epifenómeno totalmente ocluido por el pensamiento metafísico moderno que presentaba a éste como substancia originaria e inmutable debido a la creencia en otra de las más fructíferas categorías del racionalismo como es la causalidad. Según Vattimo, la causalidad se estableció como dato, llevando así a la búsqueda errónea de un responsable tras el puro acontecer. La creencia en el sujeto, según el autor italiano, no es más que una creencia supersticiosa amparada en la estructura del lenguaje⁵⁴. En sus propias palabras:

"El universo de la metafísica, dominado por la categoría de *Grund*, del fundamento, está modelado por la creencia supersticiosa en el sujeto: es esta perspectiva la que nos hace aparecer todo en la perspectiva del hacer y del sufrir."⁵⁵

Pero la cuestión es, ¿cómo se siente esta crítica postmoderna al sujeto dentro del movimiento feminista en general y dentro de la filosofía de Butler en particular? Esta

⁵³ Vattimo, G., *Más allá del sujeto. Nietzsche, Heidegger y la Hermenéutica*, Barcelona, Paidós Studio, 1992, 2º ed., p. 28.

⁵⁴ Véase *Ibid.* p. 30.

⁵⁵ *Idem.*

problemática se deja sentir en el pensamiento desarrollado por numerosas autoras actuales, pero probablemente haya sido Judith Butler la que mejor lo haya tematizado desde una perspectiva abiertamente nietzscheana.

Como hemos mencionado con anterioridad, la autora norteamericana muestra su deuda intelectual con Nietzsche ya desde la que se considera su primera gran obra, *Gender Trouble*, publicada en 1990, cuatro años después de la revisión de *Subjects of Desire*. En ella, Butler pone en diálogo al alemán con autoras como De Beauvoir, Irigaray o Wittig en torno a la cuestión de la substancialidad del sujeto del feminismo. De la mano de Nietzsche, Butler, en la obra citada, desarrolla probablemente el mayor golpe asestado hasta la fecha a las bases del feminismo por replantear los fundamentos del movimiento en un intento de reformularlo tanto a nivel teórico como político-práctico. Para ello, propone abandonar la visión metafísica del sujeto y privilegiar una nueva concepción inspirada en el pensador alemán y en la que primaría la acción frente a la esencia:

"El desafío de volver a pensar las categorías de género fuera de la metafísica de la substancia tendrá que considerar la importancia de la proclama nietzscheana de *La Genealogía de Moral* en torno a que <<no hay ser detrás de la agencia, el efecto, la transformación; el hacedor es simplemente una ficción añadida al hecho - el hecho lo es todo.>>"⁵⁶

En este párrafo se contiene la idea fundamental que Butler tomará de Nietzsche para minar las bases del feminismo: el sujeto es una ficción fruto de la cobardía humana. Es un descubrimiento antropológico vital que la genealogía desvela para el ser humano. El sujeto, tan necesario para el proyecto ilustrado, tan vital para la política feminista, se muestra ahora totalmente como una instancia vicaria de un sistema punitivo⁵⁷ que lo precede y que lo forma. Por lo tanto, la subjetividad depende de un

⁵⁶ "The challenger for rethinking gender categories outside of the metaphysics of substance will have to consider the relevance of Nietzsche's claim in *On the Genealogy of Morals* that <<there is not *being* behind doing, effecting, becoming; *the doer* is merely a fiction added to the deed- the deed is everything.>>" Butler, J., *Gender Trouble*, p. 33.

⁵⁷ "Si la función del sujeto en tanto que origen ficticio es ocultar la genealogía por la que el sujeto se forma, el sujeto es también postulado para hacerse responsable de esa historia que el sujeto disimula; de este modo, la *juridicalización* de la historia se consigue precisamente a través de la búsqueda de sujetos a los que perseguir, sujetos que puedan ser considerados como responsables, y resolver así de una manera provisional el problema de una historia esencialmente imposible de perseguir." Butler, J., *Lenguaje, poder e identidad*, p. 89.

discurso moral en torno a la responsabilidad, es decir, no hay sujeto sin culpa, no hay sujeto sin acto condenable, no hay sujeto sin castigo⁵⁸.

Debemos matizar que Judith Butler, aún reconociendo en numerosas ocasiones su deuda con el pensador alemán, muestra un gran interés por dar a luz una teoría más radical (que expondremos en mayor detalle con posterioridad) en torno a la formación del sujeto. Aunque la autora norteamericana considera la crítica de Nietzsche muy valiosa para la elaboración de una teoría feminista postestructuralista, pues muestra al sujeto como un elemento emergente alejado del esencialismo, Butler cree que la propuesta nietzscheana queda anclada aún en un último reducto metafísico tradicional por postular una instancia anterior al sujeto (¿un supra-sujeto?) de marcado carácter metafísico. En palabras de nuestra pensadora:

"Pero parece que la interpretación de Nietzsche en *La genealogía de la moral* pone de manifiesto un elemento de su propia imposibilidad. Porque si el "sujeto" cobra vida a través de la acusación, invocado en tanto que origen de una acción ofensiva, entonces parecería que la acusación debería venir de una interpelación performativa que precede al sujeto, una interpelación que presupone la operación anterior de un habla eficaz. Pero ¿quién emite este juicio formativo? Si hay una institución de castigo en la que se forma el sujeto, ¿no existiría también una figura de la ley que condena performativamente al sujeto a la existencia? ¿Pero no implica esto un sujeto anterior y más poderoso?"⁵⁹

Como podemos apreciar, y siempre en opinión de Butler, aunque la propuesta de Nietzsche supone un importante paso hacia una visión antiesencialista de la subjetividad, todavía plantea interrogantes difíciles de resolver: si el sujeto ya no es esa sólida instancia metafísica a la que recurrir sino el efecto de una acusación, ¿quién

⁵⁸ "En cierto sentido, para Nietzsche el sujeto cobra existencia únicamente dentro de las exigencias del discurso moral en torno a la responsabilidad. Las exigencias de la culpa interpretan al sujeto como la "causa" de un acto. En este sentido, no puede haber sujeto sin acto condenable, de la misma manera que no puede haber "acto" al margen de un discurso sobre la responsabilidad y, según Nietzsche, sin una institución de castigo." *Ibid.* p. 83. Es importante destacar, como se verá más tarde en las páginas de este estudio, el alejamiento de las tesis nietzscheanas que se producirá en la teoría de Butler con su obra *Dar cuenta de uno mismo*. Este hecho será trascendental, por cuanto aleja al butlerianismo de la violencia como único marco de reconocimiento desde el que fundamentar la identidad y la política. En nuestra opinión, este libro, poco estudiado y valorado aún, tal vez ensombrecido bajo la alargada figura de obras como *Deshacer el género*, supone una toma de conciencia de nuestra pensadora de la importancia de repensar las bases éticas de su teoría, provocándose una especie de, podríamos llamar, giro ético antinietzscheano en su propuesta.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 83-84.

emite esta acusación?, ¿quién enuncia la ley e instituye el castigo?⁶⁰ Butler, que considera a Nietzsche atrapado nuevamente en una especie de esencialismo derivado donde se sustituye el sujeto por la interpelación, el castigo o la ley, persigue una teoría feminista que no remita en última instancia a un “quién” sino a una emergencia conjunta en la más pura performatividad de elementos nunca substanciales. Esta tesis irá siendo desarrollada y revisada en sus obras posteriores, en las que tendrá que hacer frente también a las múltiples críticas que, con respecto a la posibilidad de agencia del sujeto “post”, ha planteado la teoría de nuestra pensadora.⁶¹

No obstante, y como hemos señalado, lo que Butler destaca del pensador de Röcken es su abandono de la visión del sujeto como punto de apoyo firme, pasando a ser considerado una instancia derivada cuya genealogía nos desvela siempre un otro que la precede, condiciona o construye.

En esta misma línea, el amplio desarrollo que experimenta la filosofía del lenguaje durante el siglo XX viene a aportar nuevos matices a la crítica al sujeto. Butler, sabedora de esto, ubica la teoría apelativa de Althusser (que desarrollaremos más adelante) en la base de su propuesta desde que, en 1993, se hiciera eco de ella en su libro *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*⁶², revisitando a dicho autor posteriormente en su libro de 1997 *Mecanismos psíquicos del poder*⁶³.

Para Althusser, conocedor del psicoanálisis, el “yo” siempre viene precedido de un sistema que lo nombra y lo sitúa dentro de una compleja estructura social de individuos-fuerza. El autorreconocimiento sólo se hace posible tras la tarea social de nombrar y ubicar la individualidad dentro del tablero de ajedrez y la tela de araña que constituye el mundo en sociedad; y por lo tanto, el “yo” pasa de fundador a fundado, de

⁶⁰ Nótese la deuda nietzscheana de Foucault, quien parece iniciar *Vigilar y castigar* justo donde Nietzsche deja su *Genealogía de la moral*: la ley entendida en su aspecto formativo.

⁶¹ Hacemos referencia a las críticas recibidas en relación al sujeto postestructuralista butleriano y su posibilidad de agencia en un posterior capítulo de este estudio.

⁶² Quedamos perplejos ante la traducción al castellano del título de esta obra. *Bodies that matter. On the discursive limits of “sex”* literalmente *Cuerpos que importan. Sobre los límites discursivos del “sexo”*, misteriosamente se transforma en *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*. En otro orden de cosas, podemos destacar la primera y tímida incursión que Butler hace en la teoría de Althusser al inicio del capítulo 4 titulado “El género en llamas: cuestiones de apropiación y subversión”.

⁶³ Véase el capítulo 4, “La conciencia nos hace a todos sujetos”, incluido en Butler, J., *Mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción*, p. 119-146. Este capítulo fue publicado anteriormente en 1995.

elemento primario del conocimiento a instancia derivada de la apelación o llamada social.⁶⁴

Estas reflexiones de Althusser están claramente influidas por la vinculación que el psicoanálisis estableció entre reconocimiento y deseo. En este sentido, el psicoanálisis ya tematizó de alguna manera la subjetividad desde presupuestos no substanciales. Por ello, no debe omitirse aquí la influencia que en el feminismo actual ha tenido la analítica del "yo" realizada desde el movimiento psicoanalítico⁶⁵. Rosi Braidotti, por ejemplo, se hace eco en su obra de la desvinculación del "yo" y la "conciencia". El "yo", desde la primera tópica freudiana se desvela como una instancia de una complejidad mucho mayor de la esperada. El elemento clave que viene a distorsionar la idílica visión racionalista que identificaba "yo" y "conciencia" es el inconsciente. El sujeto deja por tanto de ser una substancia unitaria de carácter absolutamente racional, para convertirse en una especie de caja de Pandora difícil de conciliar consigo mismo.

Para comprender el impacto de estas tesis en el feminismo del siglo XXI mencionaremos la propuesta de Rosi Braidotti, quien desarrolla una concepción del sujeto con matices contingentes, el "sujeto nomade", desde presupuestos fundamentalmente psicoanalíticos y deleuzianos⁶⁶.

"Además, en el pensamiento y en la práctica teórica de
Nietzsche, Freud y Marx -la trinidad apocalíptica de la modernidad-

⁶⁴ "Cuando hay un *yo* que pronuncia o habla y, por consiguiente, produce un efecto en el discurso, primero hay un discurso que lo precede y que lo habilita, un discurso que forma en el lenguaje la trayectoria obligada de su voluntad. De modo que no hay ningún *yo* que, situado *detrás* del discurso, ejecute su volición o voluntad *a través* del discurso. Por el contrario, el *yo* sólo cobra vida al ser llamado, nombrado, interpelado, para emplear el término althusseriano, y esta constitución discursiva es anterior al *yo*; es la invocación transitiva del yo. En realidad, sólo puedo decir *yo* en la medida en que primero alguien se haya dirigido a mí y que esa apelación haya movilizado mi lugar en el habla: paradójicamente, la condición discursiva del reconocimiento social *precede y condiciona* la formación del sujeto: no es que le confiera el reconocimiento a un sujeto; el reconocimiento *forma* a ese sujeto". Butler, J., *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*, p. 317.

⁶⁵ "La idea de *diferencias dentro* de cada sujeto es tributaria de la teoría y la práctica psicoanalítica, en la medida en que aborda al sujeto como punto de intersección de diferentes registros del habla, que invocan los diversos estratos de la experiencia vivida." Braidotti, R., *Sujetos nomades*, Barcelona, Paidós, 2000, p. 196.

⁶⁶ "A lo que apunta Deleuze es a la afirmación de la diferencia atendiendo a una multiplicidad de diferencias posibles; a la afirmación de la diferencia como el carácter positivo de las diferencias. A su vez, esto lo lleva a redefinir la conciencia atendiendo a una multiplicidad de estratos de experiencia que no privilegian la racionalidad como el principio organizador. En su intento por superar la idea clásica del sujeto como coincidente con su conciencia, Deleuze pone el acento en el inconsciente como un campo creativo, o, para decirlo de otro modo, el inconsciente no como el profundo recipiente de fuentes aún desconocidas, sino como el sitio que marca la no coincidencia estructural del sujeto con su conciencia." *Ibid.*, p. 117.

se introduce en el cuadro otra innovación provocativa: la idea de que la subjetividad no coincide con la conciencia. El sujeto es excéntrico en relación con su yo consciente, a causa de la importancia de estructuras tales como el deseo inconsciente, el impacto de las circunstancias históricas y las condiciones sociales de producción."⁶⁷

Desde este prisma, la dialéctica hegeliana se muestra como un artificio de realización imposible al desmitificarse la estructura misma del sujeto implicado en la realización del proyecto autoesclarecedor. Pero este hecho, lejos de constituir una traba para la política feminista, según Braidotti, abre un nuevo horizonte desde el que pensar un nuevo sujeto (fracturado, excéntrico, incompleto, nómada, etc.) para la lucha feminista:

"Al quedar hecha añicos la seguridad ontológica del sujeto cartesiano, se abre también un camino para analizar el vínculo que se estableció convencionalmente entre subjetividad y masculinidad. En este sentido, la crisis de la modernidad puede entenderse, así lo sostuve en mi *Patterns of Dissonance*, como la destrucción de las bases masculinistas de la subjetividad clásica. En una perspectiva feminista, tal crisis no sólo es un evento positivo, sino también un acontecimiento rico en formas potenciales de fortalecimiento para las mujeres"⁶⁸

Braidotti, para conseguir esta apertura conceptual, desarrolla una génesis de la idea de sujeto que con la ayuda del psicoanálisis⁶⁹ y el postestructuralismo⁷⁰ le hará recorrer las abruptas sendas de la filosofía del lenguaje. Esto le llevará a afirmar que el "yo" es una "necesidad gramatical, una ficción teórica que mantiene unidos todos los estratos diferentes, los fragmentos integrados del horizonte siempre huidizo de la propia identidad"⁷¹. Útil, aunque peligrosa ilusión, como la autora italiana nos muestra en sus textos:

"Me impresiona la violencia del gesto que une a un yo fracturado con la ilusión performativa de unidad, dominio,

⁶⁷ *Ibid.*, p. 169.

⁶⁸ *Idem.*

⁶⁹ Véase *Ibid.*, p. 196.

⁷⁰ Véase *Ibid.* p. 42.

⁷¹ *Ibid.* p. 196.

autotransparencia. Me asombra la terrorífica estupidez de esa ilusión de unidad y de su fuerza incomprensible."⁷²

Sin embargo, como la propia autora italiana reconoce, debido al apego corporativo a la disciplina feminista y la fuerte identificación con sus maestros ilustrados, "las nociones postestructuralistas de la muerte del sujeto filosófico y la crisis de la filosofía con frecuencia encuentran a sus oponentes más vehementes en las mujeres del campo de la filosofía"⁷³. En esta línea, Butler postula que esto ocurre porque la teoría feminista, entiende aún hoy en día los conceptos de sujeto e identidad como pilares básicos de cualquier acción política y, por ende, de la práctica política feminista. Así pues, el interesante desafío que Butler parece plantear al feminismo de hoy en día parece ser: ¿es viable un proyecto feminista fundamentado en un sujeto postestructuralista?

Los ensayos de Braidotti también se hacen eco del hecho de que no sólo asistimos a la quiebra actual de la noción moderna de sujeto, sino que el propio concepto de "identidad" ha sido problematizado por el pensamiento de la segunda mitad del siglo XX. Braidotti, hija de su tiempo, partiendo de los escritos de Deleuze⁷⁴, pone la "identidad" en el centro del debate contemporáneo en torno a las bases del feminismo con miras a la reconstrucción de este movimiento político. Tal y como ella misma nos dice:

"El feminismo se basa en la noción misma de identidad femenina, a la que está históricamente destinado a criticar. El pensamiento feminista se apoya en un concepto que pide ser deconstruido y desesencializado en todos sus aspectos. Más específicamente, creo que durante los últimos diez años, la cuestión central de la teoría feminista ha llegado a ser la siguiente: cómo definir la subjetividad femenina después de la caída del dualismo de género y privilegiar concepciones del sujeto entendido como proceso, como complejidad, como interrelación, como

⁷² *Ibid.* p. 42.

⁷³ *Ibid.* p. 69.

⁷⁴ En numerosas ocasiones Rosi Braidotti no tiene reparos en admitir su herencia deleuziana en la formación de su teoría del sujeto nomade: "...considero que el esquema de pensamiento de Deleuze es sobrio y empírico, y que resiste a las tentaciones románticas. Ese esquema implica una disolución total de la idea de centro y, por consiguiente, de la noción de sitios originarios o de identidades auténticas de cualquier tipo." (en cursivas en el original). *Ibid.*, p. 31.

simultaneidades poscoloniales de opresión y como técnica multiestratificada del sujeto."⁷⁵

¿Cuál es el impacto de estas teorías en la forma de entender actualmente la política y especialmente el feminismo? ¿Supone esto la muerte del movimiento? Rosa María Rodríguez Magda, en su tesis doctoral del 1996 sobre Foucault, matiza las consecuencias de esta crítica. La inclusión de Foucault en el postmodernismo por parte de la crítica americana extendió la creencia errónea de su rechazo a toda noción de sujeto⁷⁶. Rectificada por autoras del calibre de la citada J. Butler, esta creencia fue aun así seguida por Diamond, Quinby, Hekman o Fraser. Debemos entender que, frente a un abandono del sujeto, lo que autores y autoras como los citados en el presente capítulo (Nietzsche, Foucault, Derrida, Vattimo, Althusser, Braidotti, Deleuze, etc.) postulan es un sujeto postestructuralista, producto, residual y estratégico⁷⁷. Este sujeto de carácter, en palabras de Vattimo, "débil" plantea una serie de problemas gnoseológicos y ético-políticos⁷⁸ que matizaremos en capítulos posteriores, y que constituirá el principal problema (o la principal virtud) de cara a la construcción de las nuevas teorías políticas feministas.

La situación social, cultural, política, etc. y la respuesta de la filosofía contemporánea a ésta⁷⁹, ha generado dentro del feminismo la necesidad de recodificar el sujeto feminista (la mujer) y sustituir el sujeto soberano, jerárquico y excluyente por uno múltiple, interconectado y de final abierto.⁸⁰ La identidad deja de ser así para Braidotti y otras muchas pensadoras una entidad reguladora y se convierte en un rastro, un mapa de los lugares en los que él o ella ya han estado, un itinerario reconstruido

⁷⁵ *Ibíd.*, p. 184.

⁷⁶ Seguimos en esta reflexión a Rodríguez Magda, R. M^a, *op. cit.*, p. 119.

⁷⁷ Judith Butler, en los albores de la creación de su propia teoría político-teatral de raíces foucaultianas nos dice: "Foucault nos desafía a burlarnos de nosotros mismos en nuestra búsqueda de la verdad, en la incesante búsqueda de la esencia de nuestro ser en los destellos distintos de un impulso que nos atraen con la promesa metafísica". ("Foucault challenges us to make fun of ourself in our search for truth, in the relentless pursuit of the essence of our selves in the various flashes of impulse that lure us with their metaphysical promise.") *Subjects of Desire*, p. 238.

⁷⁸ "Así, se le ha achacado a Foucault el incurrir por un lado en un relativismo gnoseológico y por otro en la inoperancia política de un neoconservadurismo encubierto." Rodríguez Magda, R. M^a, *op. cit.*, p. 119.

⁷⁹ En este sentido, Michel Onfray, en *La fuerza de existir. Manifiesto hedonista*, afirma que: "Todos conocemos la realidad; el sujeto de la ética no está dotado necesariamente de un Yo estructurado, preciso, lúcido y saludable. Con frecuencia la identidad carece de mucho de ello..., cuando no de la mayor parte. Inacabamiento de sí, fragilidades, grietas, rajaduras, incompletitudes, partes oscuras, zonas peligrosas, dominio de la pulsión de muerte, pulsiones sádicas, tropismos masoquistas, inconscientes dedicados a la destrucción o a la autodestrucción, y tantas otras realidades que nos inducen a pensar que la perfección no es de este mundo; solo nos queda temporizar a perpetuidad con esas negatividades generalizadas". Barcelona, Anagrama, 2008, p. 108.

⁸⁰ Véase Braidotti, R., *Sujetos nomades*, pp. 184-185.

siempre a posteriori, un inventario de huellas.⁸¹ Fracturada, relacional, retrospectiva, estratificada, llena de imágenes inconscientes que escapan al control racional.⁸²

Hemos querido aquí ejemplificar la recepción de la crítica al sujeto en importantes pensadores y pensadoras entre las que nos gustaría destacar a Butler y Braidotti ya que, significativamente, a pesar del enfrentamiento que las dos mantienen, el distanciamiento intelectual entre ambas se desdibuja y se transforma en acuerdo en relación a la cuestión de la crítica al sujeto de la modernidad.

Seguir la pista de dicha crítica en las teorías de otras autoras nos llevaría a perdernos en una gran diversidad de figuraciones bajo las que se presenta el sujeto postestructuralista, reconstruido, “post”. Esta senda nos haría transitar un nuevo horizonte político de la mano de “la casa de la diferencia” de Audre Lorde, la “conciencia opositiva” de Chela Sandoval, el “mujerismo” de Walter, el “desplazamiento desde el centro a los márgenes” de Gayatri Spivak, el “feminismo del Tercer Mundo” de Moraga y Smith, el “mundo zurdo” y la “mestiza” de Gloria Anzaldúa o “el otro inadecuado” de Trinh⁸³. Pero este es otro debate en el que no debemos perdernos aquí. Explicitado el sentido en el que una nueva manera de entender el sujeto irrumpe en la política feminista en general, y en la teoría butleriana en particular, aún nos queda por considerar la influencia de las nuevas tecnologías, cuyo impacto sobre nuestra propia autocomprensión apenas hemos comenzado a vislumbrar.

⁸¹ Véase *Ibid.*, p. 45. Expondremos posteriormente con detalle la teoría de Rosi Braidotti del sujeto nomade como nuevo modelo de sujeto para una política feminista replanteada desde bases no excluyentes.

⁸² Véase *Ibid.*, p 195.

⁸³ Seguimos aquí la enumeración que nos brinda Donna Haraway en *C^a, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*, Madrid, Cátedra, 1995, pp. 243-244.

1.3. Hacia el cbersujeto feminista

No podemos omitir, hoy en día, el innegable impacto de las nuevas tecnologías en la reflexión filosófica en torno a lo que somos. Si bien autoras como las citadas Butler o Braidotti han seguido la senda abierta por el pensamiento postestructuralista y deconstruccionista, otras autoras no menos importantes, como Donna Haraway o Sadie Plant, han mostrado una gran sensibilidad intelectual hacia las consecuencias filosóficas que empezamos a intuir ante fenómenos tan recientes como internet⁸⁴ o la cibernética. Estos acontecimientos han quedado recogidos bajo la etiqueta de cibercultura, término que, según David Bell⁸⁵, tiene su origen en la novela *Neuromante*⁸⁶, primera obra de William Gibson y tótem del género ciberpunk.

En el contexto de la cibercultura, y más concretamente en 1991, hallamos el origen del ciberfeminismo, “modus vivendi” al que arriban electrones libres como VNS Matrix y Sadie Plant⁸⁷. Del mismo modo es imprescindible aquí citar el *Manifiesto para cyborgs*⁸⁸ de Donna Haraway por ser considerado probablemente uno de los textos que de una manera más profunda han inspirado esta nueva manera de entender la política feminista.

Dentro del panorama artístico destacan las australianas VNS Matrix, adscritas al llamado “cunt-art” y creadoras del transgresor *Manifiesto de la perra mutante*⁸⁹. Julianne Pierce, una de sus componentes, en torno a la aparición del término

⁸⁴ "Todas las nociones individualizadas de personalidad organizada y vidas unificadas se ponen en cuestión en una Red cuyas conexiones no se realizan simplemente entre personas como sujetos dotados de rostro, nombres e identidades individuales." Plant, S., *Ceros + Unos*, Barcelona, Destino, 1998. p. 141.

⁸⁵ Véase Bell, D., *Cyberculture Theorists. Manuel Castells and Donna Haraway*, New York, Routledge, 2007. p. 4.

⁸⁶ Gibson, W., *Neuromante*, Barcelona, Minotauro, 2006. Primera novela de Gibson y única en ganar los premios Nébula, Hugo y Philip K. Dick. Junto con otros autores como Bruce Sterling, Neal Stephenson, William Burroughs o J. B. Ballard populariza el subgénero de ciencia ficción conocido como ciberpunk. Reflejado también en películas como *Blade Runner*, el espíritu del ciberpunk se encuentra en la reflexión en torno al impacto de las nuevas tecnologías como los ordenadores y la realidad virtual. De marcado cariz distópico, el ciberpunk nos muestra un futuro de naves que circulan por las oscuras calles de macrociudades semiderruidas habitadas por humanos y cyborgs, a caballo generalmente entre la realidad y la realidad virtual.

⁸⁷ Véase Sollfrank, C., "La verdad sobre el ciberfeminismo", en http://www.2-red.net/habitar/tx/text_cs_c.html. Consultado en Abril de 2012.

⁸⁸ Incluido en Haraway, D., *Ciencia, cyborgs y mujeres*, pp. 251-312.

⁸⁹ <http://www.sysx.org/gashgirl/VNS/TEXT/PINKMANI.HTM>. Consultado en Junio de 2012.

ciberfeminismo cita que éste emergió “al mismo tiempo en muchas partes, (como) una respuesta a ideas muy populares en aquel momento, como el *ciberpunk*”⁹⁰.

El ciberfeminismo se presenta como un movimiento joven y complejo, difícil de atrapar bajo una definición. Plant lo asocia a la relación íntima y subversiva entre mujeres y tecnología. Faith Wilding, por su parte, destaca la necesidad de “ir más allá” de cualquier tipo de definición que identifique el ciberfeminismo con alguna creación filosófica o poética concreta. Recuerda que el ciberfeminismo puede ser tremendamente útil para una gran variedad de mujeres de distintos lugares y culturas, y que precisamente por eso el ciberfeminismo debe entenderse antes como una práctica política que como una definición estática. Por ello, Wilding pretende dejar atrás las interminables discusiones teóricas que ocuparon las primeras Internacionales Ciberfeministas⁹¹ a mediados de los noventa para dar paso a una forma de entender el movimiento como una serie de estrategias políticas y artísticas encaminadas a reflexionar sobre el sujeto contemporáneo a la luz de las nuevas tecnologías⁹². En este sentido, Faith Wilding y Critical Art Ensemble afirman que:

"El ciberfeminismo no es diferente a los demás feminismos y los temas como subjetividad femenina, separatismo, y mantenimiento de los límites y de la identificación territorial están destinados a surgir de nuevo, aunque en otros territorios feministas parezcan muertos."⁹³

Con estas miras, Sadie Plant dedica su más célebre libro *Ceros + Unos* al análisis de una nueva manera de entender la identidad a la luz de estas cuestiones. En la

⁹⁰ Véase www.aec.at/www-ars/matrix.html. Consultado en Junio de 2014.

⁹¹ La I Internacional Ciberfeminista celebrada en Kassel en 1997 fue un gran intento de deconstruir el pensamiento tradicional fruto de lo cual tenemos el famoso listado de antidefiniciones conocido como las 100 anti-tesis.

⁹² “La estructura rizomática de Internet, propia de una red de comunicación horizontal y desjerarquizada, nos lleva en un primer momento a considerarla como un medio propicio para la producción de nuevas formas de subjetividad y para la lucha por la igualdad. Por una parte, la creación de colectividad, la posibilidad de comunicación y autogestión a través de Internet es una singularidad respecto a otros medios de comunicación cuyo carácter de emisión es unívoco. Por otra parte, la posibilidad de establecer relaciones intersubjetivas a través de un interfaz plantea para el sujeto una situación nueva, post-corpórea, quedando las asignaciones estereotípicas desmanteladas en su estructura más básica: la material (edad, raza y sexo se sugieren en Internet como algo contingente y provisional). Se estimula por tanto la liberación de nuestras energías subjetivas en Internet donde las interferencias entre los discursos pasan a convertirse en ámbitos productivos para la subjetividad. Las políticas de la identidad en Internet, en la era post-corpórea, serían en este sentido asunto crucial”. Zafra, R., “Ciberfeminismo. Bases y propuestas en un mundo global”, artículo publicado en Internet del que hemos extraído parte del contenido de este punto y que puede consultarse en la dirección http://www.2-red.net/mcv/pensamiento/tx/text_rz3.html. Consultado en Julio de 2012.

⁹³ Wilding, F. & Critical Art Ensemble, "Notes on the Political Condition of Cyberfeminism". Véase http://www.obn.org/reading_room/writings/html/notes.html. Consultado en Febrero de 2011.

línea de presentar al sujeto como ser interrelacional, Plant desmitifica la frontera clara que la ilustración marcó entre el hombre y la máquina. En el capítulo titulado "Cibernética"⁹⁴, Plant escribe una serie de reflexiones a raíz del análisis del trabajo desarrollado por Weiner en 1948 *Cybernetics: Communication and control in animal and machine*⁹⁵. En este estudio, Weiner define los organismos cibernéticos como máquinas que incorporan algunos mecanismos que les permiten autogobernarse y autoregularse funcionando con autonomía. Estas máquinas poseen órganos sensoriales, o sea, mecanismos que les permiten recibir información del exterior y emitir mensajes, interactuando vivamente con aquello que las rodea. Plant cree, a partir de preclaros trabajos como el de Weiner, que las diferencias, por muy extremas que parezcan con respecto al ser humano, no son más que de grado y que, por tanto, nosotros y nosotras, no constituimos ninguna excepción con respecto a estos modos de vida más "básicos".

Estas cuestiones tecnológicas de nuestro siglo no son tema baladí por cuanto desmitifican los límites internos y externos de la subjetividad, poniendo en cuestión las fronteras entre el ser humano y la máquina, lo vivo y lo muerto, y acercando así la política y el feminismo a campos de la investigación de última generación lindantes con la ciencia ficción. La imaginación se dispara hacia nuevas concepciones del sujeto alejadas del etnocentrismo racional ilustrado y el feminismo explota en un sinfín de campos de investigación (la literatura ciberpunk, el cine fantástico, la publicidad, etc.) a la búsqueda de "otra" identidad (abierta, provisional, cyborg) aún posible. La imaginación copa las más altas esferas de la teoría política.

Los "dissociative identity disorders", a cuyo estudio y catalogación la práctica psicoanalítica dedicó todo el siglo XX, se ponen hoy en cuestión a la luz de esa nueva manera de entender la subjetividad con sus fisuras de carácter inherente. Tal vez el sujeto "sano" haya sido el mayor de los inventos (y quizás el más cruel) de la práctica clínica occidental. En la actualidad, los psiquiatras más conservadores miran con añoranza la época en la que la histeria era el paradigma dominante de los procedimientos esencialmente freudianos dedicados a la "reunificación de un yo disperso"⁹⁶. Como Plant analiza, los intentos de definir estos trastornos como una cuestión de personalidades enfermas (por desintegradas y fragmentadas) frente a la

⁹⁴ Véase Plant, S., *Ceros + unos*, pp. 155-163.

⁹⁵ Weiner, N., *Cybernetics: Communication and control in animal and machine*, Cambridge, The Mit Press, 1948.

⁹⁶ Para entender el cambio de paradigma dentro de la práctica psicoanalítica a la luz de un nuevo *more* de entender el yo, véase el capítulo "Desórdenes" incluido en Plant, S., *op. cit.*, pp. 130-136.

personalidad única se presentan como una cuestión harto delicada dentro de "una cultura desmenuzada, esquizofrénica, que salta de canal en canal de televisión, una cultura que vive de procesos paralelos y sistemas clasificados, rugiendo con el murmullo de voces invisibles y expuesta a miles de mandos a distancia"⁹⁷.

En este contexto de inestabilidad de la identidad, es importante hacer referencia a la afirmación que hace Plant respecto a la caída de los roles de género en el marco de las nuevas tecnologías. Según nuestra autora, esta caída traerá necesariamente como consecuencia la desestabilización del sistema patriarcal actual. Se trata, tal y como expresa Cerril Hamilton, de que el ciberfeminismo está “comenzando a crear nuevos mundos, en parte a través de y en conversación con, las tecnologías digitales.”⁹⁸ Así, el ciberfeminismo según Paterson, es una filosofía con capacidad para “crear una poética, pasión, identidad política y unidad sin caer en una lógica y en un lenguaje de exclusión o apropiación”⁹⁹.

Rosi Braidotti, en esta línea, nos dice que la actualidad dibuja una falsa relación antitética entre lo humano y la tecnología. Más allá de la forma en la que cataloguemos esta vinculación, tenemos que ser conscientes de hasta qué punto lo tecnológico está hoy en día “implantado” en nuestra manera de entender lo humano. Siendo un “agente semiótico y social más”¹⁰⁰, la tecnología es hoy una prolongación de lo que somos y, por tanto, la tecnología debe ser precisamente el medio para una lucha feminista que negocie en el ciberespacio (todo el espacio ya lo es) nuevas áreas de poder y presencia de la mujer. Según Braidotti, su propuesta no funciona como una teoría unitaria, sino como una metodología, un proceder, que se ejerce desde infinitos flancos y que busca extender la ironía y la provocación frente al pensamiento único.

Este proceso es irreversible, no tiene vuelta atrás como lo atestiguan los libros de la pionera de la postmodernidad cyborg, Donna Haraway. Gracias a una larga trayectoria intelectual que comprende desde sus primeras investigaciones de campo con primates a las más complejas reflexiones en torno a la tecnociencia, Haraway se convierte en una de las grandes "gurús" del mundo por-venir (o quizás del ya éste, nuestro mundo):

⁹⁷ *Ibid.* p. 136.

⁹⁸ Citada en Hawthorne, S. y Klein, R., *Cyberfeminism*, Melbourne, Spinifex Press, 1999. p. 4.

⁹⁹ Paterson, N., “Cyberfeminism”. Consultable en <http://internetfrauen.w4w.net/archiv/cyberfem.txt>. Consultado en Mayo de 2012.

¹⁰⁰ Braidotti, R., “Cyberfeminism with a Difference”, en http://www.let.uu.nl/women_studies/rosi/. Consultado en Octubre de 2012.

"La implosión de dimensiones implica la pérdida de identidades claras y precisas, pero no de masa y energía. Quizás para describir lo que es absorbido en el pozo de gravedad de un imponente universo desconocido tengamos que arriesgarnos a acercarnos lo suficiente como para quedar casi constantemente encorvadas por las líneas de fuerza. O quizás ya vivimos en el pozo, en el que las líneas de fuerza se han transformado en los hilos pegajosos de nuestros propios cuerpos."¹⁰¹

Este riesgo que hemos de correr es la gran aventura del conocimiento; no desde lo que se ha dado en llamar "la muerte del sujeto", sino desde la apertura de éste. Transitamos nuevos territorios narrativos divergentes al margen del autosatisfecho punto de vista del sujeto dominante. Por ello, el yo dividido y contradictorio dibuja una topografía de la subjetividad multidimensional y eternamente incompleta capaz de construir y unirse a "conversaciones racionales e imaginaciones fantásticas que cambien la historia."¹⁰²

A modo de síntesis, convendremos con Ramón Rodríguez en que la crítica del sujeto a la que asistimos desde la segunda mitad del siglo pasado opera como una "genealogía de la subjetividad"¹⁰³. Pretende, en definitiva, sacar a la luz la interna historicidad del sujeto, su cristalización como figura históricamente devenida a partir de una conjugación de factores operantes de carácter perfectamente contingente. Así, la fuerza de la crítica genealógica radica en mostrar que la subjetividad es una posibilidad de pensar la realidad humana, no algo que se derive necesariamente de ella. Así, el procedimiento habitual de la crítica comporta un movimiento de "despiece o desmontaje del engranaje de la subjetividad para localizar fisuras, lagunas y vías de pérdida."¹⁰⁴ Por lo tanto, y en la línea del feminismo que abrirá el horizonte político del siglo XXI, Rosi Braidotti nos advierte de que "...una feminista debe comenzar por reconocerse como *no una*; como un sujeto que se escinde una y otra vez a lo largo de múltiples ejes de diferenciación"¹⁰⁵.

Aun cuando Butler no transita la senda del ciberfeminismo, nuestra intención en este capítulo de carácter introductorio ha sido esbozar el campo teórico en el que una

¹⁰¹ Haraway, D., *Testigo Modesto@Segundo Milenio. HombreHembra _Conoce_Oncorotón*, Barcelona, Editorial UOC, 2004, p. 89.

¹⁰² Haraway, D., *Ciencia, cyborgs y mujeres*, p. 330.

¹⁰³ Rodríguez, R., *Del sujeto y la verdad*. Madrid, Síntesis, 2004, p. 18.

¹⁰⁴ *Ibid.*, pp. 19-20.

¹⁰⁵ Braidotti, R., *Sujetos nomades*, p. 203.

serie de propuestas inicialmente marginales dentro del movimiento feminista van tomando protagonismo en la nueva manera de comprender la subjetividad. En palabras de Butler, "esta convergencia e interarticulación es el destino contemporáneo del sujeto"¹⁰⁶. En otras palabras, "el sujeto como entidad idéntica a sí misma ya no existe"¹⁰⁷. Se trata de vivir este hecho desde el punto de vista paradójico de lo que se gana con la pérdida¹⁰⁸, según la intuición de Leo Bersani de que sólo un sujeto descentrado se halla disponible para la maravillosa tarea del desear¹⁰⁹, vivir con el horizonte de articular una identidad "incoherente" que en su producción se aleje de la exclusión y el repudio hacia ese ámbito creado de posiciones abyectas que amenazan la integridad del "sujeto verdadero".¹¹⁰

¹⁰⁶ Butler, J., *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*, p. 323.

¹⁰⁷ *Idem*.

¹⁰⁸ "El posfeminismo ha comenzado a considerar la pregunta acerca de lo que el concepto posmoderno del sujeto disperso e inestable podría aportarle." Wright, E., *Lacan y el posfeminismo*, Barcelona, Gedisa, 2004, p. 69.

¹⁰⁹ Bersani, L., *The Freudian Body: Psychoanalysis and Art*, Nueva York, Columbia University Press, 1986, pp. 64-66, 112-113.

¹¹⁰ Butler, J., *Mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción*, 1997, p. 164.



CAPÍTULO 2

Introducción a la persona y a los textos de Butler

“Los textos butlerianos generan fascinantes lecturas pero también nos pone frente a algunos intrincados puzzles.”¹¹¹

Comentario realizado por las entrevistadoras de Butler en “Entrevista con Irene Costera Meijer y Baukje Prins” en *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, vol. 23, nº 2, 1998, p. 275.

¹¹¹ “Butler’s texts make for fascinating readings but also left us with some intricate puzzles”.

2.1. Un primer acercamiento

Complejo, intrincado, versátil, confuso e incluso a veces vedadamente contradictorio, así es el pensamiento de Judith Butler, en su forma y en su contenido. Laberinto sintáctico a través del que intentaremos tender un hilo de Ariadna que nos permita entender y analizar el valor de la propuesta política de nuestra pensadora.

Admirada y odiada a partes iguales, tal vez temida, Butler nos presenta unos textos en continua mutación que son quizás el testimonio más vivo de la teoría feminista actual. Nuestra pretensión en estas páginas es deshacer la madeja conceptual elaborada por la norteamericana con la intención de rescatar una transformada noción de sujeto. En el camino “tensaremos” este nuevo protagonista de la política del siglo XXI para tratar de comprobar su pertinencia o valía como nuevo lugar para articular las aspiraciones políticas feministas de hoy en día. Nuestra tesis es que el sujeto propuesto por Butler es sin duda alguna una fuente de inspiración novedosa y valiente para el feminismo y la política contemporánea en general. No ocultaremos, sin embargo, problemas serios y peligrosos que plantea el sujeto butleriano, así como cuestiones sin responder claramente evitadas, en nuestra opinión, por la pensadora en sus textos.

Un juego que desafía el sentido común y donde las tesis vertidas por la autora parecen contradecirse en no menos de una ocasión. Género, sexo, ser humano, mujer, identidad, cuerpo, lenguaje, conceptos transformados por la mente de Butler que atreaviesan la subjetividad modificándola como digno producto de una época que necesita superar cuanto antes la dicotomía teórica entre la modernidad y la postmodernidad.

Pensamiento butleriano frente al que nos posicionamos de manera expectante, deliberadamente cautos ante una propuesta que a veces parece confusa, articulada en una serie de textos que a menudo dan la impresión de ser bastante dispersos. Y, sin embargo, creemos firmemente que ahí, justamente entre las páginas de sus libros y sus innumerables artículos y entrevistas, se encuentra una de las propuestas más firmes y esperanzadoras para una nueva manera de entender la política de futuro bajo el estandarte de la creatividad y el respeto a la singularidad humana y la libertad sexual. Este proyecto se ancla en un particular campo de batalla teórico y práctico llamado

sujeto, minado por las críticas vertidas desde la postmodernidad. Un concepto que Butler no quiere abandonar, pero que más aún se niega a entender desde un prisma inmovilista. ¿Es posible una nueva manera de acercarnos al ser humano desde parámetros no esenciales? ¿Es posible un proyecto político firme que luche en defensa de la mujer y de los oprimidos y las oprimidas de la sociedad en un contexto postmoderno? ¿Se puede hacer política no normativa sin caer en el nihilismo más desolador? Y tal vez lo más problemático, ¿desde dónde?, ¿desde qué suerte de “no lugar” llamado sujeto postestructuralista?

2.2. Teoría y praxis. "There is a person here"¹¹²

Y todo empezó curiosamente con una joven Butler sentada en Rehoboth Beach preguntándose cómo podría conciliar las diferentes facetas de su vida¹¹³. Así nació, según la americana, *El género en disputa*, el que pasa por ser uno de los textos teóricos más importantes del feminismo actual.

Teoría y praxis, dos caras de la misma moneda que emergen de un cúmulo de experiencias confesadas: un tío encarcelado, privado de familia y amigos por mor de su cuerpo anatómicamente "anómalo", varios primos homosexuales obligados a abandonar el núcleo familiar, su propia vivencia como lesbiana, ese esconderse desde los catorce años hasta los dieciséis, ese cúmulo posterior de casas, amantes y empleos perdidos¹¹⁴. Por eso, Butler estuvo siempre rondando el "problema"¹¹⁵, incluso instalada plenamente en él, articulando en su persona una interesante tensión entre teoría y praxis que, en nuestra opinión, constituye el eje de fuerza de sus textos y que podría explicar el éxito y la popularidad obtenida con ellos, tanto en el ambiente académico como fuera de él. Sin embargo, esta dualidad ha supuesto también en no pocas ocasiones que Butler haya sido visceralmente criticada por cuestiones tan dispares y contradictorias como utilizar un lenguaje excesivamente complejo, y dejar muchas ideas y conceptos vagamente definidos.

Tal vez la biografía de Butler pudiera arrojar algo de luz sobre su evolución intelectual. De hecho, Butler no duda en numerosas ocasiones en acudir a la

¹¹² Expresión utilizada por Butler en la introducción de 1999 a *Gender Trouble*, p. XVI. Posteriormente esta frase fue parafraseada para dar título a la entrevista del mismo nombre publicada en *Internacional Journal of Sexuality and Gender Studies*, vol. 6, nº 1-2, 2001, pp. 7-23.

¹¹³ Véase Butler, J., *Gender Trouble*, p. XVII.

¹¹⁴ Véase *Ibid.*, p. XIX.

¹¹⁵ Nótese que la traducción más natural de *Gender Trouble* es, precisamente, "El problema (conflicto) de(l) género" más que "El género en disputa". Si bien la traducción oficial es sin duda alguna atractiva, consideramos que la pérdida de la palabra "problema" en el título supone una merma a la hora de poder entender el planteamiento butleriano expresado en esta obra. Tal y como manifiesta en la primera página del prefacio escrito para la edición original del año 1990, cierto feminismo ha considerado "problemático" el cuestionamiento del género para la política de las mujeres, pero tal vez sea el momento de alejar el propio concepto "problema" de sus connotaciones negativas. Algo "problemático" es algo que, desde pequeños nos enseñan a evitar para precisamente "no tener problemas", pero como bien afirma Butler, el conflicto es algo constante y omnipresente, y la cuestión es, tan sólo, como lo enfrentamos de la forma más adecuada. Esta reflexión temprana supone una apuesta decidida por defender las discrepancias dentro del movimiento, de vivirlas como algo enriquecedor para la lucha política feminista.

autobiografía para mostrar la génesis y evolución de sus ideas en una clara apuesta por fusionar lo teórico y lo vital, lo vital y lo teórico, en una retroalimentación constante¹¹⁶.

Así, la pensadora nos narra sus primeros contactos con la filosofía, esas lecturas adolescentes de la *Ética* de Spinoza en el sótano de su casa. Prematuramente, de forma autodidacta y alejada del ambiente institucional, es como Butler va formando sus primeras estructuras teóricas junto a la experiencia vivida de la crueldad y violencia de las normas que regulan el género en la sociedad¹¹⁷. Del mismo modo admite la influencia de los conocimientos adquiridos en la sinagoga¹¹⁸ y los aprendizajes vividos como activista político en su época de postgrado¹¹⁹. En esta línea, Butler reconoce que, en su recepción, la genealogía vital de *El género en disputa* fue sin duda un factor poco comprendido ya que es un libro que desborda el academicismo más ortodoxo por su vinculación directa con los debates emergentes en los movimientos gay y lesbiano de la costa este americana, con los que Butler estaba vinculada directamente catorce años antes de la publicación de la obra. Además, Butler no sólo no oculta ese germen vital de toda su producción intelectual sino que manifiesta con orgullo que:

“A pesar de la dislocación del sujeto que el texto realiza, hay una persona aquí: Yo fui a muchas reuniones, bares y marchas, y vi muchos tipos de géneros, entendiéndome a mí misma en las encrucijadas de varios de ellos, y encontré la sexualidad en varios de sus límites culturales.”¹²⁰

Esta génesis vital podría explicar el impacto y la popularidad que ha adquirido su obra dentro y, especialmente, fuera del ambiente académico¹²¹. Sus páginas, no sólo han provocado una crisis y todo un movimiento renovador dentro del feminismo, sino que se han dejado sentir en numerosos movimientos sociales tanto a nivel teórico como

¹¹⁶ Aunque los libros, artículos y entrevistas de Butler están literalmente plagados de referencias a su biografía, especialmente interesantes nos parece la introducción de *El género en disputa* escrita por la autora para su reedición de 1999 (pp. VII-XXXIII). Igualmente importante es el capítulo 11 de *Deshacer el género*, pp. 329- 353, titulado “¿Puede hablar el otro de la Filosofía?”, donde Butler mezcla teoría y vivencias en una clara apuesta por la interdisciplinabilidad de los distintos saberes humanos.

¹¹⁷ Véase Butler, J., *Deshacer el género*, pp. 332-334.

¹¹⁸ Véase *Ibid.*, pp. 336-337.

¹¹⁹ Véase *Ibid.*, pp. 339-340.

¹²⁰ “Despite the dislocation of the subject that the text performs, there is a person here: I went to many meetings, bars, and marches and saw many kinds of genders, understood myself to be at the crossroads of some of them, and encountered sexuality at several of its cultural edges”. *Ibid.*, p. XVI.

¹²¹ Aun cuando “Act Up” se funda en 1987, es significativo el apoyo teórico que los textos de Butler dan al movimiento. La propia Butler manifiesta sin recelos que una de las experiencias más gratificantes para ella es ver que sus textos continúan hoy en día moviéndose fuera de lo académico. Véase *Ibid.*, p. XVII.

práctico. Colectivos como “Act Up” o “Queer Nation”¹²² son sólo una pequeñísima muestra del empuje de la filosofía butleriana dentro del activismo político de finales del siglo XX. Esta ingerencia de la filosofía butleriana en ámbitos ajenos al expresamente filosófico encaja perfectamente con la visión que la norteamericana tiene del saber en general. Su teoría ha tenido siempre por distintivo ser una firme apuesta por la permeabilidad de saberes entre disciplinas tan dispares como la filosofía, la biociencia, el teatro, el cine o la fotografía¹²³. A este respecto, Rosa Valls afirma en el prefacio a *El grito de Antígona* que “Judith Butler es la autora más citada en la actualidad en los estudios de género. También es la feminista más citada en otro tipo de ámbitos desde la sociología a las exposiciones de arte”¹²⁴. La cuestión para Butler consiste básicamente en poner la problemática en movimiento y romper las barreras culturalmente impuestas a las distintas disciplinas en una búsqueda constante de puntos de unión para la investigación y para la acción. Es una tarea en la que no se encuentra sola, pues ella misma destaca el hecho de no ser la única que “sufre esta confusión, en un momento en el que las editoriales catalogan bajo el nombre de *filosofía* a escritores cuyos trabajos no se enseñan en la Facultad o donde son ya numerosísimas las investigaciones y tesis sobre Hegel o Kant que se realizan desde departamentos de idiomas o literatura comparada”¹²⁵.

Tal vez por todo lo dicho, nuestra autora ha adquirido una popularidad inesperada aunque como ella misma nos desvela en “The desire for philosophy”, la que es probablemente su entrevista más personal, esta popularidad le ha reportado tantas afinidades como enemistades:

“En ocasiones la gente me utiliza como una especie de ejemplo de monstruosidad. Tiene que ver con una visión homofóbica o explícitamente antisemita o misógina. Tal vez a la gente le importe que sea tan claramente una lesbiana y no una lesbiana feminista. Mi tesis sobre la construcción social parece asustar mucho a la gente: la idea de

¹²² Véase *Idem*.

¹²³ En este sentido, las referencias artísticas butlerianas son casi imposibles de enumerar. Sus libros son un viaje a caballo entre la filosofía y otras disciplinas donde se dan la mano reflexiones de un marcado carácter teórico con interpretaciones cercanas a la crítica artística de documentales (*Paris is Burning*), películas (*Boy's don't cry*), novelas (Nella Larsen), fotografías (Mapplethorpe) o canciones (“You make me feel like a natural woman”). Todo esto enriquece el horizonte teórico-práctico butleriano y nos sugiere una visión coherente de los distintos aspectos de la compleja y caleidoscópica vida humana. (Para profundizar, léase el capítulo 11. “¿Puede hablar el otro de la filosofía?”, incluido en Butler, J., *Deshacer el género*, pp. 329-353.

¹²⁴ Butler, J., *El grito de Antígona*, p. 11.

¹²⁵ Butler, J., *Deshacer el género*, p.344.

que el sexo es culturalmente construido. Parecen temer que esté evacuando cualquier noción de lo real, que haga a la gente pensar que sus cuerpos no son reales o que las diferencias sexuales no son reales. Ellos creen que soy demasiado carismática y que estoy seduciendo a los jóvenes.”¹²⁶

Una visión compleja del conocimiento como indisoluble alianza entre la teoría y la práctica es la que permite a Butler reconstruir el sujeto de la lucha política feminista, anteriormente cautivo de los derroteros más especulativos. Desde una implicación personal con los desfavorecidos y las desfavorecidas, con los discriminados y las discriminadas, con los y las diferentes, la pensadora americana edifica un andamiaje cuyo eje será una nueva manera menos excluyente de entender la subjetividad. Una filosofía, la butleriana, tachada de complicada, una filosofía que se enfrenta directamente a las limitaciones que nos impone el “sentido común” y, sobre todo, por encima de todo lo demás, una filosofía volcada hacia la acción política y encaminada a crear un mundo más humano donde podamos rescatar la noción de “posibilidad” como categoría fundamental del sujeto.¹²⁷

Como veremos a continuación y durante todo este estudio, su filosofía ha recibido duros ataques tanto en el aspecto formal como en lo referente al contenido de su propuesta. Agitación general que muestra a las claras la importancia y radicalidad de la teoría de Judith Butler que, con su manera de entender la filosofía como crítica de los fundamentos, asienta una nueva forma de comprender la subjetividad y la acción política del siglo XXI.

¹²⁶ “Sometimes people use me as a kind of example for monstrosity. It has to do with a homophobic or explicitly anti-semitic or explicitly misogynist view. Maybe people care that I am so clearly a lesbian and not a feminism lesbian. My thesis on social construction seems to be very frightening to people: the idea that sex is culturally constructed. They seem to fear that I am evacuating any notion of the real, that I make people think that their bodies are not real or that sexual differences are not real. They believe that I am too charismatic and that I am seducing the young”. La traducción es nuestra. Extracto de la entrevista “The desire for philosophy” de Regina Michalik para en *op. cit.*, p. 5.

¹²⁷ Véase *Idem*.

2.3. Judith Butler, una “mala escritora” contra el sentido común

“Recientemente, *Filosofía y Literatura* te premió por *mala escritura*. Muchos de tus lectores, no obstante, encuentran tu prosa rica y cuidadosamente trabajada. ¿Es usted consciente de los problemas de escribir como lo hace? ¿Se piensa a sí misma como escritora?”¹²⁸

En Olson, Gary A. y Worsham, Lynn.

“Changing the Subject: Judith Butler’s Political of Radical Resignification”. Originalmente publicado en *JAC* 20:4, 2000, pp. 731-765. Nosotros seguimos la reimpresión permitida a Sara Salih en su *The Judith Butler Reader*, New York, Routledge, 2002, pp. 324-356.

Esta es la extraña manera que tienen Gary A. Olson y Lynn Worsham de iniciar su entrevista “Changing the Subject” con Judith Butler. Todo se debe a que en 1998, Butler recibe el premio a la peor escritora del año concedido por la revista *Philosophy and Literature*¹²⁹. A partir de este año, y fundamentalmente en los dos siguientes, la autora norteamericana parece tener que cargar con este lastre recurrente en prácticamente todas y cada una de las entrevistas que concede. Pero lo más curioso es que Butler parece realmente interesada en explicar las razones por las que su obra puede

¹²⁸ “Recently, *Philosophy and Literature* awarded you a prize for *bad writing*. Many of your readers, however, find your prose to be richly texture and carefully crafted. Do you think conciously about the problems of writing as you are composing? Do you think of yourself as a writer?”. Olson, Gary A. y Worsham, L., “Changing the Subject: Judith Butler’s Political of Radical Resignification” en Salih, S., *op. cit.*, p. 326.

¹²⁹ Concretamente, a Butler se le concede el premio por el siguiente fragmento extraído del artículo “Further Reflections on the Conversations of our Time” publicado en *Diacritics* 27.1, 1997, p. 13: “The move from a structuralist account in which capital is understood to structure social relations in relatively homologous ways to a view of hegemony in which power relations are subject to repetition, convergence, and rearticulation brought the question of temporality into the thinking of structure, and marked a shift from a form of Althusserian theory that takes structural totalities as theoretical objects to one in which the insights into the contingent possibility of structure inaugurate a renewed conception of hegemony as bound up with the contingent sites and strategies of the rearticulation of power.” Curiosamente el segundo premio de ese mismo año se concede a Homi Bhabha, admirado teórico postcolonial al que Butler hace referencia en no pocas ocasiones.

ser catalogada de “difícil” y, por ello, tal vez cansada de soportar siempre la misma crítica, escribe un breve artículo en su descargo en el diario *New York Times* del 20 de Marzo de 1999. Cargada de ironía, la pensadora titula su texto “*A Bad Writer Bites Back*”¹³⁰ y comienza a relatar cómo en los últimos años una “pequeña” y “conservadora” revista académica se ha ofrecido como árbitro de la “buena prosa” y ha acusado a algunos y algunas intelectuales, entre ellos Butler, de poseer torpe pluma al concederles su “premio” anual, añadiendo jocosamente que aún espera recibir su cheque por el galardón. A continuación, pasa a la ofensiva entroncando su pensamiento y su estilo con la tradición de filósofos anti-fascistas y más concretamente con la Escuela de Frankfurt¹³¹. Ambos movimientos han mostrado la necesidad de tensar el lenguaje y la propia gramática en aras de poder expresar lo inenarrable dentro de las estructuras mentales que forman el llamado “sentido común”. Butler nos dice que “si el sentido común a veces preserva el *status quo* social, y este *status quo* a veces trata las injustas jerarquías sociales como naturales, tiene sentido en esas ocasiones encontrar formas de desafiar el sentido común”¹³². Butler pone los ejemplos de Adorno y Marcuse como escritores que criticaron severamente el sentido común y apostaron por un lenguaje complejo con el que venían a proponer nuevas e inimaginables formas de ver y pensar la realidad social. Así, Adorno afirma que “nada radical puede venir del sentido común”, escribiendo frases que hicieron a sus lectores reflexionar sobre el poder del lenguaje para formar y conformar el mundo.

Es vital para nuestra autora atacar y poner a prueba el mencionado sentido común, pues es éste precisamente el que mantiene los ideales reguladores que establecen qué es y qué no es una persona, qué la separa del animal, dónde radica la diferencia sexual, el género, la heterosexualidad e incluso la identidad de raza, nación o clase, construyendo con estos conceptos un andamiaje ante el que resulta difícil discrepar.¹³³

Para entender el calado que tuvo esta crítica de “mala escritora” en la norteamericana resulta significativo que Butler vuelva a hacer referencia a la cuestión

¹³⁰ Algo así como “Una *mala escritora* muere de nuevo (o contraataca)”.

¹³¹ Sin duda alguna, una de las influencias que ha ido viendo crecer su huella en la filosofía butleriana ha sido la ejercida desde la Escuela de Frankfurt, especialmente desde el pensamiento marcuseano. Poco citada por Butler, poco referenciada por sus estudiosos, la dialéctica negativa de Marcuse se convertirá en un marco inspirador donde encuadrar la agencia butleriana en sus obras más recientes. Desarrollamos la cuestión en la conclusión de este estudio.

¹³² Butler, J. “*A Bad Writer Bites Back*” en *New York Times*, March 20, 1999. La traducción es nuestra.

¹³³ Véase Butler, J., “Competing Universalities” artículo escrito en el año 2000 e incluido en Salih, S., *op.cit.*, pp. 265-266.

en la nueva introducción que escribiera en 1999 para la reedición de *El género en disputa* con motivo de su décimo aniversario. En esta ocasión Butler afirma que tanto críticos, como amigos y amigas, han señalado la dificultad de su estilo¹³⁴ para, a continuación, defenderse en los términos que siguen:

“Creo que el estilo es un terreno complicado, y en el que no elegimos unilateralmente ni controlamos los propósitos que conscientemente perseguimos (...) Es más, ni la gramática ni el estilo son políticamente neutrales. El estudio de las reglas que gobiernan el discurso inteligible es una inculcación en el lenguaje normalizado, donde el precio de no adaptarse es la pérdida de la inteligibilidad misma. Como Drucilla Cornell, en la tradición de Adorno, me recuerda: no hay nada radical en el sentido común. Sería un error pensar que la gramática recibida es el mejor vehículo para expresar visiones radicales, dadas las restricciones que la gramática impone sobre el pensamiento, es más, sobre lo imaginable mismo. Pero las formulaciones que retuercen la gramática, o que implícitamente ponen en duda los requerimientos sujeto-verbo del sentido lógico, son claramente irritantes para algunos y algunas.”¹³⁵

La sorpresa que Butler provoca al dar tal importancia a esta cuestión, como muestra su inclusión en el citado prefacio a la edición de 1999 de *El género en disputa*, se deja sentir incluso dos años después cuando es entrevistada por un grupo de estudiosos y estudiosas de su teoría en “There is a Person Here: An Interview with Judith Butler”. De las trece preguntas seleccionadas, curiosamente la última, realizada por Margaret Soenser Breen, hace referencia a la mención que hace Butler en la introducción de *El género en disputa* a la cuestión del “lenguaje” y la “accesibilidad”¹³⁶ y “al valor de las experiencias lingüísticas difíciles”. A este respecto, la pensadora explica que en la “actualidad” (el artículo es del año 2001) enseña en tono muy

¹³⁴ Véase Butler, J., *Gender Trouble*, p. XVIII.

¹³⁵ “I think that style is a complicated terrain, and not one that we unilaterally choose or control with the purposes we consciously intend. (...) Moreover, neither grammar nor style are politically neutral. Learning the rules that govern intelligible speech is an inculcation into normalized language, where the price of not conforming is the loss of intelligibility itself. As Drucilla Cornell, in the tradition of Adorno, reminds me: there is nothing radical about common sense. It would be a mistake to think that received grammar is the best vehicle for expressing radical views, given the constraints that grammar imposes upon thought, indeed, upon the thinkable itself. But formulations that twist grammar or that implicitly call into question the subject-verb requirements of propositional sense are clearly irritating for some.” La traducción es nuestra. *Idem*.

¹³⁶ Cuestión que desarrollaremos en la conclusión de este estudio.

diferente al usado en el libro en cuestión y que la primera sorprendida entonces fue ella misma al comprobar que su obra extralimitaba los ambientes académicos de lectura¹³⁷. Pero aun así, considera fundamental no subestimar la inteligencia de esos lectores y esas lectoras de estratos y privilegios educacionales tan dispares. Tal vez en ese libro había algo que estas personas querían leer y que, a pesar de su dificultad, en ese trabajo teórico hay algo que vale la pena leer. Esto quiere decir, según su opinión, que la escritura crítica no sólo busca la comunicabilidad sino lanzar un desafío al público que le permita convertirse en algo diferente de lo que ya es. Los y las intelectuales están pues bajo la doble obligación de hablar a la gente desde donde viven, en un lenguaje comprensible, a la par que otorgarles un punto de partida para desestabilizar su lenguaje cotidiano, convirtiéndolo en algo nuevo que abra las posibilidades de imaginar el mundo de otro modo¹³⁸.

No obstante, destacaremos que Butler se transforma en las distancias cortas. Ágil conversadora, sus entrevistas y conferencias son claras y amenas. Transita así una doble senda: de un lado, la del lenguaje cotidiano, cercano y accesible, usado en sus conferencias y en muchos de sus artículos; del otro, la senda de la experimentación lingüística que tan hondo calara en ella tras sus lecturas de Hegel, Heidegger, Bourdieu, e incluso Mallarmé, Celan o Proust¹³⁹.

“Lo que me importa es que la relación crítica con la gramática ordinaria se ha perdido en esta apuesta por una accesibilidad radical. No es que yo esté a favor de lo difícil; lo que pienso es que hay mucho lenguaje ordinario y que la gramática recibida constriñe nuestro pensamiento – es decir, lo que una persona es, qué es un sujeto, cuál es su género, cuál su sexualidad, lo que la política puede ser - y que no estoy segura de que vayamos a ser capaces de luchar con eficacia contra aquellas restricciones o trabajar dentro de ellas de un modo productivo a no ser que comprendamos la forma en la que la gramática produce y limita nuestra manera de entender qué es el mundo”.¹⁴⁰

¹³⁷ Véase *Ibid.*, p. 22.

¹³⁸ Véase *Ibid.*, p. 23.

¹³⁹ Véase Olson, Gary A. y Worsham, L. “Changing the Subject: Judith Butler’s Political of Radical Resignification”, en Salih, S., *op. cit.*, p. 327.

¹⁴⁰ “What concerns me is that the critical relation to ordinary grammar has been lost in this call for radical accessibility. It’s not that I’m in favor of difficulty’s sake; it’s that I think there is a lot of ordinary language and in received grammar that constraint our thinking –indeed, about what a person is, what a subject is, what gender is, what sexuality is, what politics can be- and that I’m not sure we’re going to be able to struggle effectively against those constraints or work within them in a productive way unless we

2.4. Hacia un humanismo “post”

Como hemos visto, Judith Butler ha tenido que justificar su estilo de escritura en numerosas ocasiones. Con respecto al contenido de su propuesta, la norteamericana ha soportado de la misma manera todo un aluvión de ataques, motivados en gran parte por su ambigua postura con respecto a dos paradigmas de entender el proceder filosófico y político: la modernidad y la postmodernidad.

Por su acercamiento a Foucault y Derrida, y su apuesta por un sujeto postestructuralista, a Butler se le ha criticado en numerosas ocasiones haber atacado, mermado, acaso destruido, la estructura moderna del movimiento feminista tal y como se entendía antes de 1990. Por plasmar un ejemplo, en el artículo titulado “Feminism and Postmodernism: An Uneasy Alliance” incluido en *Feminist Contentions*, Benhabib considera que las apropiaciones feministas de Nietzsche, amparadas según ella en “la muerte del sujeto”, sólo pueden llevar a la lucha femenina a la *auto-incoherencia*¹⁴¹. Por otro lado, su gran amiga Rosi Braidotti, sin ir más lejos, aun cuando comparte con Butler gran parte de las consideraciones relativas a la subjetividad, critica de raíz la perspectiva adoptada por ésta, pues considera que abandonar el enfoque centrado en la diferencia sexual en pos de una perspectiva de género supone perder de vista el objetivo por el que el feminismo siempre luchó, a saber, la eliminación de la asimetría entre mujeres y hombres a través de la reflexión en torno a la dominación masculina¹⁴². Del mismo modo y desde posiciones más alejadas, este cuestionamiento de la estructura misma de la teoría feminista ha desencadenado numerosas críticas relativas a la capacidad para la agencia del sujeto butleriano, y que trataremos más adelante en este estudio.

En su defensa, Prado, en su artículo “¿Qué es el feminismo postestructuralista y por qué se están diciendo cosas tan horribles sobre él?”¹⁴³, defiende la alianza

see the way in which grammar is both producing and constraining our sense of what the world is”. La traducción es nuestra. *Ibid.*, pp. 327-328.

¹⁴¹ Véase Salih, S., *op. cit.*, pp. 68.

¹⁴² Esta confrontación se ve claramente en la entrevista que Butler realiza a Braidotti y que podemos ver publicada bajo el título de “El feminismo con cualquier otro nombre” en Braidotti, R., *Feminismo, diferencia sexual y subjetividad nomade*, Barcelona, Gedisa, 2004, pp. 69-106. Véase especialmente pp. 76 y ss.

¹⁴³ Prado Ballarín, M^a., “¿Qué es el feminismo postestructuralista y por qué se están diciendo cosas tan horribles sobre él?”, pp. 78-95.

butleriana con Foucault y Derrida, considerando que ésta no la aleja del sufrimiento y de la situación real de las mujeres por cuanto la fusión de feminismo y postestructuralismo no supone ni el final del sujeto, ni mucho menos el final de la política. En sus propias palabras:

“La obra de Butler esconde, tras la apariencia inofensiva del formalismo y del carácter apolítico del que los habermasianos han acusado a menudo al pensamiento postestructuralista, una declaración de guerra contra la rigidez y las restricciones impuestas por esa organización diádica que pretende agotar las posibilidades del sexo y del género, cuando en realidad es sólo una función reguladora del poder que naturaliza las expresiones de género normativas (hombre y mujer en un marco heterosexual).”¹⁴⁴

Prado no sólo adscribe la propuesta butleriana al pensamiento postestructuralista, sino que sin el menor reparo ubica su teoría en la línea del pensamiento de Lyotard y de Rorty, aun cuando debemos destacar que Butler jamás realiza ni una sólo afirmación explícita que pudiera corroborar esta creencia. Esto permite a Prado defender la “retórica nietzscheana de la creación” frente a “la retórica platónica del descubrimiento” y afirmar que todas las identidades de género son simulacros¹⁴⁵. No obstante, esto dista mucho de vaciar el proyecto político, pues tal y como afirma, se trataría ahora de “trabajar por devolver su legitimidad y su derecho a una existencia vivible a todos aquellos que no viven el género de acuerdo a las normas hegemónicas”¹⁴⁶.

En nuestra opinión, el proyecto butleriano se construye en un extraño punto de equilibrio sobre una aparente contradicción; por un lado su crítica a la modernidad (o al menos, a cierta manera de entenderla) y a su marcado carácter fundacionalista y segregador; y, por el otro, una sensibilidad extrema hacia uno de sus grandes legados, el humanismo. ¿Podrá Butler cerrar una propuesta que nos brinde un sujeto viable capaz de abanderar la política dentro de un contexto post-ilustrado?, ¿supone esto una vuelta a la modernidad?, ¿una caída en el nihilismo?, ¿tal vez una contradicción insalvable?

Su primera obra de envergadura, *El género en disputa*, se leyó como una fuerte contestación al feminismo esencialista. Butler considera que categorías como “mujer” o

¹⁴⁴ *Ibid.*, p. 84-85.

¹⁴⁵ Véase *Idem.*

¹⁴⁶ *Idem.*

“identidad” no son más que categorías a priori que dicen describir a un sujeto que en realidad construyen bajo el sesgo de la exclusión. El feminismo pretendidamente universal se desvelaba realmente como occidental, blanco, de clase media. Un arma de lucha elaborado por las mujeres americanas y europeas fundamentalmente para alcanzar sus propios logros políticos a expensas de la problemática específica de las mujeres de color, las lesbianas o las ciudadanas del tercer mundo, por poner algunos ejemplos. De ese modo, Butler denuncia al feminismo esencialista como colonial y autoritario al poner en boca de unas pocas una pretendida demanda universal, que esconde claros intereses particulares. Es por tanto necesario desmontar su punto arquimédico, el sujeto político feminista: la mujer. Pero, ¿aleja esto a Butler del humanismo?, ¿la convierte tal vez en una pensadora postmoderna incapaz de articular una propuesta política sólida? Hay quienes han pensado que sí, pero nosotros, aferrados a sus textos, hemos creído encontrar fundadas razones para argumentar lo contrario. Para apoyar nuestras afirmaciones nos basaremos en uno de sus artículos más decisivos a pesar de su precocidad, “Contingent Foundations”¹⁴⁷, al que iremos hilando ideas que salpican de manera asistemática toda la obra butleriana¹⁴⁸.

Permítanme decirles previamente que Butler reniega de cualquier tipo de categoría o etiqueta destinada a acotar y empobrecer su filosofía. Creemos que no resulta éste un inciso baladí por cuanto añade a la complejidad de la propuesta butleriana el hecho de que ella misma se negara a catalogarla. En el 1990, con motivo del volumen editado por Diana Fuss titulado *Inside Out: Lesbian Theories, Gay Theories*¹⁴⁹, Butler es invitada a incluir un artículo, “Imitation and Gender Insubordination”, en el que, ya desde los primeros párrafos, afirma jocosamente y provocativamente que, a pesar de haberle sido encargado un artículo relacionado con los “lesbian studies”, no tiene nada claro qué sea eso llamado “teoría” y mucho menos claro qué puede querer decir exactamente el concepto “lesbiana”¹⁵⁰. Como podemos apreciar

¹⁴⁷ Butler, J. “Contingent Foundations: Feminism and the Question of *Postmodernism*” en Butler, J. and Scott, Joan W. (eds.), *Feminists Theorize the Political*, London, Routledge, 1992, pp. 3-21.

¹⁴⁸ Especialmente interesante nos parece el intercambio con Ernesto Laclau y Slavoj Žižek que podemos encontrar fundamentalmente en Butler, J., Laclau, E. y Žižek, S., *Contingency, Hegemony, Universality: Contemporary Dialogues on the Left*, London, Verso, 2000 y en la correspondencia entre Butler y Laclau recogida en “The Uses of Equality” y “Further Reflections on conversations of Our Time”, ambos en *Diacritics*, nº 27/1, 1997, pp. 3-12 y 13-15 respectivamente. También interesante a este respecto es su artículo “Universality in Culture” en Cohen, J. (ed.), *In For Love of Country: Debating the limits of Patriotism. Martha C. Nussbaum with Respondent*, Boston, Beacon Press, 1996, pp. 43-52.

¹⁴⁹ Fuss, D. (ed.), *Inside Out: Lesbian Theories, Gay Theories*, London, Routledge, 1990, pp. 13-31. También en Salih, S., *op. cit.*, pp. 119-137.

¹⁵⁰ Véase “Imitation and Gender Insubordination” en Fuss, D. (ed.), *Inside Out: Lesbian Theories, Gay Theories*. pp. 13-14.

con este temprano ejemplo, nuestra pensadora ha sido siempre reacia a ser encasillada dentro de cualquier escuela de pensamiento de las que habitan el complicado mosaico que constituye la filosofía de finales del XX e inicios del siglo XXI. Tildada en numerosas ocasiones de postestructuralista o deconstruccionista, las críticas más mordaces han tratado de ubicar a Butler dentro de la escuela postmoderna. Pensadora fronteriza, a caballo entre un sin fin de influencias, ha tratado siempre de defender la independencia de su pensamiento ante todos aquellos y aquellas que han tratado de agotar la riqueza de su propuesta bajo catalogaciones de cualquier sesgo.

Para dejar clara su libertad intelectual, y enlazando con lo anteriormente dicho, una joven Butler escribe en 1992 uno de sus artículos más intensos: “Contingent Foundations: Feminism and the Question of *Postmodernism*”¹⁵¹. En él, para comenzar, se nos muestra que bajo la etiqueta de “postmodernidad” se engloban un amplio número de posiciones: “el discurso es todo lo que hay”, “el sujeto ha muerto”, “no hay realidad, sólo representación”, etc. Además, estas afirmaciones a menudo se imputan indiscriminadamente al pensamiento postmoderno o postestructuralista, que en ocasiones se hace coincidir también con la deconstrucción. Por si esto fuera poco, bajo el sesgo postmoderno a veces se entiende una extraña mezcla de feminismo francés, deconstrucción, psicoanálisis lacaniano, teoría foucaultiana, conversacionalismo rortyano y estudios culturales¹⁵². Esto lleva a que, en ocasiones, la postmodernidad sea entendida como una suma confusa de teorías que abocan al ser humano al crudo nihilismo o al más pragmático relativismo cultural. Sin embargo, en opinión de Butler, esta es una interpretación del todo desacertada. Si la expresión “pensamiento postmoderno” tiene algún sentido productivo, este es sin duda su apuesta por el ejercicio crítico que vincula la teoría al poder¹⁵³. Esta nueva óptica de la que sí se siente deudora supone una crítica al fundacionalismo político de profundas raíces metafísicas sin caer, en palabras de nuestra autora, “en el nihilismo relativista incapaz de construir normas”¹⁵⁴.

Por lo tanto, Butler nos hace una propuesta que nos parece de gran interés para la actualidad: elaborar un proyecto político que rescate elementos como el sujeto o la igualdad, pero matizados, reconstruidos, filtrados por los nuevos modos de hacer filosofía. Así pues, ¿Butler moderna o postmoderna? Ambas cosas y ninguna. Butler

¹⁵¹ Incluido en Butler, J y Scott, J. W. (eds.), *Feminists Thorize the Political*, pp. 3-21.

¹⁵² Véase *Ibid.*, p. 4.

¹⁵³ Véase *Ibid.*, p. 6.

¹⁵⁴ *Idem.*

antifundacionalista, antiesencialista, antimetafísica y, sobre todo, comprometida enérgicamente con la deconstrucción y la reconstrucción de la subjetividad y con un nuevo proyecto político actual, abierto, democrático¹⁵⁵.

Por todo lo dicho, en la teoría de Butler resuenan aún las preguntas fundamentales del humanismo:

“Lo que continua importándome más son los siguientes tipos de preguntas: ¿qué y qué no constituirá una vida inteligible, y cómo los presupuestos sobre el género normativo y la sexualidad determinan de antemano lo que será calificado de *humano* y *vivable*?”¹⁵⁶

Unas preguntas que ya aparecen implícitamente en su tesis *Subjects of Desire* y que atraviesan toda su obra. Como muestra de la preocupación por esta problemática, y centrándose en ella, Butler publica *Deshacer el género*. En esta obra del 2004, Butler manifiesta desde el inicio su interés por plantear críticamente la cuestión del sujeto como categoría abierta. En este sentido nos dice que lo “humano” no es una certeza metafísica, sino una “tarea”, por cuanto no se captura “de una vez y para siempre”¹⁵⁷ ubicando nuevamente la cuestión de la subjetividad en el horizonte foucaultiano del poder. Sujeto, poder, exclusión, tres coordenadas indisolubles, de marcado carácter (post) humanista, que justifican que Butler autoanalice su obra con frases como: “Me gustaría comenzar, y finalizar, con la cuestión de lo humano y de quién se considera como humano, y con la cuestión relacionada de qué vidas se consideran como tales...”

158

Ante tamañas cuestiones de vital importancia para nuestro futuro en sociedad, Butler matiza que ni su teoría, ni los movimientos gays, lésbicos, transexuales, feministas o intersex pueden catalogarse de postmodernos o postfeministas¹⁵⁹, pues todos ellos comparten un horizonte político comprometido con el ser humano y su derecho a disfrutar una “vida vivible”. Como muestra, Butler, en un continuo juego entre teoría y praxis, manifiesta una y otra vez su preocupación por la situación

¹⁵⁵ Véase *Ibid.*, p. 7.

¹⁵⁶ “What continues to concern me most is the following kinds of questions: what will and will not constitute an intelligible life, and how do presumptions about normative gender and sexuality determine in advance what will qualify as the *human* and the *livable*?” Introducción de 1999 a *Gender Trouble*, p. XXII.

¹⁵⁷ Butler, J., *Deshacer el género*, p. 30.

¹⁵⁸ *Ibid.*, p. 35.

¹⁵⁹ Véase *Ibid.* p. 23.

infrahumana que padecen aquellos y aquellas que constituyen desde su abyección el límite del sujeto político occidental, expresando su especial sensibilidad con la situación de los presos de Guantánamo, paradigma actual de la privación del estatus de sujeto de derecho¹⁶⁰. Queda claro, pues, que su propuesta no debe confundirse con un burdo postmodernismo entendido éste como nihilismo “à la mode”, sino como intelectualidad crítica, como modernidad sin fundacionalismos, como “filosofía del malestar”.

“Si puede haber una modernidad sin *fundacionalismo* (quizás esto es lo que significa la postmodernidad) entonces será una en la cual los términos clave de sus operaciones no estarán completamente garantizados a priori, una modernidad que asuma una forma futura para las políticas que no puede ser anticipada completamente: y esta será una política de esperanza e inquietud, lo que Foucault llamaba “una política del malestar”¹⁶¹

A esta reapropiación dedica Butler de forma asistemática numerosas páginas en sus libros. No obstante, encontrar un texto concreto dedicado en exclusiva a esta problemática es difícil. Quizás lo más específico que hallaremos en su obra sea el epígrafe “La performatividad tácita del poder” incluido en el artículo “Censura implícita y agencia discursiva” perteneciente a su libro *Lenguaje, poder e identidad*¹⁶². En él, inspirada por la propuesta de Paul Gilroy¹⁶³, apuesta por “mancillar” sin prejuicios grandes conceptos clave de la modernidad como “sujeto” o “universalidad”¹⁶⁴. Ambos conceptos son tildados por Butler de exclusivos y coloniales pero, ¿queda aún la esperanza de reapropiarse de estos términos?, ¿es lo mismo cuestionarlos que manifestar su muerte? Nuestra pensadora cree firmemente que no. Precisamente el hecho de

¹⁶⁰ Butler dedica todo un capítulo, “Detención indefinida” de su obra *Vida precaria* a analizar la situación de los presos de Guantánamo. Véase Butler, J., *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*, pp. 73-132.

¹⁶¹ Butler, J., *Lenguaje, poder e identidad*, pp. 258. Destacamos aquí también la influencia que Butler recibe de la escuela de Frankfurt y de su “dialéctica negativa” que se hará cada vez más presente en la obra de Butler.

¹⁶² *Ibid.*, pp. 211-266.

¹⁶³ En *Deshechar el género*, p. 350 y ss. Butler vuelve a la teoría de Gilroy diciendo: “Gilroy está en desacuerdo con lo que él llama las formas postmodernas de escepticismo ya que, desde su punto de vista, conducen a un rechazo completo de los términos claves de la modernidad y a una parálisis de la voluntad política. Pero también se distancia de Habermas porque éste logra tener en cuenta la relación entre esclavitud y modernidad.” Y más adelante añade: “Mientras que él rechaza el hiperracionalismo del proyecto habermasiano, aunque preserve algunas características clave de su descripción del proyecto de la Ilustración, también rechaza formas de escepticismo que reducen todo posicionamiento político al gesto retórico.”

¹⁶⁴ Véase *Lenguaje, poder e identidad*, pp. 257-258.

plantear la crítica a estas categorías muestra claramente su importancia para nuestras vidas y por ello en el citado “Contingent Foundations” afirma que “dentro del contexto político de la postcolonialidad contemporánea más general, es quizás especialmente urgente subrayar la categoría misma de *lo universal* como un lugar de insistente lucha y resignificación”¹⁶⁵. Se trata, según ella misma aclara, no de elaborar un nuevo concepto de universalidad o de sujeto más comprensivo, sino de la arriesgada apuesta de considerar ambos conceptos como categorías abiertas, contingentes, en constante e infinita revisión¹⁶⁶.

Sin embargo, le han llovido las críticas a esta propuesta, probablemente porque como ella misma afirma “la apertura de contextos desconocidos es una clara fuente de inquietud para algunos”¹⁶⁷. Y destaquemos que entre esos ambiguos “algunos”¹⁶⁸ se incluyen un gran número de pensadoras feministas que consideran que la teoría butleriana mina los cimientos de su acción política:

“Existe el estribillo que afirma que, justo en este momento, cuando las mujeres comienzan a ocupar el lugar de sujetos, posiciones postmodernas vienen a anunciar que el sujeto ha muerto (hay una diferencia entre las opiniones del postestructuralismo que demandan que el sujeto *nunca* existió, y las posiciones postmodernas que demandan que el sujeto tuvo integridad anteriormente, pero no por más tiempo). Algunos ven esto como una conspiración contra las mujeres y contra otros grupos privados de derechos que sólo ahora comienzan a hablar de su propio nombre.”¹⁶⁹

¹⁶⁵ “...within the political context of contemporary postcoloniality more generally, it is perhaps especially urgent to underscore the very category of the “universal” as a site of insistent contest and resignification” Butler, J y Scott, J. W. (eds.), *Feminists Thorize the Political*, p. 7. Butler admite en este artículo la influencia de la teoría postcolonial de Homi Bhabha.

¹⁶⁶ Véase *Ibid.*, p. 8. En este sentido, también afirma: “The critique of the subject is not a negation or repudiation of the subject, but, rather, a way of interrogating its construction as a pregiven or foundationalist premise” (“La crítica al sujeto no es una negación o repudio del sujeto, sino más bien una forma de interrogar su construcción como una premisa fundacional o previa”). *Ibid.*, p. 9. También en *Lenguaje, poder e identidad*, p. 260, Butler afirma: “Cuestionar un término, un término como *sujeto* o *universalidad*, supone preguntar cómo funciona, qué implicaciones tiene, qué objetivos logra y qué alteraciones produce.”

¹⁶⁷ Butler, J., *Lenguaje, poder e identidad*, p. 259.

¹⁶⁸ Nótese el sexismo lingüístico de todas las traducciones de las obras butlerianas.

¹⁶⁹ “There is the refrain that, just now, when women are beginning to assume the place of subjects, postmodern positions come along to announce that the subject is dead (there is a difference between positions of poststructuralism which claim that the subject *never* existed, and postmodern positions which claim that the subject once had integrity, but no longer does). Some see this as a conspiracy against women and other disenfranchised groups who are now only beginning to speak on their own behalf.” Butler, J. y Scott, J. W. (eds.), *Feminists Thorize the Political*, p. 14. (La traducción es nuestra y las cursivas pertenecen al original) En este sentido, en su entrevista “There is a person here” incluida en AA.VV., *Internacional Journal of Sexuality and Gender Studies*, en las páginas 21 y 22, Butler señala

Pero a este respecto pregunta: ¿a partir de cuántas exclusiones se ha construido el feminismo y cómo estos dominios excluidos vuelven una y otra vez a cuestionar la integridad y la unidad del “nosotros-nosotras” feminista?¹⁷⁰ La omisión consciente de esta cuestión sólo puede ser fruto de alguna suerte de conservador miedo al cambio:

“En ese momento el miedo a pensar, el miedo a preguntar, se convierte en una defensa moralista de la política, y el trabajo de la vida intelectual y el trabajo de la política se oponen. La política se convierte en algo que necesita de un cierto anti-intelectualismo. No querer replantearse la propia política, a partir de las preguntas que uno hace, supone optar por el dogmatismo a expensas de la vida y del pensamiento. (...) ¿Acaso es que nos paraliza el miedo a un futuro desconocido de palabras que nos evitaría cuestionar los términos que necesitamos para vivir y que nos evitaría correr el riesgo de vivir precisamente con los términos que estamos cuestionando?”¹⁷¹

Abrazada a este “futuro desconocido”, corriendo el riesgo de “vivir precisamente con los términos que estamos cuestionando”, la pensadora norteamericana elabora una teoría que tiene como marco una peculiar manera de entender la filosofía como continua crítica a los fundamentos. A explicitar esta propuesta en relación con lo que hemos llamado aquí su “humanismo post” dedicamos las páginas que siguen.

que a raíz de este miedo a una postmodernidad mal entendida están emergiendo dentro del feminismo nuevas corrientes esencialistas.

¹⁷⁰ Véase Butler, J y Scott, J. W. (eds.), *Feminists Thorize the Political*, p. 14.

¹⁷¹ Butler, J., *Lenguaje, poder e identidad*, pp. 260-261.

2.5. El feminismo como “crítica” de los fundamentos

Una y otra vez nuestra autora deja clara la necesidad de establecer coaliciones dentro del feminismo¹⁷². Este hecho parte del interés por elaborar un proyecto abierto que incite a la política compartida pero, ¿cuál ha de ser esa base común que posibilite la acción? Según Butler, no podemos dar la espalda a las objeciones postmodernas y postestructuralistas permaneciendo anclados y ancladas en el feminismo que fundamenta su acción en un esencialismo exclusivista. Por lo tanto, propone reconstruir la subjetividad desde la perspectiva de la crítica constante de los propios fundamentos. Una suerte de semi-suicidio epistemológico que pueda abrir el campo político a todas las mujeres y que favorezca, por qué no, la colaboración con otros colectivos, homosexuales, transexuales, personas de otras razas, discapacitados, etc., también discriminados en el panorama social dibujado por una modernidad que se desvela occidental, racista y clasista.

Esta es la razón por la que, en innumerables ocasiones, Butler manifiesta la necesidad de cuestionar las categorías básicas del feminismo como principal tarea de la teoría feminista actual¹⁷³. Aun cuando esto ha sido visto con recelo desde algunos sectores del movimiento, Butler matiza una y otra vez que la crítica a los fundamentos no aboca al feminismo a la inacción, sino que supone una estrategia ideal para desvelar todo lo que ocultan estas categorías fundacionales¹⁷⁴. Del mismo modo, este proceder no puede confundirse con la negación absoluta de la existencia de fundamentos sino con la contestación continua de estos¹⁷⁵. Supone comprender que el programa feminista no

¹⁷² En la entrevista “The desire for philosophy”, en Michalik, R., *Lolapress*, p. 3. Butler explica la necesidad de establecer coaliciones basándose en la tradición europea de pensamiento, más acostumbrada según ella a trabajar en común desde sus diferencias.

¹⁷³ “To write under the rubric of *feminism* or *feminist theory* in recent years has been to enter into an arena in which the fundamental categories are under serious contest” (“Escribir bajo la rúbrica del feminismo o la teoría feminista en los últimos años ha supuesto entrar en una zona donde las categorías fundamentales están siendo cuestionadas”). En “Disordely woman”, Butler, J. *Transition*, nº 53, 1991, p. 86.

¹⁷⁴ “And this is not to call to return to silence or invisibility, but, rather, to make use of a category that can be called into question, made to account for what it excludes” (“Y esto no supone silenciarla o invisibilizarla, usar una categoría que puede cuestionarse supone desvelar todo aquello que ella excluye”). Butler, J., “Imitation and Gender Insubordination”, en Salih, S., *op. cit.*, p. 126.

¹⁷⁵ “This is not to say that there is no foundation, but rather, that wherever there is one, there will also be a foundering, a contestation. That such foundations exist only to be put into question is, as it were, the permanent risk of the process of democratization. To refuse that contest is to sacrifice the radical ímpetus of feminist politics” (“Esto no es decir que no hay fundamentación sino que, allá donde la haya, existirá

debe ser un proyecto en el que se asuman dogmáticamente una serie de premisas y se proceda a construir un programa lógico desde esas premisas. Más bien el feminismo debe ser un movimiento que vaya más allá y que preste atención a la crítica dirigida a sus propias tesis en un esfuerzo por clarificar qué significan y propiciar las negociaciones entre las distintas interpretaciones en conflicto. Es más, Butler considera que es precisamente esta lucha teórica la que propicia, agita y mantiene el movimiento vivo¹⁷⁶.

Mostrando la importancia dada por la autora a esta aclaración, nos parece especialmente revelador que dedique las primeras páginas de su *Cuerpos que importan*¹⁷⁷ a matizar esta labor de crítica reconstructiva del andamiaje teórico feminista. Por ello, formula afirmaciones como:

“La categoría mujeres no se vuelve inútil mediante la deconstrucción, sino que se convierte en una categoría cuyos usos ya no se reifican como *referentes* y que presenta la oportunidad de que se la abra o, más precisamente, de llegar a significar de maneras que ninguno de nosotros puede predecir de antemano.”¹⁷⁸

Así, debemos entender que “una pérdida de certeza no es lo mismo que el nihilismo político. Por el contrario, esa pérdida bien puede indicar un cambio significativo y prometedor en el pensamiento político”¹⁷⁹.

Y en relación al concepto eje de este estudio, el sujeto, Butler mantiene una opinión similar:

una refutación. Que una fundamentación tal exista solo para ser cuestionada es, así como fue, el riesgo permanente del proceso de democratización. Negamos que cuestionar sea sacrificar el ímpetu radical de la política feminista”). Véase Butler, J., “Contingent Foundations” en Butler J. y Scott, J. W. (eds.), *Feminists Thorize the Political*, p. 16.

¹⁷⁶ Hemos seguido aquí las reflexiones que nos brinda Butler en las primeras páginas de “¿El fin de la diferencia sexual?”, capítulo incluido en Butler, J., *Deshacer el género*, pp. 247 y ss.

¹⁷⁷ Butler, J., *Cuerpos que importan*, pp. 53 y ss.

¹⁷⁸ *Ibid.*, p. 55.

¹⁷⁹ *Ibid.*, p. 57. A este respecto, Butler, en su artículo “Left Conservatism II” en *Theory & Event*, 2:2, 1998, párrafo 4 manifiesta: “To call into question the foundational status of such terms is *not* to claim that they are useless or that we ought not to speak that way, that terms like *objectivity*, *rationality*, *universality* are so contaminated that they ought not to be uttered any longer. A serious misunderstanding has taken place. Calling the foundational status of a term into question does not censor the use of the term. It seems to me that to call something into question, to call into question its foundational status, is the beginning of the *reinvigoration* of that term.” (“Cuestionar el estatus fundacional de tales terminos no es proclamar que son inútiles o que no deberíamos usarlos en el habla, que esos terminos como *objetividad*, *racionalidad*, *universalidad* están tan contaminados que no deberían ser pronunciado más. Un serio malentendido está dándose. Cuestionando el estado fundacional de un término no censuramos el uso de ese término. Creo que cuestionar algo, cuestionar su origen, es el inicio de su vigorización.”)

“Tomar la construcción del sujeto como un problema político no es lo mismo que abandonar el sujeto; deconstruir el sujeto no es negar o arrojar el concepto; por el contrario, deconstruir implica solo que suspendemos todos los compromisos hacia lo que el término *sujeto* se refiere y que tenemos en cuenta las funciones lingüísticas a las que sirve en la consolidación y ocultación de la autoridad. Deconstruir no es negar o menospreciar, sino poner en cuestión y dar un nuevo uso y reconducir aquello que previamente no estaba autorizado.”¹⁸⁰

Sobre estas cuestiones, Butler mantiene un interesante debate con Spivak, la creadora del esencialismo estratégico, entablándose entre ambas una fructífera relación intelectual durante toda la década de los noventa. A este respecto, Butler hace suya la expresión de la pensadora india que afirma que “la crítica de algo útil es la crítica de algo sin lo cual no podemos hacer nada”¹⁸¹. En consecuencia, Spivak propone sustituir el esencialismo tradicional en torno a los conceptos clave de la teoría política feminista por un esencialismo estratégico, es decir, una forma no metafísica de entender las categorías clave que permita organizar la práctica política de manera abierta y provisional buscando evitar cualquier tipo de descriptivismo fundacionalista férreo. Concretamente, Spivak propone la categoría estratégica de “mujer del tercer mundo” que según ella, no tiene por qué describir a los sujetos que la forman.

Butler muestra una gran afinidad con esta teoría renovadora y crítica hacia los fundamentos del feminismo en artículos como “The Identity in Question”¹⁸², escrito en el 1992, en el que desde el inicio se deshace en elogios con las propuestas “retóricas” de autoras como Diana Fuss, Naomi Schor o Gayatri Spivak. Butler califica estas nuevas versiones del esencialismo como una “gran apuesta” y matiza que, aunque ella misma

¹⁸⁰ “To take the construction of the subject as a political problematic is not the same as doing away with the subject; to deconstruct the subject is not to negate or throw away the concept; on the contrary, deconstruction implies only that we suspend all commitments to that to which the term, “the subject”, refers, and that we consider the linguistic functions it serves in the consolidation and concealment of authority. To deconstruct is not to negate or to dismiss, but to call into question and, to a reusage or redeployment that previously has not been authorized.” Butler, J., “Contingent Foundations”, en Butler, J y Scott, J. W. (eds.), *Feminists Theorize the Political*, p. 15.

¹⁸¹ Butler, J., *Cuerpos que importan*, p. 55. También en el citado artículo “Left Conservatism II” de la revista *Theory & Event*, párrafo 5, Butler vuelve a hacer referencia a esta frase de Spivak afirmando: “I think that Gayatri Spivak puts this well. I paraphrase here: to deconstruct a category is not to eliminate it, it is precisely to make an inquiry into a category that we cannot do without.”

¹⁸² Butler, J., “The Identity in Question”, artículo que transcribe el symposium celebrado en verano del 1992 entre Judith Butler, Stanley Aronowitz, Ernesto Laclau, Joan Scout, Chantall Mouffe y Cornell West, incluido en la revista *October*, vol. 61, 1992, pp. 108-120.

no es una defensora de estas posiciones, cree que son propuestas que dentro del feminismo se deben considerar¹⁸³.

Sin embargo, muestra de las dificultades que Butler encuentra vinculadas a la postura esencialista, aun cuando se reniegue del componente metafísico, es que con el paso de los años nuestra pensadora se ha mostrado menos convencida de la viabilidad de este proyecto. En una de sus últimas entrevistas, “Changing the subject”, Butler expone la evolución de su postura con respecto al esencialismo estratégico de Spivak:

“Spivak entendió esto cuando renegó de su noción de *esencialismo estratégico*. Ella en principio pensó que sería capaz de usar un término como *Mujer del Tercer Mundo* y sólo tenía que enraizarse más bien estratégica que metafísicamente. No tenía que describirla a ella (ni a ninguna otra) completa y exhaustivamente, podía ser eximido de su función descriptiva. Pero, por supuesto, *comenzó* a describir, porque el autor o autora que estratégicamente lo usa como *X, Y o Z* debe reconocer también que la vida semántica del término puede exceder la intención de la persona estratega y que, a medida que viaja a través del discurso, puede adquirir nuevos significados ontológicos y llegar a establecerse de maneras que nunca nadie previó. Así que, supongo que yo sería algo menos optimista sobre la posibilidad de un desenraizamiento radical de lo que lo era en 1993.”¹⁸⁴

Así pues, mostrado su alejamiento de la teoría del esencialismo estratégico de Spivak, la pregunta por el proceder crítico butleriano se hace necesaria en la mencionada entrevista. Butler expone así a continuación que la gente teme el “criticismo” por creer que el criticismo es “destructivo” y añade:

“Me pregunto, incluso, si no es hora de replantear lo que queremos decir con crítica y la tradición de crítica que fue establecida realmente con Kant y que atraviesa la teoría crítica y que emerge de un modo bastante interesante en Foucault (pienso que su pequeña obra,

¹⁸³Véase *Ibid.*, p. 108.

¹⁸⁴ “Spivak understood this when she reneged on her notion of *strategic essentialism*. She at first thought she’d be able to use a term like *Third-World Woman* and just have it be strategic rather than metaphysically grounded. It didn’t have to describe her (or anyone else) fully or exhaustively; it could be relieved of its descriptive function. But, of course, it *does* begin to describe, because the autor who strategically intends it as *X, Y, or Z* has also to recognize that the semantic life of the term will exceed the intention of the strategist and that as it travels through discourse, it can take on new ontological meanings and become established in ways that one never intended. So, I guess I would be a little less optimistic about the possibility of a radical unmooring that I was in 1993”. Butler, J., “Changing the Subject” en Salih, S., *op. cit.*, p. 331.

What's Critique está en general poco leída) y en Walter Benjamín, cuando éste escribe sobre la crítica de la violencia, por ejemplo. Ese sentido de crítica tiene que ser disociado del sentido de la destrucción o la negación pura.”¹⁸⁵

Siguiendo la senda butleriana marcada en este fragmento, diferenciar el proceder crítico de “la destrucción o la pura negación” parece vital. Un concepto poco definido como el de “crítica”, un texto poco leído de Foucault que la norteamericana decide analizar. Inspirada por el filósofo francés, influencia indiscutible de nuestra pensadora, y al objeto de aclarar qué entiende ella por “crítica”, Butler elabora en el año 2001 un revelador artículo titulado “What’s Critique? An Essay on Foucault’s Virtue”, en el que analiza las reflexiones del autor francés en su texto de 1978 también titulado *What’s Critique?*¹⁸⁶ Como dice Sara Salih, una de las mejores conocedoras mundiales de la obra butleriana, en este artículo nuestra pensadora manifiesta la necesidad de tomar “riesgos ontológicos” y esta afirmación no debe entenderse nunca como una suave propuesta nihilista o “sexí” sino “como un gran alegato político ante la necesidad de resistir a las normas discursivas congeladas como algo dado”¹⁸⁷. Pero este proceder crítico es delicado y Butler, sabedora de ello, apela a lo que Nietzsche llamó “el arte del lento rumiar”¹⁸⁸.

A este respecto, Habermas y su escuela de seguidores han vertido serias objeciones sobre la propuesta “crítica” de la norteamericana¹⁸⁹. Para Habermas, la operación de ejercer la crítica desde el paradigma butleriano es bastante problemática pues considera que es necesario ir más allá de esta teoría si se quiere buscar recurso a normas a la hora de emitir juicios de valor sobre las condiciones o metas sociales. Admite que esta perspectiva crítica puede cuestionar los fundamentos, desnaturalizar las

¹⁸⁵ “I wonder, though, whether it’s not time to rethink what we mean by critique and the tradition of critique that was established really with Kant and that goes through critical theory and that emerge quite interestingly in Foucault (I think his short piece, *What’s Critique?* is generally under-read) and in Walter Benjamin when he writes about the critique of violence, for instance. That sense of critique has to be dissociated from a sense of destruction or pure negation.” *Idem*.

¹⁸⁶ Butler, J. “What’s Critique? An Essay on Foucault’s Virtue.” En Salih, S. (ed.), *op. cit.*, pp. 302-322.

¹⁸⁷ La traducción es nuestra. Para consultar el texto original, véase la introducción elaborada por Sara Salih al artículo de Butler “What’s Critique? An Essay on Foucault’s Virtue”, en Salih, S. (ed.), *op. cit.*, pp. 302-303.

¹⁸⁸ *Ibid.*, p. 307.

¹⁸⁹ Nótese aquí, la influencia poco explicitada por parte de Butler de la Teoría Crítica de la Escuela de Frankfurt, la cual asume y rechaza a partes iguales Habermas como muestra de las grandes divergencias que tuvo con sus maestros. Véase la obra de referencia Habermasiana *Historia y crítica de la opinión pública*, Gustavo Pili (ed.), 1962 y cómo esta evoluciona hasta lo expresado en su obra de 1981 *Teoría de la acción comunicativa: I. Racionalidad de la acción y racionalidad social, II. Crítica de la razón funcionalista*.

jerarquías sociales y políticas, pero se muestra insuficiente para justificar desde dónde se ejerce y qué tipo de normatividad la sustenta¹⁹⁰. Es por eso que los seguidores y seguidoras de Habermas creen que la crítica debe dejar paso a una teoría de miras más altas como la teoría de la acción comunicativa¹⁹¹. Y ciertamente Butler parece ser bastante honesta con estas objeciones cuando admite que es difícil captar los beneficios de ejercer la crítica cuando no sabemos de antemano si las propuestas que emergeran de aquí producirán un mundo mejor¹⁹². Por lo tanto, Butler, en el artículo de 2001, comienza un claro desplazamiento en su teoría hacia la ética como fundamento y marco de referencia de la acción política. ¿Es posible una ética no normativa que sustente el proceder “crítico” y lo salve de esta supuesta objeción de falta de base para ser ejercido?

Para empezar, tal vez sea necesario aclarar el propio concepto “crítica” para que su peligrosa polisemia no nos arrastre a discusiones infructuosas. Foucault en su *What’s Critique?* manifiesta desde el inicio que el término “crítica” puede entenderse como “alta empresa kantiana” o como “pequeñas actividades polémicas”¹⁹³. Foucault considera que definir el concepto es algo imposible y que lo máximo que podemos realizar son aproximaciones a él. En este intento, Foucault afirma que la “crítica” no se ejerce fundamentalmente sobre condiciones o prácticas sociales para establecer si estas son buenas o malas, sino que sirve para desvelar el marco mismo de evaluación. Por lo tanto, ejercer la crítica consiste en situarse de alguna forma en un nivel distinto (nunca superior) al de las normas, atendiendo precisamente a la fuente de la que éstas emergen como algo supuestamente natural y acorde con el engañoso “sentido común”¹⁹⁴. Es por tanto un cuestionarse no las normas sino el porqué de ellas, abordando los límites de lo pensable. Y esto, aclara Butler, no se hace por ser una experiencia excitante o peligrosa, sino porque uno no se reconoce en el campo epistemológico donde vive. La crítica emerge, pues, de un desfase o incoherencia entre lo real y lo innombrable¹⁹⁵. Es por

¹⁹⁰ Véase Butler, J., “What’s Critique? An Essay on Foucault’s Virtue”, en Salih, S. (ed.), *op. cit.*, p. 306.

¹⁹¹ Para entender la transición de una Teoría Crítica a una teoría de la acción comunicativa véase el libro Benhabib, S., *Critique, Norm, and Utopia: A Study of the Foundations of Critical Theory*, New York, Columbia University Press, 1986.

¹⁹² Véase Butler, J., “What’s Critique? An Essay on Foucault’s Virtue”, en Salih, S. (ed.), *op. cit.*, p. 307.

¹⁹³ Foucault, M., “What’s critique?” en Sylvère Lotringer and Lysa Hochroth, (eds.), *Politics of Truth*, New York, Semiotext(e), 1997.

¹⁹⁴ Seguimos la interpretación que realiza Butler como juego de espejos del artículo foucaultiano “What’s Critique?” en Butler, J., “What’s Critique? An Essay on Foucault’s Virtue”, incluido en Salih, S. (ed.), *op. cit.*, pp. 306 y ss.

¹⁹⁵ Véase *Ibid.*, pp. 307-308.

tanto una cuestión que se aborda desde la perspectiva de la ética y que desemboca en la afirmación foucaultiana de que la “actitud crítica es la virtud en general”¹⁹⁶:

“Y virtud no es solo una forma de cumplir o ajustarse a las normas preestablecidas. Es, de manera más radical, una relación crítica con estas normas, una que, según Foucault, toma la forma de una específica estilización de la moralidad.”¹⁹⁷

Foucault también llama a la “crítica” el “arte”¹⁹⁸ de no ser gobernado de esta o aquella manera o a cualquier precio” y Butler aclara que la crítica es necesaria para exponer la ilegitimidad pero nunca desde un orden moral o político superior o fundacional. Es una práctica que no descubre derechos universales o teorías iluminadas sino que funciona más como límite al poder de la ley¹⁹⁹.

En este sentido y según nuestra opinión, la propuesta de Butler se acerca bastante a la conocida dialéctica negativa que Adorno describiera en 1966. Ésta consiste, según palabras del propio autor en el prólogo a *Dialéctica negativa. La jerga de la autenticidad*²⁰⁰, en “un atentado contra la tradición” por cuanto por vez primera, y sin caer en el más puro nihilismo, se reniega del utopismo clásico, en una apuesta por una teoría que no marque cómo debe ser el futuro (cuestión imposible de establecer sin una cierta normatividad impositiva) sino cómo “no debe ser”. De esta forma, Adorno recupera la racionalidad en su sentido más originario: la racionalidad como “crítica”. A pesar de estar latente esta teoría en las tesis butlerianas, curiosamente no será hasta el año 2005 cuando la estadounidense haga explícita su herencia para con el alemán, dedicándole un capítulo en su obra *Giving an Account of Oneself*²⁰¹. No obstante, lo más destacable de esta obra es que Butler realiza una interesante síntesis que, de la mano de Foucault, consiste en la incorporación a la Dialéctica Negativa de la cuestión de las afecciones experimentadas por el propio sujeto en el ejercicio de esta racionalidad

¹⁹⁶ *Ibid.*, p. 308.

¹⁹⁷ “And virtue is not only a way of complying with or conforming with preestablished norms. It is, more radically, a critical relation to this norms, one which, for Foucault, takes shape as a specific stylization of morality”. *Idem.*

¹⁹⁸ Nótese la vinculación que hacen Foucault y Butler entre la ética y la estética a través del concepto de “crítica” como “arte”. En este sentido Butler nos dice: “...he has shown us that there can be no ethics, and no politics, without recourse to the singular sense of poiesis.” (... él nos ha enseñado que no puede haber ni ética, ni política, sin un cierto sentido creative.”). *Ibid.*, p. 320.

¹⁹⁹ Véase *Ibid.*, p. 313.

²⁰⁰ Adorno, Th., *Dialéctica negativa. La jerga de la autenticidad*, Barcelona, Ediciones Akal, 2005.

²⁰¹ Butler, J., *Giving an Account of Oneself*, pp. 101-111. Traducido al castellano en 2009 como *Dar cuenta de sí mismo*. El capítulo referenciado se encuentra entre las páginas 139-152.

crítica. Es decir, tanto Butler como Foucault entienden la “crítica” como una nueva forma de relacionarse con las normas a la que llaman virtud o “estilización de la moral” pero, y he aquí una de las aportaciones más interesantes de la nuestra pensadora, cuestionar las normas, la autoridad, es una actividad que requiere una práctica crítica en la que la autotransformación es inevitable²⁰². Es decir, este incesante cuestionar los límites y las normas suponen, en su anverso, arriesgar la propia identidad y las coordenadas sociales en las que se sitúa por estar las normas indisolublemente vinculadas a la formación misma de la subjetividad²⁰³. Podríamos incluso aventurarnos a decir que es una suerte de suicidio filosófico y existencial, si es que conseguimos aislar estos conceptos de connotaciones negativas. La subjetividad tiene que estar dispuesta a perderse para poder ser otra, tiene que negociar con su propio cuerpo para conquistar cotas de libertad, tiene que estar dispuesta a enfrentarse al vacío del ser para poder construir(se) como agente político de cambio.

Bajo esta luz, parece claro pues lo que Butler quería decir con eso de asumir “riesgos ontológicos” y con aquello del “arte del lento rumiar”. Es la política una práctica que, si quiere ser crítica, debe asumir un componente “suicida” de carácter inevitable (incluso deseable)²⁰⁴. No existe crítica social que no afecte también a los mismos cimientos de la subjetividad que la ejerce. Parecen por tanto comprensibles las reacciones adversas a la teoría butleriana, pues se trata de una propuesta en la que se arriesga lo que se es, en aras de alcanzar una nueva forma de ser gobernado o gobernada sobre la que, cual lamias²⁰⁵ modernas, seguiremos volcando incesantemente el proceder crítico como necesaria virtud moral.

Queremos destacar aquí que, en nuestra opinión, esta atractiva propuesta mantiene abiertos algunos interrogantes que se trataban de responder al inicio de “What’s Critique? An Essay on Foucault’s Virtue”: ¿cómo se garantiza que el horizonte

²⁰² Butler comenta: “To be critical of an authority that poses as absolute requires a critical practice that has self-transformation at its core”. (“Ser crítico con una autoridad que se presenta como absoluta requiere de una práctica crítica que tiene como resultado la autotransformación.”). Butler, J., “What’s Critique? An Essay on Foucault’s Virtue”, en Salih, S. (ed.), *op. cit.* pág. 311.

²⁰³ Véase *Ibid.*, 320.

²⁰⁴ Desarrollaremos las ideas de “subjetividad suicida” y “filosofía para el fracaso” más adelante en las conclusiones de este estudio.

²⁰⁵ Traemos aquí a colación al personaje femenino (Lamia) de la mitología grecolatina por resultarnos especialmente sugerente en su doble faceta de asustaniños y de gran seductora. Podemos encontrarla como una figura individual o como un nombre genérico (las lamias) para catalogar a un tipo de monstruo. Lamia, reina de Libia fue castigada por Hera en virtud del adulterio cometido con Zeus. Hera mató a sus hijos y la transformó en monstruo, condenándola además a no poder jamás cerrar los ojos para que viviera obsesionada con la imagen de sus propios hijos muertos. Zeus fue benevolente y le concedió el don de quitarse y ponerse los ojos. Lamia, transformado su cuerpo en el de una serpiente, motivada por la envidia, devora los hijos de otras madres. Se la considera un precedente de la vampiresa moderna.

abierto es “mejor” que el criticado? Los intentos butlerianos de fundamentar su teoría política en una teoría ética nos sitúan ante un mar de dudas de difícil solución. Tal vez no todo tenga respuesta, tal vez la más importante idea que salió de la mente de Butler fue el entender la vida como “riesgo”. Tal vez su propuesta no esté exenta de un cierto decisionismo que reduce su propuesta a un “¿te atreves?” Tal vez por eso su teoría no sea bien acogida por muchos sectores acomodados cuando sin embargo parece tener gran eco entre los sectores más castigados por la sociedad. Tantas personas con tan poco que perder. Tantos mundos posibles por crear. ¿Estamos preparados y preparadas para tamaña empresa suicida?



CAPÍTULO 3

La "mujer", el sexo y el género

“Cuando el sujeto es especificado como *mujer*, el problema se complica. Están aquellas feministas que reivindican que la estabilidad o, más radicalmente, la referencialidad de la categoría es un requerimiento de la teoría y que *mujer* designa y refleja las condiciones materiales de la subordinación de las mujeres y la posición dentro de un sistema patriarcal; aquellas que ven el término esencialmente estructurado por lo maternal; aquellas que afirman que hay una posición de sujeto dentro de los discursos que, a pesar de su referencialidad, debe ser ocupada para lograr los objetivos políticos feministas; aquellas que reivindican que es un lugar discursivo de lucha, un término importante y permanentemente ambiguo; aquellas que afirman que esa categoría funciona como un ideal normativo o como una ficción regulatoria que no describe a nadie; aquellas que reivindican que la categoría, desautorizada por las personas de color, presupone y autoriza un sujeto colonial.”²⁰⁶

Butler, J., “Disordely Woman”, en AA.VV., *Transition*, p. 86.

²⁰⁶ “When the subject is specified as *women*, the problem becomes more complicated. For there are those feminist who claim that the stability or, more radically the referentiality of that category is a requirement for theory and that *women* designates and reflects the material conditions of women’s subordination and position within a system of patriarchy; those who see the term essentially structured by the maternal; those who claim that it is a subject-position within discours that, regardless of its referentiality, ought to be occupied to achieve feminist policy goals; those who claim that it is a discursive site of contest, a permanently and importantly ambiguous term: those who claim that that category operates as a normative ideal or regulatory fiction that describes no one; those who claim that the category unqualified by color presumes and autorices a colonial subject...” Butler, J. “Disordely Woman”, en AA. VV., *Transition*, p. 86.

3.1. "Mujer": Un concepto problemático

En la cita anterior se resume la manera en la que, a grandes rasgos, Butler enumera las diversas disensiones que proliferan dentro del feminismo en los albores del siglo XXI. Podríamos decir desde nuestro limitado punto de vista que en general, hoy en día, confluyen un feminismo (o varios) de corte referencial junto con una multitud de posturas afectadas por los avatares postmodernos del pensamiento contemporáneo.

Tradicionalmente, el feminismo se entendió como un movimiento fundamentado en una serie de datos aparentemente incontestables. Estos datos eran, entre otros, la universalidad del patriarcado, la antaño incuestionable diferencia sexual o la maternidad como especificidad definitoria del ser mujer. Fue así como, refrendado por los saberes científicos garantes del omnipresente sentido común, el feminismo se abrió paso como movimiento teórico que fue elaborando toda una estructura ideológica encaminada a fundamentar su lucha política. Todo parecía atender a un proceder lógico de la Historia en su camino por desenvolverse hacia el progreso, la igualdad de derechos y la universalidad de estos. Pero los innegables logros alcanzados por el movimiento feminista durante los siglos XIX y XX no han servido para mitigar la gran crisis de fundamentos a la que se enfrenta hoy en día. Por ello, muchas propuestas feministas, entre las que destaca la teoría de Judith Butler en particular, parecen plantear las siguientes preguntas: ¿ha sido la filosofía occidental un arma parcial, excluyente, interesada?, ¿esconde el anhelo supuestamente universalista un perverso proyecto emancipatorio exclusivo para las clases medias-altas de occidente?, ¿se consigue éste a expensas de otras regiones del mundo, marginadas, explotadas, condenadas a la miseria? ¿Qué es realmente eso que llamamos progreso?, ¿a quiénes beneficia?, ¿qué significa buscar la igualdad?, ¿quiénes tienen derecho a ella dentro del proyecto moderno? ¿Afectan estas cuestiones al devenir político del movimiento feminista?, ¿a quién beneficia la lucha femenina?, ¿a quién condena al ostracismo más cruel? ¿Qué es un "ser humano"?, ¿qué es una "mujer"?, ¿cuántos seres humanos, cuántas mujeres quedan fuera de estas definiciones? ¿Debe el feminismo plantearse sus propias bases?

Butler, a este respecto, considera de vital importancia tensar los fundamentos del feminismo para hacer de éste una herramienta más política, más humana.

Estimamos que lo primero es tomar seriamente en consideración las disensiones. Aun cuando las posturas más tradicionales tratan de mirar hacia otro lado tildando las discrepancias de caprichos postmodernos, Butler cree que estas disputas son precisamente las que muestran la buena salud del movimiento. Por tanto, reivindicando el valor positivo de conceptos como “crítica” o “problema”, y al objeto de mantener viva la reflexión y evitar los fundamentalismos políticos, Butler se atreve con la difícil tarea de poner en cuestión los cimientos del ya consolidado movimiento feminista.

Para empezar, analicemos el contexto: ¿cuál es la situación en la que se encuentra el feminismo a inicios de la década de los noventa? Pues según interpreta Butler en la cita que abre este capítulo, la crítica a la subjetividad ha dinamitado el campo teórico feminista. El debate está servido, y por ello no es descabellado convenir con Neus Campillo que “los feminismos de los últimos treinta años centraron la mayor parte de sus problemas en torno a la identidad de las mujeres”, si bien discrepamos de la segunda parte de su afirmación, que reza: “...cuando antes habían estado preocupados por las estructuras sociales y, sobre todo, las relaciones de parentesco que dominaban el patriarcado”²⁰⁷, dando implícitamente a entender el abandono de esta problemática por el feminismo actual en general, por el butleriano en particular.

Tal y como nos narra Butler, las opciones que se abren ante esta nueva perspectiva parecen casi inagotables. Por un lado, también cita las posturas que a nuestro entender reivindican la “estabilidad” del movimiento para desarrollar la práctica política. Esta “estabilidad” la encuentran en la “referencialidad” del concepto “mujer” que supuestamente se halla en la subordinación material de ésta por el hombre en un sistema mundialmente patriarcalizado. De la mano de ésta caminan las corrientes que vinculan a la “mujer” esencialmente con la maternidad como dato inexcusable a través del cual constituir el movimiento.

Sin embargo, en la actualidad estas posiciones conviven con otras que cuestionan la referencialidad y materialidad de la categoría “mujer” y que la limitan a ser una posición de sujeto dentro del discurso o que, más radicalmente, ven el término como mero ideal regulatorio ficticio que no representa a nadie. Igualmente hemos de

²⁰⁷ Campillo, N., “Paradojas y rompecabezas de las políticas feministas”, en *Riff Raff. Revista de pensamiento y cultura*, nº 27, 2005. Se puede consultar en http://riff-raff.unizar.es/files/politicas_feministas.pdf, p. 14. Consultado en Enero de 2012.

destacar aquellas posturas que creen que la “mujer” no es más que una categoría interesada de carácter marcadamente colonial. En este sentido, Guerra nos advierte de que “el feminismo y su anhelo emancipador debe, también, defenderse de presiones hostiles que mal identifican a la modernidad moral con su rostro (neo)colonialista y belicista.”²⁰⁸

Como se puede apreciar, el panorama es amplio y no todas estas posturas parecen reconciliables. Por esta razón, Butler decide instalar el eje de sus investigaciones precisamente aquí, en el análisis de las estructuras básicas del feminismo y más concretamente en la crítica y deconstrucción de la subjetividad feminista. Es lo que ella llama el “problema de género”, expresión que da nombre a su primera gran obra (*Gender Trouble*), contenido que llena en nuestra opinión sus más interesantes páginas y al que dedica especialmente su primer capítulo²⁰⁹ titulado “Subjects of Sex/Gender/Desire”²¹⁰. En éste, Butler abre fuego de la siguiente manera:

“Para la mayoría, la teoría feminista ha asumido que hay una identidad existente, comprendida en la categoría de mujer, que no sólo da origen a los intereses feministas y a los objetivos dentro del discurso, sino que constituye el sujeto por el que la representación política es perseguida. Pero *política* y *representación* son términos controvertidos. Por un lado, *representación* sirve como término operativo dentro de un proceso político que busca extender la visibilidad y la legitimidad de las mujeres en tanto que sujetos políticos; por otro lado, la representación es la función normativa de un lenguaje que se dice que a la vez revela y distorsiona lo que se asume como verdad con respecto a la categoría de mujer.”²¹¹

Parece que la problemática de la identidad es casi tan antigua como la propia filosofía: “Conócete a ti mismo”, pilar socrático para erigir el proyecto social y político

²⁰⁸ *Ibid.*, p. 39.

²⁰⁹ Tal y como nos dice en la introducción de su libro de 1990: “Chapter 1, “Subjects of Sex/Gender/Desire”, reconsiders the status of *women* as the subject of feminism and the sex/gender distinction.” (“El capítulo 1, titulado sujetos de sexo/género/deseo, reconsidera el estatus de *mujer* como el sujeto del feminismo así como la distinción sexo/género.”). Véase Butler, J., *Gender Trouble*, p. XXX.

²¹⁰ Véase *Ibid.*, p. 3-44.

²¹¹ “For the most part, feminist theory has assumed that there is some existing identity, understood through the category of women, who not only initiates feminist interests and goals within discourse, but constitutes the subject for whom political representation is pursued. But *politics* and *representation* are controversial terms. On the one hand, *representation* serves as the operative term within a political process that seek to extend visibility and legitimacy to women as political subjects; on the other hand, representation is the normative function of a language which is said either to reveal or to distort what is assumed to be truth about the category of women”. *Ibid.*, p. 3-4.

pero... ¿realmente hay algo que conocer o más bien vamos generando una ficción con la obsesión de encontrar algo? Es decir, si bien el proceder filosófico se entiende como aquel que pone el acento en las preguntas más que en las respuestas, en el propio proceso de búsqueda más que en el hallazgo de verdades absolutas, la cuestión es: ¿en qué momento nos cansamos de buscar?, ¿por qué hemos preferido una burda y excluyente mentira a la eterna curiosidad?, ¿acaso nos da miedo enfrentarnos al abismo que en definitiva somos?

El problema del sujeto del feminismo (la “mujer”) es que se presenta como una categoría necesaria, pero realmente revela tanto como oculta²¹². Eso coloca al término en el centro de la reflexión feminista pues, como afirma Butler, “los sujetos jurídicos son invariablemente producidos a través de ciertas prácticas excluyentes que no se *muestran* una vez que la estructura jurídica de la política ha sido establecida”²¹³. Esto quiere decir que bajo la supuestamente necesaria “representatividad”, el sujeto “mujer” es antes construido que descrito, ocultándose su estructura política de exclusión. Tal y como afirma Prado, “en Butler encontramos una exhortación al feminismo para que tenga en cuenta el carácter construido no sólo de las mujeres individuales sino también del sujeto colectivo o categoría identitaria *mujeres*.”²¹⁴

Podríamos decir, por lo tanto, que para favorecer los intereses de ciertas “mujeres”, el feminismo ha funcionado con un halo de universalidad del todo falso. En realidad, al concepto “mujer” según la norteamericana se le atribuye una representatividad global que realmente ha sido generada a base de excluir a un innumerable número de sujetos de la lucha política. Es por eso que afirma que “más que un significativo estable que guía los anhelos de aquellas a quienes describe y representa, *mujeres* se ha convertido en un término problemático, un lugar de lucha, una causa de ansiedad.”²¹⁵

²¹² “I have tried to suggest that the identity categories often presume to be foundational to feminist politics, that is, deemed necessary in order to mobilize feminism as an identity politics, simultaneously work to limit and constrain in advance the very cultural possibilities that feminism is supposed to open up.” (“He intentado sugerir que las categorías identitarias a menudo presuponen ser fundacionales de la política feministas. Es decir, siendo necesarias a la hora de movilizar al feminismo como identidad política, simultáneamente limitan y constriñen de antemano las posibilidades reales que el feminismo se supone que debe abrir”). *Ibid.*, p. 187.

²¹³ “Juridical subjects are invariable produced through certain exclusionary practices that do not *show* once the juridical structure of politics has been established”. (“Los sujetos jurídicos son invariablemente producidos mediante las prácticas de exclusión que no se muestran una vez que la estructura jurídica de la política ha sido establecida”) *Ibid.*, p. 5.

²¹⁴ Prado Ballarín, María, “¿Qué es el feminismo postestructuralista y por qué se están diciendo cosas tan horribles sobre él?”, p. 80.

²¹⁵ Butler, J., *Gender Trouble*, p. 6.

Las razones por las cuales es necesario cuestionarse la representatividad del término, incluso la misma posibilidad de representar sin excluir o de ejercer la política sin representar, son múltiples. “Mujer” trata de apresar bajo su sello a un conjunto de personas que comparten lo que desde Simone de Beauvoir se tematiza como “género”. Butler manifiesta para empezar que el género no es algo coherente ni fácil de definir de una vez y para siempre, considerándolo un concepto vinculado al devenir de los distintos contextos históricos²¹⁶. Por si esto no fuera suficientemente problemático, Butler añade que el género es una categoría que se cruza con otras como raza, clase, etnia, sexo o identidad, que hacen totalmente imposible delimitar lo que bajo la categoría de “género” queremos describir²¹⁷.

Butler comenta que la asunción política de una base universal para el feminismo no sólo falla por las razones señaladas sino por fundamentarse en una visión transcultural de la opresión patriarcal. Nuestra pensadora cree que esta opresión universal atiende más a una construcción elaborada por el feminismo occidental que por una realidad a nivel planetario. Tal vez éste sería un contraargumento inadmisibles o al menos sospechoso puesto en boca de un varón, pero emergiendo de una pensadora vital dentro de la teoría feminista actual cobra, pensamos, gran importancia. Butler afirma valientemente que la opresión universal por parte del varón es un invento del que el feminismo occidental ha intentado extraer un supuesto sujeto universalmente oprimido, la mujer, que no tiene base en la realidad²¹⁸.

Butler ha recibido duras críticas desde dentro del feminismo por estas palabras, pero desde estas páginas creemos poder afirmar que nuestra pensadora no está subestimando el alcance de la discriminación genérica sino que realiza un honesto esfuerzo por señalar su infinidad de matices en lugar y tiempo. Es decir, no existe una supuesta mujer “igualmente” oprimida y por las mismas causas sean cuales sean las coordenadas espacio temporales en las que se sitúe. Más bien esta “mujer” sería un constructo sabiamente gestionado por el feminismo occidental²¹⁹. En este sentido, propone:

²¹⁶ Véase *Idem*.

²¹⁷ Véase *Idem*.

²¹⁸ En este sentido afirma, “the contemporary feminist debates over esencialism raise the question of the universality of female identity and masculinist oppression in other ways.” (“Los debates del feminismo contemporáneo sobre el esencialismo sacan a la luz la cuestión de la universalidad de la identidad femenina y de la opresión masculina desde otras perspectivas.”). *Ibid.*, P. 19.

²¹⁹ Véase *Ibid.*, pp. 6-7.

“Mi sugerencia es que la presumida universalidad y unidad del sujeto del feminismo es minada en la práctica por las limitaciones del discurso representacional en el que funciona. Es más, la insistencia de antemano en un sujeto estable del feminismo entendido como una categoría de mujer sin fisuras, inevitablemente genera múltiples rechazos a aceptar la categoría. Estos territorios de exclusión revelan las consecuencias coercitivas y regulatorias de esa construcción, incluso cuando ésta ha sido elaborada con fines emancipatorios.”²²⁰

Por lo tanto, pretender que el concepto “mujer” se erija en categoría universal y unitaria ha generado más disensiones que acuerdos, además de mostrar claramente la base coercitiva del feminismo. Es más, curiosamente cualquier intento de universalizar a la “mujer” a partir de alguna experiencia o dato compartido como la opresión, la maternidad, el sexo, la sexualidad o la escritura femenina ha derivado en serias disputas en las que el feminismo contemporáneo parece haber quedado atrapado²²¹.

Así pues, Butler afirma sin temor que:

“El *nosotras* feminista es siempre y no más que una construcción fantasmática, una que tiene sus propósitos, pero que niega la complejidad interna y la indeterminación del término y se constituye sólo a través de la exclusión de parte de la circunscripción que simultáneamente procura representar.”²²²

Estos potentes argumentos que abren *El género en disputa* provocaron innumerables reticencias que animaron efusivamente el debate interno en la teoría feminista. Como contestación a las críticas y al objeto de defender su postura, Butler dedica gran parte de los primeros años de la década de los noventa a explicitar sus tesis en algunos artículos que hoy en día son también considerados pilares del feminismo del siglo XXI. Y muestra de ello es que, en la introducción elaborada en 1999 para el

²²⁰ “My suggestion is that the presumed universality and unity of the subject of feminism is effectively undermined by the constraints of the representational discourse in which it functions. Indeed, the premature insistence on the stable subject of feminism, understood as a seamless category of women, inevitable generates multiples refusals to accept the category. These domains of exclusion reveal the coercive and regulatory consequences of that construction, even when the construction has been elaborated for emancipatory purposes.” *Ibid.*, p. 7.

²²¹ Véase *Ibid.*, p. 19.

²²² “The feminist *we* is always and only a phantasmatic construction, one that has its purposes, but which denies the internal complexity and indeterminacy of the term and constitutes itself only through the exclusion of some part of the constituency that it simultaneously seeks to represent.” *Ibid.*, p. 181.

décimo aniversario del libro, nos remite al artículo “Contingent Foundations” para entender de manera más profunda el sentido de su embate a los pilares del feminismo²²³.

En el citado artículo, escrito en 1993, nuestra autora trata nuevamente de defender la importancia de cuestionar la categoría “mujer” como práctica productiva para el movimiento feminista. Intenta con ello incidir en la idea de que la apertura y la crítica a los fundamentos, más que provocar desunión, facilita la política enfocada a posibles objetivos comunes, rompiendo así con el prejuicio de pensar que el manejo de una férrea y cerrada categoría de “mujer” debe ser el pilar indispensable para materializar la lucha política conjunta. Es precisamente esa concepción elaborada de antemano de qué deba ser la “mujer” lo que realmente secciona y divide el movimiento:

“Yo sostendría que cualquier esfuerzo para dar contenido universal o específico a la categoría de mujeres, suponiendo que aquella garantía de solidaridad se requiera *de antemano*, necesariamente producirá una ficción, y que la *identidad* como punto de partida nunca puede ser sostenida como la base solidificada de un movimiento político feminista.”²²⁴

Butler recoge esta idea directamente de las críticas vertidas por las mujeres de color contra la categoría “mujer” a principios de los ochenta²²⁵. Por tanto, se hace eco aquí de las reflexiones tal vez poco valoradas de un amplio sector de mujeres, las de color, que ya manifestaron en numerosas ocasiones su desvinculación del proyecto pretendidamente universalista dibujado por la teoría feminista. En la misma línea, Guerra afirma que “uno de los primeros hitos en este sentido fue el diálogo entre E. Spelman y M. Lugones, esta última representante del feminismo chicano, que nos avisaba de las dificultades de un diálogo intercultural asimétrico que las mujeres no

²²³ “On the question of the necessity of the category of *women* for feminist analysis, I have revised and expanded my views in *Contingent Foundations* to be found in the volumen I coedited with Joan W. Scott, *Feminists Theorized the Political* (Routledge, 1993) and in the collectively authored *Feminist Contentions* (Routledge, 1995)”. “Sobre la cuestión de la necesidad de la categoría *mujer* para el análisis feminista, he revisado y extendido mis ideas en *Contingent Foundations* que puede encontrarse en el volumen I de *Feminist Theorized the Politics* coeditado con Joan W. Scott (Routledge, 1993) y en la obra colectiva *Feminist Contentions* (Routledge, 1995)”. *Ibid.*, p. XXIV.

²²⁴ “I would argue that any effort to give universal or specific content to the category of women, presuming that that guarantee of solidarity is required *in advance*, will necessarily produce factionalization, and that *identity* as a point of departure can never hold as the solidifying ground of a feminist political movement.” Butler, J. “Contingent Foundations: Feminism and the Question of *Postmodernism*”, pp. 15-16.

²²⁵ Véase *Ibid.*, p. 15.

blancas y procedentes de otras tradiciones culturales han sufrido en los EE.UU”²²⁶. En conclusión, tal y como lo expresa Magallón Portolés parafraseando a Chantal Mouffe, “se ha roto la noción de un espacio único de construcción de lo político, asistimos a una proliferación de espacios políticos y a la emergencia de una pluralidad de sujetos, cuyas formas de diversidad y constitución sólo podemos pensarlas si abandonamos la categoría de *sujeto* como una esencia unificante y unificada”²²⁷. Mujeres es una identidad que, como las demás, está “sujeta a lo contingente”.²²⁸

No obstante, y saliendo al paso de las críticas recibidas por *El género en disputa*, Butler expone nuevamente que cuestionar el término no implica su trivialización, sino que más bien viene a poner el acento sobre dicha categoría. Butler es consciente de la necesidad que el feminismo tiene de hablar desde algún sitio, desde algún punto arquimédico compartido, pero considera que éste no puede ser un lugar privilegiado de antemano que pretendidamente represente y describa una esencia inalterable y metafísica del ser “mujer”. Se trata de admitir que el ser humano es un animal en continua transformación y con una infinitud de matices imposibles de aprehender por un concepto previo que, a la vez que posibilita la acción política de unas, la cierra para muchas otras que no se sienten identificadas con la idea de “mujer” como ser determinado por un modelo corporal, biológico o maternal.

El objetivo es precisamente no reproducir dentro del feminismo la lógica de exclusión que tanto daño ha infringido a los sectores más marginados de nuestra sociedad. Propone por ello conciliar esta necesidad de “hablar” desde una posición de sujeto con la no menos importante necesidad también de cuestionar constantemente esta posición:

“Dentro del feminismo, parece como si hubiera alguna necesidad política de hablar como y para las *mujeres*, y yo no refutaría aquella necesidad. (...) Entonces estamos de acuerdo en que las manifestaciones y los esfuerzos legislativos así como los movimientos radicales tienen que hacer reivindicaciones en nombre de las mujeres.

²²⁶ Guerra Palmero, M^a J., “(In)tolerancia, género y culturas ¿Cómo trazar los límites?” en *Riff Raff. Revista de pensamiento y cultura*, nº 27, 2005. Se puede consultar en http://riff-raff.unizar.es/files/politicas_feministas.pdf, p. 33. Consultado en Enero de 2012.

²²⁷ Magallón Portolés, C., “Identidad y conflicto desde el pensamiento de Chantal Mouffe”, en *Riff Raff. Revista de pensamiento y cultura*, nº 27, 2005. Se puede consultar en http://riff-raff.unizar.es/files/politicas_feministas.pdf, p. 103-104. Consultado en Enero de 2012.

²²⁸ *Ibid.*, p 105.

Pero esta necesidad tiene que ser reconciliada con otra. En el momento que la categoría de mujeres es invocada para *describir* la circunscripción para la cual la feminista habla, un debate interno invariablemente comienza sobre lo que el contenido descriptivo de aquel término será.”²²⁹

Matizando las raíces teóricas de las que extrae esta necesidad de cuestionar y generar el debate interno en torno a la categoría “mujer”, Butler escribe en 1997 el artículo “Performative acts and Gender Constitution”²³⁰. En este artículo vuelve a sus primeras fuentes intelectuales, la fenomenología y el existencialismo, fundamentalmente en torno a las figuras de Merleau-Ponty y sobre todo Simone de Beauvoir. Ambos sembraron el germen del cual emerge la contestataria propuesta butleriana al afirmar estos que la “mujer” no es más, ni tampoco menos, que una situación histórica. Aun cuando un amplio sector de la teoría feminista considera indispensable una descripción “natural” del sexo y la sexualidad de la “mujer”, tanto Merleau-Ponty como De Beauvoir ponen el acento sobre el hecho de que el cuerpo es un proceso activo de encarnar ciertas posibilidades culturales e históricas²³¹. Por lo tanto, la mujer no es un hecho natural, sino un proceso, una construcción lenta y laboriosa. Como podemos ver, la crítica ya estaba ahí, en estas afirmaciones cuyas consecuencias tal vez no supieron ser leídas ni tan siquiera por las mentes por las que fueron ideadas²³².

Además, siguiendo el hilo del artículo que nos ocupa, nuestra pensadora vuelve a criticar ese modo de hacer política feminista basado en la supuesta opresión universal de la mujer. Butler mantiene que esta defensa de una supuesta situación de opresión

²²⁹ “Within feminism, it seems as if there is some political necessity to speak as and for *women*, and I would not contest that necessity. (...) So we agree that demonstration and legislative efforts and radical movements need to make claims in the name of women.

But this necessity needs to be reconciled with another. The minute that the category of women is invoke as *describing* the constituency for which feminist speaks, an internal debate invariably begins over what the descriptive content of that term will be.”, *Idem*.

²³⁰ Butler, J., “Performative acts and Gender Constitution: An Essay in Phenomenology and Feminist Theory” en Conboy, K., Medina, N. y Stanbury, S. (eds.), *Writing on the body*, New York, Columbia University Press, 1997, pp. 401-418.

²³¹ Seguimos aquí las reflexiones de Butler en su artículo “Performative acts and Gender Constitution” pp. 403 y ss.

²³² En este sentido, Butler afirma: “When Beauvoir claims that *woman* is an historical idea and not a natural fact, she clearly underscores the distinction between sex, as biological facticity, and gender, as the cultural interpretation or signification of that facticity.” *Ibid.*, p. 404.

universal no sólo es claramente reduccionista sino que además favorece precisamente el binarismo sexual y la disensión interna entre las mujeres²³³.

Por lo tanto, ¿podemos seguir hablando de la “mujer” como sujeto de la lucha feminista?, ¿quedamos políticamente huérfanos si decidimos negarla? A pesar de las reservas butlerianas, la praxis política no ha cesado en su reivindicación y búsqueda de algún tipo de política identitaria. En medio de esta problemática emerge la propuesta de utilizar la categoría identitaria “mujer” con fines estratégicos. En palabras de Burgos:

“Se trataría de un sujeto no ontológicamente fundado sino cultural, social y discursivamente situado, localizado en una posición determinada, concreta, y de alcance provisional; pero que permitiría dotar al feminismo del mínimo de unidad necesaria para la acción política.”²³⁴

En el citado “Performative Acts and Gender Constitution” de 1997, Butler analiza las razones que llevan a pensadoras como Spivak o Kristeva a defender la posibilidad de un “esencialismo estratégico”. Este término haría referencia a una solidaridad temporal, “ad hoc”, entre distintos colectivos de pensamiento amparados en la consecución de unos objetivos comunes. A pesar de su confuso nombre, según la pensadora india Gayatri Spivak, esta nueva forma de enfocar el feminismo no implica un esencialismo en el sentido clásico sino más bien todo lo contrario, presentándose el “esencialismo estratégico” como una alternativa de acción política al feminismo de origen metafísico. De este modo, Spivak muestra junto a la anteriormente referenciada “mujer del tercer mundo” su “sujeto subalterno”²³⁵, categoría que no señala a un sujeto concreto sino una posición que puede ser ocupada por cualquier entidad tradicionalmente ubicada en la “Otridad” (mujer, indio, negro, etc.).

En la misma línea de pensamiento sitúa Diana Fuss su propuesta. Si bien ésta advierte de los peligros de que las posiciones estratégicas se solidifiquen generando un tipo de substancialismo cercano al que se pretende criticar, finalmente admite estar de acuerdo en que vale la pena asumir el riesgo. Tal y como nos explica en “Leer como una

²³³ Véase *Ibid.*, pp. 406-407.

²³⁴ Burgos, E., *Qué cuenta como una vida. La pregunta por la libertad en Judith Butler*, Madrid, Mínimo Tránsito, 2008, p. 135.

²³⁵ Véase Spivak, G., “Los estudios subalternos: la deconstrucción de la historiografía” en Carbonell, N. y Torras, M. (eds.), *Feminismos literarios*, Madrid, Arco/Libros, 1999, pp. 265-290.

feminista”²³⁶, la cuestión depende de quién y cómo pone en práctica este “esencialismo estratégico”.

Es importante aclarar que Butler se muestra cercana a esta propuesta en un inicio aunque a lo largo de la década de los noventa, poco a poco, va perfilando su enorme distancia teórica con respecto al “esencialismo estratégico”. Ya en 1990, Butler escribe su poco conocido “Gender Trouble, Feminist Theory, and Psychoanalytic Discourse”, artículo donde expone casi de pasada que se ha de resistir incluso a aproximaciones del tipo “esencialismo estratégico” aunque éstas admitan que la categoría “mujer” no es completamente expresiva, pues aun así “establecen un ideal exclusivo y regulatorio de la mujer”²³⁷.

Si bien ya en el 1990 Butler apunta su rechazo al “esencialismo estratégico”, podemos afirmar que durante los primeros años de esta década su posición parece ir basculando²³⁸ y no es hasta el 1997, año en el que escribe el citado “Performative Acts and Gender Constitution”, cuando Butler parece total y absolutamente desconfiada con el éxito de esta “herramienta política”²³⁹. Aun cuando es importante representar a las mujeres políticamente, Butler considera que esto no se puede hacer reificando una falsa colectividad de la que precisamente la mujer debería emanciparse para evitar continuar anclada en la diferencia sexual, el binarismo genérico, y el marco heterosexual²⁴⁰.

²³⁶ Fuss, D., “Leer como una feminista”, en Carbonell, N. y Torras, M., *op. cit.*, pp. 127-146.

²³⁷ Butler, J., “Gender Trouble, Feminist Theory, and Psychoanalytic Discourse”, en Linda Nicholson *Feminism and Postmodernism*, Londres, Routledge, 1990, p. 235.

²³⁸ Recordamos el ya citado artículo, “The Identity in Question”, donde elogia, si bien con reservas, teorías como las de Diana Fuss, Naomi Schor o Gayatri Spivak y sus renovadas versiones del esencialismo.

²³⁹ “Gayatri Spivak has argue that feminists need to rely on an operational essentialism, a false ontology of women as a universal in order to advance a feminist political program. She knows that the category of *women* is not fully expressive, that the multiplicity and discontinuity of the referent rebels against the univocity of the sign, but suggest it could be used for strategic purposes. Kristeva suggest something similar, I think, when she prescribes that feminists use the category of women as a political tool without attributing ontological integrity to the term, and adds that, strictly speaking, women cannot be said to exist”. (“Gayatri Spivak ha argumentado que el feminismo necesita descansar sobre un esencialismo operacional, una falsa ontología de la mujer como un universal en aras de adelantar un programa político feminista. Ella sabe que la categoría *mujer* no es completamente expresiva, que la multiplicidad y discontinuidad del referente se rebela contra la univocidad del signo, pero sugiere que puede ser usado con fines estratégicos. Kristeva sugiere algo similar, creo, cuando prescribe que las feministas usen la categoría de mujer como herramienta política sin atribuirle integridad ontológica al término, y añade que, estrictamente hablando, no se puede decir que la mujer exista”). Butler, J., “Performative Acts and Gender Constitution”, en Conboy, K., Medina, N. y Stanbury, S. (eds.), *Writing on the body, op. cit.*, p. 413. Para profundizar en la opinión de Kristeva, véase “Woman Can Never Be Defined”, en Marks, E. y De Courtivron, I. (eds.), *New French Feminism*, Schocken, New York, 1981. Para ver la pérdida de confianza de Butler con respecto a propuestas de este tipo puede consultarse la evolución entre lo expresado en *Gender Trouble* y lo posteriormente escrito en “Contingent Foundations”, Butler, J. and Scott, J. W. (eds.), *Feminists Theorize the Political*, pp. 3-21 y en “Changing the Subject”, Salih, S., *op. cit.*, pp. 330-331.

²⁴⁰ Véase Conboy, K., Medina, N. y Stanbury, S. (eds.), *op. cit.*, pp. 413-414.

A pesar de que el “esencialismo estratégico” apuesta por mantener la unidad de la acción política sin apelar a instancias naturales sino a categorías solo instrumentales, Butler cree necesario defender una postura más radical que la enunciada por Spivak. Se trataría de desprenderse de la misma necesidad de fundamentar la praxis sobre cualquier tipo de subjetividad ya dada en torno al concepto “mujeres”, presente éste la forma que presente. Cualquier “intento de elaborar una categoría de mujer más inclusiva y completa no funcionaría. De hecho, más bien produciría más fractura dentro del movimiento feminista”²⁴¹.

El “esencialismo estratégico” puede entenderse como una respuesta al resurgir a finales del siglo XX del esencialismo en su acepción más clásica. Este esencialismo trataba de revitalizar la diferencia sexual omitiendo las fuertes críticas enunciadas por autoras como Monique Wittig²⁴². Suponía el esencialismo revitalizado una vuelta al binarismo anclado en la metafísica del cuerpo femenino y masculino que el “esencialismo estratégico” trataba de combatir. Butler, no obstante, optará por aplicar herramientas intelectuales más radicales: ¿es realmente el sexo una constante que permanece inalterable toda la vida? ¿Dónde situar a los transgénero o a los sujetos intersex? ¿No es la diferencia sexual un acto político volátil más que un dato necesario para fundar la cultura?²⁴³

Además, la autora norteamericana está especialmente preocupada por una “mutación” del movimiento esencialista que ha calado en el movimiento político gay. El esencialismo ha encontrado sitio aquí de la mano del debate abierto en referencia al “gen gay”. Butler considera que en aras de poder articular la petición de una serie de derechos por el hecho de ser gay, adoptar esta postura encierra al movimiento en un callejón bastante peligroso. Cierto es que argumentar que alguien es “gay” a causa de un “gen” exonera al sujeto de la ilusoria voluntariedad de este hecho y de acusaciones “casposas” alrededor de la inmoralidad de su supuesta “elección”, pero Butler nos recuerda que esto se hace a expensas de quedar atados y atadas a un esencialismo que encasilla a los gays y a las lesbianas en un corsé bastante férreo y estrecho. Este

²⁴¹ Traducción nuestra del comentario de Moya Lloyd en *op. cit.*, p. 45. A continuación Lloyd añade, “Esto es cierto incluso para las definiciones de *mujeres* del *esencialismo estratégico*, del tipo del defendido por Gayatri Spivak.”

²⁴² Véase Butler, J. “Competing Universalities” en Salih, S. (ed.), *op. cit.*, p. 260. También es destacable que en la entrevista “There is a Person Here”, a la pregunta por las diferencias entre el feminismo de principios de los noventa y el actual, Butler responde poniendo el acento sobre el renacimiento del esencialismo de la mano de Naomi Schor, Rosi Braidotti o Diana Fuss en formas tan peligrosas como el esencialismo cultural lacaniano, en *Internacional Journal of Sexuality and Gender Studies*, pp. 9-11.

²⁴³ Véase *Ibid.*, p. 10.

esencialismo abanderado para la consecución de derechos se puede volver en contra del colectivo tan pronto como bajo otras circunstancias no respondan a las expectativas creadas por su supuesta “esencia”. En palabras de nuestra pensadora:

“Pero yo sería escéptica ante un empleo cínico del esencialismo para avanzar en derechos, ya que el mismo esencialismo puede ser usado contra las personas lesbianas, gays, bi-, y trans cuando resulte que ellos no se adecuan a las definiciones de su identidad que la ley, bajo otras circunstancias, vino a aceptar.”²⁴⁴

Por extensión, frente a cualquier forma de entender el término “mujeres” desde un punto de vista metafísico, Butler propone que “mujeres” sea un “permanente lugar de lucha” que impida jamás cerrar la categoría. Así pues, la verdadera eficacia de la categoría estaría precisamente en que ésta nunca debe ser entendida en términos descriptivos sino políticos. En el esquema esencialista, la categoría “mujeres”, a partir de datos pretendidamente incontestable como la “verdad” de su cuerpo, actuaba como fundamento de la acción pero Butler desvela que la propia categoría debe entrar a formar parte del debate político y permitir así la renovación constante de las bases del movimiento para mantenerlo abierto a los cambios sociales y a las nuevas realidades humanas. El debate entre feminismo metafísico y feminismo postestructural butleriano plantea la disyuntiva entre ganar estabilidad a expensas de aumentar la exclusión o mantener abiertas las bases del movimiento aun a riesgo de convertirlo en un campo en el que habrá que acostumbrarse a actuar desde bases en continua transformación.

Así, a la pregunta por la praxis política, Butler contesta con una propuesta que, reconozcámoslo, no dejó contento a sus críticos. Esta propuesta, en la línea de Donna Haraway, es la “política de coalición abierta”, por primera vez descrita en *El género en disputa*. Primeramente, la norteamericana se muestra muy interesada en distanciar su propuesta de aquellas otras posiciones defendidas desde teorías dialógicas al estilo de Rawls o Habermas. Estas últimas establecen el contenido de la categoría “mujer” de antemano así como una serie de reglas encubiertas que regulan el diálogo transformándolo en una herramienta interesada. Es por estas razones que Butler aunque

²⁴⁴ “But I would be skeptical of a cynical use of essentialism for advancing rights, if only because the very essentialism can be used against lesbian, gay, bi-, and trans people when it turns out that they do not conform to the definitions of their identity that the law, under other circumstances, came to accept.” *Ibid.*, p. 11.

parece a favor de la política de coalición, se muestra tremendamente cauta y matice que ésta sólo será democrática si se entiende como “coalición abierta”. En sus palabras:

“Claramente, el valor de la política coalicional no debe ser subestimado, pero la forma misma de la coalición, de la impredecible emergencia y ensamblaje de posiciones, no puede ser prefigurada de antemano. A pesar del claro impulso democratizador que motiva el edificio de la coalición, el teórico coalicional sin querer puede insertarse a sí mismo de nuevo como el soberano del proceso tratando de imponer una forma ideal por adelantado para las estructuras de coalición, una que con eficacia garantizará la unidad como resultado. Los esfuerzos relacionales para determinar cuál es y cuál no es la forma verdadera de un diálogo, qué constituye una posición de sujeto, y, lo más pretencioso, cuándo *la unidad* ha sido alcanzado, pueden impedir la autoregulación y la dinámica autorestrictiva de la coalición.”²⁴⁵

Butler trata de rescatar la acción feminista a través de una política de coalición democrática y abierta, que establezca el diálogo y la discusión infinita como sus fundamentos básicos. Esta nueva forma de acción es descrita por ella como abierta, antifundacionalista y contingente, imposible de establecer antes que sus propios objetivos²⁴⁶ ni de establecer estos de una vez y para siempre. Liberados de la necesidad de una “unidad” de principio, estas coaliciones actuarán como unidades provisionales que emergerán en el contexto concreto que justifiquen la articulación de dicha coalición²⁴⁷. Defendiendo las virtudes de su propuesta, la norteamericana afirma:

“Una coalición abierta, afirmará las identidades que sean alternativamente instituidas y rechazadas según los propósitos que estén a la mano; será un ensamblaje abierto que permita las múltiples

²⁴⁵ “Clearly, the value of coalitional politics is not to be underestimated, but the very form of coalition, of an emerging and unpredictable assemblage of positions, cannot be figured in advance. Despite the clearly democratizing impulse that motivates coalition building, the coalitional theorist can inadvertently reinsert herself as sovereign of the process by trying to assert an ideal form for coalitional structures *in advance*, one that will effectively guarantee unity as the outcome. Related efforts to determine what is and is not the true shape of a dialogue, what constitutes a subject-position, and, most importantly, when *unity* has been reached, can impede the self-shaping and self-limiting dynamics of coalition.” Butler, J., *Gender Trouble*, p. 20.

²⁴⁶ Véase *Ibid.*, p. 21.

²⁴⁷ “Without the presupposition or goal of *unity*, which is, in either case, always instituted at a conceptual level, provisional unities might emerge in the context of concrete actions that have purposes other than the articulation of identity.” *Idem.*

convergencias y divergencias sin obediencia a un telos normativo de cierre de la definición.”²⁴⁸

Desde el momento en que Butler enunció su crítica a la categoría de “mujeres” en el comentado primer capítulo de *El género en disputa* y su prospectiva política de coalición, las críticas no han parado de llover sobre el entramado teórico butleriano, ¿es realista negar un hecho aparentemente tan claro como la especificidad del cuerpo de la mujer?, ¿aboga Butler por una especie de política “de perchero” (expresión que tomamos prestada de Braidotti y Nicholson) donde el sujeto elige a su antojo la identidad que quiere adoptar? ¿No contradice esto la percepción clara e intuitiva de la realidad de cuerpos “de hombre” y cuerpos “de mujer”?

Martha Nussbaum, según la acertada interpretación de Lloyd, afirma que “la perspectiva butleriana niega la situación real de las mujeres reales y que por tanto omite el sufrimiento material de aquellas que tienen hambre, son violadas o golpeadas”²⁴⁹. En su mordaz artículo “Professor of Parody”, Nussbaum concluye que “no hay víctimas” en el trabajo de Butler. Somos conscientes aquí de las limitaciones y de las incógnitas que plantea la posición butleriana, pero creemos excesiva una crítica de tal calado por cuanto la norteamericana, a nuestro entender, ha mostrado siempre una gran sensibilidad ante el sufrimiento humano²⁵⁰.

En esta misma línea, Seyla Benhabib, en “Feminism and Postmodernism: An Uneasy Alliance”²⁵¹ cree que la propuesta de Butler es inconsistente porque el feminismo no tiene sentido ideológico, político o lógico sin la categoría “mujeres” que sustenta su praxis política.

Hemos de destacar aquí que Butler ha demostrado siempre una gran capacidad de escucha con respecto a las críticas recibidas como muestran las continuas revisiones de su pensamiento. Aun manteniendo su postura básica, en determinadas ocasiones, tal y como hemos citado anteriormente, admite que “parece como si hubiera alguna

²⁴⁸ “An open coalition, then, will affirm identities that are alternately instituted and relinquished according to the purposes at hand; it will be an open assemblage that permits of multiple convergences and divergences without obedience to normative telos of definitional closure.” *Ibid.*, p. 22.

²⁴⁹ Lloyd, M., *op. cit.*, p. 46.

²⁵⁰ Valgan como ejemplo obras como *Lenguaje, identidad y poder*, *Deshacer el género*, *Vida precaria o Marcos de Guerra*. *Las vidas lloradas*, a las que podemos sumar innumerables artículos, para mostrar el compromiso butleriano permanente para con aquellos que sufren y padecen las embestidas del poder.

²⁵¹ Benhabib, S., Butler, J., Cornell, D., Fraser, N., *Feminist Contentions. A Philosophical Exchange*, pp. 17-34.

necesidad política de hablar como y por *las mujeres* y yo no rebatiré esa necesidad”²⁵². Es por eso que posteriormente en *Cuerpos que importan* perfilará su política de coalición con una más detallada explicación de la “perspectiva antidescriptivista” que entiende a las “mujeres” como un “permanente lugar de lucha”.

Años más tarde, en su entrevista “Changing the Subject”²⁵³ publicada en 2000, la norteamericana comenta que muchas de las críticas recibidas por la visión tan radical mostrada en *Gender Trouble* se deben a la gran influencia que en aquella temprana época recibía de los textos de Monique Wittig. La francesa muestra en sus libros que el hecho de nombrar a los sujetos “hombres” o “mujeres” atiende a una práctica que debería considerarse de una gran violencia. De hecho, en sus primeros escritos, ésta aboga por no usar estos términos jamás, redimiéndose del opresivo momento bautismal en el que el médico enuncia la perversa frase “es un niño” o “es una niña”. Más concretamente:

“Ella también pensó que nosotros y nosotras no deberíamos aceptar los términos dados por la anatomía, de modo que de ser preguntado si usted tiene una vagina, por ejemplo, usted solamente diga, *no*. Ella sintió que esto sería una forma de resistencia radical a cómo el lenguaje vernáculo estructura el cuerpo en formas que lo preparan para la reproducción heterosexual.”²⁵⁴

Aun cuando Butler manifiesta en esta entrevista que en 1990 era más wittigiana que en la actualidad, esta negación del cuerpo como dato puro ha sido una de las afirmaciones más enérgicamente defendida en sus veinte años de producción teórica. Butler es consciente de la radicalidad de su postura al atentar contra uno de los supuestos más ampliamente reconocidos por el sentido común, la existencia de cuerpos de hombre y cuerpos de mujer. Su ímpetu juvenil de 1990 tal vez adelantó una teoría que aún estaba por madurar dentro de la mente de la propia autora. Es por eso que a Butler se le criticó fuertemente esta supuesta “negación” del cuerpo que postulaba *El género en disputa*: ¿quería decir con ello Butler que el cuerpo no es más que una

²⁵² “It seems as if there is some political necessity to speak as and for *women* and I would not contest that necessity.” Butler, J., “Contingent Foundations”, p. 15.

²⁵³ Butler, J. “Changing the Subject”, pp. 337-338.

²⁵⁴ “She also thought that we should not accept the given terms for anatomy, so that if asked if you have a vagina, for instance, you just say, *no*. She felt that this would be a form of radical resistance to how vernacular language structures the body in ways that prepare it for heterosexual reproduction.” *Ibid.*, p. 337.

entidad ficticia, volátil, irreal, sujeta a mi propia voluntad?, ¿en qué medida?, en caso de ser así, ¿cómo se solidifica mostrándose como hecho incuestionable desde el que gestionar un feminismo de carácter esencialista?, ¿puede construirse la acción política sin él?, ¿de qué forma?

Todas éstas y muchas más son preguntas que Butler dejó sin clara respuesta en *El género en disputa*. Esto llevó a la autora a la necesidad de escribir innumerables artículos aclaratorios y conceder más de una entrevista a principios de la década de los noventa que culminan con la edición de *Cuerpos que importan*, obra en la que Butler trata de dar respuesta a todos los interrogantes abiertos en torno a la cuestión del cuerpo y que examinaremos detenidamente más adelante.

Como muestra de lo altamente contestataria que se presenta aún hoy en día la concepción crítica butleriana del cuerpo, la autora nos traslada en la citada entrevista “Changing the Subject” al enorme debate abierto en la conferencia internacional sobre la mujer en Beijing de 1995 en torno a la noción de “género”. Butler nos cuenta cómo la Iglesia Católica, con representación en el Congreso, se puso en pie de guerra en los preliminares de la conferencia ante la concepción de la mujer desde una perspectiva de “género” en vez de desde el tradicional modo de entender a la mujer como hecho anatómico o biológico, es decir, como “sexo”²⁵⁵. En este sentido Butler afirma que:

“Muchos países católicos también expresaron su oposición a cualquier plataforma que usara la palabra *género* porque esto sugeriría que las mujeres no quedan definidas por su rol biológico de dar a luz, y esto también sugeriría que aquellos roles biológicos no son conferidos por la teología.”²⁵⁶

Este secuestro de la categoría “mujer” por la iglesia católica no es exclusivo de la institución religiosa pues también desde otros campos tan dispares como el legal, el de la moda o la pornografía se intenta vincular el término mujer a una serie de características anatómicas definidas que excluyen y omiten la multiplicidad que supuestamente debería representar el concepto²⁵⁷.

²⁵⁵ Véase *Ibid.*, p. 338.

²⁵⁶ “Many catholic countries also voiced their opposition to any platform that used the word *gender* because that would suggest that women are not defined by their biological roles of mothers, and it would also suggest that those biological are not mandated by theology.” *Idem.*

²⁵⁷ Para ver cómo la pornografía ha anclado a la mujer en una definición denigrante para su persona puede consultarse el artículo “The Force of a Fantasy: Mapplethorpe, Feminism, and Discursive Excess” en Salih, S., *op. cit.*, pp. 183-203. En este temprano artículo (1990), Butler muestra ya su incipiente postura

En conclusión, “el feminismo teórico y las políticas no pueden regular la representación de *la mujer* sin producir la *verdadera representación*; y si eso es en cierto sentido inevitable, la cuestión es salvaguardar la apertura productiva de estas categorías”²⁵⁸. Como trató de exponer en *El género en disputa*, cada descripción del “nosotras” es siempre algo más que una mera descripción, supone la construcción de una totalidad imaginaria, una unidad fantasmática, lo que aboca al feminismo a la crisis constante y a la permanente imposibilidad.

Por lo tanto, no debemos temer la pérdida del cuerpo como fundamento de la categoría “mujeres”. Entender correctamente qué es, cómo se forma, cómo se solidifica en el tiempo, cómo se subvierte, puede que nos devuelva una nueva forma de comprender la corporalidad que no nos haga renunciar a una política feminista postmetafísica con nuevos retos, abierta a nuevas alianzas y por tanto, a nuevas y motivadoras esperanzas también. Es hora de poner las cartas sobre la mesa, ¿tendrá Butler una jugada ganadora?:

“Si *género* es la palabra que produce la polémica, entonces usa aquella palabra. Si *mujer* es la palabra que produce aquella polémica, genial. Aquellos son los conflictos que tienen que ser puestos sobre la mesa, y tales palabras son muy útiles. Y cuanto más públicos sean los conflictos, cuantas más divisiones generen, mejor.”²⁵⁹

A continuación, y al objeto de profundizar en esta cuestión, trataremos de establecer ciertas aclaraciones de carácter filológico para poder exponer posteriormente las teorías de los principales compañeros y compañeras de viaje de Judith Butler en este periplo hacia la reconstrucción de la agencia política desde una nueva forma postestructural de entender la subjetividad.

de resistencia a la censura, como se ve en la defensa que hace del trabajo del fotógrafo Mapplethorpe. Si bien su trabajo muestra una visión parcial de la mujer y de las personas de color, esta estrecha visión no puede contrarrestarse con la censura ni con la visión también parcial, por heterosexual y maternalista, del movimiento contra la pornografía liderado por Catherine Mackinnon, con quien Butler mantiene una disputa teórica que aún hoy en día se prolonga en el tiempo.

²⁵⁸ *Ibid.*, p. 199.

²⁵⁹ “If *gender* is the word that produces the argument, then use that word. If *woman* is the word that produces that argument, great. Those are the conflicts that have to be put on the table, and such words are very useful. And the more public the conflicts, the more divisive they are, the better it is.” Butler, J. “Changing the Subject” en Salih, S. (ed.), *op. cit.*, p. 338.

3.2. Sexo y género: breve acercamiento genealógico y filológico

La crítica a los fundamentos del feminismo (mujer, sexo, género, etc.) que desarrolla Judith Butler, según nuestra opinión, debe ser leída como un gran paso teórico dentro de un lento proceso intelectual de marcado carácter interdisciplinar. Por supuesto, sería bastante inocente defender que nuestra pensadora carga sobre sus espaldas en solitario con un proyecto absolutamente original. Algo así nos parece no sólo temerario sino imposible en el ámbito de la filosofía. Más bien debemos entender que Butler recoge y desarrolla una serie de planteamientos que ya circulaban en un amplio espectro de disciplinas.

Para poder entender el debate actual en torno a la resignificación de los conceptos sexo y género, creemos necesario practicar una somera genealogía de ambos conceptos. A finales del siglo XIX se empieza a catalogar el sexo en el ámbito de la medicina. Paralelamente desde la antropología y el psicoanálisis comienza la separación explícita entre lo que de natural y de social hay en la identidad sexual del ser humano. Siguiendo la estela de los estudios de Donna Haraway, Braidotti nos muestra que “el concepto de *género* no fue originariamente feminista; tuvo una identidad previa, derivada de la investigación en biología, lingüística y psicología.”²⁶⁰

Como muestra de la gran relevancia que adquirió en apenas unas décadas la cuestión en torno al origen de los conceptos sexo y género y su progresiva definición, encontramos dentro de la antropología, ciencia en alza a finales del XIX e inicios del XX, un inspirador precedente para el pensamiento feminista actual. Aun cuando algunos pensadores y pensadoras del siglo XIX ya atisbaban la diferencia entre sexo y género, podemos atribuir a Margaret Mead el honor de haber sido una de las grandes pioneras en la materia al manifestar de forma clara la diferencia entre ambos conceptos²⁶¹.

²⁶⁰ Braidotti, R., *Sujetos nomades*, p. 212. Para profundizar en el tema, véase también a Teresa de Laurentis en su artículo “Eccentric subjects: Feminist theory and historical consciousness” en *Feminist Studies*, vol. 1, 1990, pp. 115-150.

²⁶¹ Seguimos aquí la opinión de Michelle Rosaldo cuando afirma: “La impronta de Margaret Mead en la antropología del género se debe fundamentalmente a que fue una de las pioneras en establecer las características sociales y culturales de los sexos.” Rosaldo, M., “Mujer, cultura y sociedad: una visión teórica” en Harris, O. y Young, K., *Antropología y feminismo*, Barcelona, Anagrama, pp. 153-180. Creemos pues que es de justicia citar aquí la importancia de otras predecesoras feministas de Mead en su

Curiosamente Mead, siempre a la luz de nuestras investigaciones, no es citada como precedente reconocido por prácticamente ninguna pensadora feminista actual. No obstante, consideramos bastante esclarecedor realizar un breve inciso para comprender la importancia de la antropóloga en lo relativo a la evolución en nuestra manera de comprender el sexo y el género.

En 1935, Margaret Mead recopila en su libro *Sex and temperament in three primitive societies*²⁶² sus sorprendentes conclusiones tras una investigación de campo en Papua Nueva Guinea²⁶³ con las tribus arapesh, mundugumor y tchambuli. La antropóloga muestra para sorpresa de propios y extraños que ninguna de las dos primeras comunidades manifiesta en su comportamiento tipo alguno de dimorfismo sexual. Sin embargo, mientras los miembros arapesh de ambos sexos son de carácter educado, pacífico y atento, los miembros de la tribu mundugumor muestran un temperamento agresivo e ingobernable. El tercer caso, las personas que pertenecen a la etnia tchambuli, presentan una marcada especialización genérica pero curiosamente en sentido inverso al occidental, es decir, las cualidades que entendemos en nuestra cultura como “femeninas” son asignadas a los varones y viceversa²⁶⁴. De este modo, Mead, comprueba sobre el terreno las premisas planteadas en el libro:

“El propósito fundamental de mis estudios directos en Nueva Guinea consistía en descubrir en qué medida las diferencias temperamentales entre los sexos eran innatas o hasta qué punto estaban determinadas culturalmente, y además investigar en detalle los mecanismos educacionales en sus conexiones con estas diferencias”²⁶⁵

El libro tardó en convertirse en uno de los pilares de la nueva antropología cultural aun cuando demostraba a las claras que cualquier tipo de comportamiento,

manera de entender la antropología como una vía para reivindicar desde el conocimiento una sociedad menos hostil a las exigencias personales y profesionales de las mujeres de los siglos XIX y XX. Estas antropólogas son, entre otras, Alice Fletcher, Elsie Clews y Phillis Kaberry, cuyas investigaciones pueden ser consultadas en Martín Casares, A. *Antropología del género. Culturas, mitos y estereotipos sexuales*, Valencia, Cátedra, 2006, pp. 74-82.

²⁶² Mead, M., *Sexo y temperamento en tres sociedades primitivas*, Barcelona, Paidós, 1999.

²⁶³ Debemos citar que, anteriormente, Mead comienza a perfilar su diferenciación sexo-género en sus investigaciones en Samoa partiendo de las enseñanzas de Franz Boas, quien se declara admirado por las conclusiones de Mead, y las intuiciones de la psicóloga Ruth Benedict. Véase Mead, M., *Adolescencia y cultura en Samoa*, Barcelona, Paidós, 1995.

²⁶⁴ Para Dolores Comas, lo más impactante de las investigaciones de Mead es que: “También mostró que los hombres podían comportarse de acuerdo con cualidades que en nuestra sociedad consideramos femeninas, mientras que las mujeres podían ser calculadoras, agresivas y vigorosas.” Comas D’Argemir, D., *Trabajo, género y cultura*, Barcelona, Icaria, 1995, p. 14.

²⁶⁵ Mead, M., *Sexo y temperamento en tres sociedades primitivas*, p. 141.

cualquier tipo de opresión, incluida la de la mujer, no estaba natural, necesaria o esencialmente vinculada al sexo de la persona oprimida²⁶⁶. O lo que es lo mismo, su bipolar conclusión es que debemos diferenciar entre sexo y género y que, aún más importante, ningún tipo de discriminación puede ser justificado por motivos de carácter biológico.

A pesar de que De Beauvoir no reconoce directamente su influencia, parece innegable que la autora francesa se nutrió, directa o indirectamente, de las tesis que Margaret Mead popularizó para la antropología. Esta manera tan clara de diferenciar lo natural de lo cultural, el sexo del género, impregnó en la segunda mitad del siglo XX todo tipo de saberes y recabó finalmente en la reflexión filosófica. A analizar los avatares de la categoría sexo-género dentro de la filosofía de los últimos sesenta años dedicaremos los siguientes epígrafes de la mano de autores y autoras tan representativos como la citada De Beauvoir, Rubin, Wittig o Foucault. No están todas las personas que son, tal cosa sobrepasaría de largo las intenciones de este estudio, pero todos ellos y todas ellas representan pasos ineludibles hacia una nueva manera de entender la subjetividad de cara a ejercer la acción política desde una nueva perspectiva dada a la matriz sexo-género, perspectiva que consideramos que tiene su culminación actual en la obra de Judith Butler.

La “mujer”, como sujeto natural y universal del feminismo, comienza a cuestionarse en el siglo XIX a la luz de multitud de investigaciones médicas, antropológicas, sociológicas. Como hemos visto, contribuyen a ello autoras como Mead o corrientes como el psicoanálisis que irrumpe en el siglo XX con el subconsciente, idea que dinamita nuestra concepción tradicional de la subjetividad, siempre racional y coherente. ¿Qué es el sujeto?, ¿qué es la mujer?, ¿es su biología, su comportamiento?, ¿a partir de qué instancias se desvela o se construye su identidad? Anteriormente entendida de manera holística, en el XIX, comienzan a desvelarse bajo el concepto “mujer” una serie de dimensiones claramente diferenciables. Así fue posible entender de manera separada por un lado los aspectos relativos a lo anatómico y por otro los relacionados con lo social. Los primeros quedaron catalogados bajo el concepto “sexo” y los segundos bajo el término “género” y, aunque en el campo de la filosofía académica hemos padecido durante la primera mitad del siglo XX una cierta ceguera

²⁶⁶ En opinión de Flora Davis: “Si no produjo cambios duraderos en nuestra manera de pensar acerca de lo que es femenino y masculino, ha sido porque resultó demasiado alarmante para aquellas personas que creen –y la mayoría continúa haciéndolo– que los aspectos sexuales de la personalidad son cuestión de hormonas”. Davis, F., *La comunicación no verbal*, Madrid, Alianza, 1998, p. 25.

ante esta distinción vital, durante estos dos últimos siglos, de forma latente, ambos conceptos se han ido prefigurando en multitud de latitudes y de ámbitos. De hecho, no fue hasta la década de los ochenta que el feminismo, en un claro intento sistematizador, convirtió al propio movimiento en objeto de estudio institucionalizando los llamados “estudios de la mujer” en las universidades, con el objetivo de desarrollar la nada despreciable tarea de, por una parte, consolidar la riqueza y la extensión del conocimiento producido por las mujeres y, por el otro, redefinir con exactitud metodológica los conceptos clave del feminismo, con especial atención, y no podía ser de otro modo, a la matriz sexo/género²⁶⁷. Es entonces, y solo entonces, cuando las feministas parecen tomar conciencia de la magnitud de la empresa que se traen entre manos. Trabajar con algo vivo, definir algo “a posteriori”, intentar sistematizar unos conceptos que se han utilizado durante siglos en contextos no filosóficos con una casi infinidad de matices contaminantes según el ámbito y las lenguas propias de cada comunidad humana.

Así, pues, el primer obstáculo a salvar parece ser más filológico que filosófico. Tal y como Haraway nos muestra en su “*Género para un diccionario marxista: la política sexual de una palabra*”²⁶⁸, según el encargo realizado por el colectivo femenino autónomo del diario marxista de la antigua Alemania occidental (RFA) *Das Argument*, el primer escollo con el que la investigación se encuentra es la toma de conciencia de que, tras su origen y desarrollo dentro del ámbito angloparlante, la evolución de “sex” y “gender” dentro de la lengua inglesa no tiene un paralelismo con los vocablos “género”, “genre” o “Geschlecht”²⁶⁹.

Desde una perspectiva mucho más radical, Braidotti afirma que el concepto de “genero” es una “vicisitud del idioma inglés”²⁷⁰, siendo así una noción que tiene poca o ninguna importancia en las lenguas romances. Aun cuando la afirmación de Rosi Braidotti nos parece cuanto menos excesiva, hemos igualmente de reconocer que otras pensadoras, como por ejemplo su compatriota Luisa Accati, han compartido sus más que serias reservas con respecto a las posibilidades de traducción de los conceptos sexo y género²⁷¹. La cuestión se complica aún más cuando el debate sobrepasa el conflicto originario entre el inglés y el francés con la aparición de feminismos italianos,

²⁶⁷ Véase Braidotti, R., *Sujetos nomades*, p. 229.

²⁶⁸ Incluido en Haraway, D., *C^a, cyborgs y mujeres*, pp. 213-250.

²⁶⁹ Véase *Ibid.*, p. 215.

²⁷⁰ Braidotti, R., *Sujetos nomades*, p. 172.

²⁷¹ Véase Accati, L., “Il padre naturale. Fra simboli dominante e categorie scientifiche”, en *Memoria, Revista di Storia delle Donne*, n° 21, Abril 1988.

australianos u holandeses²⁷²; y se torna en una misión al filo de lo imposible si nos planteamos la repercusión y traslación de estos términos al ruso o al chino²⁷³. Todo esto que aquí apuntamos tan sólo como un atisbo del problema²⁷⁴, es lo que lleva a Haraway a describir la cuestión como “una patata políticamente caliente”²⁷⁵. Si hemos citado a Margaret Mead como la primera en tratar esta “patata políticamente caliente”, podemos afirmar sin temor a equivocarnos que su homónima en materia de filosofía la encontramos, unas décadas más tarde, en la inconmensurable figura de Simone de Beauvoir.

²⁷² Véase Braidotti, R., *Sujetos nomades*, p. 171.

²⁷³ Véase Haraway, D., *C^a, cyborgs y mujeres*, p. 215.

²⁷⁴ Para profundizar en él, podemos acudir a innumerables fuentes entre las que recomendamos acercarse a Scott, Joan., “El género, una categoría útil para el análisis histórico” en Amelang, J. S. y Nash, M (eds.), *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1990; Tubert, S. (ed.), *Del sexo al género. Los equívocos de un concepto*, Valencia, Cátedra, 2003, especialmente sus capítulos “El concepto filosófico de género” (pp. 39-46) de Geneviève Fraisse, “La interpretación del concepto de género” (pp. 47-82) de Linda Nicholson y “Ontología y diferencia de sexos” (pp. 83-122) de Neus Campillo. Para comprender la problemática filológica en la producción de estos términos al español, véase Lamas, M. “Usos, dificultades y posibilidades de la categoría de género” en *La ventana*, revista de estudios de género, nº 1, Universidad de Guadalajara, julio de 1995, pp. 10-61.

²⁷⁵ Haraway, D., *C^a, cyborgs y mujeres*, p. 215.

3.3. Sexo y género en Simone de Beauvoir

Son muchas las estudiosas del feminismo y muy pocas las que se atreverían a cuestionar la importancia de la pensadora francesa para el movimiento en la actualidad²⁷⁶. Tal y como nos dice Donna Haraway en el capítulo cinco de su libro *Ciencia, cyborgs y mujeres*:

“A pesar de sus importantes diferencias, todos los significados feministas modernos de género parten de Simone de Beauvoir y de su afirmación de que *una no nace mujer* y de las condiciones sociales posteriores a la segunda guerra mundial que han permitido las construcciones de *mujeres* como un sujeto-en-proceso colectivo histórico. Género es un concepto desarrollado para contestar la naturalización de la diferencia sexual en múltiples terrenos de lucha.”²⁷⁷

Rosi Braidotti, en su valoración de la aportación de Simone de Beauvoir, afirma categóricamente que:

²⁷⁶ Rastrear la senda abierta por De Beauvoir y abarcar la impronta de su pensamiento resulta ser una tarea que raya sin duda alguna la imposibilidad más absoluta por constituirse la francesa en un referente casi omnipresente en la filosofía, sociología, antropología y en general, en todos los campos del saber por haber arrojado luz sobre un nuevo paradigma desde el que entender al ser humano en general y a la mujer. Desde esta óptica, la antropóloga Aurelia Martín señala las cuestiones puestas sobre el tapete por Simone de Beauvoir: “La influencia de las teorías de la filósofa Simone de Beauvoir en los estudios de género es primordial y no siempre ha sido suficientemente reconocida. Entre sus aportaciones fundamentales, podría destacar sus reflexiones en torno a diferentes cuestiones como: a) las causas de la subordinación femenina, b) el carácter social de la construcción de la feminidad, c) el impacto de la maternidad en la vida de las mujeres y sus posibles consecuencias sociales, d) la infravaloración de la productividad de las mujeres, o e) el androcentrismo de las teorías psicoanalíticas respecto a la libido femenina.” En Martín Casares, A., *op. cit.*, pp. 83-84. Del mismo modo, una de las principales pensadoras contemporáneas, Rosi Braidotti afirma que “la adopción del término *género*, como una noción dominante, por parte de las feministas, se dio por intermediación de Simone de Beauvoir.”, en Braidotti, R., *Sujetos nomades*, p. 212.

No obstante, algunos, tal vez temerosos de las terribles consecuencias derivadas de su libro *El segundo sexo*, no dudaron en posicionarse en contra con afirmaciones como la de Evans-Pritchard: “Es indudable que en toda sociedad las niñas y adolescentes se ajustan o son ajustadas por sus mayores para representar lo que ha de ser una mujer en tal sociedad; pero entender como Margaret Mead y Simone de Beauvoir – esta en su notable libro *Le deuxième sexe* (1949)- que las diferencias temperamentales y sociales entre los sexos son simplemente un producto del condicionamiento cultural es una reificación que nada explica”. Evans-Pritchard, E. “Situación de la mujer en las sociedades primitivas y en la nuestra”, en *La mujer en las sociedades primitivas y otros ensayos*, Barcelona, Península, 1975, p. 53. Igualmente, y para entender la aversión que provocó Simone de Beauvoir en ciertos ámbitos podemos mencionar la inmediata inclusión del libro en el listado de obras prohibidas por el Vaticano.

²⁷⁷ Haraway, D., *Ciencia, cyborgs y mujeres*, p. 221.

“En esta enunciación el acento cae en la palabra *nace*; entre las preocupaciones de S. de Beauvoir es, en realidad, central la crítica a los argumentos naturalistas, es decir, biológicamente deterministas, que se utilizan para atribuir inferioridad a las mujeres y subsecuentemente, para oprimirlas.”²⁷⁸

Desde esta óptica, su “opus magnum”, *El segundo sexo*, publicado en Francia en el 1949, marca sin duda alguna un antes y un después al situar en el centro de la reflexión filosófica los conceptos sexo y género²⁷⁹. A pesar de que De Beauvoir menciona en su libro a varios antropólogos como Malinowski, Frazer o Lévy-Bhrul, es curioso que no exista constancia de que las reflexiones de una antropóloga transoceánica como la anteriormente citada Margaret Mead estuvieran a la sombra de los escritos de la francesa²⁸⁰. Sin embargo, De Beauvoir parece conocer a la perfección el debate psicoanalista en torno a la naturaleza de la mujer, pues *El segundo sexo*, por momentos, da la impresión de estar escrito con el principal objetivo de desmentir o criticar por deficitarias algunas teorías de origen freudiano como la división de los sistemas eróticos femeninos en dos (vaginal y clitoridiano), la pobre explicación de la libido femenina, la poca desarrollada formulación del complejo de Electra o el machismo oculto tras la teoría de la envidia de pene aplicada al desarrollo de la mujer²⁸¹.

Del mismo modo, De Beauvoir parte, en opinión de Butler, de las reflexiones de Merleau-Ponty, aun cuando la francesa intenta reformular los textos de este último en lo relativo al cuerpo. Tal y como nos dice Burgos: “En *El segundo sexo* hay ciertos conceptos, relativos al cuerpo en especial, tomados de Merleau-Ponty pero Beauvoir los reformula y los extiende en una dirección feminista que, según Butler, no permite claramente Merleau-Ponty”²⁸². En lo relativo a esta cuestión, nos remontaremos al artículo “Sexual Ideology and Phenomenological Description. A Feminist Critique of Merleau-Ponty’s *Phenomenology of Perception*”, escrito en el año 1981 y publicado en

²⁷⁸ Braidotti, R., *Sujetos nomades*, p. 213.

²⁷⁹ “La extensa obra de la filósofa francesa Simone de Beauvoir, y muy especialmente su conocidísimo tratado *El segundo sexo*, constituyen el germen del desarrollo de la noción de género en Europa, (...) *El segundo sexo* es un texto valiente y revolucionario, que fue publicado por primera vez en 1949, apenas cuatro años después de la consecución del voto para las mujeres en Francia.” Martín Casares, A., *op. cit.*, p. 84.

²⁸⁰ Véase *Ibid.*, p. 86.

²⁸¹ Véase *Ibid.*, pp. 91-93.

²⁸² Burgos, E., *Qué cuenta como una vida. La pregunta por la libertad en Judith Butler*, p. 56.

1989²⁸³. Sorprende sobremanera la lucidez de esta joven Butler para analizar las contradicciones internas del pensamiento del autor francés. En un primer momento, Butler destaca en su artículo el hecho de que Merleau-Ponty en la obra de 1945 *Fenomenología de la percepción*, más concretamente en el capítulo titulado “El cuerpo en su ser sexual” define el cuerpo como “una idea histórica más que como una especie natural”²⁸⁴.

“Para Merleau-Ponty, el cuerpo es *un lugar de apropiación* y un mecanismo de *transformación* y *conversión*, una estructura esencialmente dramática que puede ser *leída* en los términos más generales de la vida que incorpora. Como resultado, el cuerpo no puede concebirse como un hecho estático y unívoco de existencia sino más bien como una modalidad de la existencia, el *lugar* donde las posibilidades se realizan y dramatizan, la apropiación individualizada de una experiencia histórica más general.”²⁸⁵

No obstante, Butler cataloga a continuación esta visión como “engañosa” (“deceptive”)²⁸⁶. El problema parece estar en el propio desarrollo de la teoría del francés, quien parece incurrir en serias contradicciones con lo hasta ahora afirmado pues, si bien Merleau-Ponty parece apostar por una visión histórica del cuerpo, nuestro autor, en opinión de Butler, trabaja con presupuestos heterosexuales fuertemente anclados en la dialéctica del amo y el esclavo. Dentro de este marco ideológico, las posibilidades históricas de los cuerpos parecen reducirse a dos (varón-mujer) y estructurarse de manera asimétrica, por cuanto el ser del cuerpo masculino se describe como deseante y el femenino se cosifica como mero “deseado”. Queda así pues “secuestrado” el cuerpo femenino en una estructura que el propio Merleau-Ponty cataloga como “esencial” o “metafísica”²⁸⁷. En palabras de Butler, esto supone que:

²⁸³ Véase Butler, J. “Sexual Ideology and Phenomenological Description. A Feminist Critique of Merleau-Ponty’s *Phenomenology of Perception*”, incluido en Allen, J. and Young, I. M. (eds.), *The Thinking Muse: Feminism and Modern French Philosophy*, Bloomington and Indianapolis, Indiana University Press, 1997, pp. 85-100.

²⁸⁴ *Ibid.*, p. 85.

²⁸⁵ “For Merleau-Ponty, the body is *a place of appropriation* and a mechanism of *transformation* and *conversion*, an essentially dramatic structure which can be *read* in terms of the more general life that it embodies. As a result, the body cannot be conceived of as a static or univocal fact of existence, but, rather, as a modality of existence, the *place* in which possibilities are realized and dramatized, the individualized appropriation of a more general historical experience.” *Ibid.*, p. 86.

²⁸⁶ Véase *Idem.*

²⁸⁷ Véase *Idem.*

“Por lo tanto, la teoría de Merleau-Ponty en relación a la sexualidad y a la relación sexual libera y clausura a la vez las posibilidades culturales para una benigna variación sexual. En tanto que la teoría feminista trata de desalojar la sexualidad de estas ideologías reificadoras que congelan las relaciones sexuales en formas *naturales* de dominación, la teoría de la sexualidad de Merleau-Ponty supone tanto un beneficio como algo a lo que temer.”²⁸⁸

De Beauvoir, pensadora en el límite de lo pensable, desde presupuestos fenomenológicos, trata de salvar esta contradicción inherente a la teoría de Merleau-Ponty y formaliza magistralmente sus ideas con la ya célebre frase “No se nace mujer, se llega a serlo”²⁸⁹, en una clara alusión y crítica a la afirmación que Freud recogiera de Napoleón: “la anatomía es el destino”. Partiendo de esta expresión, De Beauvoir elabora en *El segundo sexo* capítulo tras capítulo una descripción de la formación social de la mujer durante las distintas etapas de la vida (infancia, juventud, etc.) para luego realizar una descripción de las distintas figuras en las que la cultura encierra a las mujeres (mujer casada, madre, prostituta). De este modo, la autora francesa narra el proceso y el producto (la “mujer”) de una gran maquinaria, la sociedad, que forma individuos que encajan en los distintos estereotipos culturales creados para la feminidad.

En la narración de todo este “inocente” proceso, De Beauvoir, tal vez sin ser plenamente consciente de ello, muestra varias cuestiones que serán un punto de arranque fundamental para la teoría política feminista de la segunda mitad del siglo XX. Tal y como Butler expone en su preclaro artículo de 1986 “Sex and gender in Simone de Beauvoir’s *Second sex*”:

“*La mujer no nace, más bien se hace*, la formulación de Simone de Beauvoir distingue el sexo del género y sugiere que el género es un aspecto de la identidad gradualmente adquirido. La distinción entre el sexo y el género ha sido crucial para el gran esfuerzo hecho por el feminismo en aras de desacreditar la afirmación de que la anatomía es el destino; el sexo es entendido como el aspecto invariable, anatómicamente distinguible y fáctico del cuerpo

²⁸⁸ “Hence, Merleau-Ponty’s theory of sexuality and sexual relations at one liberates and forcloes the cultural possibility of benign sexual variation. Insofar as feminist theory seeks to dislodge sexuality from those reifying ideologies which freeze sexual relations into *natural* forms of domination, it has both something to gain and something to fear from Merleau-Ponty’s theory of sexuality.” *Idem*.

²⁸⁹ Según la traducción francesa de la primera frase del capítulo primero: “On ne naît pas femme, on le devient”. De Beauvoir, S., *El segundo sexo. Vol II. La experiencia vivida*, Madrid, Cátedra, 1999, p. 13.

femenino, mientras que el género es el significado cultural y la forma que el cuerpo adquiere, los modos variables de la aculturación del cuerpo. Con la distinción intacta, ya no es posible atribuir los valores o las funciones sociales de las mujeres a la necesidad biológica, y no podemos referirnos significativamente al comportamiento genérico ni como natural ni como antinatural: todo género es, por definición, antinatural. Más aún, si la distinción se aplica con consistencia, pasa a ser una cuestión central si tener un determinado sexo tiene alguna consecuencia necesaria para devenir en determinado género. La suposición de una relación causal o mimética entre el sexo y el género queda minada.”²⁹⁰

Aun cuando nos da la impresión de que en el citado artículo Butler mezcla en más de una ocasión las ideas de De Beauvoir con las propias, en un interesante juego de espejos entre lo que la francesa dijo y lo que a la americana parece que le hubiera gustado que De Beauvoir hubiera dicho, el texto que hemos citado nos parece una exposición exquisita del camino que recorreremos siguiendo el hilo de Ariadna de la aparentemente simple expresión “No se nace mujer; se llega a serlo.” Según Butler, De Beauvoir parece ser la primera pensadora en manifestar a las claras la diferencia entre sexo y género, vinculado a la anatomía el primero, formado socialmente en un lento y muchas veces doloroso proceso el segundo. Así pues la identidad, desvinculada ahora del sexo, parece constituir un campo de batalla algo más abierto que el dibujado por el paradigma tradicional formulado en la frase “la anatomía es el destino”. Aunque la distinción sexo-género, que sufrirá numerosos embates en el futuro, permanece intacta, la clarificación de esta distinción²⁹¹ supone un pequeño gran paso en la lucha por la igualdad de varones y mujeres por cuanto manifiesta que todo género es antinatural, y por tanto contingente, posicionándose claramente en contra de un darwinismo social

²⁹⁰ “*One is not born a woman, but rather becomes, a woman* - Simone de Beauvoir’s formulation distinguishes sex from gender and suggest that gender is an aspect of identity gradually acquired. The distinction between sex and gender has been crucial to the long-standing feminism effort to debunk the claim that anatomy is destiny; sex is understood to be the invariant, anatomically distinct, and factic aspect of the female body, whereas gender is the cultural meaning and form that the body acquires, the variables modes of the body’s acculturation. With the distinction intact, it is no longer posible to attribute the values or social functions of women to biological necessity, and neither can we refer meaningfully to natural or unnatural gendered behavior: all gender is, by definition, unnatural. Moreover, if the distinction is consistently applied, it becomes unclear whether being a given sex has any necessary consequence for becoming a given gender. The presumption of a causal or mimetic relation between sex and gender is undermined”. Butler, J., “Sex and gender in Simone de Beauvoir’s *Second sex*” en la revista *Yale French Studies*, nº 72, *Simone de Beauvoir: Witness of the Century*, 1986, p. 35.

²⁹¹ Según Butler, en su particular interpretación de la teoría de De Beauvoir: “...the female body is the arbitrary locus of the gender *woman*, (...)”. (...el cuerpo femenino es la localización arbitraria del género *mujer*”). *Idem*.

imperante que obligaba a la mujer a ocupar ciertos sectores de la sociedad en virtud de su constitución biológica. Este nuevo prisma lleva a entender que no existe una correlación estricta entre sexo y género, abriéndose el abanico de posibilidades sociales de la mujer más allá de las tradicionalmente atribuidas en virtud de su anatomía²⁹².

Aquí vemos gestarse el problema circular que Butler desarrollará posteriormente en su libro *Mecanismos psíquicos del poder* y que, como veremos, afecta de manera directa a la posibilidad de agencia del sujeto. En este pequeño artículo, Butler lo llama el “rompecabezas de género” y lo expone de la siguiente forma:

“La noción de que de algún modo escogemos nuestros géneros plantea un rompecabezas ontológico. En principio parecería imposible ocupar una posición fuera del género desde la cual poder apartarnos y escoger nuestros géneros. No sólo la tesis aparece como tautológica, sino que en la medida en que esto postula a un agente escogedor antes de su género escogido, parece adoptar una visión cartesiana del yo, una estructura egológica que vive y prospera antes de lenguaje y la vida cultural.”²⁹³

La cuestión es, tras la crítica a la vinculación de la desigualdad a la anatomía y su conexión directa al género, cuál es exactamente el espacio abierto a la libertad de los individuos en aras de sobreponerse a la ya citada desigualdad. Cerrar un problema parece haber abierto otro no menos importante. Si la persona ocupa siempre una posición generizada y parece imposible escapar de alguna forma, sea cual sea, a la aculturación, la problemática radica en encontrar y describir ese lugar desde el que se modifica el propio género. Esta postura parece, al menos implícitamente, demandar una suerte de sujeto eidético libre ontológicamente que ejerce su voluntarismo desde una especie de posición “natural” (...nos chirrían los oídos) o atalaya privilegiada desde la que divisar un mundo más allá de las diferencias de género. Hallar esta curiosa Ítaca prometida vincularía la postura de nuestra pensadora francesa al cartesianismo más

²⁹² “At its limits, then, the sex/gender distinction implies a radical heteronomy of natural bodies and constructed genders with the consequence that *being* female and *being* a woman are two different sort of being”. (“Llevado al límite, entonces, la distinción sexo/género implica una heteronomía radical de cuerpos naturales y géneros contruidos con la consecuencia de que *ser* femenina y *ser* mujer son dos formas diferentes de ser”). *Idem*.

²⁹³ “The notion that we somehow choose our genders poses an ontological puzzle. It might at first seem impossible that we can occupy a position outside of gender from which to stand back and choose our genders. Not only does the thesis appear tautological, but insofar as it postulates a choosing agent prior to its chosen gender, it seems to adopt a Cartesian view of the self, an egological structure which lives and thrives prior to lenguaje and cultural life”. *Ibid.*, p. 37.

académico y a los racionalismos naturalistas ilustrados pero creemos que las pretensiones de De Beauvoir, consciente al menos en parte de esta problemática, caminaban bastante alejadas de esta senda. ¿Cómo resolverá De Beauvoir este, en palabras butlerianas, rompecabezas de género? Según Butler, la autora de *El segundo sexo* tratará de seguir a grandes rasgos los preceptos fenomenológicos pero tratando de sortear su clásica distinción cuerpo-conciencia que parece irremisiblemente desembocar en el “fantasma cartesiano”. Según Butler: “Simone de Beauvoir, más que refutar a Sartre, lo recibe en su interpretación menos cartesiana”²⁹⁴.

La paradoja es efectivamente de origen sartreano y se debe a una “*petitio principii*” de carácter lingüístico que se genera desde el momento en que éste, en su *El Ser y la Nada*, describe la relación entre conciencia y cuerpo en los siguientes términos: “la conciencia *existe* el cuerpo”²⁹⁵. Esta aparentemente inofensiva utilización del verbo “existir” en una extraña forma transitiva nos hace plantearnos en qué forma la conciencia existe su propio cuerpo. “Existir” *en* el cuerpo ata a la conciencia a la más pura necesidad biológica y “existir” *más allá* del cuerpo plantea de nuevo el aparentemente irresoluble rompecabezas al no quedar claro desde dónde se reivindica ese tipo de existencia-aún-no-consumada. Además, junto a esta última cuestión parece necesario plantearse cómo puede nuestra conciencia estar situada en esa especie de inmaculada atalaya cuando ha quedado suficientemente explicado que la existencia es y siempre es, una existencia generizada.

Butler cree que De Beauvoir afronta esta especie de aporía sustituyendo, en palabras butlerianas, el “exists” (“existir”) por el “becoming” (“devenir”, “convertirse en”). De esta forma, en esta amorosa interpretación de Butler para con la francesa, De Beauvoir parecería estar sorteando la fractura entre conciencia y cuerpo, así como zafándose del “molesto” fantasma del voluntarismo de la conciencia cartesiana. El cuerpo, indiferenciado de la conciencia se convierte en conciencia corporeizada en un continuo devenir, un constante no ser nada, un perpetuo quehacer inacabado donde no existe un anterior más allá desde el que impulsar este proyecto que, al fin y al cabo, es la vida. En sus propias palabras:

“De ahí que no adquiramos nuestros géneros de un lugar anterior
a la cultura o la vida corporal, sino esencialmente dentro de sus

²⁹⁴ “Simone de Beauvoir does not so much refute Sartre as take him at his non-Cartesian best”. *Ibid.*, p. 38.

²⁹⁵ “...consciousness *exists* the body”. *Ibid.*, p. 39. Las cursivas pertenecen al original.

términos. Para Simone de Beauvoir al menos, se ha dado carpetazo al fantasma cartesiano. (...) En un importante sentido el género no puede ser seguido hasta el origen definible con precisión porque esto es una actividad originaria que no cesa de ocurrir. Nunca más entendido como un producto de relaciones culturales y psíquicas lejanas, el género es un modo contemporáneo de organizar normas culturales pasadas y futuras, un modo de autosituarse con respecto a aquellas normas, un estilo activo de vivir el cuerpo propio en el mundo.”²⁹⁶

Creemos, no obstante, que aventurarnos más por esta línea supondría contaminar en exceso el pensamiento de De Beauvoir con las conclusiones propias que Judith Butler comienza a atisbar en 1986 y que dinamitarán los cimientos del feminismo moderno tras la publicación de *El género en disputa* en los albores de la década de los noventa. Como muestra, la misma Butler se delata al admitir que:

“Que una llega a ser su género es una afirmación descriptiva; solo dice que el sexo es adquirido pero no dice si debe ser adquirido de una u otra forma. El programa prescriptivo de Simone de Beauvoir en *El segundo sexo* es menos claro que el descriptivo...”²⁹⁷

Así pues, el programa prescriptivo de *El segundo sexo* se plasma de forma más ambigua que el descriptivo y, tal vez de ese intento forzado de oír lo no dicho en las páginas de la obra, emergen cantos de sirenas que Butler no puede evitar seguir en una clara fusión de las opiniones de De Beauvoir y la suya propia aún en estado latente. En nuestra opinión, en este artículo Butler atribuye a De Beauvoir afirmaciones a las que ésta no llegó. Podríamos decir que la francesa no fue tan lejos. No obstante, a pesar de esta arbitrariedad en la interpretación butleriana, probablemente fruto de lo precoz del artículo que estamos comentando, creemos que este texto supone una de las formas más interesantes y sugerentes de acercarse a la teoría de Simone de Beauvoir, por cuanto Butler apunta no sólo a lo expresamente escrito por ésta, sino también a las ideas que,

²⁹⁶ “Hence, we do not become our genders from a place prior to culture or to embodied life, but essentially within their terms. For Simone de Beauvoir at least, the Cartesian ghost is put to rest. (...) In an important sense gender is not traceable to a definable origin precisely because it is itself an originating activity incessantly taking place. No longer understood as a product of cultural and psychic relations long past, gender is a contemporary way of organizing past and future cultural norms, a way of situating oneself with respect to those norms, an active style of living one’s body in the world”. *Ibid.*, pp. 39-40.

²⁹⁷ “That one becomes one gender is a descriptive claim; it asserts only that gender is taken on, but does not say whether it ought to be taken on a certain way. Simone de Beauvoir’s prescriptive program in *The Second Sex* is less clear than her descriptive one, (...)”. *Ibid.*, p. 42.

como sugerencias envenenadas, explotarán con retardador en el feminismo de décadas posteriores.

Omitiendo el “rompecabezas de género”, y en un intento de clarificar las virtudes de la propuesta de De Beauvoir, es importante que entendamos que la importancia de su teoría está en la clara definición y separación intelectual de los conceptos sexo y género. Esta separación permitió vincular el género al contingente ámbito social y cultural y así, por un lado, abrió una puerta a otras formas de ser en el mundo y, por otro, estableció la posibilidad de relación entre los sexos de una forma menos desigual gracias a una lectura hegeliana de la vida donde mismidad (varón) y alteridad (mujer) se necesitan y condicionan en su gestación. Problemas por resolver son aún el difícil coqueteo con el voluntarismo, la firme creencia en el dimorfismo sexual²⁹⁸, la ceguera (mitigada en la lectura butleriana, total en la nuestra) ante el hecho de hasta qué punto influye el género en nuestra manera de entender el sexo “natural” o la persistencia en una visión heterosexual donde bajo la representación de lo Uno y la Alteridad se mitifican y fijan posiciones que nos parecen interesadas y románticas, donde la complementariedad y fusión de los dos sexos inventados parecen culminar en una suerte de “happy end” estético donde todo parece encajar de manera más que sospechosa. ¿Quién y cómo marcó el límite entre los dos sexos dentro del continuo biológico, hormonal, cromosómico, anatómico? ¿Por qué? ¿Cuántos seres humanos han quedado involuntariamente atados al otro lado? ¿Cuántos han quedado fuera de la norma? Y sobre todo: ¿cómo revertir la situación sin apelar a una subjetividad metafísica?

En la misma línea interpretativa Braidotti, en su libro *Sujetos nomades*, afirma que “la distinción que hizo S. de Beauvoir entre sexo y género y su programa para la emancipación de las mujeres prepararon el camino para la segunda ola del movimiento

²⁹⁸ En la opinión de Martín Casares, “sin embargo, por lo que respecta al dimorfismo sexual, Beauvoir no lo cuestiona e incluso considera que las mujeres son fisiológicamente más débiles que los hombres.” *op. cit.*, p. 90. En la misma línea, y a pesar de su lectura generosa, Butler critica a Beauvoir su apuesta por dejar intacto el dimorfismo binario: “Un sistema de género binario no tiene necesidad ontológica. (...) Los descubrimientos antropológicos de sistemas de tres géneros y de múltiples géneros sugieren, sin embargo, que el dimorfismo adquiere significado sólo cuando los intereses culturales los requieren, y que el género se basa habitualmente más en los requerimientos del parentesco que en las exigencias anatómicas.” (“...a binary gender system has no ontological necessity. (...) Anthropological findings of third genders and multiple gender systems suggest, however, that dymorphism itself becomes significant only when cultural interests require, and that gender is more often based upon kinship requirements than on anatomical exigencies.”). Butler, J., “Sex and gender in Simone de Beauvoir’s *Second sex*”, p. 48.

feminista”²⁹⁹ de la década de los sesenta bajo el credo político de que la anatomía no es el destino. No obstante, la autora italiana manifiesta que:

“A las feministas les llevó mucho tiempo tomar conciencia crítica de que el dualismo de S. de Beauvoir y el rechazo cartesiano del cuerpo, combinados con la adaptación que hace la autora francesa de la dialéctica hegeliana de las diferencias de los sexos, si bien permiten representar la emancipación de las mujeres en el plano teórico, crearon más problemas de los que resolvieron.”³⁰⁰

Quizás De Beauvoir y las que inmediatamente recibieron su legado no quisieron ir más allá para asentar así sus logros y preparar a una escéptica humanidad para la parte más revolucionaria del proceso: el ataque directo al sexo como instancia natural. En palabras de Haraway:

“Las feministas de la segunda ola criticaron pronto la lógica binaria de la pareja naturaleza/cultura. (...) Pero aquellos esfuerzos dudaron en extender del todo su crítica a la distinción derivativa de sexo/género, la cual era demasiado valiosa para combatir los omnipresentes determinismos biológicos constantemente desplegados contra las feministas en luchas políticas urgentes sobre las *diferencias en el sexo* en las escuelas, en las casas editoriales, en las clínicas, etc. Fatalmente, en este clima político reprimido, aquellas críticas tempranas no se centraron en historizar ni relativizar culturalmente las categorías *pasivas* de sexo y de naturaleza. Así, las formulaciones de una identidad esencial como mujer o como varón permanecieron analíticamente intocadas y siguieron siendo políticamente peligrosas.”³⁰¹

Será Butler una de las primeras en dar ese decisivo paso hacia la crítica directa de la categoría de “sexo”. A continuación, seguimos analizando el recorrido intelectual butleriano a través del análisis que nuestra pensadora realiza de propuestas tan controvertidas como las de Freud, Rubin, Wittig o Foucault.

²⁹⁹ Braidotti, R., *Sujetos nomades*, p. 216.

³⁰⁰ *Ibid.*, p. 215.

³⁰¹ Haraway, D., *Ciencia, cyborgs y mujeres*, pp. 226-227.

3.4. El sexo en el monismo originario de S. Freud

La psicología se ha constituido desde sus inicios en una de las ramas del saber que, probablemente sin pretenderlo, más impacto han tenido sobre el movimiento feminista. A medias admirados y odiados, los escritos de Freud, Jüing o Lacan han dividido a feministas de todo el mundo a favor o en contra de sus dictados. Y la confusión parece comprensible en cuanto que nos enfrentamos a miles y miles de páginas no exentas de infinidad de ambigüedades, contradicciones y disidencias dentro de un movimiento cuya sombra se alarga durante todo el siglo XX.

Desde los originarios escritos de Freud, la relación entre psicoanálisis y feminismo ha sido difícil³⁰². Las pensadoras más importantes de nuestro siglo han encontrado decenas de objeciones a los análisis freudianos con respecto a la sexualidad femenina. El tratamiento de la homosexualidad como patología, la reproducción del prejuicio tradicional que vinculación la histeria al sexo femenino, la descripción muchas veces de la mujer como una disminuida copia del único sexo, el masculino, la universalización del complejo de Edipo y del complejo de castración, el monismo fálico o la envidia del pene construyen un marco explicativo de un claro sesgo masculinista, patriarcal y logocéntrico que dificulta, en nuestra opinión, la utilización del psicoanálisis para la causa de las mujeres.

No obstante, con respecto al padre del psicoanálisis, hemos de admitir que para el tema que nos ocupa, la evolución de la dicotomía sexo/género, Freud se nos muestra como un pensador que no debemos omitir. Entre sus afinidades y filias con el feminismo está el mérito de cuestionar las grandes verdades de la filosofía y la ciencia, o el haber intentado explicar qué es la mujer y la génesis del dimorfismo genérico aun cuando el concepto de género no poseía todavía entidad de concepto filosófico reconocible. Además, Freud compartió movimiento con multitud de mujeres, aceptando sus críticas y manifestando en ocasiones su inferioridad con respecto a ellas a la hora de

³⁰² En palabras de Purificación Mayobre: “Durante mucho tiempo se ha pensado que psicoanálisis y feminismo eran un matrimonio mal avenido e irreconciliable, ya que la concepción de las mujeres – preconizada por el psicoanálisis- como seres inferiores que sólo podrían alcanzar la auténtica feminidad como madres y esposas, se juzgaba por parte de la teoría feminista como una mera justificación del status quo burgués y patriarcal.” En “Psicoanálisis, hermenéutica y género” publicado en Marcelino Agís Villaverde (ed.), *Horizontes de la hermenéutica*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 1998, pp. 496-514.

definir la “naturaleza” femenina³⁰³. Pero creemos no equivocarnos al afirmar que la perla negra de la teoría freudiana en su punto de intersección con el pensamiento feminista está en la noción de monismo bisexual originario. También debemos en justicia admitir que Freud trueca su diamante en bruto en casi una ofensa para las mujeres al describir el monismo originario como fálico considerando que todo ser humano en los primeros meses desde su nacimiento viene definido por una genitalidad masculina en unos casos (el de los hombres) y disminuidamente masculina en otros (caso de las mujeres)³⁰⁴.

No obstante, rogaríamos un poco de paciencia para con el pensador vienés, al objeto de poder utilizar la inercia y potencia de su propuesta para la causa que nos ocupa. Sólo así se dará luz al gran nudo que podría vincular psicología y feminismo, sólo así se podrá evitar la senda de dar la espalda a un movimiento que, como síntoma histórico, evidentemente reprodujo gran parte de los prejuicios sexistas y patriarcales de la Europa de principios de siglos³⁰⁵. El nexo al que nos referimos, tal y como nombramos antes y pretendemos explicar y justificar en estos momentos es el monismo bisexual originario del ser humano³⁰⁶. Con esta noción, Freud está creando una especie de revolución vedada por dos razones fundamentales³⁰⁷; la primera es lo que supone la teoría freudiana de la bisexualidad y el monismo dentro de un “continuum” biologicista que tiene su culmen en el siglo XIX. Hasta la fecha, todas las teorías sexuales se basaron en lo que Napoleón convirtió en frase para la posteridad: “la anatomía es el destino” y esto implicaba la vinculación del comportamiento y el deseo sexual a una serie de características físicas fundamentalmente localizadas en la entrepierna. Al incidir en el monismo original³⁰⁸, Freud, a pesar de mostrar su sexismo (recordemos que

³⁰³ Opinión manifestada entre otros/as por Silvia Heyser, directora del Centro de Investigación y Estudios Lacanianos (CIEL) en la entrevista “Mujeres y psicoanálisis: ¿qué sexo en el futuro?”, publicada en www.cimacnoticias.com/noticias/02nov/02111201.htm, consultado en Abril de 2014.

³⁰⁴ En una de las más desafortunadas afirmaciones del psiquiatra vienés, éste afirma: “debemos reconocer que la mujercita es un hombrecito” en la lección XXXIII. Sobre la femineidad, incluido en *Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis*, escrita en 1933 y publicada en *Freud total 2.0 en CD-ROM*, Ediciones nueva Hélade, 2002.

³⁰⁵ Es esta la tesis defendida por su seguidora Juliet Mitchell. Véase *Psicoanálisis y feminismo*, Barcelona, Anagrama, 1976.

³⁰⁶ “Las fases más tempranas de la evolución de la libido parecen ser comunes a ambos sexos”. *Idem*.

³⁰⁷ Seguimos aquí, en parte a Pilar Errázuriz en su artículo “Psicoanálisis y estudios de género” publicado en la web:

<http://facso.uchile.cl/psicologia/analitico/secciones/seminario1psicoanalisisyestudiosdegeneroErrazuriz.htm>. Consultado en Noviembre de 2011.

³⁰⁸ Recordemos aquí que, desde Galeno, tal y como dice Thomas Laqueur: “en lugar de estar divididos por sus anatomías reproductoras, los sexos están vinculados por una anatomía común. Las mujeres, en otras palabras, son inversas a los hombres y de ahí su menor perfección. Tienen exactamente los mismos órganos pero precisamente en lugares equivocados.” El mismo autor nos señala en su libro que el

el monismo es fálico), parece abrir una suerte de caja de Pandora de consecuencias al menos incómodas para las mentes más tradicionales, clásicas y conservadoras: si en el origen no hay diferencia esencial de carácter anatómico, ¿de dónde emerge pues una sociedad tan generizada?, o lo que es lo mismo, si en el origen no existía el dimorfismo sexual, ¿de donde surge pues, el tan temprano dimorfismo genérico?

Por otro lado, y en segundo lugar, el gran valor de la teoría del monismo bisexual originario está en que el desarrollo sexual (o sea, el dimorfismo sexual y genérico, la heterosexualidad normalizada) queda vinculado al desarrollo psicológico y cultural. Esto coloca a lo simbólico claramente por encima de lo instintivo, lo que ejerce de detonante para la eclosión de los estudios psicológicos y sociológicos en torno a la sexualidad humana. En palabras de Vicente Arregui:

“Para Freud los humanos nacemos con sexo anatómico, pero no con la posición subjetiva que cada uno habrá de asumir como ser sexuado, ni con la identidad sexual, producto de sus identificaciones y de la interiorización de ideales culturales de lo femenino y lo masculino, ni con la orientación sexual.”³⁰⁹

Nuevamente y probablemente más que nunca, Freud se enfunda su traje de maestro de la sospecha para ejercer de arqueólogo del saber y manifestar de forma implícita que el “sexo” y su aparentemente necesario y fiel siervo “género” han pasado de ser conceptos “naturales” a ser elementos derivados de un desarrollo social peligrosamente vedado. En sus propias palabras:

“...a la peculiaridad del psicoanálisis corresponde entonces no tratar de describir lo que es la mujer -cosa que sería para nuestra ciencia

paradigma de la dualidad sexual es un invento del siglo XVIII que culmina en el XIX y toca a su fin precisamente con la teoría freudiana. Laqueur, T., “El destino de la anatomía”, en Laqueur, T., *La construcción del sexo desde los griegos hasta Freud*, Madrid, Cátedra, 1990, pp. 56 y ss. En esta misma línea, Gemma Vicente Arregui nos dice: “Thomas Laqueur sostiene que si nos ceñimos al ámbito de los hechos indiscutibles sobre los cuerpos no se sigue históricamente ninguna comprensión completa de la diferencia sexual; que durante siglos se creyó, por ejemplo, que las mujeres tenían los mismos genitales que los hombres solo que, al decir de Galeno, los suyos estaban en el interior de los cuerpos y no en el exterior, y que cuanto más se fuerza al cuerpo para que sirva como fundamento del sexo menos sólidos resultan los argumentos”. Véase Vicente Arregui, G., “La sexualidad femenina y la feminidad burguesa”, en San Martín, J. y Moratalla, T. D., *Perspectivas sobre la vida humana. Cuerpo, mente y persona*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2011, p. 260.

³⁰⁹ *Ibid.*, p. 256.

una labor impracticable- sino investigar cómo de la disposición bisexual infantil surge la mujer."³¹⁰

Es por todo esto que debemos valorar aquí a Freud, más allá de las múltiples y desagradables consecuencias que para el feminismo ha tenido su teoría³¹¹, por la aportación que hace, tal vez inconscientemente, a la desnaturalización y desesencialización de los sexos que puede abrir al menos una leve y frágil puerta hacia la igualdad efectiva entre hombres y mujeres, originalmente seres anatómicamente indistintos y categorizados posteriormente como femeninos y masculinos única y exclusivamente por su desarrollo psicosocial dentro de un contexto cultural concreto. La conclusión que lo acerca a aquellos que Ricoeur bautizó como “maestros de la sospecha” es que, más allá de ciertos matices, el sujeto es construido socialmente. Ésta es la compleja senda que siguen Lacan, discípulo discoló, y pensadoras que, como Butler, traen a la reflexión filosófica el prolífico campo de lo simbólico en aras de una explicación psicosocial de la formación sexual y genérica del individuo.

³¹⁰ Freud, S., *Obras completas de Sigmund Freud. Volumen II, Estudios sobre la histeria (1893-1895)*, Traducción José Luis Etcheverry, Buenos Aires & Madrid, Amorrortu editores, 1996, p. 334.

³¹¹ Butler desarrolla una severa crítica al monismo bisexual originario en *El género en disputa*, más concretamente en su primera parte, capítulo III. “Freud y la melancolía de género”.

3.5. Gayle Rubin y la crítica a la matriz heterosexual. Hacia el postestructuralismo del parentesco a través de la figura de Antígona

En los años setenta emerge la figura de Gayle Rubin. Su persona, no sin razón, se erige hoy como un referente y un icono insalvable para entender el feminismo del siglo XXI. Su agudeza investigadora fue el detonante de un éxito inmediato por el carácter pionero de su ya clásico “The Traffic in Women”, publicado en 1975³¹², así como por el giro que provoca dentro del propio feminismo con su otro texto fundamental, “Thinking Sex”³¹³ de 1984, con el cual Rubin emerge como una de las fundadoras de los estudios gays y lésbicos.

La fuente desde la que se debe leer el texto de Rubin es el marxismo filtrado a través de Lacan y Levi-Strauss³¹⁴. Rubin nos explica que el origen de la desigualdad entre varones y mujeres se debe a una cuestión exclusivamente cultural desde la que se vertebra “la división sexual del trabajo y la construcción psicológica del deseo”³¹⁵ a través de herramientas como el complejo de Edipo o el tabú del incesto. Así, esta autora describe el sistema sexo/género como “el conjunto de modificaciones por medio del cual una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana, y determina la manera en que esa sexualidad transformada debe ser satisfecha”³¹⁶.

³¹² Rubin, G., “The traffic in women: notes on the *Political Economy of sex*”, en Reiter, R. (ed.), *Towards an Anthropology of Women*, Nueva York, Monthly Review, 1975. Nosotros utilizaremos la traducción al español de Stella Mastrangelo de 1986, “El tráfico de mujeres: notas sobre la *economía política* del sexo”, *Revista Nueva Antropología*, noviembre, vol. VIII, nº 30, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 95-145. Butler cita este estudio en *El género en disputa* y en varios de sus artículos como “Performative acts and gender constitution: an essay in Phenomenology and feminist theory”, en Conboy, K., Medina, N. y Stanbury, S. (eds.), *op. cit.*, “Variations on sex and gender: Beauvoir, Wittig, Foucault” en *Praxis International*, January 5, 1986, nº. 4, pp. 505-516 y “Critical exchanges: the symbolic and questions of gender”, incluido en Silverman, H. J., (ed.), *Questioning Foundations: Truth/Subjectivity/Culture*, pp. 134-149, New York & London, Routledge, 1993, así como en la entrevista “Changing the Subject”, en Salih, S., *op. cit.*

³¹³ Rubin, G., “Thinking Sex: Notes for a Radical Theory of the Politics of Sexuality”, en Vance, C. (ed.), *Pleasure and Danger*, Boston, Routledge & Kegan, P., 1984, pp. 267-319. También reimpresso en Abelow, H.; Barale, M. A.; Halperin, D. M. (eds.), *The Lesbian and Gay Studies Reader*, New York, Routledge, 1994, pp. 3-44.

³¹⁴ Véase Haraway, D., *Cyborgs y mujeres*, p. 231.

³¹⁵ *Idem.*

³¹⁶ Rubin, G., “The traffic in women: notes on the *Political Economy of sex*”, p. 159.

Con estos referentes, la pregunta es ¿quién gana con la creación del binomio “varón-mujer”, con la imposición cultural de la heterosexualidad (y por tanto de la homofobia) y de la exogamia matrimonial? Rubin desvela que bajo la discriminación sexual se oculta un lucrativo sistema para los varones que utilizan a la mujer como objeto de intercambio en la acumulación de bienes. Por lo tanto, la revolución feminista pasa por una absoluta y radical revolución del parentesco.

El texto de Rubin, en palabras de Braidotti:

“...pone de relieve una cantidad de rasgos interesantes: que las mujeres son mercancías, destinadas a ser utilizadas como moneda de cambio por los hombres, pero también, lo que es más importante, que el orden social, tal como existe, es un contrato heterosocial masculino. Para decirlo de manera más directa: el sistema de género que construye los dos sexos como diferentes, desiguales y sin embargo complementarios, es en realidad un sistema de poder que apunta a concentrar el capital material y simbólico en manos de los padres –es decir, de los varones mayores- o a controlar a los varones más jóvenes y a las mujeres. La familia es pues, la unidad de poder que sella la riqueza de los varones y establece la heterosexualidad como la economía política dominante para ambos sexos. Como tal, la heterosexualidad es la institución que sustenta el sistema de género.”³¹⁷

Además, para medir la relevancia de “The Traffic” citaremos el puesto de honor que le reserva Judith Butler en *Gender Trouble*. En este libro, Butler admite que Rubin supuso el punto de partida para sus investigaciones referentes al género:

“La idea de que la práctica sexual tiene el poder de desestabilizar el género surge de mi lectura de *El tráfico de mujeres* de Gayle Rubin, y buscó establecer que la sexualidad normativa refuerza el género normativo. Brevemente, una es mujer, dentro de este marco, desde el momento en el que funciona como tal dentro del marco de heterosexualidad dominante y poner en cuestión el marco es quizás perder algo de ubicación en el género. Considero que esta es la primera formulación *del problema sexual* en el texto”.³¹⁸

³¹⁷ Braidotti, R., *Sujetos Nomades*, p. 222-223.

³¹⁸ “The idea that sexual practice has the power to destabilize gender emerge from my reading of Gayle Rubin’s *The traffic in women* and sought to establish that normative sexuality fortifies normative gender.

En este sentido, Butler cree que Rubin funda el llamado punto de vista relacional o contextual en el que “lo que una persona *es*, y, más aún, lo que el género *es*, es siempre relativo a las relaciones construidas en las que es determinado”³¹⁹. Esta idea lleva a Butler a escribir, en el año 2000, la obra *El grito de Antígona*, donde realiza una nueva y revolucionaria interpretación de las obras de Sófocles³²⁰. Eteocles y Polinides, los dos hermanos varones de Antígona, en constante lucha por el trono de Tebas, finalmente mueren en la batalla en cumplimiento de la maldición proferida hacia ambos por su propio padre Edipo. Creonte, convertido en nuevo rey, prohíbe el digno enterramiento de Polinices y dictamina que su cuerpo sea abandonado en las afueras de Tebas y que éste sirva de alimento para perros y cuervos. Antígona decide enterrar a su hermano y realizar los rituales funerarios desafiando las órdenes de su tío-suegro Creonte y sometiéndose a una terrible condena por parte de éste: será enterrada viva y, finalmente, el horror ante semejante destino llevará a la heroína griega a ahorcarse.

Produce, sin duda alguna, una gran fascinación la figura de Antígona pues a ella han arribado grandes intelectuales como Hegel, Lacan o Irigaray. Butler manifiesta que lo primero que le impresionó de todas estas interpretaciones es que todas destacan a Antígona, “no como una figura política con un discurso desafiante de implicaciones políticas, sino como alguien que articula una oposición prepolítica a la política”³²¹. Desde estas lecturas, Creonte parece representar el orden ético y la autoridad estatal mientras que la heroína griega representa exclusivamente la esfera prepolítica del parentesco.

Hegel abre esta interpretación al señalar, tanto en *La Fenomenología del Espíritu* (más concretamente en el subapartado “La acción ética: el saber humano y divino, la culpa y el destino”) como en *La Filosofía del Derecho*, que Antígona representa las leyes del parentesco y a los dioses del hogar y es precisamente la insistencia en esta representación dentro de un orden legal público lo que hace que su

Briefly, one is a women, according to this framework, to the extent that one functions as one within the dominant heterosexual frame and to call the frame into question is perhaps to lose something of one's sense of place in gender. I take it that this is the first formulation of *Gender Trouble* in the text.” Butler, J., *Gender Trouble*, preface, p. XI.

³¹⁹ “What the person *is*, and, indeed, what gender *is*, is always relative to the constructed relations in which it is determined”, *ibid.*, p. 15.

³²⁰ Butler aclara que su estudio no se realiza directamente sobre la figura de Antígona en el mito griego o en otras obras clásicas sino a la apariencia textual de dicho personaje en las obras *Antígona*, *Edipo el Colono* y *Edipo Rey* de Sófocles. Véase Butler, J., *El grito de Antígona*, p. 15.

³²¹ *Ibid.*, p. 17.

figura y su nombre sean obviados en cuanto sujeto dentro de la esfera política³²². En su comportamiento, Antígona transgrede tanto las leyes del Estado como las del parentesco y ello, en la tradición hegeliana, la aboca necesariamente al final trágico. Butler, sin embargo quiere alejarse de esta lectura fatalista para mostrarnos una interpretación donde la transgresión de Antígona adquiere su fuerza precisamente por “exponer el carácter socialmente contingente del parentesco”³²³. De esta forma, su muerte no atiende a ninguna necesidad sino tan sólo a un mecanismo por el cual la propia ley se refuerza. No existen dos esferas independientes, no existe oposición dialéctica, “la oposición de Antígona opera al servicio de la ley, reforzando su inevitabilidad”³²⁴. Tal y como Butler nos muestra:

“Mi lectura de Antígona, en resumen, intentará conducir estas distinciones hacia una crisis productiva. Antígona no representa el parentesco ni lo que le es radicalmente externo, sino que se convierte en la ocasión para hacer una lectura de una noción estructuralmente constreñida de la noción de parentesco en términos de su representabilidad social, la temporalidad aberrante de la norma.”³²⁵

Lacan, por su parte, tratando de separarse de la visión hegeliana, acude en busca de inspiración a la obra *Las estructuras elementales del parentesco*, donde Levi-Strauss afirma que no hay nada en la biología que necesite del tabú del incesto y que este precisamente es el mecanismo por el cual la biología se transforma en cultura³²⁶. El intercambio de mujeres es considerado como el tráfico de un símbolo por el cual se posibilita el intercambio y el lazo simbólico entre varones. Vinculado por tanto al intercambio de palabras, el parentesco deja de pensarse en términos de relaciones de sangre y se convierte en el efecto de una serie de relaciones lingüísticas. Si bien Rubin y Butler verán precisamente aquí la ocasión para mostrar el carácter contingente de las relaciones de parentesco, Levi-Strauss no parece tener una visión tan productiva, pues dentro de las estructuras lingüísticas, cada elemento toma significado únicamente en relación a los otros y las estructuras en sí del parentesco se presentan con carácter

³²² Véase *Ibid.*, p. 49.

³²³ *Ibid.*, p. 21.

³²⁴ *Ibid.*, p. 51.

³²⁵ *Ibid.*, p. 50.

³²⁶ Véase *Ibid.*, p. 36.

“universal”³²⁷. Por lo tanto, por “cultural”, el autor francés no entiende “culturalmente variable” o “contingente”. Las normas culturales distan así de ser alterables, tal y como Rubin afirmará, aun cuando las modalidades en las que aparece pueden ser variables³²⁸.

En contra de esta visión, Butler se pregunta si no será precisamente el tabú del incesto, desde su contingencia, el que establece ciertas formas de parentesco como las únicas inteligibles y soportables. Puede así convertirse el parentesco en un arma peligrosa contra, por ejemplo, los “contratos de alianza” así como en una gran herramienta que justifica el “vacío paternal” y predice las consecuencias psicóticas para las hijas e hijos de las madres solteras, los gays y lesbianas³²⁹. Como podemos apreciar, las alternativas de parentesco que remueven las estructuras psíquicas sociales llevan una y otra vez a los individuos a la tragedia. De este modo, las estructuras de parentesco funcionan, en opinión de Butler, para domesticar por adelantado cualquier reformulación de las mismas³³⁰.

Butler analiza la revisión que Lacan hace de la teoría de Levi-Strauss en su *Seminario: Libro VII, la ética del psicoanálisis, 1959-60*. Para Lacan, lo culturalmente “universal” se entiende como normas simbólicas. Lo simbólico es definido como estructura lingüística irreductible a las normas sociales que el lenguaje toma. Según este estructuralismo reformado, esta estructura tiene como función el “establecimiento de las condiciones universales bajo las cuales la sociabilidad o la comucabilidad de cualquier uso del lenguaje se convierte en posible”³³¹. Lacan ubica a Antígona en los límites de lo simbólico como representante de una visión idealizada del parentesco. En este sentido, Lacan mantiene el legado hegeliano³³² ya que, según Butler, “una norma social no es exactamente lo mismo que una *posición simbólica* que, en el sentido lacaniano del término, parece gozar de un carácter cuasi-divino”³³³. Es decir, existen ciertos lugares simbólicos que no ceden a las demandas sociales sino que precisamente ponen “límite a todos y cada uno de los esfuerzos utópicos por reconfigurar y revivir las relaciones de parentesco a cierta distancia de la escena edipal”³³⁴ y es por eso que, para Lacan, la

³²⁷ Véase *Ibid.*, pp. 63-64.

³²⁸ Véase *Ibid.*, p. 37.

³²⁹ Véase *Ibid.*, pp. 96-97. Butler cita expresamente a un grupo de psicoanalistas de París y a Jaques-Alain Miller. Butler vincula estas afirmaciones a pensadores conservadores y manifiesta que, socialmente, el terror al incesto no está muy lejos de la homofobia.

³³⁰ Véase *Ibid.*, p. 98.

³³¹ *Ibid.*, p. 37.

³³² Véase *Ibid.*, p. 17. Para entender los matices de la lectura que hace Lacan de Hegel, véase también *Ibid.*, pp. 68-70.

³³³ *Ibid.*, p. 37.

³³⁴ *Ibid.*, p. 38.

muerte de Antígona viene precipitada por la insoportabilidad lingüística de su deseo³³⁵. ¿Suponen las visiones fatalistas de Hegel, Levi-Strauss y Lacan una descripción de la realidad o más bien una visión moralizante tendente a mantener el *status quo* social?

Finalmente Irigaray nos presenta la figura de Antígona fuera de lo político como portadora del poder de las relaciones de parentesco. Describe estos vínculos como “relaciones de sangre”, no en sentido literal, sino con la intención de destacar el derramamiento de sangre cometido con ella como elemento necesario para que los estados autoritarios se mantengan. El poder estatal necesita romper el vínculo de la sangre representado por lo femenino de manera que las tragedias de Sófocles vienen a narrar la transición de la norma simbólica (pre-política) basada en la maternidad, por la norma legal basada en la paternidad. El lugar simbólico de la madre es usurpado violentamente (no hay otra forma, recordemos que este lugar simbólico pertenece a la madre y es pre-político) y debe de ser mantenido violentamente por los varones. Sin embargo, Butler se pregunta: “¿qué es lo que estableció estos lugares? ¿No se trata, después de todo, de la misma noción de parentesco pero con el énfasis puesto en distintos lugares?”³³⁶.

Y nosotros añadimos: ¿es que realmente hay dos lugares? El estructuralismo parece abocar a un callejón sin salida. Si lo simbólico viene determinado por el complejo de Edipo, tal y como afirmara Lacan, la transgresión parece estar abocada a la tragedia. Si lo simbólico es en cambio el lugar de la madre, como nos dice Irigaray, toda revolución del parentesco pasa por una nueva idealización pre-política de la feminidad.

Butler manifiesta con gran elocuencia su opinión sobre las cuatro propuestas anteriormente analizadas: “... quedé impresionada de una forma perversa por la ceguera que aquejaban estas interpretaciones”³³⁷. Frente a las interpretaciones polarizadas que tienden a ubicar el parentesco en una esfera diferente a la de lo político, bien como un *antes de*, bien como un *fuera de*, Butler se pregunta:

“¿Se puede sostener la independencia entre ambos términos cuando el parentesco representa una amenaza para la autoridad del estado y éste se alza en una violenta oposición contra el parentesco? Esto supone un problema textual de cierta importancia cuando Antígona emerge de su criminalidad para hablar en el nombre de la

³³⁵ Véase *Ibid.*, p. 49.

³³⁶ *Ibid.*, pp. 18-19.

³³⁷ *Ibid.*, p. 20.

política y de la ley: ella adopta el propio lenguaje del estado contra el cual se rebela, y la suya es una política no de pureza opositora sino de lo escandalosamente impuro”³³⁸.

Antígona, quien curiosamente es descrita por el coro hasta en dos ocasiones como “varonil”, desafía el poder de un decreto presentado por Creonte como un imperativo, rebatiendo así el carácter ilocucionario del mandato³³⁹. Pero no lo hace desde una instancia exterior sino que usurpa el lenguaje masculino apropiándose así de las mismas normas del poder al que se opone. Es una reivindicación de su autonomía, paradójicamente mediante el sacrificio de la misma pues, como Butler interpreta, “ella se afirma a sí misma a través de la voz del otro, de ese alguien a quien ella se opone”³⁴⁰. Y esta transgresión, como hemos afirmado, no manifiesta la lucha de dos dimensiones (privada contra pública, maternal contra política, simbólica frente a cultural, etc.) sino que, tal como dijera Foucault, las normas son no sólo censoras, sino productivas y excesivas, por lo que operan siempre produciendo y manteniendo el espectro de su propia transgresión³⁴¹. Por lo tanto, Antígona, que desde Hegel hasta Lacan ha sido identificada como la defensora del parentesco frente a lo social, representa para Butler más bien una “fatal aberración del parentesco”³⁴². En palabras de Burgos:

“Antígona no está fuera del poder tradicional pero estando dentro del poder ocasiona una profunda crisis del poder imperante. Es un ejemplo, para Butler, no de una vía de liberación del poder, pero sí de la posibilidad de una insurrección política a través de la citación de normas; de una resignificación radical capaz de inaugurar algo nuevo.”³⁴³

Y debemos añadir que, con esta usurpación del lenguaje masculino y, por consiguiente, con esta feminización de Creonte, no sólo se está poniendo en cuestión el marco desde el que se normaliza el parentesco, sino el propio marco dentro del que se naturaliza el sexo. Por lo tanto, Antígona, según interpreta Burgos, “provoca una

³³⁸ *Idem.*

³³⁹ Véase *Ibid.*, pp. 23 y 24.

³⁴⁰ *Ibid.*, pp. 26 y 27.

³⁴¹ Véase *Ibid.*, p. 34.

³⁴² *Ibid.*, p. 32.

³⁴³ Burgos, E., *Qué cuenta como una vida*, p. 326.

desestabilización de las normas de género precisamente mediante la puesta en evidencia de la vulnerabilidad de las normas del parentesco.”³⁴⁴

Retomando el análisis que realiza Butler a “The Traffic”, artículo que como ya hemos reseñado muestra la cuestión del parentesco como el punto arquimédico de la investigación feminista, diremos que a pesar de la maravillosa crítica a la matriz heterosexual como formadora de identidades contenida en él, Rubin parece mantener aún intacta la diferencia sexo/género tal y como la describiera Simone de Beauvoir.

Por ello, aun valorando las sugerentes e impactantes propuestas contra las instituciones heterosexuales de parentesco, Rubin mantiene el prejuicio de considerar la existencia de dos sexos “naturales”, aun cuando, al igual que Simone de Beauvoir, desvincule la desigualdad social de la supuesta “naturaleza” de varones y mujeres.

En este sentido, nos resulta especialmente certero el análisis que hace Linda Nicholson de la propuesta de Gayle Rubin:

“Así pues, *género* no se introdujo para sustituir a *sexo*, sino para completarlo. Por otro lado, *sexo* no sólo no era sustituido, sino que resultaba esencial para elaborar el verdadero significado de *género*. Por ejemplo, en su excelente artículo *The Traffic in women*, Gayle Rubin introdujo la expresión sistema *sexo/género*, al que definió como *aquel conjunto de convenciones en las que se apoya la sociedad para transformar la sexualidad biológica en productos de la actividad humana y dentro de las cuales se satisfacen esas necesidades sexuales transformadas*³⁴⁵. Aquí lo biológico se acepta como la base que sustenta los significados culturales, de tal modo que su influencia se invoca al mismo tiempo que pretende reducirse.

La posición que Rubin mantiene en su ensayo no es idiosincrásica; por el contrario, refleja un aspecto muy importante de una gran parte del pensamiento del siglo XX sobre la *socialización*. Aun aceptando que el carácter no emana de la biología, sino que se forma socialmente, no suele negarse que lo biológico es el espacio de esta formación. Dicho de otro modo, se sigue creyendo que el ser fisiológico es un hecho *dado* al que se *superponen* determinadas características (...) La aceptación de estas ideas por parte de las feministas contribuyó a conservar la enorme importancia del sexo, en

³⁴⁴ *Ibid.*, p. 327.

³⁴⁵ Rubin, G., “The Traffic in Women”, p. 159.

este caso como espacio en el que supuestamente se construía el género.”³⁴⁶

No sin razón esto propicia lo que según Linda Nicholson podría llamarse una “identidad de perchero”, en la que el cuerpo sería una especie de percha en la que se superponen o “cuelgan” una serie de mecanismos culturales relacionados fundamentalmente con la personalidad y el comportamiento. De ahí que muchas feministas hayan bailado en la cuerda floja de pensar que la identidad es una construcción social que, sin embargo, se constituye como hecho común en todas las culturas. A esta postura se la conoce como fundacionalismo biológico y si bien supone un avance con respecto al determinismo biológico por admitir el componente social, en nuestra opinión no deja en gran medida de reproducir sus grandes errores, como el sostener un dimorfismo esencial varón-mujer o mantener intacto el cuerpo y el sexo como sede de cualidades atemporales y substanciales, que en poco ayudan a entender las particularidades generadas en cada cultura con respecto a la identidad sexual. Desde la perspectiva butleriana, si consideramos la construcción de la identidad como construcción exclusivamente cultural, se hace difícil diferenciar sexo-género, naturaleza-cultura, cuerpo-psique y más difícil defender una concepción esencialista y naturalista de los primeros parámetros de las citadas y ficticias diadas. Si bien Rubin comenzó denunciando las relaciones de parentesco como causantes del establecimiento de la desigualdad entre varones y mujeres, la universalidad del sexo y la vinculación inexorable del género a este, desarticulan las posibilidades revolucionarias de las infinitas formas de parentesco aberrante. Por lo tanto, *El grito de Antígona* parece dar un claro paso adelante con respecto a “The Traffic” al equiparar las esferas de lo simbólico y lo social (todo es social, o lo que es lo mismo, todo es género) y ubicar la identidad de Antígona precisamente en las fisuras de la norma que establece el sexo, el género y la identidad sexual.

Sin embargo, y en descargo de Rubin, debemos destacar que su posición teórica ha sido sometida por la propia autora a una revisión constante, en un alarde de porosidad intelectual digna de elogio. En esta evolución de su pensamiento, Rubin reconoce la influencia de los escritos de autores y autoras como Heidi Hartman³⁴⁷,

³⁴⁶ Nicholson, L., “La interpretación del concepto de género” pp. 49-50.

³⁴⁷ Las siguientes referencias están sacadas de la interesante entrevista realizada por Judith Butler a Gayle Rubin, recogida como “Sexual Traffic” y publicada en Schor, N. y Weed, E. (ed.), *Differences: A journal of feminist cultural studies. More gender trouble: Feminism meets queer theory*, Indiana University Press,

Foucault³⁴⁸, David Schneider³⁴⁹, Deleuze³⁵⁰, Sandy Stone y Olivia Records³⁵¹, así como de las investigaciones más “outsider” realizadas desde el “lado oscuro” de la psicología y la sexología oficial reflejadas en los libros de Krafft-Ebing, Lisa Duggan, Havelock Ellis, Magnus Hirschfeld, Albert Moll, Albert Eulenberg o Iwan Bloch³⁵². Del mismo modo, junto a este abanico de influencias, Rubin reconoce su deuda con estudiosos y estudiosas de la historia, la antropología y la sociología, como Mary McIntosh, Jeffrey Weeks, Kenneth Plumier, Godelier, Lyotard, Kristeva y Baudrillard³⁵³, Allan Bérubé, Liz Kennedy, Madeline Davis, Jonathan Ned Katz, John D’Emilio, Jim Steakley, John Lauritsen, David Thorstad, Jeannette Foster y Barbara Grier³⁵⁴.

Junto a este gran bagaje intelectual, Rubin describe como vital en la evolución de sus textos el impacto de ciertas circunstancias históricas que se dieron en los Estados Unidos a finales de los setenta, resumidas por ella misma como la revitalización de la llamada Nueva Derecha (New Right) y la subsecuente homofobia y represión contra la comunidad gay y lesbiana americana durante el gobierno Reagan³⁵⁵. Dentro del feminismo, este giro conservador tiene su reflejo en el movimiento contra la pornografía³⁵⁶.

Estas circunstancias provocan en el pensamiento de Rubin, tal y como ella misma expresa, un abandono del universalismo inocente mostrado en “The Traffic”, sustituido este por un progresivo escepticismo anclado en coordenadas espacio-temporales de carácter etnográfico mucho más determinadas y concretas³⁵⁷.

volumen 6, (números 2 y 3), Summer-fall, 1994, pp. 62-100. Las influencias de la autora citada vienen recogida en la página 64.

³⁴⁸ Véase *Ibid.*, pp. 72 y ss.

³⁴⁹ Véase *Ibid.*, p. 86.

³⁵⁰ Véase *Ibid.*, p. 93.

³⁵¹ Véase *Ibid.*, p. 72.

³⁵² Véase *Ibid.*, pp. 80 y ss.

³⁵³ Véase *Ibid.*, pp. 82 y ss.

³⁵⁴ Véase *Ibid.*, p. 89.

³⁵⁵ “There was a different set of concerns that generated *Thinking Sex*. I suppose the most basic differences were that, theoretically, I felt that feminism dealt inadequately with sexual practice, particularly diverse sexual conduct; and practically, the political situation was changing. *Thinking sex* came from the late 1970s, when the New Right was beginning to be ascendant in U. S. politics, and when stigmatized sexual practices were drawing a lot of repressive attention.” (“Hubo una serie de diferentes preocupaciones que generaron *Thinking Sex*. Supongo que la más básica fue, desde la teoría, que yo sentía que el feminismo se ocupaba inadecuadamente de la práctica sexual, especialmente de la conducta divergente; y desde la práctica, la situación política estaba cambiando. *Thinking Sex* apareció a finales de los 70, cuando la New Right empezó a ascender en la política estadounidense, y cuando estigmatizar prácticas sexuales estaba recibiendo una gran atención represiva”). *Ibid.*, pp. 66-67.

³⁵⁶ Véase *Ibid.*, pp. 77-78.

³⁵⁷ De este modo, Rubin salva las tempranas críticas de universalismo inocente que sobre sus textos vertieron autoras como Donna Haraway: “La teoría de Rubin sobre el sistema del sexo/género explicaba la complementariedad de los sexos (heterosexualidad obligatoria) y la opresión de las mujeres por los

Es desde esta madurez intelectual desde la que Rubin encara su, probablemente, segundo texto más influyente, “Thinking sex”. Si bien nuestra autora en “The Traffic” marcó la especificidad del género como campo de estudio del feminismo, desvinculándolo en parte del proceder teórico marxista, en “Thinking sex” Rubin vuelve a sorprender sustrayendo el sexo y la sexualidad de la esfera del feminismo. Esto la lleva a transitar los límites de la heterosexualidad normativa en una apasionante investigación de las múltiples formas en las que las relaciones de parentesco *aberrantes* tienen lugar. Vidas no vividas, muertes no lloradas, ellas son el reverso de la norma y es precisamente su continua negación la que mantiene la inteligibilidad y la fuerza de la norma. Pero la dureza de sus vidas no es sólo el síntoma del fatalismo al que se exponen los individuos que el poder desplaza a los límites, sino la muestra misma de la necesidad que tiene el poder de ejercer la violencia para hacernos creer en la universalidad y necesidad de las normas que regulan el parentesco. La muerte en vida que la norma establece para estos *seres inhumanos* es precisamente la prueba de la contingencia misma de la norma que los gobierna y condena.

Por ello, una Rubin más desconfiada con respecto a los instrumentos y significantes universales apuesta por crear un campo propio de estudio para la temática sexual, pasando así por ser (aun cuando ella misma reconoce humildemente influencias anteriores) la fundadora de los estudios gay y lesbicos. A pesar de que el texto de Rubin dista aún de criticar el fondo de la matriz dual sexo/género, naturaleza/cultura, hemos de admitir que, acaso inconscientemente, con la creación de un campo de estudios específico para el sexo, Rubin está problematizando un concepto (“sex”) que hasta la fecha había recibido pocos embates en virtud de su incuestionable “naturalidad”. Parafraseando a Butler en su forma y en su fondo y salvando el anacronismo, “Thinking sex” bien podría haberse titulado “Sex trouble”³⁵⁸. Por otro lado, el estudio de comunidades de afectos como la “Leather Menace” de San Francisco³⁵⁹, o de las alianzas creadas alrededor de las *drag balls* que Jennie Levingston muestra en su

hombres a través de la premisa fundamental del intercambio de las mujeres en el establecimiento de la cultura a través del parentesco. Pero, ¿qué ocurre con este enfoque cuando las mujeres no se encuentran en posiciones similares en la institución de parentesco? En particular, ¿qué ocurre con la idea del género si grupos enteros de mujeres y de hombres están situados juntos *fuera* de la *institución* del parentesco, pero relacionados con el sistema de parentesco de otro grupo dominante?”. En *C^a, cyborgs y mujeres*, p. 244.

³⁵⁸ El/la lector/a entenderá el juego de palabras realizado en referencia a la obra *Gender Trouble* de Judith Butler.

³⁵⁹ Véase Butler, J., “Sexual Traffic”, en Schor, N. y Weed, E. (ed.), *op. cit.*, pp. 91 y ss.

documental *Paris is burning*³⁶⁰, nos brinda la oportunidad de problematizar el sexo y el género dentro de nuevas estructuras de parentesco.

Siguiendo esta estela, Butler afirma que ciertas escuelas de antropología feministas, influidas por los análisis de la antropología cultural marxista y el estudio de Engels sobre el origen de la familia, se han desmarcado claramente en la actualidad del modelo de Lévi- Straussiano. Cita textualmente a Gayle Rubin, Sylvia Yanagisako, Jane Collier, Michelle Rosaldo, Carol Snack, Kath Weston y David Schneider³⁶¹ como piezas clave para entender la crítica a la heterosexualidad como único marco donde las vidas pueden ser reconocidas. Desde sus propuestas, el parentesco en su versión heterosexual edípica deja de ser una instancia universal e inmutable, abriéndose todo un campo de nuevas posibilidades para los sujetos. En palabras de Butler:

“El parentesco, entendido como una serie de acuerdos socialmente alterables que no tienen características estructurales transculturales que puedan ser totalmente extraídas de sus funciones sociales, significa cualquier conjunto de acuerdos sociales que organiza la reproducción de la vida material, que puede incluir la ritualización del nacimiento y de la muerte, que proporciona lazos de alianza íntima, duradera o vulnerable, y que regula la sexualidad a través de la sanción y del tabú. En los años setenta, feministas socialistas quisieron utilizar el inquebrantable análisis social del parentesco para mostrar que no existe una única base de estructura familiar normativa, monógama y heterosexual por naturaleza (y hoy debiéramos puntualizar que tampoco existe la misma base en el lenguaje). Varios proyectos utópicos de renovación o eliminación de la estructura familiar se han convertido en componentes importantes del movimiento feminista y, hasta cierto punto, también han sobrevivido en movimientos contemporáneos queer, a pesar del apoyo al matrimonio gay.”³⁶²

Esta perspectiva de parentesco radical rápidamente generó fuertes críticas incluso dentro del propio feminismo, actualizando un conservadurismo dentro del movimiento que, en opinión de Butler, aún hoy en día “se encuentra en tensión con las políticas sexuales radicales”³⁶³. Estas últimas “cuestionan modos de fundamentalismo

³⁶⁰ Butler dedica todo el capítulo 4 de *Cuerpos que importan* a estudiar dicho documental. Nosotros prestaremos especial atención a esta cuestión más adelante.

³⁶¹ Véase la bibliografía para consultar las obras de las autoras y los autores reseñados.

³⁶² Butler, J., *El grito de Antígona*, p. 98.

³⁶³ *Ibid.*, p. 102.

sexual que desechan formas viables de alianzas sexuales queer como ilegítimas o, de hecho, imposibles o invivibles”³⁶⁴. Es el momento, en palabras de Butler, del “postestructuralismo del parentesco”³⁶⁵.

Por lo tanto, si la heterosexualidad no es un destino, la caja de Pandora queda abierta y nuevas formas de alianza se visualizan como posibles. Marcos donde no ser varones o mujeres, donde no ser heterosexuales, donde no ser monógamos, aberraciones del sistema que trata de perpetuarse mediante la violencia y que muestra la propia violencia no como un instrumento moral de normalización, sino como un *fatum* inevitable cuando lo realmente inevitable es que el propio Edipo genere *monstruos* en virtud de la naturaleza productiva de toda prohibición, de toda norma.

Y así Butler, en un párrafo que no tiene desperdicio, se pregunta... ¿qué ha engendrado Edipo?:

“Planteo esta pregunta, por supuesto, en un momento en el que la familia es idealizada nostálgicamente en diferentes formas culturales; una época en la que el Vaticano protesta contra la homosexualidad, no sólo acusándola de ser un ataque a la familia sino también a la noción misma de lo humano, donde ser humano, para alguna gente, implica participación en la familia, en su concepción normativa. Pregunto esto en un momento en el que los hijos e hijas, debido al divorcio y los segundos matrimonios, debido a las migraciones, el exilio y situaciones de refugio, debido a diferentes tipos de movilidad global, pueden ir de una familia a otra, de una familia a ninguna familia, de ninguna familia a una familia o vivir, psíquicamente, en el cruce de las familias, en multiplicidad de situaciones familiares en las que puede haber más de una mujer que actúa como madre, más de un hombre que actúa como padre, o ningún padre, ninguna madre, ninguno de los dos, o con medio-hermanos que a la vez son amigos –este es un momento en que la familia es frágil, porosa y expansiva. Es también un momento en el que las familias heterosexuales y gays a veces se mezclan, o en el que familias gays toman formas nucleares o no nucleares.”³⁶⁶

Como podemos apreciar, Butler hereda de Rubin el convencimiento de que el parentesco es vital para el reconocimiento o no de la vida, para el establecimiento de las

³⁶⁴ *Idem.*

³⁶⁵ *Ibid.*, p. 91.

³⁶⁶ *Ibid.* Pág. 40 y 41.

fronteras de la masculinidad, de la feminidad, de la humanidad. No existe la mujer por naturaleza, *mujer* es una posición que el sistema obliga a adoptar a ciertos individuos bajo la amenaza de castigo. ¿Pero no es el propio castigo la prueba de que el sistema ha sido arbitrariamente construido? ¿No son las constantes aberraciones a suprimir una clara muestra de la no naturalidad del sistema? ¿Oportunidades para infringir castigos ejemplares, tal vez? ¿Ocasiones para fortalecer los límites del poder? Probablemente, pero las aberraciones también son las termitas inevitables del edificio, el elemento alquímico que transformará, tarde o temprano, el metal en otra cosa. Quizás sea el momento de proponer una filosofía para la aberración, una política para *d.generados*³⁶⁷.

Pero eso lo dejaremos para más adelante³⁶⁸, de momento diremos que, en esta reconstrucción de las influencias butlerianas hubo de esperar el feminismo a figuras tan representativas para el movimiento como Monique Wittig y Michel Foucault para encontrar la forma de enfrentar el problema desde raíces más profundas, erigiéndose éstos en referentes imprescindibles para el que hemos llamado feminismo “post” y desde el que se pretenden analizar las realidades femeninas, homosexuales, lesbianas, trans y en general “queer” del siglo XXI.

³⁶⁷ Tomo esta palabra del maravilloso colectivo “D.genera”, con sede en Murcia, hacia cuyos degenerados miembros, quienes me abrieron los brazos recientemente, profeso una grandísima admiración por su conocimiento y su compromiso. Para consultar eventos y acciones, véase la página web <http://www.colectivod-genera.blogspot.com/>. A ellas y a ellos les debo gran parte de la inspiración que se respira en las conclusiones de esta tesis y en mi propuesta política *d.generada*.

³⁶⁸ Véanse los últimos capítulos de este estudio.

3.6. La construcción del sexo en la teoría de Monique Wittig

El punto de partida de Wittig es, como no, Simone de Beauvoir, pero en esta ocasión, Monique parece realizar una lectura del “One is not born a woman, but rather became one” de carácter radical y hasta sus últimas consecuencias. La cuestión de base, en palabras de Butler es:

“Si no puede ser encontrado el cuerpo puro, si lo que puede ser encontrado es el cuerpo situado, un lugar de interpretaciones culturales, entonces la teoría de Simone de Beauvoir parece implícitamente preguntar si el sexo no será más que género. La misma Simone de Beauvoir no sigue las consecuencias de esta visión del cuerpo aunque podemos ver la radicalización de su visión en el trabajo de Monique Wittig y Michel Foucault.”³⁶⁹

Butler sitúa así, de forma clara, a la figura de Wittig como una de las pocas autoridades filosóficas que han sabido seguir el hilo de Ariadna tendido por De Beauvoir.

La cuestión planteada es de una profundidad filosófica que hará tambalearse las bases mismas del feminismo: si admitimos el enfoque contextual inaugurado por De Beauvoir en relación al análisis de la matriz sexo/género, Wittig se pregunta: ¿cabe la posibilidad de que el propio sexo sea una construcción social? O lo que es lo mismo, ¿puede que el sexo no sea más que género, elevado por una serie de intereses a la categoría de natural, esencial, primario, previo? La propuesta parece desvelar una acción realmente maquiavélica, la acción de ocultar bajo los incuestionables atributos de evidencia, naturalidad, substancialidad, un constructo humano más; el sexo. Un

³⁶⁹ “If the pure body cannot be found, if what can be found is the situated body, a locus of cultural interpretations, then Simone de Beauvoir’s theory seems implicitly to ask whether sex was not gender all along. Simone de Beauvoir herself does not follow through with the consequences of this view of the body, but we can see the radicalization of her view in the work of Monique Wittig and Michel Foucault”. Butler, J., “Sex and gender in Simone de Beauvoir’s *Second sex*”, en *Simone de Beauvoir. Witness to a Century, op. cit.*, p. 46. Este prematuro texto de Butler sorprende por albergar de forma incubatoria gran parte de la teoría de Butler con respecto a sus fuentes básicas, De Beauvoir, Wittig y Foucault.

constructo sometido a la vuelta de tuerca de repeler todo análisis genealógico, contextual.

De esta manera, Wittig hiere de muerte el corazón de la teoría feminista: la categoría de “mujer” y su supuesta base anatómica. Aparentemente tan necesaria para generar la solidaridad de la que emerge la acción política, acaba de desvelarse como sospechosa, interesada, falsa. Según nos muestra una de sus múltiples deudoras, Rosi Braidotti:

“En un movimiento de repudio radical de todas las identidades creadas en el sistema patriarcal, Monique Wittig inició la era de la sospecha sobre la noción misma de *mujer*, considerada como la construcción ideológica de un sistema de género dominado por los hombres. Para Wittig, la *mujer* como concepto, está cargado de proyecciones y expectativas imaginarias masculinas. Por consiguiente, es poco *confiable*³⁷⁰ desde el punto de vista epistemológico y sospechoso desde el punto de vista político.”³⁷¹

A desarrollar estas tesis encomienda Wittig sus libros, tanto sus novelas como sus ensayos de carácter teórico en un ejemplo de interdisciplinariedad encomiable, signo de los nuevos aires que soplaban en la década de los ochenta dentro del antaño elitista y sectario mundo de la filosofía. Inoculado el mal de la duda sobre la categoría “sexo” y sobre la propia filosofía por su complicidad en el ocultamiento de su génesis, la teoría de Wittig ha facilitado que la “madre de todas las ciencias” abra hoy sus brazos a nuevas formas de entender la realidad como la sociología, la antropología, la sexualidad, la psicología, la literatura, el cine, la pintura, la publicidad, etc.

Tras una serie de textos narrativos donde Wittig ya apunta las bases de su teoría, la autora francesa recopila los ensayos escritos a finales de los setenta y durante la década de los ochenta en su libro *The Straight Mind*³⁷², de donde emerge, por encima de otros ensayos el ya clásico “One is not born a woman”³⁷³, un texto corto, conciso y claro. Demasiado claro tal vez, por apuntar a objetos y hechos largamente ocultados por nuestra cultura y desvelados ahora con las armas del materialismo feminista. Sin

³⁷⁰ La cursiva es nuestra para señalar que no hemos encontrado esta palabra en el Diccionario de la Real Academia de la Lengua.

³⁷¹ Braidotti, R., *Sujetos nomades*, p. 225.

³⁷² Se puede consultar la traducción en español en Wittig, M., *El pensamiento heterosexual*, Barcelona, Egales, S.L., 2006.

³⁷³ Para su exposición usaremos la versión publicada en Conboy, K., Medina, N. y Stanbury, S. (eds.), *op. cit.*, pp. 309- 317.

concesiones, Wittig abre fuego con estas palabras: “Una aproximación desde el materialismo feminista a la opresión de las mujeres destruye la idea de que las mujeres sean un *grupo natural*”³⁷⁴. Según su manera de afrontar la cuestión, Wittig sentencia que tanto el cuerpo como la mente femeninas no son más que el fruto de una sofisticada manipulación que establece una determinada idea de naturaleza para ellas³⁷⁵. Y destaquemos que dicha idea dista mucho de ser una idea simple. Incluye la idea de mujer-madre, mujer-esposa, mujer-hija, etc., generándose toda una mitología que sustenta la opresión como manera de clausurar el círculo.

Wittig afirma que “...al final la opresión parece ser consecuencia de esta *naturaleza*”³⁷⁶, pero, aun cuando se nos intenta convencer de que la “naturaleza” propia de varones y mujeres genera la desigualdad y la opresión, Wittig lanza la sugerente idea de que tal vez el proceso funcione justo en el sentido inverso al que pensamos, o lo que es lo mismo, ¿puede la opresión misma generar la diferencia sexual como una “marca” y con ella sus dos polos imaginarios, el varón y la mujer?

"Un enfoque del materialismo feminista demuestra que lo que tomamos por causa u origen de la opresión es, de hecho, sólo la marca impuesta por el opresor: el “mito de la mujer”, sus efectos materiales y sus manifestaciones en la conciencia y los órganos apropiados de las mujeres. (...) lo que parece ser una percepción física y directa es sólo una construcción sofisticada y mítica, una *formación imaginaria*.”³⁷⁷

Curioso enroque entre la causa y el efecto que hace de la “mujer” no sólo una “marca” sospechosa, sino altamente peligrosa por cuanto ha generado dentro del propio feminismo corrientes defensoras de la opresión. Mujeres aferradas al “mito de la mujer”, pensadoras llamadas de la diferencia como Hélène Cixous o Luce Irigaray que para Wittig representan algo así como “el enemigo en casa”:

³⁷⁴ “A materialism feminist approach to women’s opresión destroys the idea that women are a *natural group*”. *Ibid.*, p. 309.

³⁷⁵ En palabras de Butler, “The demarcation of anatomical difference does not precede the cultural interpretation of that difference.” (“La demarcación de la diferencia anatómica no precede a la interpretación cultural de la diferencia”). Butler, J., “Sex and gender in Simone de Beauvoir’s *Second sex*” p. 47.

³⁷⁶ “...in the end oppression seems to be a consequence of this *nature*.” Wittig, M., “One is not born a woman”, en Conboy, K., Medina, N. y Stanbury, S. (eds.), *op. cit.*, p. 310.

³⁷⁷ “A materialism feminist approach shows that what we take for the cause or origin of oppression is in fact only the mark impose by the opresor: the “myth of woman”, plus its material effects and manifestations in the appropriated consciousness and bodies of women. (...) what we relieve to be a physical and direct perception is only a sophisticated and mythic construction, an *imaginary formation*.” *Ibid.*, p. 311.

“Habiéndonos levantado para luchar por una sociedad asexuada, ahora nos encontramos atrapados en el conocido punto muerto de *la mujer es maravillosa*. La ambigüedad del término *feminista* resume toda la situación. ¿Qué significa *feminista*? Feminista se forma con la palabra *femme, mujer*, y significa: alguien que lucha por las mujeres. Para muchas de nosotras esto nombra a alguien que lucha por las mujeres como una clase y por la desaparición de esta clase. Para muchas otras significa alguien que lucha por la mujer y su defensa - por el mito, entonces, y su fortalecimiento. (...) El fracaso del primer feminismo fue que sólo atacaba la acusación darwinista de la inferioridad femenina, mientras que aceptaba los cargos de esta acusación – especialmente la visión de la mujer como *única* -. (...) Ellas mantuvieron el principio ilógico de *la igualdad en la diferencia*, una idea ahora revitalizada de nuevo. Ellas cayeron en la trampa que nos amenaza otra vez: el mito de mujer.”³⁷⁸

Frente al llamado “feminismo de la diferencia” ejemplificado por las autoras antes mencionadas, Wittig aboga por defender la vital labor de la escritora descrita por Virginia Wolf como la encargada de matar el “ángel de la casa”³⁷⁹. No se trata, por tanto, de enaltecer a la “mujer” ni mucho menos de realizar una apología inocente de sus “virtudes”, pues nada en ella es “natural”, “originario”, “radical”, sino más bien “producto”, “constructo”, “mentira”.

Sin embargo, alcanzado este punto del debate se hace necesario localizar y desenmascarar al enemigo, o lo que es lo mismo, plantearse a quién pertenece la autoría de esta malévola trama y con qué propósitos la articula. Desde el punto de vista de un materialismo feminista, y deshaciendo el camino recorrido por el opresor, la pregunta sobre quién es el autor o la autora de este sistema truca en la siguiente cuestión: ¿quién se ha beneficiado y quién se beneficia aún de la creación de este dualismo que separa interesadamente la humanidad en amos y siervas, opresores y oprimidas? Desde esta

³⁷⁸ “Having stood up to fight for a sexless society, we now find ourself entrapped in the familiar deadlock of *woman is wonderful*. The ambiguity of the term *feminist* sums up the whole situation. What does *feminist* means? Feminist is formed with the word *femme, woman*, and means: someone who fights for women. For many of us it means someone who fights for women as a class and for the disappearance of this class. For many others it means someone who fights for woman and her defense –for the myth, then, and its reinforcement. (...) The failure of early feminism was that only attacked the Darwinist charge of female inferiority, while accepting the foundations of this charge –namely the view of woman as *unique*. (...) They upheld the illogical principle of *equality in difference*, an idea now being born again. They fell back into the trap which threatens us once again: the myth of woman.” *Ibid.*, pp. 312-313.

³⁷⁹ Wittig recoge esta expresión en *ibid.*, p. 314.

óptica la respuesta parece clara; los varones, ellos son los que generan el cisma sexuando la realidad que vivimos. Y el engaño, si se nos permite la licencia, “tiene su miga”, pues crear todo ese sistema inundando los cuerpos, el lenguaje, las mentes, las instituciones, etc., e intentar borrar las huellas del “delito” se muestra bajo este prisma como una tarea laboriosa, lenta y titánica cuyo fin es la creación del andamiaje teórico-práctico perpetuador de esta opresión mediante la llamada matriz heterosexual o en palabras de Wittig, “pensamiento heterosexual”. Como bien supo ver Donna Haraway a la luz de los escritos de Wittig:

“Al igual que la raza, el sexo es una formación *imaginaria* de las que producen realidad, incluyendo los cuerpos, que son percibidos como anteriores a toda construcción. La *mujer* sólo existe como esta clase de ser imaginario, mientras que las mujeres son el producto de una relación social de apropiación, naturalizada como sexo. Una feminista es alguien que lucha por las mujeres en tanto que clase y por la desaparición de esa clase³⁸⁰. La lucha clave busca la destrucción del sistema social de la heterosexualidad, porque el sexo es la categoría política naturalizada en la que se basa la sociedad heterosexual. Todas las ciencias sociales basadas en la categoría *sexo* (la mayoría de ellas) deben ser derrocadas.”³⁸¹

El *sexo*, otrora irrepensible dato otorgado por la experiencia “pura” y avalado por los múltiples estudios de carácter “científico”, se desvela en la actualidad como una construcción de la que los anteriormente mencionados saberes se muestran más que como descubridores de hechos como cómplices de una maquiavélica trama al servicio de la heterosexualidad compulsiva³⁸².

³⁸⁰ Nótese el paralelismo con la cita anterior.

³⁸¹ Haraway, D., *C^a, cyborgs y mujeres*, p. 233.

³⁸² “Monique Wittig desarrolló un argumento independiente en donde la opresión de las mujeres también se basa en la obligación fundamental de la heterosexualidad.” *Ibid.*, p. 232. En la misma línea de análisis de la teoría de Wittig, pero destacando también sus “carencias” e “incoherencias” se sitúa Butler, exponiendo que “For Wittig, the binary restriction on sex serves the reproductive aims of a system of compulsory heterosexuality.” (“Para Wittig, la restricción binaria en el sexo sirve a los objetivos reproductivos de un sistema de heterosexualidad obligatorio”), en Butler, J., *Gender Trouble*, p. 26. Igualmente, en el mismo libro, un poco más adelante, Butler afirma: “The linguistic fiction of *sex*, she argues, is a category produced and circulated by the system of compulsory heterosexuality in an effort to restrict the production of identities along the axis of heterosexual desire.” (“La ficción lingüística *sexo*, argumenta, es una categoría producida y puesta en circulación por el sistema de heterosexualidad obligatoria en un esfuerzo de restringir la producción de identidades más allá del eje del deseo heterosexual”). *Ibid.*, p. 35.

Por lo tanto, la opinión de Wittig con respecto al sexo queda configurada de la siguiente manera; la heterosexualidad es una imposición de parte de los varones con el único objeto de oprimir, usar, y tiranizar al resto. Dicha heterosexualidad, en aras de perpetuarse, crea no sólo el género, sino también el sexo y los instrumentos para su análisis y configuración como “verdad” incuestionable, eterna y útil a través del lenguaje y sus vasallos, los saberes “científicos”. Es por eso que el sexo no es más que una categoría ideológica y política, pero nunca real desde un punto de vista metafísico³⁸³, si es que éste fuera aún posible.

¿Cómo escapar de esta red? La respuesta parece clara a la luz de este breve análisis; si seguir el hilo genealógico de este proceso nos conduce a la heterosexualidad compulsiva, la liberación humana pasa por la destrucción total de este sistema jerarquizado e injusto. Pero la respuesta continúa siendo ambigua pues, ¿cómo liberarnos de semejante tela de araña que nos atrapa mental, física y lingüísticamente? La única solución parece ser fabular contra la fábula, o sea, construir una nueva categoría política e ideológica que no emerge del pensamiento heterocentrado para provocar su cortocircuito, así como la emergencia de un nuevo sistema más justo; y Wittig parece encontrarlo en una figura total y absolutamente inabarcable, según su opinión, para la matriz heterosexual: “la lesbiana”. Ésta representa un “algo más” imposible de asimilar por la heterosexualidad imperante:

“Así que una lesbiana tiene que ser algo más, una no-mujer,
una no-hombre, un producto social, no un producto de la naturaleza,
ya que no hay nada natural en la sociedad.”³⁸⁴

De este modo, la lesbiana parece ser la figura que provoca la grieta en el sistema naturalizado y, por ello, a dicho ideal dedica Monique con insistencia sus obras tanto teóricas, como especialmente las narrativas y semipoéticas³⁸⁵.

Las tesis que Wittig defiende en su “One is not born a woman”, según la lectura que de él realiza Judith Butler, se pueden resumir esencialmente en dos: El sexo no es

³⁸³ “...the category *woman* as well as the category *man* are political and economic categories not eternal ones.” (“...la categoría mujer así como la de varón son categorías políticas y económicas, no eternas”). Wittig, M., “One is not born a woman”, p. 312.

³⁸⁴ “Thus a lesbian has to be something else, a not-woman, a not-man, a product of society, not a product of nature, for there is no nature in society.” *Ibid.* Pág. 312.

³⁸⁵ Para un análisis conciso y certero de las obras de Wittig, nos remitimos al artículo de Elvira Burgos publicado en la revista de filosofía *Themata*, n° 31 del año 2003, pp. 15-31, “El pensamiento de Monique Wittig y su presencia en la teoría de Judith Butler.”

natural y la lesbiana no es una mujer³⁸⁶. Ambas afirmaciones son radicales e impactantes por lo que tienen de contraintuitivas. En el fondo, Wittig necesita ejercer de ariete contra la propia intuición humana, antaño verificadora de evidencias que ahora se desvelan como grandes mentiras. En la ya mencionada red tejida por la heterosexualidad, el progresivo y lento paso del tiempo va constituyendo la propia intuición también de forma totalmente social, derivando esto en la aporía de llegar a considerarse intuitivo (natural) lo que simplemente ha sido habitual en el más estricto sentido de la palabra: lo solidificado con el tiempo.

Pero esta posición, llamémosla “fuerte” por su implicación social y política, no queda exenta de objeciones pues Wittig parece, por un lado, apostar decididamente por la imposibilidad de diferenciar entre sexo y género (ahora ambos sociales), así como por una sociedad “sin sexos”, ni varón, ni mujer; mientras que, por otro, destaca la figura de la lesbiana hasta extremos realmente metafísicos y presociales pese a sus esporádicas afirmaciones de que no existe ningún sexo más allá de lo social.

Butler, en *El género en disputa*, juzga con severidad la coherencia interna del pensamiento de Wittig, al cual rinde pleitesía para luego analizar minuciosamente en cada uno de sus puntos débiles. Y, para sorpresa, el talón de Aquiles del pensamiento de Wittig reside según la americana precisamente en la raíz de su teoría, a saber, la figura de la lesbiana (herramienta destructiva de la matriz sexo/género) y la crítica a la heterosexualidad.

Según Butler, aun cuando en numerosos textos Wittig manifiesta que la lesbiana es una herramienta hermenéutica más allá de la heterosexualidad impuesta, en no menos ocasiones la francesa parece idealizar esta imagen hasta colocarla más allá de toda

³⁸⁶ “Two of her claims both recall Beauvoir and set Wittig apart from her: one, that the category of sex is neither invariant nor natural, but is a specifically political use of the category of nature that serves the purposes of reproductive sexuality. In other words, there is no reason to divide up human bodies into male and female sexe except that such a division suits the economic needs of heterosexuality and lends a naturalistic gloss to the institution of heterosexuality. Hence, for Wittig, there is no distinction between sex and gender; the category of *sex* is itself a gendered category, fully politically investid, naturalized but not natural. The second rather counter-intuitive claim that Wittig makes is the following: a lesbian is not a woman. A woman, she argues, only exist as a term that stabilizes and consolidates a binary and oppositional relation to man; that relation, she argues, is heterosexuality.” (“Dos de sus propuestas recuerdan tanto como alejan a Wittig de De Beauvoir: una, que la categoría de sexo no es ni invariable ni natural, sino que es un uso específicamente político de la categoría de naturaleza que sirve a los propósitos de la sexualidad reproductiva. En otras palabras, no hay ninguna razón para dividir los cuerpos humanos en masculinos y femeninos excepto que tal división se adapta a las necesidades económicas de la heterosexualidad y da un brillo naturalista a la institución de la heterosexualidad. Así pues, para Wittig, no hay distinción entre sexo y género; la categoría de *sexo* es en sí misma ya una categoría generizada, investida políticamente, naturalizada pero no natural. La segunda afirmación más bien contra-intuitiva que Wittig hace es la siguiente: una lesbiana no es una mujer. Una mujer, sostiene, sólo existe como un término que estabiliza y consolida una relación binaria y de *oposición al hombre, esa relación, sostiene, es la heterosexualidad*”). Butler, J., *Gender Trouble*, p. 143.

construcción social reproduciendo un naturalismo bastante cercano al que ella misma critica. Tal vez le sea más amable pensar en un estado originario lesbiano que en uno heterosexual, o quizás, su “impetus” inagotable contra el pensamiento heterocentrado la cegó por momentos de la bipolaridad (homosexualidad vs. heterosexualidad) y contradicción de su apuesta político-intelectual. Así, curiosamente en un mismo texto como el ya mencionado “One is not born a woman”, Wittig critica duramente el mito de la mujer para enaltecer el mito de la lesbiana afirmando tajantemente que ésta es “la única forma social en la que podemos vivir libremente”³⁸⁷. Desde luego, sorprende que la inquieta y fascinante imaginación de Wittig alcance su límite en la figura de la lesbiana cercenando otras muchas formas de estar en el mundo tan cercanas como la realidad gay, trans, bisexual (¿por qué sólo “bi”?), intersex o hermafrodita entre infinitas otras. ¿Destacar la lesbiana como la “única forma social” de liberación no es ya, en cierta medida, privilegiar y naturalizar una forma de revolución y condenar otras? De este modo, y aun cuando autoras como Braidotti cataloguen a la lesbiana de “figura subversiva”³⁸⁸, no deja de ser ésta una figura esencializada que no alcanza a abrir el infinito abanico de libertad que una visión radicalmente social de la matriz sexo/género posibilita. De esta forma, Wittig critica por un lado la naturalización de la categoría de sexo para el varón y la mujer y sin embargo privilegia a una figura también sexuada por encima de las anteriores, la lesbiana, de forma algo acrítica quedando así atrapada de nuevo en el pensamiento metafísico.

Sea como sea, autoras como la citada Butler, sacan a la luz este sesgo de humanismo metafísico (extraño -“queer”- por lesbiano, pero metafísico, al fin y al cabo) que deja a Wittig en la antesala del llamado feminismo “post”, clausurando las posibilidades que una visión puramente construccionista y paródica posibilitan para una verdadera explosión del género y del sexo. Así, sustituir el varón y la mujer por la lesbiana, mantiene el problema en la llamada metafísica de la substancia que ancla al feminismo en los presupuestos modernos. Estos presupuestos metafísicos vedados despistan en ocasiones a Wittig y la pierden tras la búsqueda interior de la identidad y la subjetividad.

“Una vez que alguien se da cuenta de la opresión, necesita saber y experimentar el hecho de que puede constituirse a sí mismo

³⁸⁷ “...the only social form in which we can live freely”. Wittig, M., “One is not born a woman”, p. 316.

³⁸⁸ Véase Braidotti, R., *Sujetos nomades*, p. 227.

como un sujeto, (...) no hay ninguna lucha posible para alguien privado de identidad, ninguna motivación interna para luchar, ya que aunque yo pueda luchar con otros, primero lucho por mí.”³⁸⁹

Sorprendentemente, el “ángel de la casa” ha vuelto a la vida en una rara suerte de trasmutación de la substancia en la que Wittig reniega de la “mujer” pero se resiste a dejar vacío su hueco, iniciando una sintomática búsqueda del “verdadero” yo, de la “verdadera” identidad que se oculta tras el engaño heterosexual. Tal vez ésta sea una melancólica vuelta al tan criticado por ella pensamiento patriarcal que omite la cuestión de que el propio “sujeto” es un producto también de esta forma omnipresente de pensamiento. Según Butler:

“Wittig parece no tener nada en contra de los modos hegemónicos de significación o representación; es más, el sujeto, con su atributo de autodeterminación, parece ser revitalizado como agente de opción existencial bajo el nombre de la lesbiana. (...) Ella no critica el sujeto como el invariable masculino según las reglas de un inevitable simbólico patriarcal, sino que propone en su lugar el equivalente de un sujeto lesbiano como el usuario de lengua.”³⁹⁰

Igualmente, la estadounidense continúa:

“Como sujeto que puede alcanzar la concreta universalidad a través de la libertad, la lesbiana de Wittig confirma más que refuta la promesa normativa de ideales humanistas basados en la metafísica de la substancia. Si bien parece que Wittig ha suscrito un proyecto radical de emancipación lesbiana y reforzado la distinción entre *la lesbiana* y *la mujer*, lo hace a través de la defensa de *la persona* pregenérica, caracterizada como libre. Este movimiento no sólo confirma el estado presocial de la libertad humana, sino que suscribe esa metafísica de la

³⁸⁹ “For once one has acknowledged oppression, one needs to know and experience the fact that one can constitute oneself as a subject, (...) There is no possible fight for someone deprived of an identity, no internal motivation for fighting, since, although I can fight only with others, first I fight for myself”. Wittig, M., “One is not born a woman”, p. 314.

³⁹⁰ “Wittig appears to have no metaphysical quarrel with hegemonic modes of signification or representation; indeed, the subject, with its attribute of self-determination, appears to be the rehabilitation of the agent of existential choice under the name of the lesbian. (...) She does not criticize the subject as invariable masculine according to the rules of an inevitable patriarchal symbolic, but proposes in its place the equivalent of a lesbian subject as language-user.” Butler, J., *Gender Trouble*, p. 26.

substancia que es responsable de la producción y la naturalización de la categoría de sexo.”³⁹¹

Infinitas parecen ser las trampas que nos tiende el pensamiento heterocentrado. Liberarnos de la categoría “mujer” y permanecer vinculados a otras como “sujeto”³⁹² de manera férrea nos impide alcanzar una verdadera crítica a la categoría de sexo que Wittig parece perseguir con insistencia pero que revitaliza una y otra vez a través de su curioso humanismo “ilustrado” lesbiano. Como conclusión a este problema, diremos con la autora americana que, aun cuando Wittig trata de alcanzar una posición más allá del sexo, su teoría retorna una y otra vez “a un humanismo problemático basado en la metafísica de la presencia”³⁹³ En nuestra opinión, Butler no deja de ser una pensadora también de corte humanista, si por humanismo entendemos la preocupación por lo humano y su delimitación, pero es importante señalar que Butler huye en esta ocasión al igual que en muchas otras de brindar una definición cerrada de “lo humano” desde presupuestos esencialistas y metafísicos. En su lugar, apuesta decididamente por una visión abierta y democrática de entender la categoría señalada.

Por otro lado, Butler encuentra una nueva fisura en la teoría de la escritora francesa que afecta directamente a su crítica de la heterosexualidad. El problema radica en que Wittig, como hemos expresado, muestra la homosexualidad (especialmente la femenina) como la estructura ideológico-política destinada a la confrontación y superación del pensamiento heterocentrado. Sin embargo, Butler se plantea, ¿cuál es la relación entre ambas estructuras? Frente al modelo de confrontación, Butler considera que la propia homosexualidad tiene profundas y ocultas raíces que la vinculan a la heterosexualidad en mayor medida de lo que muchas pensadoras “gay-lesb” estarían dispuestas a admitir. Nuevamente la solución de Wittig parece mutar en una trampa de la que ella tal vez no fuera consciente. La advertencia de Butler se dirige en la dirección

³⁹¹ “As a subject who can realize concrete universality through freedom, Wittig’s lesbian confirms rather than contests the normative promise of humanist ideals premised on the metaphysics of substance. Where it seems that Wittig has subscribed to a radical project of lesbian emancipation and enforced a distinction between *lesbian* and *woman*, she does this through the defense of the pregendered *person*, characterized as freedom. This move not only confirms the presocial status of human freedom, but subscribes to that metaphysics of substance that is responsible for the production and naturalization of the category of sex.” *Ibid.*, pp. 27 y ss. Igualmente, en otro fragmento afirma: “...Wittig places herself here within the traditional discourse of the philosophical pursuit of presence, being, radical and interrupted plenitude.” (“...Wittig se ubica aquí dentro del tradicional discurso de la búsqueda filosófica de la presencia, el ser, la radical e interrumpida plenitud”). *Ibid.*, p. 150.

³⁹² Butler comenta: “In her existential-materialist mode, Wittig presumes the subject, the person, to have a presocial and pregendered integrity.” (“En su modo existencial-materialista, Wittig presupone que el sujeto, la persona, tiene integridad presocial y pregenérica”). *Ibid.*, p. 38.

³⁹³ “...to a problematic humanism based in a problematic metaphysics of presence.” *Ibid.*, p. 158.

de destacar el hecho de que establecer una confrontación “homo-hetero” atiende no más que a una falsa solución del problema, pues mantiene inalterable la relación dual e interdependiente de estos dos sistemas que en última instancia podría ser una argucia más del propio pensamiento patriarcal que establece relaciones jerárquicas de dependencia entre amo y esclavo, opresor y oprimido. En sus propias palabras:

“Mientras que Wittig claramente imagina el lesbianismo como el rechazo de la heterosexualidad a escala global, yo argumentaría que ese rechazo constituye aún un contrato y, en última instancia, una dependencia radical a lo que el lesbianismo pretende trascender.”³⁹⁴

Vedadamente entendemos que Butler está tachando el pensamiento de Wittig de “inocente” por creer ésta que el lesbianismo derrocará la heterosexualidad cuando realmente, a juicio de Butler, ésta saldrá reforzada de la confrontación por cuanto es la propia confrontación la que la alimenta. De hecho, igualmente inocente parece ser la consideración de Wittig de la homosexualidad como una instancia “outside”, incondicionada, ajena a la heterosexualidad, cuando realmente la interdependencia y retroalimentación de ambos sistemas es total³⁹⁵:

“Mi propia convicción es que la separación radical postulada por Wittig entre la heterosexualidad y la homosexualidad simplemente no es verdadera, que hay estructuras de homosexualidad psíquica dentro de relaciones heterosexuales, y estructuras de heterosexualidad dentro de las relaciones y la sexualidad gay y lesbiana.”³⁹⁶

Del mismo modo, Butler cree que la francesa tiene una idea demasiado homogénea, coherente, estandarizada y monolítica de la norma heterosexual, que según

³⁹⁴ “Whereas Wittig clearly envisions lesbianism to be a full-scale refusal of heterosexuality, I would argue that even that refusal constitutes an engagement and, ultimately, a radical dependence on the very terms that lesbianism purports to transcend.” *Idem*.

³⁹⁵ Véase *Ibid.*, p. 154.

³⁹⁶ “My own conviction is that radical disjunction posited by Wittig between heterosexuality and homosexuality is simple not true, that there are structures of psychic homosexuality within heterosexual relations, and structures of heterosexuality within gay and lesbian sexuality and relationships.” *Ibid.*, p. 155.

la opinión de Butler se aleja bastante de la realidad. De esta forma, Wittig crea un “fetiche”³⁹⁷ de la idea que precisamente quiere derrocar.

Todas estas son las razones por las que Butler, abanderada del feminismo postestructural, parece considerar que la estrategia subversiva de la filósofa francesa conduce al “trágico error” de creer que el lesbianismo es un movimiento revolucionario ajeno e independiente a la heterosexualidad (considerada ésta como un bloque unitario y estático) que terminará irremediablemente derrocándola. La realidad, en el lamento de Judith Butler, parece ser otra:

“Qué error tan trágico, entonces, construir una identidad gay/lesbiana a través de los mismos términos exclusivistas, como si los excluidos y las excluidas no fueran, precisamente a través de su exclusión, siempre presupuestos y presupuestas y, más aún, requeridos y requeridas para la construcción de aquella identidad. Tal exclusión, paradójicamente, precisamente instituye la relación de dependencia radical que pretende superar: La lesbiana entonces requeriría la heterosexualidad. (...) Por consiguiente, esa estrategia lesbiana consolidaría la heterosexualidad obligatoria en sus formas opresivas.”³⁹⁸

La cuestión por lo tanto parece clara; si todo tipo de oposición pretendidamente radical potencia y refuerza la matriz heterosexual, ¿existe alguna estrategia de lucha aún válida? En este sentido y para dar respuesta a esta cuestión, el feminismo butleriano se alimenta de los textos de Foucault y más recientemente de Deleuze. Para ser justos, la misma Wittig parece recibir la influencia del éste último y de su *Anti-Edipo*³⁹⁹ en uno de sus pequeños textos publicado en 1979, “Paradigm”⁴⁰⁰. En éste, Wittig intuye una senda realmente fructífera para el feminismo del siglo XXI, aun cuando ella misma no se atrevió a transitarla, la multiplicación del sexo y su visión más allá de la matriz “heterosexualidad-homosexualidad”.

³⁹⁷ Véase *Idem*.

³⁹⁸ “What a tragic mistake, then, to construct a gay/lesbian identity through the same exclusionary means, as if the excluded were not, precisely through its exclusion, always presupposed and, indeed, *required* for the construction of that identity. Such an exclusion, paradoxically, institutes precisely the relation of radical dependency it seeks to overcome: lesbian would then *require* heterosexuality. (...) As a result, that lesbian strategy would consolidate compulsory heterosexuality in its oppressive forms.” *Ibid.*, p. 163.

³⁹⁹ Deleuze, G. y Guattari, F. *El anti-edipo: Capitalismo y esquizofrenia*, Barcelona, Paidós, 1998.

⁴⁰⁰ Wittig, M. “Paradigm” en Stambolian, G., and Marks, E., *Homosexualities and French Literature. Cultural Contexts / Critical Texts*, Ithaca and London, Cornell University Press, 1979, p. 115.

3.7. Herculine Barbin y David Reimer: Biopolítica foucaultiana y construcción de la subjetividad

Nos parece interesante para nuestro estudio la comparativa realizada por la profesora Consuelo Miqueo entre manuales universitarios de medicina contextualizados en distintos momentos históricos desde hace doscientos años⁴⁰¹. Este estudio comparativo nos lleva a situarnos en las últimas décadas del siglo XIX para encontrar claramente el origen de la diferencia sexual en el campo de la medicina. Anteriormente, la medicina se encaraba desde una perspectiva que, por extremadamente patriarcal, obviaba o a lo sumo pasaba de puntillas sobre procesos fisiológicos como la menstruación o la producción de leche materna⁴⁰². El intento de afrontar de manera clara estas cuestiones ha sumido a la medicina de los últimos dos siglos en un titánico esfuerzo de definición del varón y la mujer desde el punto de vista biológico que, en no menos de una ocasión, la ha llevado a un desesperado intento de aprehender bajo la norma a un animal, el ser humano, que la infinita casuística se ha encargado de sacar una y otra vez de los moldes.

Además, el descubrimiento y estudio de este supuesto dimorfismo sexual caminó (tal vez aún camina⁴⁰³) paralelo al prejuicio de la vinculación necesaria entre el sexo y el género. De este modo, una anatomía *masculina* debe generar una personalidad *masculina* y lo mismo ocurre con el sexo opuesto. Y si eso no sucede, entonces, al igual que la montaña fue a Mahoma, siempre cabe la posibilidad de cambiar la anatomía a golpe de bisturí y hormonas. La práctica médica ayudó (y ayuda) así a mantener intacta la visión indisoluble de la matriz sexo-género con su intolerancia para con las realidades intermedias.

En este sentido, paradigmático es el caso que Herculine Barbin relata en primera persona en *Herculine Barbin: Being the Recently Discovered Memoirs of a Nineteenth-*

⁴⁰¹ Véase Miqueo, C. “La variable sexo en los manuales de medicina interna del siglo XIX y del XX: el contrapeso de la tradición”, *Revista de comunicación interactiva. Mujer y salud*. http://matriz.net/mys/mys16/articulos/art_16_04.html. Consultado en Diciembre de 2010.

⁴⁰² Véase Viguera, B., *La fisiología y patología de la mujer*, Madrid, Imp. Ortega y cía, 2 vols, 1827.

⁴⁰³ Estudiaremos esta cuestión en los capítulos finales de esta investigación.

*century French Hermaphrodite*⁴⁰⁴, biografía póstuma rescatada por Michel Foucault y que el propio pensador francés prologa con un interesantísimo ensayo titulado “El sexo verdadero”. Barbín, nacido en 1838 y prematuramente fallecido a la edad de treinta años, narra con una crudeza desgarradora las experiencias que a lo largo de su vida padeció. A su nacimiento, fue asignado clínicamente dentro del llamado “sexo femenino”. No obstante, avanzada la pubertad, Herculine no tenía menstruación ni pecho y su volumen de vello en cara y brazos así como las relaciones iniciadas con varias mujeres empezaron a ser objeto de comentarios y críticas. Es así como Herculine acude a su confesor, quien rompe el secreto de confesión y solicita un detallado examen médico. El resultado es “escandaloso” pues la auscultada presenta una pequeña vagina y unos genitales masculinos internos dentro de un cuerpo masculinizado en un fenómeno que la medicina cataloga como “pseudohermafroditismo masculino”. Embarrados en esta disyuntiva, y presos del prejuicio que vincula sexo, género y deseo sexual, Herculine Barbín es médicamente reasignado al “sexo masculino” y rebautizado como Abel Barbin.

El valor de este relato verídico se haya en lo cruento de la narración de una persona atormentada por los imperativos sociales y clínicos que, en la obsesiva necesidad de catalogar a las personas bajo la etiqueta de un “sexo verdadero”, fuerzan una realidad ambigua (todas lo son) hacia un ficticio “deber ser” que oprime la subjetividad hasta una auténtica muerte en vida:

"Tengo veinticinco años, y, aunque todavía sea joven, sin duda alguna me estoy acercando a la muerte.

He sufrido mucho, y he sufrido solo. ¡Solo! ¡Abandonado por todos! Mi lugar no fue delimitado en este mundo que me evitó, que me maldijo. Ninguna criatura viva debería sentir este inmenso dolor que me atrapó cuando dejé mi niñez, a esa edad en la que todo es difícil, porque todo es joven y brillante con respecto al futuro.

Aquella edad no existió para mí. En cuanto alcancé aquella edad, instintivamente me alejé del mundo, como si ya hubiera entendido que debía vivir en él como un forastero"⁴⁰⁵

⁴⁰⁴ Foucault, M., *Herculine Barbin: Being the Recently Discovered Memoirs of a Nineteenth-century French Hermaphrodite*, introd. Michel Foucault, trans. Richard McDougall, New York, Pantheon Books, 1980.

⁴⁰⁵ “I am twenty-five years old, and, although I am still young, I am beyond any doubt approaching the tour of my death.

I have suffered much, and I have suffered alone. Alone! Forsaken by everyone! My place was not marked out in this world that shunned me, that had cursed me. Not a living creature was to share in this

Butler, en clara empatía con el/la protagonista de la biografía rescatada por su admirado Foucault, nos muestra la actualidad del prejuicio que aún hoy vincula el sexo y el género en la práctica médica. Para ello, en su obra *Deshacer el género*, nos relata el complejo caso de David Reimer, que salió del círculo médico para instalarse en la opinión pública en el año 2000 (curiosa alegoría para el inicio del siglo XXI). Así, el caso clínico conocido como “John/Joan case” pasó al debate popular justo antes de que los gemelos Brian y Bruce (primero Bruce, luego Brenda, después David) decidieran acabar con sus respectivas vidas en el año 2002 el primero, en el 2004 el segundo. Conocido originariamente en círculos muy cerrados, para cuando David se suicidó a la edad de treinta y ocho años, su muerte era recogida por miles de periódicos y revistas de muy distinto sesgo del mundo entero⁴⁰⁶.

En 1965, los gemelos Reimer, cuando aún no contaban ni un año de edad, son sometidos en un hospital del norte de los Estados Unidos a una sencilla operación para “rectificar” la fimosis. Sin embargo, algo inesperado ocurrió y el cauterizador eléctrico que utilizaron los médicos quemó severamente el pene de Bruce, afectando el órgano hasta producir su completa inutilidad. Parece que el doctor utilizó una nueva máquina que sus colegas consideraron innecesaria para una intervención tan sencilla y que, ante las dificultades encontradas para ponerla en funcionamiento, el doctor incrementó la potencia de la misma hasta el punto de quemar la mayor parte del pene de Bruce⁴⁰⁷. Los padres, el matrimonio Janet y Ron Reimer, bloqueados ante la noticia no supieron cómo actuar hasta que, aproximadamente un año después, una noche como cualquier otra, vieron en la televisión al doctor John Money hablando sobre la intersexualidad y la transexualidad, manifestando haber resuelto el peligroso debate entre naturaleza y cultura y defendiendo la tesis de que, independientemente del sexo vinculado al

immense sorrow that seized me when I left my childhood, at that age when everything is difficult, because everything is young and bright with the future.

That age did not exist for me. As soon as I reached that age, I instinctively drew apart from the world, as if I had already come to understand that I was to live in it as a stranger.” *Ibid.*, p. 3.

⁴⁰⁶ Nuestro país no es una excepción. Válganos como ejemplo el artículo de Oliver Burkeman y Gary Youngue publicado en el suplemento de salud del periódico de tirada nacional *El Mundo*, del quince de Mayo de 2004 (nº 572) y que lleva por título “David no aguantó ser Brenda”.

⁴⁰⁷ Aun cuando, como veremos, la bibliografía sobre el tema es bastante amplia, en cuanto a los datos biográficos nos basamos aquí en el popular libro de John Colapinto *As nature made him, the boy who was raise as a girl*, New York, Harper Collins, 2000 y en el capítulo “Doing Justice to someone: sex reassignment and allegories of transexuality”, escrito por Judith Butler en el año 2001 para el número 4 de la revista *GLC* y posteriormente incluido en su libro *Undoing Gender*, p. 57-74. (Butler, J., *Deshacer el género*, pp. 89-112.)

nacimiento, la cirugía acompañada de un tratamiento psicológico de adecuación al género asignado darían como resultado un sujeto plenamente feliz. Su tesis defendía la preeminencia de la educación sobre la anatomía y encajaba perfectamente con el espíritu progresista de la época, de forma que su teoría fue abrazada con ahínco por las feministas. El experimento, además, tenía las trazas ideales para el éxito: dos gemelos varones, uno educado como una chica, el otro, genéticamente idéntico, utilizado como sujeto de control. Así es como los padres de Brian y Bruce deciden escribir al profesor Money, quien amablemente les invita a Baltimore para poner a su hijo bajo el estudio de la Universidad de John Hopkins al objeto de convertir a Bruce en Brenda, e iniciar con éste el proceso de reasignación al género femenino. Los médicos extirparon los testículos y realizaron algunas operaciones quirúrgicas con la intención de crear con posterioridad una vagina a partir de su propio pene maltrecho. Alrededor de los ocho años, Brenda comienza a rechazar parte de la conducta inducida y a manifestar cierta inclinación a disfrutar de juguetes social o tradicionalmente destinados al género masculino y por actos que, como por ejemplo orinar de pie, la alejan de la tan ansiada arcadia pronosticada en un principio por Money. Es así como una Brenda preadolescente se niega a someterse al tratamiento de estrógenos y a la intervención que habría de formar su nueva vagina. John Money muestra a Brenda fotos de vaginas y de mujeres dando a luz, asegurándole que ella también podrá casarse con un hombre que la ame y tener hijos iniciando así un duro proceso psicológico que incluía la exposición de su cuerpo ante multitud de expertos en medicina y la simulación de prácticas heterosexuales con su hermano frente a la atenta mirada del singular doctor⁴⁰⁸. No obstante, Brenda manifiesta su preferencia por comportamientos masculinos y se niega a que desarrollen más sus pechos.

El fracaso es retomado por otro equipo de psiquiatras y médicos locales bajo la dirección de Milton Diamond quien, bajo presupuestos genetistas y hormonales, diagnostica un grave error en el enfoque del caso y propone a Brenda a la edad de quince años extirparle completamente los pechos y construirle un falo que le permita ser un chico, un chico llamado David. De esta manera, y tal como nos muestra con grandes

⁴⁰⁸ Según reseña el artículo publicado en *El Mundo* y citado con anterioridad, se describe brevemente a un John Money educado por una familia religiosa y conservadora de Nueva Zelanda, sublevado y autodescribiéndose como el “misionero del sexo”, defendiendo infatigablemente los matrimonios abiertos y el sexo bisexual en grupo. Los autores del artículo manifiestan: “Las afirmaciones más extremas de Money aprobaban, o al menos no condenaban, el incesto y la pedofilia, pero en el programa que Janet y Ron Reimer vieron en televisión no se mencionaron estos temas.” Burkeman, O y Youngue, G., “David no aguantó ser Brenda”, *op. cit.*

tintes de escepticismo Butler, David “es introducido en la norma pero sólo de una forma ambivalente”⁴⁰⁹.

El debate estaba servido, construccionismo social representado por Money o biologicismo determinista defendido por su antagonista, Milton Diamond⁴¹⁰. Money inicia una fuerte campaña en defensa de su experimento manipulando los resultados y ocultando las objeciones, consiguiendo sumar a su causa a un enorme séquito de personalidades entre las que podemos destacar a Kate Millet o a Suzanne Kessler, estrecha colaboradora del excéntrico doctor que renegó de él posteriormente⁴¹¹.

Dentro de la línea crítica, Cheryl Chase, fundadora y directora de la “Intersex Society of North America” manifiesta su desacuerdo con ambas formas de tratar el problema pues, aunque cree en la conveniencia de fijar un género determinado para los y las intersex, Chase ve en ambos enfoques una vinculación innecesaria del género a la anatomía del individuo. Si bien la definición progresiva de un género puede ayudar a la integración social de los y las pacientes, la cirugía, de ser ésta necesaria, debe estar fundada sobre la libre elección de una personalidad madura y adulta. Preguntada sobre el proceder de ambos médicos en el artículo “Sexual identity not pliable after all”, Chase contesta a su interlocutora: “Ellos no pueden concebir dejar a alguien tranquilo”⁴¹².

Aunque tanto el enfoque de Money como el de Diamond poseen elementos de gran atractivo médico y filosófico, Butler ha querido profundizar en el tema para concluir que ambos comparten una serie de férreos presupuestos que convierten sus propuestas en marcos disciplinarios de gran peligrosidad. Aunque Butler no profundiza en estos presupuestos, creemos que los más importantes son: la fe ciega en el dimorfismo sexual, la vinculación del género a la anatomía, la vinculación de ambas al deseo sexual, y en cuarto lugar pero no menos importante, el prejuicio que privilegia la heterosexualidad sobre la homosexualidad. O lo que es lo mismo, desde las instituciones se cree firmemente que los sujetos intersexuales o hermafroditas deben ser anatómicamente varones o mujeres, que se debe construir una personalidad acorde con este dimorfismo y finalmente que el deseo sexual debe apuntar inexorablemente hacia la

⁴⁰⁹ Butler, J., *Deshacer el género*, p. 94.

⁴¹⁰ Véase la polémica, iniciada años atrás, a través del libro Money, J. and Green, R., *Transsexualism and sex reassignment*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1969 y el artículo de Diamond, M. y Sigmundsen, H. K., “Sex Reassignment at Birth, A Long Term Review and Clinical Implications”, en *Archives of Pediatric & Adolescent Medicine*, vol. 151, March 1997, pp. 298-304.

⁴¹¹ Véase Kessler, Suzanne J., *Lessons from the intersexed*, New Jersey, Rutgers University Press, 1998.

⁴¹² “They can’t conceive of leaving someone alone”. Angier, N., “Sexual identity not pliable alter all, report say”, publicado en *The New York Times*, 14 de Marzo de 1997.

mitad de la humanidad que queda asignada al sexo opuesto. Convendremos que esto implica una imposición de una magnitud ingente. Por lo tanto, ambos “experimentos” parecen estar basados en dos discursos, construccionista y esencialista, ambos opresivos, que ayudados de bisturí y terapia, pretenden ir formando una identidad a la que se le exige mucho para ser amada.

Cuando Natalie Angier declara que el caso David Reimer tiene “la fuerza de una alegoría” (“the force of allegory”) quiere decir que su caso particular pone sobre el tapete la problemática interna al discurso intersex, hermafrodita y trans. El debate se plantea entre defender un humanismo que apunta a un deseo interno de ser varón o mujer que pueda fundamentar las operaciones de cambio de sexo o apoyar un marco más libre de elección no fundamentado en presupuestos cartesianos que privilegia la dignidad y libertad del individuo en detrimento de una más fácil justificación clínica (de carácter psico-biológico o genético) para conseguir el cambio de sexo⁴¹³.

Pero Butler va más allá,... ¿no es David Reimer en cierta medida una alegoría de cualquier otra persona, sea ésta varón o mujer? Y añadimos desde la reflexión anterior, ¿acaso existe alguna subjetividad sobre la que no se ejerza en mayor o menor medida ésta, en palabras de Foucault, “política de la verdad”, este cúmulo de supuestos que operan para formar nuestra personalidad e incluso nuestros cuerpos? ¿Existe algún individuo que encaje perfectamente en la norma? ¿Es posible ser amado y amada más allá de ésta?

Debe haber alguna forma de romper los límites, las cadenas, los corsés que nos forman, los moldes que, paradójicamente, somos. La pensadora americana denuncia abiertamente desde presupuestos foucaultianos la brutalidad de la práctica clínica en aras de conseguir un fracasado pigmalión donde lo imposible, sexo-género-deseo, converja y, lo que es más difícil, perdure dentro de una sociedad artificialmente dicotomizada según lo que los individuos poseen entre las piernas.

Las dramáticas historias de Herculine Barbin y David Reimer, por lo tanto, nos han de servir de acicate para investigar los mecanismos productivos del poder con respecto a la idea de “sexo verdadero”. Para ello, analizaremos la evolución del pensamiento foucaultiano hasta el encuentro del francés con el tema de la sexualidad. Además, trataremos de trazar este camino desvelando las luces y las sombras que, desde la perspectiva de Butler, presenta la propuesta del preclaro teórico francés.

⁴¹³ Sobre este debate, Butler profundiza en su citado libro *Deshacer el género*, más concretamente en su capítulo “Desdiagnosticar el género”, pp. 113-148.

Foucault es un referente insalvable tanto para el feminismo como para los estudios gays y lesbianos y la “queer theory”⁴¹⁴. Todos y todas quieren atribuirse la afiliación foucaultiana pero, como veremos, las disquisiciones del francés no siempre casan fácilmente con las pretensiones políticas de los movimientos actuales. Muchos de estos han querido anclar su lucha en algún tipo de referente fijo, substancial, llámese naturaleza, deseo o sexo, pero la gran virtud del pensamiento de Foucault es haber desarrollado una arqueología del saber que desvela todos estos cimientos como fruto de un juego interesado del sistema de poder⁴¹⁵.

Hasta llegar a la sexualidad, Foucault estudia la genealogía de otras formas de saber en torno a la locura y la delincuencia en obras como *El nacimiento de la clínica*⁴¹⁶, *Historia de la locura*⁴¹⁷ o *Vigilar y castigar*⁴¹⁸. Esta última supone un momento insalvable para entender el análisis que nuestro pensador hace del sexo, ya que muchas de sus consideraciones en torno a la formación del delincuente son paralelas a las realizadas en relación a la creación social de la subjetividad sexualmente sana y normalizada.

Las tesis defendidas por el francés en *Vigilar y castigar* vienen esbozadas ya en una serie de conferencias que Foucault imparte en Rio de Janeiro entre el 21 y el 25 de Mayo de 1973⁴¹⁹. En su cuarta y quinta conferencia, tituladas “La sociedad disciplinaria y la exclusión” y “La inclusión forzada; el secuestro institucional del cuerpo y del tiempo personal”⁴²⁰, bajo la influencia de Jeremy Bentham y su teoría del panoptismo, Foucault cataloga el siglo XIX como la edad del control u “ortopedia social”⁴²¹. Mediante estas expresiones se trata de describir una transformación de la sociedad occidental hacia nuevas formas de esclavitud, ahora mucho más sutiles, que se ejercen de manera vedada y que, más que sobre prohibiciones, trabaja mediante control y

⁴¹⁴ “Michelle Perrot, una de las historiadoras francesas que colaboró con Foucault en alguno de sus trabajos, informa acerca del interés con el que el genealogista francés se acercó al movimiento de liberación de las mujeres que se desarrolló en Francia a partir de los años sesenta. (...) Jana Sawicki, por su parte, analiza el impacto de Foucault entre las feministas de Estados Unidos. Y Marie-Hélène Bourcier también se detiene en ese proceso y se refiere en primer lugar a autoras tan conocidas como Teresa de Laurentis y Judith Butler, para pasar luego a trabajos de otras feministas y terminar con representantes de la teoría *queer*.” Varela, J. y Álvarez-Uría, en su introducción a Foucault, M., *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*, Madrid, Siglo XXI, 2005, pp. XXXV-XXXVII. Véase también la nota a pie de página que acompaña a la cita en el libro.

⁴¹⁵ Véase Foucault, M., *La arqueología del saber*, Madrid, Siglo XXI, 2002.

⁴¹⁶ Foucault, M., *El nacimiento de la clínica*, Madrid, Siglo XXI, 2003.

⁴¹⁷ Foucault, M., *Historia de la locura en la época clásica*, volúmenes I y II, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.

⁴¹⁸ Foucault, M., *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Madrid, Siglo XXI, 1994.

⁴¹⁹ Véase Foucault, M., *La verdad y las formas jurídicas*, op. cit.

⁴²⁰ *Ibid.*, pp. 93-148.

⁴²¹ Véase *Ibid.*, p. 103.

correcciones. Desde esta óptica, el cuerpo, eje de todo este proceso, pasa a ser entendido no ya como una superficie neutra donde se inscriben los castigos sino como una instancia cargada de significado que puede ser formada y reformada⁴²².

Los dispositivos de poder forman los sujetos y, a su vez, paralelamente, generan unos mecanismos de saber que fundamentan y sostienen el mismo sistema en una suerte de espiral aparente, sin fundamento estable, pero que producen una clara impresión de naturalidad y evidencia por el propio movimiento de su proceder⁴²³. En el caso concreto de la criminalidad, los múltiples focos de poder crean los presidios donde se encierra para su control y estudio a una serie de personas que han cometido alguna ilegalidad. Sobre estas personas cae una infinidad de saberes médicos, psiquiátricos, jurídicos, etc., que las forman y catalogan como “delincuentes” para posteriormente extraer de ellas una información que justifique y refuerce el poder ejercido sobre las mismas. De esa forma, la sociedad ha creado un aparato que no solo (ni principalmente) recluye la delincuencia, sino que la crea y refuerza a través de la construcción de subjetividades “delictivas”, “naturalizadas” posteriormente por los mismos mecanismos de control y formación que las crearon.

En lo que a la sexualidad concierne, el mecanismo descrito nos interesa al menos en dos sentidos. El primero es porque explica cómo algo generado, forzado, puede adquirir una evidente impresión de naturalidad. En segundo lugar, lo hasta aquí descrito es importante por el lugar preeminente que ocupa la disciplina sexual en la ciencia disciplinaria general. En este sentido, ya en 1973, Foucault intuye que:

“Hay algo muy curioso en estas instituciones y es que, si aparentemente son todas especializadas –las fábricas están hechas para producir; los hospitales, psiquiátricos o no, para curar; las escuelas para enseñar; las prisiones para castigar-, su funcionamiento supone una disciplina general de la existencia que supera ampliamente las finalidades para las que fueron creadas. Resulta muy curioso observar, por ejemplo, cómo la inmoralidad (la inmoralidad sexual) fue un problema considerable para los patrones de las fábricas en los comienzos del siglo XIX. Y esto no sólo en función de los problemas de natalidad, que entonces se controlaba muy mal, al menos en cuanto a su incidencia demográfica: es que la patronal no soportaba el libertinaje obrero, la sexualidad obrera. Resulta sintomático que en los

⁴²² Véase *Ibid.*, pp. 140-141.

⁴²³ Véase *Ibid.*, p. 143.

hospitales, psiquiátricos o no, que han sido concebidos para curar, el comportamiento sexual, la actividad sexual, estén prohibidos.»⁴²⁴

El pensador francés tiene aquí una fuerte intuición que desarrollará unos años más tarde: el “sexo” es un gran invento humano, antinatural, creado y fomentado para ejercer el control en todos los ámbitos sociales. La afirmación es brutalmente contraintuitiva y rompe con nuestra “natural” manera de entender el sexo como una evidencia, un dato inexcusable, pero Foucault, mediante su genealogía, nos hace ver que incluso esta forma “evidente” de ver el sexo no es más que una ilusión, la más grande tal vez, pues tiene como objeto hacer inaccesible cualquier intento de análisis crítico sobre ella misma. El sexo es lo que es y ya está, pensamos. El sexo es mucho menos y mucho más de lo que es, nos vendrá a decir Foucault.

En este viaje de cuatro décadas hacia la idea de sexo no podemos desestimar la gran importancia de *Vigilar y castigar*, obra donde a pesar de centrar su investigación en los mecanismos punitivos de poder, Foucault establece los principios metodológicos que posibilitarán un año después que la idea de sexo pueda ser analizada desde presupuestos no sólo sancionadores y censores, sino productivos y formadores⁴²⁵. En esta obra, Foucault profundiza en la microfísica del poder y en la idea de cómo éste produce saber, retroalimentándose ambas instancias (poder-saber), para atravesar el cuerpo y generar la idea de alma (esencia)⁴²⁶.

De este análisis debemos extraer dos conclusiones tremendamente importantes para nuestro estudio. La primera es que debemos abandonar la idea de una subjetividad libre que “despierta” y se opone al poder desde algún tipo de instancia anterior a él. Esta conclusión foucaultiana, que traerá de cabeza al feminismo actual, sitúa la agencia política en un problemático círculo vicioso, pues el francés defiende que el sujeto es un elemento derivado del poder y está siempre atrapado en él, por lo que la liberación de esta atadura parece imposible ya que no hay sujeto sin esclavitud. No hay libertad en estado puro, no hay esencia cuasi-divina a la que apelar, sino que toda acción del sujeto se hace siempre dentro, y la mayoría de las veces a favor, de esta estructura multiforme y omnipresente de poder. La segunda conclusión es que el mecanismo de poder genera, aunque parezca paradójico, una ilusión muy real, el alma, encaminada a alimentar falsas

⁴²⁴ *Ibid.*, pp. 139-140.

⁴²⁵ Véanse las cuatro reglas para el análisis de los mecanismos punitivos aplicados con posterioridad a la investigación en torno a la sexualidad en Foucault, M., *Vigilar y castigar*, p. 30.

⁴²⁶ Véase *Ibid.*, pp. 32-35.

esperanzas y a engendrar extraños sueños de emancipación. En el sujeto sujetado, atravesado su cuerpo por un sinfín de micro poderes y macro saberes, se forma la idea del alma, una especie de deber ser, esencia propia que esconde con celo la mayor de las mentiras: fue creada por aquella instancia contra la que parece que se opone. Se cierra así un sistema diabólico donde las revoluciones personales y sociales retroalimentan la matriz de poder. Dejemos que las palabras de Foucault resuenen perversamente en nuestros oídos:

“No se debería decir que el alma es una ilusión, o un efecto ideológico. Pero sí que existe, que tiene una realidad, que está producida permanentemente en torno, en la superficie y en el interior del cuerpo por el funcionamiento de un poder que se ejerce sobre aquellos a quienes se castiga, de una manera más general sobre aquellos a quienes se vigila, se educa y corrige, sobre los locos, los niños, los colegiales, los colonizados, sobre aquellos a quienes se sujeta a un aparato de producción y se controla a lo largo de toda su existencia. Realidad histórica de esa alma, que a diferencia del alma representada por la teología cristiana, no nace culpable y castigable, sino que nace más bien de procedimientos de castigo, de vigilancia, de pena y de coacción. El alma real e incorpórea no es en absoluto substancia; es el elemento en el que se articulan los efectos de determinado tipo de poder y la referencia de un saber, el engranaje por el cual las relaciones de saber dan lugar a un saber posible, y el saber prolonga y refuerza los efectos del poder. Sobre esta realidad se han construido conceptos diversos y se han delimitado campos de análisis: psique, subjetividad, personalidad, conciencia, etc.; sobre ella se han edificado técnicas y discursos científicos; a partir de ella, se ha dado validez a las reivindicaciones morales del humanismo. Pero no hay que engañarse: no se ha sustituido el alma, la ilusión de los teólogos, por un hombre real, objeto de saber, de reflexión filosófica o de intervención técnica. El hombre del que se nos habla y que se nos invita a liberar es ya en sí un efecto de un sometimiento mucho más profundo que él mismo. Un “alma” lo habita y lo conduce a la existencia, que es una pieza en el dominio que el poder ejerce sobre el cuerpo. El alma, efecto e instrumento de una anatomía política; el alma, prisión del cuerpo.”⁴²⁷

⁴²⁷ *Ibid.*, p. 36.

Y al igual que hiciera con la psique, la subjetividad, la personalidad o la conciencia, Foucault, en 1976, comienza ahora a elaborar su historia de la sexualidad para centrarse en una de las grandes producciones que sobre el cuerpo ha inscrito el poder: el sexo verdadero. Se centra nuestro autor en esta idea por la importancia que ha adquirido dentro del ámbito de la reivindicación y lucha política en unas décadas, la de los 60 y la de los 70, en la que parecía que la liberación personal pasaba irremisiblemente por la liberación sexual. Esta liberación sexual se apoyaba en una estructura explicativa del problema en la que poder y la sexualidad se oponen. Es la llamada hipótesis represiva por la que se entiende que la sexualidad está reprimida por el poder y que multiplicar sus efectos es, en definitiva, desafiar el poder que la censura. Pero Foucault vuelve aquí a desplegar su ojo clínico. Como ya hiciera con su análisis de los mecanismos punitivos, ahora, el francés, analiza el poder en relación al sexo no desde presupuestos represivos sino productivos. Desde el XIX, el poder no ha ejercido de censor del sexo, sino que, a partir del desarrollo de una multitud de focos de saber (la psiquiatría, la medicina, la pedagogía, etc.), ha hecho el sexo omnipresente, convirtiendo a éste, no en uno de los mecanismos, sino en *el mecanismo* de control principal de los seres humanos. El sistema es circular, como ya explicáramos con anterioridad en el contexto de *Vigilar y castigar*, en el sentido de que necesita de la idea de un “sexo verdadero” y natural que fundamente todos esos deseos creados y todas esas reivindicaciones que no vienen sino a reforzar el propio sistema que las crea. Al igual que Foucault utilizara en la obra del 75 la expresión “delincuencia útil”⁴²⁸, aquí podríamos referirnos sin temor a equivocarnos a un “sexo útil” que, aun siendo construido, se basta para generar toda una “sexualidad útil” en aras de perpetuar el “status quo” social.

Foucault es consciente de la irreverencia de su propuesta y, por ello, al final del primer volumen de la *Historia de la sexualidad: La voluntad de saber*, más concretamente en el capítulo titulado “Derecho de muerte y poder sobre la vida”, él mismo se autoformula la crítica que en relación a su manera de entender el sexo se plantea por puro sentido común:

“Se me dirá: eso es caer en un historicismo más apresurado que radical; es esquivar, en provecho de los fenómenos quizá variables pero frágiles, secundarios y en suma superficiales, la

⁴²⁸ *Ibid.*, p. 285.

existencia biológicamente sólida de las funciones sexuales; es hablar de la sexualidad como si el sexo no existiese.”⁴²⁹

La defensa que hace el francés de su propuesta consiste en clarificar que el error se encuentra precisamente en esa obsesión constante de la historia de la filosofía por separar biología e historia cuando éstas se interrelacionan irremisiblemente⁴³⁰. El sexo como dato puro de la biología es un anclaje falso y ficticio⁴³¹ creado por los dispositivos de sexualidad⁴³². El conjunto de estos dispositivos es lo que Foucault llama “scientia sexualis”⁴³³, que comprende un número de supuestos saberes en aumento desde la Edad Media como la demografía, medicina, psiquiatría, psicología, moral, pedagogía, crítica política, etc⁴³⁴. Ordenados en torno a la anatomopolítica del cuerpo y la biopolítica del poder⁴³⁵, estos saberes tienen por objeto “hacer de todo el sexo palabra”⁴³⁶. Así, colocando la idea de sexo como dato inexcusable en el centro de la reflexión, esta idea permitió aunar elementos anatómicos, biológicos, conductas y placeres, ocultándose su origen derivado y tornándose principio causal y omnipresente⁴³⁷. Un principio de importancia vital, por cuanto se eleva a instancia explicativa por la que se tiene que pasar para acceder a la propia inteligibilidad, a la propia identidad⁴³⁸:

“Se podría añadir que *el sexo* desempeña otra función aún, que atraviesa a las primeras y las sostiene. Papel más práctico que teórico esta vez. En efecto, es por el sexo, punto imaginario fijado por el dispositivo de sexualidad, por lo que cada cual debe pasar para acceder a su propia inteligibilidad (puesto que es a la vez el elemento encubierto y el principio productor de sentido), a la totalidad de su cuerpo (puesto que es una parte real y amenazada de ese cuerpo y

⁴²⁹ Foucault, M., *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*, p. 160.

⁴³⁰ Véase *Ibid.*, p. 161.

⁴³¹ Véase *Idem.*

⁴³² Véase *Ibid.*, p. 162.

⁴³³ Foucault describe en su obra dos maneras de producir la “verdad del sexo”, la “ars erótica” y la “scientia sexualis” (Véase *Ibid.*, pp. 59 y ss.). La primera es la propia de las sociedades numerosas orientales mientras que la segunda parece ser patrimonio exclusivo de occidente. Creemos que Foucault es algo maniqueo en este análisis por cuanto da una visión bastante romántica del “ars sexualis”, desarrollada fundamentalmente en forma de literatura erótica, y la contraponen a una visión bastante diabólica de la “scientia sexualis”, constituida por una serie de saberes pretendidamente científicos y manipuladores. Por otra parte, creemos que se podría también poner en duda esa dicotomía tan fuerte que genera el prejuicio de creer que nuestra cultura occidental no ha desarrollado literatura erótica y que la oriental no ha tratado de abordar el sexo desde una óptica científica.

⁴³⁴ Véase *Ibid.*, p. 34.

⁴³⁵ Véase *Ibid.*, pp. 144-154.

⁴³⁶ *Ibid.*, p. 21.

⁴³⁷ Véase *Ibid.*, p. 164.

⁴³⁸ Véase *Ibid.*, p. 165.

constituye simbólicamente el todo), a su identidad (puesto que une a la fuerza de una pulsión la singularidad de una historia).”⁴³⁹

Al poner sobre el tapete este elemento “imaginario” que es el sexo, el dispositivo de sexualidad suscita el deseo del mismo, el deseo de sacarlo, de conocerlo, y nos hace creer que enarbolamos la bandera del sexo contra el poder cuando precisamente esa deseabilidad creada nos ata más al dispositivo que ha creado este espejismo. Es a esto a lo que Foucault llama “el brillo negro del sexo”⁴⁴⁰.

Por lo tanto, es importante no poner el sexo del lado de la realidad y la sexualidad del lado de las ideas vagas creadas por la historia, sino más bien al contrario. Sólo así seremos conscientes del error de pensar que diciendo sí al “sexo”, decimos no al poder. De esta forma, Foucault nos está llamando a destruir la idea de “sexo” y por tanto, la idea de diferencia sexual⁴⁴¹, tan importante antaño para la lucha feminista, sustituyendo a ésta por la de los cuerpos y los placeres⁴⁴² y evitando lo que él llama la “gran ironía del dispositivo de sexualidad”, que nos hace creer que en él reside nuestra liberación⁴⁴³. Es por eso que Butler considera que toda la operación consistente en delimitar una subjetividad sexual, en este caso la “mujer”, para que ésta ejerza de principio y fin metafísico de la lucha feminista, no hace más que reforzar el sistema por cuanto éste sobrevive y crece precisamente gracias a la creencia en esta escisión “originaria”. Esta senda es errónea al menos en dos sentidos: por un lado, no existe ese sujeto esencial “mujer” pues todas las identidades son construidas socialmente; por el otro, el uso político de la propia categoría nos condena a perpetuar precisamente las desigualdades que pretendemos erradicar. El punto arquimédico de la praxis feminista se desvela no sólo irreal sino también tramposo.

Estas disquisiciones son el eje central de *La voluntad de saber* (primer volumen de la *Historia de la sexualidad*), un libro escrito en contra del psicoanálisis y, como ya hemos comentado, en contra de la liberación sexual anclada en las tesis freudo-marxistas⁴⁴⁴.

⁴³⁹ *Idem.*

⁴⁴⁰ *Ibid.*, p. 166.

⁴⁴¹ En palabras de Butler, refiriéndose a las aportaciones de Wittig y Foucault, “The demarcation of that difference does not precede the cultural interpretation of that difference...” Butler, J., “Sex and gender in Simone de Beauvoir’s second sex”, p. 47.

⁴⁴² Véase Foucault, M., *Historia de la sexualidad*, p. 167.

⁴⁴³ Véase *Ibid.*, p. 169.

⁴⁴⁴ Para conocer las fuentes de las que bebe Foucault en esta obra véase *Ibid.*, pp. XXIII-XXIX.

A pesar de su innegable aportación, la teoría de Foucault deja aún algunas incógnitas y sobre todo muchas ambigüedades. A quién beneficia esta sexualidad y en qué medida, son cuestiones que Foucault deja resuelta la mayoría de las veces de forma bastante insatisfactoria, por referirse siempre al poder como principio y fin de todo intento explicativo, es decir, el poder crea para retroalimentarse y seguir creando, pero qué sea concretamente este poder, quién lo dirige y con qué intenciones, son cuestiones en las que creemos que Foucault pasa tan solo de puntillas. De esta forma, el poder en la teoría de Foucault desempeña un papel extraño, por erigirse en una especie de significante universal, omniexplicativo. Pero, ¿no parece un poco contradictorio que el francés convierta el poder en una instancia quasi-divina? Y es más, ¿una instancia que lo explica todo no es realmente una instancia que no explica nada?

El paso valiente de Foucault en su denuncia del “sexo” como una idea falsa destinada a manipular al ser humano nos permite, por un lado, contemplar un nuevo lienzo que él describe como el de los cuerpos y los placeres, pero, por otro lado, parece sumirnos en nuevos problemas; pues ambas instancias corren el mismo riesgo de ser convertidas en anclajes esenciales y punto sólido de partida para la acción política pero, ¿no es el cuerpo también una instancia ya desde el principio politizada? ¿No son los placeres también fruto y refuerzo del propio dispositivo de la sexualidad? Esto es lo que Butler llama “el problema de los cuerpos en Foucault”. Según Salih, “si el alma es la cárcel del cuerpo como Foucault afirma, entonces eso significa que un cuerpo preexistente es actuado más allá de las estructuras sociales”⁴⁴⁵. Pensar en un cuerpo substancializado o en unos placeres presociales se antoja de nuevo una vuelta al problema del que Foucault trata de escapar una y otra vez, el problema del sexo verdadero, el problema de la verdad de la persona. Ésta es, por lo tanto, una madeja en la que la teoría de Foucault parece quedar nuevamente atrapada.

Desde aquí, los caminos seguidos por el feminismo han sido diversos. Un gran número de pensadoras han omitido las obras foucaultianas y han continuado ancladas en los presupuestos metafísicos de una subjetividad pregenérica capaz de liberarse y de transformar el entorno social apelando a su origen, a su esencia, a su substancia. Otras sin embargo, las más valientes en nuestra opinión, han tomado en serio las advertencias de Foucault y han dado lugar a un nuevo tipo de pensamiento, llamado postfeminismo,

⁴⁴⁵ Salih, S., *op. cit.*, p. 127. Salih fundamenta sus afirmaciones sobre todo en lo ya afirmado por Butler años antes en su artículo “Foucault and the Paradox of Bodily Inscriptions”, en *Journal of Philosophy*, University of Columbia, November, 1989, número 86 (11), pp. 601-607.

que trata de afrontar la problemática de la acción política desde presupuestos marcadamente construccionistas y de buscar los posibles fallos del sistema que pudieran llevar a conclusiones no previstas por éste. O sea, no se trataría ya de oponerse al poder (esto es imposible, nosotros y nosotras somos poder), sino de buscar una especie de difícil cortocircuito de la matriz poder-saber.

Haciendo un breve recuento de logros y fracasos, en el transcurrir del presente capítulo hemos prestado primeramente atención a los ataques hacia la bipolar visión del concepto “género” y su vinculación al “sexo” (De Beauvoir, Rubin, etc.), posteriormente abordamos las posturas que defienden que todo sexo es también “género” (Wittig, etc.) para finalmente y de la mano de Foucault terminar advirtiendo que no hay base sólida, biológica, esencial para el sujeto.

Es el nuestro un proyecto *suicida*, pues ataca la misma subjetividad y su supuesto fundamento inalterable. Es un proyecto también teatral, puesto que la liberación no consiste en salirse del sistema (nuevamente imposible), sino en tratar de crear nuevas reglas del juego en los márgenes genéricos establecidos por el dispositivo de la sexualidad para cada individuo⁴⁴⁶. Se trataría de jugar (en un juego muy serio, sin duda, y muy alejado del voluntarismo) a ser otra, a ser muchas, para comprobar si el sistema puede asimilar esa distopía que se opone al “conócete a ti mismo” socrático que emerge de cuerpos dóciles y que refuerza el sistema.

Se trataría, no sólo de eliminar las categorías de género y sexo como categorías organizativas de lo real, sino romper su dualidad varón-mujer y multiplicarla hasta el infinito para hacerlo ininteligible y por tanto libre. Como nos dice Judith Butler:

“A través de la encarnación útil de la ambigüedad, las oposiciones binarias pierden claridad y fuerza, y *masculino* y *femenino* como términos descriptivos pierden su utilidad. Puesto que la ambigüedad genérica puede tomar muchas formas, el género mismo promete proliferar en un fenómeno múltiple para el que deben ser encontrados nuevos términos.”⁴⁴⁷

⁴⁴⁶ “Elegir un género en este contexto no es desplazarse más allá del género desde un lugar descorporeizado, sino reinterpretar la historia cultural que el cuerpo ya viste.” (“To *choose* a gender in this context is not to move in upon gender from a disembodied locate, but to reinterpret the cultural history which the body already wears.”) Butler, J., “Sex and gender in Simone de Beauvoir’s second sex”, p. 48.

⁴⁴⁷ “Through the purposeful embodiment of ambiguity binary oppositions lose clarity and force, and ‘masculine’ and ‘feminine’ as descriptive terms lose their usefulness. Inasmuch as gender ambiguity can

De la mano del tercer género de Wittig y del sistema de múltiples géneros sugerido por Foucault⁴⁴⁸, el campo normalizado antaño por el sexo y el género considerados éstos desde el punto de vista metafísico explota en un sinfín de posibilidades desde el momento que entendemos que todo el género, y lo que es más importante, todo el sexo, es social y por tanto puro teatro (un teatro de marionetas, al menos en parte) y juego (un juego muy serio, como veremos más adelante). Se trata de sustituir la estrategia ingenuamente opositiva (no hay un “más allá” en el sexo, no hay un “aún mejor” donde colocarse, no hay un “más real” donde vivir) por la imaginativa, para que lo real desborde a lo racional y las posibilidades de ser (y el ser es siempre ser “sexuado” o “generizado”, como se prefiera) sean inabarcables y por tanto libres. ¿Cómo será posible este nuevo mundo?... Dejaremos que Butler nos muestre su propuesta en posteriores disquisiciones y trataremos de desarrollar nuestra propia visión de la cuestión en los capítulos finales de este estudio.

take many forms, gender itself thus promises to proliferate into a multiple phenomenon for which new terms must be found.” *Ibid.*, p. 47.

⁴⁴⁸ “Descubrimientos antropológicos de sistemas de terceros géneros y géneros múltiples sugieren, por lo tanto, que el dimorfismo en sí se hace significativo sólo cuando los intereses culturales lo requieren, y que el género más habitualmente se fundamenta sobre los requerimientos de parentesco que en exigencias anatómicas.” (“Anthropological findings of third genders and multiple gender systems suggest, however, that dymorphism itself becomes significant only when cultural interests require, and that gender is more often based upon kinship requirements than an anatomical exigencias.”) *Ibid.*, p. 48.

3.8. Sexo y género en la teoría de Judith Butler

Sexo, género y deseo⁴⁴⁹ forman una caja de Pandora recurrente en el trabajo de Judith Butler. La problemática se populariza, como no podía ser de otra manera, con su obra *El género en disputa*, pero lo que muchas personas desconocen es que las tesis butlerianas estaban formándose años antes.

En 1986 escribe dos artículos centrados en los trabajos de Simone de Beauvoir, Monique Wittig y Michel Foucault. El primero de estos artículos es el ya reseñado anteriormente “Sex and Gender in Simone de Beauvoir’s *Second Sex*”⁴⁵⁰. En él, la autora desde la primera página muestra claramente la intención de cuestionar la matriz sexo-género al objeto de desestabilizar la opresiva identidad que se esconde tras el sujeto del feminismo. A este respecto, abre fuego con las siguientes palabras:

“Una no nace mujer, más bien llega a ser una mujer - la formulación de Simone de Beauvoir distingue sexo de género y sugiere que el género es un aspecto de la identidad gradualmente adquirido. (...) Además, si la distinción es coherentemente aplicada, no queda claro si ser un sexo dado tiene alguna consecuencia necesaria para convertirse en un género dado. La presuposición de una relación causal o mimética entre el sexo y el género queda minada.”⁴⁵¹

Como podemos comprobar, a partir de la teoría de Simone de Beauvoir, Butler comienza a transitar una peligrosa senda que la llevará a reflexionar en profundidad sobre los fundamentos del feminismo tal y como aún se entendía en la década de los ochenta.

⁴⁴⁹ “La relación entre sexo, género y deseo va a ser dislocada por Butler, pensada de nuevo quebrando el orden tradicional en el que los elementos se hacían encajar de acuerdo con la norma de la coherencia y de la regla de la naturalidad de los sexos y la práctica de la heterosexualidad.” En Burgos, E., *Qué cuenta como una vida. La pregunta por la libertad en Judith Butler*, p. 140.

⁴⁵⁰ Butler, J., “Sex and Gender in Simone de Beauvoir’s *Second Sex*”. *Yale French Studies*, *op. cit.*

⁴⁵¹ “<<One is not born a woman, but rather becomes, a woman>> - Simone de Beauvoir’s formulation distinguishes sex from gender and suggest that gender is an aspect of identity gradually acquires. (...) Moreover, if the distinction is consistently applied, it becomes unclear whether being a given sex has any necessary consequence for becoming a given gender. The presumption of a causal or mimetic relation between sex and gender is undermine.” *Ibid.*, p. 35.

Tan sólo unos meses más tarde, Butler amplía el abanico de referentes en el artículo "Variations on Sex and Gender: Beauvoir, Wittig, and Foucault", publicado en la revista *Praxis Internacional*⁴⁵². Añade a la influencia de Simone de Beauvoir, las reflexiones que Wittig y Foucault realizaron en relación a la categoría "sexo" y a la construcción del cuerpo. Estas nuevas influencias provocan que añada a su tesis *Subjects of Desire*, escrita en 1984, un capítulo entero para su publicación en 1987. En estas páginas añadidas, Butler amplía su anterior concepción del deseo dentro de la dialéctica hegeliana con aportaciones de autores como Lacan, Deleuze, Derrida y el mencionado Foucault.

Como consolidación de este nuevo rumbo filosófico, Butler escribe en 1988 "Performative Acts and Gender Constitution: An Essay in Phenomenology and Feminist Theory"⁴⁵³. En este artículo, enuncia una preclara concepción de la subjetividad desde la acción, desde lo performativo, que marcará toda su obra posterior. Para llegar a esta nueva manera de comprender al sujeto, Butler muestra su visión plástica y antiessentialista del cuerpo afirmando que "(el cuerpo) deviene su género a través de una serie de actos que se renuevan, se revisan y se consolidan con el paso del tiempo"⁴⁵⁴.

En 1989, la autora norteamericana profundiza en estas cuestiones con "Foucault and the Paradox of Bodily Inscriptions" publicado en *Journal of Philosophy*⁴⁵⁵ y "Gendering the Body: Beauvoir's Philosophical Contribution" recopilado en el libro de Ann Garry and Marilyn Pearsall, *Women, Knowledge, and Reality: Explorations in Feminist Philosophy*⁴⁵⁶. Además, durante este año, Butler estudia la teoría de Julia Kristeva, pensadora a la que convertirá en interlocutora regular de sus libros a principios de los noventa. Este acercamiento se materializa por primera vez en el artículo "The Body Politics of Julia Kristeva", publicado en la revista *Hypatia*⁴⁵⁷ y posteriormente incluido en su obra de 1990 *El género en disputa*, precisamente la obra en la que confluyen todas las citadas influencias. A continuación analizaremos sus primeras

⁴⁵² Butler, J., "Variations on Sex and Gender: Beauvoir, Wittig, and Foucault", en *Praxis Internacional*, *op. cit.*

⁴⁵³ Butler, J., "Performative Acts and Gender Constitution: An Essay in Phenomenology and Feminist Theory." Conboy, K., Medina, N. y Stanbury, S. (eds.), *op. cit.*

⁴⁵⁴ "... (the body) becomes its gender through a series of acts which are renewed, revised, and consolidated through time." *Ibid*, p. 523.

⁴⁵⁵ Butler, J., "Foucault and the Paradox of Bodily Inscriptions", en *Journal of Philosophy*, *op. cit.*

⁴⁵⁶ Butler, J., "Gendering the Body: Beauvoir's Philosophical Contribution" en Garry, A. and Pearsall, M. (eds.), *Women, Knowledge, and Reality: Explorations in Feminist Philosophy*, Boston, Unwin Hyman, 1989, pp. 253-262.

⁴⁵⁷ Butler, J., "The body politics of Julia Kristeva" en *Hypatia: Journal of Feminist Philosophy*, Winter 1989, nº 3 (3), pp. 104-118.

páginas, pues, en ellas, nuestra pensadora comienza firmemente a elaborar una propuesta política altamente arriesgada y polémica.

En el primer capítulo, y tras haber realizado la ya mencionada crítica a la categoría de mujer basada fundamentalmente en las objeciones vertidas desde la producción teórica de las mujeres de color, Butler incluye unos epígrafes destinados a replantearse las relaciones entre género, sexo y deseo⁴⁵⁸.

De inicio, nuestra autora abre el capítulo con citas de Simone de Beauvoir, Julia Kristeva, Luce Irigaray, Michel Foucault y Monique Wittig. A continuación. Se dispone a extraer todo el potencial subversivo implícito en la teoría de Simone de Beauvoir y su distinción entre género y sexo. Según ella, si el género es el significado cultural que el cuerpo sexuado asume, debemos admitir que, aun cuando sigamos confiados en la existencia de los dos sexos tradicionales, no es necesario limitar el género a una concepción binaria. Del mismo modo parece plausible pensar que las construcciones culturales “masculino” y “femenino” no tienen por qué estar necesariamente vinculadas al cuerpo anatómicamente catalogado como “varón” y “mujer” respectivamente. Así Butler profundiza en la fisura existente entre el género y el sexo que De Beauvoir no supo explotar, llegando a conclusiones tan revolucionarias como las siguientes:

“Si se entiende el género como los significados culturales que el cuerpo sexuado asume, entonces de ninguna manera puede decirse que un género provenga de un sexo. Llevado a su límite lógico, la distinción sexo/género sugiere una discontinuidad radical entre cuerpos sexuados y géneros culturalmente construidos.

Asumiendo por el momento la estabilidad del binarismo sexual, no se sigue que la construcción *hombres* se concentrará exclusivamente en los cuerpos *macho* o que *mujeres* se interpretará sólo en cuerpos *hembra*⁴⁵⁹. Más aun, incluso si los sexos parecen ser aporriadamente binarios en su morfología y constitución (hecho que será puesto en duda), no hay ninguna razón para asumir que los

⁴⁵⁸ Véase “The Compulsory Order of Sex/Gender/Desire” págs. 9-11; “Gender: The Circular Ruins of Contemporary Debate” pp. 11-18; “Theorizing the Binary, the Unitary, and Beyond” pp. 18-22; “Identity, Sex and the Metaphysics of Substance” pp. 22-33. Todos ellos incluidos en el capítulo 1 de Butler, J., *Gender Trouble*.

⁴⁵⁹ Las cursivas son nuestras y reconocen las reservas que este humilde traductor mantiene con respecto a los términos anglosajones “male y “female”, traducibles según el contexto como “macho”-“hembra”, como “masculino”-“femenino” o, para nuestra sorpresa, según WordReference, como “sexo masculino”-“sexo femenino”, expresiones estas últimas que, desde la óptica butleriana, se nos antojan inviables y paradójicas. Con respecto a ellas, tal vez el propio diccionario no sea más que el reflejo de la propia confusión lingüística generada por el prejuicio social que vincula, hasta casi mimetizar, el género al sexo.

géneros también deberían seguir siendo dos. La presuposición de un sistema binario sexual implícitamente conserva la creencia en una relación mimética del género y el sexo por el cual los géneros reflejan el sexo o de alguna manera son restringidos por el.”⁴⁶⁰

Es decir, aun admitiendo la existencia de dos sexos (concesión que Butler pronto pondrá también bajo sospecha), no hay razones para vincular el género masculino o femenino a su supuestamente correspondiente cuerpo de varón o mujer respectivamente. Además, la separación creada entre sexo y género abre la posibilidad de multiplicarse a este último hasta el infinito pues, aun cuando sigamos en la creencia de que sólo existen dos modelos anatómicos, el del hombre (macho) y el de la mujer (hembra), los géneros, ahora desvinculados de la noción de sexo, pueden ser tan diversos como las distintas formas en que la cultura dota de significados a lo “masculino” o lo “femenino”. Se abre aquí un abanico de posibilidades intermedias infinitas, nuevos modos de estar en el mundo que desbordan sobremanera el estrecho marco social dibujado por dos únicos géneros. Así, defiende que hoy en día se puede ser “hombre”, “mujer”, o cualquier otra cosa que la dinámica cultural establezca sin que esto sea un demérito para con estas nuevas formas de existir, liberadas por fin del halo metafísico que remitía una y otra vez a los dos géneros tradicionales como las verdaderas y únicas maneras de existencia.

Pero Butler tiene aún una clara intención de “ir más allá”, ¿y si el sexo propiamente, a pesar de su aparente incuestionabilidad, fuera también un producto social?, ¿y si ese cuerpo que vemos es ya un cuerpo cargado de significado que dirige o fuerza nuestra propia mirada a interpretarlo exclusivamente como “masculino” y “femenino”?, ¿y si el cuerpo no existiera como dato puro?, ¿y si no fuera más que otra categoría contaminada con fines patriarcalmente reproductivos?

Transita aquí Butler una senda minada al pretender poner en cuestión uno de los datos más estables del “sentido común”: el cuerpo. Es tal vez una tarea que afronta con cierta osadía juvenil, sin profundizar, a golpe de afirmación atrevida poco fundamentada. Con valentía afirma:

⁴⁶⁰ “If gender is the cultural meanings that the sexed body assumes, then a gender cannot be said to follow from a sex in any one way. Taken to its logical limit, the sex/gender distinction suggest a radical discontinuity between sexed bodies and culturally constructed genders.

Assuming for the moment the stability of binary sex, it does not follow that the construction of *men* will accrue exclusively to the bodies of males or that *women* will interpret only female bodies. Further, even if the sexes appear to be unproblematically binary in their morphology and constitution (which will become a question), there is no reason to assume that genders ought also to remain as two. The presupposition of a binary gender system implicitly retains the belief in a mimetic relation of gender to sex whereby genders mirrors sex or is otherwise restricted by it.” *Ibid.*, p. 10.

“¿Y qué es *el sexo* al fin y al cabo? ¿Es natural, anatómico, cromosómico, u hormonal, y cómo debe una crítica feminista evaluar los discursos científicos que pretenden establecer tales *hechos* para nosotros? ¿Tiene el sexo una historia? ¿Tiene cada sexo una historia o historias diferentes? ¿Hay una historia de cómo la dualidad sexual fue establecida, una genealogía que pudiera exponer las opciones binarias como una construcción variable? ¿Son los ostensibles hechos naturales del sexo discursivamente producidos por varios discursos científicos al servicio de otros intereses políticos y sociales?”⁴⁶¹

Se trata ahora por tanto, de cuestionar la naturalidad del sexo, del propio cuerpo. Esa evidencia anatómica, hormonal, ¿será tal vez un producto histórico interesado?, ¿un producto tan perverso que clausura su propia crítica genealógica bajo una falsa “evidencia”? Butler introduce así el dedo en la llaga. No sólo el género es histórico y social, sino que el mismo sexo lo es. Valiente afirmación sin duda, que contraría tanto el sentido común como los enunciados científicos pero, ¿no será quizás la ciencia un gran aliado de esta aparente farsa?

Y llegados a este punto, la pregunta se hace imprescindible, ¿cuál es entonces la diferencia entre género y sexo?, ¿existe tal diferencia?, ¿es el sexo tal vez no más que género (construcción social) elevado a la categoría de substancia?:

“Si el inmutable carácter del sexo es refutado, quizás este constructo llamado *sexo* sea un género culturalmente construido; más aun, quizás éste siempre fue ya género, con la consecuencia de que la distinción entre sexo y género resulta no ser una distinción en absoluto.”⁴⁶²

Así pues, deja de tener sentido distinguir entre género y sexo pues todo es género. Ya no podemos definir el género como la interpretación cultural de un sexo

⁴⁶¹ “And what is *sex* anyway? Is it natural, anatomical, chromosomal, or hormonal, and how is a feminist critic to assess the scientific discourses which purport to establish such *facts* for us? Does sex have a history? Does each sex have a different history, or histories? Is there a history of how the duality of sex was establish, a genealogy that might expose the binary options as a variable construction? Are the ostensible natural facts of sex discursively produced by various scientific discourses in the service of other political and social interests?” *Idem*.

⁴⁶² “If the inmutable character of sex is contested, perhaps this construct called *sex* is a culturally constructed gender; indeed, perhaps it was always already gender, with the consequence that the distinction between sex and gender turns out to be no distinction at all.” *Ibid.*, p. 11.

dado de antemano, sino precisamente como el aparato que establece precisamente la falsa idea de sexo “verdadero”:

“Esto no tendría sentido entonces. Definir el género como la interpretación cultural del sexo si el sexo en sí mismo es una categoría generizada. El género no debería ser concebido simplemente como la inscripción cultural de significado sobre un sexo dado de antemano (una concepción jurídica); el género debe más bien designar el aparato mismo de producción por el cual los mismos sexos se establecen.”⁴⁶³

No trabajamos, pues, a dos niveles al hablar del sexo y del género. Este último no es el conjunto de significados culturales que se inscribe sobre una substancia, el cuerpo, previa sino que en cierta medida la crea. Por lo tanto, Butler acaba de dinamitar el dualismo cartesiano implícito en el seno de la teoría feminista al afirmar que no podemos remitir el género a lo social y el sexo a lo natural sino que todo, y repetimos, todo es social e histórico. No hay nada sólido, nada previo a lo que acudir. Este efecto substancial que desprende el cuerpo, el sexo, no es más que eso, un efecto, una ilusión (aunque una muy *real*) puramente cultural:

“Por consiguiente, el género no es a la cultura como el sexo a la naturaleza; el género es también el significado discursivo/cultural por el cual *la naturaleza sexual* o el *sexo natural* es producido y establecido como *prediscursivo*, anterior a la cultura, una superficie política neutra sobre la cual la cultura actúa.”⁴⁶⁴

Destaquemos que Butler enuncia todas estas duras afirmaciones en menos de una página. Por ello, a continuación, y al objeto de profundizar en la herida, en el epígrafe titulado “Gender: the circular ruins of contemporary debate”⁴⁶⁵, nuestra pensadora trata de complementar las tesis de Simone de Beauvoir con las de Luce Irigaray. En la línea de Beauvoir, Irigaray muestra que la cultura occidental está

⁴⁶³ “It would make no sense, then. To define gender as the cultural interpretation of sex, if sex itself is a gendered category. Gender ought not to be conceived merely as the cultural inscription of meaning on a pre-given sex (a juridical conception); gender must also designate the very apparatus of production whereby the sexes themselves are established.” *Idem*.

⁴⁶⁴ “As a result, gender is not to culture as sex to nature; gender is also the discursive/cultural means by which *sex nature* or *nature sex* is produced and established as *prediscursive*, prior to culture, a political neutral surface on which culture acts.” *Idem*.

⁴⁶⁵ *Ibid.*, pp. 11-18.

generizada en beneficio del varón. Mientras que De Beauvoir expone que la “mujer” es el “Otro” en la relación con el varón, Irigaray sentencia que tanto el sujeto como lo “otro” a él son una construcción del simbolismo “falocéntrico”. En la economía falocéntrica, la mujer no es simplemente inferior al varón, sino que es “este sexo que no es (uno)” (“this sex which is not one”)⁴⁶⁶, aquello que no puede ser representado ni tan siquiera pensado dentro del discurso masculinista. Lo femenino es la “diferencia” del esquema binario que en ambos polos representa únicamente lo masculino. Es por ello que Irigaray considera lo femenino como una posible arma contra la economía masculinista por desvelar que esta economía se constituye como una falsa metafísica de la substancia. No obstante, Irigaray, según Butler, cae en la incoherencia de denunciar la falsedad de la metafísica de la substancia masculinista contraponiéndole sin embargo una suerte de esencialismo femenino. Tal y como dice Burgos, Butler reconoce el mérito del trabajo de Irigaray en virtud de las puertas que abre al feminismo, pero critica a su vez “su recurso a un placer específicamente femenino que hace derivar de la autonomía femenina y que no permite fácilmente huir de postulados esencialistas”⁴⁶⁷. Ocurre además que la teoría de Irigaray deja entrever que la sexualidad femenina queda ajena al construccionismo social. Al igual que Wittig hiciera con la “lesbiana”, Irigaray apela así a una instancia, la mujer, más allá de las dinámicas del poder. Butler considera que todas estas propuestas suponen una vuelta al esencialismo⁴⁶⁸ que impiden replantearse las bases del feminismo desde una nueva concepción del sujeto como pura construcción social. Igualmente Butler critica la visión universal y monolítica que Irigaray da de la economía masculinista, en un esfuerzo totalizador que omite los infinitos matices temporales y locales. Por último, Butler podría coincidir con Irigaray en la consideración del sexo como substancia cimentada por el lenguaje. No obstante, la francesa busca otro lenguaje, la escritura femenina, que en las consideraciones de Butler no es más que un nuevo constructo ficticio con tintes metafísicos que el propio lenguaje crea también como algo que pretende descubrir.

Tal y como ocurriera con el pensamiento de Simone de Beauvoir, Butler considera que en Irigaray está el germen de la crítica al binarismo sexual, pero

⁴⁶⁶ Parafresemos aquí el famoso título de la obra de Irigaray, *This sex which is not one*, publicado por Cornell University Press en 1985.

⁴⁶⁷ Burgos, E., *Qué cuenta como una vida*, p. 145

⁴⁶⁸ Recuérdese la crítica que Butler ejerce sobre las teorías prejurídicas de la mano de Nietzsche tal y como expusimos en el capítulo 1. Igualmente es interesante comprobar la deuda butleriana para con Derrida y Foucault con respecto a su manera de entender el sujeto tal y como puede consultarse en el mismo capítulo.

finalmente, la francesa vacila a la hora de llevar sus propias tesis a las últimas consecuencias. Tal y como nos explica Moya Lloyd: “Al final, tanto Beauvoir como Irigaray mantienen que la diferencia sexual es un aspecto natural de la existencia humana- la posición que verdaderamente Butler quiere cuestionar”.⁴⁶⁹

Butler recoge con maestría las propuestas de De Beauvoir, Irigaray, Wittig, Kristeva y Foucault entre otros y, a partir de los puntos de encuentro y sobre todo de las múltiples discrepancias entre todos ellos, elabora su arriesgada teoría de género.

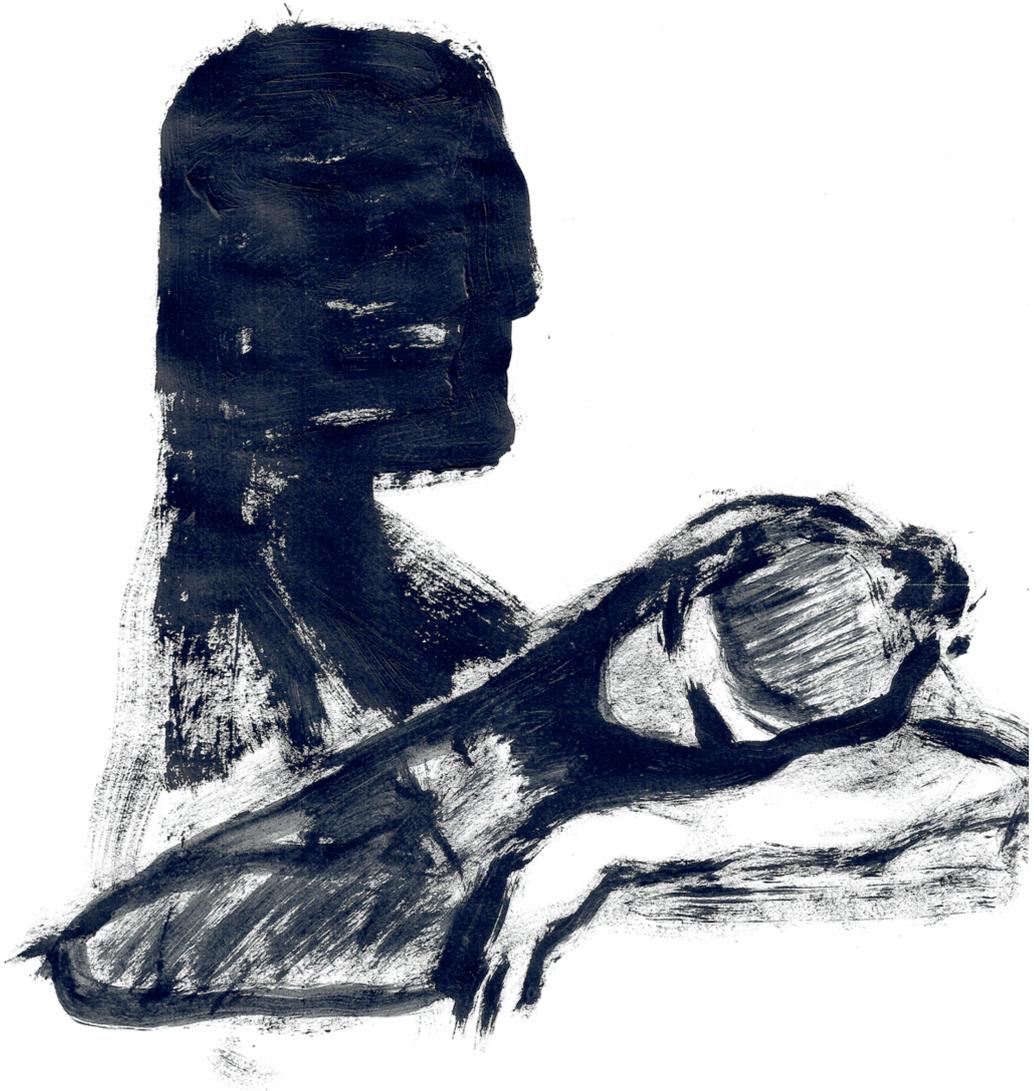
El género es una instancia indisoluble de la identidad, por cuanto ésta es siempre una identidad generizada. Es decir identidad y género se construyen socialmente de manera simultánea y sin necesidad de apelación a ninguna esencia previa. No existe el sujeto “antes de” la identidad genérica o el género “verdadero” de determinada persona. Por lo tanto, toda identidad de género es siempre prescriptiva y por ello creadora de la diferencia sexual. De esta manera se solidifica la idea de “sexo”, de cuerpos “de varón” o “de mujer”, llamados por “naturaleza” a consumir el deseo heterosexual. Este sistema niega pues el reconocimiento a aquellos y aquellas cuya identidad no responda al férreo patrón de correspondencia entre género, sexo y deseo socialmente instituido. Constituyen estos sujetos un límite de inteligibilidad, un límite además que estipula de manera cruel la separación entre la vida que cuenta como vida y la que simplemente carece de dignidad humana.

Lo interesante, pensamos, de la propuesta butleriana es el haber elaborado una teoría que trata de ir más allá del esencialismo, adquiera éste la forma que adquiera. No se puede combatir un sistema masculinista pretendidamente metafísico desde instancias anteriores o superiores, ni mucho menos desde falsos presupuestos universalistas. Según Butler no hay asidero metafísico desde el que criticar el heterocentrismo o el falocentrismo, se trataría más bien de infiltrarnos en sus mecanismos ocultos de producción y perpetuación para denunciar que toda identidad es construida y así poder generar una nueva forma de entender la subjetividad desde presupuestos postestructuralistas.

Recuperar, en nuestra opinión, un proyecto humanista elaborando éste desde presupuestos no metafísicos es la difícil tarea a la que se encomienda Butler. Difícil por cuanto trata de construir nuevas bases teóricas para la política feminista renunciando a asideros firmes, sin caer en el voluntarismo radical o en el construccionismo mal

⁴⁶⁹ “In the end, both Beauvoir and Irigaray maintain that sexual difference is a natural aspect of human existence- the very position that Butler wants to query.” Lloyd, M., *op. cit.*, p. 31.

entendido. Sexo, género, sujeto, identidad, deseo, instancias que remiten unas a otras en una especie de inestable construcción que, sin embargo, no amedrentan a Butler en su empeño de crear una realidad política futura más humana, más democrática, más feminista, más “queer”.



CAPÍTULO 4

Formación del sujeto y agencia en la teoría de Judith Butler

“Quería ser capaz de formular una teoría de la capacidad de actuar que, por un parte, no fuera radicalmente voluntarista y que, por otra, no estuviera tan sujeta al determinismo que las posibilidades de nuevas acciones estuvieran totalmente excluidas. De modo que diría que mi trabajo temprano se proponía establecer que es posible actuar incluso aunque —o precisamente porque— estamos atrapados por las normas.”

Opinión de Judith Butler extraída de la entrevista realizada por Elvira Burgos y María Prado Ballarín, incluida en Burgos, E., *Qué cuenta como una vida. La pregunta por la libertad en Judith Butler*, pp. 407-408.

4.1. Performatividad y parodia en *El género en disputa*

El género en disputa pone sobre el tapete dos cuestiones centrales para el debate feminista de nuestro siglo. En primer lugar, como ya hemos tratado en las páginas anteriores, el análisis que Butler realiza de la contingente correlación entre sexo, género y deseo abre la discusión en torno a la necesidad de cuestionar las propias bases del feminismo. En segundo lugar, tal vez incluso para sorpresa de la propia autora, las páginas dedicadas a la práctica drag desatan todo un debate alrededor del rumbo que debería tomar la praxis política. Es por eso que el objetivo final de este apartado será mostrar la primera formulación de la agencia butleriana desarrollada en la obra mencionada.

Conozcamos pues, las bases de la propuesta política butleriana que queda por primera vez expresada en el capítulo cuarto de *El género en disputa* titulado “Subversive Bodily Acts”, concretamente en el apartado cuarto “Bodily Inscriptions, Performative Subversions”⁴⁷⁰ e inmediatamente después, en la conclusión de la obra, titulada “From Parody to Politics”⁴⁷¹.

Butler inicia “Bodily Inscriptions, Performative Subversions” enlazando con el análisis anteriormente expuesto en torno a las categorías de sexo, género y deseo. Así, afirma que el “sexo verdadero” y el “género diferenciado” han sido los estables puntos de referencia para gran parte tanto de la teoría feminista como de la política del mismo sesgo⁴⁷². Estas identidades “coherentes” han sido en muchas ocasiones el tradicional punto de partida epistemológico para la elaboración de un proyecto en defensa de las “mujeres”. Pero lo que Butler se plantea es... ¿realmente existe ese sujeto anterior, “coherente” dentro de la matriz sexo-género? ¿Existe un interés específico “femenino” o un “punto de vista” que deba preceder y prefigurar la política feminista? ¿Existe ese cuerpo sexuado como subsuelo y lugar de inscripciones culturales? ¿Es el cuerpo la firme base sobre la que operan el género y los sistemas de heterosexualidad compulsiva

⁴⁷⁰ Butler, J., *Gender Trouble*, pp. 163-180.

⁴⁷¹ *Ibid.*, pp. 181-190.

⁴⁷² Véase *Ibid.*, pp. 163-164.

o más bien son las fuerzas políticas las que precisamente limitan y forman el cuerpo con intereses estratégicos bajo la marca del “sexo verdadero”?⁴⁷³

En este punto, Butler parece quedar intelectualmente huérfana. Si bien intelectuales como Nietzsche, De Beauvoir, Wittig y Foucault han acompañado a la norteamericana en su análisis de la matriz sexo-género aportando intuiciones de valor incalculable, ahora nuestra pensadora se lamenta por considerar que los referentes anteriormente citados han persistido en juzgar al cuerpo como el lugar sobre el que se inscribe lo cultural, el género⁴⁷⁴. Butler muestra este hecho con la apropiación de la expresión foucaultiana “the body is the inscribed surfaced of events”⁴⁷⁵. Por lo tanto, para Foucault, así como para Nietzsche, los valores culturales emergen como inscripción sobre el cuerpo. El problema para Butler de estas insuficientes propuestas consiste en que “manteniendo un cuerpo anterior a su inscripción cultural, Foucault parece asumir una materialidad anterior a la significación y la forma”⁴⁷⁶. Sin embargo Butler se atreve a cuestionar esta dicotomía entre natural y cultural, sexo y género, al afirmar bajo la influencia de Mary Douglas⁴⁷⁷ que lo que constituye el límite del cuerpo no es meramente material sino que la propia piel, en su superficie está significada con tabús y transgresiones anticipadas. Adelanta Butler con estas afirmaciones sus interesantes ideas en torno a lo “abyecto” como límite formativo de la propia subjetividad, y su concepción de las dicotomías naturaleza-cultura, cuerpo-mente, interior-exterior como imaginarias barreras constitutivas del sujeto “coherente”.

En este punto, la cuestión para Butler no es cómo se interioriza la identidad⁴⁷⁸ sino cómo y por qué se genera en el discurso público la disyuntiva “interior-exterior” dando lugar a la idea de un cuerpo previo. Y lo más interesante para nuestro estudio: si pudiéramos mostrar que toda esta estructura no es más que un juego de espejos donde no hay punto firme, llámese naturaleza, cuerpo o sexo, ¿estaremos en disposición de desmontar el citado andamiaje teórico? Si el género, incluso el sexo, son “construidos” desde una matriz desigual, parece lógico pensar que se pueden igualmente deconstruir y

⁴⁷³ Véase *Ibid.*, pp. 164.

⁴⁷⁴ Véase *Ibid.*, pp. 165.

⁴⁷⁵ Frase que extrae de Foucault, M., “Nietzsche, Genealogy, History” en Bouchard, D. (ed.), *Lenguaje, Counter-Memory, Practice: Selected Essays and Interviews by Michel Foucault*, Cornell University Press, 1977, p. 148.

⁴⁷⁶ Butler, J. *Gender Trouble*, p. 166.

⁴⁷⁷ Para profundizar en la influencia de Mary Douglas en la teoría butleriana véase *ibid.*, pp. 166 y ss.

⁴⁷⁸ Cuestión que Butler no considera vital en 1990 pero sobre la que vuelve cinco años más tarde y a la que dedica casi en su integridad la obra *Mecanismos psíquicos del poder*.

volver a montar desde presupuestos más democráticos. Y he aquí donde aparece la polémica figura drag.

Butler trae a colación la práctica drag a través de la idea de performatividad. La norteamericana afirma que:

"En otras palabras, los actos, gestos, y el deseo producen el efecto de un corazón interno o substancia pero producen éste *sobre la superficie* del cuerpo a través del juego de las ausencias significativas que sugieren pero nunca revelan el principio organizativo de la identidad como una causa. Tales actos, gestos, promulgaciones, generalmente construidas, son *performativas* en el sentido en que la esencia o la identidad que ellos pretenden expresar son *fabricaciones* manufacturadas y sostenidas por signos corpóreos y otros medios discursivos. Que el cuerpo generizado sea performativo sugiere que no tiene estatuto ontológico más allá de los diversos actos que constituyen su realidad. Esto también sugiere que si aquella realidad es fabricada como una esencia interior, esa verdadera interioridad es el efecto y la función de un discurso decidido pública y socialmente, la regulación pública de la fantasía a través de la política sobre la superficie del cuerpo, el control de la frontera sexual que distingue interior de externo, e instituye la *integridad* del sujeto."⁴⁷⁹

Queremos destacar tras esta cita el hecho de que Butler, en 1990, en ocasiones parece reproducir en su teoría un problema ampliamente criticado por ella misma en las propuestas de muchos de sus referentes (Beauvoir, Irigaray, Foucault, etc.): el cuerpo como algo previo sobre lo que se inscribe el género. Destaquemos que en el inicio de la cita Butler menciona que son precisamente los actos, gestos y deseos⁴⁸⁰ los que

⁴⁷⁹ "In other words, acts, gestures, and desire produce the effect of an internal core or substance, but produce this *on the surface* of the body, through the play of signifying absences that suggest, but never reveal, the organizing principle of identity as a cause. Such acts, gestures, enactments, generally construed, are *performative* in the sense that the essence or identity that they otherwise purport to express are *fabrications* manufactures and sustained through corporeal signs and other discursive means. That the gendered body is performative suggest that it has no ontological status apart from the various acts which constitute its reality. This also suggests that if that reality is fabricated as an interior essence, that very interiority is an effect and function of a decidedly public and social discourse, the public regulation of fantasy through the surface politics of the body, the gender border control that differentiates inner from outer, and so institutes the *integrity* of the subject." Butler, J., *Gender Trouble.*, p. 173.

⁴⁸⁰ Nos parece bastante desafortunado que Butler coloque aquí el "deseo" como instancia formadora de la identidad de género por cuanto puede llevar a una confusa interpretación de los deseos como un "a priori" desde el que emerge alguna suerte de identidad o sexo verdadero. Creemos que su inclusión se debe a un pequeño desliz de la autora pues mermaría la coherencia interna de la propuesta de Butler que ella misma apostara por un deseo previo cuando precisamente lo más interesante de su filosofía consiste en fundamentar la política desde bases postestructuralistas y deconstruccionistas.

producen “sobre la superficie” del cuerpo el efecto de una sustancia “interior”. Sin duda alguna, esta afirmación resulta un tanto extraña pues puede dar a entender que el cuerpo es una sustancia previa sobre la que inscribir el género. Nada más lejos, pensamos, de las intenciones de nuestra autora. Creemos que Butler es aquí presa de un lenguaje que nos traiciona una y otra vez. Además, parece claro que la complejidad del cuerpo desborda las iniciales expectativas de la joven filósofa. Nuestra pensadora intuye rápidamente en los años posteriores a *El género en disputa* que el cuerpo es una “patata caliente” que requiere un análisis específico. Está situado en el nudo de la identidad y es el elemento donde se inscribe la agencia y desde el que ésta se abre al mundo. Y es muy difícil de deconstruir y reconstruir. No obstante, volveremos a esta cuestión más adelante.

Volviendo al texto anterior, Butler llama a estos gestos que se inscriben “sobre la superficie del cuerpo” actos “performativos”, por su capacidad de construir aquello de lo que dicen precisamente emanar. Por tanto, el cuerpo sexuado deja de tener estatus ontológico y pasa a tener estatus performativo, constituyendo así su “realidad” y “verdad” en su (¿propia?) práctica. Y es en este punto donde introduce por primera vez a la figura drag a partir de las reflexiones de la antropóloga Esther Newton⁴⁸¹:

“Yo sugeriría también que la drag subvierte completamente la distinción entre el espacio psíquico interior y exterior y que se burla eficazmente tanto del modelo expresivo de género como de la noción de una auténtica identidad de género.”⁴⁸²

Esta afirmación provocó un gran revuelo en cuanto que la práctica drag fue interpretada como el modelo de subversión. Pero fijense en la expresión “as well”. Creemos que no es baladí destacar estas dos palabras traducibles al español como “también”. Con ellas, Butler está afirmando que la drag “también” subvierte las identidades de género y no precisamente que la práctica drag es la “única” forma posible de subvertirlas tal y como un gran número de sus detractores y detractoras han querido derivar de la teoría butleriana. A pesar de generar ella misma la confusión, creemos que Butler no tuvo nunca intención de destacar la práctica drag como la única

⁴⁸¹ Véase Newton, E., *Mother Camp: Female Impersonators in America*, Chicago, University of Chicago Press, 1972.

⁴⁸² “I would suggest as well that drag fully subverts the distinction between inner and outer psychic space and effectively mocks both the expressive model of gender and the notion of a true gender identity.” Butler, J., *Gender Trouble*, p. 174.

forma viable de lucha política⁴⁸³. Verlo así es tal vez juzgar demasiado apresuradamente las intenciones de Butler. De hecho, Sara Salih, buena conocedora de la filosofía butleriana, afirma con gran sentido del humor que “no sería enteramente práctico para usted travestirse mañana para ir al trabajo, pero seguro que debe haber actos performativos menos dramáticos que efectivamente llamarán la atención en relación a la construcción del género y a su naturaleza construida”⁴⁸⁴. Así pues, ¿cómo deberíamos entender la propuesta drag de la norteamericana?

En nuestra opinión, cuando Butler saca a la palestra la figura de la drag, lo que pretende es realizar su análisis al objeto de desmontar los presupuestos en torno al género verdadero. Creemos que Butler estaba aún poco preparada para desarrollar un programa de acción política específico y prescriptivo. Entenderlo de otra forma sería atribuir una ingenuidad excesiva a nuestra autora, e implicaría que Butler está defendiendo que la práctica drag debería ser algo así como el único modelo para la acción feminista. Si revisamos detenidamente los textos, parece que Butler destaca la figura drag, más que por representar un canon de praxis política, por el interés que tiene la acción de éste/a al desvelar que toda identidad de género es contingente. Su fuerza consiste en parodiar con su travestismo la idea de identidad de género original. Siguiendo sus palabras:

“La noción de un original o una identidad de género primigenia es habitualmente parodiada dentro de las prácticas culturales drag, travestis, y de la estilización sexual de las identidades *butch/femme*. (...) En la imitación del género, la drag implícitamente revela la estructura imitativa del género en sí - así como su contingencia.”⁴⁸⁵

⁴⁸³ En esta misma línea, en su artículo “Modificación del cuerpo, ¿parodia o subversión?” publicado en *Dossiers Feministes*, Universitat Jaume I, 2001, Sonia Reverter Bañón se atreve a relacionar “el complicado entramado conceptual de Butler” (p. 47) con la transformación y reinención corporal de Madonna. Si bien afirma claramente que el caso de Madonna no puede tomarse como paradigmático de subversión por mantenerse anclado en el dualismo genérico y en gran parte del imaginario heterosexual (la lolita, la zorra rubia, la agresiva morena, la lesbiana sexy, etc., p. 47 y ss.) consideramos muy interesante y enriquecedor el intento de visualización de la teoría de Judith Butler a partir de personajes que el gran público, más allá del ámbito académico, conoce y mediante los cuales puede sentirse atraído por la temática del cuerpo y la capacidad del sujeto para performarlo.

⁴⁸⁴ “It might not be enterely practical for you to turn up at work in drag tomorrow, but you’re sure there must be less dramatic performative acts that will effectively draw attention to gender’s constituted and constructed nature.” Salih, S., *op. cit.* p. 73.

⁴⁸⁵ “The notion of an original or primary gender identity is often parodied within the cultural practices of drag, cross-dressing, and the sexual stylization of butch/femme identities. (...) In imitating gender, drag implicity reveals the imitative structure of gender itself- as well as its contingency.” Butler, J., *Gender Trouble*, pp. 174-175.

Por lo tanto, en la parodia drag, en la imitación estilizada de la masculinidad o feminidad a través del travestismo y la “performance”, se revela que todo género es realmente imitativo y contingente. Es decir, la actuación drag no es una imitación de un original porque el original no existe. Todo género es imitativo, una fantasía performativa sobre la que se idea (y materializa) una fantasía de la fantasía. La drag, con respecto a la mujer o al hombre que imita, no mantiene una relación de lo imitado con respecto al original porque no hay realmente identidad de género original, natural o esencial:

“La noción de parodia de género defendida aquí no asume que hay un original al que tales identidades paródicas imitan. (...) así que la parodia de género revela que la identidad original tras la cual el género se viste es una imitación sin origen.”⁴⁸⁶

Y de esta forma, la drag, con su imitación que efectivamente desplaza el propio sentido de original, parodia el mito de la originalidad misma⁴⁸⁷.

En un artículo de 1983 titulado “Postmodernism and Consumer Society”⁴⁸⁸, Fredric Jameson establece una interesante distinción entre “pastiche” y “parodia”. El “pastiche”, según Jameson, es una manera neutra de realizar la imitación. En sus propias palabras es un acto de “mímesis”⁴⁸⁹. La parodia sin embargo aporta un plus con su “impulso satírico”, su “risa”, siendo así el “pastiche” una especie de “parodia descafeinada”⁴⁹⁰, una parodia sin gracia (política).

De este modo, hemos de entender que cuando Butler utiliza la figura drag y su imitación paródica, lo hace amparada en el poder político que emerge de la risa. La drag imita el original no con la intención de mimetizarlo, sino de parodiarlo, es decir, reirse de ese supuesto original en cuanto que original. Cuando vemos una de esas maravillosas drags travestidas en mujer u hombre, no podemos más que dejar escapar alguna sonrisa tan sólo de pensar cuan drags somos nosotros y nosotras mismas en la vida diaria,

⁴⁸⁶ “The notion of gender parody defended here does not assume that there is an original which such parodic identities imitate. (...) so gender parody reveals that the original identity after which gender fashions itself is an imitation without an origin.” *Ibid.*, p. 175.

⁴⁸⁷ Véase *Ibid.*, p. 176.

⁴⁸⁸ Butler menciona este artículo en *El género en disputa* a partir de la página 176. El artículo de referencia está incluido en Hal Foster (ed.). *The Anti-Aesthetic: Essays on Postmodern Culture*, Port Townsend, WA., Bay Press, 1983.

⁴⁸⁹ Jameson, F., “Postmodernism and Consumer Society”, en Hal Foster (ed.), *op. cit.*, p. 114.

⁴⁹⁰ La expresión utilizada por Jameson es “blank parody”. Véase *Idem.*

persiguiendo de forma irrisoria un ideal fantasmático disfrazado de esencia o identidad verdadera.

No obstante déjenme adelantarles que no toda práctica paródica, aún amparada en la risa, es subversiva. Butler ya es consciente de esta cuestión durante su redacción de *El género en disputa*⁴⁹¹ tal y como muestra la opinión recogida en el libro de manera tajante:

“La parodia no es subversiva por sí misma, y debe de haber alguna manera de entender qué hace que cierto tipo de repeticiones parodicas sean efectivamente disruptivas, verdaderamente problemáticas, y qué repeticiones terminan siendo domesticadas y nuevamente difundidas como instrumentos de la hegemonía cultural.”

492

Por tanto, cierto es que no podemos identificar ingenuamente parodia con subversión pues algunas de estas repeticiones provocan precisamente lo contrario, el refuerzo del sistema hegemónico. La cuestión pues se torna en qué tipo de práctica paródica puede servir al objetivo político de desestabilizar el sistema. Butler es consciente, plantea incluso la pregunta⁴⁹³, pero misteriosamente, por inmadurez o desconocimiento, la cuestión se diluye sin encontrar una respuesta clara en *El género en disputa*. Tal vez nos enfrentemos aquí a la principal debilidad de la propuesta butleriana: no queda expresado claramente su proyecto prescriptivo. Deja así Butler sobre la mesa una idea sugerente, pero en parte huérfana de resolución satisfactoria, razón por la cual, tras las críticas recibidas en los años posteriores a la publicación de *El género en disputa*, se ve obligada a clarificar su postura en *Cuerpos que importan*. En esta obra que analizaremos posteriormente, Butler somete a análisis diversos prototipos drag, desde los emanados de la industria cinematográfica de Hollywood hasta los

⁴⁹¹ Más adelante, concretamente en su obra *Cuerpos que importan*, también se hace consciente de que no toda práctica paródica termina estando anclada en la risa. Butler llega a esta conclusión tras el análisis del documental *Paris is Burning*, que analizaremos posteriormente.

⁴⁹² “Parody by itself is not subversive, and there must be a way to understand what makes certain kinds of parodic repetitions effectively disruptive, truly troubling, and which repetitions become domesticated and recirculated as instruments of cultural hegemony.” Butler, J., *Gender Trouble*, pp. 176-177.

⁴⁹³ Véase *Ibid.*, p. 177. Aquí podemos leer: “¿Qué performance provocará una reconsideración del lugar y la estabilidad de lo masculino y lo femenino? ¿Y que tipo de performance de género actuará y revelará la performatividad del género en sí mismo, de manera que desestabilice las categorías naturalizadas de identidad y deseo.” (“What performance where will compel a reconsideration of the place and stability of the masculine and the feminine? And what kind of gender performance will enact and reveal the performativity of gender itself in a way that destabilizes the naturalized categories of identity and desire.”)

vinculados a los suburbios que tan bien quedan retratados en el documental *Paris is burning*, para tratar de discernir qué hay en ellos que posibilita o impide la desestabilización del sistema hegemónico de género.

A partir de la drag, Butler muestra el carácter ficcional y fantasmático de todo género. Es precisamente la sedimentación normativa prolongada en el tiempo la que genera extrañas construcciones como “el sexo natural” o “la mujer real”. Es decir:

“Consideremos que la sedimentación de género produce el fenómeno peculiar del *sexo natural* o la *mujer verdadera* u otro número de convincentes y frecuentes ficciones sociales, y que esto es una sedimentación que con el tiempo ha producido un juego de estilos corpóreos que, de forma reificada, aparece como la configuración natural de los cuerpos dentro del sexo existente en una relación binaria el uno al otro.”⁴⁹⁴

El género es pues una práctica, regulada ésta severamente por las normas de género, de la que emergen como verdad un sistema binario de sexos donde los cuerpos son acomodados bajo una supuesta naturaleza inherente a ellos. Creemos que lo que Butler defiende aquí es que debemos abandonar la pretensión de que el género no es más que un efecto de superficie que viene a desenvolver convenientemente algún tipo de naturaleza inherente. Más bien el cuerpo sexuado se crea a golpes normativos desde la superficie y es precisamente en la práctica en la que se va solidificando la ficción del sexo. Sería por tanto ridículo pensar el sexo desde una dialéctica interior-exterior, donde lo externo ha de abrazar la “adecuación” con alguna esencia oculta. Más bien interior-exterior constituye una estructura falaz que encubre un sistema de creación y modelado del cuerpo desde la puesta en práctica una y otra vez de los ideales genéricos normalizados. El sexo, por tanto, no es más que una actualización constante del género.

Invertido el punto de vista gracias a la práctica drag, queda aún por preguntarnos si este complejo entramado lleno de espejos falsos deja algún resquicio para cambiar de rumbo las pretensiones del sistema. Es decir, ¿existen fisuras en las normas de género que posibiliten la aparición de nuevos géneros, sexos, identidades, en definitiva, nuevas subjetividades imposibles de ubicar en el binarismo hombre-mujer?

⁴⁹⁴ “Consider that a sedimentation of gender produces the peculiar phenomenon of a “natural sex” or a “real woman” or any number of prevalent and compelling social fictions, and that this is a sedimentation that over time has produced a set of corporeal styles which, in reified form, appear as the natural configuration of bodies into sex existing in a binary relation to one another.” *Ibid.*, p. 178.

Dado que el género no despliega una esencia natural sino que se esculpe en el cuerpo reconstruyéndolo permanentemente a partir de una idea, Butler considera que todo género es absolutamente fantasmático e irrealizable al completo⁴⁹⁵. Es decir, la identidad de género no es una esencia interna vinculada a una anatomía específica sino un “deber ser” que activa los cuerpos en pos de una realización que, al igual que toda materialización de un ideal, se presenta como una empresa imposible. Es precisamente en esta distancia entre el ideal normativo y la materialización de este ideal donde encontramos algunas grietas por donde desestabilizar el sistema de identidades genéricas.

“Las posibilidades de una transformación de género deben ser encontradas precisamente en la relación arbitraria entre tales actos, en la posibilidad de un fallo de repetición, una de-formación, o en una repetición paródica que exponga el efecto fantasmático de la identidad duradera como una construcción políticamente tenue.”⁴⁹⁶

El género no expresa ninguna naturaleza, es performativo y, como tal, está sujeto a error, rearticulación, redireccionamiento, deformación, parodia o subversión. Y en todas estas situaciones, el género puede generar (o degenerar) nuevas identidades, conscientes ahora de que ninguna identidad expresa o revela nada. La drag desvela que no hay identidades verdaderas y falsas, reales o irreales pues todas ellas no son más que ficciones regulatorias materializadas o erradas con el mismo valor ontológico o substancial: ninguno.

De ahí la gran importancia de su práctica, la inmensa fuerza de su risa:

“Así, hay una risa subversiva en el efecto *pastiche* de las prácticas paródicas en las cuales el original, lo auténtico, y lo verdadero son constituidos como efectos. La pérdida de las normas de género tendría el efecto de hacer proliferar configuraciones genéricas, desestabilizándose la identidad substancial, y privando a las narrativas

⁴⁹⁵ “El género es también una norma que jamás puede internalizarse, lo interno es un significante superficial, y las normas de género son finalmente fantasmáticas, imposibles de incorporar.” (“Gender is also a norm that can never fully internalized; *the internal* is a surface signification, and gender norms are finally phantasmatic, impossible to embody.”) *Ibid.*, p. 179.

⁴⁹⁶ “The possibilities of gender transformation are to be found precisely in the arbitrary relation between such acts, in the possibility of a failure to repeat, a de-formity, or a parodic repetition that exposes the phantasmatic effect of abiding identity as a politically tenuous construction.” *Idem.*

naturalizadas de la heterosexualidad obligatoria de sus protagonistas centrales: *hombre y mujer*.”⁴⁹⁷

Este modelo político encaja perfectamente con la crítica butleriana al sujeto desarrollada en el primer capítulo de esta tesis. La identidad deja de ser una esencia en despliegue al más puro estilo hegeliano para pasar a ser un constructo sedimentado por la repetición paulatina de una infinidad de actos. Usando la terminología que Butler recoge directamente de *La Genealogía de la moral* de Nietzsche, no hay agente tras la agencia sino que el agente es construido precisamente “en y a través de la agencia”⁴⁹⁸.

Esta concepción butleriana de la subjetividad derivará en un intrincado problema teórico con respecto a la agencia del sujeto. El problema de la agencia se plantea según Judith Butler por entenderse tradicionalmente esta cuestión dentro de la dicotomía “libre deseo-determinismo”. Expondremos brevemente la cuestión. Al menos desde la modernidad, se ha creído que la formación y posterior habilitación de los seres humanos para la acción debía entenderse desde la existencia de un sujeto previo, prediscursivo, y deseante, que persigue fines (naturales) de forma autónoma. La alternativa postmoderna, aquella que prefiere ver la formación de la subjetividad desde un prisma construccionista, donde el discurso genera el sujeto, ha sido a menudo evaluada como una necesaria caída en el determinismo social, donde el sujeto queda atrapado en la construcción, negándose su capacidad para desear autónomamente y actuar según unos fines autoimpuestos⁴⁹⁹. La agencia parece así condenada a ser entendida desde un voluntarismo ilustrado o simplemente negada desde la perspectiva del construccionismo. Nos gustaría matizar aquí que la aporía a la que parece abocada esta teoría podría ser llevada a conclusiones aún más desconcertantes. Incluso si admitiéramos que la única forma de entender la acción es desde la creencia en un sujeto substancial, ontológico, previo, ¿no estaría la agencia de este sujeto también condicionada, determinada nos atravesaríamos a decir, por una suerte de naturaleza o deseo natural que guiaría irremediamente nuestra acción hacia los fines preestablecidos por la esencia de esa supuesta esencia “antes de”? ¿La dicotomía libre

⁴⁹⁷ “Hence, there is a subversive laughter in the pastiche-effect of parodic practices in which the original, the authentic, and the real are themselves constituted as effects. The loss of gender norms would have the effect of proliferating gender configurations, destabilizing substantive identity, and depriving the naturalizing narratives of compulsory heterosexuality of their central protagonists: *man* and *woman*.” *Ibid.*, pp. 186-187.

⁴⁹⁸ *Ibid.*, p. 181.

⁴⁹⁹ Véase *Ibid.*, p. 182.

deseo-determinismo no parece abocar más bien a la disyuntiva entre determinismo natural-determinismo social?

O percibida la problemática desde su anverso: ¿considerar que todo género es construido no podría derivar en un voluntarismo volátil? Es decir, si no hay esencia que nos limite y nos marque el camino necesario a transitar, ¿sería posible el ejercicio absolutamente libre y voluntario de la agencia en la dirección en la que el agente arbitrariamente decida? ¿El problema no parece tornar ahora hacia la dicotomía voluntarismo natural-voluntarismo construido, entre el “yo despliego voluntariamente lo que soy” y el “yo construyo voluntariamente lo que soy”? Como podemos apreciar Butler se mueve en terreno altamente peligroso, donde las críticas pueden azotar su teoría desde distintos puntos de vista. Se hace necesario pues, un replanteamiento del problema y una clarificación de los conceptos.

Hemos de decir que Butler niega la existencia real de esta supuesta paradoja y lucha durante años por explicitar posibles vías de escape que fundamenten la formación y agencia de las identidades. Ya desde *El género en disputa*, intuye que la clave para superar este falso binomio está en la revisión del concepto “constituido” o “construido”. Es por ello que la conclusión de la obra citada es un intento de alejar tímidamente “construcción” de “determinismo social” para dejar abierta la puerta a la elaboración posterior de una teoría de la agencia desde presupuestos postestructuralista y deconstruccionistas. A continuación, reproducimos íntegramente el primer fragmento que dedica Butler en su obra a aclarar esta diferencia entre sujeto constituido y sujeto determinado:

“Es más, cuando se dice que el sujeto se constituye, eso simplemente quiere decir que el sujeto es una consecuencia de ciertos discursos reglados que gobiernan la invocación inteligible de la identidad. El sujeto no está *determinado* por las reglas a través de las cuales es creado porque el significado es *no un acto fundacional, sino más bien un proceso regulado de repetición* que tanto oculta como refuerza sus reglas precisamente mediante la producción de efectos substancializados. En cierto modo, todo el significado tiene lugar dentro de la órbita de la repetición obligada; *la agencia*, entonces, debe ser ubicada dentro de la posibilidad de una variación sobre aquella repetición. Si las reglas que gobiernan el significado no sólo restringen, sino que permiten la aserción de dominios alternativos de inteligibilidad cultural, por ejemplo, nuevas posibilidades para el

género que impugnen los códigos rígidos del binarismo jerárquico, entonces es sólo *dentro de* las prácticas de significación repetitivas donde la subversión de la identidad se hace posible. La prescripción de *ser* un género dado produce fracasos necesarios, una variedad de configuraciones incoherentes que en su multiplicidad exceden y desafían la prescripción por la cual han sido generados.”⁵⁰⁰

Aquí afronta Butler por primera vez una problemática que tendrá un lugar central en su obra: la agencia. La agencia fue desde la ilustración un atributo indiscutible de los individuos. Libre, autónomo, al sujeto moderno se le reconoció la capacidad de acción como inherente a su propia naturaleza. Sin embargo, la filosofía del siglo XX, tal y como analizamos en los primeros epígrafes de este libro, ha mostrado las miserias y dominaciones que escondía este sujeto supuestamente coherente. Esto llevó a una amplia línea de pensadores y pensadoras (postmodernos y postmodernas, postestructuralistas, hermeneutas, etc., entre las que se encuentra Judith Butler) a apostar por un sujeto diferente, un sujeto de carácter “post” alejado de aquella subjetividad substancial. Pero, entonces, si es imposible seguir pensando el sujeto como substancia, nos enfrentamos a la tarea difícil de ubicar como eje de la política a una instancia fragmentada, derivada, construida, evaporándose así, cual frágil ilusión, toda pretensión de autorrealización de una supuesta esencia que el propio sujeto pone libremente en despliegue.

De este modo, ¿qué entendemos ahora por agencia? Si el sujeto es construido socialmente, ¿no es necesario presentar a este sujeto como un agente absolutamente determinado por la misma sociedad que lo constituye? Butler arranca el fragmento anterior precisamente tratando de distinguir entre “constituido” y “determinado”. La norteamérica apuesta fuertemente por salvar la agencia del sujeto alejándolo del determinismo y matizando su capacidad de acción. Tras la postmodernidad se ha hecho

⁵⁰⁰ “Indeed, when the subject is said to be constituted, that means simply that the subject is a consequence of certain rule-governed discourses that govern the intelligible invocation of identity. The subject is not *determined* by the rules through which it is generated because signification is *not a founding act, but rather a regulated process of repetition* that both conceals itself and enforces its rules precisely through the production of substantializing effects. In a sense, all signification takes place within the orbit of the compulsion to repeat; *agency*, then, is to be located within the possibility of a variation on that repetition. If the rules governing signification not only restrict, but enable the assertion of alternative domains of cultural intelligibility, i.e., new possibilities for gender that contest the rigid codes of hierarchical binarisms, then it is only *within* the practices of repetitive signifying that a subversion of identity becomes possible. The injunction *to be* a given gender produces necessary failures, a variety of incoherent configurations that in their multiplicity exceed and defy the injunction by which they are generated.” *Ibid.*, p. 185.

imposible defender una visión del sujeto que lo muestre a éste como una entidad que decide desde su libre deseo. ¿De qué manera rescataremos la capacidad de acción sin caer en el voluntarismo ni en el determinismo?

Butler considera que el ser humano no es una esencia sino un proceso. Un proceso regulado, normalizado y solidificado en la repetición. Si se nos permite la licencia, un proceso o mecanismo de fotocopiar identidades. Pero un proceso que falla. Es decir, según Butler, las mismas normas que nos habilitan para la vida social son las que pueden generar fallos, engendrando estas nuevas e inesperadas identidades. No estamos hablando de un sujeto previo que decide seguir o no seguir las normas sociales que regulan la construcción de las identidades genéricas, se trata de un sujeto que tiene que seguir estas normas y que está “condenado” a repetirlas una y otra vez y que en todo este proceso provoca y descubre posteriormente nuevas posibilidades de ser.

Es uniendo la figura de la drag y su acción paródica de género con esta novedosa forma de entender la agencia la que provocó ríos de tinta a favor y en contra de su propuesta filosófica. El problema básico, según nuestra opinión, es que la figura drag genera la impresión de que Butler defiende un modelo voluntarista de la agencia en la que los individuos deciden “travestirse” en el género, la identidad y el sujeto que desean ser como si su deseo mismo fuera algo libre y propio. Para hacer frente a esta interpretación errónea que, admitámoslo, viene en parte provocada por las palabras de la propia autora, Butler se esmera en matizar una y otra vez su forma de entender la acción. Según Butler, entender la identidad como un efecto y no como una substancia, más que cerrar posibilidades para la agencia precisamente las abre. Nunca más condenados a cumplir con los designios de una supuesta naturaleza, los sujetos se liberan del determinismo ontológico sin caer, según nuestra pensadora, en la artificialidad más arbitraria y caprichosa. El debate entre voluntarismo y determinismo es un debate en la opinión de Butler falso, pues entender los nuevos presupuestos de la identidad implica situar a ésta en el difícil punto intermedio entre ambas posturas. Cual funambulistas involuntarios, el sujeto del siglo XXI se constituye como un constructo social con posibilidades de mutación pero: ¿cómo se generan estas nuevas posibilidades de ser? Butler no puede admitir que las nuevas identidades se generan por voluntad propia pues esto implicaría que existe un sujeto previo autónomo. Tampoco puede defender un sujeto total y absolutamente controlado, manipulado, determinado, pues esta postura haría caer su filosofía en un fatalismo donde la política y la transformación social no tendrían cabida.

De momento la solución puede no parecer muy satisfactoria: las posibilidades de agencia se encuentran en la repetición de la “condena”, en la puesta en juego de las normas de género a la espera de que estas mismas deriven en nuevas formas de ser, pero en qué consiste este juego (un juego muy serio) y qué parte de responsabilidad tiene el sujeto en éste son cuestiones que Butler deja abiertas en *El género en disputa*. En este momento, lo más que nuestra autora puede decirnos respecto a esta cuestión es que:

Paradójicamente, la nueva conceptualización de la identidad como *efecto*, es decir *producida* o *generada*, abre posibilidades de *agencia* que insidiosamente son clausuradas por las posiciones que toman las categorías identitarias como fundacionales y fijas. Que la identidad sea un efecto no quiere decir ni que esté fatalmente determinada, ni que sea totalmente artificial y arbitraria. Que el estatus *constituido* de la identidad sea malinterpretado por estas dos líneas en conflicto sugiere que el discurso feminista sobre la construcción cultural permanece atrapado en el binarismo innecesario de libre albedrío y determinismo. La construcción no se opone a la agencia; es la escena necesaria para la agencia, el verdadero marco en el que la agencia se articula y se hace culturalmente inteligible.”⁵⁰¹

La agencia ha de ser entendida más allá del binarismo “libre deseo-determinismo” para ubicarla en la repetición de las normas de género. No obstante, a nuestro entender, Butler no termina de solucionar el problema pues es difícil calibrar el alcance del papel del sujeto en esta repetición. Es más, creemos que nuestra autora en *El género en disputa* ayuda a alimentar la confusión con expresiones como “la cuestión no es si repetir sino cómo hacerlo”⁵⁰² que sugieren que el sujeto en la reapropiación y repetición de las normas de género aporta una intencionalidad, cuando anteriormente había afirmado que las nuevas posibilidades de género derivan del más puro e

⁵⁰¹ “Paradoxically, the reconceptualization of identity as an *effect*, that is, as *produced* or *generated*, opens up possibilities of *agency* that are insidiously foreclosed by positions that take identity categories as foundational and fixed. For an identity to be an effect means that it is neither fatally determined nor fully artificial and arbitrary. That the *constituted* status of identity is misconstrued along these two conflicting lines suggests the way in which feminist discourse on cultural construction remains trapped within the unnecessary binarism of free will and determinism. Construction is not opposed to agency; it is the necessary scene of agency, the very terms in which agency is articulated and becomes culturally intelligible.” *Ibid.*, p. 187.

⁵⁰² “To enter into the repetitive practices of this terrain of signification is not a choice, for the *I* that might enter is always already inside: there is no possibility of agency or reality outside of the discursive practices that give those terms the intelligibility that they have. The task is not whether to repeat, but how to repeat or, indeed, to repeat and, through a radical proliferation of gender, *to displace* the very gender norms that enable the repetition itself.” *Ibid.*, p. 189.

involuntario azar de la repetición. Si consideramos que es el sujeto el que decide repetir o marcar el cómo repetir podríamos de nuevo arribar en el tan indeseado voluntarismo. Si por el contrario consideráramos que tanto el acto de repetir las normas como el sentido en el cuál se desarrolla esta repetición es totalmente ajeno a la voluntad del sujeto, parece complicado sortear el problema del determinismo.

Con esta reflexión nos gustaría volver a la problemática anteriormente señalada para finalizar este capítulo: Butler parece carecer en *El género en disputa* de un programa prescriptivo para la agencia. Si bien atribuimos a la juventud esta elipsis en su teoría, ahora podemos comprender la enorme profundidad del problema: ¿cómo prescribir una determinada forma de política sorteando el mencionado fantasma del voluntarismo? Pero por otra parte, ¿cómo no hacerlo a expensas de caer bien en un determinismo, bien en la absoluta inacción? ¿Debemos acaso repetir la parodia y confiar en que el azar haga de ella un arma contra el sistema más que una herramienta para su refuerzo? La solución, según la norteamericana, se encuentra más allá del “binarismo libre deseo-determinismo”... pero ¿qué hay más allá de ese binarismo?

Mas haciendo un balance general de lo afirmado hasta aquí, creemos poder afirmar que al menos en el año de publicación de *El género en disputa* (*Gender Trouble*, 1990), Butler ha sentado las bases (con sus virtudes y sus defectos) para su posterior teoría. El problema de la agencia será un problema central como se reflejará en los escritos butlerianos hasta la actualidad y cuya resolución no parece fácil. No obstante, parece innegable el interés de la propuesta que Butler trata de rescatar una y otra vez: la construcción de un proyecto político viable a partir de un sujeto más allá de la modernidad, una subjetividad que en estas páginas hemos dado en llamar “post”. Es por eso que, casi como cita final de *El género en disputa*, nos dice “la deconstrucción de la identidad no es la deconstrucción de la política, más bien sitúa a la política en los verdaderos términos en los que se articula la identidad.”⁵⁰³

A continuación, tras haber analizado la figura drag y la práctica paródica tanto en sus posibilidades formativas de la subjetividad como en el abanico que abre como praxis política subversiva, en el próximo epígrafe trataremos de mostrar la acogida y las críticas que *El género en disputa* tuvo dentro del ámbito académico.

⁵⁰³ “The deconstruction of identity is not the deconstruction of politics; rather, it establishes as political the very terms through which identity is articulated.” *Idem*.

4.2. Críticas a la primera formulación butleriana de la agencia desde el ámbito anglosajón y desde el ámbito hispanohablante

La importancia de la propuesta butleriana se hace manifiesta en la vigorosa acogida que tuvo dentro y fuera del feminismo⁵⁰⁴. Un buen ejemplo de su incidencia dentro del ambiente académico es la temprana disputa con Mackinnon en torno a la cuestión de la pornografía, tal y como se refleja en las constantes referencias que durante más de quince años se dedican la una a la otra en sus textos⁵⁰⁵. No obstante, en lo que concierne al eje central de este estudio, el sujeto y su capacidad para la acción, las críticas más específicas a la teoría de Butler han venido desde otras pensadoras no menos reconocidas que la propia Mackinnon.

Desde una óptica más extensa, prueba de la importancia y popularidad de *El género en disputa* en la cultura actual, podemos citar el reconocimiento que recibe Butler por parte de la revista *The Face*⁵⁰⁶, que la incluye en la lista de las cincuenta personas más influyentes para la cultura popular de los noventa.

⁵⁰⁴ “El hecho de que la descripción butleriana de la identidad de género haya planteado tantas cuestiones es el testimonio de su fuerza...” (“The fact that Butler’s description of gender identity has raise so many questions is a testament to its forces,...”) Salih, S., *op. cit.*, p. 68.

⁵⁰⁵ Véase, probablemente, el texto más significativo de Butler en torno a esta cuestión, “The Force of a Fantasy. Mapplethorpe, feminism, and discursive excess”, pp. 105-125. Igualmente en el prefacio preparado para la reimpresión de *El género en disputa* en el año 1999, Butler cree que la teoría de Mackinnon es tautológica pues afirma que la jerarquía de género es la que crea y consolida el género defendiendo a la vez que la jerarquía de género ya presupone los géneros, así pues ¿qué fue antes? Butler trata de mostrar con este argumento que la propuesta de Mackinnon cae en una clara “petitio principii”. Véase Butler, J., *Gender Trouble*, p. XII.

⁵⁰⁶ “En 1990 uno de los libros más influyentes de la década entrante fue publicado: *El género en disputa*. Rutinariamente citado en disciplinas que van desde la teoría literaria a los estudios culturales, desde la sociología a la teoría política, desde la filosofía a los estudios performativos, *El género en disputa* ha sido además traducido a veinte idiomas...” (“In 1990 one of the most influential books of the coming decade was published: *Gender Trouble*. Routinely cited in disciplines from literary theory to cultural Studies, sociology to political theory, philosophy to performance Studies, *Gender Trouble* has also been translated into twenty languages,...”) Lloyd, M., *op. cit.*, p. 1. Posteriormente Lloyd añade: “Judith Butler recibió el extraño reconocimiento, para una académica al menos, de ser citada en *The Face* —una revista de estilo británica— como una de las cincuenta personas más influyente en la cultura popular de los noventa.” (“... Judith Butler, recieved the rare accolade, for an academic, at least, of being cited in *The Face* —a British style magazine— as one of fifty people who had the greatest influence on popular culture in the 1990s.”) *Idem*.

Consideramos de vital importancia para este estudio el análisis de las respuestas suscitadas por *El género en disputa*⁵⁰⁷ dentro del feminismo, pues las críticas que recibió dicho texto se pueden considerar la base de los debates posteriores en relación a la agencia y además, la propia propuesta butleriana se irá reformulando gracias a una actitud totalmente abierta y reflexiva con respecto a sus principales detractoras. Nos interesa también recopilar aquí estas objeciones para mostrar que para un gran número de pensadoras, la obra de Butler parece haber comenzado y terminado con este libro, mostrando poca o nula sensibilidad respecto a las posteriores rectificaciones que Butler realizó en sus textos posteriores⁵⁰⁸.

El germen del debate generado a partir de la obra citada podemos ubicarlo en 1990, más concretamente en el simposio sobre “Feminismo y Postmodernismo” que reunió a Butler con otras pensadoras como Seyla Benhabib, Nancy Fraser o Drucilla Cornell. Lo discutido en este simposio fue publicado en parte en 1991 por la revista *Praxis Internacional*⁵⁰⁹ tomando cuerpo definitivo en 1995 con la obra *Feminist Contentions. A Philosophical Exchange*⁵¹⁰. Desde la fecha señalada, el intercambio escrito entre Butler, Fraser, y Benhabib ha sido constante y sus discrepancias claramente expresadas⁵¹¹ confirmando la opinión de Nicholson, que sostiene que aunque las tres teóricas tienen mucho en común, como por ejemplo hacer uso constante de referentes continentales europeos, las tres se separan en temas como el sujeto y la agencia⁵¹². Nicholson, a quien debemos la introducción a *Feminist Contentions*, nos advierte de que el propio título del simposio generó grandes discrepancias entre las pensadoras, por la ambigüedad del concepto “postmodernismo” y por la negativa, especialmente de Butler, de asumir dicho adjetivo para su teoría⁵¹³.

⁵⁰⁷ “Un amplio campo de debate suscitó, y continúa provocando, la publicación y difusión de *Gender Trouble*; lo que evidencia, de modo fundamental y en primer lugar, la fuerza del pensamiento de Butler sobre la identidad de género.” Burgos, E., *Qué cuenta como una vida. La pregunta por la libertad en Judith Butler*, p. 204.

⁵⁰⁸ Véase *Idem*.

⁵⁰⁹ *Praxis Internacional*, vol 11 (2), July 1991.

⁵¹⁰ Benhabib, S., Butler, J., Cornell, D., Fraser, N., *Feminist Contentions. A Philosophical Exchange*, *op. cit.*

⁵¹¹ Para acceder a una clara reconstrucción de la polémica entre ambas autoras es interesante acudir además de a los textos de las protagonistas, al artículo de Fiona Webster “The Politics of Sex and Gender: Benhabib and Butler Debate Subjectivity” publicado en *Hypatia*, vol 15, nº 1, Winter 2000, pp. 1-22.

⁵¹² Véase Benhabib, S., Butler, J., Cornell, D., Fraser, N., *op. cit.*, p. 1.

⁵¹³ Véase *Ibid.*, p. 2. A este respecto, también podemos destacar la opinión de Fraser: “Para Butler, la cuestión es si el postmodernismo realmente existe fuera de las fantasías paranoicas de aquellos y aquellas que buscan fundamentos seguros para la política feminista en la no problematización de las nociones metafísicas”. (“For Butler, the question is whether postmodernism really exists except in the paranoid fantasies of those seeking secure foundations for feminist politics in unproblematic metaphysical

En *Feminist Contentions*, Benhabib incluye un artículo titulado “Feminism and Postmodernism: An Uneasy Alliance” y en él considera que en el momento actual están siendo minadas algunas de las bases del pensamiento occidental⁵¹⁴. Por ello, Benhabib propone pensar cuáles de estas críticas debería asumir el feminismo y cuales no. Además, las críticas en torno a la muerte del sujeto, la muerte de la historia y la muerte de metafísica, pueden ser articuladas en un sentido débil o fuerte⁵¹⁵.

A continuación, afirma que “la versión fuerte de la tesis de la *muerte del sujeto* no es compatible con los objetivos feministas”⁵¹⁶. Las apropiaciones feministas de Nietzsche, amparadas según ella en “la muerte del sujeto”, sólo pueden llevar a la lucha femenina a la “auto-incoherencia”⁵¹⁷. Aun cuando no podemos negar que el “yo” que somos está “profundamente coloreado y estructurado” por los códigos culturales, no somos meras extensiones de nuestra historia⁵¹⁸.

Si, como afirma Butler, no existe identidad de género más allá de la propia expresión del género, la pregunta que lanza Benhabib es precisamente cómo cambiar la inercia de esa expresión, o mejor dicho, desde dónde. Atendiendo a sus propias palabras:

“Si no somos más que la suma total de las expresiones de género que interpretamos, ¿hay alguna posibilidad de parar la interpretación por un instante, tirar de la cortina y levantarla sólo si uno tiene algo que decir en la producción misma del juego?”⁵¹⁹

Este modelo de agencia criticado por Benhabib se basa, en nuestra opinión, en una desacertada forma de interpretar el sujeto butleriano y sobre todo su formación en la performatividad. Creemos que Benhabib podría confundir la “performance” con la performatividad. Consideramos, igualmente, que este intento de desacreditar el proceso de formación de la subjetividad descrito por Butler se debe a la intención de rescatar un sujeto previo, uno que pueda “tirar de la cortina” para encontrar su fundamento

notions.”), Fraser, Nancy, “False Antitheses: A Response to Seyla Benhabib and Judith Butler”, artículo incluido en Benhabib, S., Butler, J., Cornell, D., Fraser, N., *op. cit.*, p. 59.

⁵¹⁴ *Ibid.*, p. 17.

⁵¹⁵ Véase *Ibid.*, pp. 18-20.

⁵¹⁶ “The strong version of the “Death of the Subject” thesis is not compatible with the goals of feminism. *Ibid.*, p. 20.

⁵¹⁷ Salih, S., *op. cit.*, p. 68.

⁵¹⁸ Véase Benhabib, S., Butler, J., Cornell, D., Fraser, N., *op. cit.*, p. 21.

⁵¹⁹ “If we are no more than the sum total of the gendered expressions we perform, is there ever any chance to stop the performance for a while, to pull the curtain down, and let it rise only if one can have a say in the production of the play itself?” *Idem.*

ontológico bajo las infinitas expresiones de género. Trataría así Benhabib de rescatar la clásica visión identitaria fundamentada en el modelo binario anclado en la dicotomía férrea entre apariencia-esencia, naturaleza-cultura, sexo-género.

En relación al texto anterior, nos alineamos con Benhabib cuando afirma que, efectivamente, para Butler no hay sujeto previo, sujeto esencial, sujeto oculto tras la cortina que podamos descubrir según dice ella “si es que tenemos algo que decir en el juego”. Pero no consideramos esto un demérito de cara a su capacidad para la agencia. Tenemos mucho que decir en el juego sin lugar a dudas, aun cuando nuestro papel no es descubrir la identidad tras la máscara (la identidad no existe más que como una idea sedimentada), ni realizar “performances” determinadas de antemano por la sociedad que consoliden las identidades de género existentes. Entre ambas posturas, se pierden una infinidad de matices que, siendo justos con Benhabib, Butler tal vez no había dejado aún suficientemente claros con *El género en disputa* y que posteriormente se cuidó mucho de exponer en *Cuerpos que importan*.

Según Benhabib, aun cuando debemos reconocer en principio una cierta valía al pensamiento postmoderno por su apertura a los márgenes, el problema es que la postmodernidad en general, y la propuesta de Butler en particular, muestran una visión del yo como producto y no como origen de la agencia. Benhabib considera extremadamente peligrosa esta manera de entender la subjetividad por lo frágil y tenue que es ya de por sí la subjetividad femenina en nuestra sociedad. Cree que esta reducción de agencia femenina a una “agencia sin agente” merma considerablemente la autonomía de la mujer⁵²⁰.

Así pues Benhabib, dentro de la tradición de la Teoría Crítica, propone un alejamiento del pensamiento postmoderno para poder recuperar la capacidad crítica para el feminismo:

“Fraser y Nicholson preguntan: ¿Cómo podemos concebir una versión del criticismo sin una filosofía que sea lo suficientemente robusta como para manejar la difícil tarea de analizar el sexismo en toda su infinita variedad y monótona similitud? Mi respuesta es que no podemos, y esto es lo que me hace dudar de en qué medida como

⁵²⁰ *Ibid.*, p. 22. Véanse también las consideraciones de Salih, S., en *op. cit.*, pp. 68-69 y Burgos, E., *Qué cuenta como una vida*, pp. 205-206.

feministas podemos adoptar el postmodernismo como un aliado teórico.⁵²¹

Pero estimamos que esta afirmación se asienta sobre una serie de ideas que no compartimos. La primera es suponer que la única alternativa a la no filosofía es una filosofía “robusta”. La segunda es suponer que Butler es una pensadora postmoderna.

A este respecto, es la propia Butler la que ya incluye un artículo en la citada obra *Feminist Contentions*, titulado “For a Careful Reading”, donde muestra el error de Benhabib y otras autoras al confundir su teoría performativa con una simple teoría de la acción teatral. “For a Careful Reading” es sin duda alguna un texto bastante sintomático de lo que ha sido la actitud butleriana ante la lluvia de críticas que ha recibido su teoría: admitiendo parte de culpa en la confusión, ella considera que gran parte de las objeciones vienen derivadas de una lectura pobre o interesada de sus páginas. No obstante resulta curioso que Butler, tras exponer las razones en su descargo, parece siempre madurar aquello que de valioso pueda haber en las observaciones hechas, con mayor o menor cariño, por sus colegas, viéndose claramente la huella de estas críticas en sus obras posteriores.

Lloyd, en su análisis de la opinión de Benhabib anteriormente expresada, puede darnos la clave del error. Según Lloyd, Benhabib asume acríticamente que la teoría de Butler sobre la performatividad es heredera exclusivamente de las teorías del sociólogo Erving Goffman, quien entiende la performatividad de género como una forma de “auto-constitución” donde el sujeto usa conscientemente su cuerpo para producir distintos efectos⁵²². A partir de estos presupuestos, Benhabib consideraría que, si el sujeto se crea y recrea en el ejercicio de su propia agencia, ¿cómo puede defenderse inocentemente la agencia “consciente” cuando dentro de las coordenadas butlerianas la propia conciencia es una instancia derivada? Es decir, ¿hasta qué punto el origen social del sujeto determina sus acciones?, ¿no implica la teoría de Butler que lo que el sujeto interpreta como “actos libres” son realmente actos que la sociedad le impone? De esta forma, se reduce la teoría de Butler a una perspectiva realmente estrecha de la agencia donde es difícil encontrar un punto de apoyo para cambiar la identidad de género y para ejercer la agencia del sujeto más allá de su propia acrítica expresión. La autonomía en

⁵²¹ “Fraser and Nicholson ask: How can we conceive a version of criticism without philosophy which is robust enough to handle the tough job of analysing sexism in all its endless variety and monotonous similarity? My answer is that we cannot, and it is this which makes me doubt that as feminists we can adopt postmodernism as a theoretical ally”. Benhabib, S., Butler, J., Cornell, D., Fraser, N., *op. cit.*, p. 25.

⁵²² Véase Lloyd, M., *op. cit.*, p. 58.

sentido fuerte, político, crítico, es negada, y por ello, tal y como afirma Burgos, “las estrategias subversivas apuntadas por Butler, la parodia, la resignificación, son juzgadas por Benhabib como triviales e ineficaces”⁵²³. En resumidas cuentas, lo que Benhabib critica a la teoría butleriana es que nos lleva a un determinismo de corte social.

En opinión de Prado, las discrepancias entre Benhabib, representante según ella del actualizado feminismo ilustrado de la igualdad, y Judith Butler, abanderada de lo que Prado llama como “tercera vía”, son difíciles de sortear por cuanto Butler maneja dos principios inasumibles por Benhabib, a saber, la inexistencia de un “yo” prediscursivo y el convencimiento de que el cuerpo y el sexo son instancias “naturalizadas” pero no naturales⁵²⁴. Por ello:

“En cuanto a Benhabib, sostiene que la propuesta butleriana de la performatividad discursiva desemboca inevitablemente en el determinismo social o cultural. Esta conclusión fatalista se debe a que Benhabib confunde la visión butleriana del constructivismo con la del denominado monismo lingüístico o discursivo, que entiende la construcción lingüística como impositiva y determinista. En esta interpretación (que insistimos, no es la defendida por Butler), una versión estructuralista de la palabra divina, una fuerza impersonal personificada, que puede adoptar el nombre de Discurso, Poder o Cultura, ocupa el lugar que la tradición humanista reservaba al sujeto soberano, quien ya no es el origen de la acción.”⁵²⁵

Creemos que es precisamente este fatalismo que Benhabib encuentra en *El género en disputa* lo que la lleva a afirmar que dentro de la propuesta butleriana “no hay lugar para la acción autónoma”⁵²⁶.

En una posición que pretende la equidistancia entre la teoría crítica de Benhabib y el postestructuralismo de Butler se sitúa Nancy Fraser⁵²⁷. Según su lectura de las dos pensadoras señaladas:

⁵²³ Burgos, E., *Qué cuenta como una vida*, p. 206.

⁵²⁴ Véase Prado Ballarín, M., “¿Qué es el feminismo postestructuralista y por qué se están diciendo cosas tan horribles sobre él?”, en *Riff Raff. Revista de pensamiento y cultura*, *op. cit.*

⁵²⁵ *Ibid.*, p. 88.

⁵²⁶ Lloyd, M., *op. cit.*, p. 59.

⁵²⁷ Véase Fraser, N., *Unruly Practices. Power, Discourse and Gender in Contemporary Social Theory*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1989; *Justice Interruptus. Critical Reflections on the Postsocialist Condition*, New York, Routledge, 1997; “False Antitheses: A Response to Seyla Benhabib and Judith Butler” en Benhabib, S., et alia, *Feminist Contentions*, pp. 59-74; “Rethinking Recognition” en *New Left Review*, n° 3, 2000, pp. 107-120. También interesante es el artículo que escribe junto a Linda

“Benhabib defiende que las visiones postmodernas y postestructuralistas de la subjetividad son incompatibles con la política feminista, mientras que Butler considera que visiones como la de Benhabib implican un fundacionalismo autoritario antitético con el proyecto feminista.”⁵²⁸

Pero a pesar del aparente enfrentamiento, desde una perspectiva pragmática, Fraser analiza la polémica entre ambas autoras como una “falsa antítesis” que ella cree haber resuelto. Lo más curioso es el hecho de que Fraser culpe a ambas autoras de generarla:

“Es desafortunado que Benhabib y Butler finalmente encuentren suelo común al suscribirse a una falsa antítesis entre Teoría Crítica y postestructuralismo. Enmarcando sus debates en unos términos dicotómicos tales, pierden la oportunidad de probar otra puntilla más prometedora.”⁵²⁹

Fraser considera que parte de la confrontación es terminológica, por cuanto reprocha a Butler que su “antihumanismo” la lleva a preferir el concepto de “re-significación” frente al de “crítica”. En primer lugar nos gustaría destacar que Butler, no sólo no rehuye del concepto “crítica”, sino que lo usa constantemente en sus textos, incluyendo el “delicado” concepto incluso en el título de alguno de sus escritos. Tal vez lo que Fraser dice sin querer decirlo es que Butler reniega del concepto de “crítica” secuestrado y sedimentado por ciertos sectores del feminismo. En segundo lugar, etiquetar a Butler de “antihumanista” nos parece desacertado, ya que, como desarrollaremos en la conclusión de este estudio, si es posible encontrar un hilo argumental en la obra de Judith Butler, éste es precisamente la defensa de “lo humano”, si bien la propia categoría se considera sujeta a la deconstrucción y reconstrucción.

Nicholson, “Social Criticism without Philosophy: An Encounter between Feminism and Postmodernism” publicado en Nicholson, L., *Feminism/Postmodernism*, pp. 242-262.

⁵²⁸ “Benhabib claims that postmodernist and poststructuralist views of subjectivity are incompatible with feminist politics, moreover, while Butler claims that views like Benhabib’s imply an authoritarian foundationalism antithetical to the feminist project”. Fraser, N., “False Antitheses: A Response to Seyla Benhabib and Judith Butler”, p. 59.

⁵²⁹ “It is unfortunate that Benhabib and Butler should finally find common ground in subscribing to a false antithesis between Critical Theory and poststructuralism. By framing their debate in such dichotomous terms, they miss the chance to try another, more promising tack.” *Ibid.*, p. 71.

Fraser cree que el feminismo, aun cuando puede operar sin fundamentos metafísicos, no puede sin embargo renunciar a su carácter crítico y emancipador. En sus propias palabras, “las proclamas generales sobre las mujeres son ineludibles pero siempre están sujetas a revisión”⁵³⁰. Tal y como nos explica Neus Campillo:

“Encontramos en los discursos de la crítica social pragmatista, como es la concepción de Nancy Fraser o Linda Nicholson; o en la concepción de J. Butler elementos comunes sobre el significado de *mujeres*. Todas ellas hacen referencia a considerar el significado de mujeres como abierto y no definido previamente.”⁵³¹

Por lo tanto, Fraser afirmaría que, frente a Benhabib, el sujeto butleriano es un sujeto agente, ya que la política feminista no queda mermada porque “no haya una significación previa de mujer, antes al contrario, la elaboración de su significado representa una lucha continua y un camino de coaliciones diversas.”⁵³²

No obstante, si bien el sujeto butleriano es presentado por Fraser como un sujeto capacitado para la acción parece estar claramente mermado para la discriminación. Por ello, Burgos afirma que:

“Fraser mantiene la necesidad para el feminismo de poder distinguir entre las *buenas* y *malas* estrategias, advirtiendo que la teoría de Butler, aun siendo hábil para la insubordinación, en su opinión no proporciona los instrumentos teóricos y éticos que permitan efectuar tal discriminación.”⁵³³

Fraser considera que Butler defiende que la liberación consiste exclusivamente en la renuncia a la identidad⁵³⁴ y que esta posición coloca a la norteamericana en una difícil posición para decidir entre acciones válidas y no válidas. No obstante, Burgos expresa a este respecto que “el análisis minucioso del contenido de *El género en disputa* y del conjunto de las obras de Butler no justifica en absoluto los comentarios de

⁵³⁰ “...generalizing claims about *women* are inescapable but always subject to revision”. *Ibid.*, p.70.

⁵³¹ Campillo, N., “Paradojas y rompecabezas de las políticas feministas”, en *Riff Raff. Revista de pensamiento y cultura*, *op. cit.*

⁵³² *Idem.*

⁵³³ Burgos, E., *Qué cuenta como una vida*, p. 207.

⁵³⁴ “At the deepest level, she understands women’s liberation as liberation from identity, since she views identity as inherently oppressive”. (“A un nivel más profundo, ella entiende la liberación de las mujeres como una liberación de la identidad, ya que ella ve la identidad como inherentemente opresiva”), Fraser, N., “False Antitheses: A Response to Seyla Benhabib and Judith Butler.” p. 71.

Fraser⁵³⁵. El error de Fraser parece ser la identificación de la quiebra ontológica del sujeto con una total ausencia de capacidad crítica que nosotros creemos que de ningún modo se deriva de los textos butlerianos⁵³⁶.

Guerra nos expone el núcleo de la discrepancia:

“Frente a la proliferación incesante de diferencias que reclaman reconocimiento, Fraser se planteará cómo determinar qué diferencias merecen consideración moral y nos suministrará el criterio normativo que establece que, en principio, otorguemos atención ética a aquellas diferencias ligadas o conectadas a desigualdades.”⁵³⁷

¿Pero realmente es esta una crítica atribuible a la teoría butleriana o es sólo fruto de un malentendido? A consecuencia de las objeciones realizadas por Fraser, Butler, siempre sensible a las críticas, ha comentado en varias ocasiones que su intención jamás fue dar cabida indiscriminadamente a cualquier posibilidad identitaria, aunque nos recuerda lo problemático de prescribir ciertas acciones subversivas en vez de otras, por entender que una visión tal siempre está implícitamente basada en presupuestos normativos sobre qué es lo humano y qué vida merece la pena proteger⁵³⁸. Tal y como

⁵³⁵ Burgos, E., *Qué cuenta como una vida*, p. 208.

⁵³⁶ “En tal caso, antes de observar confusión y falta de productividad en la teoría de Butler, como enuncia Fraser, la confusión se aprecia en la comprensión del texto de Butler.” *Idem*.

⁵³⁷ Guerra Palmero, M^a J., “(In)tolerancia, género y culturas. ¿Cómo trazar los límites?”, p. 34.

⁵³⁸ Reproducimos aquí un interesantísimo fragmento de la entrevista “Changing the Subject”:

“P: Muchos de tus estudios son controvertidos, así que no sorprende que algunas académicas estén en desacuerdo contigo. Nancy Fraser, por ejemplo, ha dado voz a cierto criticismo hacia tu trabajo. ¿Hay algunos malentendidos o malas interpretaciones de tu trabajo que te gustaría especialmente aclarar ahora?
R: Estoy siempre agradecida de tener las objeciones de Nancy. Siento que tenemos un productivo desacuerdo. Creo que diré algo acerca de uno de los puntos que ella regularmente menciona. A Nancy, y a otras teóricas sociales profundamente influenciadas por la escuela habermasiana, les preocupa que yo siempre esté interesada en producir nuevas posibilidades pero no diga qué posibilidades son buenas perseguir y cuáles no, que no tenga una serie de fuertes normas que puedan decirnos qué posibilidades actualizar y cuáles no. Ciertamente, no quiero que se realicen todas las posibilidades así que, ¿por qué no distingo entre ellas? Lo que puedo contestar a eso es que cuando hacemos la pregunta, *¿cómo deberíamos vivir y qué posibilidades deberíamos buscar colectivamente?*, siempre la contestamos dentro de un horizonte dado de posibilidades que ya están establecidas –lo que es imaginable. Lo que me preocupa es que demasiado a menudo tomamos decisiones sobre qué vida perseguir y qué posibilidades realizar sin ni tan siquiera preguntarnos cómo nuestras nociones de *lo que es posible, lo que es vivible, lo que es imaginable*, están constreñidas de antemano y quizás en formas políticamente consecuenciales.

(“Q: Many of your works are controversial, and so it is no surprise that some scholars would disagree with you. Nancy Fraser, for example, has voiced some criticism of your work. Are there any misunderstandings or misrepresentations of your work that you would especially like to address at this time?

A: I’m always glad to have Nancy’s arguments. I feel that we have a productive disagreement. I guess I’ll say one thing about one of the points she regularly makes. Nancy and other social theorists who are profoundly influenced by the Habermasian school worry that I am always interested in producing new possibilities but that I don’t say which possibilities are good to pursue and which are bad to pursue, that I

Butler expone en el prefacio de 2000 a *El género en disputa*, algunas de las críticas a su propuesta han consistido en afirmar que no es posible oponerse a formas “normativas” del género sin suscribirse al mismo tiempo a una visión normativa de “cómo el mundo debería estar generizado”. No obstante, y como respuesta a esta crítica, Butler afirma que “la positiva visión normativa de este texto (*El género en disputa*), que la hay, no tiene ni debe tener la forma de una prescripción: *subvertid el género tal y como yo digo y la vida será buena*”⁵³⁹. De este modo, Butler, trata una y otra vez de esquivar la cuestión de cómo decidir qué tipo de subversiones son válidas dentro de un abanico infinito de posibilidades. La norteamericana evade la respuesta porque una prescripción necesitaría estar anclada en una descripción en la que ella claramente no cree, por pensar que toda descripción pretendidamente pura es inseparable del marco normativo que la prescribe como descripción verdadera. Pero, ¿se puede aun así establecer alguna visión normativa que no se fundamente en una prescripción? Según la cita anterior sí que la hay.

En nuestra opinión, Butler inicialmente sorteando esta cuestión de una forma bastante ambigua que no termina de resolver la problemática central de cómo es posible ejercer la subversión sin un marco claro que prescriba cuáles son las acciones “válidas”. Butler no cree que sea posible describir el sujeto de la acción y por tanto mucho menos aún prescribir formas deseables e idealizadas de ser para la identidad de género de forma que la pregunta es cómo evitar el todo vale. Creemos que la respuesta estaba ya en *El género en disputa*, si bien la irá explicitando Butler en obras posteriores con la ayuda fundamentalmente de Derrida y su teoría de la resignificación mediante la “iterabilidad” que trataremos más en profundidad en posteriores epígrafes. La solución estaría en defender que la resignificación, la subversión, la performatividad, jamás se ejerce desde la nada por lo que el agente no actúa dentro de un marco ideal donde puede realizar aquellas posibilidades que desea. Tampoco está su acción totalmente determinada por la propia construcción que cimienta su identidad sino que se mueve en

don't have a set of strong norms that would tell us which possibilities to actualize and which not. Certainly, I don't want all possibilities realized, so why don't I distinguish among them? What I would answer to that is that when we ask the question, *How ought we to live and what possibilities should we collectively seek to realized?*, we always ask it within a given horizon of possibilities that are already established –what is imaginable. What worries me is that we very often make decisions about what life to pursue and what possibilities to realize without ever asking how our very notions of *what is possible*, *what is livable*, *what is imaginable* are constrained in advance, and maybe in some very politically consequential ways.” En Salih, S., *op.cit*, p. 355.

⁵³⁹ “The positive normative vision of this text (*Gender Trouble*), such as it is, does not and cannot take the form of a prescription: *subvert gender in the way I say, and live will be good.*” Butler, J., *Gender Trouble*, pp. XX-XXI.

el marco de la repetición y cortocircuito de los significados culturales ya inscritos en el cuerpo y con los que la subjetividad “juega” un juego muy serio, en el que le va la vida y donde espera con sus acciones que surja un marco desnaturalizado un poco menos opresivo, un tanto menos discriminador, que dé cabida a las identidades abyectas, a las “no vidas”.

Mostrando que el germen de este pensamiento ya estaba implícito, al menos en parte, en *El género en disputa*, Butler nos dice que si hay algún dictado normativo en su obra, este consiste en “insistir en la legitimidad de los cuerpos que han sido tachados de falsos, irreales e ininteligibles”⁵⁴⁰. De esta forma, Butler no celebra cualquier identidad genérica indiscriminadamente, sino que orienta la práctica subversiva hacia la posibilidad de dar cabida a los cuerpos que ya sufren la opresión en el marco actual. Se trata de no anticipar los objetivos, ni fomentar la infinita proliferación de géneros como si todo fuera válido, sino de atender a las discriminaciones ya existentes y al infinito dolor que estas provocan sobre un amplio sector de los seres humanos. Se trasluce aquí una propuesta que rehúye marcar un camino único a transitar, pero que puede servir de límite a cualquier forma autoritaria que el poder en general, y el feminismo en particular, adopten.

Nos recuerda mucho esta postura a la defendida desde la “dialéctica negativa” por Adorno: si bien debemos alejarnos de una razón totalizadora, tenemos que abrazar una razón crítica que defienda, no la proliferación “lúdica” del género (cosa, por otro lado, harto difícil de concebir en el marco butleriano), sino la defensa de las identidades discriminadas y perseguidas por el poder que, recordemos, se perpetua (y cortocircuita) en y a través de nosotras y nosotros mismos. Recupera así su teoría el matiz humanista, alejándose de la postmodernidad si se entiende esta última como nihilismo.

Creemos que Butler en sus últimas obras se hace más consciente y asume sin reparos el poso humanista que finalmente sostiene su teoría y que, en nuestra opinión, es la clave que resuelve estas críticas a través del objetivo de la “vida vivible”, que discrimina las acciones válidas de las no válidas y orienta la insurrección, entendiendo siempre que ésta es ejercida desde el enclave de poder donde precisamente emerge el sujeto con su doble condición de “sujetado” y “agente” a la vez. No obstante, volveremos sobre esta cuestión en el capítulo dedicado a las conclusiones donde

⁵⁴⁰ “If there is a positive normative task in *Gender Trouble*, it is to insist upon the extension of this legitimacy to bodies that have been regarded as false, unreal, and unintelligible.” Butler, J., *Gender Trouble*, p. XXIII.

intentaremos de asentar la propuesta humanista normativa butleriana inspirada en Adorno sobre bases sensualistas.

Además de las citadas Benhabib y Fraser, un amplio espectro de pensadoras ha manifestado sus diferencias con respecto a la teoría de Butler. Lo más sorprendente, a nuestro entender, es que sus objeciones parecen configurar una extraña paradoja que consiste en que, a partir del modelo butleriano de sujeto postestructuralista, estas pensadoras, por las mismas razones, han tildado la teoría de la norteamericana curiosamente tanto de voluntarista como de determinista. Aun cuando creemos que esta paradójica suerte de críticas opuestas se basan en una lectura apresurada de los textos de Butler, autoras como Julia Walker han manifestado que es la propia teoría butleriana la que se asienta sobre un modelo contradictorio de agencia⁵⁴¹, pues de una parte sugiere un sujeto discursivamente construido y, por tanto determinado, mientras que, por otro lado, parece implicar un voluntarismo subjetivo capaz de actuar paradójicamente según deseos⁵⁴². Como trataremos de demostrar en este capítulo, no es la teoría butleriana en sí la que se asienta sobre ese supuesto “modelo contradictorio de la agencia”, sino que son precisamente las interpretaciones butlerianas las que tachan su teoría de voluntarista o determinista basándose incluso en ocasiones en argumentos similares. Valga como ejemplo el hecho de que la interpretación de la performatividad como un constructivismo radical parece llevar, como veremos un poco más adelante, a Susan Bordo a vislumbrar una propuesta voluntarista en Butler, mientras que Amorós considera por las mismas razones que su teoría nos aboca a un determinismo. Veamos otras opiniones deudoras de esta peculiar y contradictoria forma de interpretar la performatividad.

Alison Weir es un claro ejemplo de las críticas a Butler amparadas en el supuesto determinismo que implica su teoría. Para ella, el análisis butleriano del género está anclado, según sus propias palabras, en una “metáfora de la identidad y el lenguaje que efectivamente derriba cualquier posibilidad de subversión de las identidades represaliadas”⁵⁴³. En conclusión, adolece de un “concepto significativo de agencia”⁵⁴⁴. Tal vez esta interpretación determinista de los textos butlerianos, tanto de Weir como de

⁵⁴¹ Véase Lloyd, M., *op. cit.*, p. 57.

⁵⁴² Véase Walker, J., “Why performance?”, *The Yale Journal of Criticism*, vol. 16.1, 2003, pp. 149-175., especialmente pp. 162 y ss.

⁵⁴³ Véase Weir, A., *Sacrificial Logics. Feminist Theory and the Critique of Identity*, New York, Routledge, 1996, especialmente el capítulo dedicado a Butler “From the Subversion of Identity to the Subversion of Solidarity? Judith Butler and the Critique of Women’s Identity”, pp. 112-134.

⁵⁴⁴ *Ibid.*, p. 127.

Benhabib, provenga de suponer que Butler apuesta por una perspectiva filosófica postmoderna al analizar la identidad del sujeto. Nos gustaría repetir a este respecto que es bastante dudoso que el sujeto butleriano se pueda identificar de forma ingenua con un sujeto de carácter postmoderno en términos nihilistas; y muestra de ello es la propia incomodidad que siempre ha mostrado Butler con respecto al uso de la etiqueta “postmodernidad”, tantas veces enarbolada para describir su teoría⁵⁴⁵.

Justo en el polo opuesto de estas críticas se encuentran aquellas que han visto en Butler una larga sombra de voluntarismo. Entre ellas se encuentra en un lugar destacado Susan Bordo⁵⁴⁶, cuyas consideraciones fueron tomadas muy en cuenta por nuestra pensadora central. Bordo, en su artículo “Postmodern Subjects, Postmodern Bodies. Review of Judith Butler's *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*”, presuponiendo desde el inicio también ella una estrecha relación entre Butler y el pensamiento postmoderno, cree que ésta defiende una actitud subversiva amparada en el ejercicio de la voluntad a través de la parodia siguiendo a rajatabla el modelo drag. En sus propias palabras, Butler muestra “una característicamente postmoderna inclinación a enfatizar y celebrar la resistencia, la agencia creativa de los individuos, y las inestabilidades en las relaciones de poder más que sus tendencias a recuperarse”⁵⁴⁷. Bordo malinterpreta de nuevo, en nuestra opinión, las intenciones de Butler con respecto al papel de la drag dentro de su propia filosofía. En opinión de Bordo, ejercer al modo butleriano la resistencia se plantea como una tarea simple, aproblemática, desde el momento en el que según ella el cuerpo en Butler queda descrito exclusivamente como texto, como discurso. El error según Bordo está en la poca importancia dada al tratamiento del cuerpo como materialidad contextualizada⁵⁴⁸. En función de esto, la teoría de Butler cae, según ella, en un constructivismo lingüístico radical. Hemos de destacar que la norteamericana pensó seriamente estas críticas y que sus huellas se sienten en la temática general de su segunda gran obra, *Cuerpos que importan*, y en la modificación que hace de su propia teoría en este libro⁵⁴⁹.

⁵⁴⁵ Véase Burgos, E., *Qué cuenta como una vida*, p. 212, nota nº. 101.

⁵⁴⁶ Para conocer su postura resulta interesante acercarse a su *Unbearable Weight: Feminism, Western Culture, and the Body*, Berkeley, University of California Press, 1993.

⁵⁴⁷ “...a characteristically postmodern inclination to emphasize and celebrate resistance, the creative agency of individuals, and the instabilities of current power-relations rather than their tendency to recover”, véase Bordo, S., “Postmodern Subjects, Postmodern Bodies. Review of Judith Butler's *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*”. En *Feminist Studies*, vol. 18 (1), 1992. pp. 159-175.

⁵⁴⁸ Véase Bordo, S., “Bringing Body to Theory”, en Welton, D. (ed.), *Body and Flesh: A Philosophical Reader*, Malden, Mass.& Oxford, Blackwell, 1998, pp. 84 y ss.

⁵⁴⁹ Para acercarnos a esta cuestión en concreto, véase Hekman, Susan J., “Review of *Bodies that Matters*, by Judith Butler”, *Hypatia*, nº 10 (4), 1995, pp. 151-157.

Martha Nussbaum se adhiere también a la interpretación voluntarista de la subjetividad butleriana. Nuevamente, tal y como defiende Prado, el error estaría en confundir la performatividad con la mera “performance teatral”. Nos resulta curioso que la misma confusión haya derivado en críticas tanto deterministas como voluntaristas, en un intento de derribar completamente la teoría de Butler. Estas críticas estimamos que no sólo son erróneas, sino que manifiestan una cierta ceguera para con los aspectos positivos y beneficiosos de la apuesta butleriana por hacer uso de las categorías políticas como instancias abiertas sujetas a revisión. En la interpretación de Nussbaum, el sexo y el género quedan reducidos a artificios manipulables, atención, por un “sujeto previo”. En palabras de Prado:

“Por lo que respecta a Nussbaum, esta autora reduce el concepto de performatividad discursiva al de performance o representación teatral, que supone un sujeto humano voluntarista que asume su género a través de una acción instrumental. Esta confusión es la que le permite afirmar que en Butler el género y el sexo no son más que artificios manipulables por un sujeto previo. Ello significa negarse a tener en cuenta las innumerables ocasiones en las que Butler reconoce tanto el carácter necesario del género y del sujeto como el hecho de que el sujeto es producido en y a través de esa matriz de relaciones de género, que por tanto es anterior a la emergencia misma de lo humano y no es ni singular ni soberana en su acción discursiva.”⁵⁵⁰

Como Prado expresa, la crítica es injusta. La performatividad es un proceso complejo que no puede reducirse a un simple voluntarismo. Además, creemos que la interpretación de Nussbaum no solo es reduccionista sino que se nos muestra errónea pues no encontramos ni un solo pasaje butleriano donde se postule la existencia de un sujeto “previo”.

En último término, Prado critica también la visión que tienen las pensadoras de la Teoría Crítica acerca del lenguaje como algo que usa el sujeto, olvidando que éste también es usado por aquél en una suerte de proceso circular de gran complejidad. Por ello, admitir la construcción lingüística de la subjetividad y el carácter textual de toda

⁵⁵⁰ Prado Ballarín, María, “¿Qué es el feminismo postestructuralista y por qué se están diciendo cosas tan horribles sobre él?”, pp, 88-89.

acción no puede asimilarse al voluntarismo lingüista con el que se suele tildar la teoría butleriana de forma poco certera⁵⁵¹.

Esta interpretación voluntarista de Nussbaum la lleva a extender su crítica a la capacidad discriminativa de la subjetividad: ¿por qué otorgar valor a unas acciones y no a otras? Desde un feminismo de corte ilustrado, Nussbaum apuesta por el “paradigma del desarrollo humano” en su obra *Las mujeres y el desarrollo humano*⁵⁵². El enfoque centrado en el desarrollo humano nos brinda un criterio normativo para orientar la política feminista. Nussbaum concreta una serie de capacidades (nutrición, alfabetización, control reproductivo, etc.) que favorecen la vida de las mujeres y que propician su desarrollo como colectivo, siendo estas capacidades el objetivo político a alcanzar por el feminismo⁵⁵³. A nosotros, la teoría de Nussbaum nos resulta muy interesante, pero ¿realmente entra en conflicto con los propósitos butlerianos? Si, como Butler ha afirmado en numerosas ocasiones, la lucha feminista debe centrarse en la búsqueda de legitimidad para las subjetividades abyectas, ¿no estaría Butler plenamente de acuerdo en la lucha por conseguir, por ejemplo, la alfabetización de las mujeres afganas? Creemos firmemente que la perspectiva butleriana es absolutamente compatible con cualquier propuesta que pueda, como la de Nussbaum, tildarse de “humanista” y, por tanto, consideramos la oposición entre Butler y Nussbaum como una clara, en palabras de Fraser, falsa antítesis.

En la misma línea encontramos a Amy Allen, quien afirma que cuando se ve al individuo capaz de “interpretar las normas heterosexuales” hasta “desnaturalizar paródicamente la heteronormatividad”, entonces “el espectro del voluntarismo” aparece⁵⁵⁴. Allen, en su artículo “Power Trouble: Performativity as Critical Theory” comienza exponiendo que la primera formulación de la performatividad, la desarrollada en *El género en disputa*, es ambigua por anclarse en las, según su opinión, contradictorias tesis foucaultianas de la subjetividad. Eso lleva a Butler a lo que Allen llama “el problema foucaultiano”, la imposibilidad de justificar la agencia⁵⁵⁵.

No obstante admite que Butler, en *Cuerpos que importan*, realiza una segunda formulación de la performatividad más acertada al incorporar a su teoría la

⁵⁵¹ Véase *Ibid.*, pp. 91-92.

⁵⁵² Nussbaum, M., *Las mujeres y el desarrollo humano*, Barcelona, Herder, 2002.

⁵⁵³ Véase la exposición del paradigma del desarrollo humano de Nussbaum incluida en Guerra Palmero, M^a J., “(In)tolerancia, género y culturas. ¿Cómo trazar los límites?”, pp. 34 y ss.

⁵⁵⁴ Véase Allen, A., “Power Trouble: Performativity as Critical Theory”, en *Constellations*, vol. 5, n^o 4, December 1998, pp. 456-471.

⁵⁵⁵ Véase *Ibid.*, p. 456.

“iterabilidad” de Derrida. De este modo entiende Allen que la norteamericana sortea la paradoja entre determinismo y voluntarismo. No obstante, aún cuando nos parece que Allen pretende finalmente apoyar la teoría butleriana, lo cierto es que compartimos la opinión de Burgos cuando afirma que “Allen, injustificadamente, no aprecia ni la revisión crítica de la obra de Foucault ni la huella de la perspectiva teórica derrideana ya contenidas, ambas, en *Gender Trouble*”⁵⁵⁶. De esta forma creemos que las críticas vertidas sobre el contenido de esta primera gran obra de Butler son en gran parte fruto nuevamente de una lectura algo desdibujada de la compleja figura drag y de su práctica paródica. La propia Butler afirma a este respecto que:

“*Gender Trouble* en ocasiones se lee como si el género fuera simplemente una auto-invencción o como si el significado psíquico de una presentación genérica pudiera leerse directamente en su superficie. Ambos postulados han tenido que ser refinados con el tiempo.”⁵⁵⁷

Tal vez por eso sea interesante aquí realizar una reflexión en torno a esta cuestión y las matizaciones que Butler ha querido hacer al respecto. Como clara muestra de la influencia derrideana en *El género en disputa*, la propia Butler nos dice en el prefacio elaborado para la reedición conmemorativa del décimo aniversario de la obra que “originariamente cogió la pista de cómo leer la performatividad de género de la lectura que Derrida hizo del *Before the Law* de Kafka”⁵⁵⁸. Ahí está el protagonista, esperando la ley, sentado frente a su puerta, atribuyéndole cierta fuerza a esa ley que se espera. Esta anticipación de autoridad es precisamente la forma en la que la propia autoridad se instala. Butler cree que el género puede y debe analizarse bajo el mismo patrón pues opera “como una esencia interior que debe ser descubierta, una expectativa que finalmente produce el fenómeno que anticipa”⁵⁵⁹. Además, “la performatividad no es un acto singular, sino una repetición y un ritual, que alcanza sus efectos a través de su naturalización en el contexto de un cuerpo, entendido en parte como una duración

⁵⁵⁶ Burgos, E., *Qué cuenta como una vida*, pp. 210-211.

⁵⁵⁷ “*Gender Trouble* sometimes reads as if gender is simply a self-invention or that the psychic meaning of a gendered presentation might be read directly off its surface. Both of those postulates have had to be refined over time.” Butler, J., *Gender Trouble*, p. XXV.

⁵⁵⁸ “I originally took my clue on how to read the performativity of gender from Jacques Derrida’s readings of Kafka’s *Before the law*.” *Ibid.*, p. XIV.

⁵⁵⁹ “...it operates as an interior essence that might be disclosed, an expectation that ends up producing the very phenomenon that it anticipates.” *Idem*.

temporal culturalmente sostenida”⁵⁶⁰. Creemos que Butler trata aquí de matizar su visión de la performatividad para atajar el que, a nuestro entender, es el eje de gran parte de las interpretaciones erróneas de sus teorías: la identificación de la performatividad con la “performance”. En palabras de Burgos:

“Buena parte de la incorrecta comprensión de la que *Gender Trouble* ha sido objeto se debe, como decíamos con ocasión de la crítica de Benhabib, a la confusión entre las nociones de *performances* y performatividad; confusión potenciada por la fijación de la mirada de un modo excesivo en las *performances* ejecutadas por las *drags*”⁵⁶¹.

Sin embargo, según Butler, estas críticas son en parte injustas pues, tal y como afirma en el prefacio a la edición del año 2000 de *El género en disputa*, en la originaria versión de 1990 el concepto de performatividad ya se anclaba (aunque tal vez de forma tenue y sutil) en una visión derrideana que aleja la performatividad claramente de la mera “performance”, entendida esta última como la acción/interpretación de un papel a voluntad del sujeto que realiza la representación. La performatividad, en cambio, se relaciona directamente con un entramado normativo que atraviesa la propia acción del sujeto e incluso lo habilita precisamente para la acción. Tal y como ella misma afirma en *Cuerpos que importan*, “la performatividad no es un libre juego ni autorepresentación teatral; ni puede asimilarse sencillamente con la noción de *performance*”⁵⁶². Sorteas así Butler las acusaciones de voluntarismo sin caer en el determinismo férreo que impide toda posibilidad de insurrección, siempre y cuando entendamos que ésta se ejerce en la reiteración temporal de la acción y siempre desde dentro del mismo sistema que nos constituye y nos conforma.

Del mismo modo, y tal vez un poco hastiada de tener que defenderse una y otra vez de las críticas que tratan de reducir su propuesta a una mera teoría teatral frente a una verdadera teoría feminista de la emancipación, Butler afirma que es imposible mantener una antítesis total entre “teatro” y “política”⁵⁶³. Esto le permite mantener la importancia de la figura drag pero matizando cuidadosamente su alcance como modelo emancipatorio, pues, como ella misma advierte, sería un “error tomarla (a la figura de la

⁵⁶⁰ “...performativity is not a singular act, but a repetition and a ritual, which achieves its effects through its naturalization in the context of the body, understood, in part, as a culturally sustained temporal duration.” *Ibid.*, p. XV.

⁵⁶¹ Burgos, E., *Qué cuenta como una vida*, pp. 212-213.

⁵⁶² Butler, J., *Cuerpos que importan*, p. 145.

⁵⁶³ Véase Butler, J., *Gender Trouble*, p. XX.

drag) como el paradigma de la acción subversiva o, más aún, como el modelo de la agencia política”⁵⁶⁴. Aunque se ha interpretado a la *drag* en estos términos, Butler muestra claramente que su intención en *El género en disputa* fue tomarla como herramienta para desvelar el engaño oculto tras las identidades de género pretendidamente naturales y verdaderas. Y cuando estas identidades coherentes son puestas en cuestión por la práctica *drag*, la propia realidad del género es puesta en crisis:

“Se convierte en algo poco claro cómo distinguir lo real de lo irreal. Y esta es la ocasión en la que llegamos a entender que lo que somos de *verdadero*, aquello a lo que invocamos como el conocimiento naturalizado del género es, de hecho, una realidad cambiante y revisable. Llámelo subversivo o llámelo de otra forma. Aunque esta perspicacia en sí misma no constituya una revolución política, ninguna revolución política es posible sin un cambio radical en la visión propia acerca de lo posible y lo verdadero. (...) la cuestión en este texto no es celebrar el transformismo como la expresión de un género verdadero y modélico, sino mostrar que el conocimiento naturalizado sobre el género funciona como una preferente y violenta circunscripción de realidad.”⁵⁶⁵

De modo que, según Butler, la *drag* no fue una figura pensada para ejemplificar las acciones subversivas sino para evidenciar que la propia subversión es posible desde el momento que queda desmontado el andamiaje identitario natural previo.

Por lo tanto, la práctica *drag* no sólo no agota las posibilidades subversivas, sino que incluso puede llegar a reforzar la matriz ya existente pero, tal y como dice Butler, la propia posibilidad de subversión implica la necesidad de entender que el marco normativo contra el que se lucha es también un constructo que se hace pasar por natural. La *drag* muestra que su acción es como una máscara tras la que se encuentra no más que otra máscara, igualmente fantasmática, igualmente real, siempre que entendamos que la

⁵⁶⁴ *Ibid.* p. XXII.

⁵⁶⁵ “It becomes unclear how to distinguish the real from the unreal. And this is the occasion in which we come to understand that what we to be *real*, what we invoke as the naturalized knowledge of gender is, in fact, a changeable and revisable reality. Call it subversive or call it something else. Although this insight does not in itself constitute a political revolution, no political revolution is possible without a radical shift in one’s notion of the possible and the real.(...) The point of this text is not to celebrate *drag* as the expression of a true and model gender, but to show that the naturalized knowledge of gender operates as a preemptive and violent circumscription of reality.” *Ibid.*, p. XXIII. Hemos decidido aquí, traducir la palabra “*drag*” por “transformismo”, aun cuando Butler podría estar refiriéndose más concretamente a la figura en sí de la “*drag*”.

línea que divide ambos planos es una línea arbitrariamente situada, susceptible pues de desestabilizar.

Si bien las primeras reacciones a la teoría butleriana se circunscriben al ámbito anglosajón, tal y como hemos mostrado, en el momento actual podemos afirmar que las ideas de Judith Butler han calado a fondo dentro del contexto hispánico de pensamiento, incorporando a nuestro ámbito académico y social, los debates en torno al sujeto del feminismo y su capacidad para la agencia.

Cierto es que la curiosidad nació pronto y que pensadoras de la talla de María Luisa Femeninas y Celia Amorós comenzaron a tomar muy en serio las consecuencias estructurales que la teoría de la performatividad tenía sobre la práctica feminista. No obstante, las primeras obras dedicadas en profundidad y en exclusiva a la figura de nuestra pensadora aparecen ya en la primera década del presente siglo. Estas obras han permitido dar difusión dentro y fuera del ámbito académico a la propuesta butleriana y suponen una herramienta fundamental para analizar de qué forma se ha leído y entendido a Judith Butler en los países hispanohablantes, en especial en España.

Tal y como nos muestra Burgos⁵⁶⁶, el interés despertado en el feminismo español por la filosofía butleriana es bastante temprano. Esto se plasma en la invitación que Giulia Colaizzi hace llegar a Butler en 1992 para venir a España a mostrar un adelanto de su posterior *Cuerpos que importan* dentro del curso “Feminismo, Filosofía, Ciencia”. Tras esta aparición de Butler por nuestro país hubo que esperar hasta el 2001 para una nueva visita, esta vez a la Universidad de Barcelona, con motivo de las jornadas *Cambio Educativo y Social III. Mujeres y Transformaciones Sociales*. En 2007, Butler acude por tercera vez a nuestro país invitada por Espai Francesca Bonnemaison y por el Museo de Arte Contemporáneo de Barcelona. Finalmente, solo un año después nos vuelve a visitar, en esta ocasión para impartir el seminario “Crítica, discrepancia y violencia” en la ciudad de Murcia y el seminario “Transgènere i l’esperit de la revolta” en Valencia.

La recepción de la teoría de Butler en el contexto hispánico parece estar filtrada en gran parte por los análisis realizados anteriormente por Benhabib y Fraser.

Sin duda alguna, Amorós, parece ser la que más tempranamente estudia a Butler en nuestro país, trayendo a debate no sólo su teoría sino las críticas que, desde fundamentalmente la Teoría Crítica, se vertieron sobre las tesis de la norteamericana. En

⁵⁶⁶ Véase Burgos, E., *Qué cuenta como una vida*, cita 108 de las páginas 214-215.

la obra coordinada por ella, *Historia de la teoría feminista*⁵⁶⁷, Amorós nos trae el debate entre Butler, Benhabib y Fraser con el artículo “Feminismo, ilustración y postmodernidad: notas para un debate”. En dicho artículo, Amorós da cuenta de las críticas vertidas por Benhabib y Fraser sobre la imposibilidad de realizar una resignificación de la identidad sin ninguna apelación a la normatividad. De este modo, creemos que Amorós se posiciona a favor de estas críticas, siendo su lectura bastante sintomática de los equívocos que la teoría butleriana provocó en los años posteriores a la publicación de *El género en disputa* (comprensión errónea de la subjetividad, confusión entre performance y performatividad). En nuestra opinión, la omisión de la influencia derrideana ya implícita en *El género en disputa* lleva a Amorós a reproducir el malentendido cometido por gran parte de la crítica internacional al interpretar la proliferación de géneros como una mera práctica teatral de carácter voluntario, podríamos decir que incluso caprichoso.

En el año 2000, Amorós escribe *Tiempo de feminismo. Sobre el feminismo, proyecto ilustrado y postmodernidad*⁵⁶⁸, una obra donde profundiza en las raíces ilustradas indisolublemente vinculadas al feminismo. En el capítulo VII, titulado “Feminismo y postmodernidad, una *liaison dangereuse*”, retoma el debate entre la teoría butleriana y las propuestas de carácter ilustrado representadas fundamentalmente por Fraser y Benhabib. Amorós comienza curiosamente plasmando la dificultad del término “postmodernidad”, su carácter difuso y multidisciplinar. Apoyándose en el texto de J. M. Ripalda “¿Qué es la postmodernidad?”⁵⁶⁹, concluye que el término postmodernidad posee una “incapacidad definitoria sustantiva”⁵⁷⁰. No obstante, durante el resto del capítulo, la propia Amorós define postmodernidad como aquel movimiento “carente de referente”, que propugna la “muerte del sujeto”⁵⁷¹, incluyendo en este movimiento la propuesta butleriana. Parecería estar dando la razón a la propia Butler cuando ésta afirma que la rúbrica de “lo postmoderno”, utilizada para agrupar

⁵⁶⁷ Amorós, C. (coord.), *Historia de la teoría feminista*, Madrid, Instituto de investigaciones femeninas, Universidad Complutense de Madrid, 1994, pp. 341-352.

⁵⁶⁸ Amorós, Celia, *Tiempo de feminismo. Sobre el feminismo, proyecto ilustrado y postmodernidad*, Instituto de la mujer, Colección feminismos, Valencia, Cátedra, 2010.

⁵⁶⁹ Ripalda, J. M., “¿Qué es la posmodernidad?”, en Ripalda, J. M^a, *De Angelis. Filosofía, mercado y postmodernidad*, Madrid, Trotta, 1995, cap. II.

⁵⁷⁰ Amorós, Celia, *Tiempo de feminismo. Sobre el feminismo, proyecto ilustrado y postmodernidad*, p. 304.

⁵⁷¹ *Ibid.*, pp.306 y ss.

posiciones tan distintas como el postestructuralismo y la deconstrucción, atiende a un gesto de dominio conceptual sintomático del autoritarismo político⁵⁷².

Amorós nos muestra la síntesis entre el postestructuralismo y la Teoría Crítica que realiza Fraser en su intento de desarrollar un paradigma feminista pragmático y falibilista⁵⁷³. En *Unruly Practices*, Fraser entiende el proceder feminista como aquel tendente a autoclarificar las luchas y anhelos de la época. En virtud de esto, Amorós establece el llamado por ella “test de Fraser” para analizar la idoneidad y pertinencia de las distintas teorías feministas. De este modo puede afirmar que “a la luz de este test parece evidente que podemos desechar las que, en lugar de visibilizar la subordinación de las mujeres, echan tinta de calamar sobre la misma, marean la perdiz, etc”⁵⁷⁴. Frente a un feminismo que atiende a las necesidades teóricas y prácticas de las mujeres, la teoría butleriana se limita, según Amorós, a proponer “la proliferación paródica de los estereotipos genéricos con finalidades subversivas o transgresoras”⁵⁷⁵. Todo ello lleva a Amorós a afirmar:

“Quizá yo tenga un oído demasiado susceptible para ciertas disonancias conceptuales, pero ciertas combinaciones me chirrían. No acierto a ver salida pragmática *por la calle de en medio* ante *falsas antítesis* como las que vendrían representadas respectivamente por las posiciones de Benhabib y de Butler.”⁵⁷⁶

Por lo tanto, aun cuando conviene con Fraser en que Foucault puede ser para el feminismo un buen “amante ocasional”⁵⁷⁷, Amorós apuesta decididamente por la propuesta de Benhabib.

Por lo dicho hasta el momento, podemos apreciar claramente cómo Amorós vincula el butlerianismo a la “postmodernidad”. Igualmente, atribuye a Butler la defensa de “la proliferación de géneros” cuando, como desarrollaremos en el capítulo dedicado a las conclusiones, lo que a nuestro entender promueve Butler es el reconocimiento de las subjetividades castigadas y abyectas. De esta forma, creemos que Amorós considera la teoría de la performatividad como una mera propuesta lúdica e inocua en el mejor de

⁵⁷² Véase *Ibid.*, p. 350.

⁵⁷³ Véase *Idem.*

⁵⁷⁴ *Ibid.*, p. 352.

⁵⁷⁵ *Idem.*

⁵⁷⁶ *Ibid.*, pp. 353-354.

⁵⁷⁷ *Ibid.*, p.357.

los casos, contraproducente en el peor, por generar la confusión dentro del propio movimiento.

Nos resulta difícil de entender que Amorós admita la necesidad de transformación y rearticulación del feminismo, y que erradique a la par las posiciones que no comulgan con los principios de la Teoría Crítica, llamando a sus representantes las “mujeres escépticas de Nietzsche”⁵⁷⁸. Butler es una de esas “mujeres escépticas de Nietzsche”, y eso le lleva a afirmar que “en realidad, no son posibles las resignificaciones críticas en Butler porque estamos fuera del paradigma del pensamiento crítico”⁵⁷⁹. Dado que nuestra pensadora entiende la propia filosofía y la propia práctica política como “crítica”, actividad que alcanza incluso a la propia subjetividad, consideramos que Butler no está fuera del paradigma crítico sino, en todo caso, fuera del paradigma crítico establecido de antemano por Benhabib.

Finalmente Amorós cataloga la propuesta butleriana de “nominalismo constructivista” preguntándose: “¿si no somos más que la suma total de las representaciones de género, cómo podemos re-escribir el guion?”⁵⁸⁰ De esta forma, Amorós cree que la teoría de Butler desemboca en un determinismo o, en su caso, en una absoluta imposibilidad de distinguir entre acciones deseables y no deseables. Pero, en nuestra opinión, es posible darle la vuelta a la pregunta: ¿es que es posible “no re-escribir el guión”? El sujeto, en el desarrollo de su agencia se de-construye y se reconstruye continuamente, alterando los objetivos y el sentido de su proyecto emancipatorio.

Para Amorós, siguiendo en esto a Fraser, el problema de la teoría de Butler es que “sitúa todas las resignificaciones en un mismo nivel”⁵⁸¹. Creemos que este razonamiento parte de un planteamiento excluyente de carácter irreal: o defendemos un sujeto sólido, íntegro, con capacidad crítica para diferenciar entre acciones emancipatorias y no emancipatorias, u optamos por un sujeto construido sin la menor capacidad para discriminar.

“De otro modo, al deshacernos de la hipoteca del esencialismo pagamos el precio de la capacidad crítica feminista.

⁵⁷⁸ *Ibid.*, p. 321.

⁵⁷⁹ *Ibid.*, p. 366.

⁵⁸⁰ *Ibid.*, p. 363.

⁵⁸¹ *Ibid.*, p. 364.

Cuando sólo *vale el todo* vale se acaba diciendo que tanto da estar en el parlamento que haciendo calceta.⁵⁸²

Pero en primer lugar, ¿quién está proponiendo el “todo vale”? Y en segundo, ¿no es precisamente partiendo de un esencialismo como se destruye la capacidad crítica, al encontrar la razón un límite no cuestionable donde fundamentar su praxis? Ciertamente la relación entre Teoría Crítica y postmodernidad se presenta como una “*liaison dangereuse*”, si bien creemos que esa “terrible” postmodernidad no viene representada por Butler.

Nos parece sintomático destacar aquí que la interpretación de la teoría butleriana que desarrolla Amorós parece moverse entre las contradictorias acusaciones de voluntarismo (propuesta lúdica, postmoderna de las “mujeres escépticas de Nietzsche”, propuesta donde “todo vale”) y de determinismo (“nominalismo constructivista”⁵⁸³). Creemos que reproduce la ambigua crítica de Benhabib quien, como hemos comentado anteriormente, interpreta erróneamente la performatividad butleriana.

Por todo ello, hemos de decir, en defensa de Butler nuevamente, que su teoría no es una celebración de la proliferación acrítica de las subjetividades sino un claro intento de inclusión de las identidades oprimidas. Por lo tanto, no existe en ella ese sesgo de relativismo *a la mode* que desembocaría en escepticismo político. Tampoco considera Butler a su sujeto atrapado por el fantasma del determinismo, pues, si bien la voluntad no puede ejercerse libremente, sí que puede (y tiene que) actuar contextual y situadamente. La intención de Butler se encamina a no establecer de principio el quién, el cómo y el cuándo de la lucha feminista con el ánimo de no establecer un marco de exclusiones de antemano. ¿Cuál puede ser entonces la clave para considerar unas acciones emancipatorias y otras no? La respuesta butleriana es en numerosas ocasiones confusa por cuanto nuestra pensadora evita constantemente prescribir la subversión, pero el espíritu de su propuesta atraviesa toda su obra. Creemos que la barra de medir a utilizar en la práctica feminista es la lucha por conseguir que las subjetividades abyectas

⁵⁸² *Ibid.*, p. 368. Vemos claramente el uso aquí de una de las falacias más comunes de nuestro lenguaje, la pendiente resbaladiza.

⁵⁸³ Curiosamente, la etiqueta de “constructivismo radical”, expresión de connotaciones bastante catastrofistas por otro lado, ha servido a Susan Bordo para tildar a Butler de voluntarista y a Amorós para catalogarla de determinista. La primera considera que, si la propuesta de Butler se basa en un “constructivismo lingüístico”, las identidades se formarían libremente de la nada. La segunda, por su parte, afirma que si Butler defiende un “nominalismo constructivista”, el poder inunda la subjetividad y no hay base, ni resquicios para establecer una identidad no determinada. Pero sí que hay resquicios, como veremos durante y, especialmente, al final de este estudio.

alcancen lo que Burgos denomina “la vida vivible”. En la conclusión, desarrollaremos esta cuestión y trataremos de complementar la teoría butleriana con un sensualismo que pueda orientar al feminismo hacia la consecución de una vida más digna, menos dolorosa para las mujeres.

Siguiendo la estela de Amorós encontramos a un nutrido grupo de pensadoras, algunas de las cuales, por su paralelismo con los argumentos de la anteriormente citada, parecen haber filtrado sus críticas por las realizadas por Benhabib, Fraser y la propia Celia Amorós.

Un buen ejemplo es Cristina Molina Petit⁵⁸⁴, quien tilda la filosofía de Butler de postmoderna, degradando su propuesta política a una mera cuestión estética. Una profunda visión moderna e ilustrada, en nuestra opinión, limita su perspectiva a la hora de apreciar los aspectos más interesantes de la filosofía butleriana. En la línea de Amorós y otras intérpretes internacionales, Molina Petit interpreta la performatividad como mera “performance” voluntaria, omitiendo toda la reflexión desarrollada por Butler a partir de *Cuerpos que importan* encaminada a solventar la dicotomía entre voluntarismo y determinismo. Así, Molina Petit ubica sin reparos a Butler como claro exponente de “la consideración del género como una producción puramente discursiva”⁵⁸⁵, posibilitando “el diseño de la identidad según el deseo autónomo de cada cual”⁵⁸⁶, de manera que:

“Todos los disfraces están permitidos, todos valen igual. En los bailes de máscaras las leyes se rompen, el orden se trastoca: es la proyección del deseo de *un mundo al revés*, aunque sea por un día, la *manha de Carnaval, el mardi gras* carioca al que sigue el día corriente donde se esfuma la ilusión y la carroza vuelve a ser calabaza.”⁵⁸⁷

Pero el género no es exactamente una máscara y Butler jamás ha afirmado que considere que todos los géneros producidos tengan el mismo valor. Simplemente afirma que debemos ser extremadamente cuidadosos a la hora de establecer las decisiones en torno a cuáles son las identidades que “validamos”, defendiendo un debate continuo en relación a los presupuestos implícitos en esas decisiones, siempre en revisión y cambio

⁵⁸⁴ Véase “Debates sobre el género”, en Amorós, C. (ed.), *Feminismo y Filosofía*, Madrid, Síntesis, 2000, pp. 255-284 y “Género y poder desde sus metáforas. Apuntes para una topografía del patriarcado”, en Tubert, S. (ed.), *op. cit.*, pp. 123-159, más concretamente páginas 133 y siguientes.

⁵⁸⁵ Molina Petit, C., “Género y poder desde sus metáforas”, en Tubert, S. (ed.), *op. cit.*, p. 133.

⁵⁸⁶ *Ibid.*, p. 147.

⁵⁸⁷ *Ibid.*, p. 135.

constante para acometer nuevas demandas sociales, para evitar el sufrimiento de los excluidos y las excluidas por la norma. Creemos que el matiz es muy, pero que muy, importante. Además, la performatividad no “rompe” las leyes (tal y como Molina Petit afirma que Butler defiende) sino que las prueba, las tensa, las pone en cuestión, las desnaturaliza, las flexibiliza y las cambia desde ellas mismas. Siempre queda algo de la ley en lo nuevo. No hay un antes y un después de la ley porque siempre estamos luchando desde dentro del sistema. La idea de un “fuera del sistema”, idea por la cual Butler no se deja jamás seducir, es también un invento del sistema. La performatividad no es una proyección del deseo, como si el deseo fuera algo enteramente emergente de un sujeto puro. El deseo se negocia constantemente con la ley de la que emerge, por tanto no somos ni enteramente libres ni enteramente esclavos de él. Y finalmente, ¿qué quiere decir Molina exactamente con “un mundo al revés”?, ¿es que existe un “mundo al derecho”?

Del mismo modo, Molina Petit critica duramente la propuesta butleriana por considerarla sólo al alcance de una élite ya asentada y acomodada (económica y/o intelectualmente) para desarrollar la deconstrucción de la identidad de género de forma lúdica. A este respecto la oímos realizar afirmaciones del tipo: “Butler puede animarnos a cambiar el disfraz, pero ello sólo sería posible para las que estuvieran de vuelta de la Revolución, para las que ya hubieran tomado la Bastilla de la igualdad”⁵⁸⁸ para más adelante insistir en que “la elección de géneros a la carta es un juego transgresor y puede que liberador, pero sólo puede practicarse como tal cuando no hay necesidades más perentorias que atender”⁵⁸⁹. Bien. Tenemos muchas razones para oponernos enérgicamente a esta interpretación de la teoría butleriana por cuanto la performatividad de género no es una elección, ni tan siquiera un simple juego en el sentido claramente peyorativo en el que Molina usa el término. Lo cierto es que, en nuestra opinión, nos parece injusto calificar su propuesta de “lúdica” (en el peor sentido de la palabra) cuando Judith Butler ha mostrado y sigue mostrando una gran sensibilidad, empatía y compromiso para con el sufrimiento. Un compromiso que se ha traducido en años de investigación académica y de activismo a pie de calle. A nosotros particularmente nos resultan suficientemente “perentorias” las penurias que padecen las mujeres, gays, lesbianas, transexuales, intersex, hermafroditas y, en general, todo individuo acosado, humillado y maltratado a diario por motivo de su “disonante” identidad genérica o

⁵⁸⁸ *Ibid.*, p. 136.

⁵⁸⁹ *Ibid.*, p. 137.

sexual, subjetividades a las que la propuesta butleriana pretende dar cabida y herramientas políticas.

Finalmente, Molina Petit acusa a la norteamericana de defender un “sujeto lesbiano”, obviando las críticas y rectificaciones realizadas por Butler al sujeto lesbiano defendido por su tan admirada Monique Wittig.

Alicia H. Puleo, desde similares presupuestos ilustrados, trata de descalificar la teoría de Butler tildándola también de “postmoderna”, por dirigirse según ella directamente contra el proyecto humanista⁵⁹⁰. Lamenta Puleo que los dardos butlerianos no se hayan dirigido hacia el patriarcado, siendo esto una clara muestra para Puleo de que la teoría butleriana se encuadra dentro del pensamiento postmoderno y bastante alejado de los intereses estrictamente feministas. Monopoliza Puleo, según nuestro parecer, el feminismo cerrando las puertas a opciones emitidas desde fuera del marco moderno, y desoye los matices postestructuralistas, que no postmodernos, del pensamiento de la norteamericana. Además, aun cuando es cierto que Butler puede parecer por momentos una pensadora antihumanista, creemos que una lectura detenida, especialmente a partir de *Deshacer el género*, deja bien claro que la crítica de Butler va dirigida al humanismo de carácter esencialista y jamás contra el humanismo entendido éste como sensibilidad y defensa de lo humano. Este error de interpretación, provoca en nuestra opinión que Puleo afirme que el sujeto butleriano es una ficción con tintes epicúreos, una ficción estética y lúdica más que política.

Compartiendo crítica, pero desde el otro lado del océano, más concretamente desde Argentina, destacan los estudios de María Luisa Femenías, Asunción Oliva Portolés y Andrea D’Atri. María Luisa Femenías pasa por ser una de las máximas expertas iberoamericanas en el pensamiento butleriano dadas las tempranas objeciones que le plantea al mismo. No obstante, estimamos que el encuadre de su postura dentro de las directrices marcadas por Benhabib en el ámbito anglosajón y Celia Amorós en el contexto hispano, condicionan sus aportaciones en el sentido ya señalado anteriormente. Por ello, tanto en su obra *Sobre sujeto y género*⁵⁹¹, como en otras posteriores

⁵⁹⁰ Seguiremos para este análisis el texto “Sujeto, sexo y género en la polémica modernidad-postmodernidad” de Puleo, publicado por la Universidad de Granada en *Anales de la Cátedra Francisco Suárez*, vol. 31, 1994, pp. 111-121, así como el análisis que hace de este texto Elvira Burgos en su *Qué cuenta como vida*, pp. 216-217. Hemos de señalar, del mismo modo, que el pensamiento de Alicia H. Puleo ha evolucionado hacia el ecofeminismo, por lo que lo expresado aquí se refiere exclusivamente a esta temprana interpretación de la teoría butleriana de la década de los 90.

⁵⁹¹ Femenías, M. L., *Sobre sujeto y género. Lecturas feministas desde Beauvoir a Butler*, Buenos Aires, Catálogos, 2000. Véase también Femenías, M. L., *Judith Butler: Introducción a su lectura*, Buenos Aires, Catálogos, 2003.

específicamente centradas en Butler, Femenías acusa a la norteamericana de que “algunos elementos de su crítica juegan con la idea de una libertad radical”⁵⁹² y de no plasmar un proyecto político sólido que pueda de alguna forma limitar racionalmente la proliferación de géneros hasta el infinito. Cataloga, pues, Femenías de inconsistente y débil el proyecto político propuesto en *El género en disputa*, incapaz, según ella, de marcar un objetivo al feminismo o de atacar convenientemente la subordinación de los géneros.

Oliva Portolés⁵⁹³ considera que la teoría butleriana, en su renuncia al pensamiento ilustrado, desemboca en un constructivismo radical o extremo que nos aboca a callejones sin salida. Siguiendo la sutil crítica de Burgos⁵⁹⁴ a los análisis de Portolés, lo cierto es que la argentina enuncia estas duras acusaciones sin clarificar por qué cataloga la filosofía de Butler de “constructivismo extremo” y sin profundizar cuáles serían estos “callejones sin salida”.

Por su parte, y desde un feminismo anclado en el materialismo histórico más clásico, Andrea D’Atri⁵⁹⁵ cree que la democracia radical propuesta por Judith Butler carece de fuerza para ser el eje de la política que, según ella, se analiza mejor desde una perspectiva marxista de lucha de clases.

Por todo lo expresado hasta el momento, compartimos la opinión de Burgos cuando afirma, en referencia a las autoras ubicadas en esta línea crítica (Benhabib, Amorós, Molina Petit, etc.), que “pareciera como si la obra de Butler empezara y concluyera con *Gender Trouble* para estas autoras, quienes, por lo demás, aun prestando atención a una única obra, reflejan en sus observaciones la precipitación de sus lecturas”⁵⁹⁶.

Para finalizar este capítulo, creemos no solo importante sino también necesario hacer referencia a un selecto número de pensadores y pensadoras que, yendo más allá de las interpretaciones señaladas, han sabido comprender y hacer justicia a la subjetividad

⁵⁹² Femenías, M. L., *Judith Butler: Introducción a su lectura*, p. 61.

⁵⁹³ Véase especialmente “Debates sobre el género”, en Amorós, C. y De Miguel, A. (eds.), en *Teoría feminista: de la Ilustración a la globalización*, vol 3, Madrid, Minerva, 2005.

⁵⁹⁴ Véase Burgos, E., *Qué cuenta como una vida.*, pp. 218-219.

⁵⁹⁵ Véase “Igualdad y diferencia. El feminismo y la democracia radical...mente liberal” en *Lucha de clases. Revista marxista de teoría política*, Buenos Aires, Noviembre, 2002. Véase también el artículo “Feminismo y democracia en Judith Butler. Entre la metonimia del mercado y la metáfora (imposible) de la revolución”, publicado en la desaparecida web Creatividadfeminista, ahora MamaMetal y cuyo título ya es suficientemente explicativo.

⁵⁹⁶ Burgos, E., *Qué cuenta como una vida*, pp. 217-218.

y la agencia butleriana. Un claro ejemplo de ello es Neus Campillo⁵⁹⁷, quien ha recogido también la polémica abierta por Benhabib y Fraser pero desde una lectura más certera al respetar el sentido postestructuralista de la resignificación butleriana. Entiende, pues, que la crítica al sujeto del feminismo de Butler no desemboca en un burdo nihilismo inoperante sino que se encamina más bien a establecer unas nuevas bases desde las que pensar la agencia y el sujeto político. Esta justa descripción del proyecto de Butler nos parece acertada por cuanto trata de ser fiel a los intentos de la americana por defender la agencia dentro de su propuesta política. En este sentido, los textos de Neus Campillo no omiten, como lo hacen los de algunas de sus más fervientes críticas, la profundidad y las continuas revisiones a las que Judith Butler sometió su pensamiento. “En ontología y diferencia de los sexos”⁵⁹⁸, un texto preñado de sugerencias heideggerianas y derrideanas, Campillo dedica seis páginas a exponer la importancia de *El género en disputa*⁵⁹⁹, ubicando perfectamente la propuesta política de Butler a partir de sus análisis de Foucault y Derrida⁶⁰⁰, manteniéndose fiel a lo expuesto por ésta, tanto en relación a la crítica a la metafísica de la substancia como a la dicotomía determinismo-libre albedrío y la necesidad de superar la misma⁶⁰¹.

Por otro lado, nos resultan muy interesantes sus artículos “Identidad y sexo: un rompecabezas ontológico”⁶⁰² y “Paradojas y rompecabezas de las políticas feministas”⁶⁰³, donde Campillo trata de adentrarse en las entrañas de la subjetividad butleriana y su capacidad de agencia. Destacan también ambos textos por erigirse como una defensa a ultranza de “la pluralidad de feminismos y de sus políticas”, así como del “feminismo como crítica y como capaz de colaborar en la construcción de una cultura crítica”⁶⁰⁴. Ubica igualmente la categoría de “mujer” en el centro del debate feminista

⁵⁹⁷ Esta autora muestra en numerosos artículos su respeto hacia la teoría butleriana. Sin tener ninguna obra monográfica en torno a la norteamericana, e incluso en ocasiones no dedicándole más de tres o cuatro páginas en un artículo, queremos destacar que los análisis de Neus Campillo parecen ser siempre muy fieles a las intenciones de la autora. Véase, por ejemplo, Campillo, N., “Paradojas y rompecabezas de las políticas feministas”, en *Riff Raff. Revista de pensamiento y cultura*, op. cit. Véase igualmente “Ontología y diferencia de los sexos”, en Tubert, S. (ed.), op. cit., pp. 83-120.

⁵⁹⁸ “Ontología y diferencia de los sexos”, en Tubert, S. (ed.), op. cit., pp. 83-120.

⁵⁹⁹ *Ibid.*, pp. 104-110.

⁶⁰⁰ Véase *Ibid.*, pp. 106-107.

⁶⁰¹ “El planteamiento feminista de Butler cuestiona un paradigma epistemológico de la acción y del sujeto que tiene dos puntos fundamentales: la metafísica de la substancia y la de la alternativa determinismo-libertad. Su crítica pone de relieve el giro performativo del lenguaje y del discurso que oculta el hecho de que *ser* de un sexo o género es imposible.” *Ibid.*, pp. 108-109.

⁶⁰² Campillo, Neus, “Identidad y sexo: un rompecabezas ontológico”, en Faerna, Ángel Manuel y Torrevejan, Mercedes (eds.) *Identidad, individuo e historia*, Valencia, Pre-Textos, 2003, pp. 265-285.

⁶⁰³ Campillo, Neus, “Paradojas y rompecabezas de las políticas feministas”, en *Riff Raff. Revista de pensamiento y cultura*, op. cit.

⁶⁰⁴ *Ibid.*, p. 13.

de los últimos treinta años⁶⁰⁵ para concluir que, si bien pudiera parecer que el feminismo, parafraseando a Fraser, “sólo tiene paradojas que ofrecer”, estos dilemas deben entenderse de forma no excluyente y derivados necesariamente de una nueva visión de la política como el campo fructífero de redefinición constante del debate y la praxis feminista⁶⁰⁶.

Por su parte, M^a José Guerra Palmero, además de hacer continuas alusiones a la americana, nos brinda un interesante artículo titulado “¿Subvertir o situar la identidad? Sopesando las estrategias feministas de Judith Butler y Seyla Benhabib”⁶⁰⁷ en el que Guerra trata de salvar lo que de productivo hay en ambas propuestas. Según Guerra, la gran aportación de Butler a la filosofía feminista ha sido la utilización del método genealógico, el cual ha posibilitado elaborar una deconstrucción de los conceptos básicos que habían gobernado el movimiento desde su origen.

Del mismo modo nos resulta muy interesante su artículo “(In)tolerancia, género y culturas ¿Cómo trazar los límites?”⁶⁰⁸ En él, Guerra no oculta su adhesión al modelo deliberativo de democracia elaborado a partir de la teoría habermasiana y su refinamiento por parte de Benhabib, Fraser y Young⁶⁰⁹. No obstante se muestra muy sensible hacia las críticas vertidas desde el feminismo chicano (E. Spelman y M. Lugones)⁶¹⁰ y advierte ante los peligros de vincular la modernidad con el neocolonialismo belicista⁶¹¹. Por todo ello, Guerra propone corregir la Teoría Crítica con el diálogo interno y transcultural partiendo del respeto a las distintas formas de entender la política.

El caso de Ángeles Jiménez Perona es sintomático pues en sus artículos se aprecia una evolución y acercamiento de su postura hacia la de la nuestra pensadora. En el primer artículo dedicado a Butler, “Sexo y género. De la imposibilidad del constructivismo radical”⁶¹², escrito en 2003, Jiménez muestra las dificultades que en su opinión plantea la teoría postestructuralista de Butler. Posteriormente, en 2005, publica

⁶⁰⁵ Véase *Ibid.*, p. 14.

⁶⁰⁶ Véase *Ibid.*, p. 25-26.

⁶⁰⁷ Guerra Palmero, M^a J., “¿Subvertir o situar la identidad? Sopesando las estrategias feministas de Judith Butler y Seyla Benhabib”, en *Daimon. Revista de Filosofía*, nº 14, 1997, pp. 143-154.

⁶⁰⁸ Guerra Palmero, M^a J., “(In)tolerancia, género y culturas. ¿Cómo trazar los límites?”, en *Riff Raff. Revista de pensamiento y cultura*, op. cit.

⁶⁰⁹ Véase *Ibid.*, p. 33.

⁶¹⁰ Véase *Ibid.*, p. 34.

⁶¹¹ “...el feminismo y su anhelo emancipador debe, también, defenderse de presiones hostiles que mal identifican a la modernidad moral con su rostro (neo)colonialista y belicista.” *Ibid.*, p. 39.

⁶¹² Jiménez Perona, A., “Sexo y género. De la imposibilidad del constructivismo radical”, *Riff Raff. Revista de pensamiento y cultura*, op. cit., pp. 100-109.

el artículo “Ciudadanía más allá de la ley”⁶¹³ y en él, si bien las alusiones directas a nuestra pensadora son apenas un par, se deja sentir claramente una afinidad creciente para con la propuesta butleriana. Para empezar, Jiménez realiza una crítica al feminismo de la diferencia, por comportar una mistificación de la femineidad que “impide remontar los roles” en los que la tradición encierra a las mujeres⁶¹⁴. Afirma, del mismo modo, que “las únicas nociones de diferencia compatibles con el igualitarismo son las constructivistas, esto es, las que consideran la identidad no como algo dado que se despliega, sino como un objetivo”⁶¹⁵, para a continuación ejemplificar esta posición citando a Butler, Benhabib y Mouffe. Hemos de reconocer que estas apenas siete páginas de artículo nos han dado mucho que pensar, pues la actitud opositiva en la que habitualmente se presentan las teorías de Butler y Benhabib tal vez nos haya cegado en más de una ocasión para explorar en profundidad los posibles nudos entre las teorías de ambas autoras. Si bien es cierto que no podemos negar los inevitables desencuentros entre la teoría crítica y la teoría de la performatividad o teoría de género, cierto es que generalmente simplificamos ambas posiciones reduciéndolas a las versiones más radicales de las mismas. Se presenta así la Teoría Crítica como una posición rígida, dogmática, frente al postestructuralismo butleriano, supuestamente caracterizado por su carencia total de punto de apoyo. Jiménez prefiere alejarse de estos prejuicios y, desde una posición de simpatía hacia los universalismos, mostrar el principal nexo entre ambas posiciones: la concepción de la política como campo mutable y contingente. Desde este nuevo prisma, Jiménez afirma:

“La política feminista no tiene por qué tomar pie en una noción identitaria de *mujer* previamente dada, reificada, pues, de la imposibilidad de ofrecer un concepto de mujer cerrado, eterno e inmutable, no es preciso concluir que no pueda haber formas de unidad y de políticas feministas aunadas de algún modo.”⁶¹⁶

¿Pero de qué modo? Jiménez nos sugiere un posible camino a seguir, “la formación de sujetos políticos colectivos en términos de lo que Wittgenstein denomina

⁶¹³ Jiménez Perona, A., “Ciudadanía más allá de la ley”, en *Riff Raff. Revista de pensamiento y cultura*, nº 27, 2005. Se puede ver en http://riff-raff.unizar.es/files/politicas_feministas.pdf, pp. 3-11. Consultado en Enero de 2012.

⁶¹⁴ Véase *Ibid.*, p. 7.

⁶¹⁵ *Ibid.*, p. 9.

⁶¹⁶ *Idem.*

parecidos de familia”⁶¹⁷, propuesta elaborada por Mouffe y a la que, según la opinión de Jiménez, probablemente podrían adscribirse al menos en parte, tanto Butler como Benhabib.

A Pablo Pérez Navarro debemos algunos de los artículos más certeros sobre la teoría butleriana⁶¹⁸. Nos gustaría destacar lo sugerente de su escritura, que conjuga exitosamente la claridad expositiva con la profundidad intelectual⁶¹⁹. Su obra, titulada *Del texto al sexo*⁶²⁰, pertenece a lo que podríamos llamar una segunda oleada de butlerianismo dentro de nuestro contexto. Si bien en un primer momento autoras como Celia Amorós o María Luisa Femeninas realizan trabajos encaminados a defender o atacar la teoría butleriana desde una perspectiva más general, Pérez Navarro afronta el análisis y la reconstrucción de la teoría butleriana centrándose en la filosofía del lenguaje⁶²¹. Este enfoque le permite profundizar en una de las claves fundamentales de la teoría de la performatividad, la teoría de los actos de habla que Austin desarrolla en su libro *Cómo hacer cosas con palabras*⁶²² y la prolífica interpretación que Derrida elabora del mismo en su conocido artículo “Firma, acontecimiento, contexto”⁶²³. Lo más relevante es que Pérez Navarro sigue el rastro del citado artículo y analiza la reacción provocada en pensadoras y pensadores como Deleuze, Culler, Searle, Rorty y Felman⁶²⁴.

⁶¹⁷ *Idem*.

⁶¹⁸ Véase Pérez Navarro, P., “Márgenes del género: Judith Butler y la performatividad”, en De Peretti Della Rocca, C. y Velasco, E. (comp.), *Conjunciones. Derrida y Cia.*, Madrid, Dykinson, 2007, pp. 357-381; igualmente véase Pérez Navarro, P., “Activismo y disidencias queer”, en *Cuadernos del Ateneo: El desafío queer. Ciudadanía y sexualidades*, vol. 26, La Laguna, Ateneo de La Laguna, 2008, pp. 75-83; Pérez Navarro, P., “De la parodia a la ontología: dos lecturas de Judith Butler”, en *Riff Raff*, vol. 42, Zaragoza, Mira editores, 2010, pp. 19-32; Pérez Navarro, P., “Dar cuenta de la interpelación: covulnerabilidad e inscripción de la alteridad...”, en *Daimon. Revista de Filosofía*, Murcia, Universidad de Murcia, 2010, pp. 21-33; Pérez Navarro, P., “Performatividad y masculinidades queer”, *Revista La Página*, vol. 91, S. C. de Tenerife, 2011, pp. 27-57; Pérez Navarro, P., “Martha Nussbaum y Celia Amorós: Parodias de la parodia”, en Soley-Beltran, P. (comp.), *Judith Butler en disputa. Lecturas sobre la performatividad*, Madrid, Egales, 2012.

⁶¹⁹ El propio índice de la obra está plagado de títulos que realmente despiertan el interés por su lectura (“Performatividad, magia y transformación social”, “De la herida y el retorno”, “Seriedad, parasitismo y privacidad”)

⁶²⁰ Pérez Navarro, P., *Del texto al sexo. Judith Butler y la performatividad*, Madrid, Egales, 2008.

⁶²¹ Aun cuando mantenerse dentro de los límites de la filosofía del lenguaje parece una tarea complicada en lo que respecta a la teoría de Judith Butler, Pérez Navarro muestra sus intenciones desde el inicio de su obra: “...confío en mantener, hasta donde sea posible, la perspectiva de la filosofía del lenguaje como principal hilo conductor”, véase *Ibid.*, p. 29.

⁶²² Austin, J. L., *Cómo hacer cosas con palabras*, *op. cit.*

⁶²³ En Derrida, J., *Márgenes de la filosofía*, Madrid, Cátedra, 1989, pp. 347-372.

⁶²⁴ En la misma línea, tenemos también en muy alta estima los artículos de Sonia Reverter Bañón. Interesada especialmente en profundizar en la idea de performatividad butleriana Sonia Reverter Bañón ha estudiado la huella de la teoría de los actos de habla en las obras butlerianas posteriores al año 2000. Véase Reverter Bañón, S., “Actos de habla y feminismo”, *Actas del XIV Congreso de Filosofía Societat de Filosofia del País Valencià*, Valencia, 2002, pp. 167-180.

Cada uno de los textos estudiados, así como la respuesta generada por parte de Derrida, especialmente en *On deconstruction* y *Meaning and Iterability*, se muestran como pasos ineludibles para comprender la evolución, el desarrollo, de la teoría de la performatividad desde la eclosión generada dentro de la filosofía del lenguaje a partir de las ideas del francés. De este modo, Butler se nos desvela como un paso sin duda alguna decisivo dentro del desarrollo de una teoría omniabarcante como es la teoría de la performatividad, cuyas implicaciones desbordan sobremanera los estrictos límites de la filosofía política feminista.

Debemos decir que en los textos de Pérez Navarro se percibe claramente la intención de defender a Butler de las múltiples críticas recibidas en las últimas dos décadas, entre las que él mismo destaca las de Amorós, Nussbaum, Fraser o Halberstam. Según sus propias palabras, su preocupación ha estado siempre más cercana a rebatir las “lecturas superficiales y caricaturizadoras” que a criticar la propia teoría de Butler, si bien nos orienta a mantener el diálogo con ésta desde los “espacios de crítica que deja abierta la propia teoría de la performatividad”.

Centrándonos así en los estudios que consideramos más fieles a lo escrito y sugerido por Butler, tenemos que reservar un lugar privilegiado a los múltiples artículos escritos por Elvira Burgos durante más de una década cuyo fruto es la obra *Qué cuenta como una vida. La pregunta por la libertad en Judith Butler*. Su libro, además de mostrar un profundo conocimiento de los textos butlerianos, destaca por el tratamiento serio y preciso del núcleo de su filosofía. Se detiene Burgos, en el minucioso estudio de los referentes butlerianos, especialmente Wittig, a quien Burgos ha dedicado especial atención⁶²⁵.

Además, Burgos aporta un amplio espectro de las críticas vertidas contra el pensamiento de Butler⁶²⁶, estudio en el que en parte se fundamenta este epígrafe. Igualmente, la obra mencionada incluye un capítulo a la productiva relación intelectual existente entre Judith Butler y Rosi Braidotti.

Dos son las cosas que más valoramos de la investigación de Burgos. En primer lugar, a ella debemos gran parte de la difusión de la teoría butleriana en nuestro país por haber introducido el debate en el ámbito académico a través del grupo de investigación “Riff, Raff: cultura, pensamiento y estética”, cuya publicación periódica ha dado voz a

⁶²⁵ Véase Burgos, E., “El pensamiento de Monique Wittig y su presencia en la teoría de Judith Butler”, en *Themata*, nº 31, 2003, pp.15-31.

⁶²⁶ Véase Burgos, E., *Qué cuenta como una vida*. pp. 204-214 y pp. 343-350.

numerosos y numerosas especialistas, fomentando el intercambio de ideas dentro del feminismo de nuestro país. Como muestra de este interés por pensar la teoría butleriana dentro de nuestro contexto, consideramos muy interesante la entrevista que realiza junto a María Prado Ballarín a Judith Butler, en la que en varias ocasiones se le pregunta directamente por su opinión sobre cuestiones tan de actualidad en nuestro estado como la legalización de la prostitución o la cuestión de la reasignación del sexo.

En segundo lugar, debemos a Burgos la insistencia en la defensa butleriana de la “vida vivible”. Esta recurrencia nos resulta brillante, por cuanto salva a Butler de las numerosas críticas que catalogan su propuesta de inócua, esteticista o abstracta. Igualmente, la preocupación butleriana que destaca Burgos por garantizar una “vida vivible” para todas las subjetividades protege a la norteamericana de aquellas interpretaciones que ven en su teoría una mera celebración de la proliferación genérica acrítica. Finalmente la “vida vivible” marca claramente el objetivo de la política butleriana frente a la opinión de aquellas que consideran que dentro de su propuesta es imposible discernir entre buenas y malas prácticas feministas.

En definitiva, creemos, en general, que la exposición detallada que hace Burgos de la teoría butleriana en *Qué cuenta como una vida* es bastante completa, reflexiva y justa con las intenciones de la pensadora.

En resumen, las críticas a esta primera formulación de la agencia butleriana, a la teoría de la performatividad tal y como se muestra al mundo en *El género en disputa*, parecen haber sido tempranas y variadas, casi todas ellas a la sombra de las desarrolladas por Benhabib y Fraser fundamentalmente. Estas pueden resumirse del siguiente modo:

- Butler postmoderna: Benhabib, Amorós, Molina Petit, Alicia H. Puleo, entre otras.
- La performatividad como propuesta lúdica o carente de fuerza: Amorós, Molina Petit, Andrea D’Atri, etc.
- La performatividad aboca a un determinismo: Benhabib (“determinismo social”), Weir, Amorós (“nominalismo constructivista”), etc.
- La performatividad nos lleva a un voluntarismo: Susan Bordo (“constructivismo lingüístico radical”), Martha Nussbaum, Amy Allen, Molina Petit, Femenías, etc.
- La performatividad plantea un modelo contradictorio para la agencia: Walker, Portolés, etc.

- El sujeto está capacitado para la acción, pero no para la discriminación y la toma de decisiones políticas: Fraser fundamentalmente.

Gran parte de las objeciones pueden deberse, tal y como ya hemos afirmado de la mano de Burgos, a una errada lectura de los textos butlerianos aunque pensadores y pensadoras como Neus Campillo, M^a José Guerra Palmero, Ángeles Jimenez Perona, Pablo Pérez Navarro o Elvira Burgos han sabido realizar una interpretación propia más cercana, en nuestra opinión, a las intenciones de Judith Butler. En nuestra opinión, la culpa podría quedar repartida, pues no podemos negar que gran parte de las críticas recibidas vienen motivadas por las propias dificultades expositivas de la propuesta butleriana. En primer lugar porque creemos que *El género en disputa* es una obra que plantea desafíos extremos al pensamiento, y que estos desafíos vienen propuestos por una aún inexperta y joven Butler. En ocasiones parece ser consciente sólo en parte de la dureza de sus afirmaciones y de las implicaciones que éstas tienen para la lucha feminista, pues las plantea con una valentía y descaro que sólo pueden emerger de la frescura de los treinta y dos años. La propia Butler admite su gran sorpresa por la repercusión de su libro. De haber vislumbrado la magnitud de las reacciones tal vez habríamos recibido una obra menos osada, más meditada, menos atrevida. Pero sin duda hubiera sido una obra más convencional, menos provocadora. Afortunadamente, esto no fue así y aún hoy podemos apreciar la fuerza de esas maravillosamente descaradas páginas, que ponen en jaque un movimiento, el feminista, que necesita replantear con urgencia sus propias bases. *El género en disputa* y las obras que la sucederán son sin duda un desafío para la mente, un dedo en el ojo de aquellos y aquellas que detentan el poder económico, político y simbólico, una tremenda molestia para los sujetos que ejercen el control dentro y fuera del propio feminismo. Es un puente que une en la lucha a todos aquellos castigados y castigadas duramente por la normalización. Es un rayo de esperanza en la vida de las personas oprimidas. ¿No podríamos a Butler perdonarle las imprecisiones en relación a la figura drag o las aporías a las que parecen abocar la agencia en estos primeros compases de su filosofía? Creemos pues que la crítica, en ocasiones, ha sido extremadamente dura con nuestra autora, que ha leído poco y mal las raíces derrideanas de su obra de 1990, que se ha detenido en los puntos débiles ocultando a veces todo lo que de positivo hay en su propuesta, que ha desoído las rectificaciones hechas por la propia autora. Se ha intentado desacreditar *El género en disputa* como una propuesta inconsistente, poco clara, poco sólida. En el siglo XXI, no

obstante, dicha obra emerge como un titán dentro de la filosofía feminista y la teoría “queer”.

4.3. El proceso de materialización. El (no) cuerpo de la mujer y los cuerpos que importan

En su artículo del año 2001 titulado “Modificación del cuerpo: ¿parodia o subversión?”, Reverter Bañón destaca de inicio la capitalidad que ha tenido el cuerpo desde los años 60 dentro del pensamiento feminista, por erigirse como “punto de intersección entre lo físico, lo simbólico y lo material”⁶²⁷. Por lo tanto, tal y como han afirmado pensadoras como Braidotti, Butler o Irigaray, Reverter considera el cuerpo no tanto como una instancia individual sino como “significativamente social, cultural y política”⁶²⁸.

Butler, tras haber liberado a la categoría “mujer” del sesgo corporal, es plenamente consciente de la necesidad de aclarar los numerosos interrogantes surgidos en torno a su novedosa manera de entender el sujeto y su capacidad para la agencia política. Con esta intención escribe en 1993 su segunda gran obra, originalmente llamada *Bodies that Matters. On the Discursive Limits of “Sex”* (*Cuerpos que importan, sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*). Según la opinión de Burgos, Butler trata aquí de aclarar lo afirmado en *El género en disputa* con cierta ligereza en relación al cuerpo⁶²⁹ aun cuando su objetivo puede ser percibido desde miras más amplias⁶³⁰. En esta línea, creemos que este intento de salir al paso de todas las críticas

⁶²⁷ Reverter Bañón, S., “Modificación del cuerpo: ¿parodia o subversión?”, en *Dossiers Feministes*, Universitat Jaume I, 2001, p. 41; Véase también Reverter Bañón, S., “Los límites de la subversión”, en Birulés, F. y Peña Aguado, M^a I., (eds.), *La passió per la llibertat. Acció, pació i política. Controvèrsies feministes. A Passion for Freedom. Action, Passion and Politics. Feminist Controversies*, Barcelona, Publicacions i Edicions de la Universitat de Barceona, 2004, pp. 205-210; Véase asimismo Reverter Bañón, S., “El feminismo: más allá de un dilema ajeno”, en *Revista Feminismo/s*, junio 2010, pp. 15-32.

⁶²⁸ *Idem*.

⁶²⁹ En su libro, Moya Lloyd comenta que a principios de los 90 gran parte del feminismo compartió el interés por el cuerpo. Según esta pensadora, este interés se justifica al menos por tres claras causas: en primer lugar por la tendencia occidental tras Descartes a centrar la reflexión filosófica en torno a la mente y la razón; en segundo lugar por el paralelismo entre el dualismo mente/cuerpo y varón/mujer; y, finalmente, porque la distinción sexo/género ubicó el cuerpo para el feminismo como aquel lugar primario a partir del cual se construyeron las diferencias genéricas. Véase Lloyd, M., *op. cit.*, pp. 68-69. Del mismo modo, Burgos destaca que “las reflexiones sobre el cuerpo, por otra parte, adquieren en la sociedad contemporánea un lugar central”, en *Qué cuenta como una vida*, p. 225.

⁶³⁰ Burgos hace referencia también en *Qué cuenta como una vida*, p. 225. (véase cita 1 del capítulo III) al artículo-reseña de Carol Watts, titulado “Body Morphs” e incluido en la revista *Radical Philosophy*, nº 71 de Mayo/Junio de 1995 donde la autora señala que la pretensiones de *Cuerpos que importan* desbordan ampliamente el objetivo de justificar las afirmaciones vertidas en *El género en disputa*. Eso supone según

generadas por su primera gran obra, no sólo atiende a una estrategia intelectual defensiva, sino que persigue igualmente justificar sólidamente la puesta en cuestión de la materialidad del cuerpo, hasta entonces férreo pilar para la teoría feminista.

Advirtamos que para la norteamericana *El género en disputa* no fue su primera aproximación al tema de la materia y el cuerpo, pues, como nos advierte Sara Salih, Butler aborda esta cuestión ya en los dos artículos sobre De Beauvoir⁶³¹ escritos a finales de los 80, así como en el sorprendente “Foucault and the Paradox of Bodily Inscriptions” realizado en 1986. Al igual que posteriormente hiciera en *El género en disputa*, Butler rechazará en los artículos mencionados la distinción entre sexo y género llegando a afirmar finalmente en la obra del 90 que todo el sexo es género⁶³². Pero es éste un tema complejo y, por ello, tendrá que volver a él en 1993 para dedicar toda una obra completa a la clarificación de las cuestiones anteriormente atisbadas.

Cuerpos que importan es, por las razones señaladas, un libro claramente escrito en la línea de la obra de 1990⁶³³, algo más maduro éste, tal vez menos polémico, pero sin duda más fundamentado al objeto de hacer frente tanto al feminismo de la diferencia sexual (Braidotti o Nussbaum, por ejemplo), defensor a ultranza de las realidades “hombre-mujer”, como a las críticas que tildaban a Butler de debilitar el sujeto feminista o simplemente desatenderlo (Benhabib, Amorós y otras). Tal y como Butler afirmó anteriormente en su artículo “Contingent Foundations” de 1992:

“Consideren el más material de los conceptos, *el sexo*, aquel que Monique Wittig llama categoría profundamente política, y que Michel Foucault llama regulador y *unidad ficticia*. Para ambos teóricos, el sexo no describe una materialidad previa, sino que produce y regula la inteligibilidad de la materialidad de cuerpos. Para ambos, y de formas diferentes, la categoría sexo impone una dualidad y una

su opinión una madurez en la filosofía butleriana que la ubica como autora de referencia insalvable para comprender el feminismo actual.

⁶³¹ Recordemos que en “Sex and Gender in Simone de Beauvoir’s *Second Sex*” afirma que el cuerpo es un “lugar de interpretaciones culturales”, una realidad material “localizada y definida dentro de un contexto social”. Del mismo modo el artículo aborda la ya mencionada aportación existencialista de De Beauvoir con la distinción entre “existir” un cuerpo en vez de “ser” un cuerpo. Véase Butler, J., “Sex and Gender in Simone de Beauvoir’s *Second Sex*”, pp 45 y ss.

⁶³² Véase Salih, S., *op. cit.*, p. 74.

⁶³³ Véase *Ibid.*, p. 75. Salih pone aquí gran énfasis en destacar, tanto las similitudes entre *El género en disputa* y *Cuerpos que importan*, como la conexión entre la performatividad y la materialidad del cuerpo, aún cuando matiza que esta segunda obra viene a profundizar en cuestiones como la citabilidad vinculada a la performatividad. Según sus palabras, “si *El género en disputa* es una investigación genealógica desde dentro de las ontologías de género, entonces *Cuerpos* puede ser descrito como una genealogía de la construcción discursiva de los cuerpos...”

uniformidad sobre los cuerpos para mantener la sexualidad reproductiva como un orden obligatorio. He discutido en otra parte con más precisión cómo funciona esto, pero para nuestros objetivos, me gustaría sugerir que esta clase de clasificación puede ser llamada violenta, forzosa, y que este ordenamiento discursivo y esta reproducción de los cuerpos de acuerdo con la categoría de sexo son en sí misma violencia material.”⁶³⁴

En el mencionado artículo de 1992 se acusa directamente al feminismo de la diferencia sexual de ejercer violencia sobre el cuerpo, pero a pesar de la claridad de lo afirmado arriba, nuestra autora considerará sólo un año más tarde que la cuestión no quedaba suficientemente explicada. Con este pensamiento emprende *Cuerpos que importan*, obra que verá la luz en 1993 con la intención de clarificar no sólo el qué, sino el cómo funciona esa maquiavélica producción social de los cuerpos bajo los únicos moldes de “hombre” y “mujer” al objeto de perpetuar una economía reproductiva claramente desigual y opresora. Para ello, Wittig y Foucault se muestran insuficientes como referentes teóricos y Butler decide fortalecer sus argumentos con las aportaciones de otras fuentes, como por ejemplo, el psicoanálisis. Asimismo, junto a este peligroso compañero de viaje, vuelve a repetir la apuesta interdisciplinaria⁶³⁵ que ya hiciera en *El género en disputa* incluyendo en el libro capítulos dedicados al análisis de textos de escritoras como Willa Cather o Nella Larsen. Es también *Cuerpos que importan* la obra que encumbrará un nuevo concepto, “queer”, que cambiará para siempre la manera de hacer política, la manera de entender el feminismo.

Todas estas son sólo algunas de las razones por las que Butler vuelve a conmocionar las ya de por sí revueltas aguas del feminismo de mediados de los noventa, razones que hacen de *Cuerpos que importan* una obra imprescindible para comprender las múltiples direcciones en las que hoy se encamina la lucha política de las mujeres.

⁶³⁴ “Consider that most material of concepts, *sex*, which Monique Wittig calls a thoroughly political category, and which Michel Foucault calls a regulatory and *fictitious unity*. For both theorists, sex does not describe a prior materiality, but produces and regulates the intelligibility of the materiality of bodies. For both, and in different ways, the category of sex imposes a duality and an uniformity on bodies in order to maintain reproductive sexuality as a compulsory order. I’ve argued elsewhere more precisely how this works, but for our purposes, I would like to suggest that this kind of categorization can be called a violent one, a forceful one, and that this discursive ordering and reproduction of bodies in accord with the category of sex is itself a material violence.” Butler, J., “Contingent Foundations”, p. 17.

⁶³⁵ Sara Salih llama la atención sobre el hecho de que lo dicho en torno a *El género en disputa* a colación de su complejidad discursiva puede ser perfectamente atribuible en mayor medida a *Cuerpos que importan*. Este hecho se debe, según ella, entre otras, cosas al estilo butleriano que se aleja de la linealidad lógica argumental y que gusta de la interdisciplinaria como apuesta filosófica personal. Véase Salih, S., *op. cit.*, p. 75.

Desde el mismo prefacio de la obra, la autora nos describe y advierte de la dificultad de la empresa pretendida: considerar la materialidad del cuerpo⁶³⁶. Butler manifestó años más tarde, en su entrevista “There is a person here” que una y otra vez, tratando de ceñirse al cuerpo como dato puro, sus reflexiones la remitían incesantemente a otras problemáticas como la del lenguaje⁶³⁷. Por ello, abrir el campo de estudio y mantener la línea interdisciplinar iniciada por *El género en disputa* se muestran como tareas necesarias a la hora de dar cuenta de una realidad tan compleja como el cuerpo.

Butler muestra a continuación que el germen de esta obra se encuentra en los malentendidos generados por su anterior libro, el numerosamente referenciado y reseñado *El género en disputa*. Cree que su análisis y deconstrucción de la identidad de género ha llevado a grandes pensadoras (Susan Bordo, Amy Allen, etc...) a interpretar su propuesta como un voluntarismo de carácter bastante burdo consistente en que el sujeto podría elegir libremente su identidad de género y desecharla arbitrariamente, tal y como si tuviéramos una especie de guardarropa genérico con el cual cubrir un supuesto cuerpo neutro⁶³⁸. Admitiendo que el germen de este desencuentro se puede hallar en las carencias u omisiones de su propia obra, con *Cuerpos que importan*, pretende aclarar su visión de la performatividad de género y su relación con el cuerpo, entendido ahora este en sus aspectos más materiales, con la intención de alejar de su teoría tanto las interpretaciones voluntaristas como las deterministas. Para ello, tendrá que matizar qué significa construcción y en qué medida se vincula ésta al cuerpo, clarificando su propuesta y ubicando a éste último convenientemente dentro de la polémica del construccionismo que deriva en esencialismo voluntarista o monismo lingüístico. Del mismo modo, Butler no olvida en las primeras páginas de su libro el valor prospectivo de su teoría de cara a todas esas personas marginadas y excluidas por la matriz de poder,

⁶³⁶ Es necesario mencionar las duras críticas que Butler recibió por haber defendido una concepción del cuerpo bastante cercana al idealismo según muchas pensadoras como Nussbaum, Carole Bigwood, Bordo, Lynne Pierce y otras. En palabras de Moya Lloyd: “Butler has conventionally been read as offering a version of idealism or, in her case, of linguistic constructivism: that is, where language or discourse (rather than ideas) produces reality” (“Butler ha sido leída tradicionalmente como proponiendo una versión del idealismo o, en su caso, de constructivismo lingüístico: es decir, el lenguaje o discurso (más que las ideas) producen la realidad”). En Lloyd, M., *op. cit.*, p. 71. Profundizaremos en estas críticas un poco más adelante.

⁶³⁷ “Comencé a escribir este libro tratando de considerar la materialidad del cuerpo, pero pronto comprobé que pensar en la materialidad me arrastraba invariablemente a otros terrenos. Traté de disciplinarme para no salirme del tema, pero me di cuenta de que no podía fijar los cuerpos como simples objetos de pensamiento.” Butler, J., *Cuerpos que importan*, p. 11.

⁶³⁸ Véase *Ibid.*, pp. 12-13.

orientando la lucha política de aquellos y aquellas que constituyen el límite social a la inteligibilidad de los sujetos. Por ello:

“Si el género no es un artificio que pueda adoptarse o rechazarse a voluntad y, por lo tanto, no es un efecto de la elección, ¿cómo podríamos comprender la condición constitutiva y compulsiva de las normas de género sin caer en la trampa del determinismo cultural? ¿Cómo podríamos precisamente comprender la repetición ritualizada a través de la cual esas normas producen y estabilizan no sólo los efectos del género sino también la materialidad del sexo? Y esta repetición, esta rearticulación, ¿puede también constituir una ocasión para reelaborar de manera crítica las normas aparentemente constitutivas del género?”⁶³⁹

Como vemos, el planteamiento de salida ubica la propuesta butleriana alejada de cualquier tipo de esencialismo o sujeto previo⁶⁴⁰, quedando así descartada cualquier posibilidad de voluntarismo. Sin embargo, el feminismo en ocasiones a pesar de haber entendido esto (salvando así el primer error interpretativo que acercaba a Butler a las filas del voluntarismo genérico y que confundía “performance” con performatividad) ha ubicado su crítica justo en el polo opuesto, el del determinismo (Allison Weir, por ejemplo). Como hemos reseñado en el capítulo anterior, muchas pensadoras han considerado que, siendo el sujeto butleriano un sujeto no sólo atravesado por mil instancias de poder sino constituido por él, termina siendo éste no más que una entidad determinada para la acción. Cree Butler que ésta es una pésima lectura de sus textos, por cuanto parte de una visión totalmente errónea de lo que constituye la construcción misma. Una reflexión más seria y pausada en relación a qué significa construcción nos hará ver la importancia de las construcciones en nuestra propia posibilidad de ser, en nuestra más genuina posibilidad de pensar el mundo y el yo. Este matiz en torno al significado de “construcción”, frente a las interpretaciones algo apresuradas de las autoras reseñadas, rompe la identificación entre construcción y determinismo, abriendo

⁶³⁹ *Ibid.*, p. 13.

⁶⁴⁰ Esta preocupación en tono al esencialismo instalado en el feminismo no es exclusiva de Judith Butler. Tal y como podemos leer en Lloyd, M., *op. cit.*, p. 69, “...Butler and others worried about feminism’s essentialist reliance on the sexed specificities of the female body as the basis of its politics.” (“... Butler y otras personas están preocupadas por la dependencia de las especificidades sexuales del cuerpo femenino que el feminismo esencialista ha tomado como base de su política”).

la posibilidad de agencia dentro de la propia construcción sin la necesidad de justificar esta agencia desde presupuestos voluntaristas.

En primer lugar, como ya hemos mencionado anteriormente, el construccionismo parecería abocar a Butler al voluntarismo ingenuo. Tal y como afirma Salih, entender el género e incluso el sexo desde una perspectiva construccionista invita a preguntar “Bien, ¿quién o qué está realizando la construcción?”⁶⁴¹ Esto sería analizar la cuestión precisamente por sus efectos y no por sus causas por cuanto el cuerpo, el sexo, el sujeto mismo que actúa, como ya se adelantara en la obra del 90, son un producto del poder, poder que no puede ser ni personificado ni entendido fuera de la reiteración constante de ese mismo poder⁶⁴². No hay nadie que construya el sujeto, no es tampoco el sujeto el que se construye a sí mismo con sus actos pues el propio sujeto y sus actos emergen juntos en el proceso de reiteración constante del poder desde miles, millones de instancias por las que el propio sujeto está atravesado y que él mismo atraviesa. De este modo:

“Es en este sentido en el que esa reducción del *constructivismo radical* se pierde en la cuestión, ya que asume que hay alguien realizando la construcción, mientras que invirtiendo la causa y el efecto (“el sujeto maneja el poder” frente a “el poder maneja al sujeto”) Butler teoriza el género y el sexo como performativos.”⁶⁴³

Curiosamente, como ya hemos mencionado, algunas críticas han encuadrado la propuesta butleriana dentro del más absoluto de los determinismos culturales o lingüísticos. La norteamericana, ante este panorama, se dispone a sortear la dicotomía a través del concepto de “materialización” y de la crítica y deconstrucción de la propia construcción⁶⁴⁴. Es decir, ¿qué queremos decir exactamente cuando llamamos a Butler construccionista?⁶⁴⁵

⁶⁴¹ Salih, S., *op. cit.*, p. 82.

⁶⁴² Salih en su obra *Judith Butler* llama la atención sobre la crítica que realiza Butler a Althusser precisamente por entender la emergencia del sujeto como resultado de un acto único proveniente de un fundador único. Véase *Idem*. “Sex is the effect of power, but there is no single agent wielding that power and power cannot be personified”. (“El sexo es el efecto del poder, pero ni hay un único agente manejando ese poder ni el poder puede personificarse.”) *Idem*.

⁶⁴³ *Idem*.

⁶⁴⁴ “By problematizing perceptions of *constructivism*, Butler implicitly responds to a number of the criticisms that were made of *Gender trouble*”. (“Problematizando las percepciones de *constructivismo*, Butler implícitamente responde a un número de críticas hechas a *Gender Trouble*.”) *Idem*.

⁶⁴⁵ Esta cuestión, según la opinión de Vicky Kirkby ubica a Butler frente a la difícil empresa de deconstruir la construcción tratando de salvar algunos de sus aspectos más básicos. En sus propias

Butler distingue dos concepciones de la construcción que emergen desde escuelas tan dispares como el estructuralismo y el postestructuralismo. Esta falta de univocidad en el sentido del concepto, en opinión de Burgos, genera una polémica de difícil solución: mantener el sexo como base de la construcción o caer en un construccionismo radical lingüístico⁶⁴⁶. El estructuralismo defiende que el sujeto está constituido por estructuras tales como la cultura, el discurso o el poder. No obstante, estos términos que ocupan el lugar anteriormente reservado para el sujeto mantienen la ilusión metafísica de esa arcadia desde la que la acción de un sujeto previo sería posible⁶⁴⁷. Es en este sentido precisamente en el que la misma Simone de Beauvoir podría ser considerada construccionista. No existen tales instancias previas (llámense “sujeto”, “discurso”, “cultura”, etc.) en la teoría de Butler, por lo cual debemos eliminar esta posibilidad interpretativa de la construcción y por lo tanto su derivado posible: el voluntarismo.

Por otro lado, entender la construcción desde presupuestos postestructuralistas nos hace caminar al filo del abismo del puro monismo lingüístico⁶⁴⁸. Butler no obstante se cuida mucho de abrazar este extremo pues, celosa de las críticas ya recibidas tras *El género en disputa*, la pensadora admite que “los cuerpos viven y mueren; comen y duermen; sienten dolor y placer; soportan la enfermedad y la violencia”⁶⁴⁹. Tal y como Burgos nos muestra, cuando el término “construcción” se entiende en su sentido habitual “fácilmente cambiable, alterable, o directamente eliminable, plantea confusiones importantes que no permiten entender la formulación performativa de la materialidad como proceso de significación en el que está implicado la repetición de las normas”⁶⁵⁰. Así, la norteamericana se aleja cuidadosamente de la llamada por ella misma en ocasiones tesis del “performativo divino”⁶⁵¹.

palabras: “for she (Butler) has to juggle a critique of the discourse of construction while still defending its most Basic tenents”. (“Ella (Butler) tiene que hacer malabares con la crítica del discurso de la construcción mientras aun defiende sus supuestos más básicos”). En Kirkby, V., “When all that is solid melts into lenguaje: Judith Butler and the question of matter” incluido en *Internacional Journal of Sexuality and Gender Studies*, 7, (4), 2002, p. 266.

⁶⁴⁶ Véase Burgos, E., *Qué cuenta como una vida*, pp. 235 y ss.

⁶⁴⁷ Véase *Ibid.*, p. 27.

⁶⁴⁸ Véase el razonamiento seguido en *Ibid.*, pp. 24 y ss. También el análisis hecho por LLOYD en *op. cit.*, pp. 72 y 73.

⁶⁴⁹ Butler, J., *Cuerpos que importan*, p. 13.

⁶⁵⁰ Burgos, E., *Qué cuenta como una vida*, p. 233. Del mismo modo, en la página 238 de la misma obra, la autora nos dice que “la posición constructivista del idealismo lingüístico, además de entrañar los problemas del determinismo incapaz de dar cuenta de la acción human, es acusada de negar los cuerpos, con sus procesos de modificación, envejecimiento y muerte.”

⁶⁵¹ Butler, J., *Cuerpos que importan*, p. 24.

Así pues, ¿existe aún algún residuo de lo que clásicamente se entendía por “sujeto” o tal vez todo sea construcción? La solución de Butler estará en llamar la atención sobre el hecho de que este dualismo, como muchos otros, es sólo aparente, y lo que podría presentarse como conceptos antitéticos están realmente imbricados en el proceso de materialización. Es decir, no es posible establecer la prioridad temporal o lógica entre la subjetividad y la construcción, sino que ambas se dan conjuntamente dentro de un proceso de reiteración de normas.

Es por todo esto que Butler decide reconducir las interpretaciones de su propia teoría por la senda de la deconstrucción. Tal y como analiza esta cuestión Sara Salih, “podría ser tentador etiquetar a Butler como una *constructivista radical*, una posición que sostendría simplemente que todo es lenguaje, todo es discurso”⁶⁵², pero esto omitiría las constantes advertencias butlerianas en relación a la deconstrucción que se erige como eje de su propuesta. Deconstruir es, nada más y nada menos que “reconocer y analizar las operaciones de exclusión, erradicación, clausura y abyección en el discurso de construcción del sujeto”⁶⁵³. Estas exclusiones (al igual que las identidades significativas, reconocidas) se generan mediante el proceso de materialización del sexo, del cuerpo. Este proceso funciona mediante la reiteración de normas, lo cual alejaría la postura butleriana tanto del determinismo como del voluntarismo puesto que, por un lado, el sujeto no es protagonista voluntario y consciente de su construcción sino que emerge precisamente en ella, mientras que, por el otro, tampoco está vinculado a un determinismo por cuanto el cuerpo materializado es una entidad que escapa una y otra vez a las normas que tratan de fijarlo.

Desde esta nueva perspectiva, Butler encuentra bajo el “sexo” una peligrosa vinculación entre materialidad y significación. Sólo así será posible ver que, frente al construccionismo, es más acertado afrontar la emergencia del sujeto dentro de las coordenadas del proceso de materialización.

“Yo propondría, en lugar de estas concepciones de construcción, un retorno a la noción misma de materia, no como sitio o superficie, sino *como un proceso de materialización que se estabiliza a*

⁶⁵² Salih, S., *op. cit.*, p. 81.

⁶⁵³ *Idem*. Burgos realiza una matización similar a la expuesta en el párrafo, concretamente en *Qué cuenta como una vida*, p. 233.

través del tiempo para producir el efecto de frontera, de permanencia y de superficie que llamamos materia.”⁶⁵⁴

Por lo tanto, el razonamiento butleriano nos lleva a la conclusión de que la materia no es un dato puro, sino el resultado de la materialización y que ésta es un proceso temporal que, parafraseando a Moya Lloyd, “produce la materia estable, fija y atada”⁶⁵⁵. Este razonamiento no acerca a Butler a ningún tipo de idealismo lingüístico en el sentido ontológico. Más bien, nos adscribimos aquí en parte a la lúcida opinión de Vasterling⁶⁵⁶, que defiende que las afirmaciones butlerianas suponen una propuesta y descripción epistemológica de la materia, es decir, Butler nos muestra que la materia sólo nos es accesible al conocimiento desde el lenguaje, pero nada dice en torno a una constitución ontológica de ésta de carácter lingüístico. En la misma línea, Salih afirma que “esto no significa que no exista tal cosa como el cuerpo material, sólo que únicamente podemos aprehender esa materialidad a través del discurso.”⁶⁵⁷

¿Cuál es entonces la ontología de la materia? Butler ciertamente no se suele pronunciar respecto a este tema. Acostumbra a mostrarse huidiza y en las contadísimas ocasiones en las que afronta la cuestión, sutilmente evita negar la materialidad del cuerpo. Trata así de salvar las mencionadas críticas que afirman la poca atención prestada por Butler hacia la realidad material y corporal del sufrimiento que padecen muchas, muchísimas mujeres. A la cabeza de estas objeciones a la teoría de Butler se encuentra sin duda alguna Martha Nussbaum, quien critica severamente lo que ella entiende que es una falta de sensibilidad en la teoría butleriana para con la realidad corporal en la que las mujeres viven, incluyendo esto, tal y como Moya Lloyd afirma, “el hambre, la violación y la pobreza”⁶⁵⁸. Del mismo modo, en su artículo “Professor of Parody”, Nussbaum denuncia la omisión que realiza Butler con respecto a ciertos aspectos corporales que, según ella, no son susceptibles de manipulación cultural como la diferencia sexual o las necesidades nutricionales específicamente femeninas durante el embarazo y la lactancia. Igualmente, ésta es la línea crítica seguida por otras

⁶⁵⁴ Butler, J., *Cuerpos que importan*, p. 28.

⁶⁵⁵ “...that materialization produce stable, fixed and bounded matter.” Lloyd, M., *op. cit.*, p. 73.

⁶⁵⁶ Vasterling defiende ésta, en nuestra opinión, muy acertada e inteligente postura en el preclaro artículo “Butler Sophisticated Constructivism: A Critical Assessment” incluido en *Hypatia*, 14, (3), 1999, pp. 17-38 y sobre todo en “Body and Lenguaje: Butler, Merleau-Ponty and Lyotard on the Speaking Embodied Subject” en *Internacional Journal of Philosophical Studies*, 11, (2), 2003, pp. 205-223.

⁶⁵⁷ “This does not mean that there is no such thing as the material body, but that we can only apprehend that materiality through discourse.” (“Esto no significa que no exista tal cosa llamada cuerpo material, sino que sólo podemos aprehender dicha materialidad mediante el discurso”). Salih, S., *op. cit.*, p. 74.

⁶⁵⁸ Lloyd, M., *op. cit.*, p. 70.

pensadoras como Susan Bordo⁶⁵⁹, Carole Bigwood⁶⁶⁰, Lynne Segal⁶⁶¹ o Lynne Pierce⁶⁶². Todas coinciden en el hecho de que la teoría butleriana no da cabida intelectual a cuestiones vinculadas al cuerpo femenino en su aspecto más material.

No es fácil sacar a Butler indemne de esta crítica. Tal y como analiza Moya Lloyd⁶⁶³, la propia crítica que realiza la norteamericana a Foucault en *El género en disputa* en relación a la existencia de un “cuerpo pre-cultural”⁶⁶⁴ y la consideración del cuerpo como “juego de fronteras” y no como un “ser” en sí mismo acercan bastante a nuestra pensadora a una visión del cuerpo como un efecto⁶⁶⁵. Del mismo modo, la propia autora admite no ser una “muy buena materialista” ya que “cada vez que intento escribir acerca del cuerpo, termino escribiendo sobre el lenguaje”⁶⁶⁶. Pero Moya Lloyd trata de disculpar a la norteamericana amparándose en las palabras escritas en *Cuerpos que importan*, donde Butler, según la opinión de la primera, aclara que jamás fue su pretensión negar la realidad material de los cuerpos, esos que “viven y mueren, comen y duermen, sienten dolor, placer, padecen la enfermedad y la violencia”⁶⁶⁷.

En la misma línea, Vasterling considera que, de la mano de Derrida y su defensa de la diferencia entre el referente lingüístico y el efecto lingüístico, la teoría butleriana encierra una especie de kantismo epistemológico al afirmar que la materia en sí sería un problema aparte de lo que constituye la materia mediada por el lenguaje, siendo esta última la única sobre la que se puede hacer filosofía. Esta manera de interpretar a Butler permite a Vasterling defender que la norteamericana jamás niega la posible existencia de un “resto ontológico”, si bien su teoría versa exclusivamente sobre aquello que se puede decir, o sea, sobre aquello que es accesible a nuestro conocimiento⁶⁶⁸. Siguiendo esta interpretación, María Luisa Femenías se atreve a hablar de dos momentos en la teoría de Butler, uno vinculado a *El género en disputa*, de inspiración “hiperconstructivista” y un segundo momento de carácter kantiano inaugurado con *Cuerpos que importan*.

⁶⁵⁹ Véase Bordo, S., *Unbearable Weight*, University of California Press, pp. 38 y ss.

⁶⁶⁰ Véase Bigwood, C., “Renaturalizing the Body”. *Hypatia*, 6, 1991, pp. 55-73.

⁶⁶¹ Véase Segal, L., *Straight Sex. The politics of pleasure*, Virago Press, Columbia University Press, 1994, p. 192.

⁶⁶² Véase Pierce, L., *Rhetorics of Feminism*. London, Routledge, 2004. pp. 144 y ss.

⁶⁶³ Véase Lloyd, M., *op. cit.*, pp. 70-71.

⁶⁶⁴ Butler, J., *Gender Trouble.*, p. 166.

⁶⁶⁵ Véase *Ibid.*, p. 177.

⁶⁶⁶ Butler, J., *Deshecer el género*, p. 280.

⁶⁶⁷ Butler, J., *Cuerpos que importan*, p. 13.

⁶⁶⁸ Véase Vasterling, V., “Body and Language: Butler, Merleau-Ponty and Lyotard on the Speaking Embodied Subject” en *International Journal of Philosophical Studies*, p. 205-223.

Sin embargo, analizando la coherencia interna de su propia teoría, creemos que Butler no termina de aclarar la ontología material del cuerpo porque ésta no tiene realmente cabida en su andamiaje teórico. Tal y como afirma Burgos, es un error comparar la “cosa en sí” kantiana con la materia butleriana pues aun cuando la pensadora admita que no todo es lenguaje, la cosa en sí como referente en Kant tiene muchísima más fuerza que la materia como referente butleriano⁶⁶⁹. Digamos que es cierto que Butler sortea el “hiperconstructivismo” lingüístico al afirmar que el lenguaje no agota la realidad, pero decir que el cuerpo sólo es accesible mediante el lenguaje... ¿no es ya negar de alguna manera la operatividad de esa supuesta materia pura?, ¿no la convierte en algo más cercano a lo esotérico que a lo gnoseológico? O, lo que es lo mismo, una materia inaccesible, una materia a la que no podemos referirnos, ¿no es en cierta medida una materia inexistente desde el punto de vista político? Es decir, aun cuando admitamos que su existencia es posible, su operatividad política parece nula y, por tanto, tal vez esos esfuerzos butlerianos por justificar su teoría podrían haberse reducido a un simple “no es un problema que me interese”. Debatir en torno a si la materia pura existe o no existe parece, desde este nuevo prisma, una discusión retórica que poco aporta a los intereses subversivos que la teoría de Butler persigue pues, sea cual sea la respuesta, este tipo de materia no es accesible y, por tanto, resulta inútil e intrascendente para fundamentar la política. Y maticemos que accesible, no significa inteligible, pues los cuerpos ininteligibles, esos que no importan, los que sufren y padecen, esos son igualmente accesibles por ser también un efecto lingüístico. Eso es precisamente lo que permite que los límites entre los cuerpos significativos y los no significativos se negocien constantemente pues ambos se encuadran dentro del plano histórico y lingüístico, es decir, del plano de la construcción, del plano accesible a nuestra reflexión y nuestra acción. Es la supuesta materia como dato puro la que queda fuera del marco de accesibilidad y por tanto, ¿por qué tratarla una y otra vez en una teoría de tan marcado carácter político? En palabras de Burgos, todo lo dicho “implica que, por una parte, Butler no identifica sin más accesibilidad e inteligibilidad si bien sí asimila accesibilidad y lenguaje”⁶⁷⁰, entendiendo que del ámbito lingüístico emerge tanto lo inteligible como lo ininteligible. Por lo tanto, el cuerpo ininteligible (nunca el cuerpo en sí) puede ser nuestra arma política pero debemos comprender que este cuerpo, en la teoría butleriana, se mantiene dentro del lenguaje y no es un referente

⁶⁶⁹ Véase Burgos, E., *Qué cuenta como una vida*, p. 245. Nota a pie de página nº 33.

⁶⁷⁰ *Ibid.* Pág. 248

extralingüístico ajeno al discurso. De este modo, la fuerza política de la teoría butleriana no emerge de la apelación a un cuerpo más allá del poder en el que anclar una supuesta experiencia fenomenológica desde la que articular las reivindicaciones, más bien se trataría de admitir que los sujetos abyectos, protagonistas indiscutibles de la lucha política, también están moldeados por el poder, es decir, discursivamente, lingüísticamente. Y es precisamente trasladar la carencia, lo indigno, lo marginal, a las fronteras del propio sistema y no más allá de él, lo que hace al propio sistema vulnerable, contingente, sujeto a su modificación desde dentro. Ubicar la esperanza fuera nos trasladaría de lo político a lo metafísico con el consiguiente peligro de mitificar la propia abyección como referente privilegiado e irreductible al poder.

Además, no perdamos de vista el hecho de que *Cuerpos que importan* es, en parte, un libro escrito abiertamente contra el feminismo de la diferencia. Es decir, desde los presupuestos butlerianos, la materia como ontología no es más que la estrategia performativa de un tipo de discurso que pretende describir algo que está creando⁶⁷¹. Pero debe quedar claro el hecho de que éstas son nuestras deducciones a partir de la filosofía butleriana y no el fiel reflejo de sus palabras. Lo que sí afirma nuestra pensadora es que esa supuesta ontología material en la que se encierra una y otra vez el feminismo de la diferencia es una empresa inútil por cuanto todo tiene una historia y una historicidad en la que se sitúa. De hecho, seguir la línea del pensamiento tradicional al oponer materialidad a discurso se muestra como un craso error desde la perspectiva butleriana por cuanto, una y otra vez, ella insiste tanto en la naturaleza material del lenguaje como en la naturaleza lingüística de la materialidad⁶⁷². Y esto aun cuando insistimos nuevamente en que Butler habla de “materialidad” y no de “materia”, por cuanto consideramos que prefiere mantenerse en el plano epistemológico y sortear la cuestión ontológica sobre la que una y otra vez es interpelada. ¿Tal vez es que realmente no hay nada que decir en relación a la ontología de la materia? Quizás, como deja entrever en la introducción a *Cuerpos que importan*, el cuerpo no sea más que un proceso de materialización que se estabiliza con el tiempo y no podamos decir más sobre su naturaleza.

⁶⁷¹ “Admitir el carácter innegable del sexo o su *materialidad* siempre es admitir cierta versión del sexo, cierta formación de la *materialidad* (...) Afirmar que el discurso es formativo no equivale a decir que origina, causa o compone exhaustivamente aquello que concede; antes bien, significa que no hay ninguna referencia a un cuerpo puro que no sea al mismo tiempo una formación adicional de ese cuerpo.” Butler, J., *Cuerpos que importan*, p. 31.

⁶⁷² Véase el segundo capítulo de *Cuerpos que importan*, pp. 110 y ss., así como Salih, S., *op. cit.*, p. 81

No obstante, nos resulta interesante comprobar cómo años más tarde, concretamente en el 2001 aún tiene Butler que explicitar esta cuestión en su entrevista “There is a Person Here” en los términos que reproducimos a continuación:

“**3. Vicky Kirby:** Su permanente atención hacia la división naturaleza/cultura muestra que las políticas de identidad y las formas en las que pensamos la unión, la relacionalidad, la abyección, etcétera, ya han sido investigadas. En vista de esto, cuando usted suprime *la materia* con una noción convencional de producción cultural, llamémosla *el significado* y *el signo*, no ha restaurado usted la división y asumido que la naturaleza (aunque bajo la tachadura) no se puede articular?”

Judith Butler: Su pregunta sugiere que yo he suprimido la materia, pero no estoy segura de si estoy de acuerdo. Mi visión en *Cuerpos que importan* (1993) consistía en que hay una materialidad insistente del cuerpo, pero que ésta nunca se deja conocer o leer fuera de la articulación cultural en la que aparece. Esto no significa que la cultura produzca la materialidad del cuerpo. Esto sólo quiere decir que el cuerpo siempre nos es dado a nosotros, y a los otros *de alguna forma*.

Pero su pregunta vuelve a la cuestión de la *naturaleza* y aquí sólo puedo declararme culpable. No he escrito sobre este asunto, aunque haya escrito sobre la *naturalización* de los géneros, que es algo diferente. *La naturalización* es el proceso por el cual los géneros aparecen como naturales, y me impliqué para oponerme a ella en el contexto donde ciertos ideales sexuales han sido considerados los rasgos naturales de cualquier género. La consecuencia, desde luego, es que los géneros que no manifiestan aquellos rasgos con los que se define el género *natural* son tratados como patológicos, aberrantes o poco naturales.”⁶⁷³

⁶⁷³ “**3. Vicky Kirby:** Your sustained attention to the nature/culture division acknowledges that the politics of identity and how we think intercourse, relationality, abjection, and so on, are already rehearsed there. In view of this, when you elide “matter” with a fairly conventional notion of cultural production, namely “signification,” “meaning,” and “sign,” haven’t you reinstated the division and assumed that nature (albeit under erasure) is inarticulate?”

Judith Butler: Your question suggests that I have elided matter, but I’m not sure that I agree. My view in *Bodies that Matter* (1993) was that there is an insistent materiality of the body, but that it never makes itself known or legible outside of the cultural articulation in which it appears. This does not mean that culture produces the materiality of the body. It only means that the body is always given to us, and to others, *in some way*.

(...) But your question turns to the question of “nature” and here I can only plead guilty. I have not written on this topic, although I have written on the “naturalization” of genders, which is something different. “Naturalization” is the process by which genders come to appear as natural, and I became

Estas últimas cuestiones son una aclaración de lo defendido en *El género en disputa* pero, como la propia autora reconoce, *Cuerpos que importan* es mucho más que eso⁶⁷⁴, es un intento de seguir reflexionando en torno a la forma que tiene de operar la matriz heterosexual sobre nosotros, un esfuerzo por seguir planteando alternativas de rearticulación del poder que permitan ampliar las fronteras de lo que significa ser un sujeto reconocido, tener una vida vivible. Un libro llamado a mantener viva la polémica dentro del feminismo en particular, dentro del campo político en general. Dejemos que la propia autora ejerza de guía en este viaje.

“¿Hay algún modo de vincular la cuestión de la materialidad del cuerpo con la performatividad del género?”⁶⁷⁵. Con esta pregunta inicia Butler la introducción a *Cuerpos que importan*, con esta misma cuestión trata de arrancar esta obra desde el sendero que trazó y dejó abierto *El género en disputa*. ¿Estamos ante dos ámbitos claramente definidos, el del cuerpo y el del género, lo natural y lo social? ¿Existe algún tipo de relación entre ambos? ¿Qué papel y lugar ocupa el “sexo” en la relación citada? Exponiendo la generalizada opinión de que el sexo (y la diferencia sexual) es aquello que parece tener su base y fundamento en la propia materia, Butler trata de situar la reflexión filosófica en un nivel más profundo al plantearse precisamente la constitución y formación misma de la materia. Podría pensarse que ésta es una cuestión más científica que política, pero dicha impresión se desvelará como errónea desde el principio de la obra que nos ocupa, pues tal y como Butler afirma, “la diferencia sexual nunca es sencillamente una función de las diferencias materiales que no estén de algún modo marcadas y formadas por las prácticas discursivas”⁶⁷⁶. Esta imbricación entre la materialidad y el discurso genera que el sexo, más que un dato puro, sea una categoría de carácter normativo, lo que Foucault llamó un “ideal regulatorio”⁶⁷⁷. Es más, el “sexo” no sólo es normativo sino que se constituye como eje regulador de una práctica que produce los cuerpos en el sentido más amplio del término “producir”, entendido

concerned to argue against it in the context where certain gender ideals were treated as natural features of any gender. The consequence, of course, is that genders that don't manifest those features by which “natural” gender is defined are then treated as pathological, aberrant, or unnatural.”

Butler, J., “There is a Person Here: An Interview with Judith Butler.” pp. 5 y 6.

⁶⁷⁴ Véase Butler, J., *Cuerpos que importan*, pp. 14-15.

⁶⁷⁵ *Ibid.*, p. 17.

⁶⁷⁶ *Idem.*

⁶⁷⁷ *Ibid.*, p. 18.

éste como “demarcar, circunscribir, diferenciar”⁶⁷⁸. Es por tanto una frontera tanto ideal como finalmente material. Esto altera seriamente nuestra manera de entender la materialidad del cuerpo pues la arriesgada afirmación butleriana sugiere que el cuerpo no puede ser entendido más como dato en el que se fundamenta la diferencia sexual sino como proceso temporal y efecto productivo del poder. He aquí la estrecha vinculación entre el género y el sexo, entre la performatividad y la materialidad:

“Lo que, según espero, quedará claramente manifiesto en lo que sigue es que las normas reguladoras del *sexo* obran de una manera performativa para construir la materialidad de los cuerpos y, más específicamente, para materializar el sexo del cuerpo, para materializar la diferencia sexual en aras de consolidar el imperativo heterosexual.

En este sentido, lo que constituye el carácter fijo del cuerpo, sus contornos, sus movimientos, será plenamente material, pero la materialidad deberá reconcebirse como el efecto del poder, como el efecto más productivo del poder.”⁶⁷⁹

Vemos que Butler profundiza exhaustivamente en la idea de performatividad descrita en *El género en disputa*. Tal y como ella misma cuenta en su entrevista “There is a person here”, en la obra del noventa, su noción de performatividad se derivaba casi exclusivamente del texto derrideano donde el autor francés analiza el “Before the Law” kafkiano. En esta ocasión, Butler completa su visión con la teoría de Austin y vuelve a mostrar la influencia de Derrida en su filosofía reservando un lugar privilegiado en ésta a sus nociones tanto de citacionalidad como de iterabilidad⁶⁸⁰.

Este vínculo entre performatividad y materialidad es el que da paso a la cuestión de la inteligibilidad. El “sexo”, como ideal regulatorio, dista mucho de ser una instancia inocente por cuanto perfila las posibilidades de viabilidad de los cuerpos. En palabras de Burgos, “la materia del cuerpo es inseparable de las normas que regulan el proceso

⁶⁷⁸ *Idem.*

⁶⁷⁹ *Idem.*

⁶⁸⁰ Véase Burgos, E., *Qué cuenta como una vida*, p. 226. Véase también la página 238, donde Burgos destaca que el valor de la performatividad entendida desde presupuestos derrideanos está en mostrarla no como el “poder hacer” de la voluntad del sujeto hablante sino como “función derivada de la cadena ritual de la reiteración.” Del mismo modo, en la página 240, Burgos destaca la importancia del subrayado butleriano sobre la historicidad de la acción performativa frente a la visión que podía derivarse de la obra *El género en disputa*, donde las *performances* drag parecían abocar la teoría de la norteamericana a un insalvable voluntarismo.

de materialización y de los significados que el proceso hace circular. Cuando el trabajo del poder logra éxito entonces delimita su objeto otorgándole inteligibilidad.”⁶⁸¹

En este sentido, el “sexo” no sólo forma o construye, sino que además define lo que se entiende por un cuerpo que importa dentro de la matriz de poder que lo erige. Por ello, nos parece especialmente interesante hacer aquí un breve paréntesis para comentar lo acertado del título de la obra que en este momento nos ocupa. *Cuerpos que importan* supone, como título en castellano, una traducción que acarrea una destacable pérdida semántica con respecto al original *Bodies that Matter*. “Matter”, traducido como “importar”, mantiene en el inglés un interesantísimo doble sentido que se pierde en nuestro idioma. Al igual que en 1990 hiciera con el título *Gender Trouble*, Butler aprovecha aquí la polisemia anglosajona del término “matter”, pudiéndose entender este como sustantivo (“materia”) o bien como verbo (doblemente confuso, “materializar” o “importar”, “tener importancia”). Esta ambigüedad refleja las entrañas mismas de la materialización, vinculada ésta siempre, como acabamos de comentar, a la inteligibilidad cultural. Por lo tanto, no se trata de negar la materia, sino de admitir que ésta es absolutamente inaccesible fuera de los parámetros lingüísticos, culturales y performativos de inteligibilidad que el poder impone⁶⁸². Del mismo modo, materializarse es adquirir reconocimiento (importancia) siempre y cuando encajemos en el marco de inteligibilidad, en este caso, de la matriz heterosexual.⁶⁸³ Todo esto, tal y como nos muestra Burgos, “no es un trivial juego de palabras sino una compleja cuestión de dimensiones vitales”.⁶⁸⁴

Butler analiza distintas interpretaciones que grandes clásicos del pensamiento nos han legado sobre la “materia”. Esto la introduce en los textos de Aristóteles, cuya teleología es vetada por la norteamericana a causa de sus perniciosas consecuencias para el feminismo. Una biología de marcado corte naturalista como la aristotélica relega a la mujer a un determinismo material que la ubica de una vez y por siempre en un lugar

⁶⁸¹ *Ibid.*, p. 227.

⁶⁸² Butler, al hilo de su análisis de ciertos textos clásicos en torno a la cuestión de qué sea la materia afirma: “Hablar de los *cuerpos que importan* (en inglés *bodies that matter*) en estos contextos clásicos no es un ocioso juego de palabras, porque ser material significa materializar, si se entiende que el principio de esa materialización es precisamente lo que *importa* (*matters*) de ese cuerpo, su inteligibilidad misma. En este sentido, conocer la significación de algo es saber cómo y por qué ese algo importa, si consideramos que *importar* (*to matter*) significa a la vez *materializar* y *significar*.” *Cuerpos que importan*, p. 60.

⁶⁸³ Véase Lloyd, M., *op. cit.*, p. 73: “Materia y significado están intrínsecamente ligadas. Materializarse es hacer significativo; es encajar en un particular marco de inteligibilidad, en este caso *la heteronormatividad*” (“Matter and meaning are inextricable linked. To materialize is to become meaningful; it is to fit within a particular frame of intelligibility, in this case *heteronormativity*”)

⁶⁸⁴ Burgos, E., *Qué cuenta como una vida*, p. 227.

determinado dentro la estructura del cosmos humano. Del mismo modo, Butler busca apoyo en la concepción de materia de Foucault, pero su microfísica del poder le resulta insuficiente al albergar en ocasiones un cierto sesgo metafísico, además de por el hecho de que, en el proceso de construcción de los cuerpos por el poder descrito por Foucault, quedan sin explicar suficientemente los mecanismos de exclusión y la formación de las identidades y subjetividades abyectas.

En este deambular un tanto incierto entre teorías, la pensadora norteamericana encuentra una extraña compañera de viaje: Luce Irigaray. Si bien ambas concepciones de la política feminista distan un abismo, Butler cree encontrar en la pensadora francesa un interesante intento de tematización de la materia como elemento vinculado a la exclusión de los sujetos. Considera Irigaray que el rechazo a lo femenino ha sido un rasgo distintivo de la modernidad. Tradicionalmente entendido como el elemento vinculado a la materia en la distinción materia-forma, Irigaray va más allá en su planteamiento y considera que la mujer es precisamente lo excluido de esa relación y no sólo eso, la exclusión básica que posibilita la construcción a manos del falogocentrismo. Por lo tanto, la mujer sería una especie de “materia previa” sobre la que se erige la categoría materia-forma donde lo femenino ya no encuentra representación. Lo femenino es así el no lugar donde tiene lugar la inscripción del poder. Como podemos ver, esta visión juega de manera peligrosa con la posibilidad de “romantizar” ese no lugar como una especie de esencia desde la que anclar la lucha de la mujer⁶⁸⁵. Sin duda alguna, en nuestra opinión, una idea así choca directamente con los presupuestos butlerianos. Además, Butler criticará a Irigaray el hecho de que vincule exclusión a feminidad permaneciendo totalmente ciega a otras exclusiones operadas por el pensamiento heterocentrado. No obstante, comprendemos el atractivo que despierta en la americana una teoría que considera la exclusión como uno de los elementos básicos desde los que interpretar la construcción, el cuerpo y la inteligibilidad social. “Para que algunos y algunas ganen, otros y otras tienen que perder”, parece ser la lógica vedada del poder que Butler trata de desenmascarar. “Para que algunos y algunas sean, otros y otras no pueden ser”, parece ser la cruel forma de proceder del sistema.

La intención, no obstante, de Butler en todo este análisis es tratar de erradicar del feminismo las interpretaciones de la feminidad vinculadas a una materia externa al

⁶⁸⁵ Tal vez el caso más claro lo podamos ver en la obra de Irigaray *Ese sexo que no es uno*, donde reivindica un supuesto placer femenino desde el que erigir la política feminista. Véase Irigaray, L., *Ese sexo que no es uno*, Madrid, Saltes, 1982.

sistema. Esta forma de interpretar la materia incurre en el grave y peligroso error de “romantizar”, y por lo tanto perpetuar, la posición excluida de las mujeres. Según nos enseña Burgos, “no es adecuado para la práctica feminista mantener ese concepto como base irreductible porque de este modo podemos estar perpetuando, sin disputarla, la operación de exclusión que circunscribe el término”.⁶⁸⁶

De este modo, nuestra pensadora encuentra un referente bastante adecuado para su proyecto en la noción de “suplemento” de Jacques Derrida, recogida fundamentalmente en su obra *Positions*⁶⁸⁷. Derrida critica la concepción que vincula la materia a la exterioridad al sistema. La materia puede entenderse como lo excluido pero sólo si entendemos que lo excluido es parte constituyente del sistema. Así pues, frente a una “exterioridad radical” defendida por un amplio espectro de pensadores y pensadoras, vinculadas en su mayoría al llamado feminismo “de la diferencia”, Butler apuesta por un exterior “constituyente” que realmente es “interior” al sistema y se erige como “su propia necesidad no tematizable”⁶⁸⁸, y también, su “incoherencia”, su “desbarajuste”, su “amenaza”. Esto abre nuevas formas de entender la abyección, la formación de la subjetividad, las finalidades de la política.

Por todo lo anteriormente mencionado, al hilo de estas reflexiones emerge una cuestión que, aun tratándose de una problemática “derivada” de lo expresado, se instala en el centro mismo de la filosofía butleriana: la cuestión de los sujetos abyectos. Butler reinterpreta una problemática abierta por Julia Kristeva. Para esta última pensadora la cultura se funda en la expulsión de lo impuro, en su caso en la expulsión de las relaciones incestuosas. Esta afirmación no constituye ninguna novedad con respecto a las bases generales del pensamiento psicoanalítico pero lo que destaca a Kristeva como referente indispensable butleriano es su insistencia en el hecho de que lo excluido se constituye como una constante y eterna amenaza hacia la seguridad y estabilidad del sujeto y del orden simbólico que lo sustenta⁶⁸⁹. No hay pues paz, afortunadamente, en el campo de la política, pues lo abyecto se erige como parte misma de la subjetividad ya que “el sujeto se constituye a través de la fuerza de la exclusión y de la abyección, una

⁶⁸⁶ Burgos, E., *Qué cuenta como una vida*, p. 231.

⁶⁸⁷ Derrida, J., *Posiciones*, Valencia, Pre-textos, 1977.

⁶⁸⁸ Butler, J., *Cuerpos que importan*, p. 71

⁶⁸⁹ Para profundizar en esta cuestión relativa a Kristeva véase Grosz, E., *Sexual Subversions: The Three French Feminists*, St. Leonards, NSW, 1989, pp. 70 y ss.

fuerza que produce un exterior constitutivo del sujeto, un exterior que, después de todo, es *interior* al sujeto como su propio repudio fundacional”⁶⁹⁰. En palabras de Burgos:

“Este límite de lo humano, es para Butler el *exterior constitutivo* (*constitutive outside*) de lo humano, que está ahí amenazando las fronteras marcadas de lo humano y abriendo con ello la posibilidad de la desestabilización, de la rearticulación de lo humano. El *exterior constitutivo* no es, como hemos dicho más arriba, un *exterior absoluto* (*absolute outside*), no es un exterior ontológico opuesto al ámbito del discurso; es exterior a lo construido por el discurso pero sólo puede concebirse en relación con el discurso, en los márgenes del discurso.”⁶⁹¹

Por lo dicho en párrafos anteriores, podemos afirmar que algunas de las grandes aportaciones de Butler con esta obra han sido; el haber sorteado la aparente contradicción inherente a la construcción, matizado la importancia de la reiteración en el proceso de materialización, y haber abordado la politización de la abyección; la explicación no sólo del proceso de materialización de los cuerpos sino la exposición de cómo ciertos cuerpos son materializados para proveer el necesario “fuera de” de la subjetividad. Sin embargo, a este respecto las interpretaciones también han errado en no pocas ocasiones. Por ejemplo, Natalie Wilson⁶⁹² considera que los sujetos abyectos sirven de instancia “externa” y material a la cultura. Esta visión supone un claro ejemplo de lectura apresurada de la obra butleriana por cuanto la norteamericana insiste una y otra vez en ubicar la propia abyección como un “afuera” que paradójicamente está “dentro de” la cultura y es creado precisamente por esta. En palabras de Moya Lloyd, Butler no ha caído de nuevo en una explicación materialista del potencial radical de la abyección⁶⁹³.

Un sujeto, el abyecto (por cuanto la abyección le es atribuida “connaturalmente”), llamado a liderar las reivindicaciones de la política del nuevo siglo. Pero la cuestión es, ¿qué capacidad de acción le queda a un sujeto que se ha desvelado también como efecto del poder?

⁶⁹⁰ Butler, J., *Cuerpos que importan*, p. 20.

⁶⁹¹ Burgos, E., *Qué cuenta como una vida*, p. 237. Para acercarnos a las reflexiones butlerianas nos remitimos a Butler, J., *Cuerpos que importan*, pp. 26 y ss.

⁶⁹² Véase Wilson, N., “Butler’s Corporeal Politics: Matters of Politicized Abjection” en *Internacional Journal of Sexuality and Gender Studies*, nº 6, vol. 1 y 2, 2001, pp. 114 y ss.

⁶⁹³ Véase Lloyd, M., *op. cit.*, p. 75.

Vasterling considera, tras la lectura detallada de *Gender Trouble* y de *Bodies that Matter*, que la teoría de Butler ha conseguido dar cabida a la agencia del sujeto. Interpreta que esto se alcanza a partir de la “intencionalidad” del mismo. Aun cuando la raíz derrideana que hereda Butler plantea serios problemas a la hora de comprender y justificar la agencia del sujeto, Vasterling cree que ésta se ancla precisamente en la posibilidad del sujeto de participar del sistema. Si bien hemos de abandonar la idea de una subjetividad autónoma que actúa desde su atalaya externa al sistema, la nueva visión de la subjetividad, contaminada hasta el tuétano por los mecanismos de poder, hace viable que en virtud precisamente de esta inclusión en el sistema, los sujetos puedan actuar desde sus propios límites constitutivos. Se trata de entender que la cadena de acciones en las que la subjetividad está inmersa hasta el punto de formarla, es a su vez una cadena de acciones en la que el sujeto supone un eslabón extremadamente inestable. De ahí que los actos “intencionales” del sujeto posibilitarán la agencia en un sentido paradójico, ya que sus consecuencias y efectos escapan a la propia intencionalidad del agente, resultando impredecibles y generando inimaginables variaciones en la infinita cadena de significados sobre la que se asienta la “vida vivible”⁶⁹⁴. Por lo tanto, para Vasterling, la capacidad para la agencia de este nuevo sujeto butleriano se basa en el ejercicio por parte de éste de actos intencionales cuyas consecuencias van más allá (e incluso a veces en contra) de las intenciones del agente y por tanto del poder, pues este sólo se manifiesta y perpetúa en las acciones de los sujetos.

Abyecto: del latín “ab-iecto”, literalmente “arrojar fuera, desechar, excluir”, según Butler este término designa en su libro a los sujetos situados en las zonas “invisibles” e “inhabitables” de la vida social, no obstante densamente pobladas por quienes soportan una vida a la que se le niega el reconocimiento en aras de constituir un límite a lo humano y una advertencia para aquellas subjetividades reconocidas⁶⁹⁵. Condenados al abandono, a la mofa, al castigo, sus cuerpos representan lo aberrante, lo que un ser humano no debe ser. Este compromiso butleriano para con estos sujetos

⁶⁹⁴ Véase Vasterling, V., “Body and Lenguaje: Butler, Merleau-Ponty and Lyotard on the Speaking Embodied Subject”, en *International Journal of Philosophical Studies*, *op. cit.* Destaquemos que la autora condiciona la operatividad de esta agencia del sujeto al hecho de que éste sea seguido en su acción por otros. Véase del mismo modo la interpretación que realiza Elvira Burgos de este artículo en su obra *Qué cuenta como una vida*, pp. 243-252.

⁶⁹⁵ En palabras de Moya Lloyd, “... the term abject refers to those populations who are currently denied subject status (...) required to circumscribe the domain of the subject.” (“...el término *abyecto* hace referencia a la población a la que le es negado el estatus de *sujeto* (...) requerida para circunscribir el dominio de la subjetividad.”), en *op. cit.*, p. 74.

abyectos, entre los que bien podría encontrarse ella misma (¿y quién no?), hace de *Cuerpos que importan*, probablemente si no el texto fundacional, sí una de las pioneras y más importantes obras a considerar en el nacimiento del movimiento “queer”.

De esta manera, el objetivo parece ser atacar las propias prácticas de identificación desde ellas mismas para “facilitar una reconceptualización de cuáles son los cuerpos que importan y qué cuerpos habrán de surgir aún como materia crítica de interés”⁶⁹⁶. De aquí emerge el nuevo sujeto del feminismo del siglo XXI. Y ese nuevo sujeto del feminismo que perseguimos en este estudio resulta pues no estar ni antes ni después de este proceso⁶⁹⁷, sino que emerge y se consolida en él, en virtud de toda una serie de censuras y temores. Aquello a lo que temer y desde lo que tenemos que ejercer nuestra tarea política es lo “abyecto”, una instancia que debemos entender como generada y mantenida por el mismo sistema y que jamás se debe erigir en un lugar romántico desde el que situar la acción de un sujeto puro. No se trata de una película de buenos y malos, protagonistas y secundarios; es la realidad. Y en la realidad todos los seres humanos, absolutamente todos, estamos afectados, contaminados por el proceso de materialización. De ahí que, en palabras de la autora, “sea insuficiente sostener que los sujetos humanos son construcciones”⁶⁹⁸, pues la materialización es un proceso mucho más complejo donde se produce y establece lo más y lo menos humano así como lo inhumano o “humanamente inconcebible”.

Puede resultar paradójico que nuestra pensadora ancle la política en una instancia, el sujeto “abyecto”, creada por el poder. Pero es que debemos entender que el poder es una instancia omniabarcante aunque no determinante. La posibilidad de cambio, de acción, no debe buscarse en una arcadia ficticia sino en los propios mecanismos del sistema. El sujeto es el ejecutor del poder, pero es un ejecutor a veces vago, en ocasiones falto de celo y, por supuesto, siempre errático. El sujeto es un arma de doble filo. Una hoja de papel capaz de cortar la yema de los dedos.

Con este planteamiento, Butler cree haber superado la dicotomía en la que habían quedado encuadradas las críticas hacia su teoría. Por lo tanto, en palabras de la pensadora:

“Paradójicamente, la indagación de este tipo de supresiones y exclusiones, mediante las cuales opera la construcción del sujeto, ya no

⁶⁹⁶ Butler, J., *Cuerpos que importan*, p. 21.

⁶⁹⁷ Véase *Ibid.*, p. 25.

⁶⁹⁸ *Ibid.*, p. 26.

es constructivismo ni tampoco esencialismo. Porque hay un ámbito exterior a lo que construye el discurso, pero no se trata de un *exterior* absoluto, una *externalidad* ontológica que exceda o se oponga a las fronteras del discurso; como *exterior* constitutivo, es aquello que sólo puede concebirse –cuando puede concebirse– en relación con ese discurso, en sus márgenes y formando sus límites sutiles. De modo que el debate entre el constructivismo y el esencialismo pasa completamente por alto la cuestión esencial de la deconstrucción, porque la cuestión esencial nunca fue que *todo se construye discursivamente*; esta cuestión esencial, cuando se plantea, corresponde a una especie de monismo discursivo o lingüístico que niega la fuerza constitutiva de la exclusión, la supresión, la forclusión y la abyección violentas y su retorno destructivo dentro de los términos mismos de la legitimidad discursiva.”⁶⁹⁹

Siendo así, la pregunta se torna en “¿a través de qué normas reguladoras se materializa el sexo?”⁷⁰⁰ Y esta cuestión es vital, no sólo por cuanto nos desvela en relación a la formación de nuestra identidad sino por el valor subversivo de las prácticas vinculadas a esta materialización. Es decir, si no sólo el género, sino que también el sexo es construido en el sentido de que se materializa simbólicamente, entonces es necesario admitir que igualmente se puede deconstruir, en un ejercicio de montaje y desmontaje de la identidad, donde la posibilidad de otras “formas de ser humano” hasta ahora censuradas tengan cabida y obtengan reconocimiento social. Es así la propia estructura reiterativa en la que se forma el sexo la que saca a la luz sus propias brechas y fisuras. Butler señala aquí el lugar y el momento, en resumen, la ocasión, para desarrollar una nueva política feminista, entendida ésta más allá de las reivindicaciones metafísicas, anclada ahora en una nueva manera de entender la subjetividad como elemento inestable, cambiante, “queer”. Tomando prestadas nuevamente las palabras de Butler diremos que:

“Como un efecto sedimentado de una práctica reiterativa o ritual, el sexo adquiere su efecto naturalizado y, sin embargo, en virtud de esta misma reiteración se abren brechas y fisuras que representan inestabilidades constitutivas de tales construcciones, como aquello que escapa a la norma o que la rebasa, como aquello que no puede definirse

⁶⁹⁹ *Ibid.*, p. 26 y 27.

⁷⁰⁰ *Ibid.*, p. 29.

ni fijarse completamente mediante la labor repetitiva de esa norma. Esta inestabilidad es la posibilidad desconstituyente del proceso mismo de repetición, la fuerza que deshace los efectos mismos mediante los cuales se estabiliza el *sexo*,...⁷⁰¹.

En conclusión, el sujeto, anteriormente entendido como instancia metafísica cuya esencia marcaba prospectivamente qué debe ser y qué debe hacer un ser humano para ser considerado tal, explosiona en una nueva visión que no sólo pone en duda la identidad genérica sino también la identidad sexual. Siglos de historia del pensamiento debimos esperar para acceder a la distinción sexo-género para poder poner a salvo del determinismo metafísico cierta esfera de nuestra persona. Hoy en día, la empresa iniciada por Butler es mucho más ambiciosa: ¿Podemos realmente hablar del “sexo” como dato material y puro al margen de las contingencias sociales? Como nos dice Sara Salih, “al igual que género, el sexo se estabiliza o *congela* dentro de la apariencia de una realidad o de un *hecho natural*, pero aceptar la *realidad* del sexo sería mantener inalterable lo que Butler llama la hegemonía heterosexual”⁷⁰².

Desde esta óptica, lo más revolucionario de la propuesta deconstructiva butleriana es el haber puesto el acento sobre la falsa dicotomía sexo-género, natural-cultural, material-ideal, pues todo lo material está ya imbricado en una unión indisoluble con lo ideal. Es por eso que podemos afirmar que, aunque no todo lo que existe es construido (o, al menos, no podemos saberlo), nada es accesible fuera la construcción. Es en este sentido en el que podemos hoy plenamente entender la polémica afirmación butleriana vertida en su anterior obra *El género en disputa* y que dice que el cuerpo “nunca está libre de una construcción imaginaria”⁷⁰³. Ahora, en *Cuerpos que importan*, Butler matiza esta idea al afirmar que, más allá de negar el cuerpo o de proclamar su disolución en el discurso, “no hay ninguna referencia al cuerpo puro que no sea al mismo tiempo una formación adicional de ese cuerpo”⁷⁰⁴. Así, destaca que existe una relación indisoluble entre cuerpo y lenguaje, y que éste último, más que describir al primero, lo perfila performativamente. Al fin y al cabo, de ser el cuerpo una instancia ontológicamente ajena al lenguaje, ¿cómo podría éste

⁷⁰¹ *Idem.*

⁷⁰² “Like gender, sex stabilizes or congeals into the appearance of a reality or a natural fact, but to accept the reality of sex would be to allow what Butler now calls heterosexual hegemony to go unchallenged.” Salih, S., *op. cit.*, p. 81.

⁷⁰³ Butler, J., *Gender Trouble*, p. 90. “... but is never free of an imaginary construction.”

⁷⁰⁴ Butler, J., *Cuerpos que importan*, p. 31.

nombrarlo? Según la propia autora, ambas instancias no pueden considerarse como idénticas, pero tampoco como completamente diferentes e independientes.⁷⁰⁵

Así, Butler prefiere en virtud de esta nueva visión tomar distancia con el propio concepto de construcción que una vez deconstruido, la pensadora conceptualiza como “proceso de materialización”. El proceso de materialización es aquel que vincula materialidad con performatividad y que además aporta inteligibilidad, significado, a aquello que forma, delimita y moldea. Proceso sin duda que esconde un lado oscuro, aquel poblado por aquellas subjetividades no reconocidas por el sistema pero que han sido creadas por él mismo como límite y amenaza de los “cuerpos que importan”. No obstante, la teoría de Butler es un canto a la esperanza, una esperanza que no emerge de un sujeto ilustrado, héroe de alguna suerte de causa justa, sino de la propia estructura del sistema, siempre incompleto, siempre en continua formación. Es esta contingencia del proceso desvelada en la teoría de Butler la que abre un infinito abanico de posibilidades de ser, de existir, una puerta abierta para las identidades oprimidas, las maltratadas, las marginadas. Un proyecto en el que el feminismo abraza a otros movimientos, un proyecto a nuestro entender humanista que sin embargo abomina de una idea previa de humanidad, un proyecto siempre inacabado, en continua revisión bajo la forma que Butler llama democracia radical.

Pero para alcanzar tales objetivos, se presenta como indispensable conocer el sistema en el que dicho sujeto nace y desarrolla su política. No podemos volver a la ingenua atalaya desde la que algunos sujetos “iluminados” parecían vislumbrar un horizonte vedado a las masas. Tal vez la mayor virtud de la propuesta butleriana se halle, como nos narra Burgos, no en haber suprimido el sujeto ni tampoco haberlo recuperado en el sentido ilustrado, sino en haber rastreado “las condiciones de su formación así como de sus modos de acción, de la capacidad de acción que le permite el propio proceso de producción”⁷⁰⁶. Conscientes ahora de nuestros fundamentos contingentes, debemos reconstruirnos para acceder a las entrañas del proceso de materialización donde se baten en armas las políticas de reconocimiento. “Pero hay potencia para actuar”⁷⁰⁷ en ese, nuestro cuerpo, que es un campo de batalla, por lo que hemos de preguntarnos nuevamente: ¿a través de qué normas reguladoras se materializa

⁷⁰⁵ Véase *Ibid.*, p. 243.

⁷⁰⁶ Burgos, E., *Qué cuenta como una vida*, p. 236.

⁷⁰⁷ *Ibid.*, pp. 240-241.

el sexo? Una pregunta que partiendo de la materialidad nos introduce en los difíciles senderos del lenguaje.

4.4. Psique y poder. Hacia una nueva teoría de la conciencia y el sujeto

a) Restricciones psíquicas.

Una vez estudiada la novedosa visión butleriana del cuerpo como nudo en el que (y con el que) el sujeto emerge, Butler se dedicará a la tarea de describir cómo se produce ese llamado proceso de materialización donde, tal y como ya hemos apuntado con anterioridad, los aspectos psíquicos van cobrando cada vez más importancia en su teoría.

Por tanto, el cuerpo se materializa y el sujeto emerge con una cierta complicidad. Esto supone una complejidad añadida al ya de por sí ambiguo andamiaje butleriano por cuanto la subjetividad es resultado de un proceso no sólo físico, sino también psicológico, del que ella misma es protagonista, actriz, espectadora y víctima simultáneamente. Trataremos pues de sortear la evidente contradicción resultante de ubicar al sujeto después del poder a la par que lo hacemos cómplice de éste. ¿Cómo se puede ser cómplice de un proceso en el que aparentemente uno, o una, adopta un papel pasivo? La respuesta la hallamos al trascender el ámbito del poder para adentrarnos en el difícil y correoso espacio de lo psíquico. ¿Cómo es posible que el sujeto interiorice el poder para colaborar de manera compulsiva en su propia sujeción? Para responder a estas cuestiones, Butler acude a los textos de autores como Lacan, Freud, Hegel, Nietzsche o Althusser.

Transitamos a continuación las páginas más oscuras en nuestra opinión de la teoría butleriana. Un recorrido mediatizado por la personal y compleja lectura butleriana del psicoanálisis y por la difícil selección de textos clásicos y contemporáneos. Intentaremos, a continuación, desarrollar un análisis crítico de las explicaciones que la norteamericana elaboró para dar forma a su propia teoría de la conciencia y emergencia del sujeto como entidad dual e inestable.

Aun cuando Butler intuye desde su primera obra que el poder requiere de un correlato psíquico para la materialización de los sujetos, no es hasta *Cuerpos que importan* cuando comienza a dar forma y a organizar su visión del problema. Concretamente podemos establecer como punto de arranque el capítulo 3 de dicha obra,

“Identificación fantasmática y la asunción del sexo”, y muestra de que esta cuestión llevaba tiempo rondando la cabeza de nuestra autora es el hecho de que parte de lo expresado allí fue presentado en forma de conferencia en 1991 frente a la “American Philosophical Association”, siendo además publicada una breve versión de la misma en 1992, en la obra de Elizabeth Wright, *Feminism and Psicoanálisis: A Critical Dictionary*⁷⁰⁸.

Recordemos que Butler ha dedicado con anterioridad numerosas páginas a ahuyentar tanto el fantasma del esencialismo como el del voluntarismo o libre juego, quedando ahora la constitución de la subjetividad enmarcada en el ambiguo terreno de la prescripción y de la restricción simbólica. Si me permiten el juego de palabras, uno o una no es lo que en esencia es (tal esencia no existe), ni tampoco es lo que voluntariamente elige ser, pues en la teoría butleriana no tiene cabida un planteamiento tan ingenuo. Es necesario pues, replantear los términos en los que el debate entre esencialismo y construccionismo se han venido estableciendo:

“Puede ser provechoso cambiar los términos del debate y pasar de la oposición entre constructivismo y esencialismo a la cuestión más compleja de cómo las restricciones *profundamente arraigadas* o constitutivas pueden plantearse en términos de límites simbólicos a su indocilidad y disconformidad. Se verá que lo que se ha entendido como la performatividad de género –lejos de ser el ejercicio de un voluntarismo irrestricto- es imposible de concebir independientemente de una noción de tales restricciones políticas registradas *psíquicamente*”⁷⁰⁹.

Por lo tanto, lo psíquico (las “restricciones “profundamente arraigadas”) comienza a dibujarse en el horizonte teórico butleriano como correlato indispensable del poder y la materialidad, pues las restricciones que regulan el género y la sexualidad no sólo comprenden el ejercicio más o menos explícito del poder, sino que asimismo “incluyen el carácter radicalmente inconcebible de desear de otro modo, el carácter radicalmente insoportable de desear de otro modo, la ausencia de ciertos deseos”⁷¹⁰. Así pues, lo que Butler trata de exponer es que “el sometimiento psíquico constituye una

⁷⁰⁸ Wright, E., *Feminism and Psicoanálisis: A Critical Dictionary*, Londres, Basil Blackwell, 1992.

⁷⁰⁹ Butler, J., *Cuerpos que importan*, p. 144. Las cursivas son nuestras.

⁷¹⁰ *Ibid.*, p. 145.

modalidad específica del sometimiento”⁷¹¹ y que por lo tanto, resulta imprescindible complementar la teoría del poder con una teoría de la psique.

La performatividad cobra desde esta nueva perspectiva una complejidad nada despreciable. Alejada del libre juego, la performatividad queda del lado de las restricciones como condición misma de posibilidad de ésta. Así, en principio, y a expensas de una pequeña puerta que nuestra autora abrirá posteriormente para la agencia, la acción política del sujeto dista mucho de identificarse con el modelo voluntarista y autónomo en el que se encuadraba el sujeto ilustrado y moderno. El nuevo sujeto butleriano es una instancia atravesada por el poder, coaccionada, forzada y a la vez erigida físicamente por éste pero, además, es el origen y resultado de un proceso de restricciones psicológicas que actúan como correlato del poder. Es por tanto el sujeto el principal cómplice de su propia sujeción, a la que radicalmente se aferra para poder ser, para alcanzar un lugar en la sociedad⁷¹². Tal y como nos trasmite Burgos, la difícil empresa planteada por Butler consiste en “acercarse al sujeto posibilitando su agencia y, al mismo tiempo, evitando la noción fuerte del sujeto del humanismo liberal”⁷¹³.

Este descubrimiento lleva a nuestra pensadora a la necesidad de afrontar un problema sobre el que hasta ahora había pasado tan sólo de puntillas: el correlato psíquico del poder, o lo que es lo mismo, ¿cómo asume el sujeto las restricciones?, ¿cómo funciona el mecanismo circular entre poder y psique del que emerge el sujeto postestructuralista butleriano? De la respuesta a estas preguntas depende la vital cuestión de explicitar la capacidad de agencia de este nuevo sujeto político del siglo XXI. Según nuestra opinión, Butler profundiza en su estudio del psicoanálisis para poder afrontar este reto. Tal y como afirma Salih, “Butler encuentra potencial para la agencia en las operaciones de una psique que más que escapar excede la ley y *Mecanismos psíquicos* puede ser descrito como el análisis del poder de la vida psíquica”⁷¹⁴. Si bien en *El género en disputa* acudió al psicoanálisis para incorporar a su teoría las reflexiones de esta escuela en torno a la melancolía, en *Cuerpos que importan*⁷¹⁵ y especialmente en *Mecanismos psíquicos del poder*, en palabras de Moya Lloyd, “performatividad y melancolía serán tratadas en tándem como elementos de una

⁷¹¹ Butler, J., *Mecanismos psíquicos del poder*, p. 33.

⁷¹² “Desear las condiciones de la propia subordinación es entonces un requisito para persistir como uno/a mismo/a”. *Ibid.*, p. 20.

⁷¹³ Burgos, E., *Qué cuenta como una vida*, p. 318.

⁷¹⁴ Salih, S., *op. cit.*, p. 119.

⁷¹⁵ Especialmente en el capítulo “Acerca del término *queer*”, en su epígrafe “la melancolía y los límites de la actuación”, pp. 328-332.

explicación única del género”⁷¹⁶, siendo éste el producto del “juego entre la psique y la apariencia”⁷¹⁷.

Hemos de entender también, que esta necesidad de profundizar en el papel que asume la psique en la restricción atiende a una necesidad de matizar la performatividad y de responder a las innumerables críticas recibidas en relación a ésta. Es por esta razón que en *Cuerpos que importan* Butler afirma que “la práctica mediante la cual se produce la generización, la incorporación de normas, es una práctica obligatoria, una producción forzosa, aunque no por ello resulta completamente determinante”⁷¹⁸. Pero entonces, la cuestión es, ¿cómo se incorporan estas normas?, ¿mediante qué procesos emerge la psique como instancia autorestrictiva y autoposibilitadora?

b) Teoría hegeliana de la sujeción: la conciencia desventurada.

En *Mecanismos psíquicos del poder*, Butler decide retroceder hasta el siglo XIX para investigar los vínculos existentes entre el poder y la psique de la mano de dos autores clásicos, Hegel y Nietzsche. Ambos pensadores fueron ya en *Subjects of Desire* y *El género en disputa* referentes básicos en la elaboración de su teoría acerca de la formación del deseo. En esta ocasión, Butler quiere profundizar concretamente en estas propuestas para erigir una teoría general de la psique, de su formación y su implicación en el ambivalente proceso de subjetivación.

En la introducción de *Mecanismos psíquicos del poder*, Butler establece que el sometimiento es una paradójica forma de poder, familiar y agónica, a la que nos aferramos como condición de posibilidad de nuestra propia existencia⁷¹⁹. Por ello, siguiendo a Foucault, considera que el poder no es simplemente algo a lo que nos oponemos, sino más bien algo de lo que dependemos para ser lo que somos. Por lo

⁷¹⁶ “Performativity and melancholia would be treated in tandem as crucial elements in a single explanation of gender.” Lloyd, M., *op. cit.*, p. 86. Anteriormente Lloyd afirma que en *El género en disputa* Butler “Moreover, she made no attempt in *Gender Trouble* to connect performativity with the theorization of melancholia.” (“no realizo ningún intento de conectar la performatividad con la teorización de la melancolía.”) *Ibid.*, p. 85. En nuestra opinión, la afirmación de Lloyd viene avalada por las palabras de la propia Butler, quien en el prefacio a la edición de 1999 de *Gender Trouble* afirma que el planteamiento desarrollado en 1990 adolece de una teoría psíquica de la performatividad, en Butler, J., *Gender Trouble*, p. XV.

⁷¹⁷ Butler, J., *Cuerpos que importan*, p. 328.

⁷¹⁸ *Ibid.*, p. 324. Anteriormente Butler aclara que “la aparición de *El género en disputa* coincidió con la aparición de una serie de obras que afirmaban <<el vestido hace a la mujer>>, pero yo nunca pensé que el género fuera como un vestido ni que el vestido hiciera a la mujer.” *Idem.*

⁷¹⁹ Véase Butler, J., *Mecanismos psíquicos del poder*, p. 12.

tanto, existe cierta complicidad del sujeto con el poder, siendo el segundo la condición de posibilidad del primero y el primero la instancia mediante la cual el segundo se perpetúa en un incesante movimiento de retroalimentación. En palabras de nuestra autora, “la *sujeción* es el proceso de devenir subordinado al poder, así como el proceso de devenir sujeto”⁷²⁰.

No obstante, si bien Foucault nos pone sobre la pista de la vinculación entre poder y sujeto, Butler considera que la teoría foucaultiana carece claramente de una teoría psíquica de la sujeción, es decir, que el francés pasa de puntillas sobre la cuestión de cómo el sujeto asume e interioriza el poder, o lo que es lo mismo, cómo se forma y funciona el correlato psíquico del poder. Poder y psique comienzan a dibujarse como dos polos indisolubles, dos caras de la misma moneda y, por lo tanto, Butler quiere adentrarse en “los mecanismos específicos por los cuales el sujeto se forma en la sumisión”⁷²¹. Según Butler:

“Si la sumisión es una condición de la sujeción, resulta pertinente preguntar: ¿Cuál es la forma psíquica que adopta el poder? Un proyecto de estas características nos obliga a elaborar una teoría de la psique para acompañar a la teoría del poder, tarea que los autores adscritos tanto a la ortodoxia foucaultiana como a la psicoanalítica han eludido”⁷²².

Por lo tanto, Butler se propone la empresa de elaborar una “teoría de la sujeción” partiendo de Hegel, a quien dedica el primer capítulo de *Mecanismos psíquicos* bajo el título de “Vínculo obstinado, sometimiento corporal”. De inicio, Butler nos alerta sobre una doble lectura que la tradición filosófica del siglo XX ha realizado de dos capítulos vitales de la *Fenomenología del Espíritu*, siendo estos “Señorío y servidumbre” y “la libertad de la autoconciencia”. En la interpretación clásica, cargada ésta de prejuicios modernos, la dinámica del amo y del esclavo se resolvía en una suerte de maravilloso “happy end” liberador bastante favorecedor para ciertas visiones políticas progresistas. No obstante, las visiones distópicas más propias de la segunda mitad del siglo XX han incidido en el hecho de que la supuesta libertad hegeliana finalmente se resuelve en

⁷²⁰ *Idem.*

⁷²¹ *Idem.*

⁷²² *Ibid.*, pp. 12-13.

autoesclavización. Esto es, sin duda alguna, algo más que un leve matiz⁷²³. Así, podemos constatar que una relectura directa de los textos nos muestra que:

“El esclavo de Hegel se libera del *amo* aparentemente externo sólo para verse inmerso en un mundo ético, sujeto a diversas normas e ideales. O, para expresarlo de manera más precisa, el sujeto emerge como conciencia desventurada mediante la aplicación reflexiva de las leyes éticas.”⁷²⁴

Parece ser que el esclavo, embargado por el miedo, va sustituyendo los mecanismos físicos del poder por los psíquicos, es decir, se desvincula paulatinamente de la sujeción real para introducirse en un universo ético lleno de limitaciones y censuras. Hegel abre así una vía cruel, en la que el sujeto se convierte en el propio ejecutor de su castigo físico, corporal. Según Butler, el autor alemán finalmente se redime en la descripción del proceso hacia el Espíritu, pero abre la caja de Pandora que transitaran autores como Nietzsche o Foucault⁷²⁵. Detengámonos algo más en el análisis butleriano de la *Fenomenología del Espíritu*.

Según Hegel, el amo instrumentaliza el cuerpo del esclavo mediante una artimaña que consiste en que ambos deben olvidar que el cuerpo que se afana en el trabajo sobre los objetos del amo es el propio cuerpo del esclavo, pues este hecho supone la inequívoca confirmación de su subjetividad. Es decir, el movimiento de proyección de ambos y el olvido son el fundamento de la sujeción. Pero el trabajo produce señales legibles en el horizonte existencial y éstas, aun cuando parezcan emanar del amo, hacen al esclavo consciente de su propia actividad y de manera más determinante, de su propio cuerpo⁷²⁶.

En este reconocimiento de su propio trabajo y de la expropiación de éste por parte del amo encuentra el esclavo su autorreconocimiento. Es decir, la autoconciencia no nace de la autonomía, sino de la amenaza de la autonomía, esa firma que el amo impone en el objeto tachando la firma del esclavo es precisamente donde éste se

⁷²³ Véase *Ibid.*, p. 43-44.

⁷²⁴ *Ibid.*, pp. 44.

⁷²⁵ Véase *Ibid.*, p. 46.

⁷²⁶ Lo desarrollado en este párrafo y en los siguientes es el doloroso fruto emergente de la encrucijada donde tal vez se encuentren las intenciones de Hegel, la lectura de Butler de sus textos y la mía propia. Difícilmente en la historia de la filosofía puedan encontrarse fragmentos susceptibles de tan variadas interpretaciones como los que en este momento tratamos de abordar. El autor de estas páginas pide por ello una cierta tolerancia por parte del lector conocedor de la obra hegeliana, por cuanto esta tesis no versa centralmente sobre ella.

reconoce como sujeto. Un sujeto precario, negado, un sujeto fundado sobre lo que Hegel llama el “miedo absoluto”⁷²⁷. Es esta precariedad, esta negación constante a la que se enfrenta el esclavo, la que ubica a éste frente a la experiencia de la muerte. El esclavo se descubre como un ser fundado en la negación, en la supresión, siempre de alguna manera vinculado a la desaparición, abocado finalmente a la muerte. Y es precisamente el miedo que genera este descubrimiento el que lleva al esclavo a la autoafirmación constante.

Hallamos aquí finalmente la aparición del sujeto como fruto del miedo, en palabras de Hegel, como “conciencia desventurada”. El esclavo se convierte en amo de sí mismo, y el desesperado intento de proteger y salvaguardar su cuerpo de la muerte se desarrolla como la muerte incesante del propio cuerpo llamada moral. De esta forma la psique se escinde, siendo el cuerpo disimulado como lo otro pero ahora en el interior de la propia conciencia. El autosometimiento se convierte así en obstinación, siendo ésta una nueva forma de servidumbre. El miedo es así acallado por la ética, es decir, el miedo absoluto o miedo a la muerte es así reconvertido en miedo a la ley.

Esta reflexividad o dualidad de la conciencia como cuerpo-mente (que posteriormente Freud tematizará como “yo” y “super yo”) permite que la conciencia transmute el placer inocente y originario de la actividad del esclavo en un sadismo que se vuelve contra sí misma, constituyéndose el cuerpo en una instancia imaginaria objeto de desprecio. Así pues, como podemos apreciar, de manera un tanto enfermiza, la conciencia desventurada se censura permanentemente, menospreciando su parte “inesencial” o corporal y olvidando que ésta es parte indiscernible y fruto de su propia conciencia. Nuevamente vemos al cuerpo en la encrucijada sujeto-poder, matizándose en esta ocasión que el cuerpo no sólo es una entidad real, empírica, sino principalmente un correlato psicológico en el que se fundamenta y ancla la sujeción. Desde esta nueva forma de entender el cuerpo, éste pasa a ser un desdoble de la psique desde el que se

⁷²⁷ Creo que vale la pena reproducir el siguiente fragmento butleriano que encontraos en *Ibid.* Pág. 52: “El miedo del esclavo se basa, entonces, en la experiencia de ver expropiado aquello que parece ser de su propiedad. La experiencia de sacrificar lo que ha hecho le muestra dos cosas: una, que lo que es está encarnado o significado en lo que hace, y dos, que lo que hace lo hace bajo la obligación de sacrificarlo. Por consiguiente, si los objetos lo definen, le devuelven el reflejo de lo que es, son los textos firmados que le dan un sentido de quién es, y si esos objetos son inexorablemente sacrificados, entonces él es un ser inexorablemente sacrificado. (...) lo que es irreductiblemente suyo es su propia desaparición y esta desaparición es provocada por otro.” Curiosamente podemos añadir, que aunque Hegel no profundiza en la misma medida en este hecho, la precariedad vital puede hacerse extensible al propio amo, pues ambos comparten ahora la experiencia de la pérdida del objeto y la amenaza constante de la transitoriedad. Fusionados en el origen, se observan ahora con recelo.

cuestiona la autonomía de ésta. El cuerpo pasa a ser pues una amenaza⁷²⁸, una especie de “fantasma de la psique”, y por lo tanto, una instancia a dominar y a controlar.

Hemos transitado con esta somera lectura de la propuesta hegeliana, el lugar donde Butler encuentra el punto de partida para la elaboración de su propia teoría de la sujeción y de los mecanismos psíquicos del poder. Para continuar nuestro viaje intelectual, analizaremos ciertos textos de otro referente clásico insalvable para la norteamericana, Friedrich Nietzsche.

c) Teoría nietzscheana de la sujeción: la mala conciencia.

Butler parece estar muy interesada, según la opinión de Salih, en investigar cómo la descripción del autocastigo dada por Hegel prefigura la visión del sujeto en las teorías de autores como Nietzsche, Freud o Foucault⁷²⁹. En relación a esta afirmación, podemos convenir con Salih que Friedrich Nietzsche elabora una muy potente teoría en la que, desde presupuestos hegelianos, la voluntad, se vuelve sobre sí misma ejerciendo violencia de manera compulsiva. La conciencia y la moral son entendidas pues, dentro de la perspectiva nietzscheana, como algo bastante cercano a una enfermedad⁷³⁰. Por lo tanto el sujeto, incluso aquel que rechaza cualquier tipo de violencia explícita, queda necesariamente fundamentado sobre la violencia contra sí mismo, quedando atrapado en un círculo del que no puede escapar ya que es la raíz misma desde la que emerge. ¿De qué manera funciona este proceso circular?

Butler se centra en el análisis del segundo tratado de *La genealogía de la moral*, más exactamente desde el inicio a la sección 16. La ciencia genealógica nos muestra un hipotético y metafórico origen del ser humano donde éste aparece como un animal puramente instintivo. El paso a animal “criado” viene dado por la aparición de la “conciencia”. Dicha “conciencia” es una facultad que este animal ha engendrado en sí mismo y que le permite cumplir promesas. De esta forma aparece también en paralelo la memoria en su voluntad. De este modo la voluntad, antes inmediata, indócil, voluble, se

⁷²⁸ “El cuerpo parece no ser más que una amenaza al proyecto de seguridad y autosuficiencia que rige la trayectoria de la *Fenomenología*”. *Ibid.*, p. 65.

⁷²⁹ Véase Salih, S., *op. cit.*, p. 122.

⁷³⁰ Butler atribuye esta afirmación directamente a Nietzsche en Butler, J., *Mecanismos psíquicos del poder*, p. 76.

transforma en una “larga cadena” en la que “el ser que promete es un ser que responde de sí mismo a través del tiempo y cuya palabra se mantiene a través del tiempo”⁷³¹.

Al inicio de la sección 3, Nietzsche se plantea cómo es posible que se cree una memoria para algo tan indómito como la voluntad y ante tal cuestión no encuentra más respuesta que “mediante el dolor”. Sólo lo que duele y no deja de doler permanece en la memoria. Es por tanto el horror derivado de este dolor lo que según Nietzsche actúa de efectiva norma nemotécnica. Podemos ver claramente cómo el autor alemán se ubica claramente en un horizonte similar al descrito por Hegel.

En la sección 4, Nietzsche da un paso más en su análisis al explicar cómo aparece esa otra “cosa sombría”, la conciencia de la culpa, es decir, la “mala conciencia”. Según Nietzsche, el incumplimiento de la promesa como deuda lleva a que el acreedor infliga daño al deudor. Esta atribución de responsabilidad al deudor por parte del acreedor abre todo un mundo psicológico entre ambos, dándole vida al primero a través del placer de infligir el castigo y al segundo a través de la aparición de la mala conciencia. Dice Butler:

“Si esta complicada escena da vida al acreedor, ¿cómo se explica la formación de la mala conciencia en el deudor? Nietzsche escribe: <<El castigo...tiene el valor de despertar en el culpable el *sentimiento de culpa*; se busca en él el auténtico *instrumentum* de la reacción anímica que recibe el nombre de mala conciencia, remordimiento de conciencia>>”⁷³².

Desconocemos las posibles lecturas a las que será sometido este fragmento nietzscheano, pero a nosotros nos parece que lo que Nietzsche describe en él es una clarísima relación “sodomasoquista” (disculpen la licencia) que da vida y sentido a los dos falsos polos de la díada acreedor-deudor, que una vez internalizada en la mala conciencia podría interpretarse como la lucha que una psique ilusoriamente escindida representa para sí misma.

La presión ejercida desde la sociedad genera esta internalización que da vida al “yo”. El “yo”, mediante el dolor, nace en el contrato, y el contrato, paradójicamente lo que hace es establecer la continuidad del “yo” como garante de la promesa. Así, la internalización del castigo (la mala conciencia), el dolor revertido, es la génesis de la

⁷³¹ *Ibid.*, p. 83.

⁷³² *Ibid.*, p. 85.

psique, del alma, del “yo” y son precisamente todos estos “ideales” de la conciencia los que perpetúan el sistema de castigo (y autocastigo) como condición necesaria para su propia supervivencia. Por lo tanto, tal y como dice nuestra pensadora, “desde una perspectiva nietzscheana y hegeliana, el sujeto se coarta a sí mismo, lleva a cabo su propia sujeción, desea y fabrica sus propios grilletes”⁷³³.

Es por tanto la psique una entidad generada (conciencia) y generadora (mala conciencia), que realiza un movimiento que Butler cataloga como obstinado con respecto al sometimiento. Nace de la vinculación al poder y se perpetúa en el ejercicio de éste sobre ella misma. Como pueden apreciar, de la mano de Nietzsche vamos profundizando en lo absurdo de mantener las dicotomías interior-exterior, alma-cuerpo, psique-poder. La subjetividad, desde este nuevo prisma y parafraseando al propio Nietzsche en su *Así habló Zaratustra*, no es más que “una cuerda tendida sobre un abismo”⁷³⁴.

A pesar de resultar contraintuitiva, y recordemos que la teoría butleriana también lo es en grado sumo, la propuesta de Nietzsche da a entender en palabras de Butler que, aunque pueda parecer que es necesaria la existencia de un sujeto que se vuelva sobre sí mismo, “sin embargo, yo sostengo (Butler) que ningún sujeto existe más que como consecuencia de esa reflexividad”⁷³⁵. Es la psique pues un correlato y aliado indisoluble del poder, que en su ejercicio de autocensura genera la dualidad conciencia-cuerpo desde la que emerge el sujeto. Borradas las marcas de este proceso originario y retroalimentado constantemente (recordemos que el proceso no se hace de una vez y para siempre sino que nunca cesa), el sujeto se autoerige como instancia fundadora generando la ilusión liberadora moderna.

Butler, no obstante, objeta a este análisis que los esfuerzos de Nietzsche por realizar una genealogía de la “mala conciencia” parecen ser infructuosos, al derivar en una especie de argumento circular que remite una y otra vez a ella misma como instancia que da origen a todos los acontecimientos ideales e imaginarios⁷³⁶. Aun así, no dejamos de sentir cierta perplejidad ante esta crítica por cuanto las propias bases de la teoría butleriana del sujeto parecen basarse, en ocasiones, en razonamientos igualmente circulares y poco fundamentados (en el sentido más metafísico del término),

⁷³³ *Ibid.*, p. 35.

⁷³⁴ Y recordemos que la famosa cita continua de la siguiente forma: “...la grandeza del hombre está en ser un puente y no una meta: lo que del hombre se puede amar es que es un tránsito y un ocaso.” En Nietzsche, F., *Así habló Zaratustra*, Madrid, Alianza, 1989, p. 36.

⁷³⁵ Butler, J., *Mecanismos psíquicos del poder*, p. 80.

⁷³⁶ Véase la crítica de Butler en *ibid.*, p. 88.

constituyendo, por otra parte, este hecho, no sólo una de las objeciones, sino probablemente también una de las grandes virtudes del sistema butleriano.

Si bien no alcanzamos a comprender la coherencia de esta objeción, no obstante pensamos que la teoría de Nietzsche en relación a la formación del sujeto podría catalogarse de algo arbitraria, por establecer el origen de la psique precisamente en el dolor y en la mala conciencia, y no en cualquier otra instancia. Hemos de reconocer que el atractivo de la prosa nietzscheana ha llevado a un gran número de pensadores y pensadoras por la senda de una especie de pesimismo antropológico, que fundamenta las teorías antropológicas, éticas e incluso políticas sobre un andamiaje de violencia, dolor, castigo y similares. Lo que queremos aquí plantear a esta visión sin llegar a descartarla es, simplemente: ¿por qué?, ¿está realmente justificado este pesimismo para con el ser humano? Plantear esta cuestión ha abierto nuevos horizontes en la filosofía contemporánea. Creemos además que la toma de conciencia sobre esta pregunta ha provocado en la propia Butler un sorprendente giro en su filosofía, tal y como se manifiesta en su obra *Dar cuenta de uno mismo*, un texto que puede resultar extraño, difícil de encuadrar en el planteamiento que Butler ha elaborado durante veinte años. No obstante, y con el ánimo de no adelantar demasiado los acontecimientos, a continuación pasaremos a desarrollar el análisis que la norteamericana realiza de las teorías de Freud y Lacan, fundamentales para comprender el origen de la sujeción psíquica al poder.

d) La psique dentro de la teoría psicoanalítica.

Tal y como nos señala Lloyd, a diferencia de los textos butlerianos que desarrollan la teoría de la performatividad, aquellos de carácter psicoanalítico “han tenido bastante menos impacto. Algunos lectores incluso los han ignorado ampliamente”⁷³⁷. Creemos aquí que este extendido olvido puede deberse a la lectura parcial, intrincada y quizás errática que, en nuestra opinión, Butler hace del psicoanálisis⁷³⁸. Igualmente pensamos que tal vez venga motivado por las confusiones que generan los propios textos clásicos del psicoanálisis. Es quizás esta doble dificultad

⁷³⁷ “Butler’s psychoanalytic writings have had far less impact. Some readers largely ignore them.” Lloyd, M., *op. cit.*, p. 78.

⁷³⁸ Podemos citar como ejemplo el uso indistinto que Butler hace reiteradamente de “psique” y “conciencia”, siendo el primero un término que puede contener al segundo, pero que va claramente más allá de éste.

la que provoca que la teoría butleriana se mueva entre la escritura ágil y atractiva en el desarrollo de ciertos temas y la complejidad prosaica en el momento de desarrollar otras cuestiones como las que en estos momentos trataremos de desentrañar.

No obstante, queremos destacar con este estudio que la inmersión en las revueltas aguas psicoanalíticas no responde a un acto arbitrario sino que creemos que es consecuencia o fruto de, al menos, una doble necesidad dentro de su teoría; por un lado, la necesidad de indagar en las profundas e imaginarias raíces del deseo para desarrollar la deconstrucción de la heteronormatividad; y, por otro, tratar de elaborar una teoría de la conciencia como correlato necesario a la teoría del poder.

Butler dedica el capítulo 2 de *El género en disputa*⁷³⁹ precisamente al primero de los cometidos señalados. En él, nuestra pensadora no sólo entra en debate con Freud, Lacan, Levi-Strauss y Gayle Rubin, como vimos en capítulos anteriores, sino que también dedica algunas de sus más interesantes páginas a cuestiones psicoanalíticas como la explicación del concepto de mascarada de Joan Riviere o la noción de incorporación de María Torok y Nicolas Abraham.

Posteriormente, en los capítulos 2, 3, 5 y 6 de *Mecanismos psíquicos del poder*⁷⁴⁰, Butler vuelve sobre las teorías de Freud y Lacan para depurar su anterior crítica, y filtrar lo que de estas propuestas le es valioso para la elaboración de su propia visión sobre la formación de la psique humana en la sujeción al poder.

Según la lectura que Butler realiza de Freud, especialmente de *Duelo y melancolía* y *El yo y el ello*, el vienés defiende una ambivalente visión de lo que él cataloga como “disposiciones naturales”. Freud manifiesta que la niña o el niño nacen con disposiciones tanto masculinas como femeninas. Parecería por tanto, que Freud defiende una especie de bisexualidad originaria descrita, no en función de su sexo, sino de su deseo. De esta forma, llama disposición masculina al deseo por la madre y disposición femenina a aquel deseo focalizado en el padre.

Butler critica esta visión en al menos dos sentidos. Para empezar, Butler desvela que esta pretendida bisexualidad es en realidad el cruce de dos deseos de carácter heterosexual, es decir, ¿por qué se vincula lo masculino al deseo hacia la madre y lo femenino al deseo hacia el padre? A raíz de esto, critica a Freud que su teoría realmente

⁷³⁹ “Prohibition, Psychoanalysis, and the Production of the Heterosexual Matrix”. Butler, J., *Gender Trouble*, pp. 45-100.

⁷⁴⁰ “Circuitos de mala conciencia. Nietzsche y Freud”, pp. 75-94; “Somatimiento, resistencia, resignificación. Entre Freud y Foucault”, pp. 95-118, “Género melancólico/Identificación rechazada.”, pp. 147-165; “Comienzos psíquicos. Melancolía, ambivalencia, cólera”, pp. 181-212. Todos ellos en Butler, J., *Mecanismos psíquicos del poder*, op. cit.

esconde fuertes prejuicios heterosexuales que la convierten en un sistema heteronormativo en el que el deseo homosexual queda excluido. Es decir, la supuesta bisexualidad pre-edípica parece ser en palabras de Butler “la coincidencia de dos deseos heterosexuales en una sola mente”⁷⁴¹. En opinión de Lloyd, “Butler vuelve a contar la historia al objeto de desvelar lo que queda oculto en la narrativa freudiana: el complejo de Edipo se asienta sobre un tabú previo contra la homosexualidad”⁷⁴². El carácter previo es claro, por cuanto la homosexualidad no es prohibida por la heterosexualidad cuando la primera aparece, sino que antes de que aparezca queda ya absolutamente proscrita⁷⁴³.

Por otro lado, Butler afirma que la supuesta dualidad dispositiva originaria parece ser más un *efecto*, efecto de la ahora desvelada norma que prohíbe expresamente la homosexualidad. Si bien la heterosexualidad parece ser en la teoría del vienés una ley impuesta por el complejo Edipo, Butler desvela que el tabú contra la homosexualidad ancla sus raíces de una forma mucho más profunda, situándose en la base misma de la propuesta freudiana. De esta manera, las disposiciones originarias son ya un resultado homófobo creado culturalmente, desapareciendo por tanto esa ilusión de un antes y un después a lo cultural. Tal y como dice Lloyd, “cuando el niño alcanza la fase Edípica, ya ha quedado sujetado a prohibiciones que lo *disponen* hacia direcciones sexuales determinadas”, de manera que estas disposiciones “no son naturales, tal y como asumió Freud”⁷⁴⁴.

Con estas críticas, Butler consigue mostrar las carencias y errores de la teoría freudiana de la psique, demostrando que “lo que él concibe como fenómeno natural e universal es, de hecho, la construcción de un discurso heteronormativo”⁷⁴⁵. Una vez mostrada la psique como “efecto”, Butler ha sembrado el campo para indagar los mecanismos por los cuales estas “disposiciones naturales” son creadas.

Aun cuando puede parecernos realmente acertado este descubrimiento, desde algunas seguidoras del lacanismo, la opinión generalizada es que Butler yerra en su análisis. Campbell, reúne este sentir al señalar el desacierto butleriano al ubicar la

⁷⁴¹ “Bisexuality is the coincidence of two heterosexual desires with a single psyche”, en Butler, J., *Gender Trouble*, *op. cit.*, p. 77. “Bisexuality is the coincidence of two heterosexual desires with a single psyche”.

⁷⁴² “When Butler re-tells the story, she does so in order to uncover what is hidden in Freud’s narrative: that the Oedipus complex relies upon a prior taboo against homosexuality.” Lloyd, M., *op. cit.*, p. 85.

⁷⁴³ Véase *Ibid.*, p. 87.

⁷⁴⁴ “When the child reaches the Oedipal phase, they have already been subjected to prohibitions which *dispose* them in distinct sexual directions.” *Ibid.*, p. 84.

⁷⁴⁵ “...what he conceives of as a natural and universal phenomenon is, in fact, the construct of a heteronormative discourse.” *Ibid.*, p. 82.

prohibición de los deseos homosexuales en la fase pre-edípica. Según Campbell, todo lo preedípico queda definido como una fase en la que no existe la diferencia sexual y por lo tanto, el objeto prohibido no puede ser entendido jamás como homosexual por cuanto la homosexualidad viene definida por la propia diferencia sexual. Es decir, la heterosexualidad y la homosexualidad, al igual que la propia diferencia sexual son siempre post-edípicas. Por lo tanto, la fundamentación butleriana de la psique heterosexual en la prohibición de la homosexualidad no tendría cabida en el esquema psicoanalítico⁷⁴⁶. Y Campbell realiza una crítica aún más mordaz: si la ley que prohíbe la homosexualidad actúa siempre, ¿no significa esto que en la teoría butleriana el sujeto homosexual es algo absolutamente “ininteligible”?⁷⁴⁷ En palabras de Lloyd, “this point has bite”; Butler realmente pasa de puntillas sobre la importante cuestión de cómo se forman las identidades homosexuales⁷⁴⁸.

En relación a este tema, Butler ha de recibir aún una crítica más, acaso la más popular por haber sido enunciada por la conocida teórica italiana Rosi Braidotti⁷⁴⁹. Dicha pensadora critica a Butler el propio enfoque de su investigación. El feminismo ha luchado durante décadas para desvelar el trasfondo patriarcal de la sociedad. De esta forma, el feminismo ha resultado ser una plataforma para las reivindicaciones políticas de las mujeres. La descreencia butleriana en la diferencia sexual, así como la primacía que encuentra en su teoría la homofobia frente a la misoginia, debilitan en opinión de Braidotti la capacidad de su propuesta para la lucha de la mujer⁷⁵⁰. En su defensa,

⁷⁴⁶ Véase Campbell, K., “Plague of the Subject: Judith Butler’s Psychic Life of Power”, *International Journal of Sexuality and Gender*, nº 6, (1/2), 2001, p. 43.

⁷⁴⁷ Véase *Ibid.*, p. 44.

⁷⁴⁸ Véase Lloyd, M., *op. cit.*, p. 104.

⁷⁴⁹ Podemos seguir esta crítica en Braidotti, R., “Feminism by Any Other Name”, en Schor, N. y Weed, E. (ed.), *Differences: A journal of feminist cultural studies. More gender trouble: Feminism meets queer theory*, Indiana University Press, Summer-fall. 1994. p. 47 y en Braidotti, R., *Metamorfosis. Hacia una teoría materialista del devenir*, Madrid., Akal, 2005, capítulo 1.

⁷⁵⁰ En esta misma línea Rosa M^a Rodríguez Magda, gran conocedora del pensamiento foucaultiano, analiza en varias ocasiones la propuesta butleriana. Como podemos ver en su *Foucault y la genealogía de los sexos*, Rodríguez Magda afirma la necesidad de mantener la diferencia sexual vinculada al cuerpo como base indiscutible para la proliferación de los géneros propuesta por la norteamericana. En sus propias palabras: “Considero necesario mantener el criterio de la diferencia sexual como marca no substancial ni normativa, pero condicionante. (...) Considero posible una apuesta por la proliferación de los géneros, sin que necesariamente hayamos de proceder a la erradicación del sexo, tal y como sería propuesta por Wittig, Butler y el propio Foucault. La constatación de que el sexo es ya género la mayor parte de las veces, no debe hacernos olvidar cómo la diferencia sexual, en cuanto marca anatómica y cultural, condiciona las estrategias de una *teoría de la invención del género*, y preserva el referente reinterpretado desde donde construir una elegida y múltiple identidad de género”. Rodríguez Magda, R. M^a, *op. cit.*, p. 233. La autora trata también esta cuestión en las páginas 215 y ss.

Realiza Rodríguez Magda una crítica que en nuestra opinión es injusta por cuanto sugiere que Butler considera el cuerpo como mero texto moldeable a voluntad por el sujeto. Además, creemos que Rodríguez Magda con ésta su teoría llamada “transmoderna” reproduce, a pesar de los guiños ocasionales

Butler, en *Deshacer el género*, página 278 y siguientes, niega la mayor. Según nuestra pensadora, su teoría no abandona la posición simbólica de la feminidad, tan sólo sustituye la clásica visión femenina de la diferencia sexual por una en la que la feminidad “tiene múltiples posibilidades”. No obstante, tal y como muestra Lloyd⁷⁵¹, ésta es tan sólo una respuesta parcial a la incisiva objeción de Braidotti pues sigue siendo evidente que Butler centra más su teoría en la heteronormatividad homofóbica que en la estructura patriarcal de la sociedad que genera los privilegios del varón y la desigualdad con respecto a las mujeres independientemente de la orientación sexual de unos y de otras. Así, Braidotti afirma no compartir la teoría butleriana no sólo por razones conceptuales sino también estratégicas.

Con respecto a la teoría lacaniana, Butler reconoce ciertas virtudes que finalmente se resuelven en importantes desavenencias entre ambas posiciones filosóficas. Butler valora, por un lado, la crítica lacaniana al sujeto autónomo autofundante. Como gran parte del psicoanálisis, Lacan defiende una visión del sujeto donde la figura del otro es fundamental para la formación de las estructuras identitarias⁷⁵². En palabras de Burgos “la melancolía de género nos pone ante la vista que sólo somos un yo mediante la incorporación de aquellos otros que hemos asumido para constituirnos como nosotros mismos”, de esta manera, “no somos de ningún modo seres independientes, por lo que la noción de sujeto autónomo debe ser abandonada”⁷⁵³. Así, es sólo frente al “otro” como el yo encuentra su posición (sexuada) en el lenguaje. No obstante, la descripción lacaniana de la estructura simbólica genera, en opinión de la norteamericana, una serie de restricciones filosóficas que no debemos pasar por alto. Para empezar, lo simbólico viene determinado por la Ley del Padre, que es la norma que inaugura la cultura, el lenguaje, y la que dicta los posicionamientos “posibles” dentro de ambas estructuras. Según Lacan y su visión del sujeto como “ser para otro”, los

hacia el pensamiento postmoderno (parece en ocasiones defender la práctica deconstructiva), la más pura y clásica dualidad naturaleza-cultura que deriva en la visión del sujeto como perchedo sobre una superficie “natural”, el cuerpo, se puede “elegir”, tal y como dice el texto anterior, el género deseado. Cuerpo y deseo, dos instancias que Rodríguez Magda pretende rescatar para la lucha feminista pero que en nuestra opinión ubican la propuesta de esta pensadora en un nivel que creemos mucho menos crítico y reflexivo que la teoría butleriana.

⁷⁵¹ Véase Lloyd, M., *op. cit.*, pp. 104-105.

⁷⁵² Butler, en comentario a lo defendido por Lacan en “El estadio del espejo” y “La significación del falo” comenta: “La posición lacaniana sugiere, no sólo que las identificaciones *preceden* al yo, sino que la relación identificatoria con la imagen establece el yo.(...) Como resultado de todo ello, el yo no es una substancia idéntica a sí misma, sino que es una historia sedimentada de relaciones imaginarias que sitúan el centro del yo fuera del yo, en el *imago* externalizada que confiere y produce los contornos corporales”. Butler, J., *Cuerpos que importan*, p. 118.

⁷⁵³ Ambas citas en Burgos, E., *Qué cuenta como una vida*, p. 325.

individuos pueden “tener” o “ser” el falo, siendo éste el significante universal y único que determina las posibilidades permitidas por la ley paterna. Para “tener” el falo, el varón necesita del deseo de la mujer, mientras que, para “ser” el falo, la mujer necesita del deseo del hombre. Pero la pregunta que realiza Butler a esta teoría es precisamente por qué no se contemplan otras posibilidades, como por ejemplo la homosexualidad, para lo simbólico. Si el propio Lacan afirma que lo simbólico se impone mediante la Ley del Padre, y que esta ley impele a los niños y niñas a asumir culturalmente las posiciones heterosexuales mediante el terror, ¿por qué muestra una visión tan inmovilista, determinista de lo simbólico? y, sobre todo, ¿por qué en sus textos habla de la homosexualidad como una forma de psicosis que requiere tratamiento?

Al hilo de lo tratado, en opinión de Lloyd, el objetivo de Butler en su crítica a Lacan es fundamentalmente derribar la presuposición de que “la heterosexualidad es normal mientras que otros modos no heterosexuales de sexualidad no lo son”⁷⁵⁴. La normalidad es, para nuestra pensadora, una fina línea demarcada por la cultura y, por lo tanto, modificable culturalmente. Butler muestra que lo “simbólico” constituye para Lacan una instancia férrea e inamovible desde la que la crítica se hace imposible. Según Burgos, a diferencia de Lacan, Butler no considera “que la prohibición que produce el sujeto esté fijada y sea inalterable en el tiempo, sino que concibe que se desplaza en una dimensión temporal donde cabe la renovación del significado”⁷⁵⁵. Frente a este inmovilismo, Butler cree firmemente en la agencia, siempre desde “dentro” del sistema pues todo, incluso la falsa idea de un “afuera”, de un “más allá”, es parte del sistema.

La psique es, por lo tanto, una instancia creada, emergente desde la óptica butleriana frente a las teorías de Freud y Lacan que dibujan una arcadia pre-edípica, pre-simbólica, un después y un antes ya inaccesible que condena al ser humano a ser para siempre lo que se le ordena desde las altas instancias del poder.

Tal y como veremos un poco más adelante, Butler se muestra astuta en su debate con el psicoanálisis, separando el grano de la paja y conservando conceptos como los de “identificación” o “melancolía”, donde nuestra pensadora encontrará la semilla para la elaboración de una satisfactoria teoría de la formación de la conciencia que además posibilite la agencia dentro y en constante connivencia con los mecanismos de poder.

⁷⁵⁴ Lloyd, M., *Judith Butler. From Norms to Politics*, pp. 90-91.

⁷⁵⁵ Burgos, E., *Qué cuenta como una vida*, pp. 318-319.

e) Teoría interpelativa de Althusser: interpelación y sujeción.

Hasta el momento, en este capítulo destinado a desentrañar la teoría butleriana en torno al nacimiento de la psique y su vinculación al poder a través de la sujeción, podría decirse que nuestra andadura no ha sido más (ni menos) que una vuelta a autores ya estudiados por Judith Butler en obras anteriores. No obstante, no podemos olvidar que en *Mecanismos psíquicos del poder*, dedica gran parte de sus esfuerzos a analizar la que es la teoría central que pone a la estadounidense sobre la pista del verdadero mecanismo de la sujeción: la teoría interpelativa de Althusser. Esta teoría, aun cuando el resto de la obra de 1997 pueda considerarse una relectura de los textos de Hegel, Nietzsche, Freud, Lacan o Foucault, supone sin duda un nuevo aporte, un aporte fundamental, por otro lado, para la elaboración de la teoría de la psique.

Lo que trata de defender es que es la sumisión al poder precisamente la que genera al sujeto y, para ello, recurre a la teoría interpelativa del francés⁷⁵⁶. En esencia, la teoría de Althusser, en palabras de Butler, “representa una escena social donde el sujeto es interpelado, el sujeto se da la vuelta y el sujeto acepta entonces los términos con los cuales se le interpela”⁷⁵⁷. Nuestra autora, haciéndose eco de las diversas críticas que la teoría que nos ocupa ha recibido destaca que, no obstante, dicha propuesta no sólo sobrevive sino que parece gozar de buena salud⁷⁵⁸.

Hemos de encuadrar a Althusser en la línea de investigación de los trabajos freudianos y lacanianos en torno a lo imaginario y la fase del espejo. Desde una óptica similar, Althusser elabora y perfila la noción de ideología como estructura que nos posibilita tener un concepto “significativo” del propio yo. Esta ideología es la que permite la emergencia del sujeto en su relación imaginaria (Lacan) con las condiciones reales de su aparición. Para acercarnos de manera sencilla a esta teoría, Butler nos trae el conocido ejemplo de la llamada del policía:

“En el ensayo de Althusser *Ideología y aparatos ideológicos del estado*, la subordinación del sujeto se produce mediante el lenguaje, como efecto de la voz autoritaria que interpela al individuo. En su célebre ejemplo, un policía interpela a un transeúnte que pasea, y éste

⁷⁵⁶ Lloyd, M., *op. cit.*, p. 98.

⁷⁵⁷ Butler, J., *Mecanismos psíquicos del poder*, p. 119.

⁷⁵⁸ Véase *Idem*. Entre las críticas destacadas por Butler se encuentran aquellas que fundamentalmente tachan la doctrina althusseriana de ser excesivamente diádica, destacando que la “llamada” puede llegar de muy distintas maneras.

se da la vuelta y se reconoce como la persona interpelada. La interpelación –la producción discursiva del sujeto social- tiene lugar en el intercambio por el cual el reconocimiento es ofrecido y aceptado”⁷⁵⁹.

Además, y para ejemplificar de nuevo la forma en la que actúa la ideología social, Althusser expone que ésta posee una total analogía con la interpelación performativa divina. El bautismo, en este caso, podría ser el paradigma de dicho performativo divino por cuanto se constituye como el medio lingüístico por el cual el sujeto es forzado a la existencia social. En *Ideología y aparatos ideológicos del estado*, Althusser cuenta cómo Dios da nombre a “Pedro” y este mismo acto de nombrar es el origen del mismo Pedro.

Sin embargo, Butler, al recoger este ejemplo también ilustra graves carencias en la teoría del francés. Por un lado, tal y como dice Salih, Butler “insiste en que la ley no posee el poder de un performativo divino para traer a la *existencia* lo que nombra”⁷⁶⁰ (existen fisuras en el nombrar que Butler tratará de investigar posteriormente en *Lenguaje, poder e identidad*) y, por otro lado, y como consecuencia de esto, Butler cree que su teoría ya presupone lo que intenta explicar, es decir, una conciencia previa y cómplice. En el ejemplo de “Pedro”, el nombrar no es realizable sin cierta complicidad previa por parte del nombrado. Igualmente esta objeción es extensible al anterior ejemplo del policía gritando al transeunte. El nombrar se da en la teoría de Althusser gracias a una cierta “disposición o deseo anticipador de parte de la persona a quien se dirige”⁷⁶¹. Por lo tanto, según Butler, la teoría de Althusser presupone ya un sujeto, una conciencia opositiva, conciencia precisamente cuyo origen pretendía explicar la propia teoría. De este modo, Althusser elabora una teoría de la fundación social de la conciencia que ya presupone a ésta. En palabras de Butler:

“La narración que pretende dar cuenta de cómo nace el sujeto asume el *sujeto* gramatical antes del relato de su génesis. Sin embargo, esa sumisión fundacional que aún no se ha resuelto en sujeto sería justamente la prehistoria no narrable de éste, y esta paradoja pone en entredicho la misma narración de la formación del sujeto”⁷⁶².

⁷⁵⁹ *Ibid.*, p. 16.

⁷⁶⁰ Salih, S., *op. cit.*, p. 128.

⁷⁶¹ Butler, J., *Mecanismos psíquicos del poder*, p. 124.

⁷⁶² *Ibid.*, p. 125.

Así pues, uno de los grandes problemas según Butler de la teoría interpelativa de Althusser es que éste presupone una conciencia sujeta a la interpelación, es decir, un sujeto que se vuelve al oír la llamada, sin elaborar convenientemente y en profundidad una teoría psíquica de la sujeción. Es decir:

“Resulta significativo que Althusser no dé ningún indicio de por qué ese individuo se da la vuelta, aceptando así que la voz se dirige a él o a ella, y aceptando la subordinación y la normalización que impone. ¿Por qué se da la vuelta el sujeto en dirección a la voz de la ley y qué efecto tiene esta vuelta en la inauguración del sujeto social? ¿Es éste un sujeto culpable, y, en caso afirmativo, cómo llegó a serlo? ¿Sería quizás necesaria una teoría de la conciencia que complementase la teoría de la interpelación?”⁷⁶³

Althusser pone sobre la pista a Butler, pero realmente su teoría parece bastante sesgada y deja muchas cuestiones sin resolver. Para empezar, la teoría adolece de un cierto determinismo al dar por hecho que la persona interpelada se va a volver o va a responder a la llamada. Esto no tiene por qué ocurrir. La teoría de Butler sin duda tratará de dar cuenta de esta posibilidad de rebeldía o de fallo en el sistema.

Butler critica también a Althusser el haber centrado su teoría en el lenguaje oral, atribuyendo un fuerte poder performativo a la voz autoritaria, pero obviando otras formas de discurso como el escrito y el burocrático que, tal y como dice ella misma, “circulan sin voz ni firma”⁷⁶⁴.

Por otro lado, Butler afirma que Althusser presupone que en la respuesta se asume cierta “culpabilidad” y que por tanto ser sujeto es sinónimo de ser “malvado” o “malvada”. En nuestra opinión, esto es una conclusión que se deriva tal vez de una mala elección del ejemplo usado por el francés. La autoridad representada por un policía no es más que una de las infinitas formas de representación social de la autoridad. De hecho, la introducción social del sujeto en la sociedad se realiza mediante interpelaciones de otra índole (fundamentalmente médica, familiar, tal vez religiosa en muchos casos) en los que la “culpa” tiene poco o nada que ver con la llamada. Podemos admitir que existe cierta, llamémosla “violencia” en la introducción social del individuo

⁷⁶³ *Ibid.*, p. 16.

⁷⁶⁴ *Ibid.*, pp. 16 y 17.

por cuanto éste no participa (difícilmente podría) en ella, pero de ahí a introducir la “culpa” como eje de toda la explicación creemos que hay un gran paso.

Pero sin duda la gran crítica de Butler a esta propuesta la realiza al poner de manifiesto su carencia absoluta de una teoría de la conciencia, es decir, dicha propuesta omite la vital cuestión de por qué se vuelve el individuo⁷⁶⁵. O lo que es lo mismo, si en la respuesta a la llamada no actúa una fuerza que podríamos llamar “física”, ¿cuáles son los mecanismos psíquicos que hacen que el sujeto sea absolutamente cómplice del poder que lo interpela? Althusser realmente pasa de puntillas sobre esta cuestión que será uno de los pilares básicos en la teoría butleriana del sujeto político.

f) Teoría productiva de M. Foucault: poder y psique.

Butler encuentra en Hegel y Nietzsche la idea del origen de la conciencia como fruto de una (re)flexión violenta sobre sí mismo. Freud, Lacan y Althusser donan a su vez la visión de la necesidad del otro en la constitución del yo. No obstante, todas estas propuestas plantean los problemas ya mencionados anteriormente al mostrar el poder como una instancia externa y anterior a la conciencia y al sujeto. Además, todas estas teorías albergan ciertas contradicciones internas, pues en ocasiones dibujan un momento, una frontera, un antes y un después del origen de la conciencia haciendo de la psique una realidad derivada, mientras que en otras ocasiones remiten a una especie de sujeto previo o conciencia pura presocial. Por eso, Butler trata de elaborar una fuente explicativa de la psique que la vincule intrínsecamente al poder y que además dé cuenta de cómo funciona esta indisoluble sociedad. Para ello, el autor fetiche será Foucault. El francés elabora, como explicamos en el capítulo anterior, una teoría del poder en la que éste es visto no tanto como una instancia restrictiva sino como una fuerza productiva. De esta manera debemos abandonar la tradicional concepción de la subjetividad como elemento que se opone al poder y sustituirla por una visión en la que el sujeto es el efecto y el medio a través del que el poder se perpetúa. Pero entonces el dilema queda planteado de la siguiente forma: ¿es posible la acción libre, cabe aún la posibilidad de rebeldía? Según la opinión de Salih, aunque Butler mantiene la deuda con Foucault en su visión del poder como una instancia múltiple y productiva, la norteamericana

⁷⁶⁵ Lloyd coincide en señalar esta crítica en *op. cit.*, pp. 98-99.

también critica la incapacidad de la teoría de éste para mostrar el potencial subversivo de la psique⁷⁶⁶.

Por lo tanto, si bien Butler es heredera directa de la teoría productiva del poder foucaultiana, también manifiesta abiertamente sus discrepancias con Foucault al considerar que su teoría no sólo es deficitaria a la hora de profundizar en los mecanismos por los cuales el poder se hace psique, sino que deja de lado la explicación de cómo es posible la oposición dentro del esquema sujeto-sujetado. En referencia a lo primero, Butler dice:

“Si el poder actúa no sólo para dominar u oprimir a los sujetos ya existentes, sino también para formar a los sujetos, ¿en qué consiste esta formación? (...) En *Vigilar y Castigar* señala que el delito produce una clase de delincuentes, cuyos cuerpos son fabricados en los gestos y el estilo de encarcelamiento. Pero, ¿en qué consiste esta producción y esta fabricación?”⁷⁶⁷

Butler, no satisfecha con estas palabras, afirma que Foucault es “notoriamente parco en relación con el tema de la psique” para a continuación manifestar que la aclaración de esta cuestión pasa por la explicación y seguimiento de los movimientos de la vida psíquica, marcada ésta por la vuelta del sujeto contra sí mismo en “los actos de autoacusación, de la conciencia y de la melancolía que operan en conjunción con los procesos de regulación social”⁷⁶⁸. Así pues, esta problemática llevará a Butler de nuevo al psicoanálisis:

“Aunque hemos señalado que las normas sociales son internalizadas, aún no hemos explicado en qué consiste la incorporación o, de manera más general, la internalización, qué significa que una norma sea internalizada y qué le ocurre durante el proceso de internalización. ¿La norma está primero *fuera* y luego ingresa en un espacio psíquico preexistente, entendido como un espacio interior de algún tipo? ¿O la internalización de la norma contribuye a la producción de la internalidad? (...) Sostengo que el proceso de internalización *fabrica la distinción entre la vida interior y exterior*, ofreciendo una distinción entre lo psíquico y lo social que difiere

⁷⁶⁶ Véase Salih, S., *op. cit.*, p. 120.

⁷⁶⁷ Butler, J., *Mecanismos psíquicos del poder*, p. 29.

⁷⁶⁸ *Ibid.*, pp. 29 y 30.

sustancialmente de una descripción de la internalización psíquica de las normas”⁷⁶⁹.

En cuanto a la crítica que vierte sobre la teoría del francés en relación a la imposibilidad de oposición dentro de ésta, en sus propias palabras, el dilema queda formulado de la siguiente manera:

“Aunque mi estudio es deudor de la formulación del problema del *assujétissement* que lleva a cabo Foucault en sus ensayos *The Subject of Power* y *Two Lectures*, publicados en *Power/Knowledge*, y de sus muchos análisis del sujeto de deseo y el sujeto de derecho en *Historia de la sexualidad, Volúmenes 1 y 2*, y *Vigilar y Castigar*, la noción de sujeto que me ocupa refleja un dilema cultural y político más amplio: cómo adoptar una actitud de oposición ante el poder aun reconociendo que toda oposición está comprometida con el mismo poder al que se opone”⁷⁷⁰.

En opinión de Salih, “el criticismo psicoanalítico butleriano sobre Foucault insiste en que es imposible describir la sujeción y la subjetivación sin la teoría psicoanalítica, ya que sin la psique no hay posibilidad de resistencia”⁷⁷¹.

En virtud de todo esto, creemos que la resolución de este conflicto olvidado por Foucault es el motor de los estudios butlerianos: ¿cómo es posible oponerse al poder, un poder que somos nosotros mismos, sin perdernos en la lucha? Para arribar a las conclusiones de la norteamericana, expondremos en lo que sigue su respuesta a las dos carencias manifestadas por la teoría foucaultiana. Es decir, en primer lugar y de la mano del psicoanálisis, trataremos de exponer la visión butleriana de la formación de la psique a partir de la “vinculación obstinada” al poder regulada por la melancolía; y por último, mostraremos la respuesta que Judith Butler, con sus luces y sombras, propone para solventar el problema de la agencia en la teoría foucaultiana a partir de una visión de la misma basada en la sujeción.

⁷⁶⁹ *Ibid.*, p. 30.

⁷⁷⁰ *Ibid.*, p. 27.

⁷⁷¹ “Butler’s psychoanalytic criticism of Foucault insists that it is impossible to describe subjection and subjection without drawing from psychoanalytic theory, since without the psyche there is no possibility of resistance.” Salih, S., *op. cit.*, p. 126. En los mismos términos, Elvira Burgos afirma en referencia a la teoría de Foucault que “este modo de pensar el alma dificulta explicar la resistencia psíquica a la normalización”, en Burgos, E., *Qué cuenta como una vida*, p. 319.

g) Teoría butleriana de la psique: sujeto melancólico, sujeto sujetado.

Judith Butler, creemos, no verbaliza de manera clara el camino que transita durante la formación de su teoría de la psique. En primer lugar, nuestra autora parece responder a un impulso vital de autoconocimiento y de justificación de la acción política feminista desde presupuestos postestructuralistas. Con este objetivo, Butler escribe *El género en disputa*, desarrollando en esta gran obra su teoría de la performatividad de género. Butler, tal vez la primera sorprendida por la repercusión mundial de su libro, debe responder a mil y una objeciones que desde multitud de ámbitos tan diversos como la filosofía, la política, el derecho, o la psicología, le llueven sin cesar. Decidida, y lejos de amedrentarse, da un paso adelante con la redacción de *Cuerpos que importan* donde trata de solventar problemas anteriores de su propuesta, a la par que brinda al panorama filosófico un nuevo titán político para el siglo XIX, la “queer theory”. Muestra aquí una visión rompedora del cuerpo como elemento plástico y moldeado por un mundo de posibilidades, y sobre todo restricciones mediadas por lo imaginario, lo simbólico, lo melancólico; pero... ¿dónde reside todo este mundo ideal? Creemos que Butler se ha saltado un paso lógico en el proceso que describe; si el poder modela el cuerpo a través de y con la psique, está cometiendo el error de presuponer que ya existe esta psique y que la misma participa del sometimiento corporal sin haber dado cuenta de ella, de su formación y funcionamiento, anteriormente. Es decir, entre el poder y el cuerpo se encuentra inexorablemente lo psicológico y Butler debe dar cuenta de cómo nace y actúa en connivencia con el poder todo este nuevo mundo mental. Y lo que es más importante, la teoría queer desarrollada en *Cuerpos que importan* abre espacio para la oposición, para la rebelión política dentro de unos nuevos parámetros, pero, ¿no es necesario antes o al menos simultáneamente demostrar la posibilidad de una insurrección mental, psicológica? Todo esto lleva a Butler a dar un pequeño paso atrás en su teoría: es necesario desarrollar una teoría de la psique que pueda encajar en la ya expuesta teoría del poder. Es el momento de volver a beber de las fuentes de la tradición. De hecho, Butler ya había navegado por la teoría freudiana en relación a la psique, y por la foucaultiana y su descripción de la función formativa del poder. Pero faltaba aún establecer el vínculo entre ambas. Como nos apunta Lloyd, si bien en *El género en disputa*, y en otros sitios, Butler había expuesto la dependencia del sujeto a

las operaciones regulativas del poder, “su interés en *Mecanismos psíquicos* es demostrar cómo el sujeto internaliza estas normas”⁷⁷².

La obra de la estadounidense puede resultarnos en ocasiones reiterativa pero no debemos dejarnos engañar, a cada lectura, Butler recoge un fruto nuevo y es por eso que cada uno de sus libros han sido leídos con gran expectación por la filosofía contemporánea. ¿Cuál es el mensaje que nos trae *Mecanismos psíquicos del poder*? Si bien hemos destacado en los epígrafes anteriores las críticas realizadas por Butler a las teorías de la psique que precedieron a la suya, en el apartado actual trataremos de exponer la propia teoría butleriana en lo que tiene de original, y en lo que tiene de deudora de las ya citadas.

Ya en *Cuerpos que importan*, desarrolla un estudio de Freud y Lacan para vincular claramente lo físico a lo psicológico, y de Althusser para mostrar la complicidad entre el poder y la psique en la ubicación social de los cuerpos. Según ella, es en “Introducción al narcisismo” de 1914, donde Freud muestra por primera vez “la indisolubilidad teórica de las heridas físicas e imaginarias”⁷⁷³ en el contexto de la construcción y descubrimiento de las zonas erógenas. Freud defiende que el conocimiento corporal requiere de un castigo físico y éste viene regido por una idea. Es decir:

“Aunque el lenguaje de Freud incluye una temporalidad causal que hace que la parte del cuerpo preceda a su *idea*, lo que en verdad confirma aquí es la indisolubilidad de una parte corporal y la partición fantasmática que la lleva a la experiencia psíquica”⁷⁷⁴.

Posteriormente, y como la propia autora recoge, Lacan, en referencia a esta cuestión, escribirá en su ensayo “Los dos narcisismos” que “la pulsión libidinal se concentra en la función de lo imaginario”⁷⁷⁵. Para profundizar un poco más en la visión psicoanalítica del tema, diremos que Freud afirma que el sujeto debe amar para no caer enfermo y que este amor vendrá regulado por una serie de prohibiciones (en especial la de la homosexualidad) y el dolor de la culpa⁷⁷⁶. Butler celebra esta visión en *Cuerpos que importan*, pues fundamentar la morfología proyectada en las prohibiciones, sin duda

⁷⁷² Lloyd, M., *op. cit.*, p. 100.

⁷⁷³ Butler, J., *Cuerpos que importan*, p. 97.

⁷⁷⁴ *Ibid.*, p. 98.

⁷⁷⁵ *Ibid.*, p. 99.

⁷⁷⁶ Véase *Ibid.*, pp. 104-105.

abre una puerta a la creación de proyecciones imaginarias corporales alternativas, pero lo que aquí planteamos es, ¿dónde se instalan estas prohibiciones?, ¿desde dónde actúa el sentimiento de culpa?⁷⁷⁷

Para poder avanzar en la visión que finalmente da Butler en *Mecanismos psíquicos* a la problemática de la psique, expondremos en primer lugar lo descrito por nuestra pensadora en “Género melancólico/Identidad rechazada”, artículo de 1993 publicado por primera vez en 1995 e incluido en la obra anteriormente citada. Según nuestro criterio, es en este artículo donde Butler presenta de manera más clara la importancia del duelo no resuelto, es decir de la melancolía para la formación de la subjetividad en la sujeción. Siendo el vivir un proceso inestable, el yo se forma a partir de una serie de amores perdidos ante los que el sujeto responde bien mediante el duelo, bien mediante la melancolía⁷⁷⁸. El duelo⁷⁷⁹ podemos decir que es un proceso cerrado por

⁷⁷⁷ A pesar de su usualmente incisiva mirada, lo cierto es que Butler expone incesantemente en *Cuerpos que importan* numerosas críticas al psicoanálisis sin aparentemente reparar en la problemática que nos ocupa, es decir, la suposición psicoanalítica de una vida psíquica cuyo origen parece quedar bastante lejos de ser explicada. Buen ejemplo de lo que hablamos serían afirmaciones como “los cuerpos llegan a ser un todo, es decir, totalidades, mediante la imagen especular idealizadora...” (*Ibid.*, p. 115); “De ahí que Lacan afirme: <<la imagen del cuerpo le da al sujeto la primera forma que le permite localizar lo que pertenece al yo y lo que no le pertenece>>” (*Ibid.*, p. 119); “La imagen especular que ve el niño, confiere una integridad y una coherencia visuales a su propio cuerpo...” (*Idem*). Podríamos multiplicar los ejemplos. Incluso en referencia a su propia postura afirma: “...propongo un modo general de enfocar las restricciones como los límites de lo que puede construirse y de lo que no puede construirse.” (*Ibid.*, p. 147). Pero la cuestión sin resolver es, ¿dónde se alojan esos límites a nivel subjetivo?; “...la identificación es el sitio en el cual se dan la prohibición y la producción ambivalentes del deseo.” (*Ibid.* p. 153)... ¿y cuál será el sitio de la identificación?

⁷⁷⁸ La cuestión del duelo, resuelto o no, abre un interesante debate entre Adam Phillips y Butler que viene recogido en “Para mantenerlo en movimiento. Comentario sobre *Género melancólico/Identificación rechazada*, de Judith Butler”, escrito por el primero y “Réplica al comentario de Adam Phillips sobre *Género melancólico/Identificación rechazada*” de la segunda. Ambos artículos vienen recogidos en *Mecanismos psíquicos del poder*, pp. 166-174 y pp. 175-180 respectivamente.

Phillips comenta que desde Freud, el “yo” se entiende como una instancia de carácter “promiscuo”, por cuanto parece estar vinculada fuertemente a su deseo pero no a los objetos sobre los que estos se orientan. El duelo, no obstante ha sido la herramienta que ha venido a garantizar las relaciones intersubjetivas pues es él el que respalda una fuerte vinculación con los objetos amados, llorados y fundamentalmente no llorados. Por ello, Phillips afirma, siguiendo a Klein, que el concepto de duelo se ha erigido para el psicoanálisis en una especie de elemento “cuasi-religioso”.

Phillips afirma que Butler usa el duelo para darle cierta “gravedad” a su teoría de la performatividad y que además, “lo extraordinario de su ensayo (en referencia a “Género melancólico/Identificación rechazada”) es que consigue hacerlo sin que sus argumentos degeneren en las coercitivas beaterías que las discusiones sobre el duelo suelen provocar”. *Ibid.*, p. 169. No obstante, y mostrando un gran respeto hacia la propuesta de la norteamericana, Phillips manifiesta que su visión puede derivar en ciertos problemas importantes desde una perspectiva clínica. Butler afirma que toda identidad está formada de manera problemática y conflictiva según el duelo pone de manifiesto, pero Phillips se pregunta: ¿qué ocurre con el paciente que manifiesta estar poco afectado por el proceso de duelo? ¿debería el psicoanalista interpretar esto como un síntoma de evitación y “forzar” a su paciente a enfrentar el duelo constantemente? Phillips cree que el duelo debe caminar indisoluble de la interpretación que el paciente da de él para no convertirlo de esa manera en una instancia explicativamente unívoca. Creemos que lo que Phillips critica es que Butler de alguna manera ha patologizado la melancolía. Esto puede venir dado, tal y como comenta Lloyd, por el hecho de que Butler parece centrar su visión de la melancolía en la lectura de los primeros escritos freudianos. A partir de “El yo y el ello”, Freud parece cambiar de opinión

cuanto en él, el sujeto sufre y llora la pérdida al estar ésta socialmente reconocida. De una manera bastante simplificada, la melancolía podríamos decir que es un continuo “morir de amor”⁷⁸⁰. La melancolía se genera a partir de los amores perdidos y no llorados, es decir, a partir de la pérdida de la pérdida, la imposibilidad social de manifestar el dolor, purgarlo, expiarlo⁷⁸¹. Así, ese amor melancólico queda albergado en el yo con una fuerza libidinal de carácter formativo⁷⁸² mediante la clausura de este proceso⁷⁸³. Este complejo movimiento de formación del sujeto viene descrito por Salih

claramente, alejándose de la anterior perspectiva patológica de la melancolía e incorporando el duelo al proceso melancólico (Lloyd, M., *op. cit.*, p. 84) La incógnita es si Butler no se da cuenta de este cambio en la visión de Freud o si simplemente hace caso omiso a ella, ya que lo que está bastante claro en los textos butlerianos es que *El yo y el ello* es una de las fuentes reconocidas en la elaboración de su estructura teórica.

Además, Phillips advierte a Butler que su vinculación de la performatividad al duelo puede hacer caer a esta en una especie de, podríamos llamarlo, “determinismo inconsciente”. (Véase *Ibid.* Pág. 170 y ss.). Si bien Butler contesta a otra cuestión tratada por Phillips en su ensayo (la diferencia sexual como dato), la respuesta directa de Butler a estas críticas se nos antoja bastante pobre en las escasas cinco páginas del ensayo butleriano.

⁷⁷⁹ Lloyd desarrolla una muy clara y concisa explicación de lo que es el duelo y los beneficios que éste conlleva desde la perspectiva psicoanalítica: “El duelo tiene lugar cuando un objeto (así como un amante, un ideal o un país) se pierde. En ese caso, la libido (energía mental) que una vez fue investida en ese objeto gradualmente se separa de él y se vuelca en (se invierte en) otro objeto. El sujeto viene así a aceptar su pérdida y es capaz de formar un nuevo apego emocional –enamorarse de nuevo, por ejemplo. En este momento, *el sujeto se vuelve libre y desinhibido de nuevo* y la función del duelo se completa.” (“Mourning takes place when an object (such as a loved one, an ideal or a country) is lost. In such case, the libido (mental energy) that was once invested in that object gradually detaches from it and is cathected onto (invested) in another object. The subject thus comes to terms with its loss and is able to form a new emotional attachment -to fall in love again, for instance. At this point, *the ego becomes free and uninhibited again* and the work of mourning is completed”). Lloyd, M., pp. 83-84.

⁷⁸⁰ No he podido reprimir incluir esta pequeña alusión a la conocida canción de Camilo Sexto, que no viene más que a plasmar la versión popular de un sentimiento, el de la melancolía, por todos experimentado, y que el psicoanálisis convirtió en concepto teórico. Por estirar el “hilo musical”, muy recomendable es también el disco que en 1995 grabara el grupo norteamericano Smashing Pumpkins, de hermosa portada y alegórico título, “Mellon Collie and the Infinitive Sadness” (Algo así como “Melón Colía y la Tristeza Infinita”). Rastrear el concepto de “melancolía” en el tango argentino merecería una tesis aparte.

⁷⁸¹ “La melancolía es una negativa al duelo y, a la vez, una incorporación de la pérdida, un remedo de la muerte que no puede llorar”. Butler, J., *Mecanismos psíquicos de poder*, p. 157. Asimismo, afirma que “lo que se exterioriza o interpreta sólo puede entenderse en relación con lo que está excluido de la interpretación, con lo que no se puede o no se quiere interpretar”. *Ibid.*, p. 159. Como podemos ver, a diferencia del duelo, “algo sensiblemente diferente ocurre con la melancolía. El individuo en este caso no es capaz de superar esa pérdida en la forma usual. En vez de ello, incorpora el objeto perdido en su yo. Se identifica con él, adquiriendo algunas de sus características.” (“Something slightly different happens with melancholia. The individual in this case is not able to get over its loss in the usual way. Instead it incorporates the lost objects into its ego. It identifies with it, taking on certain of its characteristics.”) Lloyd, M., *op. cit.*, p. 84. En palabras de Burgos, “la identificación melancólica, como sabemos, es la forma de acoger al objeto en la psique de un modo que acaba formando parte del yo.”, en Burgos, E., *Qué cuenta como una vida*, p. 322.

⁷⁸² “Pero recordemos que en *El yo y el ello*, el mismo Freud reconoció que la melancolía, el proceso inconcluso de duelo, es fundamental para la formación de las identificaciones que integran el yo”. Butler, J., *Mecanismos psíquicos de poder*, *op. cit.*, pp. 147-148. Un poco más adelante, podemos leer que: “Lo que Freud denomina aquí *carácter del yo* parece ser la sedimentación de los objetos amados y luego perdidos, el residuo arqueológico, por así decirlo, del duelo no resuelto.” *Ibid.*, p. 149.

⁷⁸³ Kristen Campbell afirma en “Plague of the Subject: Judith Butler’s Psychic Life of Power”, *International Journal of Sexuality and Gender*, nº 6, *op. cit.*, p. 43 que Butler insiste en atribuir la idea de

como “un proceso de cancelación, superación y preservación (es decir, *Aufhebung*, o sublimación)”⁷⁸⁴. De una forma mucho más poética, Diana Fuss expone que mediante la melancolía el sujeto viene a la vida vampirísticamente.⁷⁸⁵

El género, a través del complejo de Edipo y la vedada prohibición sobre la homosexualidad⁷⁸⁶, se forma de esta manera melancólicamente. El niño adopta el género del padre que no puede amar. La niña forma su género de igual manera por identificación con la madre. Así, Butler expone que el género se vehicula mediante la melancolía y mediante el terror representado por al menos dos figuras socialmente erigidas: el “marica feminizado” y la “lesbiana falicizada”, “las versiones invertidas de la masculinidad y la feminidad heterosexuales”⁷⁸⁷. En este sentido, Butler afirma cosas como las que siguen:

“Como resultado, el miedo al deseo homosexual puede provocar a una mujer pánico a estar perdiendo su feminidad, a no ser una mujer, a no ser ya una mujer como se debe, a, aun no siendo propiamente un hombre, ser como si lo fuese y por tanto de algún modo monstruosa. Mientras que el terror al deseo homosexual puede inspirarle a un hombre terror a ser visto como femenino, a ser feminizado, a no ser ya un hombre como se debe, a ser un hombre *fallido* o a ser en algún sentido una figura monstruosa o abyecta”⁷⁸⁸.

clausura a Freud cuando ésta pertenece realmente al aparato conceptual lacaniano. Si bien repasando la bibliografía freudiana, es de justicia admitir la sutil crítica elaborada por Campbell, no debe extrañarnos en demasía este desliz butleriano por cuanto en numerosas ocasiones es bastante notorio el hecho de que Butler utiliza el psicoanálisis de manera bastante interesada a partir de una lectura muy sesgada de sus innumerables textos. No obstante, es importante destacar que esto no resta ni un ápice la creatividad con la que la norteamericana exprime las obras de Freud y Lacan que consulta.

⁷⁸⁴ “... un proceso de cancelación, superación y preservación -es decir, “*Aufhebung*” o “sublimación”. (“... a process of cancellation, overcoming and preservation -i.e. *Aufhebung*, or sublimation”). Salih, S., *op. cit.*, p. 119.

⁷⁸⁵ Véase Fuss, D., *Identication Papers. Readings on Psychoanalysis, Sexuality and Culture*, London, Routledge, 1995, p.1.

⁷⁸⁶ “La heterosexualidad se produce no sólo poniendo en práctica la prohibición del incesto, sino imponiendo previamente la prohibición de la homosexualidad”. Butler, J., *Mecanismos psíquicos de poder*, *op. cit.*, p. 150. Igualmente afirma: “La heterosexualidad se cultiva a través de prohibiciones que en parte afectan a los vínculos homosexuales, obligando a su pérdida”. *Ibid.*, p. 151 y “Cuando ciertos tipos de pérdida son impuestas por las prohibiciones culturalmente dominantes, ello da lugar a una forma culturalmente dominante de melancolía, la cual señala la internalización de la carga homosexual no llorada y no llorable”. *Ibid.* p. 154.

⁷⁸⁷ Butler habla en varios sitios de estas dos figuras, valgan como ejemplo las páginas 156 y ss., de *Cuerpos que importan*.

⁷⁸⁸ Butler, J., *Mecanismos psíquicos del poder*, p. 151. Y más adelante: “Dentro de esta lógica, convertirse en *hombre* exige, como condición previa para la heterosexualización del deseo sexual y su esencia ambivalente, repudiar la feminidad.” *Ibid.*, p. 152.

En la línea de este fragmento, Burgos clarifica que, para Butler, “la feminidad y la masculinidad no son disposiciones inherentes sino que se producen como consecuencia o resultado de la heterosexualidad normativa”, para afirmar posteriormente que “este logro de la heterosexualidad se consigue a través de la práctica de la prohibición del incesto pero asimismo mediante la previa imposición de la prohibición de la homosexualidad”⁷⁸⁹.

Esta visión del género creado en medio de una gran madeja de prohibiciones permite a Butler dos cosas; por un lado, establecer el género como algo construido, no esencial; y por otro, alejar esta construcción del mero voluntarismo. Vemos pues, nuevamente, que Butler sabe situar su teoría en un inestable equilibrio que permite mantener siempre la cuestión en movimiento. Por lo tanto, el género, como ya quedó clarificado en *El género en disputa*, es performativo, pero en su construcción no actúa una psique voluntarista que impone sus deseos libres, sino una psique también producto, el efecto de una serie de sedimentaciones melancólicas. Debemos recordar que esta atractiva visión que socava la idea del sujeto autónomo⁷⁹⁰, no obstante, ha dado lugar a no pocas críticas por parte de muchas pensadoras feministas de primer nivel como Benhabib, Fraser o Bordo entre otras. El problema principal que las citadas anteriormente plantean es: ¿queda espacio para la acción política y el cambio?⁷⁹¹

La clave está en entender este proceso melancólico como contingente, marcado por unas leyes y prohibiciones sociales de carácter no necesarios, ¿por qué ha de oponerse la identificación al deseo?, ¿por qué tiene que fundamentarse la cultura y, por tanto las identidades culturales, sobre leyes de parentesco de carácter homófobo? Por esta razón Butler argumenta que “en términos fenomenológicos, existen muchas maneras de vivir el género y la sexualidad que no se reducen a esta ecuación, que no presuponen que el género se estabilice mediante la instalación de una heterosexualidad sólida”⁷⁹².

Por lo tanto, la psique es cómplice del poder, aunque esta forma de expresarlo puede llevar a ciertas confusiones de matiz por cuanto realmente psique y poder no son dos instancias separables. Desde este nuevo prisma, podríamos afirmar más

⁷⁸⁹ Ambas citas en Burgos, E., *Qué cuenta como una vida*, p. 323.

⁷⁹⁰ En palabras de Salih, “la noción de autonomía ontológica finalmente debe ser abandonada como una ficción.” (“The notion of ontological autonomy must therefore be given up as a fiction.”) en Salih, S., *op. cit.*, p. 134.

⁷⁹¹ Véase por ejemplo las objeciones que realizan Lloyd en *op. cit.*, pp. 101-102 y Disch en “Judith Butler and the Politics of the Performative”, *Political Theory*, August, 1999, 27, p. 554.

⁷⁹² Butler, J., *Mecanismos psíquicos del poder*, p. 152.

acertadamente que la psique es la manera por la cual el poder se perpetúa, y en ocasiones, inesperadamente, muta. El apego pues al poder que manifiesta la psique viene justificado porque ella misma es poder y, en la disolución de éste, el propio sujeto pierde pie y se disuelve. El temor al cambio parece estar así instalado en la misma esencia del sujeto como miedo a la pérdida de sí mismo. La ruptura de los límites sociales es la propia fractura de la identidad del sujeto y de su mundo ordenado.

Afirma Butler que, “si concebimos así la melancolía de genero, entonces quizás podamos entender el fenómeno concreto por el cual el deseo homosexual se convierte en fuente de sentimiento de culpa”⁷⁹³. Tanto Nietzsche como Freud, “explican la fabricación de la conciencia como efecto de una prohibición internalizada: la prohibición de la acción o la expresión vuelve a *la pulsión* sobre sí misma”⁷⁹⁴. La melancolía viene así marcada “por la experiencia de autocensura”⁷⁹⁵, siendo así ésta, en nuestra opinión, el vínculo, el nudo, donde poder y psique se retroalimentan incesantemente⁷⁹⁶. Por lo tanto, la melancolía, no sólo queda descrita como “una economía específicamente psíquica”, sino como un “circuito” que forma “parte del funcionamiento del poder regulador”⁷⁹⁷.

Psique y poder, la imagen matutina y vespertina de Venus, dos caras de la misma moneda. Siempre estuvieron ahí, ante nuestros ojos, tan cerca que nunca pudimos apreciar hasta qué punto mutaban la una en el otro y viceversa. La pista estaba clara en la propia significación del término “sujeto”. En nuestra opinión, *Mecanismos psíquicos del poder* es una obra que debe leerse en un orden distinto al presentado. Sin duda alguna, en ella, lo último es lo primero, es decir, el lector debería finalizar la lectura con la introducción. Al fin y al cabo, prácticamente el resto de la obra ya estaba escrita anteriormente a la publicación, siendo *Mecanismos psíquicos*, en gran parte, una recopilación de artículos butleranos que, de una u otra forma, ya estaban rondando la problemática de la psique. Butler hila estos pequeños estudios con una interesantísima introducción que podría considerarse más una conclusión tras la relectura de Hegel, Nietzsche, Freud, Lacan, Foucault y Althusser principalmente. En esta introducción,

⁷⁹³ *Ibid.*, p. 155.

⁷⁹⁴ *Ibid.*, p. 33.

⁷⁹⁵ *Idem.* Para Freud, según Butler, es además esta autoagresión lo que genera la vuelta del *yo* sobre sí mismo en forma de *super-yo* y la que se erige como la “estructura primaria de la conciencia”. Véase también *Ibid.*, p. 156.

⁷⁹⁶ Este nudo de carácter “masoquista” queda ya descrito por Freud en *El malestar en la cultura*. Tal y como dice Butler, en esta obra, el vienés “deja claro que, para que se produzca su particular satisfacción, la conciencia necesita el sacrificio o la renuncia continua de la pulsión; la conciencia nunca es acallada por la renuncia, sino paradójicamente fortalecida”. Véase *Ibid.*, p. 157.

⁷⁹⁷ *Ibid.*, p. 158.

perfila un nuevo eje para anclar la acción política, eje al que podríamos llamar “el sujeto sujetado”. Aun cuando esta forma de catalogarlo podría hacer cundir el desánimo entre los defensores y las defensoras de una subjetividad voluntarista, Butler pretende con esta descripción dar una perspectiva más realista del sujeto sin renunciar por ello a su capacidad de agencia. En sus propios términos, “una evaluación crítica de la formación del sujeto podría ayudarnos a entender mejor los callejones sin salida a los que a veces nos conducen los esfuerzos de emancipación, pero sin por ello invalidar lo político”⁷⁹⁸.

La palabra “sujeto”, tal y como Butler afirma, frente a conceptos como “individuo” o “persona”, se encuadra genealógicamente en el ámbito del lenguaje. “Sujeto” sería, en sus propias palabras, “una categoría lingüística, un comodín, una estructura en formación”⁷⁹⁹. De esta forma, podemos decir que los “individuos” llegan (o no) a ocupar la posición de sujeto. Pero la cuestión es, ¿a expensas de qué? La respuesta la da el significado de la misma palabra. Butler usa el término “subject”, nombre derivado de “subjection”, literalmente “sometimiento”. Tal y como nos confirma Lisa Disch, “el problema central de *Mecanismos psíquicos del poder* está contenido en las connotaciones duales del término *sujeción*, que significa tanto subjetivación como subyugación”⁸⁰⁰. De ese modo, y siguiendo la línea marcada por Foucault y Althusser con respecto al concepto francés “assujettissement”, “subject” podría traducirse a la lengua cervantina como “sometido” o más propiamente como “súbdito”.

Con este razonamiento de carácter filológico, Butler pretende cuestionar la idea de sujeto que la modernidad nos brinda de manera algo ingenua (o perversa). El sujeto no sólo no es una instancia caracterizada por la agencia en términos de voluntad, sino que más bien parece haberse revelado como una categoría que mantiene un fuerte sometimiento al elemento que la crea, perfila y forma, es decir, al poder. Así, Butler afirma que “ningún individuo deviene sujeto sin antes padecer sujeción o experimentar *subjetivación*”⁸⁰¹. Por lo tanto, hemos de adentrarnos en la difícil cuestión de la vinculación del sujeto a aquello que lo somete y que, desde esta nueva óptica, también lo crea y configura.

⁷⁹⁸ *Ibid.*, p. 41.

⁷⁹⁹ *Ibid.*, p. 21.

⁸⁰⁰ “El problema central de *Mecanismos psíquicos del poder* se contiene en las connotaciones duales del término sujeción, que significa a la vez subjetividad y subyugación.” (“The central problem of *The Psychic Life of Power* is contained in the dual connotations of the term *subjection*, which signifies subjectivity and subjugation at once.”) Disch, L. “Judith Butler and the Politics of the Performative”, p. 550.

⁸⁰¹ Butler, J., *Mecanismos psíquicos del poder*, p. 22.

Tratar de establecer la relación entre sujeto y poder nos remite al “ad hilo tempore” problema del huevo y la gallina, lo que Butler renombra como el dilema topológico o la paradoja referencial:

“Parece que en cuanto intentamos determinar cómo el poder produce a los sujetos (súbditos), cómo éstos acogen al poder que los inaugura, ingresamos en este dilema topológico. No podemos asumir la existencia de un sujeto que lleva a cabo la internalización mientras no tengamos una descripción de la formación del sujeto. La figura a la que nos estamos refiriendo aún no ha cobrado existencia ni forma parte de una explicación verificable, y sin embargo sigue teniendo cierto sentido la referencia a ella. La paradoja del sometimiento conlleva una paradoja referencial: nos vemos obligados a referirnos a algo que aún no existe. Intentamos dar cuenta de cómo nace el sujeto mediante una figura que provoca la suspensión de nuestras certezas ontológicas.”⁸⁰²

Lo que Butler nos viene a decir es que pisamos un terreno totalmente inestable. No hay ninguna instancia previa explicativa, poder y psique son las arenas movedizas sobre las que se erige el sujeto y a su vez el sujeto es el elemento imprescindible a través del cual la psique y el poder se perpetúan y, en ocasiones, mutan.

La biopolítica foucaultiana ha dibujado una nueva imagen del poder donde éste no sólo presiona al sujeto y lo limita sino que también lo forma continuamente estableciendo el sujeto como un lugar de absoluta ambivalencia. La antes considerada “autonomía” viene ahora marcada por la subordinación y la connivencia psíquica del sujeto con el poder. Por ello:

“La definición foucaultiana de la sujeción como la simultánea subordinación y formación del sujeto cobra un valor psicoanalítico concreto cuando consideramos que ningún sujeto emerge sin un vínculo apasionado con aquéllos de quienes depende de manera esencial (aun si dicha pasión es *negativa* en sentido psicoanalítico)”⁸⁰³.

Siendo la subjetividad, como ya hemos expuesto, una “posición”, ésta se adquiere sólo mediante el reconocimiento y por tanto mediante la subordinación. Esta subordinación se establece gracias a lo que Butler llama “deseo de ser”, “deseo de

⁸⁰² *Ibid.*, p. 14.

⁸⁰³ *Ibid.*, pp. 17-18.

supervivencia”⁸⁰⁴. Es ese deseo el que provoca que, dentro de los vínculos de parentesco y de los sociales un poco más tarde, el sujeto participe melancólicamente de las normas bajo las que se regula su entorno.

Aquí debemos hacer una pequeña parada para la reflexión. ¿Qué significa exactamente ese “deseo de ser”? ¿Estamos hablando de un deseo “previo”, “universal”, “natural”, que sirve de fundamento para la formación social del resto de los deseos? Butler afirma que “el niño no sabe a qué se vincula: sin embargo, tanto el bebé como el niño deben vincularse a algo para poder existir en sí mismos y como sí mismos”. Aunque hasta aquí podamos estar de acuerdo, el dilema psíquico es ¿por qué deseamos “existir”, “vincularnos”, “participar”, “ser”, en vez de “aislarnos” o llevar una vida al margen de lo social? Butler remite al “deseo de ser” de una forma que se nos antoja algo metafísica. De hecho, tal vez el problema es que no hacerlo nos hace caer en la paradoja topológica. Además, si no hay “deseo de ser”, ese pequeño “reducto metafísico” previo, ¿cómo puede vincularse el sujeto al poder? De hecho, las preguntas serían más concretamente ¿sobre qué actúa exactamente el poder?, ¿puede éste pervivir sin el sujeto, sin la complicidad de éste? Y si el “deseo de ser” fuera sólo un producto del poder, ¿no queda entonces el sujeto reducido a mero títere siendo la sujeción total?

Otros autores como Lloyd o Chambers se hacen eco también de esta aparente fisura en el andamiaje butleriano. Samuel Chambers es especialmente crítico al afirmar que Butler recupera el spinoziano “deseo de existir” o “conatus” ya que, dado que no somete jamás a esta instancia a un estudio genealógico (¿de dónde proviene este deseo?), debemos entender necesariamente que el mismo se erige como una instancia prediscursiva, invariable y universal⁸⁰⁵. Como afirma Lloyd, “al ubicar el deseo de existencia como la substancia que el poder explota, Butler mina su propio argumento de que la vida psíquica es siempre ya social”⁸⁰⁶. Por si fuera poco, esto querría decir que “el deseo de existir” no sólo es inmune al criticismo sino también al cambio político. En este sentido, creemos que esta carencia crítica en la teoría butleriana se debe a la herencia hegeliana de la misma. Como afirma Salih, “desde el momento que el deseo es constitutivo, los sujetos post-hegelianos desearan la prohibición antes que no desear nada en absoluto”⁸⁰⁷ ¿Comete Butler el error atribuido a autores como Kristeva, Lacan,

⁸⁰⁴ “El sometimiento explota el deseo por la existencia, que siempre es conferida desde fuera; impone una vulnerabilidad primaria ante el Otro como condición para alcanzar el ser”. *Ibid.*, p. 32.

⁸⁰⁵ Véase Chambers, S., *Ultimely Politics*, New York, New York University Press, 2003, p. 147.

⁸⁰⁶ Lloyd, M., *op. cit.*, p. 102.

⁸⁰⁷ Salih, S., *op. cit.*, p. 123.

Foucault o Žižek, en palabras de Lloyd, “confiar en un elemento que existe fuera de la cultura y la historia para asentar sus teorías”⁸⁰⁸.

Por si la complejidad del problema no fuera suficiente, creemos que Butler genera confusión con respecto a la naturaleza del sujeto, pues si bien pretende alejarse una y otra vez de la visión del sujeto como instancia “antes de”, en numerosas ocasiones emite afirmaciones que parecen totalmente contradictorias con este propósito. Por poner un ejemplo, en un intento de establecer una serie de aclaraciones a lo defendido en *Cuerpos que importan*, afirma que en aquella obra “no pretendía sugerir que el poder actúe sin el sujeto. Por el contrario, para que pueda actuar es preciso que haya un sujeto, pero esta necesidad no convierte al sujeto en origen del poder”⁸⁰⁹, mientras que en otras ocasiones, escribe cosas como que “sin la intervención del poder no es posible que emerja el sujeto”⁸¹⁰ o que “lo que el sujeto pone en práctica (*enacts*) es habilitado por el funcionamiento anterior al poder”⁸¹¹. Aunque no es el origen del poder, a veces afirma que el sujeto tiene una existencia anterior a éste, mientras que en otras ocasiones parece hablar del sujeto como una instancia derivada del propio poder.

Finalmente, con respecto a éste, el llamado por Butler “dilema topológico”, quedamos en primera instancia algo perplejos al comprobar que lo declara absolutamente irresoluble, pues el relato genealógico parece topar con una especie de situación racionalmente inexplicable. En sus propias palabras:

“El relato de la sujeción es inevitablemente circular, puesto que presupone al mismo sujeto del que pretende dar cuenta. Por un lado, el sujeto sólo puede referirse a su propia génesis adoptando una perspectiva de tercera persona con respecto a sí mismo, es decir, desposeyéndose de su propia perspectiva al narrar su génesis. Por otro lado, la narración de la constitución del sujeto presupone que dicha constitución ya ha tenido lugar, y por tanto se produce *a posteriori*. El sujeto se pierde a sí mismo para relatar la historia de sí mismo, pero al relatarla está intentando dar cuenta de lo que la función narrativa ya ha dejado claro. ¿Qué significa entonces que el sujeto, que para algunos es

⁸⁰⁸ Lloyd, M., *op. cit.*, p. 102.

⁸⁰⁹ Butler, J., *Mecanismos psíquicos del poder*, p. 24. Nota a pie de página número 6.

⁸¹⁰ *Ibid.*, p. 26.

⁸¹¹ *Idem.*

presuposición de potencia, deba verse también como *efecto* del sometimiento?”⁸¹²

“Dilema tropológico” y problema de la agencia nuevamente, dos escollos difíciles de salvar. Burgos nos explica la bipolaridad del sujeto y la naturaleza irresoluble del problema:

“Emerge como efecto del poder, de un poder anterior, y al mismo tiempo el sujeto es condición de posibilidad para una acción de poder. El poder es externo al sujeto y el poder es constitutivo del sujeto; el poder forma al sujeto y el sujeto ejerce poder. No hay resolución para esta ambigüedad.”⁸¹³

Tal y como la propia etimología del término ha revelado, el sujeto muestra un apasionado apego hacia su propia subordinación y, además, este sometimiento es intrínseco al relato de su génesis, pues el sujeto, desde la perspectiva ya señalada por el psicoanálisis y por el propio Foucault, parece reiterar el sometimiento en cada acción que interpretamos como voluntaria. Esto ha sido un argumento esgrimido tanto por quienes han tratado de negar la capacidad de acción, como por aquellos y aquellas que maliciosamente han tratado de culpar exclusivamente a las personas sometidas de su situación. Por un lado, si nos formamos en la sujeción, ¿qué capacidad nos queda aún para actuar u oponernos a aquello que nos forma? Por el otro, si el sujeto persigue y se sustenta en su propia subordinación, ¿no es él mismo culpable, responsable de su estatus? En definitiva el problema es ¿cuál es el margen de acción política de este nuevo sujeto postestructuralista?⁸¹⁴ El problema queda planteado tal y como sigue:

“La doble naturaleza de la sujeción parece conducir a un círculo vicioso: la potencia del sujeto parece ser efecto de su subordinación. Cualquier intento de oponerse a la subordinación forzosamente la presupone y la vuelve a invocar”⁸¹⁵.

⁸¹² *Ibid.*, p. 22. Igualmente, la otra cara de la narración, la que intenta dar cuenta de la génesis del poder nos traslada a un nuevo círculo vicioso como podemos ver en *ibid.*, p. 24, donde Butler afirma que: “En tanto que condición, el poder precede al sujeto. Sin embargo, pierde su apariencia de prioridad al ser ejercido por el sujeto, y ello da lugar a la visión opuesta de que el poder es efecto del sujeto, que es algo que los sujetos efectúan”.

⁸¹³ Burgos, E., *Qué cuenta como una vida*, p. 321.

⁸¹⁴ Seguimos sólo en parte el razonamiento de Butler en *Mecanismos psíquicos del poder*, p. 17.

⁸¹⁵ *Ibid.*, pp. 22-23.

El valor de su propuesta está en que esta dificultad no impide que nuestra pensadora elabore una sofisticada teoría de la agencia. Tal y como la propia Butler afirma, “muchas conversaciones sobre el tema se han quedado atascadas en la duda de si el sujeto es la condición o el punto muerto de la potencia”⁸¹⁶. Sin embargo, resuelve que, más que impedirla, la doble naturaleza del poder⁸¹⁷ y su intrínseca vinculación a la subjetividad, convierte a esta última en una peligrosa caja de Pandora, una potencial arma de doble filo. La brecha para que su teoría sea productiva la podemos encontrar en la diferencia entre los conceptos “presuponer” y “restituir”. No es el mismo poder el que se “presupone” y el que se “restituye”. Esta distancia es la que muestra una fisura en la continuidad del poder a través de los sujetos y la que abre la posibilidad de agencia. En palabras de Burgos, la internalización de la norma “no sucede de una forma mecánica sino que la variedad de caminos, significados e intensidades en que acontece la internalización indica que existe una vida psíquica del poder que no es exacta copia de la vida social del poder”⁸¹⁸. Según Butler:

“Consideremos que, en el mismo acto por el cual reproduce las condiciones de su subordinación, el sujeto ejemplifica la vulnerabilidad temporal inherente a ellas, concretamente, a las exigencias de su renovación. (...) Cuando el poder modifica su estatus, pasando de ser condición de la potencia a convertirse en la *propia* potencia del sujeto (constituyendo una apariencia del poder en la que el sujeto aparece como condición de su *propio* poder), se produce una inversión significativa y potencialmente habilitante”⁸¹⁹.

Aclara nuestra pensadora que en el proceso de actuar, el sujeto no se limita a coger el poder y transferirlo intacto convirtiéndolo instantáneamente en propio: “la apropiación puede conllevar una modificación tal que el poder asumido o apropiado acabe actuando en contra del poder que hizo esa asunción”⁸²⁰. De esta forma, Butler destaca que la “potencia” desborda al “poder” que la habilita. En palabras de Salih,

⁸¹⁶ *Ibid.*, p. 25.

⁸¹⁷ “El poder actúa sobre el sujeto por lo menos de dos formas: en primer lugar, como aquello que lo hace posible, la condición de posibilidad y la ocasión de su formación, y, en segundo lugar, como aquello que es adoptado y reiterado en la *propia* actuación del sujeto.” *Ibid.*, p. 24-25.

⁸¹⁸ Burgos, E., *Qué cuenta como una vida*, p. 318.

⁸¹⁹ *Ibid.*, p. 23.

⁸²⁰ *Idem.*

existe un “exceso psíquico”⁸²¹. Matizando esta difícil cuestión, en una extraña afirmación, la norteamericana nos dice que “los propósitos del poder no siempre coinciden con los propósitos de la potencia”⁸²². Decimos que este enunciado nos resulta “extraño” por las preguntas que parece plantear, pero no tanto responder: ¿el poder tiene “propósitos”? Si así fuera ¿quién está detrás de ellos?, ¿uno o varios sujetos?, ¿hay pues sujetos “antes” y sujetos “después” del poder?, ¿qué quiere decir Butler con “los propósitos de la potencia”?, ¿quién marca estos propósitos?, ¿el propio sujeto?, ¿cómo?, ¿supone esto un voluntarismo?

Bien. La puerta parece quedar abierta para la agencia, pero la teoría butleriana en torno al sujeto y a su capacidad para la acción política nos plantea aún muchas dudas. Butler parece haber mostrado que la acción es posible, que el poder no tiene por qué perpetuarse hasta el infinito sin ningún tipo de alteración. No obstante, no parece quedar muy claro el papel que juega el sujeto en esas mutaciones del poder. Sin duda alguna el estatus del poder no es alterado por la voluntad del sujeto. Ya hemos visto sobradamente que esto no sería más que una ilusión. Por otro lado, tras el análisis de los mecanismos psíquicos del poder, el inconsciente del sujeto parece estar melancólicamente vinculado a aquello que la matriz de poder le marca⁸²³. Así pues, el poder parece cambiar simplemente porque en su repetición el error, la alteración, son factores irremediables en función de la estructura temporal del mismo poder y del sujeto que lo ejerce y a través del cual ambos se perpetúan y mutan. Entonces ¿dónde queda la voluntad? Y por lo tanto ¿qué sentido tiene hablar en este marco de la acción política? Aún cuando la propuesta butleriana pretende ser un marco para el utopismo (moderado) y la capacidad para cambiar el mundo, debemos admitir que estas conclusiones mantienen en suspenso nuestras esperanzas. Butler trató de establecer el cuerpo y la psique como lugares de exceso para justificar la acción, el cambio y la resistencia

⁸²¹ Salih, S., *op. cit.*, pp. 125-126.

⁸²² Butler, J., *Mecanismos psíquicos del poder*, p. 26.

⁸²³ La cuestión del tratamiento butleriano es tan vaga que, valga la paradoja, podría dar para toda una tesis doctoral. Campbell (Véase Campbell, K., “Plague of the Subject: Judith Butler’s Psychic Life of Power”, pp. 44-45) cree que Butler directamente elabora una teoría de la identidad y no una teoría de la subjetividad, tal y como la norteamericana pretende. La razón dada por Campbell es el hecho de que Butler omite el análisis del inconsciente, siendo este una instancia indispensable del sujeto desde el punto de vista psicoanalítico. Salih parecería confirmar esta opinión al afirmar que aunque Butler no define en ningún sitio “psíquico” o “psique”, lo psíquico está focalizado en la emergencia de la *conciencia* (Salih, S., *op. cit.*, p. 120. Lloyd (véase Lloyd, M., *op. cit.*, p. 105) sin embargo considera que el inconsciente sí que tiene cabida en la teoría butleriana: precisamente como aquello inabarcable que puede dar lugar a lo no previsto en las acciones del poder. Phillips (en Butler, J., *Mecanismos psíquicos del poder*, p. 170 y ss.), por su parte, como ya comentamos en una nota a pie de página anteriormente, cree que la vinculación butleriana del inconsciente a la melancolía hace caer a este en un total determinismo, inutilizándolo como motor para el cambio político.

contrarrestando la teoría foucaultiana, donde la resistencia sólo puede ser un efecto de la ley pero ¿lo ha conseguido realmente?

La misma Butler parece bastante consciente de las implicaciones, de las ventajas e inconvenientes de su teoría, al afirmar que:

“Aunque este tipo de formulación no se preste muy bien a una visión optimista del sujeto o de las políticas centradas en el sujeto, puede servir como provocación y advertencia contra dos formas frecuentes de deseo teórico: la que considera como momento político supremo aquél en que se asume y se declara una *posición de sujeto*; y aquella que, al considerar despectivamente al sujeto como mero tropo filosófico, subestima los requisitos lingüísticos de cualquier ingreso en la sociedad”⁸²⁴.

Por lo tanto, siguiendo las indicaciones de nuestra pensadora, a continuación la acompañaremos por la senda del lenguaje en su intento de establecer bases sólidas para la fundamentación de la agencia. Un problema complejo, el del sujeto sujetado y su capacidad de acción, pero un problema al fin y al cabo fundamental para la política del siglo que se nos abre ante los ojos. Consciente de ello, Butler vuelve una y otra vez a él, rodeando la cuestión, tratando de asirla, incorporando nuevos elementos a la ya de por sí complicada ecuación que esconde el misterio del sujeto y la agencia. Poder, cuerpo, psique. Y ahora lenguaje. Además, ésta no es la única razón que pudo llevar a Butler a escribir su siguiente obra, *Lenguaje, poder e identidad*, pues, como nos muestra Lloyd, si bien *Mecanismos psíquicos* trata razonablemente en profundidad las cuestiones de la subjetivación y de la melancolía, tal vez resulta algo superficial en cuanto a la importante cuestión de cómo puede el sujeto hacerse cargo de su agencia y subvertir el poder que lo constituye⁸²⁵. Aun así, no esperemos el resurgir del sujeto voluntarista para ejercer la agencia política, pues, para Butler, “quizá la conexión sólo sea posible si nos arriesgamos a la incoherencia de la identidad”⁸²⁶.

⁸²⁴ *Ibid.*, pp. 40-41.

⁸²⁵ Véase Lloyd, M., *op. cit.*, p. 106. Probablemente esto justifique la opinión de Lisa Disch en “Judith Butler and the Politics of the Performative”, p. 554, en relación a la conveniencia de leer ambas obras simultáneamente como si fuera una sola, opinión apoyada por el hecho de la cercanía cronológica de ambos libros.

⁸²⁶ Butler, J., *Mecanismos psíquicos del poder.*, p. 164.

4.5. Sujeto “excitado”. El papel del lenguaje en la sujeción y la agencia

a) Los actos de habla de J. L. Austin, herencia y crítica.

Posteriormente a la publicación de *Cuerpos que importan* y en paralelo al trabajo realizado en *Mecanismos psíquicos del poder*, Butler decide prestar atención a una variable que, aunque siempre ha estado presente en su teoría, nunca había sido tratada con la profundidad requerida: el lenguaje. Poder, cuerpo, psique. El lenguaje es la variable que falta en la ecuación butleriana, la “equis” que podría dar sentido al sistema y que abriría la posibilidad de agencia. Para ello, Butler va adentrándose silenciosamente en esta problemática a través de diversos artículos que van apareciendo a partir de 1995 en publicaciones de muy distinto signo⁸²⁷ y que finalmente decide recopilar y completar en su obra de 1997 *Lenguaje, poder e identidad*.

El lenguaje se presenta en primera instancia como un “corpus” ajeno al sujeto, como una entidad con una vida anterior y externa al mismo. No obstante, dicha entidad sólo vive y pervive en la cadena de comunicación que constituyen los sujetos. Estos, en su sujeción corporal y psíquica, reintroducen una y otra vez las palabras en el círculo de la vida. Cómplices del poder, participan necesariamente de la perpetuación de las palabras en la vida social. Pero lo que realmente interesa a Butler es: ¿podemos ser responsables también del cambio lingüístico y por tanto, del cambio social? La respuesta vendrá del estudio que nuestra pensadora realiza del acto de habla como “acto corporal”. Pero en primer lugar, ¿qué es un “acto de habla”? ¿cuántos tipos de “actos de habla podemos diferenciar”?

⁸²⁷ Butler incluye en su obra los artículos “Burning Acts: Injurious Speech” (“Actos ardientes, lenguaje ofensivo”) anteriormente publicado en Parker, A. and Sedgwick, E. K. (eds.), *Performativity and Performance*, New York, Routledge, 1995, pp. 197-227, así como en Haverkamp, A. (ed.) *Deconstruction is/in America: A New Sense of the Political*, New York, New York University Press, 1995, pp. 149-180. El capítulo “Censura implícita y agencia discursiva” es el desarrollo de “Status, Conduct, Word, and Deed: A Response to Janet Halley” publicado en *GLQ: A Journal of Lesbian and Gay Studies*, November, 1996, pp. 253-259, como fruto de la polémica entre Butler y Janet E. Halley en 1996 que nace en las “*Setter of the Law*” lectures series de la Universidad de Stanford. Del mismo modo el capítulo titulado “Sovereign Performatives in the Contemporary Scene of Utterance” se publicó meses antes en *Critical Inquiry*, 1997, n° 23, (2), pp. 350-377.

Según la ya clásica teoría de Austin, el lenguaje es un arma de doble filo, una herramienta que nos afecta y un instrumento con el que hacer cosas. Butler decide centrar su estudio en los actos de habla injuriosos, en las alocuciones insultantes, por mostrar éstas de forma clara la vulnerabilidad de los sujetos en el lenguaje. Pero, tal y como la autora se pregunta, “cuando afirmamos haber sido heridos por el lenguaje, ¿qué clase de afirmación estamos haciendo?”⁸²⁸, o lo que es lo mismo, ¿en qué sentido podemos afirmar que las palabras “hieren”?

Para poder abordar esta cuestión, Butler trae a colación la distinción realizada por Austin en su obra *Cómo hacer cosas con palabras*⁸²⁹ entre expresiones constatativas y expresiones realizativas. Las primeras tienen por objeto describir algún referente siendo por lo tanto susceptibles de ser consideradas verdaderas o falsas. Las segundas son las que Butler entiende como lenguaje performativo y tienen como peculiaridad que realizan (o tratan de realizar) lo que dicen. Por tanto, las expresiones realizativas o performativas no son verdaderas o falsas sino, por decirlo de alguna forma, “efectivas” o “fracasadas”. Según Burgos, “han de ser medidas según el grado de su fuerza o eficacia”⁸³⁰. Posteriormente, Austin distingue dentro de las expresiones realizativas entre “actos ilocucionarios” y “actos perlocucionarios”. En palabras de la norteamericana, “los primeros son los actos de habla que, cuando dicen algo hacen lo que dicen, mientras que los segundos son actos de habla que producen ciertos efectos como consecuencia, al decir algo se derivan ciertos efectos”⁸³¹. En los primeros no hay distancia temporal entre el decir y el hacer mientras que en los segundos sí.

Lo que Butler tratará de demostrar es que, en primer lugar, todo acto de habla, y más aún el acto de habla ofensivo, la alocución insultante, pertenece a los actos de habla perlocucionarios; y que, en segundo lugar, la distancia estructural entre el decir y el hacer en estos actos deja abierta la puerta para el ejercicio de la agencia del sujeto.

Para alcanzar ambas metas, Butler debe criticar la teoría de Austin y para ello, acude a las objeciones que Derrida realiza al británico en su obra “Firma, acontecimiento, contexto”⁸³². Derrida reconoce, con ese elogio tan filosófico que realmente prepara un gran ataque, la valía de la teoría de Austin, pero considera que, en ella, se quedó a las puertas de alcanzar una serie de consideraciones fundamentales con

⁸²⁸ Butler, J., *Lenguaje, poder e identidad*, Madrid, Síntesis, 2004, p. 16.

⁸²⁹ Austin, J. L., *Cómo hacer cosas con palabras*, Barcelona, Paidós, 1998.

⁸³⁰ Burgos, E., *Qué cuenta como una vida*, p. 279.

⁸³¹ Butler, J., *Lenguaje, poder e identidad*, p. 18.

⁸³² Incluido en Derrida, J., *Márgenes de la filosofía*, Madrid, Cátedra, 1989, pp. 347-372.

respecto al lenguaje. ¿Cuáles son los errores que Austin comete desde la incisiva mirada derrideana? Austin afirma que la efectividad del performativo se encuentra en la intencionalidad del hablante y en la autoridad que le inviste. Para calibrar la fuerza y el éxito del performativo, según Austin, es necesario conocer la “situación de habla total” en la que se inscribe el enunciado performativo. Es decir, debemos poder desandar la cadena lingüística y social que tiene como último eslabón al actual hablante que hace valer su autoridad con la palabra: “Yo os declaro marido y mujer”, “le condeno a dos años de cárcel”. Se trataría según Butler “de saber si la persona que las invoca (las convenciones) está autorizada, y si las circunstancias de la invocación son correctas”⁸³³. Es decir, ¿es correcta la fórmula, el ritual, la ceremonia?, ¿cuál es su origen?, ¿es un cura, un juez, quien la emite?, ¿se emite en el momento y en la situación adecuada?

Pero lo que Derrida plantea es: ¿realmente puede conocerse este “contexto de habla total”? Derrida considera el lenguaje como un “corpus” absolutamente inabarcable donde el error, la distancia entre la intención y la acción, la fisura entre significante y significado, no son momentos puntuales del acto lingüístico sino elementos estructurales del mismo. O lo que es lo mismo, existe el lenguaje y la comunicación no en virtud de su éxito sino precisamente gracias a su continua e irremediable posibilidad de fracaso. Esta posibilidad de fracaso es la que hace que la obra de Austin *Cómo hacer cosas con palabras* pueda ser leída, según Butler, como un gran “catálogo cómico de tales actos fallidos”⁸³⁴. Además, esta citada fisura provoca que el acto de habla, y más concretamente el lenguaje del odio, desencadene consecuencias inesperadas y no intencionales, dando el ejemplo del insulto no intencional. De esta manera, Butler sitúa el insulto y el daño en la órbita de la perlocución, separando el daño de la palabra hiriente y vinculándolo sólo a las inestables e impredecibles consecuencias que esta palabra desata. Por lo tanto, el insulto puede causar daño, pero igualmente puede no causarlo.

En definitiva, tal y como dice Butler, “la afirmación de Austin según la cual sólo es posible conocer la fuerza de un enunciado una vez que la *situación total* de habla puede ser identificada se ve amenazada por una dificultad constitutiva”⁸³⁵. Así pues, el sujeto nunca puede saber con certeza dónde está situado en el lenguaje y, por esa razón precisamente, las palabras se entrelazan en un tejido flexible donde el sujeto es un

⁸³³ Butler, J., *Lenguaje, poder e identidad*, p. 18.

⁸³⁴ *Ibid.*, p. 38.

⁸³⁵ *Ibid.*, p. 19.

elemento primariamente vulnerable a la par que esas mismas palabras son una caja de Pandora cuyos efectos pueden ser perfectamente revertidos.

Richard Delgado y Mari Matsuda, desde una perspectiva diferente y asociando el lenguaje del odio a la ilocución, afirman que “las palabras hieren”. Las palabras no reconocen al sujeto sino que en cierta medida, siguiendo la típica inversión butleriana del sentido común, es el sujeto el que entra en el circuito social del reconocimiento mediante el lenguaje. Hasta aquí, Matsuda y Butler podrían estar de acuerdo. Pero Matsuda va más allá al considerar el lenguaje del odio como un acto de habla ilocucionario. Así, el lenguaje del odio sitúa, en su opinión, una y otra vez, al sujeto en la posición subordinada sobre la que se ejerce directamente la violencia. Un lenguaje que a través de la violencia (de hecho, según estos autores, sería ingenuo diferenciar lenguaje y violencia) desvela la esencial dependencia del Otro. Un lenguaje que, como “lugar de la reproducción mecánica y previsible del poder”⁸³⁶, genera la cesura entre los cuerpos significantes y los abyectos, los “incluidos” y los “excluidos”, pues el lenguaje, como acto corporal “puede preservar el cuerpo, puede también amenazar su existencia”⁸³⁷.

Butler apuesta por situar, como dijimos anteriormente, el lenguaje del odio en la esfera de la perlocución a partir de una interpretación de Austin basada en las afirmaciones de éste en torno a los constantes errores del sistema. “De alguna manera, Austin subraya repetidamente la cuestión de la avería mecánica o del fallo y la imposibilidad de predecir las diferentes maneras en las que el lenguaje hablado puede funcionar mal”⁸³⁸. Es esta ambigua e impredecible naturaleza del lenguaje la que la lleva a desarrollar una propuesta teórica que, frente a la censura, reivindica la imaginación como arma desde la que ejercer la acción política y la rearticulación del lenguaje y la subjetividad.

b) Los actos de habla como actos corporales: Toni Morrison y Shoshana Felman.

⁸³⁶ *Ibid.*, p. 42.

⁸³⁷ *Ibid.*, p. 22.

⁸³⁸ *Ibid.*, p. 42.

Ante un auditorio lleno de autoridades de pelo cano y de tez pálida rayando lo cetrino, una mujer afroamericana lee un bello discurso. Estamos en Estocolmo. Es martes 7 de diciembre de 1993 y la circunstancia es rutinaria, al fin y al cabo se repite año tras año, pero su protagonista hoy, es inusual. Del todo inusual. Por ser mujer, por ser negra. Porque recoge el Premio Nobel de Literatura. La escritora se llama Toni Morrison y un año antes había recibido el premio Pulitzer por su novela *Beloved*, con la que engrosaba ya un considerable número de obras dando luz a las experiencias vitales de la comunidad negra en Estados Unidos. Su discurso se titula “Construimos lenguaje”⁸³⁹ y se inicia con la narración de un hermoso relato que, según nos cuenta la autora, está presente en muchas culturas: una respetable anciana negra, icono de la sabiduría en su comunidad, es maliciosamente retada por unos chicos que van a visitarla con un pájaro entre las manos. Éstos preguntan a la anciana cruelmente si el pájaro que tienen entre las manos está vivo o muerto. La mujer, tras meditar, afirma con voz suave pero severa, “No sé si el pájaro que sostienen está muerto o vivo, pero sé que está en sus manos. Está en sus manos”⁸⁴⁰.

Con esta bella parábola, Morrison establece un paralelismo entre el escritor y la anciana y, sobre todo, entre el pájaro y el lenguaje. El lenguaje, tal y como afirma Butler, es una “cosa viviente”⁸⁴¹. Tal y como afirma Morrison, la anciana piensa el lenguaje como un sistema y como algo sobre lo que se tiene en parte control, pero sobre todo como un acto con consecuencias. Afirma Butler en su análisis del discurso que éste es de vital trascendencia pues nos libera de la tentación de “pensar que no es correcto atribuir una agencia al lenguaje, que sólo los sujetos pueden hacer cosas con palabras, y que esta agencia tiene sus orígenes en el sujeto”⁸⁴². El pájaro tiene una vida previa al dilema y en un momento determinado está en las manos de un “sujeto” que se hace en el acto de decidir si el pájaro vive o muere. Es decir, nosotros y nosotras “construimos lenguaje”, tal y como afirma el título de la ponencia, pero el lenguaje también nos constituye en el uso que hacemos de él. Dice Morrison que “hacemos lenguaje. Ésta es quizás la medida de nuestras vidas”⁸⁴³. De este modo no podemos eludir nuestra responsabilidad limitada en este continuo proceso de hacer(se) o decir(se). Limitada

⁸³⁹ Morrison, T., “Construimos lenguaje”, usamos aquí la edición de la revista *Clave*, nº5 de Septiembre de 2005 publicada en Cali, Colombia en sus páginas 36-44. La traducción es de Colombia Truque Vélez sobre el texto original publicado en *Discursos Premio Nobel*, editorial Común Presencia, tomo 2, Bogotá, 2003.

⁸⁴⁰ *Ibid.*, p. 37.

⁸⁴¹ Butler, J., *Lenguaje, poder e identidad*, p. 23.

⁸⁴² *Ibid.*, p. 24.

⁸⁴³ Morrison, T., *op. cit.*, p. 41.

porque en palabras de Butler, “agencia no es lo mismo que control”⁸⁴⁴ puesto que sería ilusorio percibir el horizonte como uno en el que un sujeto “decide” lo que dice, lo que hace con palabras. Es por eso que, aun cuando la anciana apela a la responsabilidad, no debemos olvidar que ella misma, en una nueva alegoría, es una mujer ciega. La mujer ciega se presenta aquí como la figura que sustituye a la escritora y ésta como la figura que sustituye a su vez a cada uno de nosotros y nosotras, responsables de la agencia de las palabras, ciegos y ciegas ante sus efectos multidireccionales, fundados sobre y afectados necesariamente por ellos. La mujer ciega es una figura terrible, “no toma ninguna decisión, sino que más bien llama la atención sobre *el instrumento a través del que se ejerce el poder*, haciendo que la elección resida en las manos del interlocutor que ella no puede ver”⁸⁴⁵.

El lenguaje muere. Muere al desaparecer, al hacerse rígido. Y en su caída el sujeto lo acompaña inexorablemente. “Todos los que lo usan o producen son responsables de su defunción”, afirma la anciana⁸⁴⁶. Los niños usan la violencia como único lenguaje, los jefes de estado, mercachifles del poder, vacían su significado para forzar la obediencia. “Saqueo sistemático” de la palabra. “Suicidio-lingüal” es lo que (nos) hacemos al renunciar a:

“(…) iterar la voz del lenguaje mudo, del lenguaje inhabilitado e inhabilitador, del lenguaje que todos los adultos han abandonado como dispositivo para resolver un problema usando el sentido, dar orientación o expresar amor (...) El lenguaje opresivo hace más que representar la violencia: es violencia; hace más que describir los límites del conocimiento: limita el conocimiento”⁸⁴⁷.

Es el lenguaje que dice Morrison que “chupa la sangre”, que “oculta sus botas fascistas”. El lenguaje prebabélico, monolítico, aquel que pretendía alcanzar el cielo (¿qué cielo?, ¿el cielo de quién?)

Frente a él, el lenguaje proscrito, el lenguaje crítico. Lenguaje sublime que genera significados inesperados garantizando nuestra diferencia.

El lenguaje del odio usado por los chicos trata de transferir a la anciana la violencia ejercida sobre el pájaro pero la anciana, “vieja, pero sabia”, refracta la

⁸⁴⁴ Butler, J., *Lenguaje, poder e identidad*, p. 25.

⁸⁴⁵ *Ibid.*, p. 26.

⁸⁴⁶ Morrison, T., *op. cit.*, p. 38.

⁸⁴⁷ *Idem.*

amenaza hacia aquellos que tienen el pájaro en sus manos. Si el pájaro vive o muere, será cosa vuestra. Vosotros seréis responsables de matar al pájaro y os convertiréis en unos asesinos. Vosotros seréis responsables de liberarlo y os convertiréis en hombres libres.

Tal vez, dice Morrison, los chicos tan sólo llamaban la atención, quizás su pregunta era “¿qué es la vida?”, algo así como, “estamos hartos de que nos digan que somos responsables, que nos abandonen, ustedes adultos, sin guía, en este contexto heredado, ¿no es usted la sabia?, invéntese un cuento, la narrativa es radical. No la culparemos si el alcance de su relato sobrepasa su control”:

“Díganos lo que es ser una mujer de modo que podamos saber lo que es ser un hombre. ¿Qué se mueve en el margen? ¿Qué es no tener un hogar en este lugar? Soltarse de aquel que uno conoció. ¿Qué es vivir a las afueras de ciudades que no pueden soportar la compañía de uno? (...)

Hay silencio otra vez cuando los muchachos terminan de hablar, hasta que la mujer lo rompe. Finalmente, dice, les creo ahora. Les creo con el pájaro que no está en sus manos porque verdaderamente lo capturaron. Miren. Cuán hermoso es esto que hemos hecho – juntos”⁸⁴⁸.

Butler trata de matizar la perspectiva de Morrison con las reflexiones que realiza Shoshana Felman en relación al acto de habla. Si bien Morrison acentúa “el instrumento a través del que se hacen las afirmaciones”, Felman “identifica el cuerpo del que parte el habla como ese instrumento”⁸⁴⁹. Esta última en *The Literary Speech Act: Don Juan with J. L. Austin, or Seduction in two Languages*⁸⁵⁰, afirma que la relación entre habla y cuerpo es “escandalosa”. Escandalosa, fundamentalmente porque el acto humano supone un punto incongruente de encuentro entre lo lingüístico y lo material. El sujeto es desconocedor del alcance de su acto por cuanto su acto es un acto lingüístico y material, un acto de consecuencias en gran parte impredecibles. Por ello, el acto de habla (que también es corporal), significa más de lo que dice, desborda las expectativas del mismo, exponiendo a la persona que habla a una “ceguera” similar a la expresada por Morrison. Es en este sentido que Butler dice que “el acto de habla dice más, o dice

⁸⁴⁸ *Ibid.* Pág. 43.

⁸⁴⁹ Butler, J., *Lenguaje, poder e identidad*, p. 29.

⁸⁵⁰ Publicado en Ithaca, Cornell University Press, 1983, p.17 y ss.

de un modo diferente, de lo que pretende decir”⁸⁵¹. Más en profundidad, Felman afirma que:

“El acto, una producción enigmática y problemática del cuerpo parlante, destruye desde su comienzo la dicotomía metafísica entre el dominio mental y el dominio físico, desmonta la oposición entre cuerpo y espíritu, entre la materia y el lenguaje”⁸⁵².

El acto de habla es un acto corporal en el que la acción se duplica. El acto de habla que constituye la amenaza prefigura el acto mismo en el que la amenaza tendrá lugar, pero como todo acto lingüístico-corporal, esta amenaza se puede desbaratar o desvanecer. Es decir, “la afirmación por sí misma no puede producir el acto futuro como su efecto necesario (...) este acto de habla puede fracasar y es esta vulnerabilidad la que debe explotarse para hacer frente a la amenaza”⁸⁵³.

Butler concluye que el acto de habla que constituye la amenaza no puede ser considerado un acto ilocucionario, en términos austinianos. Suponer que este enunciado es a la vez la realización del acto al que el enunciado se refiere es catalogado por nuestra pensadora como una “fantasía de acción soberana”⁸⁵⁴. La amenaza genera involuntariamente un campo de respuesta que es en sí un inagotable campo de resistencia que abre el abanico de actos performativos que pueden sacar partido “del carácter doble de la acción de la amenaza para enfrentar una parte del habla a la otra, echando por tierra el poder performativo de la amenaza. Puesto que la amenaza es un acto de habla y al mismo tiempo un acto corporal, siempre está, en parte, fuera de control”⁸⁵⁵.

c) Funámbulos sobre las fisuras del lenguaje. Teoría butleriana de la agencia lingüística.

Ahí donde asistimos a esa especie de ocaso de la soberanía, justo ahí, se abre un resquicio para la agencia lingüística. Una falla en el sistema, una llaga donde introducir

⁸⁵¹ Butler, J., *Lenguaje, poder e identidad*, p. 29.

⁸⁵² Felman, S., *op. cit.*, p. 94.

⁸⁵³ Butler, J., *Lenguaje, poder e identidad*, pp. 30-31.

⁸⁵⁴ *Ibid.*, p. 31.

⁸⁵⁵ *Idem.*

el dedo incesantemente para abrir la herida. Es en ese inestable lugar en el que precisamente Butler pretende ubicar acrobáticamente al sujeto:

“A diferencia de algunos críticos que confunden la crítica a la soberanía con la eliminación de la agencia, lo que yo propongo es que la agencia comienza allí donde la soberanía declina. Aquel que actúa (que no es lo mismo que el sujeto soberano) actúa precisamente en la medida en que él o ella es constituido en tanto que actor y, por lo tanto, opera desde el principio dentro de un campo lingüístico de restricciones que son al mismo tiempo posibilidades”⁸⁵⁶.

Tal y como hemos destacado anteriormente, los actos de habla están siempre en cierta manera fuera del control del hablante. Esta circunstancia que podría mermar nuestra visión soberana del sujeto es la que según Butler posibilita la ambivalencia y, por lo tanto, la agencia lingüística dentro de un campo limitado, pero abierto hacia posibilidades inimaginadas.

La enorme controversia que suscitan hoy en día las manifestaciones de homosexualidad dentro del ejército estadounidense, o el lenguaje utilizado en la música rap, son un claro ejemplo de que la relación entre lenguaje ofensivo y herida es algo más compleja de lo que pretendidamente se quiere hacer pasar por una relación causa-efecto. Y es precisamente en este hiato entre intención y consecuencia donde se ubica la posibilidad de subvertir el lenguaje y de subvertir lo social desde la posición que el propio lenguaje y la propia sociedad nos ha asignado. En nuestro castellano decimos que “no ofende el que quiere sino el que puede” y nosotros añadiremos que la ofensa la marca en gran parte el propio ofendido y que éste siempre es (y debe ser) un electrón (semi)libre por cuanto su respuesta puede ser total y absolutamente inesperada.

En una bellísima e ilustradora anécdota que Butler cuenta en la entrevista “Changing the subject”⁸⁵⁷, la norteamericana es interpelada a pie de calle por un chico que, asomado a una ventana, le espeta con la pregunta: “¿eres una lesbiana?”. Butler narra cómo, de una forma totalmente espontánea, su rápida respuesta fue decir: “sí, soy una lesbiana”. Este breve gesto está cargado de un gran poder por cuanto la pregunta del chico atesora mucho más de lo que las simples palabras muestran: ¿eres esa cosa que temo y detesto?, ¿te atreves a decir “sí” a esa cosa que eres, al menos bajo el prisma de

⁸⁵⁶ *Ibid.*, p. 37.

⁸⁵⁷ Léase la entrevista en Olson, G. A. y Worsham, L., “Changing the Subject: Judith Butler’s Political of Radical Resignification”, p. 352.

tu apariencia? Yo tengo poder sobre ti desde el momento en el que te expongo a través de la pregunta que te hago. Y Butler, simplemente contesta rápidamente “sí, soy una lesbiana”. Tan sencillo como eso y todo el poder del interrogador se desmorona. El chico muestra su asombro, su estado de “shock” ante la jocosa, alegre, orgullosa afirmación. Butler recibe el término y lo devuelve, lo vuelve a poner en juego, lo reitera. Butler plantea a raíz de esta anécdota múltiples cuestiones en torno a la autoría y la intención de la acción: ¿quería el niño ofender o simplemente saber?, ¿ha transformado ella el término o han sido ambos los que iteran el significado de la palabra?, ¿en qué sentidos volverá éste a reiterar la palabra tras la experiencia?, ¿tal vez preguntaba el niño “es esto discurso del odio”? “No, no tiene porqué ser discurso del odio”, afirma Butler en una lección subversiva que, por sencilla (y bella), se nos antoja absolutamente magistral.

El lenguaje es un ser vivo, el contexto es un ser vivo, el sujeto es un ser vivo. De esta forma, nuestra pensadora defiende que:

“(…) alegar que algunos enunciados son siempre ofensivos, independientemente del contexto, o afirmar que de algún modo estos enunciados llevan el contexto con ellos mismos de tal modo que no se pueden deshacer de él, no es ofrecer una explicación de cómo se invoca y se reestructura el contexto en el momento de la enunciación”⁸⁵⁸.

El lenguaje es susceptible de desdoblamiento. Lo desdoblamos cuando ironizamos, cuando hacemos juegos de palabras, cuando parodiamos y cuando realizamos una sátira política. Incluso cuando lo censuramos o cuando tratamos de someterlo al control legal lo estamos (se está) transformando y lo estamos (se está) poniendo de nuevo sobre el tapete.

Butler se manifiesta en numerosos escritos contra la censura por considerar a ésta una manera ineficaz y peligrosa de tratar de someter el lenguaje⁸⁵⁹. La censura, en ocasiones, incita involuntariamente la proliferación del discurso del odio. Por si esto fuera poco, la censura trata de secuestrar el lenguaje del ámbito público, ámbito éste precisamente donde debe ser reevaluado. Pero la principal razón por la que Butler se

⁸⁵⁸ Butler, J., *Lenguaje, poder e identidad*, p. 32.

⁸⁵⁹ La bibliografía butleriana en torno a esta cuestión abarca desde sus primeros artículos, véase “The Force of Fantasy”, artículo publicado en la revista *Differences*, vol 2, nº 2, hasta la polémica abierta especialmente con Catherine Mackinnon en relación a la censura en la pornografía como queda reflejada en *Lenguaje, poder e identidad*, especialmente en sus dos primeros capítulos.

opone a la regulación estatal del discurso del odio es que considera que éste pretende solucionar el problema por la vía de la limitación, en vez de fomentar el uso de la imaginación, recurso a todas luces, más democrático. No existe revolución en la censura porque no existe revolución sin libertad.

Dado que, según Butler, “un *acto* no es un evento momentáneo, sino un cierto tipo de red de horizontes temporales, una condensación de iterabilidad que excede al momento que da lugar”⁸⁶⁰, la apuesta que propone nuestra pensadora transita la vía de reevaluación imaginativa de los términos ofensivos.

No existen fórmulas mágicas que garanticen que la iterabilidad del acto desemboque en una mutación del lenguaje del odio en otra suerte de lenguaje más “humano”. Es por eso que Butler huye una y otra vez de las preguntas que apuntan a un “cómo” desarrollar esta revolución lingüística que es, a su vez, una revolución personal por cuanto modifica a los sujetos a los que implica. No hay una forma precisa, de haberla Butler estaría fallando a la propia base de su propuesta, siempre abierta a nuevas posibilidades hasta el momento no pensadas. Nos movemos de nuevo en terreno poco firme, en el lugar donde algunos y algunas se incomodan y donde las subjetividades postmodernas circulan con alegría.

No obstante, y para no omitir su responsabilidad teórica, Butler da al lector pistas de lo que ella considera, digámoslo así, una iteración más *humana* del lenguaje, mediante algún ejemplo significativo de transformación lingüística (y personal) de términos, entre los que destaca sobremanera el vocablo “queer”. Tal y como ella lo expresa en *Lenguaje, poder e identidad*, desarrollando un argumento que ya iniciara en su obra *Cuerpos que importan*, “la reevaluación de términos como *queer* sugiere que el habla puede ser *devuelto* al hablante de una forma diferente, que puede citarse contra sus propósitos originales y producir una inversión de sus efectos”⁸⁶¹.

En *Cuerpos que importan*, Butler se pregunta: “¿cómo es posible que una palabra que indica degradación haya dado un giro tal –haya sido “refundida” en el sentido brechtiano- que termine por adquirir una nueva serie de significaciones afirmativas?”⁸⁶² El mundo heterosexual hizo uso de esta etiqueta performativa durante mucho tiempo al objeto de delimitar el campo de la “normalidad”:

⁸⁶⁰ Butler, J., *Lenguaje, poder e identidad*, p. 35.

⁸⁶¹ *Idem*.

⁸⁶² Butler, J., *Cuerpos que importan*, p. 313.

“El término *queer* operó como una práctica lingüística cuyo propósito fue avergonzar al sujeto que nombra o, antes bien, producir un sujeto *a través* de esa interpelación humillante. La palabra *queer* adquiere su fuerza precisamente de la invocación repetida que terminó vinculándola con la acusación, la patologización y el insulto. Esta es una invocación mediante la cual se forma, a través del tiempo, un vínculo social entre las comunidades homofóbicas”⁸⁶³.

Pero hoy en día ya no funciona (así). Digamos que, en la reapropiación, el término ha superado su propia historia constitutiva de agravio y ha pasado a convertirse en un sitio de oposición colectiva orientada “hacia propósitos apremiantes y expansivos.”⁸⁶⁴

Así pues, el lenguaje es esa instancia que nos crea, nos ata y nos limita, pero también que nos recrea, nos desata y nos libera. Es por eso que Butler manifiesta que, frente a la censura, sigue siendo políticamente indispensable reivindicar términos como “mujeres”, “queer”, “gay”, “lesbiana”, etc. más allá de su posible historicidad vinculada al insulto y al agravio. Más allá también de que realmente estos términos identifiquen a algún colectivo real. Precisamente debemos utilizarlos como una forma de afiliación estratégica puesto que no se puede escapar absolutamente de estos conceptos precisamente porque no los elegimos, sino que son ellos los que nos eligen y, por tanto, son ellos también los que nos habilitan como sujetos. No es posible la subversión fuera del lenguaje, porque nosotros y nosotras no somos más (ni menos) que una posición en el lenguaje. A algunos sujetos les toca ser el rey de la partida y a otros les toca ser peones, pero, incluso éstos, firmemente decididos a jugar con las mismas reglas que los discriminan de inicio, consiguen inquietar en ocasiones a las piezas más poderosas, llegando incluso a conquistar posiciones inimaginables en el tablero.

Aunque, para finalizar este punto de una manera crítica, hemos de admitir de nuevo que la teoría butleriana vale más por lo que sugiere que por lo que resuelve, pues, si bien nuestra pensadora nos manifiesta claramente la necesidad de iterar el lenguaje hacia nuevos significados más democráticos y humanos, su propuesta nos deja huérfanos de respuestas ante la imprescindible pregunta de cómo, cómo se hace eso. ¿De qué forma podemos refutar el empleo homofóbico, machista, violento y cruel del lenguaje? ¿Supone esta propuesta nuevamente una sombra de voluntarismo? ¿Qué papel

⁸⁶³ *Ibid.*, p. 318.

⁸⁶⁴ *Ibid.*, p. 320.

juega el azar en la rearticulación lingüística? ¿Por qué hemos conseguido mutar las connotaciones cotidianas de términos como “queer”, siendo sin embargo incapaces de haber hecho lo propio con otras catalogaciones despectivas como “nigger”? ¿Hasta dónde alcanza nuestra responsabilidad si, buscando una rearticulación más positiva de un concepto, terminamos fortaleciendo su poder discriminador? ¿Quién decide que los nuevos usos del término son más humanos? No encontramos respuestas a éstas y a otras preguntas. Tal vez Butler no las tenga. Tal vez no las haya. Aun así, y a su favor, un mensaje sigue oyéndose claro entre el gran tumulto que forma el mar de dudas: ¿Debe el riesgo paralizarnos? La respuesta es contundente: no. El sujeto no es más que una encrucijada inestable. No hay existencia sin riesgo. No hay política sin riesgo.

4.6. Sujetos vulnerables, sujetos responsables

a) De la política a la ética.

Como hemos podido fácilmente apreciar, las influencias que Judith Butler recibe a la hora de ir perfilando su interesante propuesta han sido muchas y bastante heterogéneas, abarcando un amplio espectro intelectual que contempla desde grandes escuelas del pensamiento como el psicoanálisis o la deconstrucción, hasta las aportaciones personales de un sinfín de pensadoras y pensadores (escritoras, cineastas, artistas, etc.) difícilmente clasificables dentro de alguna corriente concreta. Este interesante derrotero intelectual de carácter eminentemente ecléctico conduce una y otra vez a nuestra filósofa a las páginas de todos esos autores críticos con el pensamiento único o “mainstream”. Gurús de la contracultura, parias de la cultura dominante.

De la mano de todos ellos, Butler va erigiendo una estructura política para el feminismo que podemos catalogar de novedosa, por cuanto asienta sus bases más en las carencias del sujeto que en sus antaño pretendidas virtudes, dibujando un sujeto errático que adquiere su razón de ser y su agencia en su misma condición “post”.

Lo más curioso de la cuestión es que, tras su análisis y crítica al sujeto a través del poder y la agencia, Butler desemboca en una especie de giro ético similar al que experimentara Foucault en sus últimas obras. Fruto de este cambio en la dirección (que no en el sentido) de su pensamiento, escribe en el año 2005 su obra *Giving an Account of Oneself*⁸⁶⁵, traducida a nuestra lengua como *Dar cuenta de sí mismo*⁸⁶⁶. Dicha obra tiene por (subtítulo) “Violencia ética y responsabilidad” y, con ella, Butler quiere revisar la validez de uno de los presupuestos inherentes a su teoría: la violencia como base de la formación del sujeto.

⁸⁶⁵ *Giving an Account of Oneself* es el resultado de la recopilación de las conferencias Spinoza dictadas por Butler en el Departamento de Filosofía de la Universidad de Ámsterdam en 2002.

⁸⁶⁶ Tal vez la ambigüedad genérica que posee el vocablo “oneself” en la lengua anglosajona debería haberse tratado de conservar en la traducción del título escribiendo *Dar cuenta de uno/a mismo/a*. Evitaríamos, en nuestra opinión, las fuertes connotaciones masculinistas que, al menos a nivel inconsciente, se derivan de la expresión “uno mismo”. Además, aunque esta afirmación es algo más arriesgada, considerando que con la obra, la misma autora trata de dar cuenta de sí misma (en el fondo todas las obras son una manera en la que los autores tienen de dar cuenta de ellos/as mismos/as), puestos a elegir en la traducción, parece lógico pensar que Butler podría estar más satisfecha incluso con una traducción del tipo *Dar cuenta de una misma*.

En esta relectura, el sujeto prefigurado por Butler se erige como un producto inesencial que alberga como precondition una vulnerabilidad de carácter absoluto. Esta vulnerabilidad, que en las páginas siguientes trataremos de perfilar, erige a la ética como el eje fundamental de la reflexión filosófica y política por cuando posiciona la cuestión de la responsabilidad en el punto de mira de cualquier consideración posterior. Siendo yo un ser vulnerable, y siendo esta vulnerabilidad el horizonte de fragilidad que comparto con el resto de los sujetos, ¿cómo ha de ser mi acción con miras a alcanzar la tan buscada por Butler “vida vivible”?, ¿cómo debe ser, además, esa nueva ética que tome en consideración no sólo la vulnerabilidad, sino una de sus características anexas, la falibilidad? El error no es un episodio en la vida del sujeto, “es” el sujeto. Debemos aprender a despojar el propio concepto de error de sus connotaciones negativas para poder alcanzar una nueva forma de relacionarnos alejada de la violencia, de la exigencia. Orientemos nuestra agencia hacia modos de interpelación diferentes basados en la reformulación de la responsabilidad en el sentido clásico. Sólo así será posible una política diferente, una nueva política que pueda ser más humana en el sentido más postmoderno y deconstruido del propio concepto.

Nuevamente Foucault, nuevamente Hegel, pero ahora de la mano de nuevos compañeros de viaje a considerar como Laplanche, Levinas, Adorno o Cavarero. Nos sumergimos, una vez más, en las entrañas del sujeto.

b) Sujetos relacionales, sujetos opacos.

Nuestra autora vuelve a la que fuera tal vez su primera influencia para revisar de nuevo los fundamentos de su propuesta filosófica. Esta primera parada en su pensamiento fue sin duda alguna Hegel, autor con el que nuestra pensadora ha mantenido una intensa relación de amor y desencuentros durante veinte años. En esta ocasión, Butler remite de nuevo al alemán para poner el acento en la visión relacional que éste da del sujeto. Frente a interpretaciones que atribuyen a Hegel un papel fundamental en la formación del sujeto moderno, Butler propone una relectura de su obra que ubique a éste en la órbita precisamente de la deconstrucción del sujeto tal y como fue concebido por la modernidad.

Sujeto absoluto, sujeto protagonista de la historia el sujeto hegeliano, pero sobre todo y ante todo, a juicio de Butler, sujeto relacional. La escena de reconocimiento en la

que se encuadra el sujeto es siempre una escena bilateral donde el “yo” sólo adquiere entidad a través de su indisoluble vinculación a un “tú”. Es así que el “tú”, que el “Otro” se instala permanentemente como una estructura fundamental de la subjetividad.

Butler menciona que, durante mucho tiempo, la teoría hegeliana fue interpretada simplemente como una asimilación del “Otro” por parte del sujeto, pero ella quiere poner el acento sobre otra manera de entender la propuesta de Hegel: tal vez es el “Otro” el que determina que la naturaleza del sujeto sea siempre “ex-tática”, forzándolo constantemente fuera de sí hacia lo que es y no es él⁸⁶⁷.

Es por eso que mi destino parece vinculado necesariamente a ese “Otro” que me interpela, que me limita y que me forma como el interior desconocido y opaco del que no puedo dar cuenta. Esta opacidad abre para Butler la posibilidad de una nueva ética basada en la “ceguera compartida”⁸⁶⁸.

Tratando de realizar la genealogía del sujeto, esta búsqueda nos remite una y otra vez a los límites de la narración del propio origen. En nuestra (no) esencia está instalado el “Otro” que nos interpela y que se instala en nuestras estructuras existenciales desubicándonos, descentrándonos constantemente.

Foucault nos ayuda a completar esta escena de reconocimiento hegeliano. Si bien es cierto que el yo sólo puede dar cuenta de sí mismo a través del “Otro”, ambos elementos de la ecuación no actúan libremente sino que permanecen atados a un complejo tejido de normas que forman lo que Foucault denomina “régimen de verdad”⁸⁶⁹. Butler, siguiendo a Foucault afirma:

“No somos meras diadas que actúan por cuenta propia, puesto que nuestro intercambio está condicionado y mediado por el lenguaje, las convenciones y una sedimentación de normas que tienen carácter social y exceden la perspectiva de quienes participan en el intercambio. Hay un lenguaje que enmarca el encuentro, y en él se inserta un conjunto de normas concernientes a lo que constituirá o no la reconocibilidad. Ese es el planteo de Foucault y, en cierto modo, su complemento a Hegel cuando pregunta: *¿En qué puedo convertirme, dado el orden contemporáneo de ser?*”⁸⁷⁰

⁸⁶⁷ Véase *Ibid.*, p. 44.

⁸⁶⁸ *Ibid.*, p. 62.

⁸⁶⁹ *Ibid.*, p. 37.

⁸⁷⁰ *Ibid.*, pp. 45-47.

En la misma línea, tanto Laplanche como Levinas, desde perspectivas y enfoques diferentes, consideran que el sujeto se funda en una represión primaria de carácter preontológico que tiene su origen en la relación interpelativa con el “Otro”⁸⁷¹.

Para Levinas, el sujeto emerge en una escena de “persecución” sobre un campo preontológico⁸⁷² que queda descrito por este autor como “la pasividad antes de la pasividad”, puesto que las categorías “activo-pasivo”, tal y como las entendemos, aparecen con posterioridad. Debemos también añadir que es inútil tratar de ubicar estos acontecimientos originarios en una suerte de coordenadas espacio-temporales pues precisamente estas coordenadas emergen junto al sujeto y sólo tiene sentido hablar de ellas a posteriori. Como podemos comprobar, nuevamente chocamos frontalmente con la opacidad en las propias entrañas de la subjetividad. El sujeto aparece fruto de la persecución, entendida ésta como la no participación del mismo (aún no puede llamarse sujeto propiamente) en la escena de intromisión por parte del Otro⁸⁷³. De esta manera, hemos de interpretar que es la acción del “Otro” la que permanentemente sustenta mi propia subjetividad y la activa. Pero Levinas va más lejos al afirmar que lo que me persigue llega a sustituir al “yo” por cuanto existe un intercambio y una transitividad irreductible que ocurre todo el tiempo. Es decir, esta escena descrita por Levinas no expone simplemente un acontecimiento fundacional de carácter ficcional, sino que remite a los actos repetitivos que nos forman y nos transforman constantemente. De esta manera el Otro no sólo es el eje de la formación de mi subjetividad, sino una estructura permanente en la misma. En palabras de Butler, “mientras que *persecución* sugiere que algo actúa sobre mí desde afuera, *sustitución* indica que algo toma mi lugar o, mejor, siempre está en vías de tomarlo”⁸⁷⁴.

Laplanche, desde una perspectiva psicoanalítica, critica que el enfoque de Levinas carece de una explicación suficiente de la intrusión desde el punto de vista diacrónico. Frente a la descripción algo más ambigua de Levinas, Laplanche propone ubicar esta emergencia del sujeto en la infancia, en la edad temprana en la que el infante se siente abrumado por el mundo adulto y sus constantes demandas. Desde esta visión, la pregunta que trata de responder el niño o la niña es “¿quién es ese Otro que demanda de mí?”. La incapacidad de soportar las abrumadoras impresiones que son suscitadas

⁸⁷¹ Véase *Ibid.*, p. 122.

⁸⁷² Véase *Ibid.*, pp. 120 y ss.

⁸⁷³ “La pasividad absoluta del ser *impulsado* es una especie de persecución o agravio, no porque se me trate *mal*, sino porque me dan un trato *unilateral*.” *Ibid.*, p. 124. Véanse también las aclaraciones a este respecto que Butler expone en la página 125.

⁸⁷⁴ *Ibid.*, p. 125.

por los adultos que lo circundan hace que se retraiga en un trauma primario que da lugar al inconsciente y consecuentemente a los primeros impulsos⁸⁷⁵.

Aunque Levinas considera al Otro como una instancia simbólica frente a Laplanche que describe el Otro representado en la figura de los múltiples adultos que cuidan del infante, ambos comparten que “la primacía o marca del Otro es primaria, inaugural, y no hay formación de un *yo* acusativo al margen de esa intrusión originalmente pasiva y la capacidad de dar respuestas constituida en el crisol de esa pasividad”⁸⁷⁶.

Y la cuestión tal y como se plantea ahora es, ¿cómo afectan estas teorías a la visión que tenemos actualmente del sujeto y a su responsabilidad ética? Trataremos a continuación de responder a la primera cuestión y dejaremos para el siguiente punto la problemática de la responsabilidad.

Opacidad y relacionalidad se erigen como dos instancias ineludibles para el replanteamiento contemporáneo de la subjetividad y de la ética. Esa ética clásica, fundamentada en la coherencia interna del sujeto cuya obligación moral consiste en presentarse a sí mismo y a los demás bajo la forma de una autonarración transparente, parece hacer aguas a la luz de este nuevo prisma. La primacía del otro en la formación del yo confiere a éste una opacidad estructural que clausura cualquier posibilidad de comienzo narrable. Es decir, la incoherencia se instala en las mismas entrañas de la subjetividad. Yo no sé quién soy, pues soy una instancia cuyo origen me es inaccesible y cuya unidad está siempre amenazada por la desintegración que en mi vida representa la exterioridad. En palabras de Butler:

“En el lenguaje que formula la oposición a la noción de un comienzo no narralizable reside el temor de que la ausencia de narración represente determinada amenaza, una amenaza a la vida, y plantee el riesgo, si no la certeza, de algún tipo de muerte, la muerte de un sujeto que no puede y nunca podrá recuperar totalmente las condiciones de su propio surgimiento”⁸⁷⁷.

Así pues, si desde el comienzo (y la propia Butler admite que “esto es para reírse, pues no podemos narrar ese comienzo con autoridad alguna”⁸⁷⁸) tropezamos con

⁸⁷⁵ Véase la explicación de la teoría de Laplanche que Judith Butler nos da en *ibid.*, pp. 97-107.

⁸⁷⁶ *Ibid.*, p. 134. Véase también la página 136 donde Butler repite el paralelismo entre ambas propuestas.

⁸⁷⁷ *Ibid.*, p. 93.

⁸⁷⁸ *Ibid.*, p. 114.

que sólo soy una interpelación a ti (y tuya), parafraseando a Butler, estamos “empantanados, entregados”, y “ni siquiera la palabra *dependencia* basta para expresar la idea”⁸⁷⁹. En consecuencia (si es que hay alguna manera de ser realmente consecuentes), “el *yo* es el momento de fracaso de todo intento narrativo por dar cuenta de uno mismo”⁸⁸⁰.

Pero Butler advierte que su crítica al sujeto tiene importantes matices:

“Sin embargo, esa muerte, si lo es, es tan sólo la de cierto tipo de sujeto, un sujeto que, para empezar, jamás fue posible; es la muerte de una fantasía de dominio imposible y, por tanto, una pérdida de lo que uno nunca tuvo. En otras palabras, se trata de una aflicción necesaria”⁸⁸¹.

Tratar de presentarse a sí mismo y a los demás como si realmente fuésemos capaces de reconstruir las normas sobre la que nos erigimos supone rechazar las interrupciones y las cesuras inherentes a nuestro relato. ¿Quiere esto decir que la ética es imposible?, ¿debemos abandonar por imposibles todas estas cuestiones? No. Todo lo contrario. Tal vez con altas dosis de “necesaria” humildad podamos entender que precisamente por el hecho de que el sujeto es “el” problema, la ética se ubica en una posición central en la reflexión filosófica (y política) actual. Es en este sentido en el que debemos “tener la precaución de entender los límites” y “adoptar una postura crítica”⁸⁸².

Una nueva manera de dar cuenta de sí mismo se vislumbra desde el horizonte butleriano. Para poder aprehenderlo, la norteamericana nos seduce con una interesante crítica a la práctica psicoanalítica como ayuda a la construcción de un sujeto coherente en el paciente. Butler se opone a la visión más clásica del psicoanálisis, esa que se marca como meta normativa el “permitir al paciente contar una historia única y coherente de sí mismo, que satisfaga el deseo de conocerse y, más aún, de conocerse en parte por medio de la reconstrucción narrativa en la cual las intervenciones del analista

⁸⁷⁹ *Ibid.*, p. 115.

⁸⁸⁰ *Idem.*

⁸⁸¹ *Ibid.*, p. 93.

⁸⁸² *Ibid.*, p. 115. Butler declara abiertamente seguir a este respecto las reflexiones del último Foucault, quien reconoce que su problema “nunca dejó de ser el decir veraz y la relación de ese decir veraz y las formas de la reflexividad, la reflexividad del sí sobre sí”. Ese decir veraz, ajustado al criterio de verdad social y el precio, claro, que hay que pagar para su construcción. La posición inestable del sujeto, al igual que afirmara Adorno, consiste en que cuestionar la normatividad social equivale a desestabilizar la propia subjetividad. *Ibid.*, p. 165. Véase igualmente las páginas 13-21.

o terapeuta contribuyan en muchos aspectos a rehacer y volver a tramar la historia”⁸⁸³. A este respecto, Butler matiza que la construcción de un relato no deja de ser una actividad fundamental, más aún cuando “fragmentos discontinuos de experiencias se mantienen disociados unos de otros debidos a circunstancias traumáticas”⁸⁸⁴, pero la cuestión es que “las condiciones de hipercontrol no son, empero, más saludables que las de fragmentación radical. (...) Una conexión excesiva puede llevar a formas extremas de aislamiento paranoico”⁸⁸⁵. Vemos así cómo el psicoanálisis (o cierto sector de sus seguidores y seguidoras) ha hecho de un requisito psicológico mínimo el objetivo básico de su praxis pero, como pregunta nuestra pensadora:

“¿Qué pasa, empero, si la reconstrucción narrativa de una vida *no puede* ser la meta del psicoanálisis, por motivos que tienen que ver con la formación misma del sujeto? Si el otro siempre está presente, desde el comienzo, en el lugar donde estará el yo, entonces una vida se construye en virtud de una interrupción fundamental e incluso *se interrumpe antes de cualquier posibilidad de continuidad.*”⁸⁸⁶

Por lo tanto, ese intercambio con el analista que el psicoanálisis cataloga como “transferencia” sólo puede tener como objetivo lo que Winnicott llama “entorno de contención”. Esta expresión nos parece extremadamente acertada, por cuanto muestra que la narración sobre sí puede resultar a todas luces útil por cuanto “nos contiene”, pero sin olvidar que existen importantes dimensiones relativas a nuestro propio origen que son absolutamente imposibles de describir por medio de ninguna narración⁸⁸⁷.

Hemos de ser conscientes de que todo relato narrativo se inicia por el hecho de haber sido interpelados pues, según Butler, “siempre somos interpelados de una manera u otra”⁸⁸⁸. Esa interpelación me introduce en una estructura lingüística y normativa que me excede y me condiciona por lo que el yo que se narra, que da cuenta de sí mismo, “acepta circunvalar su relato a través de una externalidad y, por tanto, desorientarse en la narración a través de modos discursivos que son de naturaleza impersonal”⁸⁸⁹.

⁸⁸³ *Ibid.*, p. 75.

⁸⁸⁴ *Ibid.*, p. 76.

⁸⁸⁵ *Idem.*

⁸⁸⁶ *Ibid.*, p. 75.

⁸⁸⁷ En este sentido, Butler afirma que “nadie puede vivir en un mundo ni sobrevivir a una vida que sean radicalmente imposibles de narrar. Aun así, es necesario recordar que lo que puede entenderse como *articulación y expresión* del material psíquico excede la narración.” *Ibid.*, pp. 85-86.

⁸⁸⁸ *Ibid.*, p. 77.

⁸⁸⁹ *Ibid.*, p. 76. Véase también página 56.

Frente a la visión clásica del psicoanálisis fundamentada en la posibilidad de coherencia narrativa del sujeto, Butler apuesta por una visión performativa y ficcional del relato sobre uno mismo. Siguiendo a Foucault y su análisis de la confesión considera que, en la narración, el sujeto, antes que describirse, se va convirtiendo en aquello que presuntamente describe de manera que, en el relato, el sujeto disuelve su interioridad (¿la había realmente?) para reconstruirse en una externalidad social⁸⁹⁰. Así, Butler afirma taxativamente que “el yo narrativo se reconstituye cada vez que se le invoca en la propia narración. Por paradójico que parezca, esa invocación es un acto performativo, y no narrativo, aun cuando sirva como punto de apoyo del relato mismo”⁸⁹¹.

Y en una especie de bucle constante, hemos aquí de nuevo a vueltas con la ya conocida performatividad butleriana. Haciendo memoria destacaremos que en la performatividad, la acción no constituye la repetición o imitación de ningún posible “original” a seguir, sino que más bien la performatividad se pierde en un infinito juego de copiar la copia. De este modo, Butler nos advierte que la narración no sólo es performativa sino que no puede renunciar a la fantasía. Citando las reflexiones de Thomas Keenan en *Fables of Responsibility*⁸⁹², nuestra pensadora afirma que la narración es siempre “fabulosa”. Es decir, los relatos ficcionales (y el relato en torno al origen del sujeto sin duda lo es) “no exigen referentes para funcionar como narraciones” y en tono jocoso, añade como ejemplo que, “por lo común bajo los efectos del vino, (la historia de mi origen) la cuento de distintos modos y los relatos no siempre son coherentes entre sí”⁸⁹³.

En resumen, la opacidad del sujeto que, por ejemplo aquí les escribe, como metáfora de todos los sujetos que pueblan el planeta se basa en:

“(1)Una *exposición* no narrativizable que establece mi singularidad, y (2) *relaciones primarias*, irrecuperables, que forman impresiones duraderas y recurrentes en la historia de mi vida, y, por tanto, (3) una historia que establece mi *opacidad parcial* para mí misma. Para terminar, hay (4) *normas* que facilitan mi relato de mí misma pero cuya autora no soy yo (...) Esta última desposesión en el lenguaje se intensifica por el hecho de que doy cuenta de mí misma a

⁸⁹⁰ Para saber más entorno al giro que, a ojos de Butler, realiza Foucault en su manera de entender la confesión, véanse las páginas 154 y ss.

⁸⁹¹ *Ibid.*, p. 94.

⁸⁹² Keenan, T., *Fables of Responsibility: Aberrations and Predicaments in Ethics and Politics*, Stanford University Press, 1997.

⁸⁹³ Butler, J., *Dar cuenta de uno mismo*, pp. 56-57.

alguien, de modo que la estructura narrativa de ese dar cuenta es sustituida por (5) la *estructura de interpelación* en la cual se produce”⁸⁹⁴.

¿Significa esto que debemos renunciar a erigirnos como sujeto responsables, negar nuestra capacidad para la acción ética? La respuesta parece clara: de ninguna manera, más bien se trata de admitir los límites de nuestra subjetividad y reflexionar acerca de las consecuencias que estos límites suponen con respecto a nuestra responsabilidad de acción. Significa hacernos realmente responsables de estas limitaciones para prefigurar precisamente una nueva “estructura de interpelación” con el objetivo de posibilitar maneras de relacionarse más éticas, más humanas desde un punto de vista postestructural.

c) Sujetos responsables. Hacia una forma más “humana” de interpelar.

“Si es realmente cierto que, por así decirlo, estamos divididos y carecemos de fundamento y de coherencia desde el principio mismo, ¿será imposible encontrar basamento para una noción de responsabilidad personal o social? Para argumentar lo contrario, mostraré que una teoría de la formación del sujeto que reconoce los límites del autoconocimiento puede dar sustento a una concepción de la ética y, por cierto, de la responsabilidad.”⁸⁹⁵

Butler es plenamente consciente de las posibles consecuencias de su planteamiento postestructuralista y por eso dedica gran parte de toda su obra a sostener ética y políticamente la posibilidad de acción del sujeto. Es por eso que, encontrado en mí algo de lo que no puedo dar cuenta, sea necesario plantearme: “¿significa esto que no soy, en el sentido moral, responsable de lo que soy y de lo que hago?”, “¿es esto un fracaso ético?”⁸⁹⁶. Nuestra pensadora no sólo se niega a admitir este supuesto “fracaso ético”, sino que fundamentada en su teoría, se atreve a predicar una nueva “disposición ética” que sustituirá a la visión acabada y completa de la responsabilidad narrativa. Será

⁸⁹⁴ *Ibid.*, p. 59.

⁸⁹⁵ *Ibid.*, pp. 33-34.

⁸⁹⁶ *Ibid.*, p. 60.

mi opacidad, mi transparencia parcial, la que precisamente me vincule al lenguaje y a ti mucho más profundamente⁸⁹⁷.

Según lo dicho hasta aquí, los modos interpelativos basados en la exigencia de coherencia narrativa, por imposible, rompen la relacionalidad o fundamentan ésta en la más pura violencia. Es por eso que, desde el punto de vista de Butler, la visión moderna del sujeto basada en la coherencia establece una relación entre los interlocutores similar a “la que se da entre un juez que revisa evidencias y un suplicante que intenta estar a la altura de una carga de la prueba imposible de descifrar”⁸⁹⁸.

Somos deudores en este sentido de la poderosa herencia de Hegel (o de las interpretaciones tradicionales de éste) y sobre todo de Nietzsche, al que Butler lamenta haber abrazado de forma algo acrítica en obras anteriores como *Mecanismos psíquicos del poder*⁸⁹⁹. El pensador de Röcken, como hemos explicado en capítulos anteriores, desarrolla una potente (y sugerente argumentación) que fundamenta la subjetividad sobre una escena de violencia originaria en la que la capacidad ética emerge con posterioridad a una interpelación de carácter duramente acusativo. De esa forma, la reflexión sobre mí mismo, la necesidad de dar cuenta de mí y de mis actos, es decir, mi responsabilidad moral, se construye sobre el miedo y el terror.

Vaya por delante que Butler valora la agudeza nietzscheana cuando éste afirma que uno sólo inicia el relato de sí mismo frente a un “tú”, pero se pregunta si debemos dar por sentado que el miedo es la única forma de relacionalidad posible. En este sentido afirma que “bien puede existir un deseo de conocer y entender que no es alimentado por el anhelo de castigar, y un deseo de explicar y narrar que no es impulsado por el terror al castigo”⁹⁰⁰.

El propio Freud se alinea con Nietzsche en algunas de sus obras fundamentales como *El malestar de la cultura* o *Tótem y tabú*. En ambas, el vienés considera que la conducta humana viene motivada por el miedo al castigo más que por el deseo de hacer el bien. El sujeto, erigido sobre una escena de represión, tiene así su fundamento en una relacionalidad basada en la violencia⁹⁰¹.

Foucault, no obstante, trata de sustituir este modelo represivo por uno de carácter productivo. La moral no es fruto tanto de un castigo directo o de una represión

⁸⁹⁷ Véase *Idem*.

⁸⁹⁸ *Ibid.*, p. 91.

⁸⁹⁹ Butler escribe: “En *The Psychic Life of Power* tal vez me apresuré demasiado a aceptar esa escena punitiva de instauración para el sujeto”. *Ibid.*, p. 28.

⁹⁰⁰ *Ibid.*, p. 23.

⁹⁰¹ *Ibid.*, p. 30.

originaria sino que podría entenderse mejor en relación con los códigos normativos que la relacionalidad social impone a sus sujetos para producirlos. De este modo, la violencia deja de ser el único modelo relacional posible y pasa a ser no más que una posibilidad entre otras tantas que la sociedad tiene de “normalizar” las relaciones humanas. Vivimos en una sociedad fundamentada en la violencia, establecemos modos de relacionarse violentos, creamos sujetos éticamente violentos. Pero lo más importante de todo es que no existe ningún tipo de necesidad en este esquema.

Adriana Cavarero, desde una perspectiva arendtiana, intenta perfilar otro campo posible para la acción moral y, por tanto, un nuevo horizonte para la formación de los propios sujetos. Partiendo de un enfoque radicalmente antinietzscheano, afirma que toda relación ética debe fundarse en la pregunta “¿quién eres?”, pero que esta pregunta no debe ser instrumentalizada necesariamente como “¿quién hizo esto a quién?”, sino que debe entenderse como la pregunta que se realiza a todo recién llegado. Así, frente a la relacionalidad basada en la acusación, Cavarero llama la atención sobre la posibilidad de altruismo que encierra la pregunta por el otro.

Cavarero critica la visión nietzscheana de una ética esencialmente atada a la destrucción y el sufrimiento, y considera que el ser humano puede establecer maneras más humanas de relacionarse fundamentadas en que todos y todas somos, al fin y al cabo, seres expuestos unos a otros en nuestra vulnerabilidad y singularidad.

Somos seres expuestos en virtud de nuestra corporeidad, y es precisamente ésta la que nos hace insustituibles. Vemos que la visión de Cavarero se complementa en gran medida con la teoría butleriana expuesta en su obra *Cuerpos que importan*. Es la corporalidad la que nos hace personas únicas y la que a la vez nos iguala a las demás. Es también la corporalidad la que nos expone a los demás y nos instala en la esfera pública. Al mismo tiempo, como afirmamos anteriormente, somos seres opacos, limitados. Todos estos factores dibujan un horizonte para repensar la acción ética y política:

“Podríamos pensar una interpretación poshegeliana de la escena del reconocimiento en la cual la opacidad para mí misma acarrea, precisamente, mi capacidad de otorgar cierto tipo de reconocimiento a otros. Sería acaso, una ética basada en nuestra ceguera compartida, invariable y parcial con respecto a nosotros mismos. (...) A mi parecer, la suspensión de la demanda de autoidentidad o, más particularmente, de completa coherencia contrarresta cierta violencia ética, que nos exige manifestar y mantener

esa identidad con nosotros mismos en todas las ocasiones y requiere que los demás hagan otro tanto”⁹⁰².

No sé quién soy. Soy un extraño sujeto “queer” en un mundo difícil de entender. Soy un nudo inestable, una serie de coordenadas donde me ubico en difícil equilibrio. Perdóname el hecho de no poder ser más explícito a la hora de hablarte de mí. Y sin embargo,... ¿quién eres? Te ruego que no malinterpretes mi pregunta. Te necesito para entenderme y no pienso juzgarte en virtud de las carencias de tu relato. Creo que juntos, o juntas, podemos hacer grandes cosas, cosas que jamás habríamos soñado.

La teoría de Cavarero sustituye la violencia por una disposición basada en la humildad y la generosidad, pues “necesitaré ser perdonada por lo que no puedo conocer del todo, y me veré en la obligación similar de ofrecer perdón a otros”⁹⁰³.

Si en la pregunta “¿quién eres?” conseguimos instalar más que un deseo de juzgar, un verdadero deseo de (re)conocer al otro, esta pregunta debe enunciarse sin la pretensión de obtener una respuesta definitiva, pues la única manera de mantener vivo este deseo como tal es abocarlo a no resolverse nunca en una respuesta acabada o definitiva. En palabras de Butler:

“Cuando solicitemos conocer al otro o le pidamos que diga, final o definitivamente, quién es, será importante no esperar nunca una respuesta que sea satisfactoria. Al no buscar satisfacción y al dejar que la pregunta quede abierta e incluso perdure, permitimos vivir al otro, pues la vida podría entenderse justamente como aquello que excede cualquier explicación que tratemos de dar de ella. Si el dejar vivir al otro forma parte de alguna definición ética del reconocimiento, entonces, tal definición no se basará tanto en el conocimiento como en la aprehensión de límites epistemológicos”⁹⁰⁴.

Dejemos paso a una nueva concepción de la subjetividad basada en el reconocimiento de los límites epistemológicos. Alejémonos de la identidad en el sentido esencialista y abracémosla como error necesario. Una identidad fragmentada que sirva como débil elemento de contención de la subjetividad y que permita la afiliación política con otros sujetos desde la tolerancia y el respeto a las diferencias. Una identidad

⁹⁰² *Ibid.*, p. 62.

⁹⁰³ *Ibid.*, p. 63.

⁹⁰⁴ *Idem.*

“soft”, que se aleje del modelo impositivo (para con los demás y para consigo mismo) y que permita el establecimiento de relaciones ético-políticas más humanas y democráticas.



CAPÍTULO 5

Sujeto y agencia. Reconstrucción personal de la teoría butleriana

5.1. Sujetos “queer” por la democracia

“Vamos, Mickey, volemos... como en los cómics.
Yo soy superman. ¡Voy a enseñarte el mundo!”
Brian Kinney, personaje de la serie *Queer as folk*.⁹⁰⁵

A continuación, voy a desarrollar una serie de tres epígrafes donde intentaremos recopilar parte de lo hasta aquí expresado en relación al sujeto y la agencia, al objeto de hilar a dicha síntesis una serie de aportaciones propias que consideramos interesantes y clarificadoras, especialmente buscando sus aplicaciones prácticas en materia de educación.

El primero de ellos, éste, se centra en la nueva visión butleriana de la subjetividad, una vez explicada en capítulos anteriores la evolución de nuestra pensadora a raíz de más de veinte años de investigación y críticas. A continuación haremos lo propio, en el epígrafe 5.2, con la agencia. Hemos de advertir que separar ambos temas es una tarea complicada, por cuanto la subjetividad y la agencia son dos instancias que desde el paradigma postestructuralista se visibilizan como una sola. Deben leerse, por tanto, prácticamente como si fueran uno solo. Tanto el feminismo de la igualdad como el de la diferencia, siempre hablando en términos generales y pese a sus claras discrepancias, habían compartido una visión esencialistas del sujeto, bien en la forma de “sujeto universal” o bien en la de “sujeto femenino”. Este marco convertía a la política en una herramienta para modificar las condiciones de las personas pero no de la subjetividad en sí, nexos de unión, anclaje natural donde justificar una serie reivindicaciones atemporales. Sin embargo, en las últimas décadas han aparecido propuestas que han puesto en cuestión estos cimientos. Como veremos a continuación, teorías como la de Audre Lorde, Donna Haraway o Chela Sandoval, entre otras, han servido de inspiración a Butler y otras pensadoras contemporáneas para poner en el eje

⁹⁰⁵ *Queer as folk* es una producción televisiva coproducida por EE.UU. y Canadá adaptando la anterior versión británica de la serie del mismo nombre. Narra las peripecias cotidianas de un grupo de cinco amigos homosexuales que podrían responder (o no) a cinco estereotipos gays. Las cinco temporadas han sido televisadas en numerosos países acumulando índices de audiencia insospechados por su divertida e interesante fusión de drama, comedia, sexo y política. El título está inspirado en la expresión “There’s nought (not) so queer as folk” (“no hay nada tan extraño como la gente”) oriunda de ciertas regiones del norte de Inglaterra, destacándose el juego de palabras con el concepto “queer”, traducible como “extraño” o como “gay”.

de su filosofía a una subjetividad inestable, alternativa, zurda. Desde esta nueva perspectiva la subjetividad se presenta como una entidad contaminada, en constante lucha y transformación. De esta manera, la subjetividad deja de ser un suelo firme donde asentar la política y pasa a ser, fundamentalmente, una instancia que se performa en el ejercicio de su agencia. Así, el sujeto, tanto su psique, como su cuerpo y su lenguaje, transforman el mundo y se autotransforman a la vez. Es necesaria la modificación constante de la subjetividad en la acción política y eso convierte al propio sujeto en el principal responsable del mantenimiento del “status quo”. No hay política sin riesgo y el sujeto, en la mayoría de las ocasiones, termina siendo el vehículo por el cual el poder se perpetúa. O no, pues el propio sujeto muta hacia lugares inesperados provocando movimientos no previstos por el poder o, mejor dicho, caminos por los que el poder transitará en adelante. El sistema sujeto-poder podemos describirlo como una gran maquinaria estabilizadora que, amparada en supuestas evidencias y verdades, trata de clonar las identidades y convertirlas a la par en las guardianas del sistema. Un sistema que se mantiene por el miedo (miedo a las represalias, miedo al cambio, miedo a la transformación personal) y por la inercia. Pero un sistema también que falla necesariamente, pues la encargada de transmitirla y consolidarla es una subjetividad imperfecta, extraña (“queer”), llena de deseos contaminados, de inquietudes que no deberían estar ahí. Una subjetividad que en el ejercicio de su agencia, más allá de sus intenciones, despliega toda una cadena de acontecimientos no previstos, acontecimientos que la transforman y la llevan hacia universos antes insospechados. Un sujeto que ya no busca las respuestas en su esencia (esta no existe más que como ficción), sino en su naturaleza frágil, vulnerable, abierta, que no busca el paraíso original sino que sueña con la guerra de las galaxias. Pero un sujeto humano, muy humano, humanista, a pesar de las numerosas críticas tendentes a desacreditar la teoría butleriana. Ciego para los grandes proyectos universales, eternos, pero sutil para la detección de injusticias, para criticar y erradicar el sufrimiento humano.

El segundo epígrafe, numerado 5.2, se centra en la agencia. Desde la visión butleriana los interrogantes a responder son: ¿cómo es posible la agencia desde presupuestos inestables?, ¿es aún posible hablar de una acción voluntaria del sujeto?, ¿en qué medida?, ¿desde que parámetros?, ¿puede la subjetividad discriminar entre buenas y malas acciones?, ¿basándose en qué?, ¿no sería deseable restituir el sujeto soberano o la subjetividad femenina natural, pese a su carácter etnocéntrico y las exclusiones provocadas, como la única posibilidad de ejercer la acción política

encaminada a fines? Para responder a estas preguntas repasaremos la evolución que sufre la agencia butleriana desde su primera formulación (el modelo drag) a la actual (teoría de la performatividad). Además, como aportación personal, propondremos un marco donde poder diferenciar las buenas de las malas acciones: el sensualismo. Reflexionaremos para finalizar en torno a la posibilidad de generar alianzas (precarias, contingentes, tal vez estratégicas) con otras propuestas contemporáneas como el “paradigma del desarrollo humano” (también llamado “enfoque de las capacidades”) de M. Nussbaum.

El tercer epígrafe de este capítulo es, tal vez, el más personal de todos. Trata de narrar desde una perspectiva sociológica el mecanismo por el cual el género se perpetúa. Creemos que éste se impone a través de unos dispositivos genéricos que se aplican a los individuos cada vez a una edad más temprana. Podríamos afirmar que los avances científicos y tecnológicos han conseguido llevar estos dispositivos aún más lejos, hasta el feto. Las dos cuestiones más interesantes probablemente a este respecto son: que en primer lugar, los dispositivos actúan por pura inercia y; en segundo lugar, nosotros y nosotras somos quienes constantemente los activamos, revitalizamos, e incluso iteramos hacia paraísos insospechados sin pretenderlo. Desde un punto de vista más general, nosotros somos los grandes dispositivos de seguridad (de ahí el extraño título del epígrafe). Aunque afortunadamente imperfecto. Los guardianes del palacio abandonado. Víctimas y verdugos a la vez. Forjaremos de nuevo el sexo en y sobre el cuerpo de nuestros hijos e hijas para que ellos y ellas hagan lo propio con sus vástagos. Crearemos un refugio de humanidad sexuada, aun a expensas de tener que vallarlo y desplazar al exterior a muchas personas. Y todo ello con la inestimable colaboración de la institución educativa, gran dispositivo genérico estatal. Pero no nos adelantemos tanto, empecemos este capítulo por el principio.

El sujeto ha sido históricamente el eje de la acción política. La subjetividad esencial, transparente, ha marcado el punto de partida y los objetivos a seguir en materia de transformación social. Y el feminismo no ha sido una excepción, si bien se ha podido apreciar una doble vía en función de una también doble manera de entender la subjetividad. Por un lado, el tradicionalmente llamado feminismo de la igualdad ha defendido una suerte de sujeto humanista, puro, desposeído de toda marca de género. Por el otro, el feminismo de la diferencia ha anclado su propuesta en un supuesto sujeto femenino, la “mujer”. Pero quizás la propia categorización, feminismo de la igualdad-feminismo de la diferencia, oculte más de lo que desvele. Según la opinión de Prado,

nos encontramos ante una falsa oposición generada por ubicar el prisma sobre las discrepancias cuando ambas posturas “comparten mucho más de lo que pudiera parecer a primera vista”⁹⁰⁶. Pero, ¿cuál es este nexo?, ¿cuál es este nudo donde las controversias se desvelan como secundarias? Pues, según Prado, la tierra que comparten ambas posturas se llama esencialismo. Tal vez este hecho pasó desapercibido a nuestra mente dada su inclinación a generar dualidades y categorizaciones. Quizás fuera porque los prejuicios se solidifican en la reiteración de los mismos. La cuestión es que el esencialismo sobre el que se asientan ambas posturas quedó disimulado durante varios lustros hasta que otra forma de entender la política feminista irrumpió en el panorama filosófico. Se suele citar a las feministas de color, chicanas o multiculturalistas como las precursoras de esta crítica al feminismo, fuera cual fuera su versión, pero realmente encontrar el origen de esta crítica resulta complicado, pues más bien parece surgir de la confluencia de múltiples intuiciones, teorías y corrientes de pensamiento.

Para empezar, los referentes son también bastante dispares aunque podemos afirmar que la cuestión estaba ya latente en la propia dialéctica hegeliana. Tal y como analiza Butler en su tesis doctoral de 1984, *Subjects of Desire*, (revisada y ampliada en 1987), la teoría de Hegel se presta a una doble lectura de la subjetividad. Por un lado, pensadores como Kojève, Hyppolite o Sartre han interpretado la dialéctica del amo y del esclavo cual canto triunfal a la autonomía del sujeto. Sin embargo, la alargada sombra de los textos de Nietzsche, Marx, Freud, Husserl y Heidegger, hace que pensadores como Lacan, Derrida, Deleuze o Foucault se acerquen de nuevo a la *Fenomenología del Espíritu*, provocando la apertura de la caja de los truenos de la subjetividad al tratar de entenderla como “splitting” (Lacan), desplazamiento (Derrida) o muerte eventual (Foucault y Deleuze, con infinitud de matices). El *Aufhebung* hegeliano se desvela ante este renovado espíritu como estrategia de reconciliación abocada al fracaso y la subjetividad queda abierta en canal para mostrar su compleja “naturaleza”.

A partir de aquí la diferencia, la falta y la incoherencia dan el relevo a la identidad y la autonomía posibilitándose nuevas formas de entender la subjetividad. Pero la cuestión que nos interesa responder aquí es, ¿cómo se siente esta crítica postmoderna al sujeto dentro del movimiento feminista en general y dentro de la filosofía de Butler en particular? Si bien podemos afirmar que el feminismo de corte “clásico”, en las dos versiones mencionadas anteriormente, goza aún hoy en día de

⁹⁰⁶ Prado Ballarín, María, “¿Qué es el feminismo postestructuralista y por qué se están diciendo cosas tan horribles sobre él?”, p. 79.

buena salud como atestigua el reconocimiento internacional de las propuestas de pensadoras como Seyla Benhabib o Susan Bordo, no resulta menos cierto que multitud de “microfeminismos” se abren paso en el panorama intelectual y político actual. Citemos, a continuación, algunos ejemplos que nos ayuden a entender este cambio de paradigma aún hoy día en proceso.

Audre Lorde describe la subjetividad como “la casa de la diferencia”, haciendo visibles las contradicciones internas de la subjetividad en general y de la subjetividad femenina en particular. Su obra más importante, *Sister Outsider*⁹⁰⁷, es un libro conformado por distintos ensayos destinados a combatir la opresión heteronormativa y sus estrategias para erigir subjetividades oprimidas. Toda la obra de Lorde, quien se define como una guerrera feminista, negra y lesbiana, va encaminada a establecer herramientas para conseguir dar presencia y poder a los sujetos abyectos. Según Lorde, ello pasa por desmontar las bases de la heteronormatividad, como manifiesta, por ejemplo, en su ensayo titulado “Las herramientas del amo jamás destruirán la casa del amo” (“The Master’s Tool Will Never Dismantle the Master’s House”)⁹⁰⁸.

En la misma línea se encuentran figuraciones como la “conciencia opositiva” de Chela Sandoval, el “mujerismo” de Walter, el “desplazamiento desde el centro a los márgenes” de Gayatri Spivak, el “feminismo del Tercer Mundo” de Moraga y Smith, el “mundo zurdo” y la “mestiza” de Gloria Anzaldúa o “el otro inadecuado” de Trinh⁹⁰⁹.

No podemos tampoco olvidar una de las representaciones de la subjetividad que ha tenido más eco en los últimos veinticinco años; nos referimos al sujeto “cyborg” de Donna Haraway. Su *Manifiesto para cyborgs*⁹¹⁰, escrito en 1984, investiga la influencia de la tecnología en la construcción de la subjetividad. Según Haraway, hoy en día es imposible pensar el sujeto omitiendo su condición de entidad híbrida entre lo orgánico y lo artificial. La televisión interactiva, internet, los teléfonos inteligentes, las prótesis biónicas, los marcapasos, los relojes digitales, los medicamentos sintéticos, han pasado a ser elementos cotidianos de nuestras vidas, fusionándose con nuestra propia subjetividad en una sopa fría tecnobiológica. De hecho, las obras de Haraway nos advierten de la imposibilidad de comprender hoy en día lo humano, de acceder a la biología, sin el recurso a una tecnología que nos construye, modifica y define.

⁹⁰⁷ Lorde, A., *Sister Outsider, Essays and Speeches* by Audre Lorde, Berkeley, California, The Crossing Press, 1984.

⁹⁰⁸ *Ibid.*, p. 110-114.

⁹⁰⁹ Véase la obra coral de hooks, b., Brah, A., Sandoval, Ch., et alia, *Otras inapropiables*, Madrid, Traficantes de sueños, 2004.

⁹¹⁰ Incluido en Haraway, D., *Ciencia, cyborgs y mujeres, op. cit.*

Resulta también muy interesante aquí, en nuestra opinión, hacer referencia a los últimos y menos conocidos intereses filosóficos de Donna Haraway. Dando muestras de su siempre pionera actitud intelectual, en la actualidad Haraway investiga la influencia que ha tenido y tiene sobre la subjetividad la convivencia perpetua que el llamado “género humano” ha disfrutado durante toda la historia con los animales⁹¹¹. Desde una visión holística de la Naturaleza, Haraway nos hace ver que es a todas luces irreal el establecimiento de categorías cerradas como “humano”. Si bien este argumento contraviene el sentido común, Haraway nos invita a intentar pensar “lo humano” sin la influencia de la domesticación del ganado, sin la convivencia entre animales domésticos y amos, sin el perro de Pavlov o sin los ratones de laboratorio⁹¹². Comprendemos así que la categoría “humano” ha de entenderse como una entidad ficticia, un invento de la razón para tratar de establecer límites arbitrarios en el continuo animal-humano-máquina. La huella intelectual de estas afirmaciones se dejará sentir en una gran diversidad de propuestas como las de Sadie Plant o Faith Wilding que, englobadas bajo el paraguas de la etiqueta “ciberfeministas”, investigan los fundamentos tecno-contingentes del sujeto del siglo XXI.

En esta misma línea, la obra *Testo Yonki*⁹¹³ merece una alusión explícita por su repercusión dentro y fuera de panorama filosófico hispánico. En esta atrevida obra, Beatriz Preciado investiga la construcción de la subjetividad dentro de lo que ella misma cataloga como el “régimen farmacopornográfico”. La píldora anticonceptiva, los dildos eléctricos, la pornografía como cultura de masas son algunos de los elementos paradigmáticos que, según Preciado, someten al sujeto a una severa reconstrucción permanente de su identidad. Tal y como ella misma afirma en “Farmacopornografía”, artículo publicado en *El País* con fecha de 27 de Enero de 2008:

⁹¹¹ Véase Haraway, D., Begelke, M, *The Companion Species Manifesto: Dogs, People and Significant Otherness*, Chicago, Prickly Paradigm Press, 2003; Haraway, D., *When Species Meet*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2008

⁹¹² Véase Haraway, D., *Testigo_Modesto@Segundo_Milenio. HombreHembra _Conoce_Oncorotón*, *op.cit.*

⁹¹³ Preciado, B., *Testo Yonki*, Madrid, Espasa Libros S.L.U., 2008.

“La sociedad contemporánea está habitada por subjetividades toxicopornográficas: subjetividades que se definen por la sustancia (o sustancias) que domina sus metabolismos, por las prótesis cibernéticas a través de las que se vuelven agentes, por los tipos de deseos farmacopornográficos que orientan sus acciones. Así, hablaremos de sujetos Prozac, sujetos *cannabis*, sujetos cocaína, sujetos alcohol, sujetos ritalina, sujetos cortisona, sujetos silicona, sujetos heterovaginales, sujetos doble penetración, sujetos viagra, etcétera”⁹¹⁴.

Estos sujetos híbridos, tóxicos, requieren de una nueva forma de tratar con la propia idea de naturaleza:

“No hay nada que desvelar en la naturaleza, no hay un secreto escondido. Vivimos en la hipermodernidad punk: ya no se trata de revelar la verdad oculta de la naturaleza, sino que es necesario explicitar los procesos culturales, políticos, técnicos a través de los cuales el cuerpo como artefacto adquiere estatuto natural. El *oncomouse*, ratón de laboratorio diseñado biotecnológicamente para ser portador de un gen cancerígeno, se come a Heidegger. Buffy, la televisual vampiro mutante, se come a Simone de Beauvoir. El dildo, paradigma de toda prótesis de teleproducción de placer, se come la polla de Rocco Siffredi. No hay nada que desvelar en el sexo ni en la identidad sexual, no hay nada escondido. La verdad del sexo no es desvelamiento, es *sex design*”⁹¹⁵.

Estos fragmentos muestran claramente el carácter no sólo permeable, sino (tecnoporno) construido del sujeto. Desde la perspectiva de Preciado es imposible, además de irreal, alcanzar esa Itaca soñada de la subjetividad esencial, natural, biológica, pues las mismas ideas de esencia, naturaleza y biología son construcciones sociales contaminadas creadas con la intención de organizar a los sujetos, orientar sus conductas, manipular sus deseos. No obstante, no percibimos ni un ápice de pesimismo en los libros de Preciado, quien descaradamente apuesta por la reapropiación de la subjetividad desde sus parámetros relacionales, abiertos y contingentes. Considerando que la propia capacidad de rebelión se ha de hallar en aquello que nos habilita, Preciado describe en *Testo Yonki* una serie de estrategias de iteración del poder que ella misma decide poner en marcha por medio de la autoaplicación de testosterona en gel. Esta obra

⁹¹⁴ Preciado, B., “Farmacopornografía”, en *El País*, 27 de Enero de 2008. Puede consultarse en http://elpais.com/diario/2008/01/27/domingo/1201409559_850215.html. Consultado en Abril de 2014.

⁹¹⁵ *Idem*.

constituye uno de los más interesantes intentos filosóficos actuales de posicionarse más allá de la mentalidad convencional, supone, igualmente, un serio intento por desmontar los mecanismos contemporáneos de opresión que se aplican desde la matriz heterofarmaco-pornonormativa a los individuos, en aras de establecer los límites de su construcción y, por supuesto, de su autoconstrucción. Límites que Preciado tensa una y otra vez tratando de dar cabida a excesos psíquicos, deseos abyectos, subjetividades “queer”.

Rosi Braidotti es una de las pensadoras que mejor ha sabido leer la crítica al sujeto que caracteriza gran parte de las reflexiones feministas contemporáneas. Desde presupuestos psicoanalíticos y deleuzianos⁹¹⁶, y enriqueciendo su teoría mediante el debate constante con otras posiciones actuales, especialmente la de Judith Butler, Braidotti desarrolla una concepción del sujeto con matices contingentes a la que llama “sujeto nomade”. Esta bella figuración nos muestra al sujeto como la sedimentación de una serie de huellas, como el registro de múltiples experiencias, como la acumulación de un gran número de cicatrices, más visibles unas, algo menos explícitas otras.

Tal vez lo más interesante sea que este hecho, lejos de constituir una traba para la política feminista, en opinión de Braidotti, abre un nuevo horizonte desde el que pensar la subjetividad y activar la política feminista. Un sujeto fracturado, excéntrico, incompleto, nómade,... ¿sigue siendo útil para los intereses prácticos del feminismo? En opinión de Braidotti:

“Al quedar hecha añicos la seguridad ontológica del sujeto cartesiano, se abre también un camino para analizar el vínculo que se estableció convencionalmente entre subjetividad y masculinidad. En este sentido, la crisis de la modernidad puede entenderse, así lo sostuve en mi *Patterns of Dissonance*, como la destrucción de las bases masculinistas de la subjetividad clásica. En una perspectiva feminista, tal crisis no sólo es un evento positivo, sino también un acontecimiento rico en formas potenciales de fortalecimiento para las mujeres”⁹¹⁷.

El “yo” no es más que una “necesidad gramatical, una ficción teórica que mantiene unidos todos los fragmentos integrados del horizonte siempre huidizo de la

⁹¹⁶ “El sujeto es excéntrico en relación con su yo consciente, a causa de la importancia de estructuras tales como el deseo inconsciente, el impacto de las circunstancias históricas y las condiciones sociales de producción”, en Braidotti, R., *Sujetos nomades*, p. 169.

⁹¹⁷ *Idem*.

propia identidad”⁹¹⁸. No obstante, esta revelación no parece haber sido asumida por todo el movimiento pues, en opinión de la italiana, “las nociones postestructuralistas de la muerte del sujeto filosófico y la crisis de la filosofía con frecuencia encuentran a sus oponentes más vehementes en las mujeres del campo de la filosofía”⁹¹⁹. Esta afirmación, que bien podría haber estado rubricada por la propia Butler, muestra que los conceptos de sujeto e identidad siguen siendo considerados desde muchos sectores como pilares básicos de cualquier acción política y, como no podía ser menos, de la práctica política feminista.

Sin embargo, Braidotti propone “privilegiar concepciones del sujeto entendido como proceso, como complejidad, como interrelación”⁹²⁰, objetivo para el que se hace imprescindible realizar una crítica de la subjetividad femenina, “un concepto que pide ser reconstruido y desencializado”⁹²¹.

Podríamos integrar en este epígrafe otras muchas concepciones actuales de la subjetividad, casi todas encaminadas de alguna u otra forma a reformular la tradicional perspectiva esencialista tan asentada en política, pero no es nuestra intención realizar una catalogación de todas ellas, sino mostrar algunas de las más representativas para poder entender que la concepción postestructuralista butleriana es, a pesar de las airadas reacciones provocadas al respecto, una teoría muy en consonancia con el sentir de muchas otras propuestas encuadradas en los últimos treinta o cuarenta años de reflexión filosófica.

Como ya hemos comentado anteriormente en este estudio, *El género en disputa* supuso un fuerte golpe al feminismo esencialista pues Butler desarrolla una genealogía de los conceptos de sexo, género y deseo, argumentando que las tres categorías no son más que productos de la heterosexualidad normativa. Por lo tanto, no hay nada de natural en el sexo, es decir, no hay sujeto esencial al que aferrarse. Pero lo que aquí queremos matizar es hasta dónde alcanza la crítica butleriana. Butler considera el sexo en general, y la categoría “mujeres” en particular, como una mera estructura apriorística que afirma describir precisamente aquello que realmente performa bajo el sesgo de la exclusión. ¿Supone esto un abandono absoluto del sujeto?, ¿una renuncia tal vez al proyecto humanista que abanderaba el feminismo de la igualdad?

⁹¹⁸ *Ibid.* p. 196.

⁹¹⁹ *Ibid.* p. 69.

⁹²⁰ *Ibid.*, p. 184.

⁹²¹ *Idem.*

Si bien muchas de las críticas al sujeto postestructuralista butleriano argumentan que la propuesta de la norteamericana supone la muerte de la política feminista, hemos argumentado más bien lo contrario tratando de aferrarnos fielmente a sus textos. Pensadoras de la talla intelectual de Seyla Benhabib han tildado la filosofía butleriana de “postmoderna” y de celebrar la muerte del sujeto. Otras, no menos reputadas como Bordo, han afirmado que su filosofía es “idealista” y que su antibiologicismo la conduce a afirmar que el discurso es fundacional y a leer el cuerpo como un texto cuyos significados pueden ser analizados de una forma abstraída de la experiencia, la historia, la práctica material y el contexto⁹²².

Con respecto a la primera de estas críticas, Butler ha dedicado no pocas páginas de su obra a clarificar su postura. Hemos destacado como textos fundamentales para entender esta cuestión tanto “For a Careful Reading” como “Contingent Foundations”. En ambos artículos, nuestra pensadora manifiesta no saber muy bien a que se refieren sus críticos cuando la llaman “postmoderna”, pues tal adjetivo ha sido generalmente enarbolado para desacreditar a un gran número de posiciones que poco o nada tienen en común, como la deconstrucción, el psicoanálisis lacaniano, la teoría del poder foucaultiana o el conversacionalismo de Rorty⁹²³. En resumen, Butler considera que la “postmodernidad” se entiende como un compendio difuso de teorías que supuestamente defienden la muerte del sujeto y que abocan al relativismo cultural, en el mejor de los casos, al más absoluto nihilismo en el peor⁹²⁴. Menciona además de manera muy inteligente que la expresión “pensamiento postmoderno” también podría haberse utilizado para destacar aspectos positivos de estas teorías, entre las que se incluye la suya, como por ejemplo la decidida apuesta por el ejercicio crítico o la vinculación del conocimiento y el poder.

Con respecto a la crítica de Bordo, que afirma que la teoría butleriana defiende que el discurso es fundacional y que omite negligentemente la realidad de la experiencia, la historia y el contexto en el que se encuadra la lucha feminista, no podemos más que mostrar nuestro más absoluto asombro. En primer lugar, porque como ya hemos afirmado anteriormente, Bordo pasa por alto la influencia derrideana que subyace a la teoría de la performatividad desde sus orígenes, si bien es cierto que

⁹²² Véase Bordo, S., “Postmodern Subjects, Postmodern Bodies, Review Essay of Judith Butler's *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*”, p. 170. Véase también el análisis que hace de esta crítica Patricia Soley-Beltran en su obra *Transexualidad y la matriz heterosexual*, p. 176-177.

⁹²³ Véase Butler, J., “Contingent Foundations: Feminism and the Question of *Postmodernism*”, p. 4.

⁹²⁴ Véase *Ibid.*, p. 6.

Butler perfila y aclara esta cuestión en *Cuerpos que importan* y en textos posteriores. En segundo lugar, consideramos que es muy injusto acusar a Butler de desatender, descuidar o despreciar los contextos sociales cuando si por algo se caracteriza su propuesta es precisamente por haber introducido en la reflexión del sujeto la influencia de la construcción cultural. En el mismo orden de cosas, podemos afirmar que el neófito encontrará realmente difícil leer más de diez páginas de cualquier libro, artículo o entrevista butleriana, sin toparse con alguna preocupación concreta, real, material, o como quieran catalogarlo. Butler se muestra sensible a la problemática de la mujer, de la raza, a las inquietudes de gays, lesbianas, bisexuales y transexuales. Del mismo modo se muestra preocupada y participa activamente en causas contra la guerra, contra la política conservadora post 11 de septiembre o contra la censura. Todo ello debería llevarnos a pensar muy seriamente si realmente Butler propugna una muerte del sujeto o un abandono del proyecto humanista. Y tal vez sería conveniente que, en este tema tan resbaladizo, dejemos que Butler se exprese con sus propias palabras:

“Lo que continua importándome más son los siguientes tipos de preguntas: ¿qué y qué no constituirá una vida inteligible, y cómo los presupuestos sobre el género normativo y la sexualidad determinan de antemano lo que será calificado de *humano* y *vivable*?”⁹²⁵

No sabemos muy bien como interpretarán estas líneas, pero para nosotros queda claro que en su teoría aún resuenan, y lo decimos en el mejor de los sentidos posibles, un claro proyecto político de marcado carácter humanista. Aunque en ésta, como en tantas otras ideas, tendremos que matizar su posición. Si bien nuestra pensadora rehuye constantemente de las etiquetas, podríamos tener una somera impresión de las características generales si catalogáramos su teoría de antifundacionalista:

“Si puede haber una modernidad sin *fundacionalismo* (quizás esto es lo que significa la postmodernidad) entonces será una en la cual los términos clave de sus operaciones no estarán completamente garantizados a priori, una modernidad que asuma una forma futura para las políticas que no pueden ser anticipadas completamente: y esta será

⁹²⁵ “What continues to concern me most is the following kinds of questions: what will and will not constitute an intelligible life, and how do presumptions about normative gender and sexuality determine in advance what will qualify as the *human* and the *livable*?” Introducción de 1999 a *Gender Trouble*, p. XXII.

una política de esperanza e inquietud, lo que Foucault llamaba *una política del malestar*⁹²⁶.

De esta manera podemos afirmar que Butler persigue un claro humanismo, si es que se nos permite hacer uso de esta secuestrada categoría, pero de carácter antifundacionalista, antiesencialista y antimetafísico. Tal y como expresa en *Lenguaje, poder e identidad*, apuesta por “mancillar” sin prejuicios grandes conceptos clave de la modernidad como “sujeto” o “universalidad”. El objetivo no sería la elaboración de un nuevo concepto de universalidad o de sujeto más comprensivos, sino de la arriesgada apuesta de considerarlos categorías abiertas, contingentes, en constante e infinita revisión⁹²⁷. Por lo tanto, parece bastante evidente el enérgico compromiso con la deconstrucción de la subjetividad y con un nuevo proyecto político actual, abierto, democrático.

En esta línea, Butler publica en 2004 la que es, probablemente, su obra más humanista, *Deshacer el género*. En ella deja claros los límites de su proyecto:

“Me gustaría comenzar, y finalizar, con la cuestión de lo humano y de quién se considera como humano, y con la cuestión relacionada de qué vidas se consideran como tales...”⁹²⁸.

Tal y como afirma en esta misma obra, lo humano no es una certeza metafísica sino un “tarea”, una entidad imposible de capturar de una vez y para siempre⁹²⁹.

Pero llegados a este punto una terrible duda nos asalta, ¿quién debe ejercer el protagonismo en tamaña empresa? Frente al sujeto moderno y su vedada tiranía excluyente, damos hoy la bienvenida al sujeto sucio, impuro, mestizo, cruce de camino de multitud de intereses, necesidades y maneras de entender la existencia, abrazamos hoy, más que nunca con pasión al sujeto “queer”:

“Esta convergencia e interarticulación es el destino contemporáneo del sujeto. En otras palabras, el sujeto como entidad idéntica a sí mismo ya no existe.

⁹²⁶ Butler, J., *Lenguaje, poder e identidad*, pp. 258.

⁹²⁷ Véase Butler, J y Scott, J, W. (eds.), *Feminists Thorize the Political*, pp. 7-8.

⁹²⁸ Butler, J., *Deshacer el género*, p. 35.

⁹²⁹ Véase *Ibid.*, p. 30.

Es por ello que la generalización temporal que realizan las categorías de identidad es un error necesario. Y si la identidad es un error necesario, entonces será necesario afirmar el término *queer* como una forma de afiliación, pero hay que tener en cuenta que también es una categoría que jamás podrá describir plenamente a aquellos a quienes pretende representar. Como resultado de ello, será necesario ratificar la contingencia del término: permitir que se abra a aquellos que quedan excluidos por el término pero que, con toda justificación, esperan que ese término los represente, permitir que adquiriera significaciones que la generación más joven, cuyo vocabulario político bien puede abarcar una serie muy diferente de investiduras, aún no puede prever⁹³⁰.

He aquí el nuevo protagonista de la política, el sujeto “queer”, desviado, raro, extraño. Un protagonista menor, lleno de defectos, pero, precisamente por eso, un protagonista con el que es fácil identificarse. Tal y como se titula la serie de la que hemos extraído el fragmento que encabeza este epígrafe: *Queer as folk*, tan extraño como cualquiera, tan extraño como tú y como yo. Un David cuya fuerza no debe menospreciarse. Primeramente, porque puede ser un lugar común para muchos, tal vez para todos los sujetos reales. Esta es la razón por la que una filosofía como la de Butler es sensible a múltiples reivindicaciones políticas y, sin embargo, escapa de cualquier afiliación severa. Y, en segundo lugar, porque el sujeto “queer” encarna a la perfección un sueño tantos siglos ansiado por el pensamiento político occidental: la democracia.

Y en este punto, Butler lucha con sus contradicciones internas. Su filosofía se equilibra en un novedoso punto de inflexión entre la postmodernidad y la modernidad. En ese sentido, podemos afirmar que Butler pretende una superación de la modernidad en el más puro sentido hegeliano del concepto superación. Erige un nuevo anclaje, el sujeto “queer”, para revitalizar un proyecto tan moderno como es la democracia. De esta forma, se posiciona claramente en las antípodas del relativismo y defiende su preferencia por la democracia frente a otros modelos políticos. ¿No es una contradicción reivindicar de una parte la naturaleza inesencial del sujeto y mantener no obstante la dirección unívoca de su acción? Existe cierta incoherencia en describir la subjetividad como ese lugar en continua revisión donde las alianzas se establecen y se diluyen en función de objetivos fluctuantes, y esa voluntad rígida butleriana por privilegiar un

⁹³⁰ Butler, J., *Cuerpos que importan*, p. 323.

proyecto político, el democrático, sobre cualquier otro. Aunque esta incoherencia es relativa según interpretemos el propio concepto “democracia”.

La democracia debe ser entendida como un proyecto político en continua revisión y cambio, un proyecto que tiene como objetivo la construcción de un mundo “más humano”. ¿Y qué significa “más humano”? ¿quién lo decide? Y es en este punto donde la propuesta butleriana puede adquirir una suerte de coherencia circular o llamémosla, tal vez, momentánea coherencia en la incoherencia: lo “humano” es una instancia abierta, democrática, “queer”.

Somos conscientes de que este argumento puede dejar perplejo a un gran número de personas ancladas en el pensamiento clásico, basado éste en que toda teoría debe tener un principio firme a partir del cual fundamentarse. La teoría butleriana requiere un cambio radical de perspectiva. El principio firme no existe, es el único falso, un engaño, una tiranía de la razón. En su nombre se han cometido las más grandes atrocidades de la historia. Nos sentimos muy poco originales citando aquí los crímenes de Auschwitz.

Es por todo esto que unos párrafos más arriba nótese que escribimos que “Butler lucha con sus contradicciones internas” y no “en contra de”. Porque la contradicción, la incoherencia, son males necesarios, males en virtud de un bien mayor: la erradicación política de la verdad absoluta, de la exclusión, de la intolerancia.

Sujetos queer y democracia, dos instancias en continua revisión y cambio. Una propuesta en equilibrio inconstante que adquiere su fuerza precisamente en el diálogo sin fin y en la puesta en cuestión y crítica permanente de ambos elementos. Una propuesta paródico-política a la altura del siglo XXI. Vamos allá, ¿estás preparado/a? Volemos y descubramos el mundo juntos.

5.2. Agencia y (auto)transformación desde un punto de vista sensualista

“Si quisiera podría ser un hombre de verdad. Ya sabes, hablar con voz más grave, dejar de gesticular con las manos... asegurarme de que mi cara carece de expresión alguna... nunca utilizar palabras como “fabuloso” o “divino”... hablar de, yo qué sé, de cuántas tías me he ligado o de beisbol. Pero yo prefiero llevar la antorcha en vez de ser la llamita del calentador.”

Emmet, personaje de la serie *Queer as folk*.

En el presente epígrafe vamos a desarrollar una serie de reflexiones en relación a la capacidad para la agencia de la subjetividad butleriana, esa que hemos descrito como postestructuralista, “queer”.

Tradicionalmente la agencia se ha interpretado como la capacidad de la subjetividad para actuar. Las feministas, defendiendo una supuesta subjetividad esencial, bien universal (feminismo de la igualdad), bien femenina (feminismo de la diferencia), encontraron asiento para ejercer la política como colectivo. El futuro es pues una empresa que trata de reconciliar la realidad social de las mujeres con los derechos que, por cuestiones naturales, le pertenecen. Una reconciliación con la esencia, una vuelta al útero, al paraíso original. Pero, ¿quién decide en qué consiste esa esencia?, ¿cuáles son las reivindicaciones políticas a priorizar? El último cuarto de siglo XX desveló que el feminismo, siendo un movimiento liberador para algunas mujeres, se erigía sobre toda una maquinaria de exclusiones y dominación. Narrada la historia en sentido inverso, las mujeres que no se sentían identificadas con la lucha feminista fueron silenciadas, desoídas, desplazadas a los márgenes. Y es entonces cuando algunas mujeres comienzan a establecer alianzas con otros colectivos (gay, trans, etc.), otras subjetividades discriminadas catalogadas de anómalas por los aparatos de poder entre los que podríamos incluir al feminismo ya institucionalizado: el feminismo occidental, blanco, de clase media.

Roto el maravilloso sueño de la esencia, ahora es necesario transitar la alternativa y evaluar sus posibilidades: ¿es posible un feminismo “queer”?, ¿un feminismo construccionista donde aún haya espacio para ejercer la política y para diferenciar las buenas de las malas acciones?

Para empezar, recopilaremos las reflexiones butleriana en relación al modelo drag y sus posteriores reformulaciones. A continuación, de la mano de Soley-Beltran nos adentraremos en una de las interpretaciones más interesantes de la teoría butleriana. Conocedora de su propuesta y de las críticas generadas desde el feminismo académico, Soley-Beltran decide acercarse a la subjetividad y la agencia desde el ámbito de la sociología. Comprenderemos así cómo funciona en la práctica diaria la performatividad butleriana. Tal y como expondremos, inmersos en una gran estructura que funciona como profecía autocumplida y se perpetúa gracias a la “psicología folk”, el margen de maniobra se estrecha peligrosamente y la voluntad queda reducida a la “intuición” o espejismo de la misma. De la mano de Derrida investigaremos a continuación los fallos, cortocircuitos y excesos de esta maquinaria, su “instinto” de autopreservación y su éxito, afortunadamente parcial. Ahí se encuentra la brecha que algunas subjetividades tratan de enmendar y otras tratan de habitar desde un voluntarismo altamente condicionado o desde un condicionamiento matizado, según se mire. Ni libertad absoluta, ni determinismo: agencia desde, y precisamente gracias a, la construcción siempre incompleta, siempre, al menos, parcialmente fallida.

No obstante, y pese a que Judith Butler afirma en más de una ocasión que la impronta derrideana ya se encontraba en *El género en disputa*, creemos que nuestra pensadora tuvo que clarificar y madurar su teoría de la agencia como performatividad en sus obras posteriores.

Finalmente en este epígrafe nos gustaría incluir algunas aportaciones personales a la propuesta butleriana en relación a estas cuestiones. Hemos creído encontrar en su teoría un residuo muy interesante de algo bastante cercano a la dialéctica negativa defendida por Adorno y a los análisis de los excesos psíquicos de Marcuse. La propia Butler afirma en la introducción a *Subjects of Desire* cómo la lectura de los textos pertenecientes a la escuela de Frankfurt transformó su tesis doctoral. Y luego silencio. Poco más dice de ellos Butler en sus libros posteriores, pero su espíritu se deja sentir cada vez de manera más clara en sus páginas. Este hecho nos llevará a proponer una ética no violenta desde una especie de sensualismo que posibilitará el nexo de unión entre la propuesta butleriana y otras como la Teoría Crítica y especialmente el

paradigma del desarrollo humano de Nussbaum. Tratamos así de dotar a la teoría de la performatividad de un anclaje que permita orientar la política hacia fines concretos y, además, conduce a esta investigación hacia al ámbito que creemos conocer mejor, el educativo. Estas ideas serán expuestas aquí para su desarrollo en el capítulo final, capítulo dedicado a las conclusiones.

El primer ejemplo que idea Butler para ejemplificar la capacidad de agencia y transformación social de los sujetos la realiza en *El género en disputa* a través de la figura de la drag. Y hemos de reconocer que este modelo de agencia plantea muchos interrogantes.

Butler introduce la práctica drag a través de la idea de performatividad:

“Que el cuerpo generizado sea performativo sugiere que no tiene estatuto ontológico más allá de los diversos actos que constituyen su realidad. Esto también sugiere que si aquella realidad es fabricada como una esencia interior, esa verdadera interioridad es el efecto y la función de un discurso decidido pública y socialmente, la regulación pública de la fantasía a través de la política sobre la superficie del cuerpo, el control de la frontera sexual que distingue interior de externo, e instituye la *integridad* del sujeto”⁹³¹.

Es precisamente en este contexto donde aparece por primera vez la figura drag a partir de las reflexiones de la antropóloga Esther Newton⁹³²:

“Yo sugeriría también que la drag subvierte completamente la distinción entre el espacio psíquico interior y exterior y que se burla eficazmente tanto del modelo expresivo de género como de la noción de una auténtica identidad de género”⁹³³.

⁹³¹ “That the gendered body is performative suggest that it has no ontological status apart from the various acts which constitute its reality. This also suggests that if that reality is fabricated as an interior essence, that very interiority is an effect and function of a decidedly public and social discourse, the public regulation of fantasy through the surface politics of the body, the gender border control that differentiates inner from outer, and so institutes the *integrity* of the subject.” Butler, J., *Gender Trouble*, p. 173.

⁹³² Véase Newton, E., *Mother Camp: Female Impersonators in America*, Chicago, University of Chicago Press, 1972.

⁹³³ “I would suggest as well that drag fully subverts the distinction between inner and outer psychic space and effectively mocks both the expressive model of gender and the notion of a true gender identity.” Butler, J., *Gender Trouble*, p. 174.

Como ya afirmamos anteriormente, la figura de la drag fue tomada como el paradigma de la subversión performativa pero debemos saber leer las palabras de Butler con sumo cuidado. Consideramos que no es fortuito el hecho de que Butler use en el texto citado la expresión “as well” (“también”). Estas palabras parecen indicar que nos encontramos ante una de las muchas prácticas posibles para subvertir las identidades de género, aun cuando un gran número de sus más airadas detractoras consideraron que lo que Butler defendía era que la práctica drag era la “única” forma posible de subvertirlas. Sara Salih, una de las máximas conocedoras de la filosofía butleriana, tratando de salvar las verdaderas intenciones de nuestra pensadora afirma, irónicamente, que:

“...no sería enteramente práctico para usted travestirse mañana para ir al trabajo, pero seguro que debe haber actos performativos menos dramáticos que efectivamente llamarán la atención en relación a la construcción del género y a su naturaleza construida”⁹³⁴.

Tal y como hemos afirmado en más de una ocasión, creemos que Butler saca a la palestra la figura de la drag no tanto con la pretensión de ensalzarla como el paradigma de toda subversión sino como una práctica capaz de desmontar los presupuestos en torno al género verdadero:

“La noción de un original o una identidad de género primigenia es habitualmente parodiada dentro de las prácticas culturales drag, travestis, y de la estilización sexual de las identidades *butch/femme*. (...) En la imitación del género, la drag implícitamente revela la estructura imitativa del género en sí - así como su contingencia”⁹³⁵.

La actuación drag no es una imitación de un original porque el original no existe. Todo género es imitativo, una fantasía performativa sobre la que se idea (y materializa) una fantasía de la fantasía. Con respecto a la mujer o al hombre que imita, la drag no mantiene una relación de lo imitado con respecto al original porque no hay realmente

⁹³⁴ “It might not be entirely practical for you to turn up at work in drag tomorrow, but you’re sure there must be less dramatic performative acts that will effectively draw attention to gender’s constituted and constructed nature.” Salih, S., *op. cit.*, p. 73.

⁹³⁵ “The notion of an original or primary gender identity is often parodied within the cultural practices of drag, cross-dressing, and the sexual stylization of butch/femme identities. (...) In imitating gender, drag implicitly reveals the imitative structure of gender itself- as well as its contingency.” Butler, J., *Gender Trouble*, pp. 174-175.

identidad de género original, natural o esencial. Y, de esta forma, la drag, desplaza con su praxis el propio sentido de original al parodiar el mito de la originalidad misma⁹³⁶:

“La noción de parodia de género defendida aquí no asume que hay un original al que tales identidades paródicas imitan. (...) así que la parodia de género revela que la identidad original tras la cual el género se viste es una imitación sin origen”⁹³⁷.

La drag debería imitar el “original” no con la intención de mimetizarlo (ello es frustrante por imposible), sino de parodiarlo, es decir, reirse de ese supuesto original en cuanto que original. De este modo, la posibilidad de subversión debería hacernos pensar hasta qué punto nosotros y nosotras mismas somos aburridos y aburridas drags en nuestra vida diaria, persiguiendo de forma irrisoria un ideal fantasmático disfrazado de esencia o identidad verdadera.

Además de no poder tomar la parodia drag como modelo exclusivo de subversión, Butler nos advierte de que ni tan siquiera toda práctica paródica es subversiva:

“La parodia no es subversiva por sí misma, y debe de haber alguna manera de entender qué hace que cierto tipo de repeticiones paródicas sean efectivamente disruptivas, verdaderamente problemáticas, y qué repeticiones terminan siendo domesticadas y nuevamente difundidas como instrumentos de la hegemonía cultural”⁹³⁸.

Algunas de estas repeticiones provocan precisamente lo contrario, el refuerzo del sistema hegemónico. Por lo tanto, la pregunta que debemos hacernos ahora es qué tipo de prácticas paródicas son subversivas y cuales no lo son. Como podemos apreciar en *El género en disputa*, Butler se plantea la misma cuestión:

⁹³⁶ Véase *Ibid.*, p. 176.

⁹³⁷ “The notion of gender parody defended here does not assume that there is an original which such parodic identities imitate. (...) so gender parody reveals that the original identity after which gender fashions itself is an imitation without an origin.” *Ibid.*, p. 175.

⁹³⁸ “Parody by itself is not subversive, and there must be a way to understand what makes certain kinds of parodic repetitions effectively disruptive, truly troubling, and which repetitions become domesticated and recirculated as instruments of cultural hegemony.” Butler, J., *Ibid.*, pp. 176-177.

“¿Qué performance provocará una reconsideración del lugar y la estabilidad de lo masculino y lo femenino? ¿Y que tipo de performance de género actuará y revelará la performatividad del género en sí mismo, de manera que desestabilice las categorías naturalizadas de identidad y deseo?”⁹³⁹

En un intento de revisar y matizar su teoría en torno a la figura drag, en *Cuerpos que importan*, Butler intenta mostrar cómo algunas representaciones drag, lejos de alcanzar la subversión, lo que vienen a consumir es, paradójicamente, la consolidación de las identidades de género patriarcalmente establecidas. La norteamericana se acerca a esta cuestión más concretamente en el capítulo final de la primera parte de *Cuerpos que importan*, capítulo titulado “El travestismo ambivalente”. En estas páginas, analiza en profundidad el documental que Jennie Levingston realizó en 1991 bajo el título de *Paris is Burning*, así como algunos personajes hollywoodienses bastante conocidos como los interpretados por Julie Andrews en *Victor, Victoria*, Dustin Hoffman en *Tootsie* o Jack Lemmon en *Some Like it Hot*⁹⁴⁰.

Con Julie Andrews, Dustin Hoffman y Jack Lemmon, Butler quiere mostrar que algunas parodias son precisamente usadas por el sistema para reforzar la heterosexualidad. Los personajes representados por estos tres actores suponen una especie de respiro del sistema manifestándose una falsa naturalidad con las que supuestamente el poder hegemónico tolera la homosexualidad⁹⁴¹. Pero un análisis más pormenorizado nos revela que esta trama homosexual se resuelve siempre en final “chico-chica” o “chica-chico”, donde se identifica “happy-end” con heterosexualidad. Por tanto, Butler llama a estos personajes “alivio ritual”⁹⁴² de la economía heterosexual, en constante vigilancia de sus fronteras frente a lo “anómalo”, tras el único objetivo de su perpetuación.

⁹³⁹ *Ibid.*, p. 177. “What performance where will compel a reconsideration of the place and stability of the masculine and the feminine? And what kind of gender performance will enact and reveal the performativity of gender itself in a way that destabilizes the naturalized categories of identity and desire.”

⁹⁴⁰ En la edición española de *Bodies that Matters*, se traduce *Some like it Hot* como *Una Eva y dos Adanes* siguiendo la traducción de la película realizada para Argentina y México. Al lector español le será más reconocible el título *Con faldas y a lo loco*.

⁹⁴¹ “Éste es el travestismo presentado como gran entretenimiento heterosexual y, aunque estos filmes seguramente son importantes para ser leídos como textos culturales en los cuales se negocia la homofobia y el pánico homosexual, tengo mis reservas para llamarlos subversivos”. Butler, J., *Cuerpos que importan*, p. 185.

⁹⁴² *Idem.* Véase también el análisis de estos personajes que hace Moya Lloyd en “The ambivalence of drag”, epígrafe incluido en *op. cit.*, pp. 66 y ss.

Butler saca a la palestra personajes muy conocidos y psicológicamente bastante planos, encuadrados todos ellos en una trama similar consistente en la necesidad que tiene el/la protagonista de travestirse en aras de conseguir un acercamiento a su amado/a (siempre del sexo opuesto). Ciertamente es que Butler pierde aquí la oportunidad de complementar su análisis saliéndose del circuito de cine convencional y celebrando la creación de personajes más interesantes que realmente sí cuestionan la identidad de género. Pienso, por ejemplo, en el difícil de catalogar Ed Wood, travestido delante y detrás de las cámaras en *Glen or Glenda*⁹⁴³. Por tanto las reflexiones butlerianas nos parecen correctas siempre y cuando no se tomen estos tres ejemplos por la generalidad de los personajes travestidos que nos ha brindado el cine. Es más, Butler parece haber incluso errado gravemente en el análisis de uno de estos personajes. Se supone que los tres representan el paradigma del travestismo no subversivo por resolverse finalmente en “amor heterosexual” pero, ¿cómo pudo pasar por alto Butler que el personaje de Jack Lemmon en *Some Like it Hot* termina finalmente con Osgood, interpretado por Joe E. Brown, sabiendo además éste perfectamente que Lemmon no es una mujer?⁹⁴⁴

Para continuar profundizando en las cuestiones en torno al poder subversivo de la práctica drag a raíz de las numerosas críticas recibidas con inmediatez a la publicación de *El género en disputa*, Butler acude además al análisis de un interesante documental de Jennie Levingston titulado *Paris is burning* y anteriormente citado en este estudio. Para comenzar a deshacer los múltiples malentendidos, Butler afirma:

⁹⁴³ Película pseudo-biográfica que trata la incompreensión de la sociedad hacia un hombre que decide vestirse de mujer. Wood investigó anteriormente el personaje de Glen/Glenda en sus dos novelas *Killer in drag* y en su secuela *Death of a Travestite*, donde el protagonista defiende hasta última hora su derecho a ir a la silla eléctrica vestido de mujer.

⁹⁴⁴ A continuación y para disfrute del lector o lectora, reproducimos el diálogo final de *Some like it hot*, (1959) de Billy Wilder:

“- Hablé con mamá, estaba tan contenta que hasta lloró. Quiere que lleves su vestido de novia, es de encaje blanco.

- Osgood, no puedo casarme con el vestido de tu mamá. Seguro que ella y yo no tenemos el mismo tipo.

- Podemos arreglarlo.

- Oh, no hace falta. Osgood, he de ser sincera contigo; tú y yo no podemos casarnos.

- ¿Por qué no?

- Pues, primero porque no soy rubia natural.

- No me importa.

- Y fumo. ¡Fumo muchísimo!

- Me es igual.

- ¡Tengo un horrible pasado! Desde hace tres años estoy viviendo con un saxofonista.

- Te lo perdono.

- Nunca podré tener hijos.

- Los adoptaremos.

- No me comprendes, Osgood. Soy un hombre.

- Bueno, ... nadie es perfecto.”

“Venus y, de manera más general, *Paris en llamas*, plantea si hacer una parodia de las normas dominantes basta para desplazarlas; en realidad, si la desnaturalización del género no puede llegar a ser en sí misma una manera de reconsolidar las normas hegemónicas. Aunque muchos lectores interpretaron que en *El género en disputa* yo defendía la proliferación de las representaciones travestidas como un modo de subvertir las normas dominantes de género, quiero destacar que no hay una relación necesaria entre el travesti y la subversión, y que el travestismo bien puede utilizarse tanto al servicio de la desnaturalización como de la reidealización de las normas heterosexuales hiperbólicas de género”⁹⁴⁵.

París en llamas es un documental que muestra las llamadas “drag balls”, concursos de moda e imitación entre travestis en Nueva York, más concretamente en Harlem, donde lo “underground” tensa la frágil cuerda de lo políticamente correcto. Así, *París en llamas* es una producción impactante sobre los rituales de la cultura “drag-queen” suburbana y las cuestiones filosóficas que esta práctica plantea en torno a la identidad racial y de género. Los participantes, casi en su totalidad personas de color o de origen latino, compiten por ganar en diferentes categorías (“Executive Realness”, “Miss Cheesecake” o “Ivy League Student”)⁹⁴⁶. La aspiración de todos durante esta representación es alcanzar la mayor “veracidad”, “realidad” en su imitación del modelo, o, como dice Butler, “producir el efecto de naturalizado”⁹⁴⁷. De este modo, Lloyd considera, siguiendo la propia interpretación de Butler, que “es difícil ver estas *performances* como subversivas. Es más, uno podría argumentar que más bien refuerzan las normas hegemónicas de género”⁹⁴⁸.

Por lo tanto, frente a lo provocador que pueda albergar la cinta, “también hay una reiteración de las normas que no pueden llamarse subversivas, pero que conducen a la muerte de Venus Xtravaganza, una transexual no operada, travesti, prostituta y miembro de *House of Xtravaganza*”⁹⁴⁹. En el documental, Venus afirma, más allá del rol adoptado en las “drag balls”, que ansía encontrar un hombre, casarse, tener niños.

⁹⁴⁵ Butler, J., *Cuerpos que importan*, p. 184.

⁹⁴⁶ Véase *Ibid.*, p. 189.

⁹⁴⁷ “La *autenticidad* no es exactamente una categoría en la que se compite; es una medida que se emplea para juzgar cualquier representación dada dentro de las categorías establecidas. Y, sin embargo, lo que determina el efecto de autenticidad es la habilidad para hacer que el personaje parezca creíble, para producir el efecto naturalizado.” *Idem*.

⁹⁴⁸ Lloyd, M., *op. cit.*, p. 67.

⁹⁴⁹ Butler, J., *Cuerpos que importan*, p. 184.

Más allá de la parodia, “¿cuáles son las normas que Venus debe reinterpretar en su vida diaria? Y más importante aún, ¿cómo se juzga a estos sujetos “en una cultura que parece arreglárselas siempre y de todas maneras para aniquilar lo *anómalo*, lo *anticonvencional* (*queer*)?”⁹⁵⁰

En un principio, toda esa lucha por alcanzar la “autenticidad” en las drag balls constituye un proceder absolutamente fantasmático que a su vez evidencia que las propias normas que regulan la autenticidad se instituyen igualmente de forma fantasmática⁹⁵¹. Pero, por el otro lado, esa pequeña subversión parece alejarse del “happy end” desde el momento en el que la propia matriz normativa parece ubicar a estos sujetos en una marginalidad que los aísla y les impide alcanzar el reconocimiento social en su vida diaria. Mientras la “performance” se limita a la sala de fiesta, Venus es una diosa, una reina y su cuerpo representa la feminidad en su grado sumo. Fuera de la pista la realidad es más cruda. Por lo tanto:

“Está claro que la desnaturalización del sexo, en sus múltiples sentidos, no implica una liberación de la restricción hegemónica: cuando Venus expresa su deseo de llegar a ser una mujer completa, de encontrar un hombre y tener una casa en los suburbios con lavarropas, bien podemos preguntarnos si la desnaturalización del género y la sexualidad que ella actúa –y la representa bien- culmina en la reelaboración del marco normativo de la heterosexualidad. El dolor de su muerte al final del filme sugiere asimismo que hay restricciones crueles y fatales a la desnaturalización”⁹⁵².

Butler afirma que la cinta atestigua “los placeres dolorosos de erotizar y parodiar”⁹⁵³. De esta forma, la conclusión a la que arriba Butler es que “*París en llamas* no documenta ni una insurrección eficaz ni una resubordinación dolorosa, sino una coexistencia inestable de ambas”⁹⁵⁴. Nosotros hubiéramos sido un poco más duros en la interpretación: ¿ambas cosas?, ¿dónde ha visto Butler la “insurrección eficaz”?

El fracaso de la práctica subversiva de estas drags parece total pues, a pesar de que Butler repita una y otra vez que sus “performances” son parodias (fallidas) de las normas de género, nosotros no hemos terminado de ver la parodia por ninguna parte en

⁹⁵⁰ *Ibid.*, p. 183.

⁹⁵¹ Véase *Ibid.*, p. 191.

⁹⁵² *Ibid.*, p. 194.

⁹⁵³ *Idem.*

⁹⁵⁴ *Ibid.*, p. 199.

el documental. Créannos si le decimos que la película es de una dureza emocional extrema por cuanto los protagonistas tratan de imitar el ideal hasta las últimas consecuencias. No lo hacen para poner en cuestión la matriz normativa a través de sus satíricas actuaciones pues sus “performances” carecen absolutamente de cualquier tipo de humor. Venus no pretende desestabilizar las normas de género sino que intenta la difícil tarea de integrarse en ellas. Es por eso de que el objetivo del concurso es alcanzar la “realidad”. Por lo tanto, a nuestro entender, los personajes de *Paris en llamas* no manifiestan una ambivalencia frente a la subversión sino que más bien tratan de pasar camuflados dentro de la heterosexualidad normativa y, por supuesto, que ésta sale reforzada del “juego”. Ni que decir tiene que estos sujetos “anómalos” que tienen como aspiración pasar por lo que la sociedad entiende que no son, son duramente castigados. No vemos la subversión, la “insurrección eficaz”; por ninguna parte porque no hay sátira que desvele la “irrealidad” de la heterosexualidad. No son un grupo de personas que se reúnen para cuestionar y denunciar el sistema mediante la parodia, sino para participar de un “juego” casi clandestino donde una serie de sujetos camuflados refuerzan inconscientemente el sistema a través de su supuesta “falsedad” identitaria.

Por tanto, nos parece insuficiente el hecho de que Butler advierta que sus personajes no son un ejemplo de acción subversiva, pues consideramos que no existe ni un ápice de subversión en las “performances” de estos sujetos, sino más bien un ansia por alcanzar una realidad (la feminidad o la masculinidad) que ellos mismos ignoran que no existe. A pesar de que más adelante, con su teoría de la resignificación del lenguaje, expondrá que la subversión no siempre se hace de manera consciente, hemos de pensar que la subversión de la práctica drag debería de estar al menos en parte guiada por la “intención”, tal vez no de cambiar el status quo, pero sí al menos de reírse de él. Desde esta perspectiva, las identidades *butch/femme* parecen mucho más interesantes como estrategias de insurrección eficaz.

Pensamos que la fuerza y el interés del documental reside en poner de manifiesto la virulencia con la que el sistema responde a las demandas de las personas que protagonizan la cinta. Es precisamente esta virulencia, que alcanza su grado máximo con la muerte de Venus Xtravaganza, la que deja al descubierto la contingencia de las normas que regulan el género y la necesidad, por tanto, que tienen éstas de perpetuarse a través del castigo hacia las personas que se niegan a responder al estereotipo asignado socialmente. Así, nos parece acertado a la par que bello, pensar en Venus como una

especie de inconsciente Antígona moderna. Una Antígona que desafía sin pretenderlo, una Antígona que es aplastada por la matriz de poder.

Durante nuestro estudio hemos hilado un gran número de críticas en relación a la agencia butleriana. Creemos que estas críticas vienen provocadas en muchos casos por una lectura apresurada o interesada de los textos butlerianos pero, no obstante, consideramos que en parte la polémica viene desatada por la propia teorización que esta autora realiza del “yo”. Digeser⁹⁵⁵, por ejemplo, considera que describir el sujeto generizado como puro performativo resulta ser una explicación insuficiente del yo. Modleski⁹⁵⁶ cree que la performatividad reduce el género a una mera acción individual y se suma a las opiniones de Cotter⁹⁵⁷, Cohen⁹⁵⁸ y Weston⁹⁵⁹, quienes creen que la teoría butleriana se asienta sobre un burdo voluntarismo. Kaplan⁹⁶⁰, por su parte, considera que Butler no aporta una idea clara de si existe la libertad en su propuesta y en qué consistiría ésta, y Benhabib, directamente, afirma que la performatividad nos aboca al más absoluto determinismo, opinión que parece ser refrendada por Bordo cuando afirma que, en la teoría butleriana, el lenguaje lo devora todo. Fraser es algo menos dura al considerar que la agencia es posible dentro de los parámetros de la performatividad, si bien el problema surge ante la carencia normativa de la teoría y la consecuente imposibilidad de decidir qué acciones son realmente subversivas y cuáles vale la pena llevar a cabo. Matisons⁹⁶¹, en la misma línea, cree que el concepto de agencia butleriano carece de dirección, pues ésta parece dar protagonismo a las estructuras sociales e históricas frente a la autoconciencia y la capacidad de reflexión⁹⁶².

⁹⁵⁵ Véase Digeser, P., “Performativity Trouble: Postmodern Feminism and Essential Subjects”, en la revista *Political Research Quarterly*, nº 47, pp. 655-673.

⁹⁵⁶ Véase Modleski, T., *Feminism without Women. Culture and Criticism in a Postfeminist Age*, London, Routledge, 1991.

⁹⁵⁷ Véase Cotter, J. M., “Review of Bodies that Matter”, en la Revista *College Literature*, nº 21, pp. 226-231.

⁹⁵⁸ Véase Cohen, E., “Who are We? Gay Identity as Political (E)motion. A Theoretical Ruminantion”, en Fuss, D. (ed.), *Inside/Out: Lesbian Theories, Gay Theories, op. cit.*, pp. 71-93.

⁹⁵⁹ Véase Weston, K., “Do Clothes Make the Woman?: Gender, Performance Theory, and Lesbian Eroticism”, en Revista *Genders*, nº 17, pp. 1-21.

⁹⁶⁰ Véase Kaplan, E. A., “Review of Judith Butler’s Gender Trouble”, en Revista *Signs*, Summer, 1992, pp. 843-848.

⁹⁶¹ Véase Matisons, M. R., “The New Feminist Philosophy of the Body. Haraway, Butler and Brennan”, en *The European Journal of Women’s Studies in Society and History. An International Quarterly*, nº 35, 3, pp. 647-662.

⁹⁶² Estas son no más que algunas de las muchísimas críticas que se han vertido sobre la agencia butleriana. Para profundizar en la cuestión, recomendamos la lectura del epígrafe 7, capítulo 2, “Replicas a El género en disputa”, incluido en Burgos, E., *Qué cuenta como una vida, op. cit.*, y el capítulo 3 de la primera parte, “Butler bajo la lente crítica”, en Soley-Beltran, P., *Transexualidad y la matriz heterosexual, op. cit.*

Estas críticas muestran claramente que la teoría butleriana requiere de una reconstrucción y de una matización que elimine las ambigüedades y los equívocos. Para ello, nos gustaría atender al interesante análisis que realiza Soley-Beltran de la performatividad desde la sociología al objeto de poder dar respuesta a dos preguntas muy concretas: ¿tiene el sujeto descrito por Butler capacidad para ejercer la agencia?, ¿cómo puede el sujeto adoptar una actitud de resistencia al poder?⁹⁶³

Para contestar a la primera de estas cuestiones debemos considerar primero qué es exactamente la agencia y como se activa. Según queda manifiesto desde *Subjects of Desire*, la agencia está directamente conectada con el deseo, entendido éste en términos puramente lacanianos y vinculado, por lo tanto, a la “falta”. Según la opinión de Soley-Beltrán, “Butler no concibe el deseo, por lo tanto la agencia, como una característica intrínseca del sujeto”⁹⁶⁴ ya que el deseo viene vinculado directamente a la psique y ésta, como pudimos comprobar en *Mecanismos psíquicos del poder*, mantiene una relación de sujeción con las fuerzas que la crean y constituyen. ¿Pero cuáles son estas fuerzas? Creemos sinceramente que Butler es muy ambigua a la hora de establecer los matices y el funcionamiento de esta sujeción.

Soley-Beltrán considera que la fuente de nuestros deseos es la matriz heterosexual, que funciona como una institución social autorreferente, es decir, como una profecía autocumplida. Sigue así las investigaciones de Merton, pionero en la consideración de los prejuicios y las creencias falsas en la constitución y mantenimiento de algunas realidades sociales. Desde su punto de vista, ciertas instituciones funcionan patológicamente como sistemas cerrados autorreferenciales⁹⁶⁵. En la misma línea, Krishna puntualiza que, no sólo las creencias falsas están a la base de algunas instituciones sociales, sino que el modelo de profecía autocumplida es común al proceder de todas ellas. Así pues, la verdad o falsedad de una institución no puede establecerse más allá de las creencias que la sustentan⁹⁶⁶.

⁹⁶³ Su obra *Transsexualidad y matriz heterosexual* irrumpe en el panorama filosófico como una de las contribuciones más interesantes realizadas en los últimos años. Desde el campo de la sociología, Soley-Beltrán elabora una reconstrucción de la teoría butleriana con la ayuda de teorías como las de Merton, Barnes, Bloor o Kusch. Podemos considerar *Transsexualidad y matriz heterosexual* como el primer intento serio dentro de nuestro contexto hispánico de investigar las consecuencias interdisciplinares a las que conduce la propuesta de Butler. Del mismo modo, Soley-Beltrán acompaña su estudio con un trabajo de campo sobre comunidades transexuales en Escocia y Cataluña. Por todo ello, esta investigación supone además un interesante y necesario complemento a la teoría de la performatividad, criticada en no pocas ocasiones por carecer de base empírica.

⁹⁶⁴ Soley-Beltran, P., *op. cit.*, p. 148.

⁹⁶⁵ Véase *Ibid.*, p. 68.

⁹⁶⁶ Véase *Idem.*

Esta matriz se refuerza y perpetúa con la connivencia, con la complicidad de los individuos, que ejercen de duros censores y, si fuera necesario, implacables sancionadores. Partiendo de los análisis del sociólogo Barnes, afirma que la sociedad como totalidad funciona como una macroprofecía autocumplida y que su existencia está supeditada a su conocimiento por parte de los individuos. Así se transmiten las creencias conjuntas que sustentan un edificio monumental cuyos cimientos dependen del puro performar de los sujetos que forman la sociedad⁹⁶⁷. Soley-Beltran ejemplifica esta postura mediante la autoridad:

“Por lo tanto, la autoridad del líder está constituida por las creencias conjuntas de los miembros del grupo y su continuación depende de la estabilidad de esas creencias. Esto ejemplifica la afirmación de que, tomadas colectivamente, las creencias y las acciones que sostienen una institución social son autorreferentes. También se autovalidan en la medida en que performan la realidad que dicen describir como, por ejemplo, la autoridad del líder”⁹⁶⁸.

Podemos comprobar cómo, desde esta óptica, el poder y el conocimiento se desvelan como instancias indisolubles por cuanto el primero se transmite y perpetúa mediante la diseminación del segundo, erigiendo a los individuos como los más acérrimos seguidores y defensores de las normas y de las propias instituciones sociales. Tal y como argumenta Soley-Beltran siguiendo al sociólogo Bloor, dado que el poder social se constituye mediante una distribución de conocimiento que implica a mucha gente, el individuo lo percibe como una instancia ajena a él, cuando realmente las reglas nos obligan únicamente en la medida en la que los agentes sociales nos obligamos entre nosotros⁹⁶⁹.

Esta complicidad se posibilita porque toda matriz ubica a los sujetos dentro de ella y los empodera según su acomodación a la propia matriz, explotando la necesidad humana de reconocimiento y generando un círculo vicioso difícil de romper. Muy difícil, podríamos decir, porque la matriz se transmite mediante el lenguaje, que es precisamente la herramienta mediante la cual los individuos interpretan el mundo (un mundo cerrado y circular, como ya hemos comentado) y adquieren (o no) la condición de sujetos. A través del lenguaje, los individuos crean lo que Martin Kusch llama la

⁹⁶⁷ Véase *Ibid.*, p. 69.

⁹⁶⁸ *Ibid.*, pp. 69-70.

⁹⁶⁹ Véase *Ibid.*, p. 80.

“psicología folk”⁹⁷⁰, que es el conocimiento que utilizamos en la vida cotidiana para comprendernos unos a otros, y a nosotros mismos, y para coordinar nuestras acciones con las de los demás. Según Kunsch, la psicología folk sería algo así como la acumulación de creencias populares que orientan la vida cotidiana de los individuos. Suposiciones tan triviales como que las personas que tienen sed deben beber si se les ofrece agua forman parte de la psicología folk. Creencias como la complementareidad natural entre varones y mujeres también lo son. No adecuarse a ellas sitúa primero al individuo en el ámbito de la irracionalidad, desplazándolo al terreno de la inmoralidad y de la monstruosidad en segunda instancia. Digno de incompreensión y sanción. Digno de asco. Digno del más absoluto desprecio.

Y es precisamente aquí donde Soley-Beltrán establece el puente entre las teorías sociales de la performatividad y la teoría butleriana: la matriz heterosexual forma parte de la psicología folk. A partir de esta idea, nuestra autora reconstruye el pensamiento butleriano clarificándolo y desubicándolo del terreno etéreo de la pura reflexión filosófica. Bajo este nuevo prisma, el sujeto y la agencia son elementos revisados como instituciones sociales autorreferenciales que funcionan como profecías autocumplidas gracias a la diseminación del conocimiento de la matriz heterosexual y la defensa a ultranza que los individuos realizan de ella mediante sus acciones u omisiones; al fin y al cabo es necesario mantener el marco ya que los individuos se erigen en sujetos exclusivamente dentro de la matriz. Esta es la causa por la que debemos entender que a los sujetos realmente les va la vida en la defensa del sistema.

La concepción finitista, social y contingente de la matriz que defiende Soley-Beltrán resultará muy útil para comprender la posibilidad de agencia de los sujetos butlerianos:

“...puedo explicar la intuición de la agencia del sujeto desde la primera persona como un efecto de la repetición del habla del *yo*. La agencia puede ser reconstruida como un término teórico de la matriz que enmascara la formación social de la intuición de intencionalidad y soberanía del sujeto”⁹⁷¹.

Por lo tanto, no nos queda más remedio que reconsiderar los conceptos tradicionales de soberanía, intencionalidad y agencia, que se desvelan ahora como

⁹⁷⁰ Véase *Ibid.*, pp. 83 y ss.

⁹⁷¹ *Idem.*

meras “intuiciones” individuales. Creemos hacer lo que queremos hacer, pero realmente hacemos lo que el devenir de la matriz marca que hay que hacer. O, por concretar aún más, hacemos lo que los demás quieren que hagamos:

“En otras palabras, la intuición de agencia está formada y regulada socialmente, puesto que es el colectivo el que reglamenta si ciertos deseos encajan con cierta categoría de la matriz, su momento apropiado, etc. Por lo tanto, la noción butleriana/lacanianiana de *falta* puede ser sociológicamente reconstruida, al menos hasta cierto punto, como una institución social, puesto que los sujetos son presionados por la sociedad para que deseen ciertos individuos –aquellos del otro *sexo*– de acuerdo con una coherencia ficticia y normativa que constituye el sexo y el deseo heterosexual”⁹⁷².

Pero, ¿para qué participamos de esto? Para ser admitidas, para ser reconocidos, queridas, protegidas, para no ser castigados, para no ser desplazadas hacia lo abyecto, para no ser vistos como seres irracionales, monstruosos. Aun así, alguien podría pensar: ¡paremos la maquinaria!, mas lamentablemente ya nos advertía Audre Lorde, no se puede destruir la casa del amo con las propias herramientas del amo.

La agencia ha de ser entendida como un juego de espejos en el que los sujetos tratan de adelantar lo que se espera de ellos para poder actuar en consecuencia. La agencia en términos soberanos, voluntaristas, no es más que una ilusión pues como nos advierte Soley-Beltran, “los estados motivacionales del sujeto no pueden ser reducidos a una experiencia individual, puesto que no son interiores sino *transindividuales* e intersubjetivos”⁹⁷³. Más aún, son instituciones sociales, tipos artificiales que el individuo asume como naturales y propios. ¿Supone esto que estamos atrapados en un determinismo? La respuesta es “casi”, pero no totalmente, sin duda alguna hay una estrecha salida: las herramientas están sometidas al paso del tiempo y además están condicionadas al “buen uso” que hacemos de ellas. Bueno, ya sabemos que los que empuñamos este arma somos sujetos contingentes, excéntricos. Es decir, en nuestra propia debilidad está la esperanza. Y es aquí donde tenemos que hablar de Derrida.

Butler, muy acertadamente, acude a las objeciones que Derrida realiza a Austin en su obra “Firma, acontecimiento, contexto”⁹⁷⁴. Derrida considera que existe una clara

⁹⁷² *Ibid.*, p. 149.

⁹⁷³ *Idem.*

⁹⁷⁴ Incluido en Derrida, J., *Márgenes de la filosofía*, Madrid, Cátedra, 1989, pp. 347-372.

distancia entre la intención y la acción, entre el significante y el significado. Y este hecho no puede interpretarse como un error puntual del sistema, sino como el proceder general del mismo. Las normas de la matriz se interiorizan a través del lenguaje y desde el marco derrideano es importante tener en cuenta que el lenguaje y la comunicación existen, no en virtud de su éxito, sino precisamente gracias a su continua e irremediable posibilidad de fracaso. Por lo tanto, el sujeto nunca puede ubicarse con certeza, de una vez y para siempre, en el lenguaje y, por esa misma razón, el lenguaje conforma un tejido flexible y vulnerable, erigiéndose en una caja de Pandora cuyos efectos difícilmente pueden predecirse. Desde una perspectiva sociológica podríamos sintetizar esta idea afirmando que la “psicología folk” cambia constantemente y, de hecho, no puede dejar de cambiar.

Así pues, Butler tematiza esta brecha afirmando que no es igual el poder que se “presupone” que el poder que se “restituye”. En palabras de Burgos, la internalización de la norma:

“... no sucede de una forma mecánica sino que la variedad de caminos, significados e intensidades en que acontece la internalización indica que existe una vida psíquica del poder que no es exacta copia de la vida social del poder”⁹⁷⁵.

Sarah Salih nombra esta fractura como “exceso psíquico”. Es decir, la matriz, en su proceder perpetuador a través de la agencia de los sujetos, genera nuevos deseos que están expresamente prohibidos por la matriz, dando lugar a la aparición de subjetividades “abyectas”, “queer”. Si bien es cierto que los sujetos no pueden ejercer su agencia desde la nada, ni desear aquello que la matriz ni tan siquiera contempla como su exterior constitutivo, resulta totalmente imposible determinar las acciones de los sujetos. No se puede adoctrinar tanto a través del lenguaje porque el sujeto es un desastre (afortunadamente) y porque el lenguaje es una herramienta ambigua, polisémica, confusa y llena de matices. Por lo tanto, el sujeto se encontrará constantemente con nuevos “excesos psíquicos” que, tras las primeras reticencias, podrán ir siendo integrados al corpus lingüístico (y por tanto, ético-político) de la matriz y modificando el abanico de deseos, es decir, el abanico de posibilidades de ejercer la agencia. Así se pueden entender transformaciones sociales a nivel de psicología folk

⁹⁷⁵ Burgos, E., *Qué cuenta como una vida*, p. 318.

como por ejemplo el reconocimiento del matrimonio homosexual. Es por eso que estas transformaciones no pueden interpretarse exclusivamente como el resultado de la ferrea voluntad de un grupo de individuos ni como un acontecer histórico que ocurrió sin más cuando tenía que ocurrir, sino ambas cosas. En palabras de la propia Butler:

“Aunque este tipo de formulación no se preste muy bien a una visión optimista del sujeto o de las políticas centradas en el sujeto, puede servir como provocación y advertencia contra dos formas frecuentes de deseo teórico: la que considera como momento político supremo aquél en que se asume y se declara una *posición de sujeto*; y aquella que, al considerar despectivamente al sujeto como mero tropo filosófico, subestima los requisitos lingüísticos de cualquier ingreso en la socialidad”⁹⁷⁶.

Podemos así celebrar los grandes logros actuales del feminismo sin tener que atacar a Aristóteles o a Nietzsche. Nos legitima esta interpretación sociológica, del mismo modo, para censurar el machismo y la homofobia en la actualidad en una lucha por estabilizar nuevos “excesos” en la matriz, integrarlos en la psicología folk. Ni voluntarismo ni determinismo. La agencia se encuadra exactamente en el inestable punto arquimédico entre la soberanía divina y la mimesis determinista, o lo que es lo mismo, la agencia se encuadra en los parámetros de lo humano.

“Paradójicamente, la nueva conceptualización de la identidad como *efecto*, es decir *producida* o *generada*, abre posibilidades de *agencia* que insidiosamente son clausuradas por las posiciones que toman las categorías identitarias como fundacionales y fijas. Que la identidad sea un efecto no quiere decir ni que esté fatalmente determinada, ni que sea totalmente artificial y arbitraria. Que el estatus *constituido* de la identidad sea malinterpretado por estas dos líneas en conflicto sugiere que el discurso feminista sobre la construcción cultural permanece atrapado en el binarismo innecesario de libre albedrío y determinismo. La construcción no se opone a la agencia; es la escena necesaria para la agencia, el verdadero marco en el que la agencia se articula y se hace culturalmente inteligible”⁹⁷⁷.

⁹⁷⁶ Butler, J., *Mecanismos psíquicos del poder*, pp. 40-41.

⁹⁷⁷ “Paradoxically, the reconceptualization of identity as an *effect*, that is, as *produced* or *generated*, opens up possibilities of *agency* that are insidiously foreclosed by positions that take identity categories as foundational and fixed. For an identity to be an effect means that it is neither fatally determined nor

La agencia ha de ser entendida más allá del binarismo “libre deseo-determinismo” para ubicarla en la repetición de las normas de género. Sin embargo, la cuestión queda aún por resolver pues, tal y como afirma Butler en *El género en disputa* “la cuestión no es si repetir sino cómo hacerlo” (“The task is not whether to repeat, but how to repeat.”)⁹⁷⁸, lo cual nos lleva directamente a la segunda de las cuestiones que anteriormente planteábamos: ¿cómo puede el sujeto adoptar una actitud de resistencia al poder? A lo que nosotros contestamos: ¿es que puede adoptar otra? Performamos queramos o no y, por lo tanto, nuestras acciones restituyen el poder y lo transforman necesariamente. Pero entonces, la cuestión debería ser: ¿por qué debemos luchar por asentar algunos de estos deseos, de estos “excesos psíquicos” y no otros?, ¿requiere esta decisión de un marco normativo que nos permita discriminar entre buenas y malas acciones?, ¿cómo saber que es el momento de luchar por estabilizar nuevos deseos anteriormente catalogados de irracionales o abyectos?

Bien, lo que a continuación vamos a exponer parte de la teoría de Judith Butler y se aleja de ella. En definitiva, vamos a performar la propuesta butleriana, filtrar su mensaje a través de nuestra psique para explotar el “exceso” que sus ideas generan en nuestra mente. Nuestra intención es asentar la agencia política butleriana sobre algo un tanto más tangible que los mencionados “excesos psíquicos”. Estos “excesos psíquicos” son una fuente constante de nuevos deseos así que, ¿a cuáles atender en la lucha política?

Podemos afirmar que existen dos tipos de “excesos psíquicos”. Uno de ellos se vive como un anhelo de alcanzar cotas más altas en la vida. Se pueden ansiar muchas cosas para alcanzar una vida más agradable, más placentera, más rica, tanto a nivel individual como social. Y sobre esta cuestión puede haber mil opiniones, todas ellas respetables, y la política debe, qué duda cabe, tratar de mejorar el marco de convivencia donde se desarrollan los sujetos. Pero hay luchas más apremiantes. Sin restar importancia a estos deseos, existen también un número de “excesos psíquicos” que se experimentan de una forma más dramática. Estos “excesos psíquicos” son vividos por los individuos como deseos imprescindibles para alcanzar una, en palabras de Burgos,

fully artificial and arbitrary. That the *constituted* status of identity is misconstrued along these two conflicting lines suggests the way in which feminist discourse on cultural construction remains trapped within the unnecessary binarism of free will and determinism. Construction is not opposed to agency; it is the necessary scene of agency, the very terms in which agency is articulated and becomes culturally intelligible.” *Gender Trouble*, p. 187.

⁹⁷⁸ “The task is not whether to repeat, but how to repeat.” *Ibid.*, p. 189.

“vida vivible”. ¿Cómo discriminar los primeros de los segundos? He aquí nuestra propuesta: este segundo tipo de “excesos psíquicos” se experimenta también como “un exceso sensitivo” y la negación de este exceso se vive como dolor. Lo que estamos proponiendo aquí es asentar la teoría butleriana sobre una pequeña base sensualista. Este será, apenas un pequeño punto de apoyo para sustentar todo el edificio de la performatividad y el cuerpo será su eje. La política debería así luchar prioritariamente por erradicar el hambre, el sufrimiento, la marginación, la injusticia material, la discriminación simbólica que hace que tantos individuos sufran.

Este sensualismo pseudobutleriano acerca nuestra propuesta a la dialéctica negativa de Adorno. Desde ella, tal vez sea difícil establecer grandes objetivos eternos para la política, pero puede erigirse como un efectivo freno al poder y al pensamiento único en sus distintas ramificaciones. El sufrimiento, el dolor, es la frontera. Una frontera en constante revisión. Es por eso que la política tiene algo de arte, de creación y recreación constantes. Tal y como expusiera Marcuse en sus obras, los mecanismos por los cuales el poder controla la psique son mucho más complejos de lo que Adorno o Horkheimer imaginaron. El pensamiento único fagocita cualquier movimiento revolucionario, obligando a estos a moverse constantemente en el campo de la actualización y transformación de sus bases y sus objetivos. Es por eso que es necesario mantenerse vigilante ante las nuevas formas de opresión, ante las nuevas formas de discriminación que acechan a los sujetos.

Desde esta interpretación personal nos reafirmamos enérgicamente en el proyecto humanista que subyace a la propuesta butleriana. Creemos igualmente alejar a Butler de las críticas que desacreditan su teoría por ser idealista, por desatender los contextos sociales, por defender un voluntarismo, por defender un determinismo. Como muestra de la capacidad de la teoría de Butler para incidir directamente en la mejora de la vida de las personas, en la conclusión, estableceremos un interesante vínculo entre su propuesta y el “paradigma del desarrollo humano” de M. Nussbaum y A. Sen. Frente a los modelos de desarrollo exclusivamente económicos, el enfoque centrado en “capacidades” y la constante defensa de las humanidades y el arte en la educación dibujan un marco ideal, según nuestra opinión, para vincular esta teoría a la de Butler.

Del mismo modo, no encontramos razón para mantener la polémica con otras vertientes del feminismo actual, como el feminismo de la igualdad, pues, ¿puede alguien negar que mitigar el dolor de los individuos debe ser la prioridad de toda política feminista? Ciertamente es que esta perspectiva sensualista anclada en el dolor puede

plantear toda una serie de cuestiones (¿qué se entiende por dolor?, ¿quién puede medir el dolor?, ¿se trata de una instancia metafísica?), pero consideramos que no es desacertado pensar que una política tal podría marcarse metas a la par que mantener el debate interno sobre estas cuestiones. El debate interno sobre las bases del feminismo debe continuar pero así también debe hacerlo la política.

El mundo está lleno de personas que sufren por su condición sexual, por su color de piel, por el simple hecho de ser mujer. Personas a las que se les niega el estatus de sujeto pleno y que experimentan día a día una vida llena de dolor físico y emocional. No debemos tolerar eso. No podemos tolerar eso. Creemos de vital importancia entender el mecanismo mediante el cual se crea y mantiene una sociedad generizada, conocer cada una de las piezas de la maquinaria para desmontarla y crear una sociedad más humana. Para ello, el siguiente epígrafe supone un personal viaje por las entrañas de heterosexualidad normativa y su forma de imponerse de forma cada vez más temprana. Un viaje que le resultará familiar: del útero al entorno familiar, de la familia al colegio, del colegio a la sociedad.

5.3. Dispositivos de seguridad⁹⁷⁹

“Pero, ¿por qué esperar?, ya puedes conocer el sexo de tu bebé desde la 8ª semana de gestación con DeteSex®

Hasta ahora, el diagnóstico prenatal requería de técnicas ecográficas en un estado avanzado de la gestación o la toma de células fetales mediante procedimientos invasivos.

Actualmente, gracias a DeteSex®, con un sencillo análisis de sangre, podrás conocer el sexo de tu bebé a partir de la 8ª semana de gestación sin riesgo ni para él ni para ti, y realizado bajo la máxima garantía de calidad y fiabilidad.”

Publicidad de la web oficial del Laboratorio de Análisis Genéticos Lorgen. <http://www.lorgen.com>.⁹⁸⁰

“El procedimiento para conocer el sexo del bebé en el segundo mes de gestación es muy sencillo. Basta con obtener tres mililitros de sangre materna en cualquier laboratorio de análisis clínicos. Una vez recogida la muestra. Los analistas los envían a Laboratorios Logren.

En los Laboratorios Lorgen, un grupo de especialistas se encarga de buscar el cromosoma Y, responsable del gen masculino, en el ADN fetal del plasma materno. En caso de no encontrarlo se considera que el sexo del bebé es femenino.”

Extraído del artículo “Los futuros padres podrán conocer el sexo del bebé a partir del segundo mes de embarazo.”, artículo evidentemente sin firmar de la revista digital elbebe.com.⁹⁸¹

⁹⁷⁹ Expresión inspirada en el manga japonés de Tsutomu Nihei titulado *Blame!*, de 1998, encuadrado dentro del género ciberpunk y donde se narran las aventuras de Killy, personaje principal, perdido dentro de un universo artificial compuesto por miles de niveles y megaestructuras. Los dispositivos de seguridad son seres creados por la inteligencia central (la “Netsphere”) para la protección de los seres humanos, únicos habitantes del ciber mundo con acceso al ordenador central. En algún momento indeterminado, la Netsphere declara el estado de alerta máxima y comienza a invocar a los dispositivos de seguridad contra cualquier ser, incluidos los humanos, que pululan por este singular y futurista universo.

⁹⁸⁰ Consultado el 14 de Febrero de 2014.

⁹⁸¹ Consultado el 14 de Febrero de 2014.

¿Cómo es, finalmente, el sujeto descrito por Butler?, ¿está capacitado para ejercer la transformación social?, ¿puede discernir el camino a seguir, discriminar las acciones justas de las injustas, los modelos de vida deseables de los no deseables?, ¿con qué criterio? El presente capítulo tiene como objetivo clarificar el mecanismo de transmisión de la matriz heterosexual a través del lenguaje y de la psicología folk⁹⁸². Un mecanismo cuyo motor y cuya energía somos nosotras y nosotros mismos, cómplices del sistema, pero improvisados protagonistas también de la transformación social. Si bien es cierto que la teoría butleriana estrecha la capacidad de agencia de los individuos, esta limitación viene dada por la propia connivencia de éste para con la matriz. Somos cómplices del poder. Explicitar los mecanismos por los cuales participamos de la perpetuación del sistema pondrá de manifiesto las posibilidades que tenemos de performar el lenguaje y la sociedad hacia un sistema más democrático y más humanista. Por ello, este epígrafe trata de aclarar cómo se forma el sujeto sexuado (tanto el normalizado como el aberrante) a través del diagnóstico prenatal y la educación recibida en los hogares y en las instituciones educativas. Abandonamos la perspectiva puramente teórica para sumergirnos en la complejidad de la práctica social.

Sería muy optimista considerar que estas páginas van a conseguir modificar la psicología folk y operar una transformación en la manera, primero, de pensar, luego de actuar, de la gente. Mas tal vez pueda, tan siquiera, arañar un poco la superficie de la matriz. Al fin y al cabo, el sistema social se performa e itera con cada palabra que pronunciamos, cada conversación que tenemos, cada cosa que hacemos o página que escribimos. ¿Por qué no pensar que podemos contribuir a transformar el sistema, en vez de perpetuarlo compulsivamente? ¿Y por qué no pensar que podemos ser algo más que censores o sancionadores del género, algo más que ridículos y ridículas policías del sexo?

Tal y como hemos descrito en el transcurso de esta investigación, el sujeto parece ser producto y a la vez cómplice del dispositivo de poder. Butler trata de desentrañar este dispositivo en numerosos pasajes de su obra, si bien encontramos especialmente revelador el análisis que nuestra pensadora realiza en el capítulo 2 de *Deshacer el género* bajo el título “Gender Norms”, erróneamente traducido según

⁹⁸² Según la citada teoría sociológica de Martin Kusch, la psicología folk sería algo así como la acumulación de creencias populares que orientan la vida cotidiana de los individuos.

nuestra opinión como “El reglamento de género”⁹⁸³. Butler diferencia claramente en estas páginas las normas sociales de las leyes, las reglas o los reglamentos. Estos tres últimos generan un campo legal de protección y castigo explícitos, aunque ninguna de estas instancias agota el amplio y complejo campo de la normatividad social.

Si bien Butler ha prestado atención en múltiples ocasiones a la legislación y a la reglamentación del género, como puede verse en la polémica con Mackinnon en torno a la prohibición de la pornografía, o en la obra *Lenguaje, poder e identidad*, donde nuestra pensadora reflexiona sobre los intentos del Estado por regular el discurso racista u homófobo, en el capítulo que nos ocupa la norteamericana consigue realizar una reflexión de un mayor calado mediante el estudio de las normas sociales que regulan el género. Las normas, a diferencia de los códigos anteriormente citados (leyes, reglas, reglamentos), no se dan de una vez al objeto de regular externamente una serie de prácticas, sino que es precisamente a través de la repetición compulsiva de estas normas como se instituye el “estandar implícito de *normalización*”⁹⁸⁴. Es, digámoslo así, una imposición sutil y omnipresente. En palabras de la autora:

“Las normas pueden ser explícitas; sin embargo, cuando funcionan como el principio normalizador de la práctica social a menudo permanecen implícitas, son difíciles de leer; los efectos que producen son la forma más clara y dramática mediante la cual se pueden discernir”⁹⁸⁵.

Así pues, en cuanto “principio de normalización”, el género tiende a orientar todas las acciones hacia lo que él mismo erige como “normal”. Hemos de entender que el género no es una “realidad” fáctica que las normas tratan de regular sino que son las mismas normas las que construyen el género como inteligible o ininteligible:

“Si el género preexistiera a la reglamentación, entonces podríamos tratarlo como un tema y proceder a enumerar los diversos tipos de reglamentos a los cuales estamos sujetos y las maneras en las

⁹⁸³ Véase Butler, J., *Deshacer el género*, pp. 67-88. Dado que la norteamericana distingue claramente entre normas y reglamento, parecería más acertado en virtud de lo expresado en el capítulo haber traducido simplemente el título por “Normas de género”.

⁹⁸⁴ *Ibid.*, p. 69.

⁹⁸⁵ *Idem.*

que se da la sujeción. Sin embargo, el problema es más complejo. Después de todo, ¿hay un género que preexista a su regulación?”⁹⁸⁶

Es en este sentido en el que podemos afirmar, siguiendo a Foucault, que el poder regulador “labra y forma al sujeto”⁹⁸⁷, a la par que genera la sujeción de éste a través de la normalización, es decir, que sólo se deviene sujeto (tanto en la acepción de “sujeto-agente” como en la de “sujetado”) mediante el proceso normalizador. Es precisamente el género como norma el que establece la frontera de la subjetividad inteligible y la entrada, por tanto, dentro de los parámetros de lo “humano”. Más allá de sus límites y siempre en estrecha relación con éstos se erigen lo inhumano, lo vergonzoso, lo monstruoso, en ocasiones tratado reglamentariamente como lo delictivo, censurable, castigable, punible.

Hasta aquí, el planteamiento general nos parece del todo claro y correcto. No obstante, en las páginas que siguen, trataremos de volver a algunas cuestiones de la propuesta butleriana que consideramos vitales. Si bien su descripción del género como norma resulta clave para comprender tanto la formación del sujeto como su propia sujeción, intentaremos facilitar la visualización de este proceso y de algunas cuestiones fundamentales, a nuestro entender, para poder calibrar las posibilidades de este sujeto postestructural. Las cuestiones son: ¿qué es exactamente este dispositivo de poder?, ¿cómo funciona más allá del bosquejo foucaultiano?, ¿cuándo empieza a actuar? Dando respuesta a estas cuestiones intentaremos reformular su teoría para sugerir estrategias de acción para el sujeto.

Sabemos que el género es una norma, una norma particular, por cuanto rige la inteligibilidad social de los sujetos y sus acciones. Esta descripción butleriana muestra la norma de género como una instancia monolítica poco definida. Además, su aparente omnipresencia dificulta seriamente tanto su reconocimiento como el análisis de su funcionamiento. Sabemos que el mecanismo que rige las acciones es diferente de las propias acciones que gobierna y por lo tanto, en la grieta que se abre entre la norma y la acción parece atisbarse la posibilidad de deconstrucción del dispositivo. Pero... ¿cómo hacerlo?, ¿hacia donde dirigir la transformación social?, ¿cómo ampliar la fisura de un dispositivo que parece estar siempre de fondo?, ¿por dónde empezar? Por el principio: conoce a tu enemigo.

⁹⁸⁶ *Ibid.*, p. 68.

⁹⁸⁷ *Idem.*

Creemos útil establecer de inicio la existencia de dos dispositivos normalizadores frente a la insistencia de Butler en hablar del género como una matriz de poder unitaria. Proponemos sustituir en la medida de lo posible el complejo concepto de “género” por los de “dispositivo de masculinidad” o “dispositivo de feminidad” según sea el caso. Al menos en nuestra cultura, parece bastante evidente que los individuos que nacerán durante este siglo serán sometidos, al igual que lo fuimos nosotras y nosotros, a uno de estos dispositivos normalizadores, a saber, la “masculinidad” o “la feminidad”. Su objetivo es orientar la realidad hacia dos ideas muy diferentes, feminizando o masculinizando dentro de los estereotipos sociales a una instancia neutra que sólo adquirirá el estatus de sujeto como varón o como mujer. A partir de ahí, las huellas del proceso se irán borrando y cada vez seremos más y más cómplices de la estructura normalizadora. Si se nos permite, convendremos a partir de aquí en llamar a estas estructuras socio-lingüísticas “dispositivo F” (dispositivo normalizador femenino) y “dispositivo M” (dispositivo normalizador masculino). Ambos dispositivos coinciden en algo: imponer la lógica del deseo cruzado o heterosexualidad obligatoria mediante la homofobia.

Por tanto, nuestra hipótesis es que el género no es una norma sino dos y, a pesar de que contamina nuestra existencia hasta sus últimas consecuencias, se puede hacer genealogía de ellas. No obstante, renunciamos a vincular la carga de la prueba al ambiguo universo nietzscheano de referencias a un tiempo indeterminado donde, según nuestra opinión, los hechos quedan eclipsados, por no decir sustituidos, por las especulaciones. En otras palabras, abandonamos el enfoque filogenético planteándonos, ¿es posible hablar del funcionamiento de estos dos dispositivos normalizadores más allá de Nietzsche o de cualquier otra teoría que se remonte a un tiempo inmemorial?⁹⁸⁸, ¿hay otra forma de hacer genealogía? Tratemos de comprender desde lo más cercano apostando por el estudio de los procesos ontogenéticos: ¿cuándo y cómo se llega a ser sujeto?, ¿en qué momentos del desarrollo individual se empieza a ser “varón” o “mujer”? Nos alejamos, además, del marco freudiano, omitiendo aquí los complejos de Edipo, Electra o castración, no tanto por considerar que estos complejos no se den en la

⁹⁸⁸ Para ser justos con Butler debemos decir que en sus últimas obras la norteamericana ya ha manifestado un alejamiento intelectual con Nietzsche y su *Genealogía de la moral*. No obstante, la discrepancia butleriana se centra en la descripción que hace Nietzsche de la escena originaria como una situación necesariamente violenta. Butler, partiendo de la condición incompleta del ser humano y de su vinculación al Otro, dibuja una escena de emergencia subjetiva donde también existe la posibilidad del encuentro desde el cuidado. Nuestra postura trata de ser más radical: ¿tenemos acceso a ese marco originario más allá de la mera especulación?, ¿podemos cuestionar incluso la existencia de esa situación originaria?

formación de la subjetividad, sino porque nos aleja del perfil clarificador y didáctico de este capítulo. Nuestro objetivo es dar una explicación sencilla del papel que desarrollamos padres, madres, docentes, ciudadanos y ciudadanas, en general, en la formación de la identidad sexual de bebés, infantes y adolescentes.

La obsesión por imponer prematuramente uno de estos dos dispositivos, F o M, se pierde en el túnel del tiempo. Las diferentes tradiciones culturales nos han legado un sinfín de heterodoxos métodos para tratar de predecir la genitalidad de los no-natos en aras de anclar uno de los dos dispositivos (F o M) a sus pequeñas anatomías. Podríamos afirmar, pues, que vivimos en una permanente obsesión genital⁹⁸⁹. Copular tras haber ingerido determinados alimentos, bajo el influjo de cierta fase lunar o en alguna postura concreta podía condicionar, según las creencias populares, la anatomía del proto-sujeto. El mero oscilar de un anillo tendido sobre una cadena de plata, un hilo de oro o un largo capilar de la futura madre, en líneas rectas (en clara alusión simbólica al falo) o en forma de círculo (huelga la explicación), determinaba la genitalidad del ser por venir.

Evidentemente, la fiabilidad de estas prácticas era nula y eso determinaba que la imposición paulatina del dispositivo F o M rara vez se iniciara antes del parto. Demasiado arriesgado. Demasiado costoso.

Cuando Jacques y Pierre Curie comenzaron sus experimentos con ultrasonido en 1881, la tecnología utilizada estaba bastante lejos de garantizar que esta línea de investigación tuviera serias repercusiones sobre nuestra forma de entender al ser humano. Aun cuando muchos animales como los murciélagos o los delfines lo utilizan como medio de comunicación y localización, los primeros intentos de los hermanos Curie por aplicar el ultrasonido militarmente pueden catalogarse de desastrosos. Cincuenta años después, los investigadores apenas habían conseguido desarrollar un sistema de detección de submarinos y torpedos y un silbato para perros. Aun así, los expertos aseguraban que los usos militares de esta nueva tecnología eran prometedores, al menos a medio plazo.

Años más tarde, el psiquiatra Karl Dussik atisbó el futuro de posibilidades de los ultrasonidos dentro del campo de la medicina. Dussik, en 1942⁹⁹⁰, trataba de detectar tumores cerebrales mediante el paso del haz sónico a través del cráneo, pero lo que

⁹⁸⁹ Esta obsesión performará los cuerpos hacia la obtención, cueste lo cueste, de unos pechos más grandes o de un pene más ostentoso en la era de la cibertecnología. Implantes y bisturis gobiernan la sexo-política del siglo XXI. Véase Preciado, B., *Testo Yonki, op., cit.*

⁹⁹⁰ Véase Dussik, K.T., *On the possibility of using ultrasound waves as a diagnostic aid.* Neurol. Psychiat., 1942.

realizó se encontraba bastante más allá de sus intenciones: Karl Dussik giró el ultrasonido, de fuera a dentro. En una especie de ultrasónico giro copernicano, puso al ser humano en el punto de mira de esta incipiente técnica. Y con ello, inevitablemente el (o la idea de) ser humano cambió. El primer acontecimiento que queremos destacar dentro de este nuevo paradigma de interpretación de la subjetividad son las investigaciones del doctor Ian Donald. En 1957⁹⁹¹, el doctor Donald aplicó la incipiente técnica del ultrasonido a la práctica obstetra y desde entonces su desarrollo dentro de la ginecología no ha hecho más que aumentar y popularizarse.

Paralelamente a las investigaciones de Dussik y Donald, si se nos permite un breve inciso, el feminismo parece resurgir con un vigor aún mayor y las revueltas se suceden a pie de calle. Se prepara la llamada segunda ola del feminismo que habrá de explotar en la década de los 60. Las mujeres reivindican su derecho a romper con el dispositivo social que relega a los sujetos feminizados a un segundo plano en la esfera pública y que convierte a este colectivo en potencial víctima de la violencia machista. Las “mujeres” cobran menos que los “varones” aun desempeñando las mismas tareas, rara vez ocupan puestos de poder, son las principales víctimas en las guerras, son explotadas sexualmente mientras los legisladores miran hacia otro lado, se sienten alienadas por el supuesto “instinto maternal” y desposeídas a su vez de la capacidad para decidir sobre sus propios cuerpos. La mayoría de las legislaciones europeas regulan famélicamente el derecho al aborto o directamente lo prohíben. Además, las leyes parecen preocuparse poco o nada de los problemas a los que deben enfrentarse algunas futuras madres: abandono, pobreza, rechazo, marginalidad. Son esclavas en pleno siglo XX. No quieren ser un “ser para otro”, una instancia atravesada por una infinidad de injusticias y prejuicios: la mujer sumisa, la mujer sensible, la mujer paciente, la mujer decente. Es el momento de rebelarse contra el sistema.

Pero el dispositivo F no atiende a ideologías de izquierda o de derechas, lejos de relajarse, arremete contra ellas: no son mujeres de *verdad*, esas que no cuidan de sus hijos, que no atienden a sus mayores, que no sirven a las necesidades sexuales de sus maridos cuando y como ellos quieren, que no soportan la mentira. Esas “lesbianas” que queman sujetadores, “esas”. Tienen vagina y punto. Tienen que cocinar, limpiar, parir, cuidar, aguantar. Porque la “verdadera mujer” aguanta, la naturaleza la ha equipado para ello... ¿o no? La biología, la neurociencia, la medicina y la psicología folk lo respaldan.

⁹⁹¹ Donald, I., *Practical Obstetric Problems*, B. I. Publications, New Delhi, 2009, Sexta edición.

¿Y qué relación hay entre la práctica profesional del doctor Donald en los años 60 y la lucha política feminista de la misma década? Mientras el feminismo trataba de performar la sociedad desde la política, saberes como la biología o la ginecología trabajaban inconscientemente para mantener el “status quo” reforzando los prejuicios sexistas de la psicología folk. Se convierten así en fuertes aliados de los dispositivos F y M. Las ecografías fetales podían detectar serios problemas en la formación del nuevo individuo pero también servían para constatar los avances anatómicos del mismo dentro de los “cánones” socialmente establecidos. Todo lo que se sale de la norma (incluso aquellas variaciones que lejos de implicar un riesgo para la salud, podrían verse incluso como una ventaja evolutiva) son consideradas “malformaciones”. Lo que pasa por ser una simple práctica preventiva lleva a sus hombros un sinfín de ideales y presupuestos que se aplican severamente sobre el feto. Los futuros individuos deben tener dos brazos y dos manos, cada una de ellas con cinco dedos culminados con igual número de uñas. Lo mismo puede decirse de las extremidades inferiores. Debe tener los ojos y las orejas a pares, más solo una nariz y una boca. Y por supuesto, pene o vagina, entendiendo, faltaría más, la “o” como disyunción exclusiva. Pero esta última constatación visual no puede ubicarse al mismo nivel que las anteriormente citadas. Los padres la esperan con ansiedad pues será la primera vez que la información sobre el feto no vendrá articulada como “el feto tiene” sino como “el feto *es*”: niño o niña, según el caso. Realmente sería más correcto decir que el feto presenta un pene o una vagina en formación pues el lector o lectora entenderá fácilmente el abismo que dista entre esta última aseveración y aquella que afirma, sin ningún género de duda, que el feto “*es*” niño o niña. La primera es una mera constatación anatómica⁹⁹², pero la segunda es una proyección social que se ejerce sobre el futuro individuo y con la que se comienza a esculpir un “alma” sobre su cuerpo. “Ser” niño o “ser” niña implica todo un mundo de expectativas que la sociedad tratará de imponer a los bebés desde el día uno de su nacimiento. Todo un mundo azul y rosa les espera desde la incubadora, un mundo que habrán de aceptar en busca de amor y reconocimiento, un mundo que habrán de aceptar para ser considerados humanos. Por tanto, “*es* niño” o “*es* niña” es probablemente la primera frase que se aplica al feto con la intención de formarlo como sujeto.

⁹⁹² No vamos a detenernos en los prejuicios que alberga la misma mirada, sólo apuntar que las supuestas “evidencias” anatómicas son, en palabras de Martin Kusch, tipos artificiales, es decir, estructuras que la matriz crea artificialmente para autoreforzarse.

Creemos vital remarcar el hecho de que en la primera formulación de estas contundentes afirmaciones por parte del ginecólogo/a no existe ninguna función representativa, es decir, el ginecólogo o ginecóloga no constata una realidad sino que la crea. La única realidad es que el feto empieza a desarrollar un pene o una vagina y que no sólo no podemos saber si evolucionará anatómicamente según los estándares que la sociedad establece para la entropierna de los individuos, sino que de “tener” pene o vagina a “ser” niño o niña dista un océano. Porque “ser” niño quiere decir muchas cosas que no siempre se dicen. Significa ser rudo, insensible e incluso cruel. Significa haber nacido para competir, para triunfar, para conquistar, para someter. Todo se adecua para la lucha: su corte de pelo, su ropa, su pose. “Ser” niña igualmente se fundamenta sobre multitud de clausuras y omisiones. Significa ser dócil, sensible e incluso tonta. Significa haber nacido para cuidar, para perder, para sacrificarse, para ser sometida. Todo se adecua a su función de “ser” de segunda categoría: su corte de pelo, su ropa, su pose. Y hablamos de un ser al que aún le faltan veinte semanas para asomar su pequeña cabecita al mundo. El dispositivo correspondiente no puede perder ni un segundo.

Permítannos, llegados a este punto, hacer una aclaración. Nuestra argumentación no debe confundirse con una crítica global e indiscriminada hacia la práctica ginecológica en general. Simplemente creemos necesario destacar que toda práctica, incluidas aquellas que poseen el estatus social de científicas, están cargadas de significado. No dudamos de la utilidad de las ecografías incluso más allá de sus aplicaciones dentro de la obstetricia, pero no debemos omitir, recordando a Foucault, que toda práctica tiene una función formativa al margen de la que se erige como utilidad principal.

A partir de aquí, el proceso de aplicación de los dispositivos F y M funciona circularmente, generando la confusión entre los efectos del dispositivo y las causas para su aplicación. El feto, posteriormente bebé, es erigido como sujeto masculino o femenino en función del reconocimiento visual de un protopene o una protovagina. A continuación, esa masculinidad o feminidad se impone a través de una infinita ramificación del dispositivo. Por ejemplo, los niños vestirán de azul en la sala de maternidad mientras que las niñas lo harán de rosa. El común de los mortales que transiten el hospital tras el parto será abducido por el proceso circular de aplicación del dispositivo, es decir, todos creerán que los bebés que contemplan “son” niños o “son” “niñas” y que precisamente por eso se les ha vestido de azul o de rosa cuando realmente lo que contemplan sus ojos es el mismo proceso de “hacerse” niño o niña a través,

precisamente, de elementos como el color de la ropa. El efecto cancela la causa. No nos deja verla. Esa burda etiqueta que es el color de la ropa infantil marca una meta social. Indica a los que rodean al bebé cómo deben tratarlo, qué se debe esperar de él. No indica qué “es” (niña o niño) sino qué “debe ser”.

Hoy en día se puede ir más allá. Tal y como hemos reproducido en el texto que da pie a este capítulo, en la actualidad existen laboratorios que ofertan a los progenitores la posibilidad de *conocer* el sexo del futuro bebé mediante una prueba de sangre realizada a la madre. El cambio de paradigma es evidente por, al menos, tres razones. En primer lugar, por la premura: el sexo del bebé se “desvela” en la octava semana de gestación. En segundo lugar, porque la prueba ofertada se aleja de la evidencia visual hacia a una confirmación más etérea, más intangible, la aportada por el argumento de autoridad depositado sobre la ciencia médica y su vocabulario centrado en cromosomas, hormonas y genes. Las ciencias son productos sociales atravesados por el mismo sexismo folk que cualquier otra rama del conocimiento. Por ello, destacamos que los dispositivos F y M se refuerzan circularmente con el desarrollo de estos conocimientos. Ya no es necesario observar los genitales, las nuevas técnicas nos permiten poder anticiparnos a la *evidencia* anatómica. Ya no es necesario reconocer el pene o la vagina para poner en marcha todo un dispositivo destinado a crear y modelar a los nuevos individuos como “niños” o “niñas”. Hoy se puede *saber* desde el segundo mes de embarazo. Podríamos incluso caer en la cuenta de que un considerable número de embarazos fracasan antes del tercer mes (el 10% entre la octava y la duodécima semana) pero, aun así, los futuros padres ya podrán imaginar un futuro, en masculino o en femenino, para sus vástagos. En los años 60 el feminismo se va consolidando, en paralelo, los dispositivos ganan terreno.

Finalmente, en tercer lugar, creemos interesante destacar la idea de que este cambio de paradigma viene a descubrir lo que la ginecología moderna ha constituido durante estos últimos cincuenta años: un efectivo sistema genérico, el mejor aliado de los dispositivos F y M, un mecanismo de justificación para la aplicación, cada vez más prematura, de los dispositivos genéricos que tienden a mantener el estatus social, con sus desigualdades, sus discriminaciones, sus injusticias. Las pruebas publicitadas no sirven para detectar enfermedades genéticas ni para detectar malformaciones de ningún tipo. Las pruebas publicitadas solo sirven para saber una cosa: “será niño, será niña”. Pero es necesario destacar que no existe ni un ápice de evidencia o de verdad en estas palabras. Los análisis develan que el feto, en su octava semana de gestación presenta o

no el cromosoma Y, que este cromosoma incidirá sobre la anatomía del feto (si vive) y que éste comenzará a desarrollar un pequeño pene o una pequeña vagina. Nada más. Que el cromosoma Y sea llamado “cromosoma masculino” es una convención. Que la anatomía derivada del desarrollo de este cromosoma sea catalogada de “masculina” es también una construcción social. Que el nuevo ser vaya a ser “niño” o “niña”, es decir, que cumpla en el futuro con todo el ideario que estos términos oculta es solo un deseo, un deseo social, que tratará de imponerse a cualquier precio mediante la administración del cariño y el desprecio, el reconocimiento y el repudio, la vida y la muerte.

Marta Lamas, famosa antropóloga de influencia psicoanalítica, en su obra *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*⁹⁹³ nos narra el interesante experimento realizado por el profesor de la Universidad de Stanford Walter Mischel, psicólogo infantil famoso por sus estudios relacionados con la estructura de la personalidad y con la autorregulación. El doctor Mischel convenció a un equipo de enfermeras y enfermeros para que intercambiaran la ropa de los bebés que estaban siendo cuidados en la sala nido. Durante seis meses los bebés “niña” fueron vestidos con ropa azul y los “niños” con ropa rosa. El objetivo era pedirle a los transeúntes ocasionales de la sala (electricistas, trabajadores del servicio postal, carpinteros, administrativos, etc.) que recogieran por escrito las impresiones obtenidas a partir de la observación de los bebés. Los observadores, ante el llanto de un bebé escribían frases del estilo: “pobrecita, la niña está triste” o “el niño está enfadado”. Pero lo más importante es que ninguno de los observadores fueron informados del cambio de vestimenta y todos, absolutamente todos, dieron por hecho que los bebés vestidos de rosa eran “niñas” y los vestidos de azul “niños”, dejándose influir por los colores a la hora de interpretar un mismo hecho. Inconscientemente, los observadores reconocieron los dispositivos F y M y se dispusieron a reproducirlos, fortalecerlos. El proceso es perverso y circular ya que el hecho de ser niño o niña no puede ser reconocido en los bebés más allá de los dispositivos que erigen y forman a los sujetos como masculinos o femeninos. El psiquiatra francés Serge Héféz, en relación a este experimento manifiesta:

“Coja un grupo de adultos y enséñele un video de un bebé de nueve meses llorando. Pregúnteles: “Mire a esa pequeña niña llorando.

⁹⁹³ Lamas, M., *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, colección las ciencias sociales, Estudios de Género, México, PUEG/Miguel Ángel Porrúa, 1996, pp. 252 y ss. También puede consultarse en Lamas, M., “La perspectiva de género” en *La Tarea. Revista de Educación y Cultura*, nº 8, Guadalajara, México, 1995.

¿Qué puede ocurrirle?”. Y todos los adultos contestan: “Está trastornada. Está triste”. Enséñele el mismo video con el mismo bebé al mismo grupo y diga: “Mire a este pequeño niño llorando. ¿Qué le ocurre?”. Todos ellos dirán: “Está molesto. Está enfadado”. ¿Lo ven? En el mismo rostro, con la misma expresión emocional, ellos ya están proyectando todo un universo: las niñas deben ser dulces, ellas pueden estar tristes, ellas están trastornadas, ellas deben ser sumisas como sea y los niños están enfadados, ellos están reafirmando su personalidad”⁹⁹⁴.

A partir de aquí, estos individuos lucharán por el reconocimiento como sujetos, aunque no lo tendrán nada fácil. Deben aprender a leer los imperativos implícitos en el lenguaje, en las instituciones, en el sentido común. Deben aprender también una serie de renunciaciones, repudiando un gran número de deseos socialmente inconfesables. Y si la matriz ha hecho bien su trabajo, defenderán la matriz de cualquier individuo que cuestione su funcionamiento. Los dispositivos genéricos funcionan como dispositivos de seguridad, es decir, estructuras que hacen saltar las alarmas en el momento que son cuestionadas. Los dispositivos tienen todo un ejército a su servicio: padres y madres que alejan a sus ya catalogados hijos e hijas de los juguetes “inadecuados”, que preguntan a sus “varones” si “ya tienen novia en la guardería”, que censuran actitudes, deseos o poses “desviadas”, compañeros y compañeras de clase que se ríen ante una ciertas formas de hablar, de sentir o de amar.

Tal y como ya expresé en la introducción de esta tesis, mi motivación es, no sólo intelectual, sino también, y principalmente, personal. Soy profesor de enseñanza secundaria y, en este negocio, bien pronto se aprende que, al educar, junto a los contenidos, uno omite y transmite, a partes iguales, lo más importante. Omite que el sistema educativo lo inventaron los varones y que aún hoy sigue lleno de prejuicios sexistas. Omite que la Historia de la Filosofía es un producto patriarcal, que muestra los maravillosos productos intelectuales de los varones, a la par que disimula, o directamente esconde, la aportación de cientos, miles de mujeres. Y lo más peligroso, en el sentido más genuino que se expone en estas páginas, la Historia de la Filosofía, al igual que el resto de materias, es performativa, construyendo la realidad que pretende describir y forjando las expectativas del alumnado según sean “chicos” o “chicas”. Una realidad donde los varones declaramos guerras, promulgamos leyes, hostigamos

⁹⁹⁴ Extraído del documental de Patric Jean, *La domination masculine*, Elzevir Films et al., 2009. La traducción es nuestra.

revueltas, descubrimos estrellas lejanas, curamos enfermedades, inventamos, creamos y dominamos el mundo. Es decir, somos cómplices de la historia y colaboramos, consciente o inconscientemente, a perpetuar sus desigualdades mediante la educación. Un centro educativo de secundaria es una gran máquina normalizadora donde alumnos y alumnas, profesores y profesoras, defienden la igualdad con sus palabras y reproducen un mundo desigual en la práctica. Porque todos y todas pensamos que los chicos y las chicas son diferentes y, por tanto, generamos respuestas distintas que vienen a corroborar nuestros prejuicios. Esto ocurre en cada materia, a cada hora durante los diez años como mínimo que nuestros pupilos permanecen en el sistema. Las madres, padres y tutores legales inician el proceso con la inestimable colaboración de un sinfín de focos de poder que activan los dispositivos (los familiares, los vecinos, la televisión, la publicidad a pie de calle, las tiendas de ropa, de juguetes, etc.) a la espera de la intervención de la institución educativa. El resultado es que a los dieciseis años los chicos y chicas han aprendido muchas cosas, entre ellas, y tal vez una de la más importantes, a ser un “hombre” o una “mujer”.

Somos un eslabón más de una sociedad patriarcal que, junto a las estructuras legales, normativas e informativas, amplía supuestamente las posibilidades de la mujer, pero que en esencia ayuda a mantener el “status quo”. Recogemos el testigo educativo que las familias inician antes incluso de nacer los bebés, y los preparamos para adaptarse al mundo. Es por eso que nuestros alumnos y alumnas de primaria y, especialmente secundaria, sufren durante estos años una serie de cambios psicológicos que les ayudarán a entender que las posibilidades de éxito en nuestra sociedad pasan por abrazar el estereotipo genérico más rancio. Es así que nuestros alumnos varones aprenden a ser competitivos y fuertes, y se apuntan masivamente al gimnasio para performar sus cuerpos hacia los modelos que la sociedad impone. Es así también como las chicas aprenden supuestamente los mismos valores, pero teñidos estos de coquetería y “feminidad”. Ellas también deben ser hoy en día competitivas, pero ello debe alcanzarse sin olvidar maquillarse adecuadamente y calzarse unos tacones. Las clases se llenan de chicos con el pelo tieso “a la mode” (no sin la ayuda de altas dosis de “fijador”) y chicas disfrazadas (todos lo estamos) de “mujer”, en el sentido más butleriano de la palabra.

Probablemente en ningún momento de su vida los chicos y chicas sentirán tanta presión social. Quien no ha trabajado en un centro educativo de secundaria desconoce absolutamente hasta qué punto un instituto puede ser una fuente de sufrimiento para el,

o la, diferente. La secundaria es una auténtica máquina de limar psiques y, como no podía ser de otro modo, cuerpos. De esta forma, el alumnado se convierte en el propio guardián de la desigualdad sexual, tendiendo a naturalizarla, imponerla y reproducirla años después en todos los ámbitos donde desarrollará su profesión y su vida. La mirada inocente de la infancia, que no distingue de razas, sexos o condición social, ha quedado definitivamente contaminada. La capacidad para la crítica sexual mermada, si no extirpada. El maravilloso abanico de posibilidades vitales sesgado.

Y entonces, todo se complica, pues comienzan a tener las primeras experiencias sexuales, forzadas psicológicamente a ser llevadas según las normas que impone la heterosexualidad. Aún siente el joven varón la necesidad social de llevar la voz cantante en la pareja, de controlar y dirigir (por “amor”, claro) los pensamientos y movimientos de su pareja. Aún siente la joven la necesidad de mostrarse como un objeto sexual contradictorio, por tener que adecuarse a la par a unos estándares de pureza un tanto arcaicos, cosa que la condenará en el futuro a demostrar constantemente su valía intelectual y su competencia profesional.

No pretendo que el lector o la lectora comparta completamente este análisis, pues quizás observar esta etapa del desarrollo de la personalidad como profesor me convierte en un extraño juez y parte de la cuestión. Pero tal vez algunos estudios sirvan para despejar esta cuestión. Tanto Amnistía Internacional⁹⁹⁵ como la Organización Mundial de la Salud llevan casi una década advirtiendo de esta problemática, en mi opinión, bastante poco tratada desde el campo de la filosofía política. Según estas instituciones, la juventud tiene serias dificultades para identificar la violencia de género en la pareja. Los estudios realizados directamente en los centros educativos confirman este parecer. Si bien la inmensa mayoría de las jóvenes manifiestan no haber sufrido jamás violencia dentro de la pareja, son pocas las que relacionan el maltrato con la falta de amor. Más bien al contrario, las chicas consideran “que se puede agredir, hacer sufrir y causar daño, a alguien que queremos”⁹⁹⁶. En opinión de la psicóloga Meras Lliebre, autora de varios estudios al respecto,

⁹⁹⁵ A partir del 2002, Amnistía Internacional se hace eco, en su informe anual, de lo manifestado por la Organización Mundial de la Salud, en relación a la poca capacidad de los jóvenes para identificar la violencia de género en sus relaciones de pareja. Véase Amnistía Internacional. *Violencia de género en el ámbito familiar y protección de los derechos humanos de las mujeres en España*, informe de noviembre, 2002. Igualmente es interesante consultar el artículo de Carrillo Contreras, F. J., *La violencia de género y la adolescencia*, en Contribuciones a las Ciencias Sociales, mayo 2009, www.eumed.net/rev/ccss/04/fjcc.htm. Consultado en Marzo de 2013.

⁹⁹⁶ Meras Lliebre, A., *Revista de Juventud*, Madrid, ed. INJUVE, nº 62, 2003, p. 143.

“Esta creencia, dará base a todos los mitos y actitudes que enmascaran la violencia de género y perpetúan la existencia del vínculo violento. Fundamenta el discurso ideológico que la acompaña, y que destruye, confunde y enloquece a quien la padece: las mujeres, adolescentes y niñas. Es preciso que los adolescentes y las adolescentes, tomen conciencia de la incongruencia de este supuesto, y de las consecuencias devastadoras que tiene sobre la salud mental y la calidad de nuestras relaciones.

Amar no es golpear, es cuidar y compartir. Además de esto, no identifican las conductas de abuso psicológico. El control del tiempo, del dinero, de la ropa, de las amistades, proyectos, actividades... la coacción, el chantaje y las amenazas, e incluso insultar y zarandear a la pareja no son considerados por ellos actos de violencia o agresión. De modo que cuando piensan en maltrato, piensan en agresiones físicas graves.”⁹⁹⁷

Por lo tanto, el sistema educativo, que debería propiciar el fortalecimiento de la personalidad y la experimentación del propio cuerpo, se nos muestra como una estructura opresiva que conforma, vedadamente, las mentes y los cuerpos del alumnado a golpe de teoría de la evolución, ecuaciones matemáticas y, como no, teoría platónica, por ejemplo. Una vez al año, con suerte, el psicólogo o la psicóloga del Ayuntamiento visita el Centro Educativo para impartir una charla sobre sexualidad. Pero la verdadera educación sexual es la que imparten los padres cuando visten a sus hijos, la televisión cuando vende compresas. Y como no, la que impartimos (sin impartirla expresamente) los y las docentes cuando enseñamos nuestras asignaturas. En resumen, la sexualidad es eso que transmitimos cuando intentamos enseñar todo lo demás, hasta el punto de que deberíamos comenzar a plantearnos muy seriamente si no será todo lo demás una mera excusa para perpetuar un cierto modelo sexual. Los contenidos, al fin y al cabo, están todos en los libros y en Internet.

Fue Judith Butler la que me llevó a plantearme estas cuestiones y la que inoculó en mí una especie de responsabilidad ante el descubrimiento. Debía escribir mi tesis sobre su propuesta para poder conocerla, para poder aplicarla. En estos años de estudio he podido comprobar que el feminismo butleriano continúa su expansión tanto a nivel académico como a pie de calle. Se escriben decenas, cientos de estudios sobre su teoría, sus ideas han movilizad a muchos colectivos. Pero los docentes podemos encontrarnos

⁹⁹⁷ *Idem.*

frente a treinta chicos y chicas de trece años sin haber oído hablar jamás de Judith Butler. Chicas y chicos que ponen mucho de su parte para ser fácilmente reconocidos como tales, persiguiendo modelos estéticos imposibles, sufriendo problemas serios de autoestima cuando no pueden o no quieren alcanzar el ideal.

Tal vez alguien debería explicarles que el ideal no es más que eso, un ideal, un invento social para “normalizar” a los sujetos, para controlarlos, para hacerles cómplices de la maquinaria. Tal vez alguien debería decirles que tienen derecho a vivir su vida y experimentar con su cuerpo de la forma que más les apetezca. Que no se es ni más ni menos por “ser” tan hombres, o tan mujeres. Y que todo su esfuerzo es inútil, porque no se puede saturar un ideal. Por tanto, debemos negarnos a ejercer de guardianes del sistema porque son nuestras acciones las que generan dolor en muchos de nuestros congéneres y, como ya expusimos en el epígrafe anterior de este estudio, si reformulamos la teoría butleriana como un humanismo sensualista, en el dolor ajeno acabamos de encontrar el límite de nuestras acciones. Perseguimos un proyecto social donde se reconozca las identidades “queer” y donde prolifere lo “heteroqueer”⁹⁹⁸.

Tal vez deberíamos enseñarles a nuestros jóvenes una especie de “filosofía para el fracaso”, algo así como un prisma de reminiscencias butlerianas que persiga la construcción de un mundo más humano desde una nueva forma de entender la agencia. Haciendo brevemente etimología del concepto, “fracaso” deviene del término latino “frangere” y tanto la palabra española (fracasar) como la francesa (“fracasser”) y portuguesa (fracasar), proceden directamente de la evolución del concepto en italiano, “fracassare”, cuyo significado es “romper, estrellarse”. Tal y como lo desarrolla Ottorino Pianigiani en el *Vocabolario etimológico della lingua italiana*⁹⁹⁹, publicado por primera vez en 1907, el vocablo latino “quassare” quiere decir “sacudir”, “agitar”, “dañar” y curiosamente viene destacado como verbo iterativo, es decir, que indica una acción que se repite, especialmente en sus acepciones “batir” o “golpear”. Según Pianigiani, el prefijo italiano “fra” podría significar “en medio” y, en virtud de esto, nuestro especialista concluye que fracaso significaría principalmente “en medio de la sacudida”. No se me ocurre mejor palabra para elaborar una propuesta heredera de la

⁹⁹⁸ Con el término “heteroqueer” queremos alumbrar un tipo de subjetividad que, desde la heterosexualidad, sea capaz de autointerpretarse como una más de las posibilidades de subjetivación que se pueden desarrollar en la sociedad, partiendo de la tolerancia y empatía hacia otros deseos tanto en la persona de los demás como en la de uno/a mismo/a. Es nuestra invitación a participar de esta revolución a los sujetos heterosexuales, también sometidos por la matriz a un destino inalcanzable.

⁹⁹⁹ Pianigiani, O., *Vocabolario etimológico della lingua italiana*, Roma, Società editrice Dante Alighieri, 1907.

filosofía de Judith Butler. Si somos capaces de olvidar por un instante las connotaciones negativas que posee el término en el lenguaje cotidiano podremos vislumbrar la inmensidad de sus matices. Fracasar: estrellarse, sacudir, agitar, dañar, batir, golpear, situarse en medio de la sacudida. ¿Existe una mejor forma de describir nuestra manera de estar en el mundo? Frente al esencialismo, la filosofía para el fracaso nos prepara para la incertidumbre, para la nada, pero también nos ha de dar fuerzas para levantarnos, una y otra vez, en una lucha constante por iterar hacia lugares desconocidos. Describe una apuesta vital, y por tanto política, que tiene por objeto la destrucción de las instancias que desde un punto de vista esencial tratan de atrapar al sujeto bajo una estrecha y tiránica categoría, en nuestro caso el binomio “varón” o “mujer”. Sólo así se podrán intuir los aspectos positivos de un concepto, fracaso, tan denostado y sólo así seremos capaces de asumir nuestra única y pequeña verdad: somos seres permanentemente en medio de una sacudida. Por lo tanto, cualquier cosa menos el éxito, sin duda el mayor de los engaños. Un éxito que nos seduce, nos atrapa, nos limita, nos vuelve intolerantes. Un éxito que se manifiesta en la seguridad de saber quiénes y cómo somos, quiénes y cómo deberían ser los y las demás, un éxito que nos convierte en jueces y guardianes del género, un éxito que nos convierte en “dispositivos de seguridad” del sistema. Sería ingenuo, muy ingenuo, pensar que los sujetos sólo rendimos cuentas a quienes nos pagan el salario a fin de mes.

Del mismo modo, proponemos metafóricamente la proliferación del “sujeto suicida”. Inspirándonos en la filosofía butleriana y en múltiples propuestas derivadas de ella, apostamos por un sujeto que cuestione su propia identidad y que celebre el vitalismo mediante la continua extinción de su esencia. Un sujeto preparado para resurgir una y otra vez, cual ave fénix, de sus propias cenizas. Inclasificable, inaprensible, impredecible, molesto, disconforme. Identidades líquidas, identidades “queer”.

Igual algún día los futuros padres y madres decidan no “saber” el sexo del bebé y promuevan una educación realmente no sexista, no homófoba, no discriminatoria. Quizás algún día consigamos reformar la educación y desvincularla de los vaivenes políticos, encaminados a cambiar las cosas para que socialmente todo quede tal y como estaba. Una sociedad que enseñe a sus ciudadanos a reírse de sus propias certezas identitarias y que fomente su tolerancia para con las demás personas y para consigo mismo o misma. Una sociedad que propicie el cambio, la transformación, la experimentación, la proliferación de identidades “líquidas”. Y que luche cada día por

eliminar el dolor que muchos y muchas sienten, un dolor que les incapacita para ser felices o simplemente para tener una “vida vivible”.

Así se construye y así funciona el sexo y, créannos, el sexo es mucho, muchísimo más que la mera genitalidad. Aun omitiendo el hecho de que la propia genitalidad no es dual, deberíamos ser conscientes que el sexo es todo un universo que se crea, se forja y se construye día a día. Tan pegado a nuestra piel que termina siendo nuestra propia piel. Tan vinculado a la formación de nuestra conciencia como para convertirnos en el absurdo guardián de un castillo abandonado. Así es como se naturaliza el sexo, a través de los miles de rituales que constituyen los dispositivos F y M, desde los más burdos, a los más sutiles. De fuera a dentro. Del cuerpo al alma. De la sociedad a la conciencia. Primero nos etiquetan y luego nos enseñan a amar esa etiqueta como si la esencia de nuestro ser se encontrara ahí. Una etiqueta escurridiza, en constante alteración, siempre un poco más allá de lo que un ser humano puede alcanzar, siempre un poco más acá de lo que un ser humano debería desear desde un deseo que está, desde el origen, contaminado.

¿Cómo será el futuro? Ya casi hemos conseguido que la juventud crea que será horrible, más a mí, personalmente, me gusta decir a mis alumnas y alumnos que el futuro será tal y como ellos decidan que sea. Soy consciente de que les miento, al menos en parte. Pero si todos mentimos a causa de ese desajuste tan derrideano entre lenguaje y realidad, es decir, si no podemos describir la realidad, sino que más bien la performamos, la vamos creando a golpe de ideal, tal vez una visión optimista de nuestras posibilidades permita que nuestra frágil subjetividad construya un mundo donde el sufrimiento humano sea considerado algo inadmisibles. El futuro es una quimera, un camino por recorrer, y nosotros ya tenemos una nueva empresa en mente: difundir las ideas que contiene este estudio y diversificarlo en otros destinados a ser leídos por jóvenes, padres, madres, docentes y, en general, todos los sectores implicados en la educación formal.



CONCLUSIONES

a) Los cuatro giros hacia la subjetividad “queer”. El humanismo butleriano.

Nuestro análisis de la teoría butleriana, como el propio título de esta investigación indica, se centra en su deconstrucción del concepto de subjetividad y en las posibilidades (y problemas) que ésta abre para la agencia. Hemos tratado, asimismo, de completar su filosofía con una serie de reflexiones personales encaminadas a mostrar que las ideas butlerianas suponen una aportación política sólida de carácter humanista, una aportación práctica que puede ayudar a comprender los mecanismos de sujeción que operan en la educación de los individuos y que puede inspirar las acciones encaminadas al cambio. Creemos que esta conclusión ayudará a clarificar la línea de investigación de este estudio y el horizonte que sugiere.

Nuestro punto de partida ha sido el estudio de *El género en disputa*, obra de 1990 que supone, en nuestra opinión, un antes y un después dentro de la teoría feminista ya que, en ella, Butler somete las bases del movimiento a un examen crítico filtrado por las reflexiones de un gran número de pensadores y pensadoras que protagonizan el siglo XIX y fundamentalmente el XX.

No obstante, hemos creído interesante remontarnos a 1984, fecha en la que Butler inicia su andadura intelectual con su tesis doctoral, *Subjects of Desire*. En esta obra de juventud, Butler trata de analizar el concepto de deseo desarrollado en la *Fenomenología del Espíritu* a partir de las interpretaciones de Kojève, Hyppolite y Sartre. Estos pensadores representan para la ortodoxia académica una interpretación de la teoría hegeliana en la que la autoconciencia se erige mediante la superación de la negatividad inserta en el deseo. La conocida dialéctica del amo y del esclavo se trasciende mediante una visión en la que el deseo (reconciliado) se erige como base de una autoconciencia finita, cerrada y sólida.

Tres años más tarde, en 1987, Butler decide añadir un nuevo capítulo a *Subject of Desire*, al objeto de revisar esa interpretación que, según ella, la ortodoxia académica ha generado. En el periodo comprendido entre 1984 y 1987, descubre las interpretaciones que ella misma cataloga de “posthegelianas”. Pensadores como Derrida, Lacan, Deleuze o Foucault, proponen abandonar el paradigma de la autoconciencia y reconstruir la subjetividad como “desplazamiento”, “splitting”, o “muerte eventual”. Estos autores han posibilitado una nueva lectura al haber pasado los

textos hegelianos por el tamiz de las interpretaciones de Nietzsche, Marx, Freud, Husserl o Heidegger.

Gracias a ellos, Butler descubre que la teoría hegeliana en torno al deseo alberga un potencial que la lleva mucho más allá de la clásica interpretación teleológica clausurada en “happy end”. El deseo no es algo a corregir sino una instancia productiva de nuestra propia personalidad con la que debemos convivir. Además, el deseo es algo maravilloso y terrible que va más allá. Algo que nos saca de nosotros mismos, algo que nos rompe para abocarnos el resto de nuestra existencia a recoger y recomponer nuestros pedazos: el deseo fractura nuestra subjetividad. Nuestra pretendida autoconciencia no es más que un anhelo imposible, mentiroso, opresor. El deseo nos desplaza hacia el Otro desde el origen, mostrando la vulnerabilidad y la fragilidad de la subjetividad¹⁰⁰⁰. Es decir, el deseo es productivo, generando una subjetividad fracturada y “extraña” erigida desde la “otredad”. Por tanto, la negatividad inserta en el deseo sólo se supera como autoconciencia o subjetividad, llamémosla “fuerte”, en esa curiosa lectura que desde el academicismo se ha querido hacer de las interpretaciones hegelianas de los mencionados Kojève, Hyppolite y Sartre¹⁰⁰¹.

Butler acaba de cruzar el Rubicón en un viaje sin retorno. Nosotros y nosotras queremos acompañarla en su periplo hacia las entrañas de la subjetividad. Del mismo modo, es nuestra intención sugerir una serie de metáforas políticas que nos ayuden a superar las críticas que describen al sujeto butleriano como un sujeto incapacitado para la agencia.

Pero, ¿cuál es el origen de esas críticas? Tal vez para contestar sea necesario previamente preguntarse: ¿supone el sujeto butleriano un apoyo al feminismo o un ataque? Butler es una filósofa bastante difícil de catalogar. Su propuesta puede adscribirse parcialmente al postestructuralismo, a la deconstrucción, a la postmodernidad, al feminismo o a la teoría de género. Pero, una y otra vez, su teoría

¹⁰⁰⁰ Butler dedica su obra *Dar cuenta de uno mismo* a recomponer la subjetividad y la agencia desde la óptica de la vulnerabilidad originaria.

¹⁰⁰¹ Véase Butler, J., “A Questionable Patrilineage: (Post-)Hegelian Themes in Derrida and Foucault”, en *Subjects of Desire*, p. 177 y ss. Butler afirma, en estas páginas, que las interpretaciones dadas por Derrida, Lacan, Deleuze y Foucault ya estaban implícitas en la lectura que Kojève, Hyppolite y Sastre, si bien la “curiosa construcción Americana” de estas interpretaciones llevaron a erigir a Hegel, en un primer momento, como el paladín de la modernidad. Curiosamente, Butler afirma en estas páginas que antes de 1987 ya había estudiado el pensamiento postestructuralista, si bien ella misma lo “trató de ubicar fuera de la esfera de la tradición filosófica continental que trataba de estudiar” (“I certainly know about poststructuralism thought, but tended to place it outside the sphere of the continental philosophical tradition I mean to study.”) *Ibid.* p. VII.

rehuye de las etiquetas y se muestra libre¹⁰⁰². Tal vez esa sea la razón por la que, en la actualidad, sus palabras sean tanto amadas como odiadas por el movimiento feminista. El origen de las discrepancias podría encontrarse en *Gender Trouble*. Según lo defendido por Butler en esta obra, el feminismo, como cualquier otro movimiento político, es un constructo que se genera creando espacios de exclusión. Lejos de afirmar gratuitamente esta idea, cita en su defensa las numerosas críticas vertidas al núcleo del movimiento desde el feminismo cultural y desde el feminismo representado por las mujeres de color¹⁰⁰³. Éstas exponen su desapego para con la causa común, al denunciar que los intereses del feminismo se vertebran sobre una idea de mujer claramente occidental, blanca, heterosexual de clase media-alta. Como alternativa, proponen una serie de figuraciones marginales (es decir, desde los márgenes del sistema de poder) que dibujan una subjetividad alternativa, postestructuralista, más abierta y menos condicionada por la perspectiva esencialista. Podemos citar aquí “la casa de la diferencia” de Audre Lorde, la “conciencia opositiva” de Chela Sandoval, el “mujerismo” de Walter, el “desplazamiento desde el centro a los márgenes” de Gayatri Spivak, el “feminismo del Tercer Mundo” de Moraga y Smith, el “mundo zurdo” y la “mestiza” de Gloria Anzaldúa o “el otro inadecuado” de Trinh¹⁰⁰⁴.

En la misma senda recorrida por Butler, hemos querido destacar en este estudio las aportaciones realizadas desde el ciberfeminismo, corriente que trata de teorizar la subjetividad teniendo en cuenta la nueva realidad tecno-científica¹⁰⁰⁵. Butler presta especial atención a la filosofía de Rosi Braidotti¹⁰⁰⁶, y apenas menciona, sorprendentemente, a otras pensadoras como Haraway o Plant. Todas estas teorías muestran el sujeto actual más como híbrido que como esencia. Es una pena que Butler casi no cite las ideas de esa gran gurú de la cibercultura que es Donna Haraway, incansable investigadora de los terrenos donde la subjetividad humana se fusiona con la animal y la artificial. Sorprende igualmente que Butler no busque asiento en una obra

¹⁰⁰² Dando un ejemplo de ello podemos mencionar cómo, en 1990, Butler incluye el artículo “Imitation and Gender Insubordination” en el volumen editado por Diana Fuss titulado *Inside Out: Lesbian Theories, Gay Theories*, y en él afirma que, a pesar de haberle sido encargado un artículo relacionado con la “Lesbian Theory”, no tiene nada claro qué sea eso llamado “teoría” y mucho menos claro qué puede querer decir exactamente el concepto “lesbiana”. Butler, J., “Imitation and Gender Insubordination”, pp. 13. También en Salih, S., *op. cit.*, pp. 119.

¹⁰⁰³ Véanse los capítulos 2.4, 3.1, y 3.8.

¹⁰⁰⁴ Véase Donna Haraway en *C^a, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*, pp. 243-244.

¹⁰⁰⁵ Véase epígrafe 1.2.

¹⁰⁰⁶ Véase el epígrafe 1.2 de este estudio, donde se desarrolla la teoría del “sujeto nomade” de Rosi Braidotti y la opinión que Butler tiene de él.

como *Ceros+Unos* de Sadie Plant, o en las inspiradoras producciones artísticas de VNS Matrix, a quienes nombra pero no dedica ningún artículo, capítulo o libro.

Como podemos apreciar, desde muchos lugares el esencialismo que ha servido de sustento a una parte bastante representativa del movimiento feminista está siendo atacado. El feminismo esencialista se sustenta en una idea de sujeto unitaria y coherente. Es éste, sin duda, un rastro de su raíz y herencia ilustrada. “Mujer” es la etiqueta con la que se nombra, pero: ¿es “mujer” un término que describe un sujeto real, o es el propio sujeto (mujer) una construcción cuyo primer cimiento es precisamente la atribución de un nombre? Durante décadas, para el feminismo esencialista institucionalizado, tanto a nivel académico como político, tal disyuntiva no existe: la mujer es una realidad tangible, un sujeto esencial reconocible por cuya dignidad lucha el movimiento. Hasta aquí, el discurso tiene empaque. Pero el problema es, ¿quién o quiénes son esas mujeres a las que el feminismo supuestamente pretende representar y defender?

El campo de exclusiones en el que Butler considera que el feminismo está atrapado lleva a la necesidad de entender la subjetividad desde parámetros no esencialistas. La investigación que Butler realiza en *Gender Trouble* de las entrañas de la subjetividad en general, y de la subjetividad femenina (la mujer) en particular, nos puede llevar a concluir varias cosas interesantes. Los textos de Simone de Beauvoir muestran que, bajo el término “mujer”, se esconde tanto un universo material como simbólico. Existe la mujer como ser biológico, natural, pero consideramos a ese ser imperfecto, anómalo, desviado, si no atiende a una serie de comportamientos sociales, como una cierta manera de andar, de comportarse o incluso de desear, que consideramos más genuinos de la personalidad femenina. Por eso mismo no se nace mujer, en el pleno sentido que englobaría estas dos esferas, sino que se llega a ser mujer. Simone de Beauvoir nos pone sobre la pista del abismo que existe entre ambos aspectos, natural y social, de la mujer, permitiéndonos reconocer la fractura entre ambos. Frente a la tradicional y mil veces citada afirmación napoleónica que reza “la anatomía es el destino”, Simone de Beauvoir denuncia que ninguna discriminación social puede justificarse sobre el hecho biológico de la diferencia sexual. El sujeto, en su sentido más esencialista, se mantiene pero desposeído ahora de su “ad hoc” atuendo social.

Pero Butler pretende ir más allá, ¿existe realmente la mujer como dato biológico?, ¿se puede acceder a él? Creemos no equivocarnos al afirmar que una de las

influencias principales que se dejan sentir en la teoría de género butleriana es Monique Wittig¹⁰⁰⁷. Ella, probablemente, fue la primera pensadora en cuestionar lo que parecía incuestionable: la realidad de la mujer como evidencia natural. Los sugerentes estudios de Wittig nos llevan a preguntarnos, ¿y si el sexo no fuera más que género? El mero planteamiento de la cuestión hace temblar los cimientos del movimiento. Esa base común anatómica, hormonal, natural, física, o como quiera llamarse, tan necesaria para generar la solidaridad de la que emerge la acción política feminista, se nos presenta ahora, bajo este nuevo prisma, bastante sospechosa. Wittig considera que el sexo no es más que una producción humana, un constructo que oculta su engaño bajo los “incuestionables” atributos de evidencia, naturalidad o substancialidad.

En este sentido, la teoría de Judith Butler se nos presenta como un auténtico cambio, un giro copernicano en la forma de entender la subjetividad mediante la deconstrucción de la matriz sexo-género (primer giro butleriano, giro de género).

Tal y como nos cuenta Butler en *Gender Trouble* en apenas tres o cuatro páginas¹⁰⁰⁸, es el género el que construye el sexo y el dimorfismo sexual. Y el género es social, un instrumento al servicio de una matriz de poder que se diversifica en miles de pequeños focos de micropoder. Es por tanto la heterosexualidad obligatoria en sus múltiples variantes la que forja a los sujetos como varones o mujeres al objeto de satisfacer una serie de demandas y necesidades del propio sistema. Y no hay una sola forma esencial de ser varón o mujer, sino muchas, muchísimas formas sociales de serlo según una infinidad de contextos pasados, presentes o futuros. Por tanto, no sólo es imposible establecer el vínculo político sobre una supuesta subjetividad esencial femenina, sino que resulta incluso complejo encontrar realidades contextuales comunes a todos los sujetos etiquetados como femeninos. La “mujer” es, pues, desde la óptica butleriana, una construcción heterogénea.

Por ello, Butler afirma que no existe ni una sola característica que pueda aunar los intereses del feminismo, ni tan siquiera la supuesta opresión universal, idea que critica por reduccionista¹⁰⁰⁹. Y dado que es imposible señalar a ese supuesto sujeto “mujer” que representa a todas las mujeres y unifica sus intereses y los fines de su lucha, nuestra pensadora apuesta por cuestionar los propios fundamentos del

¹⁰⁰⁷ Véase Butler, J. “Changing the Subject” en Salih, S., (ed.), *op. cit.*, pp. 337. Butler afirma aquí que en 1990, cuando escribía *El género en disputa*, se sentía más influida por la teoría de Wittig que en la actualidad (refiriéndose al año 2000, año en el que se realiza la entrevista).

¹⁰⁰⁸ Véase el epígrafe 3.1 de este estudio.

¹⁰⁰⁹ *Gender Trouble*, p. 19. Véase, igualmente, el epígrafe 3.1 de esta investigación, especialmente la cita a pie de página.

movimiento, abrirlos, y proponer un feminismo menos excluyente, un feminismo nutrido de las reivindicaciones de una pluralidad de subjetividades. Desde esta nueva óptica, no se tiene que ser mujer, en el estricto sentido social en el que ciertos cuerpos son etiquetados como mujeres, para ser feminista.

Con esta nueva visión, no es de extrañar que Butler se sintiera inicialmente seducida por el “esencialismo estratégico” de Gayatri Spivak y su apuesta por una subjetividad abierta, “la mujer del tercer mundo”, que no tenía que describirla a ella ni a ninguna otra de forma exhaustiva o metafísica¹⁰¹⁰.

No obstante, este entusiasmo inicial por el “esencialismo estratégico” se irá tornando en desconfianza y, finalmente, alejamiento. En una de sus más reveladoras entrevistas, “Changing the Subject” (2000), afirma que, pese a que “la mujer del tercer mundo” no debía describir a ninguna mujer, “por supuesto, comenzó a describir”¹⁰¹¹. Butler apunta a ese viaje semántico que realizan las palabras y que escapan de las intenciones del autor para solidificarse en nuevos significados ontológicos. Es por eso que, en dicha entrevista y en relación a la posibilidad de un esencialismo identitario de carácter meramente estratégico, afirma: “... supongo que yo sería algo menos optimista sobre la posibilidad de un desenraizamiento radical de lo que era en 1993”.

Como el cemento, las palabras mantienen su significado “líquido” sólo por un tiempo. Así, pues, parece que la subjetividad no se puede ni tan siquiera nombrar sin convertirla en una entidad sectaria y excluyente. Es por eso que, frente al esencialismo estratégico, Butler apuesta por la crítica constante de la subjetividad, una subjetividad abierta y en continuo movimiento y cambio.

Destaquemos que el problema no es sólo lingüístico, sino también metafísico: ¿qué es la mujer?, ¿existe realmente como una realidad tangible? La mujer no es una entidad ni natural ni esencial.

Abrazar esta idea le cuesta a nuestra pensadora no menos de un quebradero de cabeza y, muchas, muchísimas, críticas, desde las más comedidas a las más airadas y catastrofistas: ¿está Butler negando la realidad material del cuerpo? *El género en disputa* es una obra que da pie a múltiples interpretaciones. Ha generado gran admiración entre sus lectores, pero también gran controversia, pues su descripción

¹⁰¹⁰ En “The Identity in Question”, artículo que transcribe el symposium celebrado en verano del 1992 entre Butler, Stanley Aronowitz, Ernesto Laclau, Joan Scout, Chantall Mouffe y Cornell West, incluido en la revista *October*, vol. 61, 1992, pp. 108-120, Butler elogia, asimismo, otras propuestas en la misma línea como las de Diana Fuss o Naomi Schor.

¹⁰¹¹ Butler, J., “Changing the Subject”, p. 331. En este artículo, Butler señala que la propia Spivak también se alejó del esencialismo estratégico.

wittigiana de la subjetividad acompañada de una bastante ambigua y confusa propuesta “drag” (¿teatral?) para la agencia, parece sugerir que la mujer existe sólo como constructo social y en ningún caso como hecho real o material.

Butler se defiende del malentendido y de las acusaciones de relativista, postmoderna, nihilista, aclarando en el prefacio a la edición conmemorativa del décimo aniversario de *El género en disputa* que, aun cuando tal vez no hubiera sabido expresarlo claramente en 1990, la performatividad lingüística derrideana ya se dejaba sentir en esta precoz obra. De ese modo, como manifiesta en su siguiente libro, *Cuerpos que importan*, no se trata de negar la existencia de la materia, sino la capacidad de acceder a ella sin la mediación del lenguaje. Y nos gustaría detenernos un poco en esta cuestión por la trascendencia que tiene a la hora de entender la subjetividad.

Nos parece bastante curioso y poco estudiado que, con este nuevo giro copernicano en relación a la subjetividad, el “giro lingüístico” (segundo giro butleriano), Butler revitalice una especie de kantismo irreverente. El sexo parece tener ciertas similitudes con la “cosa en sí” defendida en la teoría de Kant. Éste, en la segunda edición de su *Crítica de la Razón Pura*, más concretamente en el libro segundo de su analítica trascendental (“analítica de los principios”), capítulo III¹⁰¹², alumbraba la distinción entre “noumenos” y “fenómenos” en relación a los objetos. Según Kant, todo objeto es a su vez “noúmeno” (objeto de pensamiento) y “fenómeno” (objeto de conocimiento). Nuestra propia estructura cognitiva, mediada por el espacio, el tiempo y las categorías mantiene a la “cosa en sí” más allá del alcance de nuestro conocimiento. Pero la “cosa en sí” está ahí. Solemne, inalcanzable, incluso ajena a nosotros, permanece ahí de manera incluso algo inquietante.

Según nuestra opinión, Butler trata de dar un paso más al realizar una deconstrucción lingüística de la materia (“giro lingüístico”). El lenguaje es algo más poderoso que las estructuras kantianas. El lenguaje lo contamina todo, no podemos decir con certeza que el lenguaje es todo, pero sí que todo lo que podemos conocer es de alguna manera lenguaje. El lenguaje modifica las cosas y las transforma, se pega a ellas hasta el punto de que, si bien no podemos demostrar que las cosas no existan en su materialidad, cierto es que no hay materia no mediatizada por el lenguaje. Quizás el lenguaje no nos crea, pero todo lo creado es de carácter lingüístico. Es necesario un ejercicio mental al margen del sentido común para invertir la relación causa-efecto: no

¹⁰¹² Kant, I., *Crítica de la razón pura*. Madrid. Tecnos. 2ª edición. “Capítulo III. El fundamento de la distinción de todos los objetos en general en fenómenos y númenos”. B294-B315.

es que nombremos la materia existente, es que lo que nombramos da existencia lingüística a la materia.

Tal y como expresara muy acertadamente Sara Salih, “esto no significa que no exista tal cosa llamada cuerpo material, sino que sólo podemos aprehender dicha materialidad mediante el discurso”¹⁰¹³. Es por eso que Butler propone “en lugar de estas concepciones de construcción, un retorno a la noción misma de materia, no como sitio o superficie, sino *como un proceso de materialización que se estabiliza a través del tiempo para producir el efecto de frontera, de permanencia y de superficie que llamamos materia.*”¹⁰¹⁴

Y el lenguaje es, además, un cuerpo, es decir, el lenguaje no solo es una categoría que el individuo “utiliza” para acceder al mundo, sino que es una estructura del mundo que “utiliza” a los individuos, confiriéndoles el privilegio de la subjetividad o no, según sirvan al sistema como referente a seguir o a evitar dentro de la tradición y la cadena de significados. Una cadena de significados, una semántica de posibilidades infinitas de una inercia que atraviesa a los individuos para, con su pseudo-voluntaria complicidad, continuar su proceso de perpetuación y, como veremos en el siguiente epígrafe, su proceso de transformación.

Existe, pues, un límite de inteligibilidad para con la materia. De existir la “mujer” como realidad pura, ontológica, metafísica, esa “supuesta” realidad queda fuera de este estudio, pues el propio lenguaje contamina el acceso a ella. Además, el lenguaje es performativo, es decir, con las expectativas sociales y los mitos que creamos para la mujer, construimos “realmente” a la mujer hasta el punto de que los límites entre natural y social quedan totalmente desdibujados. Pensamos que un pene y una vagina son realidades sin más. Pero no lo son, al igual que un “clítoris”, por ejemplo, no es exactamente lo mismo para un cirujano que para un miembro de la iglesia católica o para una pornopoeta. Tanto es así, que la sociedad debe establecer los estándares de tamaño para poder llamar al clítoris, “clítoris” y no “glande”. ¿Qué es, pues, un varón? ¿Qué es una mujer? No es que la sociedad cree la materia, es que no podemos ni tan siquiera saber qué es eso que metafísicamente nombramos como “materia”, más allá del proceso de materialización, más allá de la “contaminación” lingüística. Lo cual no quiere decir que no exista, pero casi.

¹⁰¹³ “This does not mean that there is no such thing as the material body, but that we can only apprehend that materiality through discourse.” Salih, S., *op. cit.*, p. 74.

¹⁰¹⁴ Butler, J., *Cuerpos que importan*, p. 28. Las cursivas pertenecen al original.

Por todo esto la dicotomía sexo-género es una construcción social y lingüística. Un espejismo naturalizado. Todo sexo es género. Así pues, parece ridículo limitar el género al binarismo varón-mujer, pues no hay naturaleza dual a la que vincularse. Hay múltiples formas de ser y variadas maneras de ser varón o mujer y, por tanto, no existen formas deficitarias de serlo, pues pensar en formas deficitarias connota la existencia de formas esencialmente plenas, cosa que carece de sentido en el marco butleriano. El sexo es género, pues el acceso a él está mediado por el lenguaje, es decir, está mediado por la cadena de significados sociales que lo construyen y esculpen. La misma pretensión de salvar el sexo como dato natural es un invento social y atiende a intereses patriarcales. Es el género el que conforma el sexo como ideal y como realidad y no al contrario.

Requiere pues la actividad filosófica de un alejamiento del llamado “sentido común”, construcción social igualmente creada, entre otras muchas cosas, para salvar la naturalidad del sexo vinculando una única y estricta posibilidad genérica a cada cuerpo.

En *Lenguaje, poder e identidad*, así como especialmente en *Mecanismos psíquicos del poder*, Butler profundiza en esta materialización lingüística de la identidad. Más aun, nuestra pensadora pretende establecer una genealogía de la subjetividad investigando los mecanismos que operan en el origen mismo de la constitución del sujeto. De la mano de Austin y Althusser, Butler estudia la influencia de los actos de habla en la creación y formación de la conciencia. Los individuos somos interpelados en un sentido u otro y, en nuestra respuesta cómplice, adquirimos el estatuto de sujetos. Esta es la forma en la que todos nos erigimos en sujetos, en su doble acepción de individuos agentes y, sobre todo, individuos sujetados a la cadena lingüística y de sentido que la tradición impone para el reconocimiento. Así pues, todos somos traídos a la existencia social bajo una especie de sometimiento que nos convertirá en referentes y guardianes de la formación social del resto de individuos. En conclusión, no puede hablarse de una conciencia o subjetividad que preexista a la construcción o, en este caso, a la apelación, sino que es precisamente ésta la que marca la frontera entre las subjetividades reconocidas socialmente y las aberrantes. Supone esto un nuevo giro, en este caso de carácter psicológico, por cuanto debemos entender que no existe una conciencia previa sobre la que se ejerce la materialización hacia el género masculino o femenino, sino que es precisamente la imposición de un género u otro la que crea nuestra subjetividad, una identidad, por tanto, genérica desde el primer momento. Así pues, el individuo tendrá que decir sí y responder en consecuencia a un infinito número de demandas patriarcales (formas de vestir, de hablar, de sentir, etc.), para ser habilitado

como sujeto. Y esta, podríamos llamarla, “corrupción de menores”, tiene sus consecuencias: el individuo aprende pronto que la subjetividad es algo prestado socialmente, una instancia frágil que hay que renovar constantemente, susceptible de ser retirada en el momento que no se atiende a la norma. Hay que mostrarse a los demás como varones o mujeres, sin reservas, sin ambigüedades y, a ser posible, es importante ejercer socialmente de guardianes del sistema censurando a aquellos individuos que no atienden a las constantes demandas heteronormativas del sistema. Hay que reírse del homosexual, menospreciar a las mujeres que reivindican su acceso al poder o, en el mejor de los casos, mantenerse al margen bajo una sospechosa tolerancia (¿qué es lo que hay que tolerar realmente?, ¿quiénes somos nosotros o nosotras para separar lo adecuado y lo tolerable?).

Es en este sentido en el que podríamos afirmar que el giro psicológico (tercer giro butleriano) plantea un marco de acción donde todos y todas somos cómplices en mayor o menor medida del poder, tal y como afirmaba Foucault, construyendo(nos) el sexo y la identidad a golpe de imposición genérica, de fuera (poder) a dentro (psique), y de dentro (psique) hacia fuera (materia)¹⁰¹⁵ esculpiendo los cuerpos, generando dos maneras de estar en el mundo, dos tipos de alma. Todo depende de hasta dónde estemos dispuestos a llegar para autoconvencernos y para contentar a los demás. Por lo tanto, plantear la cuestión en términos de voluntarismo, como veremos en el siguiente epígrafe, es un error, pues la propia voluntad es un producto forjado desde el patriarcado.

Teniendo en cuenta que este mecanismo de apelaciones, como hemos visto en el capítulo 5, se impone a los individuos desde el momento de su nacimiento (y se prepara incluso antes), el problema radica en la toma de conciencia de la cuestión misma desde, precisamente, una conciencia que está originariamente contaminada. Es necesario un movimiento contra el sentido común, contra la normatividad social, entendiendo que la norma no marca lo normal, sino que lo normal se construye a partir de la repetición continua de la norma.

Dado que el sistema es contingente, debemos comprender que nuestra voluntad, de alguna manera, está diseñada precisamente para mantener el “status quo”. Así, tenemos que sospechar de ella cuanto deseamos que todo permanezca igual, cuando el

¹⁰¹⁵ Aunque realmente desde la perspectiva butleriana es absurdo distinguir fuera y dentro, pues por un lado, la psique se visibiliza en el proceso de materialización y, por otro, solo accedemos a la materia (cuerpo) como proceso de materialización de una idea.

reconocimiento social nos viene dado por nuestra “coherencia”, no ejercer de guardianes del sistema, investigar sus fisuras sin miedo a la (auto)transformación, no tomarnos demasiado en serio cuando creemos estar seguros o seguras de algo, es decir, negarnos a creer substancialmente lo que somos y encontrar la diferencia y la contradicción en nuestra propia subjetividad, no para censurarla y corregirla, sino para admitirla, comprenderla, aceptarla y, por qué no, disfrutarla. El hecho de que ejerzamos violencia sobre todos aquellos y aquellas que cuestionan con su identidad la matriz sexo-género es la mayor prueba de que el sistema (que somos nosotros y nosotras) es imperfecto y que, en la transmisión continua de los significados, su movimiento “natural” es la transformación y la mutación. Está en nuestra mano, al menos parcialmente, tapan la herida de forma violenta (verbal, física, legalmente) o introducir nuestro dedo en ella para admitir y sondear nuevas posibilidades de ser.

Se impone, de este modo, una reestructuración social hacia formas no violentas de erigir la subjetividad. Necesitamos crear una nueva narrativa que suspenda las certezas y nos permita abandonar las armas que nos hacen defender el sistema genérico. El problema es el sistema y el sistema somos nosotros y nosotras; no hay posibilidad de cambio real sin una nueva manera de entender la subjetividad, abierta, frágil, inestable, extraña (“queer”). Necesitamos admitir la aberración como parte de la propia subjetividad para poder crear una democracia radical.

Como hemos mencionado anteriormente, todo este proceder ha sido objeto de numerosas críticas (Fraser, Benhabib entre otras¹⁰¹⁶) por haberse interpretado como un ataque directo a la capacidad de agencia y, por extensión, al proyecto humanista¹⁰¹⁷; pero, en nuestra opinión, de la detenida lectura de sus textos más bien podría desprenderse una conclusión totalmente opuesta. Sin duda alguna, estas reservas para con la norteamericana tienen cierto fundamento, pues el humanismo moderno ha caminado durante tres siglos de la mano de un esencialismo de corte metafísico. El “ser humano”, que en virtud de su “naturaleza” es depositario de una serie de derechos, lucha para desplegar su esencia en un mundo lleno de injusticias. Desde esta óptica, la esencia del ser humano es la barra de medir, la Ítaca a la que volver para reivindicar el pleno reconocimiento de la misma y su reconciliación con la sociedad. Dentro del género humano, hay colectivos especialmente discriminados, sometidos, marginados,

¹⁰¹⁶ El epígrafe 4.2. de este estudio está dedicado a exponer las críticas en este sentido y la respuesta butleriana a las mismas.

¹⁰¹⁷ Véase Benhabib, S., Butler, J., Cornell, D., Fraser, N., *Feminist Contentions. A Philosophical Exchange*, *op. cit.*; véase también Soley-Beltran, P., *op. cit.*, p. 181.

que deberán emprender acciones específicas a partir del reconocimiento de una subjetividad específica. Uno de esos colectivos (tal vez el más castigado a escala planetaria, sin duda alguna el más numeroso) es el colectivo de las mujeres. ¿Puede el feminismo “permitirse el lujo” de cuestionar este sujeto, desenraizarlo, deconstruirlo? ¿No supone esto disolver a las mujeres como colectivo? ¿Aleja un planteamiento tal al feminismo del proyecto humanista? Si permitimos que el concepto “humanismo” sea secuestrado de una vez y para siempre por la modernidad, en su vertiente más esencialista y metafísica, entonces no nos queda más remedio que admitir que Butler es una pensadora provocadora, peligrosa, pernicioso para el proyecto humanista, aunque sería más acertado afirmar que lo es sólo para “ese” proyecto humanista en particular. Pues si por un momento consideramos que el humanismo, de una manera más general y a la vez más profunda, es el proyecto filosófico-político encaminado a la protección y defensa del ser humano, entonces y sólo entonces, la teoría butleriana se nos revelará como uno de los mayores intentos de combatir el dolor humano, tanto físico como psicológico, allá donde éste se padezca¹⁰¹⁸.

En aras de fortalecer su visión y de responder a las críticas citadas, Butler erige, fundamentalmente en su obra *Dar cuenta de uno mismo*, todo un nuevo andamiaje ético para su propuesta. Tal y como hemos afirmado en este estudio, la teoría butleriana adquiere mayor coherencia leída en sentido inverso. Butler verbaliza una gran (contra)intuición en *Gender Trouble*: todo sexo es género (giro genérico), la mujer, por tanto, no existe como realidad esencial, natural o biológica. Mas esta gran aportación aparece en tan pionera obra de forma confusa y poco sólida, y es por eso que creemos que los libros escritos con posterioridad a *Gender Trouble* han supuesto un titánico esfuerzo por sustentar el originario convencimiento butleriano. Primero con el que hemos llamado giro lingüístico (no hay acceso a la naturaleza, esencia o materia sin el lenguaje), posteriormente con el giro psicológico (el lenguaje como poder alumbró la conciencia, la voluntad y la subjetividad, haciéndola cómplice de la cadena de significados) y finalmente con el que nos ocupa ahora, el giro ético, el más reciente e inspirador. Un giro que, según nuestra opinión, sienta las bases de su propuesta, casi veinte años después de que ésta fuera lanzada al mundo. Será el golpe definitivo que la norteamericana tratará de asestar al esencialismo.

¹⁰¹⁸ Butler ha sido incluida en numerosas ocasiones en los listados de las personas más influyentes de la actualidad. Muestra de ello es que, en 2010, la prestigiosa revista estadounidense *Utne Reader* la destaca en su artículo “25 Visionaries Who Are Changing Your World”. Véase <http://www.utne.com/Politics/25-visionaries-changing-your-world-2010.aspx>, consultado el 3 de Abril de 2013.

Para ello, en *Dar cuenta de uno/a mismo/a*, Butler, como ya expresamos en el epígrafe 4.6, trata de revisar uno de los presupuestos más firmes inherentes a su teoría: la violencia como base de la subjetividad. Supone esto renunciar al horizonte nietzscheano, no en la consideración de la conciencia como instancia derivada, sino en la necesidad de vincular la aparición de ésta a una escena de violencia. Vivimos en una sociedad violenta pero, ¿tenemos que resignarnos a ello o es ese “instinto natural” no más que un prejuicio social como tantos otros? En las últimas décadas hemos asistido perplejos a cómo se admite este marco con resignación. En ocasiones ni se cuestiona, en otras se trata de justificar como recurso humano inevitable, como mecanismo de defensa. Pero, ¿defendernos de qué?, ¿de más violencia?, ¿es posible hacer rodar la bola de nieve en sentido inverso para imaginar otra forma de actuar? Si es la sociedad la que erige a los sujetos y son los sujetos los que perpetúan la sociedad tal y como la conocemos, ¿no es posible crear una sociedad que interpele a los individuos de forma no violenta? Creemos que esta cuestión es vital pues, desde el momento en que, según Butler, la performatividad se instala en las entrañas del continuo sujeto-sociedad, el sólo cuestionamiento del sistema tal vez sea el primer paso para mutarlo hacia direcciones aún desconocidas.

Curiosamente, para fundamentar su nueva propuesta, Butler vuelve a sus orígenes en un movimiento circular que la llevará de nuevo a Hegel. El sujeto descrito por el alemán como absoluto, protagonista de la historia, es reinterpretado por Butler en su aspecto fundamentalmente relacional. La escena de reconocimiento es siempre bilateral, de forma que la subjetividad se erige mediante la incorporación de “la otredad”. De esta forma podemos afirmar que el otro se instala en las mismas entrañas de la identidad y del sujeto. Nos vamos haciendo varones porque nos incitan, nos dicen y nos creemos que no somos mujeres y viceversa. Pero lo somos. El otro se asimila, y se olvida u obvia, en una suerte de engaño común que es generado, creado y recreado por nuestro sistema sexo-género. Un sistema contingente, un sistema lleno de fallos que demanda más violencia para mantenerse pues nuestra condición “ex-tática” nos lleva una y otra vez fuera de nosotros y nosotras mismas.

Según cuenta Butler en *Dar cuenta de uno/a mismo/a*, tanto Levinas como Laplanche consideran que la subjetividad se funda en una represión primaria de carácter preontológico que se origina por la relación interpelativa con el “Otro”. Para Levinas, el sujeto aparece fruto de la “persecución”, entendida ésta como la no participación del individuo en la escena de intromisión interpelativa del “Otro”. Pero Levinas más allá.

La escena anterior no describe un acto fundacional por el cual el sujeto se erige, sino actos repetidos que nos forman y nos transforman permanentemente. De esta forma el “Otro” se instala en nuestra subjetividad hasta tal punto, que el propio Levinas considera que la “persecución” debe ser entendida como un intercambio y transividad donde el “Otro” llega a sustituir al “yo”.

Laplanche, desde una perspectiva diacrónica, ubica la emergencia del sujeto en la infancia, etapa en la que el niño se ve abrumado por las demandas de los adultos que lo rodean. Si bien Levinas interpreta al “Otro” como una instancia simbólica y Laplanche encarna esta figura en los adultos que cuidan del infante, ambos consideran que el “Otro” es una marca primaria e inaugural de la subjetividad.

Nietzsche, Levinas, Laplanche y sus escenas de violencia originaria. Perfectamente descriptivas pero, ¿qué describen exactamente, una necesidad o una contingencia? Es decir, ¿hay otras formas de interpelar socialmente?, ¿podemos hacerlo? Según Butler sí, podemos interpelar desde la responsabilidad ética que se genera tras asumir la opacidad, incoherencia y vulnerabilidad del ser humano. No podemos narrar nuestro origen, no podemos acceder a él pues, siempre que lo intentamos, aparece el “Otro”. Y esta opacidad intrínseca a la subjetividad, más que imposibilitar su capacidad para la agencia, lo que hace es poner precisamente a la ética de nuevo a la base de la política, demandando una nueva forma de actuar menos violenta, más humana, que trataremos de plasmar en el siguiente epígrafe. Resuena con fuerza en la teoría butleriana la conocida frase de Publio Terencio Africano revitalizada por Miguel de Unamuno en el primer ensayo de *El sentimiento trágico de la vida*: “Nihil humani a me alienum puto”, “nada humano me es ajeno”. Nada de lo humano me resulta extraño, pues yo mismo soy extraño (“queer”), podríamos afirmar.

Buena prueba de este humanismo que salpica toda la obra de Judith Butler es la gran cantidad de capítulos, artículos y entrevistas donde se posiciona claramente contra la censura¹⁰¹⁹, el racismo¹⁰²⁰, contra Guantánamo o contra el genocidio perpetrado por Israel en Palestina¹⁰²¹. En este sentido, María Prado realiza una muy acertada defensa de la teoría de Judith Butler en su artículo “¿Qué es el feminismo postestructuralista y por

¹⁰¹⁹ Por poner un par de ejemplos; Butler, J., “The Force of a Fantasy: Mapplethorpe, Feminism, and Discursive Excess”, publicado en *Differences: A Journal of Feminist Cultural Studies*, pp. 105-125 (también en Butler, J., y Salih, S. eds., *op. cit.*, pp. 183-203); y Butler, J., “Against Proper Objects”, en Schor, N., y Weed, E. (eds.), *op. cit.*, pp. 1-26.

¹⁰²⁰ Véase Butler, J., *Lenguaje, poder e identidad*, *op. cit.*

¹⁰²¹ Véase Butler, J., *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*, *op. cit.*

qué se están diciendo cosas tan horribles sobre él?”¹⁰²². Frente a las críticas de Nussbaum, que considera su propuesta “ingenuamente vacía” y la describe como un “quietismo que colabora con el mal”¹⁰²³ al alejarse de la vida material y del sufrimiento de las personas, Prado afirma que nuestra pensadora no deslegitima el uso político de la categoría “mujeres”, si bien matiza que este debe ser siempre utilizado de forma abierta y antiesencialista. Igualmente defiende que, aunque la política material es sin duda alguna necesaria, ésta no es suficiente pues la misma requiere también de una política “simbólica”.

Decenas, cientos de movimientos sociales en cualquier rincón del planeta reivindican sus textos, encuentran en sus páginas una justificación para su lucha, una esperanza para sus vidas. Muchas personas se sienten curiosamente identificadas con ese sujeto inestable, descentrado, “queer”. Un sujeto “raro”, como tú y como yo. Frente al sujeto autocoherente buscado o inventado por el psicoanálisis¹⁰²⁴, una subjetividad nomade (Bradotti), en nuestras palabras, “líquida”. La identidad, como defendiera Braidotti, es un rastro de huellas, un terreno poco firme donde asentarse, pero un terreno al fin al cabo, donde poder reconocerse a pesar de, o gracias precisamente a, las carencias¹⁰²⁵. Una atalaya a ras del suelo, desde la que poder comprenderse a sí mismo, desde donde poder comprender la alteridad. Un canto a la tolerancia, una defensa a ultranza del ser humano, un marco desde el que construir una verdadera democracia.

b) La agencia. ¿Hacia dónde dirigir la política?

En 1990, en su obra *El género en disputa*, Judith Butler alumbra lo que se conoce como teoría de género o teoría de la performatividad. Como hemos analizado con anterioridad, para Butler todo sexo es género y, por tanto, no existe una esencia o una realidad natural, pura, biológica, a la que apelar a la hora de erigir una identidad genérica, ni un anclaje firme donde asentar la política.

Para entender el alcance de este cambio radical de punto de vista, nuestra pensadora nos remite a la práctica drag. La drag, en su imitación paródica del género

¹⁰²² Prado Ballarín, M^a., “¿Qué es el feminismo postestructuralista y por qué se están diciendo cosas tan horribles sobre él?”, pp. 78-95.

¹⁰²³ *Ibid.*, p. 81.

¹⁰²⁴ Siempre desde la lectura algo monolítica que hacer Butler del psicoanálisis.

¹⁰²⁵ Véase Braidotti, R., *Sujetos nómades. op. cit.*

opuesto, muestra a las claras la ausencia de una identidad genérica esencial a la que imitar. Se imita una idea, en gran parte ridícula por imposible de alcanzar, y es en este sentido en el que con sus actos, la drag performa, es decir, crea la esencia que pretende imitar. “Varón” y “mujer” no son realidades esenciales que se despliegan en multitud de expresiones genéricas, sino más bien es precisamente la repetición de estas expresiones de género la que confiere realidad ficcional al sexo.

Este, llamémosle, “modelo drag” descrito en *El género en disputa* fue fuertemente criticado, ya que pone patas arriba el marco político tradicional donde el sujeto debe actuar dentro del horizonte de deseos y derechos emanados de su propia esencia. Así, por ejemplo, el feminismo ha sido un movimiento político que ha tratado de reivindicar los derechos entendidos como inherentes al ser humano (feminismo de la igualdad) o a la mujer (feminismo de la diferencia). ¿Pero qué es un ser humano y qué es una mujer exactamente? Butler manifiesta que ambos son construcciones sedimentadas; ¿qué quiere decir esto?, ¿cómo afecta a la praxis?

Pensadoras como Susan Bordo, Martha Nussbaum o Amy Allen pronto pusieron bajo sospecha el modelo drag por considerarlo de un voluntarismo ingenuo. Bordo critica a Butler que su propuesta derive en un “constructivismo lingüístico radical” donde los sujetos, a voluntad, erigen su género y deciden las acciones a emprender de manera absolutamente libre. Tal y como la drag usa su cuerpo para travestirse voluntariamente, los sujetos pueden ser varones o mujeres (u otra cosa) según el género que deciden adoptar. Esto es lo que Allen entiende en la teoría butleriana como un peligroso “fantasma de voluntarismo”: un extraño voluntarismo sin esencia, caprichoso, exclusivamente lúdico, sin dirección.

En la misma línea, tanto Rosi Braidotti como Linda Nicholson consideran que la teoría de la performatividad implica una especie de identidad de perchero donde el sujeto podría, supuestamente, “vestirse” con el género que bien eligiera.

A este respecto, Butler, en su obra *Cuerpos que importan* vuelve a replantear el modelo drag a través del análisis del documental de Jennie Levingston titulado *Paris is Burning*, grabado en 1991. En él se muestran las llamadas “drag balls”, concursos de moda e imitación entre travestis de Harlem. Así, *París en llamas* es una producción sobre los rituales de la cultura “drag-queen” suburbana y las cuestiones filosóficas que esta práctica plantea en torno a la identidad racial y de género. Los participantes, casi en su totalidad personas de color o de origen latino, compiten por ganar en diferentes categorías (“Executive Realness”, “Miss Cheesecake” o “Ivy League Student”). La

aspiración de todos durante esta representación es alcanzar la mayor “veracidad”, “realidad” en su imitación del modelo, o, como dice Butler, “producir el efecto de naturalizado”¹⁰²⁶.

El documental, que se inicia mostrando un ambiente festivo, divertido, desenfadado, rápidamente se torna en radiografía cruel de la vida de estos sujetos. Más allá de la parodia, vemos que una de las protagonistas, Venus Xtravaganza, quiere encontrar a un hombre, casarse, tener hijos: ¿podemos catalogar su forma de “actuar” el género como un acto soberano o voluntario? El documental da a entender que en las “drag balls”, las participantes quedan atrapadas por la necesidad de “producir el efecto de naturalizado” y, por lo tanto, al final, lo que tendría que ser una voluntaria crítica al ideal termina siendo un agónico intento de reproducirlo en las “drag balls” y en la vida real. Erotizamos el ideal, nuestra voluntad queda atrapada por él. No existe ese “fantasma de voluntarismo” ingenuo en el modelo drag butleriano, la cuestión es mucho más compleja, pues nuestra voluntad es igualmente un elemento construido y performado.

Benhabib capta claramente este sesgo no voluntarista en la teoría de la performatividad y decide verter su crítica desde la orilla opuesta: la teoría de género nos aboca a un determinismo social. En la misma línea nos encontramos a pensadoras como Allison Weir o Celia Amorós, quienes consideran que la teoría de Judith Butler desemboca en una especie de “nominalismo constructivista” de carácter determinista. Desde esta óptica, la subjetividad quedaría dibujada como una instancia plenamente construida y derivada, una instancia cuya identidad y capacidad para la agencia estaría originada y dirigida completamente desde las coordenadas del poder, una mera marioneta.

Butler mueve ficha en las obras posteriores a *El género en disputa* explicando de qué forma la performatividad deja espacio para la agencia. Bien es cierto que, tal y como afirma Burgos, en *El género en disputa* ya se atisban las posibilidades que la performatividad lingüística derrideana abre para la acción del sujeto, mas hemos de admitir que Butler sólo desarrolla estas ideas en sus obras posteriores, especialmente en *Cuerpos que importan*, *Mecanismos psíquicos del poder y Lenguaje, poder e identidad*.

¹⁰²⁶ “La *autenticidad* no es exactamente una categoría en la que se compite; es una medida que se emplea para juzgar cualquier representación dada dentro de las categorías establecidas. Y, sin embargo, lo que determina el efecto de autenticidad es la habilidad para hacer que el personaje parezca creíble, para producir el efecto naturalizado.” Butler, J., *Cuerpos que importan*, p. 156.

En *Cuerpos que importan* (1993), analiza la materialidad, llegando a la conclusión de que ésta es totalmente inaccesible desde el punto de vista metafísico. En esta misma obra, apunta por primera vez a la importancia de la psique como generadora de una especie de efecto Pigmalión con respecto al cuerpo. La psique alberga el mundo de expectativas sociales y deseos relacionados con el cuerpo, de forma que podemos afirmar que la psique guía, perfila, incita y censura la corporalidad. El alma, como diría Foucault, es la cárcel del cuerpo¹⁰²⁷. Así pues, la psique idealiza el cuerpo y el cuerpo materializa los ideales de la psique o, lo que es lo mismo, psique y cuerpo son dos caras de la misma moneda. En ese extraño cruce se construye la subjetividad y su posibilidad de agencia: aquellos cuerpos reconciliados con los ideales de la psique darán lugar a identidades reconocidas socialmente; aquellos cuerpos que se niegan a encarnar el ideal, aquellas psiques que erigen idealizaciones contrarias a las reconocidas socialmente, serán desplazadas a los márgenes del sistema y serán sometidas al objeto de mantener el “status quo” genérico-sexual.

Concluimos así que la psique tiene un papel fundamental en la construcción del sexo, del género y de la sexualidad, razón por la que creemos que Butler decide profundizar en esta especie de complicidad que se da entre la psique, el cuerpo y el poder. En *Mecanismos psíquicos del poder*, de la mano del análisis genealógico nietzscheano, nos narra el origen y el objeto de la conciencia. Basándose además en Foucault y Althusser, nuestra pensadora afirma que toda sociedad requiere de cierta complicidad de los individuos. De esta manera se crea la conciencia, que viene a ser el correlato subjetivo del poder y libera a éste de imponer el género según formas explícitas y físicamente violentas. En un imaginario sistema autoritario y dictatorial, obsesionado éste por el binarismo sexual, podríamos encerrar y castigar a los cuerpos catalogados de abyectos. En las democracias modernas no se suele hacer eso. De hecho, no se puede hacer, no se debe, no es políticamente correcto. Tampoco hace falta. El mecanismo se vuelve más sutil: todo un proceso cuyo pistoletazo de salida podría ser la prematura expresión médica que reza “es niño” o “es niña” y cristaliza en una conciencia cómplice con los ideales marcados con el poder. A ningún gobierno se le ocurriría prohibir a los varones maquillarse o llevar falda. Tampoco lo necesita; para eso está ya la conciencia, depositaria y ejecutora de los mecanismos de censura del sistema.

¿Queda, pues, espacio para la agencia y para la transformación social? La solución butleriana es realmente novedosa: inspirándose en Derrida y su descripción de

¹⁰²⁷ Véase Foucault, M., *Vigilar y castigar*, p. 36.

la performatividad lingüística, la cuestión, realmente, no sería cómo desestabilizar el sistema, sino precisamente si es posible, con nuestras acciones, no hacerlo. El lenguaje performa la realidad mediante el peso de la tradición. Cada palabra, cada gesto, es el resultado de una cadena de significados en constante evolución. Pero el lenguaje, considerado como un cuerpo vivo, escapa a las intenciones del hablante para inaugurar constantemente nuevos caminos semánticos. Así pues, la subjetividad, en el ejercicio de su agencia, está condenada a iterar el lenguaje y, por lo tanto, la propia realidad que se performa y muta con él. Incluso cuando el lenguaje se usa para perpetuar, provoca la mutación; incluso cuando trata de censurar, posibilita.

Por lo tanto, el ser humano no puede decidir voluntariamente en términos absolutos de qué manera transforma la sociedad o de qué forma se transforma a sí mismo. Eso sería muy ingenuo por nuestra parte: nuestro deseo está contaminado, nuestra conciencia es cómplice del poder y además, nuestras acciones escapan a nuestras intenciones pues, una vez pensadas y realizadas, se entrecruzan con un sinfín de códigos intersubjetivos imposibles de controlar por un sujeto. Desde esta perspectiva, sería mucho más acertado plantearse qué hace el lenguaje con nosotros y nosotras más que qué hacemos nosotros y nosotras con el lenguaje.

Pero por las mismas razones, y sin que esto nos tenga que abocar a una paradoja, nos alejamos del determinismo pues, realmente, resulta imposible hablar o hacer sin transformar. A distinta escala tal vez, todos y todas contribuimos voluntariamente (con la cuota de involuntariedad que conlleva todo acto voluntario) a la transformación social. De hecho, podríamos afirmar que la violencia que, en ocasiones, se ejerce desde el poder en aras de mantener el “status quo” es, precisamente, la mayor muestra de que el propio mecanismo de la agencia individual o grupal llega necesariamente a tensar, cambiar, mutar y transformar la sociedad.

Por un lado, no actuamos libremente, pues es la sociedad la que genera y habilita nuestra subjetividad a través de una psique que se debe hacer cómplice del poder. Una psique que esculpirá el cuerpo a fuerza de ideal y que establecerá objetivos políticos adecuados al propio sistema. Pero el sistema, tal y como Butler aprendiera de Derrida, se perpetua en la reiteración de los actos y es precisamente esta reiteración la que deja al descubierto su contingencia. El marco, la imposición, el “deber ser” inmerso en la psique no es natural, pues tiene que reiterarse constantemente y, precisamente, en la necesidad constante de actualización está su permanente mutación. Es por eso que si de alguna forma estamos determinados, lo estamos a cambiar y a actuar precisamente en

nuevas direcciones a las marcadas desde el poder. Es decir, nuestro destino es recibir las instrucciones y, heréticamente, alterarlas. Por lo tanto, no es que no podamos actuar, es que estamos obligados en virtud de los fallos del sistema a hacerlo, asumiendo nuevas situaciones, adentrándonos en nuevas sendas. Debemos entender, pues, la performatividad como un proceso de cambio en el que la propia subjetividad está inmersa aunque ésta fuera diseñada precisamente para perpetuar el sistema con sus actos.

Es por todo esto que, frente a la visión de Julia Walker, que considera que la teoría butleriana se basa en un modelo contradictorio de agencia, voluntarista y determinista a la vez, creemos que para entender la propuesta política butleriana es necesario superar la dicotomía voluntarismo-determinismo y asumir un nuevo paradigma basado en la performatividad como proceso de materialización, una performatividad matizada y corregida en aras de superar su primera formulación, el confuso y ambiguo modelo drag. Ni voluntarismo, ni determinismo: performatividad, un concepto cuyos matices sólo se pueden entender tras habernos adentrado en el proceso de materialización a través de la matriz poder-cuerpo-conciencia-lenguaje. Voluntario-determinado, consciente-inconsciente, dejan de tener sentido como dicotomía exclusiva.

Por lo tanto, consideramos que la teoría butleriana deja espacio para la acción, para la agencia política: podemos actuar voluntariamente, pero dentro de un marco que nos condiciona, siendo nosotros parte de este marco y responsables de la mutación del mismo. O lo que es lo mismo, actuamos voluntariamente, pero desde una conciencia contaminada, cómplice, afortunadamente torpe, errática, dinámica; una voluntad que plantea nuevas situaciones, que se enfrenta constantemente a nuevos retos. Es decir, como Butler afirma, una voluntad condicionada, que no determinada, pues no es lo mismo el poder que se recibe que el que se actualiza. En conclusión: tal y como hemos afirmado anteriormente y ahora reiteramos, hay espacio para la acción.

Es ahora cuando estamos en disposición de hacer frente a la que, en nuestra opinión, es una de las cuestiones más difíciles que plantea la propuesta butleriana: si estamos abocados a performar, iterar, en definitiva, ejercer la transformación sin un asidero metafísico que funcione como barra de medir, la pregunta sería, ¿cómo distinguir entre buenas y malas acciones? ¿Cómo decidir en qué dirección orientar nuestra condicionada voluntad, conscientes de que incluso nuestros deseos son, al menos en parte, los deseos e intenciones del propio sistema de poder que nos habilita?

Llegados a este punto, nos parece vital reproducir la crítica que Fraser realiza a Butler en relación a la capacidad del sujeto para discriminar entre buenas y malas acciones. Si bien Fraser, desde el pragmatismo, considera que la subjetividad butleriana puede actuar, el problema estaría en la imposibilidad de decidir hacia dónde orientar la política desde el momento en el que la voluntad humana queda dibujada como una instancia erigida y condicionada contextualmente. Según Fraser, la teoría de la performatividad carece de un marco ético o normativo desde el que discriminar las buenas de las malas acciones. Burgos analiza minuciosamente su opinión, concluyendo que no hay nada en *El género en disputa* que permita arribar a esta conclusión¹⁰²⁸. Esta cuestión nos puso sobre la pista de la existencia de este marco normativo, en un principio bastante sutil y vedado según nuestra opinión. Prueba de ello es el hecho de que durante la década de los noventa Butler trata de rehuir una y otra vez la cuestión.

No obstante, nuestra pensadora finalmente se decide a afrontar la creación de una estructura ética para su teoría en *Dar cuenta de uno/a mismo/a*. Según nuestro parecer, en la citada obra, Butler da un giro radical a su posicionamiento (giro ético), tratando de contestar a la cuestión de “hacia dónde” se debe orientar la política a partir de la pregunta previa de “desde dónde” se fundamenta. Este es justo el momento en el que los destinos de Nietzsche y Butler se separan, abriéndose un espacio de posibilidades para una nueva forma de encarar el quehacer político. En esta obra, Butler describe la subjetividad como una instancia vulnerable, un lugar donde “el Otro” se instala, de forma que cualquier acceso a la identidad en sentido esencial o puro se hace totalmente imposible. Cada vez que trato de narrar mi historia, la historia del “yo”, encuentro el límite de inteligibilidad precisamente en el “tú” que constituye mi propia estructura subjetiva. ¿Puede entenderse esto como un, llamémosle, “fracaso ético”? Más bien todo lo contrario: es precisamente nuestra fragilidad, opacidad, vulnerabilidad, la que nos exige la responsabilidad de adoptar una nueva disposición ética. Más allá de su condición relacional, el sujeto se presenta como una realidad que demanda una nueva forma de entender el proceder político. Precisamente por esto, nuestra filósofa propone abandonar el horizonte nietzscheano de la ética de la violencia y sustituirlo por una ética más humana, en el más amplio, literal y simbólico, sentido de la palabra. Como expusimos con anterioridad en este estudio, de la mano de Foucault, Butler entiende que el modelo ético basado en la violencia no sólo reprime a los sujetos sino que genera

¹⁰²⁸ Burgos, E., *Qué cuenta como una vida*, p. 208.

subjetividades igualmente violentas. Pero no existe ningún tipo de necesidad en esta forma de interactuar.

La violencia es un modelo más, entre tantos posible, de “normalizar” las relaciones entre personas, y es por eso que Adriana Cavarero, inspirada en Hanna Arendt, perfila un nuevo horizonte para la formación de los sujetos, un horizonte alejado del modelo acusativo nietzscheano, sustituido éste por uno centrado en la posibilidad de altruismo que también alberga la pregunta por el otro: ¿quién eres? Pero no como un quién hizo esto a quién, sino como un saludo, una bienvenida, una posibilidad de apertura desde el reconocimiento de la diferencia en uno mismo. Frente a una narrativa ética basada en el sufrimiento, una forma más humana de interpelar, de traer al sujeto a la vida desde su singularidad y vulnerabilidad.

En clara sintonía con lo expresado por Butler en *Cuerpos que importan*, Cavarero afirma que es precisamente nuestra corporeidad la que nos hace seres relacionales y seres vulnerables, mas también seres insustituibles. Curiosamente el cuerpo, lo que me iguala a los demás, es lo que me hace único, o única. Lo que me sitúa en la esfera pública. Donde te encuentro y tú me encuentras a mí.

De esta forma, Butler propone una ética basada en el reconocimiento de nuestros límites epistemológicos en aras de erigir la política sobre nuevos cimientos. Una ética que permitirá que la acción del sujeto esté orientada a fines, contingentes, en continua revisión, sospechosos, pero unos fines al fin y al cabo: ¿cuáles podrían ser estos?

La propuesta que desarrollamos a continuación es hasta tal punto fruto de la inspiración butleriana que no nos atreveríamos a decir donde se encuentra exactamente la frontera entre su postura y la nuestra. Hemos intentado estirar su pensamiento desde lo que dice, para alcanzar, sin el permiso expreso de su autora, lo que tal vez se podría decir (y sobre todo hacer) con él. Buscamos elaborar una propuesta normativa (incompleta, “queer”) a partir de su teoría, nos adentramos en el maravilloso mundo de la especulación y la creación filosófica.

Como hemos visto, la política no es una posibilidad sino la propia vida del sujeto. Es nuestra condición relacional, corporal, vulnerable, “queer” la que nos impulsa a establecer coaliciones y a encontrarnos en el plano de la acción. Tal vez debamos desconfiar de un “esencialismo estratégico”, pero sin duda alguna creemos que Butler estaría en sintonía con la necesidad de erigir un, llamémoslo así, “coalicionismo estratégico”. Si el problema es el esencialismo, por establecer de antemano unos objetivos que generan exclusión, por impedir la crítica dentro del cualquier movimiento,

eliminémoslo. Unámonos para buscar objetivos nómadas, adaptables a las distintas circunstancias que sufren las personas a través del espacio y del tiempo.

El “coalicionismo estratégico” permite anexionar a la causa a personas de carne y hueso que no se sienten identificadas con la categoría “mujer”, categoría que, más allá incluso de sus intenciones estratégicas, termina por describir a un determinado número de individuos. En nuestras propias palabras, entendiendo la subjetividad como identidad “líquida”, el feminismo puede erigirse en vehículo de las reivindicaciones de un gran número de sujetos: mujeres lesbianas, bisexuales, transexuales, “drag kings”, mujeres que reniegan de la maternidad pueden integrarse en el proyecto humanista butleriano. Esto supondría posibilitar la coalición política bajo los principios del humanismo democrático. El ser humano, en toda su diversidad, como principio y fin de la acción política. La democracia real como marco necesario.

Es más, la revolución de género es una cuestión que alcanza no sólo a las tradicionalmente catalogadas como “mujeres”, sino que afecta a todos los individuos posicionados en la matrix heteropatriarcal. Es por ello que en este estudio alumbramos el concepto “heteroqueer”, para dar cabida en él a todo aquel o aquella que no se sienta identificado o identificada con las demandas de la heterosexualidad normativa, es decir, con la estructura que genera la matriz binaria “varón”-“mujer”. Tratamos así también de llamar la atención acerca de la raíz igualmente social y construida de la propia masculinidad e invitamos a performarla hacia nuevas posibilidades. Incitamos a los varones al suicidio de la masculinidad¹⁰²⁹. Los varones han mirado con recelo al feminismo durante décadas, durante siglos, percibiendo en él una suerte de amenaza, pero, ¿una amenaza hacia qué tipo de masculinidad? Probablemente hacia una masculinidad con la que cada vez más individuos no se sienten identificados.

Si una revolución de género conlleva igualmente una revolución sexual, el concepto feminismo “heteroqueer” nos resulta idóneo para nombrar un tipo de movimiento que lucha por combatir las desigualdades generadas por la matriz heterosexual, dando cobijo a todas las subjetividades catalogadas como “heteroextrañas”. Mantenemos el término “feminismo” como anclaje estratégico, tanto por justicia histórica como por necesidad social, pues no debemos olvidar que las mujeres soportan la gran mayoría de las injusticias de este mundo.

¹⁰²⁹ Nos remitimos de nuevo al capítulo 5 de esta investigación para poder entender los matices del que hemos llamado “sujeto suicida” y de su forma de proceder, que hemos denominado “filosofía para el fracaso”.

Compañeros y compañeras de viaje del siglo XXI, ¿cuáles pueden ser nuestros fines desde una perspectiva butleriana, esos fines que establecerán nuestra coalición estratégica? No podemos fijarlos de una vez y para siempre, tampoco establecerlos más allá de la crítica y transformación constante. Aun así, pensar muchas horas las posibilidades que esconden los textos butlerianos nos ha cargado de atrevimiento para proponer una serie de líneas generales que consideramos que, performando la propia teoría de Butler, el butlerianismo podría abrazar. Éstas, podrían agruparse bajo una serie de fines políticos:

1. Dinamitar las tradicionales leyes del parentesco. Lectora atenta de las aportaciones de Gayle Rubin, Butler reproduce en sus textos la crítica a la heterosexualidad normativa y a las relaciones de parentesco desarrollada por ésta en “The Traffic in Women”¹⁰³⁰. Tal y como afirmará en numerosos artículos y en prácticamente todas sus obras, especialmente en *El grito de Antígona*, la liberación de la mujer pasa por la absoluta y radical revolución de las leyes del parentesco. Es esta estructura patriarcal, sustentadora de un sistema de poder y del intercambio de mujeres y riquezas entre varones, la que impone la heterosexualidad (y por ende, la homofobia) y condena a la mujer a soportar una situación social de clara y evidente desigualdad y sometimiento. Este mismo sistema dibuja un “deber ser” para la “mujer”, que supuestamente la reconcilia con su naturaleza (la mujer madre, la mujer dócil, la mujer esposa, la mujer sumisa, la mujer casta, etc.) La continua resurrección y actual vigencia de muchos de estos mitos (por no decir todos, en mayor o menor medida) debería alertarnos sobre los cimientos heteronormativos y patriarcales que sustentan nuestras democracias capitalistas.

La familia tradicional ha sido la depositaria y transmisora de estos valores “divinos”. Es el momento de proteger los distintos modelos de alianza y garantizar el acceso a los derechos que les corresponden. Defender a los niños, garantizar el derecho de todas las mujeres a los derechos sexuales y reproductivos.

Proteger la diversidad de los modelos de alianza es sembrar el campo para una educación en un entorno más humano. Lo cual nos lleva al segundo de nuestros fines del “feminismo heteroqueer”.

¹⁰³⁰ Rubin, Gayle, “The traffic in women”, pp. 157-210.

2. Educar desde y para la igualdad. Debemos educar conscientes de que la matriz heterosexual se transforma con nuestras acciones. La teoría butleriana sugiere las ventajas de una sociedad compuesta por subjetividades críticas y responsables desde el punto de vista ético: igualdad, empatía, democracia. Una sociedad de seres humanos, una sociedad “queer”. Estamos a las puertas de enfrentarnos a un humanismo “extraño”.

Necesitamos una educación más humana y necesitamos ponerla en marcha desde la suspensión de las certezas identitarias. Desde la cuna: educar en el afecto y en la libertad, no en la violencia y la disciplina para que dejemos de ser los guardianes del sistema¹⁰³¹. Formar jóvenes críticos, reflexivos, empáticos, flexibles. Formar individuos y formar enlaces, nexos no sexistas. Jóvenes que reconocen en ellos y ellas la diferencia, en los propios límites de su inteligibilidad.

En este punto nos gustaría establecer un nexo de unión entre la teoría de Judith Butler y la postura defendida por la socióloga Martha Nussbaum en su obra *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*, escrita en 2010¹⁰³². Nos resultaría imposible aquí narrar la gran cantidad de sugerentes ideas que alberga el libro, pero en esencia, lo que Nussbaum defiende es el papel fundamental que los conocimientos de carácter humanísticos y artísticos tienen en la formación de los individuos, llamando la atención y alertándonos de su progresiva desaparición de los sistemas educativos de las democracias modernas, lo que ella misma llama, la “crisis silenciosa”¹⁰³³.

Nussbaum afirma que, en la actualidad, el progreso se mide exclusivamente por el incremento del ingreso “per capita”, sin importar ni la distribución de la riqueza, ni la igualdad social o, como ella misma señala, las relaciones de género o raza, condiciones todas ellas básicas para la estabilidad y el fortalecimiento de toda democracia. Esta visión funciona como un prejuicio que Nussbaum desmonta, mostrando en su estudio la falta de correlación entre el auge económico y la mejora en sectores como la educación o la salud de un país.

¹⁰³¹ Creemos muy esclarecedor a este respecto, lo narrado en el epígrafe 5.3, titulado “Dispositivos de seguridad”.

¹⁰³² Nussbaum, M., *Sin fines de lucro. Por qué las democracias necesitan de las humanidades*, Katz Editores, 2010.

¹⁰³³ *Ibid.*, capítulo 1. La crisis silenciosa.

Igualmente cita casos como el de Sudáfrica, potencia económica sustentada sobre el régimen del Apartheid¹⁰³⁴.

De esta forma, Nussbaum afirma que el paradigma de la competitividad y la rentabilidad económica trasladado al plano educativo puede llevar a fortalecer un modelo de democracia bastante desigual para el futuro.

Del otro lado y ejerciendo de contrapunto, Nussbaum nos muestra la inspiradora figura de Rabindranath Tagore, escritor, dramaturgo, ganador del Premio Nobel en 1913, centrándose en su faceta más política y pedagógica. Tagore puso en marcha una experiencia educativa en la India que tuvo gran repercusión en Estados Unidos, Japón y Europa. La educación debe dar autonomía al alumnado mediante el método socrático, la práctica de la música, la danza, el teatro, las bellas artes, el enriquecimiento intercultural. Los estudios realizados sobre las poblaciones en las que se había puesto en marcha la experiencia educativa demostraban claramente la incidencia directa de ese tipo de educación en el resto de la comunidad: la sociedad progresaba de forma igualitaria, progresivamente hacia estándares de mayor enriquecimiento, comodidad y disfrute de derechos fundamentales. Todos y todas. Juntos. Sus sujetos se mostraban más preparados, más dialogantes, más creativos, más fuertes.

¿Y para qué necesitamos sujetos fuertes? Para decir “no”.

3. Decir “no” a las injusticias. Creemos que Butler finalmente encuentra asidero para su proyecto político en Adorno. En *Dar cuenta de uno/a mismo/a*, Butler se hace eco de las palabras del pensador alemán:

“Cuando los fundadores de la Unión de Humanistas me invitaron a ser miembro, contesté que <<probablemente estaría deseando unirme si su club se hubiera llamado unión de inhumanos (o inhumana), pero no podía unirme a una que se llamara a sí misma *humanista*>>”.¹⁰³⁵

¹⁰³⁴ Véase *Ibid.*, capítulo 2. Educación para la renta, educación para la democracia.

¹⁰³⁵ “When the founders of the Humanist Union invited me to become a member, I replied that <<I might possibly be willing to join if your club had been call an inhuman union, but I could not join one that calls itself *humanist*.>>”. Fragmento de Adorno, Th., *Problems of Moral Philosophy*, Stanford, Stanford University Press, 2001., p. 169, citado por Butler en *Giving an Account of Oneself*, p. 104.

Pero como Butler aclara, esto no quiere decir que Adorno esté celebrando lo “inhumano” como ideal, sino que precisamente lo inhumano supone el punto de partida para el análisis crítico de las condiciones bajo las cuales lo “humano” se construye y deconstruye¹⁰³⁶. Es más, como afirma Butler, Adorno llega incluso a denunciar lo “inhumano”, dejando claro que “lo inhumano es precisamente lo que es necesario convertir en humano”. De este modo, se nos ofrece una nueva visión del “humanismo”, una en la que nos resistimos a definir lo humano; un humanismo de límites, extraño, “queer”; un humanismo crítico, de ruptura, vivo; sin certezas, sin una apelación a la esencia, al ideal, la naturaleza o la norma. Pero un humanismo político con capacidad para decir “no”.

Creemos que *Dar cuenta de uno mismo* es la punta de un iceberg ético-político. En sus páginas hemos encontrados grandes sugerencias que nos han recordado a la Escuela de Frankfurt (influencia poco estudiada, según nuestra opinión), fundamentalmente la idea de que la Filosofía no tiene por objeto establecer de antemano un único proyecto político, sino todo lo contrario, la labor de la Filosofía es mantener en movimiento constante la política mediante la crítica. Esa es la idea central de lo que Butler llama, recogiendo la expresión de Mouffe y Laclau, democracia radical¹⁰³⁷. Una democracia radical es aquella en la que los sujetos no tienen ninguna certeza ante lo que decir “sí”, pero sí tienen ciertas certezas ante lo que decir “no”. Así pues, la pregunta sería: ¿decir “no” a qué?

Y tratando de fortalecer el, a nuestro entender, fructífero e inspirador vínculo entre la teoría de la performatividad y la dialéctica negativa de Adorno y Horkheimer, queremos aventurarnos a imaginar, de una forma algo personal, un puente que permitirá saber a qué debemos oponernos. Para ello, nos alejamos, por unos instantes de las grandes ideologías y recogemos nuestro pensamiento en lo que nos resulta más simple, más real, en las sensaciones más básicas, más humanas: placer y dolor. Una vez más, el cuerpo en el centro de la reflexión, en el eje de la política. Ese cuerpo moldeado por el contexto desde nuestra psique, a golpe de palabra y de acto, de auto y socio-censura. ¿Ante qué debe ese cuerpo decir “no”? Ante el dolor propio, ante el sufrimiento ajeno, ante la violencia

¹⁰³⁶ Véase *Ibid.*, pp. 105 y ss.

¹⁰³⁷ Véase Butler, J., Laclau, E., Zizek, S., *Contingency, Hegemony, Universality. Contemporary Dialogues on the Left*, New York, Verso, 2000.

normativa de carácter patriarcal. Todo el mundo debería poder ser feliz, alejar el sufrimiento de sus vidas en el marco social.

Si bien es cierto que el placer, el dolor, incluso la propia felicidad, están condicionadas (que no determinadas) por las propias expectativas que la sociedad genera para cada individuo, si enfocamos la cuestión desde un sensualismo puro podremos distinguir perfectamente entre el dolor que provoca la tortura, el castigo físico, la falta de igualdad o de oportunidades, y la infelicidad que genera, por ejemplo, no poseer el último modelo de “smartphone”. Las grandes injusticias se sienten, aun cuando nuestro sentir pueda estar, en muchas ocasiones, derivado o alterado. Miles de chicas sufren la brutal práctica de la clitorectomía. Podemos llevar la cuestión al terreno de la especulación filosófica sin fin, podemos defender la inconmensurabilidad entre distintos paradigmas, incluso sacar a relucir el etnocentrismo de quien se atreva a juzgar. Puede que desde la alta Filosofía sea posible contemplar ciertas escapatorias para tamaña atrocidad, pero, desde un sensualismo que hasta un recién nacido podría entender, la circuncisión femenina seguirá siendo una práctica detestable a combatir. Por las mujeres, por los varones, por los astronautas y por las trapezistas. No hacen falta grandes teorías, solo una pequeña, precaria, mutante, nómada: feminismo sensualista “heteroquer”. No es una propuesta definitiva, no somos tan pretenciosos, pero nos parece un buen nexo alrededor del cual reunirse y movilizarse.

Si bien nuestra pensadora no dirige su propuesta expresamente por estos derroteros, creemos con estas bienintencionadas palabras no estar traicionando el espíritu de su teoría. Creemos que así lo demuestra la continua preocupación mostrada por Butler en sus obras, artículos y conferencias por cuestiones como las violaciones de Derechos Humanos en Guantánamo, el genocidio encubierto en Palestina o la homofobia en el ejército norteamericano y en aquellos que lo regulan¹⁰³⁸. Es por todo esto que consideramos que un sensualismo “queer” podría orientar su activismo ayudando a discernir las buenas de las malas acciones sin necesidad de apelar a un marco normativo de carácter ideológico.

4. Mejorar la vida. Porque decir “no” es también una forma leve de decir “sí”: “sí”, en este caso, al disfrute pleno de una vida que cuente realmente como una vida.

¹⁰³⁸ Véase como ejemplo más ilustrativo la obra *Lenguaje, poder e identidad*, op. cit.

Una vida sin dolor. La obra de Burgos, *Qué cuenta como una vida* nos ha ayudado a comprender que esta cuestión se encuentra justo en el núcleo de la filosofía butleriana. Es el marco el que lo determina, y es por ello que necesitamos iterar este marco hacia nuevas posibilidades, construir una sociedad más humana, si por ello entendemos una sociedad donde toda persona sea reconocida como digna y valiosa; ir incorporando lo catalogado como inhumano a la humanidad, un concepto en continua revisión, crítica y ampliación.

En aras de alcanzar estos objetivos, visto desde el prisma de un sensualismo “queer”, no apreciamos incompatibilidad entre la teoría de la performatividad y otras interesantes propuestas como el enfoque de las capacidades de Martha Nussbaum y Amartya Sen, siempre y cuando éste sea entendido como una propuesta, más que revisable, en continua revisión. El enfoque centrado en capacidades permite establecer metas políticas entre personas con distintas formas de entender el bien, superando el idealismo y exclusivismo de las teorías contractuales¹⁰³⁹. Tal y como afirmamos en la introducción a este estudio, el problema de la teoría rawlsiana y del contractualismo clásico es que describen un sujeto racional y masculino que sienta las bases del diálogo y marca los objetivos de la política, siendo él mismo el punto de partida y de llegada de estos objetivos. Como denuncia Nussbaum, esto es lo que provoca que la “supuesta” esfera privada quede fuera de lo político o que las personas con discapacidad sean excluidas, no sólo del diálogo sino de los mismos fines del contrato. De esta manera, Anabella di Tullio afirma que:

“Cabe señalar que lo que está en juego al excluir a determinadas personas no sólo de la definición de los principios políticos básicos de la sociedad, sino también de aquellas/os para quienes se eligen esos principios, es en última instancia, la propia concepción de ciudadanía, su definición y su alcance. (...) Estamos ante todo un número de seres que no participan en el diseño de los principios políticos ni en la creación de las instituciones políticas, y que no son alcanzados por los principios de la justicia humana, a no ser de forma ulterior y derivada, para atender a ciertas demandas

¹⁰³⁹ Véase Nussbaum, M., *Las Mujeres y el desarrollo humano: el enfoque de las capacidades*, Barcelona, Herder, 2002, pp. 321 y ss.

específicas, una vez que las instituciones y las normas han sido creadas.”¹⁰⁴⁰

Por ello, Nussbaum cree necesario plantear una alternativa y con esa intención propone el enfoque de las capacidades que, tal y como ella misma afirma, se presenta “como base filosófica para una teoría de los derechos básicos de los seres humanos que deben ser respetados y aplicados por los gobiernos de todos los países, como requisito mínimo del respeto por la dignidad humana”¹⁰⁴¹.

Resuenan aquí de nuevo los ecos de la pregunta butleriana “¿qué cuenta como una vida?”, situando la dignidad en el eje de la acción política: debemos plantear objetivos políticos que permitan a las personas desarrollar una serie de capacidades que intuitivamente entendemos básicas para el disfrute de una vida digna. Estas capacidades, según Nussbaum son diez: vida; salud corporal; integridad corporal; sentidos, imaginación y pensamiento; emociones; razón práctica; afiliación; respeto a otras especies; juego; control sobre el medio ambiente¹⁰⁴².

Bien es cierto que existen ciertos aspectos que posicionarían a Nussbaum y Butler frente a frente, pues Nussbaum cree en la universalidad de estas capacidades y encuadra su propuesta dentro del liberalismo. Pero si hacemos el esfuerzo de buscar los nexos entre performatividad y enfoque de las capacidades, también debemos afirmar en justicia que la teoría de Nussbaum se muestra antiimperialista, así como sensible al pluralismo y a la diferencia cultural.

En nuestra opinión, tanto Butler como Nussbaum plantean sus filosofías como un humanismo alejado de idealizaciones patriarcales y cuyo objetivo es mejorar la vida de las personas, dignificarlas, capacitarlas, empoderarlas. Un humanismo que en el caso de Nussbaum toma los derechos humanos como referente universal, y en el caso de Butler como marco revisable. Pero nosotros nos preguntamos: ¿no sería posible encontrar a ambas luchando por causas comunes? En nuestra opinión, finalmente el humanismo que las une es mayor

¹⁰⁴⁰ Di Tullio Arias, A., “¿Hacia una justicia sin fronteras? El enfoque de las capacidades de Martha Nussbaum y los límites de la justicia”, en *Dáimon. Revista Internacional de Filosofía*, nº 58, 2013, pp. 52-53.

¹⁰⁴¹ Nussbaum, M., *Las fronteras de la justicia. Consideraciones sobre la exclusión*, Barcelona, Paidós, 2007, p. 83.

¹⁰⁴² Véase *Ibid.*, pp. 88 y ss.

que las discrepancias teóricas que las separan. Probablemente podría decirse lo mismo con respecto a la relación que Butler mantiene con otras grandes pensadoras como Benhabib, Fraser o Braidotti.

Somos conscientes que la nuestra es una propuesta atrevida, herética, una especie de butlerianismo sin el permiso de Butler que intenta estirar su teoría y llevarla un poco más allá. Esperamos que este pequeño atrevimiento se entienda desde la admiración que procesamos hacia el movimiento feminista en general y hacia la teoría butleriana en particular. Una teoría que nos sedujo desde el inicio y que nos planteó muchas incognitas, entre ellas, una vital: ¿puede erigirse una nueva forma de hacer política desde ella?

La respuesta, muchas páginas después, creemos que es “sí, se puede”, una política democrática, responsable, crítica, antipatriarcal, sensualista, educativa, “humanista”, “queer”.

BIBLIOGRAFÍA Y OTRAS FUENTES

1. FUENTES DIRECTAS

1. 1. OBRAS

- Butler, J., *Subjects of Desire. Hegelian reflections in twenty-century France*, New York, Columbia University Press, 1999, editado por primera vez en 1987.
- Butler, J., *Gender Trouble. Feminism and the Subversion of Identity*, New York, Routledge, 1999. 2ª edición, editado por primera vez en 1990.
- Butler, J., *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, México, Paidós, 2001. Traducción de Patricia Soley-Beltran.
- Butler, J., *El problema de género. El feminismo y la subversión de la identidad*, traducción de Juan de Dios García Martínez, sin publicar.
- Butler, J., y Scott, J. W. (eds.), *Feminists Theorize the Political*, London, Routledge, 1992.
- Butler, J., *Bodies that Matter: On the Discursive Limits of "sex"*, New York, Routledge, 1993.
- Butler, J., *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*, Barcelona, Paidós, 2002. Traducción de Alcira Bixio.
- Benhabib, S., Butler, J., Cornell, D., Fraser, N., *Feminist Contentions. A Philosophical Exchange*, New York, Routledge, 1995.
- Butler, J., *Excitable Speech. A Politics of the Performative*, New York, Routledge, 1997.
- Butler, J., *Lenguaje, poder e identidad*, Madrid, Síntesis, 2004. Traducción de Javier Sáez y Beatriz Preciado.
- Butler, J., *The Psychic Life of Power. Theories of Subjection*, Stanford, Stanford University Press, 1997.
- Butler, J., *Mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción*, Madrid, Cátedra, 2001. Traducción de Jacqueline Cruz.
- Butler, J., Guillory, J., Thomas Kendall (eds.), *What's Left on Theory? New Work on the State and Politics of Literature Theory*, London, Routledge, 2000.
- Butler, J., *Antigona's Claim, Kinship Between Life and Death*, New York, Columbia University Press, 2000.
- Butler, J., *El grito de Antígona*, Barcelona, Editorial El Roure, 2001. Traducción de Esther Oliver.
- Butler, J., Laclau, E., Zizek, S., *Contingency, Hegemony, Universality. Contemporary Dialogues on the Left*, New York, Verso, 2000.
- Butler, J., Laclau, E., Zizek, S., *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*, Buenos Aires, FCE, 2003. Traducción de Cristina Sardoy y Graciela Homs.
- Beck-Gernsheim, E., Butler, J., Puigvert, L., *Mujeres y transformaciones sociales*, Barcelona, El Roure, 2001.
- Butler, J., *Undoing Gender*, New York & London, Routledge, 2004.

- Butler, J. *Deshacer el género*, Barcelona, Paidós, 2006. Traducción de Patricia Soley-Beltran.
- Butler, J., y Salih, S. (eds.), *The Judith Butler Reader*, Oxford, Blackwell, 2004.
- Butler, J., *Precarious Life: The Powers of Mourning and Violence*, London & New York, Verso, 2004.
- Butler, J., *Vida precaria: el poder del duelo y la violencia*, Barcelona, Paidós, 2006. Traducción de Fermín Rodríguez.
- Butler, J., *Giving an Account of Oneself*, New York, Fordham University Press, 2005.
- Butler, J., *Dar cuenta de uno mismo*, Buenos Aires, Amorrortu, 2009.
- Butler, J., Spivak, G. C., *Who Sings the Nation-State? Lenguaje, Politics, Belonging*, London, Seagull Books, 2007.
- Butler, J., Spivak, G. C., *¿Quién le canta al estado-nación? Lenguaje, política, pertenencia*, Paidós, Buenos Aires, 2009.
- Butler, J., *Frames of War: When is Life Grievable?*, New York, Verso, 2009.
- Butler, J., *Marcos de Guerra. Las vidas lloradas*, Barcelona, Paidós, 2010. Traducción de Bernardo Moreno.

1.2. ARTÍCULOS

- Butler, J., "Sex and gender in Simone de Beauvoir's *Second sex*", en la revista *Yale French Studies*, *Simone de Beauvoir: Witness of the Century*, n° 72, 1986, pp. 35-49.
- Butler, J., "Variations on Sex and Gender: Beauvoir, Wittig, and Foucault", en *Praxis International*, n° 5, January, 1986, pp. 505-516. También editado en Butler, J., y Salih, S. (eds.), *The Judith Butler Reader*, Oxford, Blackwell, 2004. pp. 21-38.
- Butler, J. "Performative acts and Gender Contitution: An Essay in Phenomenology and Feminist Theory" en Conboy, K., Medina, N., y Butler, J., *Writing on the body. Female embodiment and feminist theory*, New York, Columbia University Press, 1997, pp. 401-418. También en la revista *Theatre Journal*, n° 49(1), December, 1988, pp. 519-531.
- Butler, J., "Gendering the Body: Beauvoir's Philosophical Contribution" en Garry, A., and Pearsall, M. (eds.), *Women, Knowledge, and Reality: Explorations in Feminist Philosophy*, Boston, Unwin Hyman, 1989, pp. 253-262.
- Butler, J., "Sexual Ideology and Phenomenological Description. A Feminist Critique of Merleau-Ponty's *Phenomenology of Perception*", incluido en Allen, J., and Young, I. M. (eds.), *The Thinking Muse: Feminism and Modern French Philosophy*, Bloomington and Indianapolis, Indiana University Press, 1989, pp. 85-100.
- Butler, J., "Foucault and the Paradox of Bodily Inscriptions", en *Journal of Philosophy*, número 86(11). November, 1989, pp. 601-607.
- Butler, J., "The body politics of Julia Kristeva", en *Hypathia: Journal of Feminist Philosophy*, Winter 1989, n° 3(3), pp. 104-118.
- Butler, J., "Gender Trouble, Feminist Theory, and Psychoanalytic Discourse", en Nicholson, L., *Feminism and Postmodernism*, Londres, Routledge, 1990, pp. 324-340.
- Butler, J., "Imitation and Gender Insubordination", en Fuss, D. (ed.), *Inside Out: Lesbian Theories, Gay Theories*, London, Routledge, 1990, pp. 13-31. También en Butler, J., y Salih, S. (eds.), *The Judith Butler Reader*, Oxford, Blackwell, 2004, pp. 119-137.

- Butler, J., "The Force of a Fantasy: Mapplethorpe, Feminism, and Discursive Excess", publicado en *Differences: A Journal of Feminist Cultural Studies*, Vol. 2, N° 2, 1990, pp. 105-125. También en Butler, J., y Salih, S. (eds.), *The Judith Butler Reader*, Oxford, Blackwell, 2004, pp. 183-203.
- Butler, J., "Disordely woman", en *Transition* n° 53, 1991, pp. 86-95.
- Butler, J., "Contingent Foundations: Feminism and the Question of *Postmodernism*" en Butler, J. y Scott, J. W., (eds.), *Feminists Theorize the Political*, London, Routledge, 1992, pp. 3-21. También publicado en Benhabib, S., Butler, J., Cornell, D., Fraser, N., *Feminist Contentions. A Philosophical Exchange*, New York, Routledge, 1995, pp. 35-58.
- Butler, J., "Phantasmatic Identification and the Assumption of Sex", en Wright, E. (ed.), *Feminism and Psychoanalysis: A Critical Dictionary*, London, Basil Blackwell, 1992, pp. 93-119. Posteriormente incluido en Butler, J., *Bodies that Matter: On the Discursive Limits of "sex"*, New York, Routledge, 1993.
- Butler, J., "The Lesbian Phallus and the Morphological Imaginary", en *Differences: A Journal of Feminist Cultural Studies*, vol. 4, 1, 1992, pp. 133-171. También publicado en Butler, J., y Salih, S. (eds.), *The Judith Butler Reader*, Oxford, Blackwell, 2004, pp. 138-180. Posteriormente incluido en Butler, J., *Bodies that Matter: On the Discursive Limits of "sex"*, New York, Routledge, 1993.
- Butler, J. "The Identity in Question", artículo que transcribe el symposium celebrado en verano del 1992 entre Butler, Stanley Aronowitz, Ernesto Laclau, Joan Scott, Chantall Mouffe y Cornell West, incluido en la revista *October*, vol. 61, 1992, pp. 108-120.
- Butler, J., "Sexual Inversions", en Caputo, J., y Yount, M. (eds.), *Feminist Interpretations of Michel Foucault*, Pennsylvania, The Pennsylvania State University Press, 1993, pp. 81-98.
- Butler, J., "Critical Exchanges: the Symbolic and Questions of Gender", en Silverman, H. J. (eds.) *Continental Philosophy V. Questioning Foundations. Truth/Subjectivity/Culture*, New York, Routledge, 1993, pp. 134-270.
- Butler, J., "Critically Queer", en *GLC: A Journal of Lesbian and Gay Studies*, n° 1, 1993, pp. 17-32.
- Butler, J., "Endangered/Endangering: Schematic Racism and White Paranoia, en Gooding-Williams, R., *Rodney King/Reading Urban Uprising*, New York, Routledge, 1993, pp. 15-22. También editado en Butler, J., y Salih, S. (eds.), *The Judith Butler Reader*, Oxford, Blackwell, 2004, pp. 204-211.
- Butler, J., "Against Proper Objects", en Schor, N., y Weed, E. (eds.), *Differences: A Journal of Feminist Cultural Studies*, vol. 6, 2-3, Número especial: *More Gender Trouble: Feminism Meets Queer Theory*, Indianapolis, Indiana University Press, 1994, pp. 1-26.
- Butler, J., "Sovereign Performatives", en Haverkamp, A. (ed.), *Deconstrucción is/in America: A New Sense of the Political*, New York, New York University Press, 1995. Posteriormente incluido en Butler, J., *Excitable Speech. A Politics of the Performative*, New York, Routledge, 1997.
- Butler, J., "Subjection, Resistance, Resignification. Between Freud and Foucault", en Rajchman, J., (ed.), *The Question of Identity*, New York, Routledge, 1995, pp. 229-249. Posteriormente incluido en Butler, J., *The Psychic Life of Power. Theories of Subjection*, Stanford, Stanford University Press, 1997.
- Butler, J., "Stubborn Attachment, Bodily Subjection: Rereading Hegel on The Unhappy Consciousness", en Clarke, D. and Rajan, T. (eds.), *Intersection: Nineteenth-Century Philosophy and Contemporary Theory*, Buffalo, SUNY Press, 1995. Posteriormente

- incluido en Butler, J., *The Psychic Life of Power. Theories of Subjection*, Stanford, Stanford University Press, 1997.
- Butler, J., "For a Careful Reading", en Benhabib, S., Butler, J., Cornell, D., Fraser, N., *Feminist Contentions. A Philosophical Exchange*, New York, Routledge, 1995, pp. 127-144.
- Butler, J., "Universality in Culture", en Cohen, J. (ed.), *For Love of Country? Debating the Limits of Patriotism. Martha Nussbaum with Respondents*, Boston, Beacon Press, 1996, pp. 45-52.
- Butler, J., "Status, Conduct, Word, and Deed: A Response to Janet Halley", en *GLQ: A Journal of Lesbian and Gay Studies*, November, 1996, pp. 253-259.
- Butler, J., "Further Reflections on the Conversations of our Time", en *Diacritics* 27.1, 1997, pp. 13-15.
- Butler, J., "Sovereign Performatives in the Contemporary Scene of Utterance", en *Critical Inquiry*, 1997, nº 23 (2), pp. 350-377.
- Butler, J., "Burning Acts, Injurious Speech", en *Critical Inquiry*, nº 32, 2, winter 1997. Posteriormente incluido en Butler, J., *Excitable Speech. A Politics of the Performative*, New York, Routledge, 1997.
- Butler, J., "The Uses of Equality", en *Diacritics* 27.1, 1997, pp. 3-12.
- Butler, J., "Left Conservatism II" en *Theory & Event*, vol. 2, 2, 1998.
- Butler, J., "Performativity's Social Magic", en Shusterman, R. (ed.), *Bourdieu: A Critical Reader*, Oxford, Blackwell, 1999, pp. 113-128.
- Butler, J., "A Bad Writer bites back", en *The New York Times*, 20 de Marzo de 1999.
- Butler, J., "Revisiting Bodies and Pleasures", en Bell, V. (ed.), *Performativity and Belonging*, London, Sage, 1999, pp. 11-20.
- Butler, J., "Quandaries of the Incest Taboo", en Brooks, P. y Woloch, A. (eds.), *Whose Freud? The Place of Psychoanalysis in Contemporary Culture*, New Haven, Yale University Press, 2000. Posteriormente incluido en Butler, J., *Undoing Gender*, New York & London, Routledge, 2004.
- Butler, J., "The End of Sexual Difference?", en Kavka, M. y Bronfen, E. (eds.) *Feminist Consequences: Theory for a New Century*, New York, Columbia University Press, 2001, pp. 414-434. Posteriormente modificado e incluido en Butler, J., *Undoing Gender*, New York & London, Routledge, 2004.
- Butler, J., "Doing Justice for Someone: Sex Reassignment and Allegories of Transsexuality", en *GLQ: A Journal of Gay and Lesbian Studies*, nº 4, 2001. Posteriormente incluido en Butler, J., *Undoing Gender*, New York & London, Routledge, 2004.
- Butler, J., "What's Critique? An Essay on Foucault's Virtue", en Ingram, D. (ed.), *The Political*, Oxford, Blackwell, 2001, pp. 212-226. Posteriormente publicado en Butler, J., y Salih, S. (eds.), *The Judith Butler Reader*, Oxford, Blackwell, 2004, pp. 302-322.
- Butler, J., "Is Kinship Always Heterosexual?", en Schor, N., y Weed, E. (eds.), *Differences: A Journal of Feminist Cultural Studies*, vol. 13, nº 1, 2002, pp. 14-44. Posteriormente incluido en Butler, J., *Undoing Gender*, New York & London, Routledge, 2004.
- Butler, J., "Dehumanization via Indefinite Detention", en Goldberg, V. (ed.), *It's a Free Country: Personal Liberties after 9/11*, New York, RMD Press, 2002, pp. 243-257. Posteriormente ampliado e incluido como "Indefinite Detention" en Butler, J., *Precarious Life: The Powers of Mourning and Violence*, London & New York, Verso, 2004.

- Butler, J., “No, It’s not Anti-Semitic. Judith Butler Defends the Right to Criticise Israel”, en *London Review of Books*, 21 de Agosto de 2003. Posteriormente ampliado e incluido como “The Charge of Anti-Semitism: Jews, Israel and the Risk of Public Critique” en Butler, J., *Precarious Life: The Powers of Mourning and Violence*, London & New York, Verso, 2004.
- Butler, J., “Jacques Derrida”, en *London Review of Books*, 4 de Noviembre de 2004.
- Butler, J., “Afterword”, en Felman, Sh., *The Scandal of the Speaking Body. Don Juan with J. L. Austin, or Seduction in two languages*, Carolina, Stanford University Press, 2003, pp. 113-123.
- Butler, J., “Beauvoir on Sade: Making Sexuality into an Ethic”, en Card, C. (ed.), *The Cambridge Companion to Simone de Beauvoir*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003, pp. 168-188.
- Butler, J., “Undiagnosing Gender”, en Currah, P. y Minter, Sh. (eds.), *Transgender Rights: Culture, Politics and Law*, Minneapolis, University of Minneapolis Press, 2004. Posteriormente incluido en Butler, J., *Undoing Gender*, New York & London, Routledge, 2004.
- Butler, J., “Beauvoir on Sade: Making Sexuality into Ethic”, en Card, Claudia (ed.), *Cambridge Companion to Simone de Beauvoir*, Cambridge University Press, 2004, pp. 168-188.
- Butler, J., “Merleau-Ponty and the Touch of Malebranche”, en *The Cambridge Companion to Merleau-Ponty*, Carman, T. y Hansen, M., Cambridge, Cambridge University Press, 2005, pp. 181-205.

1.3. ENTREVISTAS

- “Gender as Performance. An Interview with Judith Butler”, *Radical Philosophy*, n° 67, Summer 1994, pp. 32-39. Entrevistada por Osborne, P. y Segal, L.
- “Sexual Traffic”, en Schor, Naomi y Weed, Elizabeth (eds.), *Differences: Feminism Meets Queer Theory*, Blooming e Indianapolis, Indiana University Press, 1997, pp. 68-108. Entrevista que realiza Judith Butler a Gayle Rubin.
- “Feminism by Any Other Name”, en Weed, E. y Schor, N. (eds.), *Feminism Meets Queer Theory*, Blooming e Indianapolis, Indiana University Press, 1997, pp. 31-67. Entrevista que realiza Judith Butler a Rosi Braidotti.
- “Troubling Philosophy: Interview with Judith Butler”, en *Women’s Philosophy Review*, n° 18, Spring 1998, pp. 7-8. Entrevistada por Tanesini, A.
- “How Bodies Come to matter: An Interview with Judith Butler”, en *Sign. Journal of Women in Culture and Society*, vol. 23, n° 2, 1998, pp. 275-286. Entrevistada por Costera Meijer, I. y Prins, B.
- “On Speech, Race and Melancolía. An Interview with Judith Butler”, en *Theory, Culture and Society*, vol. 16, 2, 1999, pp. 163-174. Entrevistada por Bell, V.
- “Changing the Subject: Judith Butler’s Political of Radical Resignification”, en *JAC*, vol. 20, 4, 2000, pp. 731-765. Publicada posteriormente en Butler, J., y Salih, S. (eds.), *The Judith Butler Reader*, Oxford, Blackwell, 2004, pp. 324-356. Entrevistada por Olson, G. y Worsham, L.
- “Politics, Power and Ethics: A Discussion between Judith Butler and William Connolly”, en *Theory and Event*, n° 4, 2, 2000, pp. 24-36. Entrevistada por Connolly, W.

- “The desire for philosophy”, en *Lolapress*, Nº 2, 2001, revista de distribución digital. Véase en http://www.lolapress.org/elec2/artenglish/butl_e.htm, entrevistada por Michalik, R.
- “There is a Person Here: An Interview with Judith Butler”, en *Internacional Journal of Sexuality and Gender Studies*, vol. 6, nº 1/2. 2001, pp. 7-23. Entrevistada por Kirkby, V.
- “Abrir posibilidades. Una conversación con Judith Butler”, en *Lectora, Revista de Dones i Textualitat*, nº 13, Barcelona, 2007, pp. 217-239. Entrevistada por Soley-Beltran, P. y Preciado, B.
- “Entrevista con Judith Butler”, en Burgos, E., *Qué cuenta como una vida. La pregunta por la libertad en Judith Butler*, Madrid, Mínimo Transito, 2008, pp. 395-423. Entrevistada por Burgos, E. y Prado Ballarín, M.

2. BIBLIOGRAFÍA SECUNDARIA

- Abelove, H., Barale, M., y Halperin, D. (eds.), *The Lesbian and Gay Studies Reader*, New York, Routledge, 1994.
- Accati, Luisa, “Il padre naturale. Tra simboli dominante e categorie scientifiche”, en *Memoria, Revista di Storia delle Donne*, nº 21, abril 1988, pp. 79-106.
- Adorno, Th. y Horkheimer, M., *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*, Madrid, Trotta, 2009
- Adorno, Theodor, *Dialéctica negativa. La jerga de la autenticidad*, Barcelona, Ediciones Akal, 2005.
- Adorno, Theodor, *Minima Moralia: Reflections on a Damaged Life*, London & New York, Verso, Critical Thinkers, 2005.
- Adorno, Theodor, *Prism*, Cambridge, MIT, 1981.
- Adorno, Theodor, *Problems on Moral Philosophy*, Stanford, Stanford University Press, 2001.
- Allen, Amy, “Power Trouble: Performativity as Critical Theory”, en *Constellations*, vol. 5, Nº 4, Diciembre 1998, pp. 456-471.
- Althusser, Louise, “Ideology and Ideological State Apparatuses (Notes Towards an Investigation)”, en Althusser, L., *Lenin and Philosophy and Other Essays*, New York, Monthly Review Press, 1971.
- Álvarez Hidalgo, Ana, “Judith Butler y las políticas de la deconstrucción.”, en *Riff Raff. Revista de pensamiento y cultura*, nº 34, 2007, pp. 101-109.
- Amorós, Celia (coord.), *Historia de la teoría feminista*, Madrid, Instituto de investigaciones femeninas, Universidad Complutense de Madrid, 1994.
- Amorós, Celia, *Tiempo de feminismo. Sobre el feminismo, proyecto ilustrado y postmodernidad*, Instituto de la mujer, Colección feminismos, Valencia, Cátedra, 2010.
- Anzaldúa, Gloria, *Borderlands/La Frontera*, San Francisco, Spinters, Aunt Lute, 1987.
- Angier, Natalie, “Sexual identity not pliable after all”, en *The New York Times*, 14 de Marzo de 1997.
- Arendt, Hanna, *The Human Condition*, Chicago, University of Chicago Press, 1958.
- Austin, John L., *Cómo hacer cosas con palabras: palabras y acciones*, Barcelona, Paidós, 1998.

- Barbin, Herculine, *Herculine Barbin: Being the Recently Discovered Memoirs of a Nineteenth-century French Hermaphrodite*, introd. Michel Foucault, trans. Richard McDougall, New York, Pantheon Books, 1980.
- Beauvoir, Simone de, *El segundo sexo. Vol II. La experiencia vivida*, Madrid, Cátedra, 1999.
- Bell, David, *Cyberculture Theorists. Manuel Castells and Donna Haraway*, New York, Routledge, 2007.
- Benhabib, Seyla, *Critique, Norm, and Utopia: A Study of the Foundations of Critical Theory*, New York, Columbia University Press, 1986.
- Benhabib, Seyla, "Feminism and Postmodernism: An Uneasy Alliance", en Benhabib, S., Butler, J., Cornell, D., Fraser, N., *Feminist Contentions. A Philosophical Exchange*, New York, Routledge, 1995, pp. 17-34.
- Benhabib, S., "Subjectivity, Historiography, and Politics: Refleitions on the "Feminism/Postmodernism Exchange", *Feminist Contentions. A Philosophical Exchange*, New York, Routledge, 1995, pp. 107-125.
- Bersani, Leo, *The Freudian Body: Psychoanalysis and Art*, Nueva York, Columbia University Press, 1986.
- Bhabha, Homi K., "Making Difference: The Legacy of the Culture Wars", en *Artforum International Magazine*, 1 de Abril, 2003.
- Bigwood, Carol, "Renaturalizing the Body (with the Help of Merleau-Ponty)", en Welton, Donn (ed.), *Body and Flesh: A Philosophical Reader*, Oxford, Blackwell, 1998, pp. 99-114.
- Bordo, Susan "Bringing Body to Theory", en Welton, Donn (ed.), *Body and Flesh: A Philosophical Reader*, Oxford, Blackwell, 1998, pp. 84-97.
- Bordo, Susan, "Postmodern Subjects, Postmodern Bodies, Review Essay of Judith Butler's *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*" en *Feminist Studies*, vol. 18 (1), 1992, pp. 159-175.
- Bordo, Susan, *Unbearable Weight: Feminism, Western Culture, and the Body*, Berkeley, University of California Press, 1993.
- Braidotti, Rosi, "Cyberfeminism with a Difference", en *New Formations*, nº 29, Otoño de 1996, pp. 9-25.
- Braidotti, Rosi, "Un ciberfeminismo diferente", en *Debats*, nº 76, 2002, pp. 100-117.
- Braidotti, Rosi, "Feminism by Any Other Name", en Schor, N., y Weed, E. (eds.), *Differences: A Journal of Feminist Cultural Studies*, vol. 6, números 2 y 3, Número especial: *More Gender Trouble: Feminism Meets Queer Theory*, Indianapolis, Indiana University Press, 1994.
- Braidotti, Rosi, *Feminismo, diferencia sexual y subjetividad nómada*, Barcelona, Gedisa, 2004.
- Braidotti, Rosi, *Metamorfosis. Hacia una teoría materialista del devenir*, Madrid, Akal, 2005.
- Braidotti, Rosi, *Sujetos nomades*, Barcelona, Paidós, 2000.
- Burgos, Elvira, "Habitando en el interior del lenguaje. De las palabras que hieren", en *Er. Revista de Filosofía*, nº 28, 2000, pp. 87-119.
- Burgos, Elvira, "Género y sexo en la teoría feminista contemporánea", en Llenares, J. B. y Sánchez Durá, N. (eds.), *Ensayos de filosofía de la cultura*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002, pp. 369-393.
- Burgos, Elvira, "El pensamiento de Monique Wittig y su presencia en la teoría de Judith Butler", en *Themata*, nº 31, 2003, pp.15-31.
- Burgos, Elvira, "La cuestión del sujeto. Nietzsche y Butler", en Birulés, Fina y Peña Aguado, M^a Isabel (eds.), *La passió per la llibertat. Acció, paciò i política*.

- Controvèrsies feministes. A Passion for Freedom. Action, Passion and Politics. Feminist Controversies*, Barcelona, Publicacions i Edicions de la Universitat de Barceona, 2004, pp. 120-124.
- Burgos, Elvira., “Sobre la transformación social. Butler frente a Braidotti”, en la *Riff Raff. Revista de pensamiento y cultura*, nº 27, 2005, Se puede consultar en http://riff-raff.unizar.es/files/politicas_feministas.pdf, pp. 58-77.
- Burgos, Elvira, “Haciendo y deshaciendo el género”, en *Riff Raff. Revista de pensamiento y cultura*, nº 30, 2006, pp. 149-164.
- Burgos, Elvira, *Qué cuenta como una vida. La pregunta por la libertad en Judith Butler*, Madrid, Mínimo Tránsito, 2008.
- Burkeman, Oliver y Youngue, Gary, “David no aguantó ser Brenda”, publicado en el suplemento de salud del periódico de tirada nacional *El Mundo*, nº 572, del quince de Mayo de 2004,
- Campbell, Kirsten, “The Plague of the Subject: Psychoanalysis and Judith Butler’s Psychic Life of Power”, en *International Journal of Sexuality and Gender Studies*, nº 6, 1-2, 2001, pp. 35-48.
- Campillo, Neus, “El significado de la crítica en el feminismo contemporáneo”, en Amorós, Celia (ed.), *Feminismo y Filosofía*, Madrid, Síntesis, 2000, pp. 287-318.
- Campillo, Neus, “De la identidad sexual a la identidad política”, en Campillo, Neus (coord.), *Género, ciudadanía y sujeto político. En torno a las políticas de igualdad*, Valencia, Instituto Universitario de Estudios de la Mujer de la Universidad de Valencia, Publicaciones de la Universitat de Valencia, 2002, pp. 161-175.
- Campillo, Neus, “Identidad y sexo: un rompecabezas ontológico”, en Faerna, Ángel Manuel y Torreveano, Mercedes (eds.) *Identidad, individuo e historia*, Valencia, Pre-Textos, 2003, pp. 265-285.
- Campillo, Neus, “Ontología y diferencia de los sexos”, en Tubert, Silvia (ed.), *Del sexo al género. Los equívocos de un concepto*, Valencia, Cátedra, 2003, pp. 83-120.
- Campillo, Neus, “Paradojas y rompecabezas de las políticas feministas”, en *Riff Raff. Revista de pensamiento y cultura*, nº 27, 2005. Se puede consultar en http://riff-raff.unizar.es/files/politicas_feministas.pdf, pp. 12-28.
- Carbonell, N. y Torras, M. (eds.), *Feminismos literarios*, Madrid, Arco/Libros, 1999, pp. 265-290.
- Cather, Willa, *My Antonia*, Boston & New York, Mariner Book, Houghton Mifflin Company, 1995.
- Cather, Willa, *The Professor’s House*, New York, Vintage Classics Edition, Noviembre, 1990.
- Cavarero, Adriana, *Relating Narratives. Storytelling and Selfhood*, London & New York, Routledge, 2000.
- Chambers, Samuel, *Ultimely Politics*, Edimburgh, Edimburg University Press, 2003.
- Cohen, J, “Who are We? Gay Identity as Political (E)motion. A Theoretical Ruminaton”, en Fuss, D. (ed.), *Inside/Out: Lesbian Theories, Gay Theories*, New York, Routledge, 1991, pp. 71-93.
- Colapinto, John, *As Nature Made Him, the Boy Who Was Raise As a Girl*, New York, Harper Collins. 2000.
- Comas D’Argemir, Dolores, *Trabajo, género y cultura*, Barcelona, Icaria, 1995.
- Conboy, K., Medina, N., y Stanbury, S., *Writing on the body. Female embodiment and feminist theory*, New York, Columbia University Press, 1997.
- Córdoba, David, Vidarte, Paco (eds.), *Teoría Queer: Políticas bolleras, maricas, trans, mestizas*, Madrid, Egales, 2005.

- Cotter, Jennifer M., "Review of Bodies that Matter", en la Revista *College Literature*, n° 21, pp. 226-231.
- D'Atri, Andrea, "Igualdad y diferencia. El feminismo y la democracia radical...mente liberal", en *Lucha de clases. Revista marxista de teoría política*, Buenos Aires, noviembre, 2002.
- D'Atri, Andrea, "Feminismo y democracia en Judith Butler. Entre la metonimia del mercado y la metáfora (imposible) de la revolución", publicado en la desaparecida web *Creatividadfeminista*, ahora *MamaMetal*. Se puede consultar en <http://www.pyr.org.ar/spip.php?article3>. (27 de Septiembre de 2003).
- D'Atri, Andrea, "Sobre la precariedad de la *sobrefilosofización*. A propósito de la edición de *Vida Precaria* de Judith Butler". Se puede consultar en http://www.glefas.org/glefas/files/biblio/a_proposito_de_la_edicion_de_vida_precaria_de_judith_butler_andrea_d_atri.pdf.
- Davis, Flora, *La comunicación no verbal*, Madrid, Alianza, 1998.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix, *L'Anti-Oedipe. Capitalismo et schizophrénie*, Les Éditions de Minuit, Paris, 1972.
- Delgado, Richard, Matsuda, Mari et al. (eds.), *Words that Wound: Critical Race Theory, Assaultive Speech, and the First Amendment*, Boulder, Westview Press, 1993.
- Derrida, Jacques, *La escritura y la diferencia*, Barcelona, Anthropos, 1989.
- Derrida, Jacques, *Márgenes de la filosofía*, Madrid, Cátedra, 1989.
- Derrida, Jacques, *Posiciones*, Valencia, Pre-textos, 1977.
- Di Tullio Arias, A., "¿Hacia una justicia sin fronteras? El enfoque de las capacidades de Martha Nussbaum y los límites de la justicia", en *Daímon. Revista Internacional de Filosofía*, n° 58, 2013.
- Diamond, M. y Sigmundsen, K., "Sex reassignment at birth", en *A Long Term Review and Clinical Implications*, Archives of Pediatric & Adolescent Medicine, vol. 151, marzo 1997, pp. 298-304.
- Digester, Peter, "Performativity Trouble: Postmodern Feminism and Essential Subjects", en la revista *Political Research Quarterly*, n° 47, pp. 655-673.
- Disch, Lisa, "Judith Butler and the Politics of the Performative", en *Political Theory*, vol. 27, n° 4, agosto de 1999, pp.545-559.
- Donald, I., *Practical Obstetric Problems*, B. I. Publications, New Delhi, 2009, Sexta edición.
- Dussik, K.T., *On the possibility of using ultrasound waves as a diagnostic aid*. Neurol. Psychiat., 1942.
- Errázuriz, Pilar, "Psicoanálisis y estudios de género", publicado en http://facso.uchile.cl/psicologia/analitico/secciones/seminario1psicoanalisisyestudio_sdegeneroErrazuriz.htm.
- Evans-Pritchard, Edward E., "Situación de la mujer en las sociedades primitivas y en la nuestra", en *La mujer en las sociedades primitivas y otros ensayos*, Barcelona, Península, 1975, pp. 35-55.
- Felman, Shoshana, *The Literary Speech Act: Don Juan with J. L. Austin, or Seduction in two Languages*, Ithaca, Cornell University Press, 1983.
- Femeninas, María Luisa, *Sobre sujeto y género. Lecturas feministas desde Beauvoir a Butler*, Buenos Aires, Catálogos, 2000.
- Femenías, María Luisa, *Judith Butler: Introducción a su lectura*, Buenos Aires, Catálogos, 2003.
- Foucault, Michel, "About the Beginning of the Hermeneutics of the Self", en *Religion and Culture*, New York, Routledge, 1999, pp. 158-181.
- Foucault, Michel, *El nacimiento de la clínica*, Madrid, Siglo XXI, 2003.

- Foucault, Michel, *Historia de la locura*, 2 volúmenes. Fondo de Cultura Económica. 1992.
- Foucault, Michel, *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*, Madrid, Siglo XXI, 2005.
- Foucault, Michel, *La arqueología del saber*, Madrid, Siglo XXI, 2002.
- Foucault, Michel, *La verdad y las formas jurídicas*, Barcelona, Gedisa, 2005.
- Foucault, Michel, *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta, 1979.
- Foucault, Michel, *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Madrid, Siglo XXI, 1994.
- Foucault, Michel, "What's critique?", en Lotringer, Sylvère y Hochroth, Lysa (eds.), *Politics of Truth*, New York, Semiotext(e), 1997, pp 147-168.
- Fraser, Nancy, "False Antitheses: A Response to Seyla Benhabib and Judith Butler", en *Feminist Contentions*, New York, Routledge, 1995, pp. 59-74.
- Fraser, Nancy, *Justice Interruptus. Critical Reflections on the "Postsocialist" Condition*, New York, Routledge, 1997.
- Fraser, Nancy, "Rethinking Recognition", en *New Left Review*, N° 3, 2000, pp. 107-121.
- Fraser, Nancy, *Unruly Practices. Power, Discourse and Gender in Contemporary Social Theory*, Minneapolis, University of Minesota Press, 1989.
- Freud, Sigmund, *Duelo y melancolía*, en *Obras Completas*, volumen II, Madrid, Biblioteca Nueva, 1996.
- Freud, Sigmund, *El malestar en la cultura*, en *Obras Completas*, volumen III, Madrid, Biblioteca Nueva, 1996.
- Freud, Sigmund, *El yo y el ello*, en *Obras Completas*, volumen III, Madrid, Biblioteca Nueva, 1996.
- Freud, Sigmund, *Estudios sobre la histeria*, en *Obras Completas*, volumen I, Madrid, Biblioteca Nueva, 1996.
- Freud, Sigmund, *Freud total 2.0 en CD-ROM*, Ediciones Nueva Hélade, 2002.
- Freud, Sigmund, *Totem y tabú*, en *Obras Completas*, volumen II, Madrid, Biblioteca Nueva, 1996.
- Fuss, Diana, *Identification Papers. Readings on Psychoanalysis, Sexuality and Culture*, London, Routledge, 1995.
- Fuss, Diana (ed.), *Inside/Out: Lesbian Theories, Gay Theories*, New York, Routledge, 1991.
- Fuss, Diana, "Leer como una feminista", en Carbonell, Neus y Torras, Meri (eds.), *Feminismos literarios*, Madrid, Arco, 1999, pp. 127-146.
- García Martínez, Juan de Dios, "¿Qué es el diálogo? Reflexiones críticas desde una Teoría Política Feminista", en Llinares, J. B. y Sánchez Durá, N. (eds.), *Actas del IV Congreso Internacional de la Sociedad Hispánica de Antropología Filosófica (SHAF)*, Valencia, Gráficas Mari Montañana, S. L., abril 2001.
- Gibson, William, *Neuromante*, Barcelona, Minotauro, 2006.
- Grosz, Elizabeth, *Sexual Subversions: The Three French Feminists*, St. Leonards, NSW, 1989.
- Guerra Palmero, M^a José, "¿Subvertir o situar la identidad? Sopesando las estrategias feministas de Judith Butler y Seyla Benhabib", en *Daimon. Revista de Filosofía*, n° 14, 1997, pp. 143-154.
- Guerra Palmero, M^a José, *Mujer, identidad y reconocimiento. Habermas y la crítica feminista*, Canarias, Instituto Canario de la Mujer, Universidad de La Laguna, Colección Voces Feministas, II, 1998.
- Guerra Palmero, M^a José. "Género: debates feministas en torno a una categoría", en *Revista Arenal*, n° 7 (1), 2000, pp. 207-230.

- Guerra Palmero, M^a José, “(In)tolerancia, género y culturas. ¿Cómo trazar los límites?”, en *Riff Raff. Revista de pensamiento y cultura*, n^o 27, 2005. Se puede consultar en http://riff-raff.unizar.es/files/politicas_feministas.pdf, pp. 29-40.
- Habermas, Jürgen, *Historia y crítica de la opinión pública*, Barcelona, ediciones Gustavo Pili, 1962.
- Habermas, Jürgen, *Teoría de la acción comunicativa: I. Racionalidad de la acción y racionalidad social, II. Crítica de la razón funcionalista*, Madrid, Taurus, 1981.
- Habermas, Jürgen, *Conciencia moral y acción comunicativa*, Barcelona, Paidós, 1985.
- Habermas, Jürgen, *Escritos sobre moralidad y eticidad*, Barcelona, Paidós, 1991.
- Halberstam, Judith, *Female Masculinity*, Durham and London, Duke University Press, 1998.
- Haraway, Donna, *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*, Madrid, Cátedra, 1995.
- Haraway, Donna y Biegelke, Mathew, *The Companion Species Manifesto: Dogs, People and Significant Otherness*, Chicago, Prickly Paradigm Press, 2003.
- Haraway, Donna, *Testigo Modesto@Segundo Milenio. HombreHembra _Conoce_ Oncoración*, Barcelona, Editorial UOC, 2004.
- Haraway, Donna, *When Species Meet*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2008.
- Haverkamp, Anselm (ed.), *Deconstruction is/in America: A New Sense of the Political*, New York, New York University Press, 1995.
- Hawthorne, Susan y Klein, Renate, *Cyberfeminism*, Melbourne, Spinifex Press, 1999.
- Hegel, Georg F. W., *Fenomenología del espíritu*, México, FCE, 1978.
- Hekman, Susan J, “Review of *Bodies that Matters*, by Judith Butler”, *Hypatia*, n^o 10, (4), 1995, pp. 151-157.
- Hernández Piñero, Aranzazu, “Cuerpo a cuerpo con Braidotti y Butler”, en *Riff Raff. Revista de pensamiento y cultura*, n^o 34, 2007. pp. 91-99.
- Hyppolite, Jean, *Génesis y estructura de la Fenomenología del Espíritu*, Madrid, Península, 1974.
- Hyppolite, Jean, *Introducción a la filosofía de la historia de Hegel*, Buenos Aires, Caldén, 1970.
- hooks, bell, Brah, Avtar, Sandoval, Chela, et alia, *Otras inapropiables*, Madrid, Traficantes de sueños, 2004.
- Irigaray, Luce, *Ese sexo que no es uno*, Madrid, Saltés, 1982.
- Jameson, Fredric, “Postmodernism and Consumer Society”, en Foster, Hal (ed.), *The Anti-Aesthetic: Essays on Postmodern Culture*, Port Townsend (WA), Bay Press, 1989, pp. 111-125.
- Jiménez Perona, Ángeles, “Sexo y género. De la imposibilidad del constructivismo radical”, en *Riff Raff. Revista de pensamiento y cultura*, n^o 21, 2003, pp. 100-109.
- Jiménez Perona, Ángeles, “Ciudadanía más allá de la ley”, en *Riff Raff. Revista de pensamiento y cultura*, n^o 27, 2005. Se puede consultar en http://riff-raff.unizar.es/files/politicas_feministas.pdf, pp. 3-11.
- Kant, I., *Crítica de la razón pura*. Madrid. Tecnos. 2^a edición.
- Kaplan, Ellen. A., “Review of Judith Butler’s *Gender Trouble*”, en *Revista Signs*, Summer, 1992, pp. 843-848.
- Keenan, Thomas, *Fables of Responsibility: Aberrations and Predicaments in Ethics and Politics*, Stanford, Stanford University Press, 1997.
- Kessler, Suzanne J., *Lessons from the Intersexed*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1998.

- Kirkby, Vicky, "When all that is solid melts into lenguaje: Judith Butler and the question of matter" en *Internacional Journal of Sexuality and Gender Studies*, 7, 4, 2002, pp. 265-280.
- Kojève, Alexandre, *Introduction à la lecture de Hegel*, París, Presses Universitaires de France, 1941.
- Kosofsky Sedgwick, Eve (eds.), *Performativity and Performance*, New York, Routledge, 1995.
- Kristeva, Julia, "Woman Can Never Be Defined", en *New French Feminism*, Schocken, New York, ed. Elaine Marks and Isabelle de Courtivron, 1981.
- Lacan, Jacques, "El estadio del espejo como formador de la función del yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica", en *Escritos. Volumen I*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, pp. 86-93.
- Lacan, Jacques, "La significación del falo", en *Escritos, Volumen II*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, pp. 665-675.
- Lamas, Marta, *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, Colección las Ciencias Sociales, Estudios de Género, México, PUEG/Miguel Ángel Porrúa, 1996.
- Lamas, Marta, "La perspectiva de género", en *La Tarea. Revista de Educación y Cultura*, nº 8, Guadalajara, México, 1995.
- Lamas, Marta, "Usos, dificultades y posibilidades de la categoría de género" en *La ventana. Revista de estudios de género*, nº 1, Universidad de Guadalajara, julio de 1995, pp. 10-61.
- Laplanche, Jean, *Essays on Otherness*, London, Routledge, 1999.
- Laplanche, Jean, "The Drive and the Object-Source: Its Fate in the Transference", en *Jean Laplanche: Seduction, Translation, and the Drives*, Fletcher y Stanton, Londres, 1990.
- Laplanche, Jean, "Responsabilité et Réponse", en *Entre séduction et inspiration: l'homme*, París, Presses Universitaires de France, 1999, pp. 147-172.
- Laqueur, Thomas W., "El destino de la anatomía", en *La construcción del sexo desde los griegos hasta Freud*, Madrid, Cátedra, 1990.
- Larsen, Nella, *Passing*, New York, Dover Publications, Inc., 2004.
- Laurentis, Teresa de, "Eccentric subjects: Feminist theory and historical consciousness" en *Feminist Studies*, vol. 1, 1990, pp. 115-150.
- Levinas, Emmanuel, *Life and Death in Psychoanalysis*, Baltimore, The John Hopkins University Press, 1985.
- Levinas, Emmanuel, *Otherwise than Being, or beyond Essence*, The Hague, Martinus Nijhoff, 1981.
- Levinas, Emmanuel, "Substitution", en Levinas, E., *Basic Philosophical Writings*, editado por Peperzak, A. T., Critchley, S., Bernasconi, R., Bloomington, Indiana University Press, 1996, pp. 79-98.
- Levy-Strauss, Claude, *Las estructuras elementales del parentesco*, Buenos Aires, Paidós, 1969.
- Llinares, J. B. y Sánchez Durá, N. (eds.), *Actas del IV Congreso Internacional de la Sociedad Hispánica de Antropología Filosófica (SHAF)*, Valencia, Gráficas Mari Montañana, S. L., abril 2001.
- Lloyd, Moya, *Judith Butler. From Norms to Politics*, Cambridge, Polity Press, 2007.
- Lorde, Audre, *Sister Outsider: Essays and Speeches by Audre Lorde*, California, Freedom, The Crossing Press, 1984.
- MacKinnon, Catherine A., *Feminism Unmodified: Discourse on Life and Law*, Cambridge, Harvard University Press, 1987.
- MacKinnon, Catherine A., *Only Words*, London, Harper Collins, 1994.

- Magallón Portolés, C., “Identidad y conflicto desde el pensamiento de Chantal Mouffe”, en *Riff Raff. Revista de pensamiento y cultura*, nº 27, 2005. Se puede consultar en http://riff-raff.unizar.es/files/politicas_feministas.pdf, pp. 96-118.
- Marcuse, Herbert, *El hombre unidimensional: Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada.*, Barcelona, Ariel, 2009.
- Marcuse, Herbert, *Eros y civilización: Una investigación filosófica sobre Freud*, Barcelona, Seix-Barral, 1968.
- Martín Casares, Aurelia, *Antropología del género. Culturas, mitos y estereotipos sexuales*, Valencia, Cátedra, 2006, pp. 74-82.
- Matisons, Michelle Renée., “The New Feminist Philosophy of the Body. Haraway, Butler and Brennan”, en *The European Journal of Women’s Studies in Society and History. An International Quartely*, nº 35, 3, pp. 647-662.
- Matthews, F. “Nature/Nurture, Realism/Nominalism: Our Fundamental Conflict Over Human Identity”, en *Comparative Studies in Society and History. An International Quartely*, nº 35, 3, 1993, pp. 647-662.
- Mayobre Rodríguez, Purificación, “Psicoanálisis, hermenéutica y género” publicado en Villaverde, Marcelino Agís (ed.), *Horizontes de la hermenéutica*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 1998, pp. 496-514.
- Mayobre Rodríguez, Purificación, “Políticas del tercer milenio: de las viejas luchas a la política de lo simbólico”, en *Riff Raff. Revista de pensamiento y cultura*, nº 27, 2005. Se puede consultar en http://riff-raff.unizar.es/files/politicas_feministas.pdf, pp. 41-58.
- Mead, Margaret, *Adolescencia y cultura en Samoa*, Barcelona, Paidós, 1995.
- Mead, Margaret, *Sexo y temperamento en tres sociedades primitivas*, Barcelona, Paidós, 1999.
- Merleau-Ponty, Maurice, *Fenomenología de la percepción*, Madrid, Península, 1991.
- Miqueo, Consuelo, “La variable sexo en los manuales de medicina interna del siglo XIX y del XX: el contrapeso de la tradición”, *Revista de comunicación interactiva. Mujer y salud*, también en http://matriz.net/mys/mys16/articulos/art_16_04.html.
- Mitchell, Juliet, *Psicoanálisis y feminismo*, Barcelona, Anagrama, 1976.
- Modleski, Tania, *Feminism without Women. Culture and Criticism in a Postfeminist Age*, London, Routledge, 1991.
- Molina Petit, Cristina, “Debates sobre el género”, en Amorós, Celia (ed.), *Feminismo y Filosofía*, Madrid, Síntesis, 2000, pp. 280-283.
- Molina Petit, Cristina, “Género y poder desde sus metáforas. Apuntes para una topografía del patriarcado”, en Tubert, Silvia (ed.), *Del sexo al género. Los equívocos de un concepto*, Valencia, Cátedra, 2003, pp.123-159.
- Money, John and Green, Richard, *Transsexualism and sex reassignment*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1969.
- Morrison, Toni, “Construimos lenguaje”, en la revista *Clave*, nº5 de Septiembre de 2005, Cali, Colombia, pp. 36-44.
- Mouffe, Chantal, *La paradoja democrática*, Barcelona, Gedisa, 2003.
- Mouffe, Chantal, *En torno a lo político*, Barcelona, F. C. E., 2007.
- Newton, Esther, *Mother Camp: Female Impersonators in America*, Chicago, University of Chicago Press, 1972.
- Nicholson, Linda, *Feminism/Postmodernism*, New York, Routledge, 1990.
- Nicholson, Linda, “La interpretación del concepto de género”, en Tubert, Silvia, *Del sexo al género. Los equívocos de un concepto*, Valencia, Cátedra, 2003, pp. 47-82.
- Nietzsche, Friedrich, *Así habló Zaratustra*, Madrid, Alianza, 1989.
- Nietzsche, Friedrich, *La Genealogía de la moral*, Madrid, Alianza editorial, 1996.

- Nihei, Tsutomu, *Blame!*, vol. 1-10, Tokio, TokioPop, 2005.
- Nussbaum, Martha, "Feminism and Internationalism", en *Metaphilosophy*, nº 27, 1996, pp. 202-208.
- Nussbaum, Martha, "How Should Feminists Criticize One Another?", en *APA Newsletters. Newsletters on Feminism and Philosophy. Symposium: Intra-Feminist Criticism and the Rules of Engagement*, vol. 0, nº 2, Spring 2001, pp. 89-92.
- Nussbaum, Martha, *Las fronteras de la justicia. Consideraciones sobre la exclusión*, Barcelona, Paidós, 2007.
- Nussbaum, Martha, *Las Mujeres y el desarrollo humano: el enfoque de las capacidades*, Barcelona, Herder, 2002, pp. 321 y ss.
- Nussbaum, Martha, "Profesor of Parody: The Hip Defeatism of Judith Butler", en *The New Republic*, 220/8, pp. 37-45.
- Nussbaum, Martha, "Replies to Letters about Review of Butler", en *New Republic*, 220/16, pp. 43-45.
- Nussbaum, Martha, *Sin fines de lucro. Por qué las democracias necesitan de las humanidades*, Katz Editores, 2010.
- Onfray, Michel, *La fuerza de existir. Manifiesto hedonista*, Barcelona, Anagrama, 2008.
- Oñate, Teresa, "Feminismo alternativo y postmodernidad estética" en Vidal, José (ed.), *Reflexiones sobre arte y estética*, Madrid, Fundación de investigaciones marxistas, 1998, pp. 81-113.
- Pérez Navarro, Pablo, "Performatividad y subversión de la identidad: a propósito de la obra de Judith Butler", en *Laguna*, nº 14, 2004, pp. 147-164.
- Pérez Navarro, Pablo, "Cuerpo y discurso en la obra de Judith Butler: Políticas de lo abyecto", publicado en Córdoba, David, Saez, Javier y Vidarte, Paco, (eds.), *Teoría Queer: Políticas bolleras, maricas, trans, mestizas*, Madrid, Egales, 2005, pp. 133-148.
- Pérez Navarro, Pablo, "Márgenes del género: Judith Butler y la deconstrucción", en De Peretti, Cristina y Velasco, Emilio (eds.) *Conjunciones. Derrida y Cía*, Madrid, Editorial Dykinson, 2007, pp. 357-381.
- Pérez Navarro, Pablo, "Activismo y disidencias queer", en *Cuadernos del Ateneo. El desafío queer. Ciudadanía y sexualidades*, vol. 26, La Laguna, Ateneo, 2008, pp. 75-83.
- Pérez Navarro, Pablo, *Del texto al sexo. Judith Butler y la performatividad*, Madrid, Egales, 2008.
- Pérez Navarro, Pablo, "De la parodia a la ontología: dos lecturas de Judith Butler", en *Riff Raff. Revista de Pensamiento y cultura*, vol. 42, Zaragoza, Mira Editores, 2010, pp. 19-32.
- Pérez Navarro, Pablo, "Dar cuenta de la interpelación: covulnerabilidad e inscripción de la alteridad...", en *Daimon, Revista de Filosofía*, vol. 47, Murcia, Universidad de Murcia, 2010, pp. 21-33.
- Pérez Navarro, Pablo, "Performatividad y masculinidades queer", en *Revista La Página*, vol. 91, Tenerife, 2011, pp. 27-57.
- Pérez Navarro, Pablo, "Martha Nussbaum y Celia Amorós: Parodias de la parodia", en Sabsay, Leticia y Soley-Beltran, Patricia, *Judith Butler en disputa. Lecturas sobre la performatividad*, Madrid, Egales, 2012, aún por publicar en el momento de presentación de este estudio, gentilmente cedido por Pablo Pérez.
- Pearce, Lynne, *Rethorics of Feminism. Readings in Contemporary Cultural Theory and the Popular Press*, London, Routledge, 2004.
- Pianigiani, Ottorino, *Vocabolario etimológico della lingua italiana*, Roma, Società editrice Dante Alighieri, 1997.

- Platón, *Diálogos IV, La República*, Madrid, Gredos, 1986.
- Plant, Sadie, *Ceros + unos. Mujeres digitales + la nueva tecnocultura*, Barcelona, Destino, 1998.
- Portolés, Olivia A., “Debates sobre el género”, en Amorós, Celia y De Miguel, Ana (eds.), en *Teoría feminista: de la Ilustración a la globalización*, vol 3: *De los debates sobre el género al multiculturalismo*, Madrid, Minerva, 2005, pp. 13-60.
- Prado Ballarín, María, “¿Qué es el feminismo postestructuralista y por qué se están diciendo cosas tan horribles sobre él?”, en *Riff Raff. Revista de pensamiento y cultura*, nº 27, Zaragoza, Mira Editores, 2005. Puede consultarse en http://riff-raff.unizar.es/files/politicas_feministas.pdf, pp. 78-95.
- Preciado, Beatriz, *Testo Yonki*, Madrid, Espasa Libros S.L.U., 2008.
- Preciado, Beatriz, “Farmacopornografía”, *El País*, 27-Enero-2008. Puede consultarse en http://elpais.com/diario/2008/01/27/domingo/1201409559_850215.html.
- Puleo, Alicia, “Sujeto, sexo y género en la polémica modernidad-postmodernidad” en *Anales de la Cátedra Francisco Suárez*, vol. 31, Granada, Universidad de Granada, 1994, pp. 11-121.
- Rawls, John, *Teoría de la justicia*, México, F. C. E., 1993.
- Rawls, John, *La justicia como equidad*, Madrid, Tecnos, 2002.
- Reverter Bañón, Sonia, “Modificación del cuerpo: ¿parodia o subversión?”, en *Dossiers Feministes*, nº 5, Universitat Jaume I, 2001, pp. 39-50.
- Reverter Bañón, Sonia, “Actos de habla y feminismo”, en *Actas del XIV Congrés de Filosofia Societat de Filosofia del País Valencià*, Valencia, 2002, pp. 167-180.
- Reverter Bañón, Sonia, “Los límites de la subversión”, en Birulés, Fina y Peña Aguado, M^a Isabel (eds.), *La passió per la llibertat. Acció, pació i política. Controvèrsies feministes. A Passion for Freedom. Action, Passion and Politics. Feminist Controversies*, Barcelona, Publicacions i Edicions de la Universitat de Barceona, 2004, pp. 205-210.
- Reverter Bañón, Sonia, “El feminismo: más allá de un dilema ajeno”, en *Revista Feminismo/s*, junio 2010, pp. 15-32.
- Rivière, Joan, “Womanliness as a Masquerade”, en *Internacional Journal of Psicoanálisis*, nº 10, 1929, pp. 303-313.
- Ripalda, José María, *De Angelis. Filosofía, mercado y postmodernidad*, Madrid, Trotta, 1995.
- Rodríguez, Ramón, *Del sujeto y la verdad*, Madrid, Síntesis, 2004.
- Rodríguez Magda, Rosa M^a, *Foucault y la genealogía de los sexos*, Barcelona, Anthropos, 1999.
- Rosaldo, Michelle, “Mujer, cultura y sociedad: una visión teórica” en Harris & Young (ed.), *Antropología y feminismo*, Barcelona, Anagrama, pp. 153-180.
- Rubin, Gayle, “The traffic in women”, en *Towards an Anthropology of Women*, ed. Raina R. Reiter, Nueva York, Monthly Review Press, 1975, pp. 157-210.
- Rubin, Gayle, “Thinking Sex: Notes for a Radical Theory of the Politics of Sexuality”, en Carole Vance (ed.), *Pleasure and Danger*, New York, Routledge & Kegan, 1984, pp. 267-319.
- Salih, Sara, *Judith Butler*, Nueva York, Routledge Critical Thinkers, 2002.
- Sandoval, Chela, *Methodology of the Oppressed*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2000.
- Sandoval, Chela, “Foreword: AfterBridge/Technologies of Crossing”, en Anzaldúa, Gloria y Keating, AnaLouise (ed.), *This Bridge We Call Home: Radical Visions for Transformation*, New York, Routledge, 2002, pp. 21-26.
- Sartre, Jean Paul, *El Ser y la Nada*, Buenos Aires, Losada, 2005.

- Schor, Naomi, y Weed, Elizabeth (eds.), *Differences: A Journal of Feminist Cultural Studies*, vol. 6, números 2 y 3, Número especial: *More Gender Trouble: Feminism Meets Queer Theory*, Indianapolis, Indiana University Press, 1994.
- Scott, Joan, "El género, una categoría útil para el análisis histórico" en Amelang, James S. y Nash, Mary (eds.). *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*. Valencia. Edicions Alfons el Magnànim. 1990.
- Segal, Lynne, *Straight Sex. The Politics of Pleasure*, London, Virago, 1994.
- Soley-Beltran, Patricia, *Transexualidad y la matriz heterosexual. Un estudio crítico de Judith Butler*, Barcelona, Bellatierra, 2009.
- Sollfrank, Cornelia, "La verdad sobre el ciberfeminismo", se puede consultar en http://www.2-red.net/habitar/tx/text_cs_c.html.
- Spivak, Gayatri C., "Los estudios subalternos la deconstrucción de la historiografía" en Carbonell, Neus y Torras Meri (eds.), *Feminismos literarios*, Madrid, Arco/Libros, 1999, pp. 265-290.
- Tubert, Silvia (ed.), *Del sexo al género. Los equívocos de un concepto*, Valencia, Cátedra, 2003.
- Valcárcel, Amelia, (Comp.), *El concepto de igualdad*, Madrid, Pablo Iglesias, 1994.
- Vasterling, Veronica, "Butler Sophisticated Constructivism: A Critical Assessment", en *Hypatia*, 14, 3, 1999, pp. 17-38.
- Vasterling, Veronica, "Body and Lenguaje: Butler, Merleau-Ponty and Lyotard on the Speaking Embodied Subject", en *Internacional Journal of Philosophical Studies*, 11, 2, 2003, pp. 205-223.
- Vattimo, Gianni, *Más allá del sujeto. Nietzsche, Heidegger y la Hermenéutica*, Barcelona, Paidós Studio, 1992.
- Vicente Arregui, Gemma, "La sexualidad femenina y la feminidad burguesa", en San Martín, J. y Moratalla, T. D., *Perspectivas sobre la vida humana. Cuerpo, mente y persona*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2011, p. 253-261.
- Vicente Arregui, Gemma, "Sobre identidades naturales y diferencias culturales", en *Themata, Revista de Filosofía*, nº 39, 2007, pp. 293-298.
- VNS Matrix, *The Bitch Mutant Manifesto*, 1996, puede consultarse en <http://www.sysx.org/gashgirl/VNS/TEXT/PINKMANI.HTM>.
- Walker, Julia A., "Why performance? Why Now? Textuality and the Rearticulation of Human Presence.", en *The Yale Journal of Criticism*, vol. 16.1, 2003, pp. 149-175.
- Webster, Fiona, "The Politics of Sex and Gender: Benhabib and Butler Debate Subjectivity" en *Hypatia*, vol 15, nº 1, winter 2000, pp. 1-22.
- Weiner, Norbert, *Cybernetics: Communication and control in animal and machine*, Cambridge, The Mit Press, 1948.
- Weir, Allison, *Sacrificial Logics. Feminist Theory and the Critique of Identity*, New York, Routledge, 1996.
- Weston, Kath, "Do Clothes Make the Woman?: Gender, Performance Theory, and Lesbian Eroticism", en *Revista Genders*, nº 17, pp. 1-21.
- Wilding, Faith & Critical Art Ensemble, "Notes on the Political Condition of Cyberfeminism", en http://www.obn.org/reading_room/writings/html/notes.html.
- Wilson, Natalie, "Butler's Corporeal Politics: Matters of Politicized Abjection" en *Internacional Journal of Sexuality and Gender Studies*. 6, vol. 1 y 2, 2001, pp. 109-121.
- Wittig, Monique, *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*, Barcelona, Egales, 2006.
- Wittig, Monique, "One is not born a woman", en Conboy, K., Medina, N., y Stanbury, S., *Writing on the body. Female embodiment and feminist theory*, New York,

- Columbia University Press, 1997, pp. 309- 317. Incluido también en Wittig, Monique, *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*, Barcelona, Egales, 2006, pp. 31-45.
- Wittig, Monique, "Paradigm", en Stambolian, George y Marks, Elaine, *Homosexualities and French Literature. Cultural Contexts / Critical Texts*, Ithaca and London, Cornell University Press, 1979, pp. 114-121. También publicado como Wittig, Monique, *Paradigmas*, Vitoria, Ed. Cuadernos desgenerados. 2011.
- Wright, Elizabeth, *Feminism and Psicoanálisis: A Critical Dictionary*, Londres, Basil Blackwell, 1992.
- Wright, Elizabeth, *Lacan y el posfeminismo*, Barcelona, Gedisa, 2004.
- Wood, Ed, *Killer in Drag. Death of a Travestite*, New York, Four Walls Eight Windows, 1999.
- Zafra, Remedios, "Ciberfeminismo. Bases y propuestas en un mundo global" en http://www.2-red.net/mcv/pensamiento/tx/text_rz3.html.

3. MATERIAL AUDIOVISUAL

3.1. Películas, documentales, series

- Blade Runner. The director's cut*, EE.UU, 1982, dir. Scott, Ridley.
- Boys don't cry*, EE.UU, 1999, dir. Peirce, Kimberly
- Glen or Glenda*, EE.UU, 1953, dir. Wood, Ed.
- La domination masculine*, Francia, Elzevir Films et al., 2009, dir. Patric Jean, 2009.
- Paris is Burning*, EE.UU, 1990, dir. Levingston, Jennie.
- Queer as folk*, EE.UU-Canada, 2000-2005, productores: Cowen, Ron; Lipman, Daniel y Jonas, Tony.
- Some like it hot*, EE.UU, 1959, dir. Wilder, Billy.
- Tootsie*, EE.UU, 1982, dir. Pollack, Sydney.
- Victor, Victoria*, EE.UU, 1982, dir. Edwards, Blake.

3.2. Música

- "You make me feel like a natural woman", en Franklin, Aretha, *Aretha in Paris*, 1968.
- Mellon Collie and the Infinite Sadness*, Smashing Pumpkins, 1995.
- "Vivir así es morir de amor", en Sesto, Camilo, *Sentimientos*, 1978.